leopoldo marechal

adán buenosayres

roman

grasset / unesco

La Biblioteca Argentina

Serie Clásicos

dirigida por Ricardo Piglia y Osvaldo Tcherkaski

Leopoldo Marechal

Adán Buenosayres

© 2000 AGEA, S.A.
© 2000 María de los Ángeles Marechal y María Magdalena Marechal
Primera edición: Editorial Sudamericana, agosto 1948

Diseño cubierta e interiores

Cases i Associats, S.A.

Impreso en Barcelona

ISBN: 84-95594-54-4

Dep. Legal: 2.914-2001

NOTA INTRODUCTORIA

Adán Buenosayres. Novela de Leopoldo Marechal publicada en 1948.

Por Pedro Orgambide en "Diccionario de la Literatura Argentina", de Pedro Orgambide y Roberto Yahni, publicado por Sudamericana, 1972 ©

Salvo el comentario elogioso de Julio Cortázar (que intenta, al mismo tiempo, una crítica rigurosa de la obra) y la opinión favorable de algunos pocos escritores, la novela de Marechal pasa inadvertida en aquel tiempo. No sería ajena a esta circunstancia, la posición política del autor, identificado con el peronismo. Por otra parte, la crítica pudo verse sorprendida por la aventura formal que proponía la novela, por los procedimientos narrativos y de lenguaje que hoy son lugar común en la novela latinoamericana. Sean cuales fueren las causas de este primer desencuentro, lo cierto es que veinte años más tarde los escritores de las nuevas promociones reconocen en Adán Buenosayres a una obra precursora. A la vez, su reedición obtiene gran éxito de publico. La novela; en su primera edición, consta de 741 páginas y se organiza en siete libros. Los cinco primeros narran la aventura de Adán Buenosayres durante los días jueves 28 viernes 29 y sábado 30 de abril en un indeterminado año de la década del 20. El libro sexto ("El Cuaderno de Tapas Azules") es una autobiografía del protagonista de la historia, y el séptimo ("Viaje"), un descenso simbólico a los infiernos. Desde el mismo titulo puede observarse el carácter ambiguo de la narración, que oscila entre lo realista y lo simbólico y cuya, principal clave está en el propio nombre del personaje. Adán es el hombre en el sentido bíblico y es también un hombre en el sentido inmediato de la palabra y, al mismo tiempo, es un hombre de Buenos Aires, un argentino, un porteño. Esta pluralidad y unidad de su condición define su identidad. La misma se trasciende por su condición poética. De tal manera la obra puede observarse como una extensa autobiografía tanto como un poema. En el prólogo se dice que Adán Buenosayres ha muerto. Se inicia entonces desde lo autobiográfico, la narración de una vida, que en los primeros cinco libros se relata en tercera persona, y en los dos restantes en la más directa y confesional primera persona del narrador. Pero a la vez comienza un poema que utiliza procedimientos de la épica: el viaje, el compañero de aventuras, el necesario guía para internarse en universos desconocidos. Las referencias homéricas se unen a las alusiones bíblicas. El destino de Adán Buenosayres adquiere entonces un carácter mítico. En sus contenidos manifiestos alude a los compañeros generacionales de Leopoldo Marechal aquellos que integraron el grupo literario "Martín Fierro". Sin ser ésta directamente novela con clave, puede atisbarse cierta relación entre las criaturas imaginarias y los personajes reales que pudieron servir de inspiración al novelista. De todos modos, el núcleo narrativo, su principal centro de interés está en el mismo protagonista, en su viaje por el cielo y el infierno de la ciudad. El astrólogo Schultze, o el filósofo Samuel Tesler, son buenos compañeros de viaje y le permiten al poeta enfrentar los temas que su propia realidad o fantasía le proponen. En ese universo, la mujer aparece también en la ambigüedad de lo real y lo fantástico: Ruth (encarnación de Circe), Solveig Amundsen (amada del poeta), Flor de Barrio (con rasgos arquetípicos de mujer-barrio), etc. Esa misma óptica es la que emplea el narrador cuando abre el ángulo sobre su contorno, cuando observa la ciudad y el suburbio. Los propios nombres subrayan la cualidad arquetípica de los personajes: Polifemo Cochero Flaco, Cochero Antiguo, El Mercader Sirio, el Joven Taciturno. En la mención muchas veces asoma el tono irónico, el humor que es una de las características de este libro. Humor muy argentino, muy porteño, como el que esgrime Franky Amundsen frente al payador Tissone, cierto espíritu "cachador", socarrón, burlón, que atempera lo melancólico y patético de la propia historia. Porque al fin, como en toda autobiografía, es en el reencuentro con el propio pasado, con el tiempo vivido, donde Adán Buenosayres-Marechal logra sus momentos mas plenos: en el viaje a su propia infancia y adolescencia, en el vivido recuerdo de la muerte de su tío Francisco Mujica, en las imágenes del campo, del cielo abierto. Como contraparte, su viaje

a los infiernos, a los suburbios del alma, mostraría la oscilación entre lo angélico y lo demoniaco del Adán bíblico, del Adán hombre, del Adán porteño El carácter realista-simbólico de la obra determina, a la vez, un lenguaje que participa de esta dualidad; aparecen así palabras-Personajes: Ladeazul, Ladeblanco, Ladeverde; formas coloquiales del barrio y el suburbio- palabras jerarquizadas por la expresión lírica y otras proscriptas por indecentes. Su riqueza verbal, que por momentos parecería una exageración, responde al enorme caudal de imágenes, símbolos, personajes, descripciones, estados de ánimo, percepciones a nivel consciente o sensorial, que son, al fin, los elementos mismos del poeta, los que dan fuerza a su relato, los que justifican, al fin, la existencia de Adán Buenosayres.

Adán Buenosayres

Por Julio Cortázar

La aparición de este libro me parece un acontecimiento extraordinario en las letras argentinas, y su diversa desmesura un signo merecedor de atención y expectativa. Las notas que siguen -atentas sobre todo al libro como tal, y no a sus concomitancias históricas que tanto han irritado o divertido a las coteries locales- buscan ordenar la múltiple materia que este libro precipita en un desencadenado aluvión, verificar sus capas geológicas a veces artificiosas y proponer las que parecen verdaderas y sostenibles. Por cierto que algo de cataclismo signa el entero decurso de Adán Buenosayres; pocas veces se ha visto un libro menos coherente, y la cura en salud que adelanta sagaz el prólogo no basta para anular su contradicción más honda: la existente entre las normas espirituales que rigen el universo poético de Marechal y los caóticos productos visibles que constituyen la obra. Se tiene constantemente la impresión de que el autor, apoyando un compás en la página en blanco, lo hace girar de manera tan desacompasada que el resultado es un reno rupestre, un dibujo de paranoico, una guarda griega, un arco de fiesta florentina del "cinquecento", o un ocho de tango canyengue. Y que Marechal se ha quedado mirando eso que también era suyo -tan suyo como el compás, la rosa en la balanza y la regla áurea- y que contempla su obra con una satisfecha tristeza algo malvada (muy preferible a una triste satisfacción algo mediocre).

Bajo el imperio de estos contrarios se imbrican y alternan las instancias, los planos, las intenciones, las perversiones y los sueños de esta novela; materias tan próximas al hombre -Marechal o cualquiera- que su lluvia de setecientos espejos ha aterrado a muchos de los que sólo aceptan espejo cuando tienen compuesto el rostro y atildada la ropa, o se escandalizan ante una buena puteada cuando es otro el que la suelta, o hay señoras, o está escrita en vez de dicha -como si los ojos tuvieran más pudor que los oídos.

Veamos de poner un poco de orden en tanta confusión primera. Adán Buenosayres consiste en una autobiografía, mucho más recatada que las corrientes en el género (aunque no más narcisista), cuyas proyecciones envuelven a la generación martinfierrista y la caracterizan a través de personajes que alcanzan en el libro igual importancia que la del protagonista. Este propósito general se articula confusamente en siete libros, de los cuales los cinco primeros constituyen novela y los dos restantes amplificación, apéndice, notas y glosario. En el prólogo se dice exactamente lo contrario, o sea que los primeros libros valen ante todo como introducción a los dos finales -"El Cuaderno de Tapas Azules" y "Viaje a la oscura ciudad de Cacodelphia"-. Pero una vez más cabe comprobar cómo las obras evaden la intención de sus autores y se dan sus propias leyes finales. Los libros VI y VII podrían desglosarse de Adán Buenosayres con sensible beneficio para la arquitectura de la obra; tal como están, resulta difícil juzgarlos si no es en función de addenda y documentación; carecen del color y del calor de la novela propiamente dicha, y se ofrecen un poco como las notas que el escrúpulo del biógrafo incorpora para librarse por fin y del todo de su fichero.

Tras el esquema del libro, su armazón interna. Una gran angustia signa el andar de Adán Buenosayres, y su desconsuelo amoroso es proyección del otro desconsuelo que viene de los orígenes y mira a los destinos. Arraigado a fondo en esta Buenos Aires, después de su Maipú de infancia y su Europa de hombre joven, Adán es desde siempre el desarraigado de la perfección, de la unidad, de eso que llaman cielo. Está en una realidad dada, pero no se ajusta a ella más que por el lado de fuera, y aun así se resiste a los órdenes que inciden por la vía del cariño y las debilidades. Su angustia, que nace del desajuste, es en suma la que caracteriza -en todos los planos mentales, morales y del sentimiento- al argentino, y sobre todo al porteño azotado de vientos inconciliables. La generación martinfierrista traduce sus varios desajustes en el duro esfuerzo que es su obra; más que combatirlos, los asume y los completa. ¿Por qué combatirlos si de ellos nacen la fuerza y el impulso para un Borges, un Güiraldes, un Mallea? El ajuste final sólo puede sobrevenir

cuando lo válido nuestro -imprevisible salvo para los eufóricos folkloristas, que no han hecho nada importante aquí- se imponga desde adentro, como en lo mejor de Don Segundo, la poesía de Ricardo Molinari, el cateo de Historia de una Pasión Argentina. Por eso el desajuste que angustia a Adán Buenosayres da el tono del libro, y vale biográficamente más que la galería parcial, arbitraria o "genre nature" que puebla el infierno concebido por el astrólogo Schultze.

De muy honda raíz es ese desasosiego; más hondo en verdad que el aparato alegórico con que lo manifiesta Marechal; no hay duda que el ápice del itinerario del protagonista lo da la noche frente a la iglesia de San Bernardo, y la crisis de Adán solitario en su angustia, su sed unitiva. Es por ahí (no en las vías metódicas, no en la simbología superficial y gastada) por donde Adán toca el fondo de la angustia occidental contemporánea. Mal que le pese, su horrible náusea ante el Cristo de la Mano Rota se toca y concilia con la náusea de Roquentin en el jardín botánico y la de Mathieu en los muelles del Sena.

Por debajo de esta estructura se ordenan los planos sociales del libro. Ya que el número 2 existe ("con el número 2 nace la pena", ya que hay un tú, la ansiedad del autor se vuelca a lo plural y busca explorarlo, fijarlo, comprenderlo. Entonces nace la novela, y Adán Buenosayres entra en su dimensión que me parece más importante. Muy pocas veces entre nosotros se había sido tan valerosamente leal a lo circundante, a las cosas que están ahí mientras escribo estas palabras, a los hechos que mi propia vida me da y me corrobora diariamente, a las voces y las ideas y los sentires que chocan conmigo y son yo en la calle, en los círculos, en el tranvía y en la cama. Para alcanzar esa inmediatez, Marechal entra resuelto por un camino ya ineludible si se quiere escribir novelas argentinas; vale decir que no se esfuerza por resolver sus antinomias y sus contrarios en un estilo de compromiso, un término aséptico entre lo que aquí se habla, se siente y se piensa, sino que vuelca rapsódicamente las maneras que van correspondiendo a las situaciones sucesivas, la expresión que se adecua a su contenido. Siguen las pruebas: si el "Cuaderno de Tapas Azules" dice con lenguaje petrarquista y giros del siglo de oro un laberinto de amor en el que sólo faltan unicornios para completar la alegoría y la simbólica, el velorio del pisador de barro de Saavedra está contado con un idioma de velorio nuestro, de velorio en Saavedra allá por el veintitantos. Si el deseo de jugar con la amplificación literaria de una pelea de barrio determina la zumbona reiteración de los tropos homéricos, la llegada de la Beba para ver al padre muerto y la traducción de este suceso barato y conmovedor halla un lenguaje que nace preciso de las letras de "Flor de Fango" y "Mano a mano". Más tarde Marechal hablará de una visita a un monasterio romano, y una extraña insinceridad lo hará componer un trozo de bravura, que se vuelve clara verdad y directa adhesión cuando Adán retorna en su recuerdo a la infancia rural de Maipú, a su abuelo Sebastián el campesino. En ningún momento -aparte de las caídas inevitables en quien no profesa de continuo la prosa, y de toda obra extensa- cabe advertir la inadecuación fondo-forma que, tan señaladamente, malogra casi toda la novelística nacional. Marechal ha comprendido que la plural dispersión en que lucharon él y sus amigos de "Martín Fierro" no podía subsumirse a un denominador común, a un estilo. Las materias se dan en este libro con la fresca afirmación de sus polaridades. Y el único gran fracaso de la obra es la ambición no cumplida de darle una superunidad que amalgamara las disímiles sustancias allí yuxtapuestas. No fue conseguido, y en verdad no importa demasiado. Ya es mucho que Marechal no se haya traicionado con una mediocre nivelación de desajustes. Él buscaba más que eso, y tal vez le toque encontrarlo.

Hacer buena prosa de un buen relato es empresa no infrecuente entre nosotros; hacer ciertos relatos con su prosa era prueba mayor, y en ella alcanza Adán Buenosayres su más alto logro. Aludo a la noche de Saavedra, a la cocina donde se topan los malevos, al encuentro de los exploradores con el linyera; eso, sumándose al diálogo de Adán y sus amigos en la glorieta de Ciro, y muchos momentos del libro final, son para mí avances memorables en la novelística argentina. Estamos haciendo un idioma, mal que les pese a los necrófagos y a los profesores normales en letras que creen en su título. Es un idioma turbio y caliente, torpe y sutil, pero de creciente propiedad para nuestra expresión necesaria. Un idioma que no necesita del

lunfardo (que lo usa, mejor), que puede articularse perfectamente con la mejor prosa "literaria" y fusionar cada vez mejor con ella -pero para irla liquidando secretamente y en buena hora. El idioma de Adán Buenosayres vacila todavía, retrocede cauteloso y no siempre da el salto; a veces las napas se escalonan visiblemente y malogran muchos pasajes que requerían la unificación decisiva. Pero lo que Marechal ha logrado en los pasajes citados es la aportación idiomática más importante que conozcan nuestras letras desde los experimentos (¡tan en otra dimensión y en otra ambición!) de su tocayo cordobés.

Ignoro si se ha señalado cómo tropiezan nuestros novelistas cuando, a mitad de un relato, plantean discusiones de carácter filosófico o literario entre sus personajes. Lo que un Huxley o un Gide resuelven sin esfuerzo, suena duro e ingrato en nuestras novelas; por eso cabe llamar la atención sobre el "ars poetica" que, disperso y revuelto, dialogan aquí y allá los protagonistas de Adán Buenosayres, y la limpieza con que los debates se insertan en la acción misma. La gran discusión en la glorieta de Ciro es buen ejemplo; y la teoría del no-disparate, que me parece digna de aquella que, en torno a Jabberwocky, pronunciara el grave Humpty Dumpty para ilustración de la pequeña Alicia.

La progresiva pérdida de unidad que resiente la novela a medida que avanza, ha permitido brillantes relatos independientes que alzan el nivel sensiblemente inferior del viaje al infierno porteño; la historia del Personaje -con agradecida deuda a Payró- toca a fondo la picaresca burocrática que desoladamente padecemos. Luego Marechal poeta se vuelve hacia la imagen de Walker y compone un drama de rápida y fría belleza; o se inclina sobre la sombra de Belona y la agrega -por el tipo de cuento, su técnica y aun su debilidad- a la galería donde perviven Ligeia, Berenice, y la dama da la casa de los Usher. En cambio es visible y rotundo su fracaso toda vez que se propone actualizar algún resentimiento partidista, alguna oposición que bien cabe calificar de reaccionaria. Su Mr. Chisholm, que figura lo imperial inglés, le ha salido de sainete, y todavía más barato y pueril su Rosenbaum, que parece arrancado de un editorial de hojita nacionalista. Contra el parecer de los muchos escandalizados, Marechal retrata mucho mejor a los que quiere que a los que detesta. Es significativo que, al ocuparse de estos últimos, alcance apenas a darnos un desagradable atisbo de su propia ubicación infernal en el círculo de los resentidos y los malignos, ubicación que conviene denunciar aunque los textos respectivos lo hagan ya -certeros boomerangs- y lo dejen justicieramente malparado. Es seguro que Samuel Tesler, Schultze, Pereda, sobrevivirán al rápido olvido en que dejamos caer a los zaheridos; sólo estos, si viven, se acordaran de su presencia en el libro.

Quiero cerrar este pasaje de Adán Buenosayres con dos observaciones. Por un mecanismo frecuente en la literatura, nace ésta de un rechazo o una nostalgia. A la hora de la crisis -en la extrema tensión de su alma y de su libro- Marechal dice ante el Cristo de la Mano Rota: Sólo me fue dado rastrearte por las huellas peligrosas de la hermosura; y extravié los caminos y en ellos me demoré; hasta olvidar que sólo eran caminos, y yo sólo un viajero, y tú el fin de mi viaje. Muchas otras veces, este alfarero de objetos bellos se reprochará su vocación demorada en lo estético. Qué entrañable ha de ser esta demora, esta búsqueda por las "huellas peligrosas", cuando su producto es una de las obras poéticas más claras de nuestra tierra y una novela cuya sola factura material liquida -ya lo había probado Mallea- la creencia en una flojera de trabajo como explicación de nuestra falta de novelas.

Este mismo desconcierto interno de Marechal se traduce en otro resultado insólito. Creo sensato sospechar que su esquema novelesco reposaba en la historia de amor de Adán Buenosayres, ordenadora de los episodios preliminares y concretándose al fin en el Cuaderno del libro VI. La concepción dantesca de ese amor, exigiendo una expresión laberíntica y preciosista, lo escamotea a nuestra sensibilidad y nos deja una teoría de intuiciones poéticas en alto grado de enrarecimiento intelectual. Si nada de esto es reprensible en sí, lo es dentro de una novela cuyos restantes planos son de tan directo contacto con el tú, con nosotros como argentinos siglo XX. Y entonces, inevitablemente, la balanza se inclina del lado nuestro, y la náusea de Adán al oler la curtiembre nos alcanza más a fondo que Aquella en su spenseriano jardín de Saavedra. Ojalá la obra novelística futura de Leopoldo Marechal reconozca el balance de este libro; si la novela mo-

derna es cada vez más una forma poética, la poesía a darse en ella sólo puede ser inmediata y de raíz surrealista; la elaborada continúa y prefiere el poema, donde debió quedar Aquella con su simbología taraceada, porque ése era su reino.

La segunda observación toca al humor. Marechal vuelve con Adán Buenosayres a la línea caudalosa de Mansilla y Payró, al relato incesantemente sobrevolado por la presencia zumbona de lo literario puro, que es juego y ajuste e ironía. No hay humor sin inteligencia, y el predominio de la sentimentalidad sobre aquélla se advierte en los novelistas en proporción inversa de humor en sus libros; esta feliz herencia de los ensayistas del siglo XVIII, que salta a la novela por vía de Inglaterra, da un tono narrativo que Marechal ha escogido y aplicado con pleno acierto en los momentos en que hacía falta. Sobre todo en las descripciones y las réplicas, y cuando no lo enfatiza; así el episodio de los homoplumas comienza del mejor modo -el retrato en diez líneas del malevo es un hallazgo-, pero termina alicaído con los discursos del speaker. El humor en Adán Buenosayres se alía con un frecuente afán objetivo, casi de historiador, y acaba de dar a esta novela su tono documental que, si la aleja de nosotros en cuanto a adhesión entrañable, nos la ofrece panorámicamente y con amplia perspectiva intelectual. No sé, por razones de edad, si Adán Buenosayres testimonia con validez sobre la etapa martinfierrista, y ya se habrá notado que mi intento era más filológico que histórico. Su resonancia sobre el futuro argentino me interesa mucho más que su documentación del pasado. Tal como lo veo, Adán Buenosayres constituye un momento importante en nuestras desconcertadas letras. Para Marechal quizá sea un arribo y una suma; a los más jóvenes toca ver si actúa como fuerza viva, como enérgico empujón hacia lo de veras nuestro. Estoy entre los que creen esto último, y se obligan a no desconocerlo.

Julio Cortázar Obra Crítica /2, Madrid, Alfaguara, 1994

Leopoldo Marechal

Adán Buenosayres

A mis camaradas «martinfierristas»,
vivos y muertos, cada uno
de los cuales bien pudo ser un
héroe de esta limpia y
entusiasmada historia

PRÓOGO INDISPENSABLE

En cierta mañana de octubre de 192., casi a mediodía, seis hombres nos internábamos en el Cementerio del Oeste, llevando a pulso un ataúd de modesta factura (cuatro tablitas frágiles) cuya levedad era tanta, que nos parecía llevar en su interior, no la vencida carne de un hombre muerto, sino la materia sutil de un poema concluido. El astrólogo Schultze y yo empuñábamos las dos manijas de la cabecera, Franky Amundsen y Del Solar habían tomado las de los pies: al frente avanzaba Luis Pereda, fortachón y bamboleante como un jabalí ciego; detrás iba Samuel Tesler, exhibiendo un gran rosario de cuentas negras que manoseaba con ostentosa devoción. La primavera reía sobre las tumbas, cantaba en el buche de los pájaros, ardía en los retoños vegetales, proclamaba entre cruces y epitafios su jubilosa incredulidad acerca de la muerte. Y no había lágrimas en nuestros ojos ni pesadumbre alguna en nuestros corazones; porque dentro de aquel ataúd sencillo (cuatro tablitas frágiles) nos parecía llevar, no la pesada carne de un hombre muerto, sino la materia leve de un poema concluido. Llegamos a la fosa recién abierta: el ataúd fue bajado hasta el fondo. Redoblaron primero sobre la caja los terrones amigos, y a continuación las paladas brutales de los sepultureros. Arrodillado sobre la tierra gorda, Samuel Tesler oró un instante con orgulloso impudor, mientras que los enterradores aseguraban en la cabecera de la tumba una cruz de metal en cuyo negro corazón de hojalata se leía lo siguiente:

ADÁN BUENOSAYRES

R. I. P.

Luego regresamos todos a la Ciudad de la Yegua Tobiana.

Consagré los días que siguieron a la lectura de los dos manuscritos que Adán Buenosayres me había confiado en la hora de su muerte, a saber: el Cuaderno de Tapas Azules y *el* Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia. *Aquellos dos trabajos me parecieron tan fuera de lo común, que resolví darlos a la estampa, en la seguridad de que se abrirían un camino de honor en nuestra literatura. Pero advertí más tarde que aquellas páginas curiosas no lograrían del público una intelección cabal, si no las acompañaba un retrato de su autor y protagonista. Me di entonces a planear una semblanza de Adán Buenosayres: a la idea originaria de ofrecer un retrato inmóvil sucedió la de presentar a mi amigo en función de vida; y cuanto más evocaba yo su extraordinario carácter, las figuras de sus compañeros de gesta, y sobre todo las acciones memorables de que fui testigo en aquellos días, tanto más se agrandaban ante mis ojos las posibilidades novelescas del asunto. Mi plan se concretó al fin en cinco libros, donde presentaría yo a mi Adán Buenosayres desde su despertar metafísico en el número 303 de la calle Monte Egmont, hasta la medianoche del siguiente día, en que ángeles y demonios pelearon por su alma en Villa Crespo, frente a la iglesia de San Bernardo, ante la figura inmóvil del Cristo de la Mano Rota. Luego transcribiría yo el* Cuaderno de Tapas Azules *y el* Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia, *como sexto y séptimo libros de mi relato.*

Las primeras páginas de esta obra fueron escritas en París, en el invierno de 1930. Una honda crisis espiritual me sustrajo después, no sólo a los afanes de la literatura, sino a todo linaje de acción. Afortunadamente, y muy a tiempo, advertí yo que no estaba llamado al difícil camino de los perfectos. Entonces, para humillar el orgullo de ciertas ambiciones que confieso haber sustentado, retomé las viejas páginas de mi Adán Buenosayres *y las proseguí, bien que desganadamente y con el ánimo de quien cumple un gesto penitencial. Y como la penitencia trae a veces frutos inesperados, volví a cobrar por mi obra un interés que se mantuvo hasta el fin, pese a las contrariedades y desgracias que demoraron su ejecución.*

La publico ahora, vacilando aún entre mis temores y mis esperanzas. Antes de acabar este prólogo, debo advertir a mi lector que todos los recursos novelescos de la obra, por extraños que tal vez le resulten algunos, se ordenan rigurosamente a la presentación de un Adán Buenosayres exacto, y no a vanidosos intentos de originalidad literaria. Por otra parte, fácil ha de serle comprobar que, tanto en la cuerda poética como en la humorística, he seguido fielmente la tónica de Adán Buenosayres en su Cuaderno *y en su* Viaje. *Y una observación final: podría suceder que alguno de mis lectores identificara a ciertos personajes de la obra, o se reconociera él mismo en alguno de ellos. En tal caso, no afirmaré yo hipócritamente que se trata de un parecido casual, sino que afrontaré las consecuencias: bien sé yo que, sea cual fuere la posición que ocupan en el Infierno de Schultze o los gestos que cumplen en mis cinco libros, todos los personajes de este relato levantan una «estatura heroica»; y no ignoro que, si algunos visten el traje de lo ridículo, lo hacen graciosamente y sin deshonor, en virtud de aquel «humorismo angélico» (así lo llamó Adán Buenosayres) gracias al cual también la sátira puede ser una forma de la caridad, si se dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres.*

L.M.

LIBRO PRIMERO

I

El pañuelito blanco
que te ofrecí
bordado con mi pelo...

Templada y riente (como lo son las del otoño en la muy graciosa ciudad de Buenos Aires) resplandecía la mañana de aquel veintiocho de abril: las diez acababan de sonar en los relojes, y a esa hora, despierta y gesticulante bajo el sol mañanero, la Gran Capital del Sur era una mazorca de hombres que se disputaban a gritos la posesión del día y de la tierra. Lector agreste, si te adornara la virtud del pájaro y si desde tus alturas hubieses tendido una mirada gorrionesca sobre la ciudad, bien sé yo que tu pecho se habría dilatado según la mecánica del orgullo, ante la visión que a tus ojos de porteño leal se hubiera ofrecido en aquel instante. Ya Buques negros y sonoros, anclando en el puerto de Santa María de los Buenos Aires, arrojaban a sus muelles la cosecha industrial de los dos hemisferios, el color y sonido de las cuatro razas, el yodo y la sal de los siete mares; al mismo tiempo, atorados con la fauna, la flora y la gea de nuestro territorio, buques altos y solemnes partían hacia las ocho direcciones del agua entre un áspero adiós de sirenas navales. Si desde allí hubieses remontado el curso del Riachuelo hasta la planta de los frigoríficos, te habría sido posible admirar los bretes desbordantes de novillos y vaquillonas que se apretaban y mugían al sol esperando el mazazo entre las dos astas y el hábil cuchillo de los matarifes listos ya para ofrecer una hecatombe a la voracidad del mundo. Trenes orquestales entraban en la ciudad, o salían rumbo a las florestas del norte, a los viñedos del oeste, a las geórgicas del centro y a las pastorales del sur. Desde Avellaneda la fabril hasta Belgrano ceñíase a la metrópoli un cinturón de chimeneas humeantes que garabateaban en el cielo varonil del suburbio corajudas sentencias de Rivadavia o de Sarmiento. Rumores de pesas y medidas, tintineos de cajas registradoras, voces y ademanes encontrados como armas, talones fugitivos parecían batir el pulso de la ciudad tonante: aquí los banqueros de la calle Reconquista manejaban la rueda loca de la Fortuna; más allá ingenieros graves como la Geometría meditaban los nuevos puentes y caminos del mundo. Buenos Aires en marcha reía: Industria y Comercio la llevaban de la mano.

Pero refrena tu lirismo, encabritado lector, y descolgándote de la región excelsa en que te puso mi estilográfica desciende conmigo al barrio de Villa Crespo, frente al número 303 de la calle Monte Egmont: allá, barriendo a grandes trazos la vereda, Irma gritaba los versos iniciales de «El Pañuelito». Calló de pronto y se afirmó en su escoba, desgreñada y caliente, bruja de dieciocho años: sus oídos atentos captaron en un solo acorde la canción de los albañiles italianos, el martilleo del garaje «La Joven Cataluña», el cacarear de las gordas mujeres que discutían con el verdulero Alí, la oferta grandilocuente de los judíos vendedores de frazadas y el clamor de los chiquilines que se hacían polvo detrás de una pelota de trapo. Entonces, confirmada ya en su exaltación mañanera, Irma volvió a cantar:

Fue para ti, lo has olvidado
y en llanto empapado
lo tengo ante mí.

Adán Buenosayres despertó como si regresara: la canción de Irma, pescándolo en las honduras de su sueño, lo izó un instante a través de rotas escenas y fantasmas que se desvanecían; pero se cortó el hilo de música, y Adán bajó de nuevo a grandes profundidades, entregado a la disolución de tan sabrosa muerte. ¡Númenes de Villa Crespo, duros y alegres conciudadanos; viejas arpías gesticulantes como gárgolas, por-

que sí o porque no; malevos gruñidores de tangos o silbadores de rancheras; demonios infantiles, embanderados con los colores de River Plate o de Boca Juniors; carreros belicosos que se agitaban en lo alto de sus pescantes y se revolvían en sus cojinillos, para canturrear al norte, maldecir al sur, piropear al este y amenazar al oeste! ¡Y sobre todo vosotras, muchachas de mi barrio, dúo de taconeos y risas, musas del arrabal con la tos o sin la tos de Carriego el poeta! Bien sé yo que si trepando la escalera del número 303 se hubiesen asomado todos ellos a la habitación de Adán Buenosayres, la presencia del héroe dormido les habría inspirado un generoso silencio, máxime si hubieran sabido que Adán, vuelto de espaldas al nuevo día, desertor de la ciudad violenta, prófugo de la luz, al dormir se olvidaba de sí mismo y olvidándose curaba sus lastimaduras; porque nuestro personaje ya está herido de muerte, y su agonía es la hebra sutil que irá hilvanando los episodios de mi novela. Desgraciadamente, la calle Monte Egmont lo ignoraba todo; e Irma, que a trueque de cantar hubiera despertado al mismo Ulises, atacó briosamente la segunda copla:

Triste cantaba un ave,
mi dulce bien,
cuando me abandonaste...

Revolviendo su cabeza en las almohadas Adán Buenosayres trazó con ella un vasto movimiento de negación. Contra su voluntad salía otra vez a la superficie, desarraigándose del universo fantasmagórico que lo rodeaba y ceñía. Caras de humo, voces insonoras, ademanes grises desaparecían abajo: un rostro, el de abuelo Sebastián, se obstinaba en gritarle algo todavía; pero se deshizo como los otros, allá, en regiones de estupor y en deliciosas honduras. Y al tocar el fondo cierto de este mundo Adán se dijo:

—¡Lástima!

Entreabrió los ojos, y a través de sus pestañas le llegó algo menos espeso que la tiniebla, una claridad en pañales, cierto amago de luz que se filtraba por la densa cortina. Entonces, ante los ojos de Adán y en el caos borroso que llenaba su habitación, se juntaron o repelieron los colores, atrajéronse las líneas o se rechazaron: cada objeto buscó su cifra y se constituyó a sí mismo tras una guerra silenciosa y rápida. Como en su primer día el mundo brotaba del amor y del odio (¡salud, viejo Empédocles!), y el mundo era una rosa, una granada, una pipa, un libro. Puesto entre la solicitud del sueño que aún gravitaba sobre su carne y el reclamo del mundo que ya le balbucía sus primeros nombres, Adán consideró sin benevolencia las tres granadas en su plato de arcilla, la rosa trasnochada en su copa de vidrio y la media docena de pipas yacentes que descansaban en su mesa de trabajo: «¡Soy la granada!», «¡soy la pipa!», «¡soy la rosa!», parecieron gritarle con el orgullo declamatorio de sus diferenciaciones. Y en eso estaba su culpa (¡salud, viejo Anaximandro!): en haber salido de la indiferenciación primera, en haber desertado la gozosa Unidad.

Un sabor amargo en la lengua del cuerpo y en la del alma, eso era lo que sentía él al considerar la parodia de génesis que se desarrollaba en su habitación. Entonces, con el ánimo de un dios en vena de cataclismos, Adán cerró de nuevo los ojos y el universo de su cuarto volvió a la nada. «¡Que se jorobe!», refunfuñó, imaginando afuera la disolución de la rosa, el aniquilamiento de la granada y el estallido atómico de la pipa. Quizás, y al solo cerrarse de sus ojos, también la ciudad se habría disipado afuera, y se habrían desvanecido las montañas, evaporado los océanos y desprendido los astros como los higos de una higuera sacudida por su fruticultor... «¡Diablo!», se dijo Adán. Pero al abrir sus ojos alarmados el mundo se reconstruyó ante su visita con la minuciosa exactitud de un rompecabezas. ¡Ciertamente, no debería insistir en sus lecturas del Apocalipsis, a medianoche! Aquellas terribles imágenes de la destrucción prolongaban sus insomnios, interferían en sus sueños y al despertar le dejaban un regusto de oscuras premoniciones. Ahora más que nunca necesitaba posar un ojo inteligente sobre las cosas que venían sucediendo en su alma desde que los tambores de la noche penitencial habían redoblado para él; y no era el caso de entregarse a un pavor infantil

de génesis y catástrofes. Lo cierto era, por ejemplo, que al cerrar sus ojos (y Adán lo hizo nuevamente) la rosa no se anonadaba en modo alguno: por el contrario, la flor seguía viviendo en su mente que ahora la pensaba, y vivía una existencia durable, libre de la corrupción que se insinuaba ya en la rosa de afuera; porque la flor pensada no era tal o cual rosa, sino todas las rosas que habían sido, eran y podían ser en este mundo: la flor ceñida a su número abstracto, la rosa emancipada del otoño y la muerte; de modo tal que si él, Adán Buenosayres, fuera eterno, también la flor lo sería en su mente, aunque todas las rosas exteriores acabasen de pronto y no volvieran a florecer. «¡Rosa bienaventurada!», se dijo Adán. ¡Vivir en otro eternamente, como la rosa, y por la eternidad del Otro!

Adán Buenosayres abrió definitivamente los ojos, y al ver que los objetos le mostraban su cifra irrevocable, saludó al fin, descorazonado: «¡Buenos días, Tierra!» No deseaba romper aún la inmovilidad de su cuerpo yacente: hubiera sido una concesión al nuevo día que lo reclamaba y al que se resistía él con todo el peso de una voluntad muerta. Pero desde la calle Monte Egmont el nuevo día volvió a recordarle su imperio: «¡Gol, gol!», aullaron diez voces infantiles en son de victoria; «¡Penal, penal!», objetaron otras diez voces rugientes. En seguida se oyó el choque de una batalla relámpago, luego la discusión de una paz concertada entre insultos y risas, por fin la carrera de los chiquilines que reanudaban el juego. Después, cuando el diapasón de la trifulca hubo descendido hasta el nivel sonoro de la calle, Adán reconoció la voz amarga de doña Francisca, su patrona, que hostilizando al verdulero Alí cacareaba reproches, gruñía ofertas y eructaba desdenes. «Noventa y dos quilos de grasa beligerante», pensó Adán, evocando las tetas montañosas de su huéspeda; luego imaginó la extática figura de Alí que junto a su carrito la estaría escuchando sin oírla, tal vez absorto en un recuerdo de pacientes mercados orientales. Y al decirse que aquella escena era la misma de ayer y exactamente la de mañana, sintió el frío de una realidad sin vuelo que se daba todos los días, inevitable y monótona como el grito de un reloj. Se revolvió entonces en la cama, y tristísimos elásticos gimieron en sus honduras. «El día es como un pájaro amaestrado», reflexionó Adán, «viene cada doce horas al mundo, por el mismo rincón del globo, y nos encaja su eterna cancioncita; o más bien un maestro pedante, con su bonete de sol y su abecedario de cosas largamente sabidas: *esto es la rosa, esto es la granada.»* Se sobresaltó de pronto, al recordar que también él era un maestro infantil y que treinta y dos pares de ojos desvaídos lo mirarían luego desde sus pupitres. «¿Iré a la escuela?», se preguntó en su alma. Y evocando el edificio húmedo, la cara saturnina del director y las decadentes figuras de los pedagogos, Adán resolvió en su alma: «¡No iré a la escuela!» *Esto es la rosa,* meditó luego. ¡No! ¡La rosa era Solveig Amundsen, pese a lo que afirmara el día! Y recordando ahora el episodio final de Saavedra sintió algo que no era ya, como lo había sido aquella tarde, ni el gusto acerbo de una humillación ni el vacío de una desesperanza, sino tal vez la melancolía de un acariciado imposible. Se hallaba él en la casona de Saavedra y en el jardín de Solveig Amundsen ya vestido de marzo: Lucio Negri (¡el medicucho!), de pie ante las jovencitas absortas, les hacía un caluroso llamado a «la higiene mental», deseable sobre todo en aquella casa que no sin razón venía llamándose «el manicomio de los Amundsen»; cierto era que Lucio Negri había usufructuado la ausencia imprevista del astrólogo Schultze, de Franky Amundsen, de Samuel Tesler y del petizo Bernini, los cuatro haces de la tertulia; y claro está que Lucio lo había hecho adrede, porque Solveig estaba entre las muchachitas y porque Adán estaba junto a Solveig con su figura de poeta sin destino visible. Y ante la réplica de Adán, el medicucho le había enrostrado aquellos versos:

El amor más alegre
que un entierro de niños.

Y las chicuelas se habían reído de su metáfora: después clavaron en Adán unos ojos entre azorados e incrédulos; y en seguida volvieron a reír en coro, ¡sus buches de paloma, henchidos de risa! Pero Solveig Amundsen no debió reírse con las otras muchachas, ni lo habría hecho, tal vez, si hubiera sabido que con su

risa iniciaba el desmoronamiento de una construcción poética y la ruina de una Solveig ideal. «Tendré que llevarle mi Cuaderno de Tapas Azules», se dijo Adán sin forjarse muchas ilusiones. En cuanto a Lucio Negri, ¿entendería por qué razón es alegre un entierro de niños? Adán evocó el rancho nocturno (¡allá, en la loma de Maipú y en algún día de su infancia!) y al niño muerto, sentado en su sillita, entre velas humeantes a cuya luz brillaban las lentejuelas de su túnica y el dorado papel de las alitas que su madre le había cosido a los hombros. ¡La parodia de un ángel, sí! Pero los ojos del ángel no miraban ya: dos tapones de algodón contenían en sus narices la primera disolución de la carne, y moscas verdes caminaban por sus mejillas de talco. No obstante, afuera reían las guitarras y los acordeones, circulaba el mate dulce o la ginebra, trastabillaban pesados bailarines, y parejas furtivas (¡Adán lo entendió luego!) se extraviaban en el cardal anochecido, tal vez con la voluntad oscura de prolongar al calor de sus sangres la penuria y el ansia de las generaciones.

Angelito que te vas
con una gota de vino,

así cantaba el guitarrero borracho. Y como Adán, en su puericia, exigiera la razón de aquel júbilo, alguien le había contestado que el niño de la silla no estaba muerto, sino que ahora vivía en Dios una existencia bienaventurada.

Angelito que te vas
con una flor en la mano...

Por eso debía ser alegre el entierro de un niño: era irse a vivir en otro eternamente, por la virtud eterna del Otro. Y Solveig Amundsen lo ignoraba, sin duda; pero aquella tarde no debió reírse de Adán, porque también ella, sin saberlo, vivía en él una existencia emancipada de las cuatro estaciones. «Le llevaré mi Cuaderno de Tapas Azules», resolvió Adán en su ánimo.

Se desperezó lentamente, y los elásticos volvieron a gemir su *de profundis.* En la calle Monte Egmont arreciaba el escándalo de varones y hembras que, como Lucio Negri, sólo entendían el sentido literal de las cosas y se daban enteros a la ilusión de una realidad tan cambiante como sus horas y tan efímera como sus gritos, moscardones ebrios ya con el néctar de aquel día, mugrientos de sudor y de polen, zumbantes y golosos bajo un sol que también se pondría como ellos. «¡Bah!», pensó Adán malhumorado, «Lucio Negri no ha de impedir que alguna vez el día pierda su gastado alfabeto ni que el mundo se tambalee como don Aquiles, el maestro ciruela de Maipú, cuando buscaba sus perdidos anteojos en las carteras de los alumnos; ni que, ¡ay!, la luna sea hecha como de sangre, ni que sea retirado el cielo como un libro que se arrolla.» Las tremendas palabras del Apocalipsis venían resonando en sus oídos desde la noche anterior. *Sicut líber involutus.* Adán recordaba que, abandonando la lectura en aquella imagen, había contenido su respiración y escuchado el ominoso y duro silencio de la noche; y allá, en el corazón del silencio, le había parecido sorprender un ¡cric! de grandes resortes que se aflojaban, un crujido de formas que se anonadarían al instante, una sublevación de átomos que se rechazaban ya. Entonces, y bajo el peso de aquel terror, Adán había caído de rodillas; y sintió que por vez primera su torpe oración ganaba las alturas que se le habían negado tantas veces; y se había dicho que aquel sagrado temor era sin duda el preludio de la ciencia viviente por la cual venía suspirando su alma tras el hastío de las letras muertas. Un temor sagrado. Pero, ¡cuan fácilmente se disipaba ya entre los ruidos y colores del nuevo día!

Incorporándose a medias Adán Buenosayres alargó su mano hasta el revoltijo de pipas que lo llamaba desde la mesa: eligió a Eleonore, la del tubo de guindo y el horno de porcelana; espaciosamente la llenó de aquel tabaco salteño que sería su alma de un minuto; y encendiéndola con arte aspiró el alma de Eleonore, la expiró luego y vio cómo se retorcía en el aire, dragón de humo. Recobró en seguida la dulce horizontal del sueño y de la muerte, y paladeó entonces la delicia de fumar en su cubo cerrado y en aquella penumbra donde se descarnaban las formas hasta parecerse a números. Desde hacía tiempo dos maneras de angustia se alternaban en sus despertares: o bien sentía la impresión indecible de abrir los ojos en un mundo extraño cuyas formas, hasta la de su cuerpo, le resultaban tan absurdas que lo sumían de pronto en un pavor de antiguas metamorfosis; o bien daba en este mundo como en un bazar de objetos manoseados hasta la desesperación. Y hubo cierta edad en que los días comenzaban en una copla de su madre:

Cuatro palomas blancas,
cuatro celestes,
cuatro coloraditos
me dan la muerte.

¡Era un rasgarse de claros ojos infantiles (los suyos), un desalado ajuste de vestidos y un correr hacia la mañana que afuera se abría ya como un libro de imágenes arrobadoras! Después, leyéndoles a los alumnos el primer balbuceo de sus éxtasis, don Aquiles había sentenciado: «Adán Buenosayres será un poeta»; y las miradas atónitas de los chicos se clavaron en Adán que palidecía, desnudo ya en su esencia y revelado en la forma exacta de sus desvelos por aquel dómine de Maipú que también creía en la inmutable regularidad del cosmos y que todas las mañanas, reloj en mano, vigilaba la salida del sol para castigarlo si no lo hacía según la hora del almanaque. Don Aquiles renqueaba metódicamente, y al ritmo de su cojera los alumnos canturreaban, atorados de risa:

Cucú, cucú,
cantaba la rana;
cucú, cucú,
debajo del agua.

De pronto el viejo se detiene junto al pupitre de Adán, y lo mira: ¡cómo lo ha mirado ahora, en el recuerdo, a través de antiparras azules, con su ojo de pulpo escondido entre aguas marinas!

Adán Buenosayres acarició *in mente* aquellas figuras de su niñez: ni las viejas imágenes ni los conflictos nuevos arraigaban en aquel trabajado comienzo de su día, sobre todo ahora que la pipa Eleonore, fumada en ayunas, lo embarcaba en la sutil, en la nobilísima, en la poética embriaguez del tabaco. «¡Gloria al Gran Manitú», recitó en su alma, «porque ha dado a los hombres la delicia del Oppavoc!» Más aún, al influjo de la hoja sagrada su yerta voluntad parecía reanimarse: consideró nuevamente los objetos de su cuarto, y esta vez la granada y la rosa le merecieron un interés que llegaba casi hasta el elogio *(splendor formae!);* luego volvió sus oídos al fragor de la calle, pero inclinado ahora no sabía él a qué suerte de benevolencia. Y en este punto su atención fue solicitada por algo tremendo que ahora se debatía en el interior de la casa. ¡Irma! Era Irma que, desertando la calle Monte Egmont, trepaba la escalera entre un escándalo de baldes y un meneo de escobas: Adán la oyó silbarle al canario marchito, alabar al gato prudente, reírse del cepillo calvo, maldecir al plumero rabón; luego reconoció el vaivén de sus chancletas en el escritorio, y por fin el agrio lamento de los muebles que Irma castigaba sin piedad. ¡Ciertamente, Irma era un grito desnudo toda

ella! Pero un grito de dieciocho años... Y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, o tal vez la besó: estaban en primavera, y el fuerte olor de los paraísos quizá les había encabritado la sangre, a ella que estiraba las cobijas de su cama, encorvándose toda como un arco vivo, y a él que había olvidado su lectura para mirar lo que deseaba ella que viese sin que dejara él de imaginar que no quería ella, ni sospechase que ella quería que no sospechara él que ella quería que viese, ¡oh, Eva! Y Adán siguió la línea de sus brazos desnudos que al tenderse mostraban dos vellones de negrura, o vio el arranque de sus muslos verdimorenos como la piel de las manzanas; y de pronto había sentido que una bruma espesa, levantándose de su ser, le borraba memoria y entendimiento, hasta dejarle sólo una voluntad de agresión que lo empujaba temblando hacia Irma. Y como los ojos de Adán preguntaran «¿sí?», ella respondió «sí» con los ojos. Después era como extraviar este mundo (olvidarlo y olvidarse), para volverlo a encontrar en seguida (recordarlo y recordarse), pero un mundo ya sin lustre y sucio de groseras melancolías, como si el alma hubiese perdido en su naufragio la visión de la gracia inteligible que ilumina las cosas. Por último se habían alejado uno del otro, sin mirarse ni hablarse: Adán la oyó reír en la escalera y chacharear después abajo, como si nada hubiese ocurrido; y él se quedó allí saboreando su vergüenza, su remordimiento inútil, su ira contra sí mismo por haberse dejado enredar otra vez en el famoso truco de la Natura (¡salud, viejo Schopenhauer!). ¡Claro! La Natura especulaba con el deshonor del pobre monstruo que, destinado en su origen a la beatitud paradisíaca, se había venido escandalosamente al suelo y se chamuscaba, como los insectos nocturnos, en cualquier vislumbre o simulacro de su felicidad primera. ¡Lo cuerdo habría sido negarse a los llamados exteriores, como Rosa de Lima! Suspenso y aterrado, Adán había leído la historia de su batalla con el mundo y aquel proceso de autodestrucción que la rosa limeña iba imponiendo a su envoltura mortal. Y en una medianoche, cerrando el triste libro y acudiendo a los nunca ociosos telares de su imaginación, Adán había evocado la imagen de Rosa en su cámara de tortura: suspensa del madero que había erigido en su habitación y en el que se crucificaba ella para imitar a su dolorido Amante; sintiendo en sus tendones rotos y en sus huesos desencajados la pesadez de una carne que, con ser tan poca ya, no había logrado vencer aún las leyes de su miseria; rendida la cabeza entre cuyo pelo, ¡tan hermoso antes!, la corona de puntas metálicas hacía correr una sangre nueva sobre los viejos coágulos; puesta su mirada en la yacija de cascotes y vidrios rotos que ya le aguardaba y que había deseado ella para sus juegos nupciales: así velaba Rosa en la profunda noche de América, y hasta su desvelo llegaban quizá las pulsaciones de la casona dormida: el trabajoso aliento de su padre, o el refunfuño de aquella madre que hasta en sueños le reprochaba su locura celeste, o el bullir de sus hermanitas que soñaban acaso en amoríos. Pero ella no los escuchaba, demasiado absorta en el trabajo de su destrucción: se destruía en sí para reconstruirse en el Otro, y tal era su labor de aguja, su bordado de sangre...

El estruendo brutal de algo que se derrumbaba en el escritorio lo arrancó violentamente de sus abstracciones. Adán oyó gritar a Irma la más redonda y enérgica de las obscenidades, cortada en su raíz por cierto alarido humano que se levantó de pronto en la habitación contigua:

—¡Mujer infernaaal!

Reconoció entonces la voz de Samuel Tesler y oyó en seguida los tres puñetazos que el filósofo daba en la pared medianera para exigirle testimonio y solidaridad contra los excesos de Irma. «La bacante ha despertado a Koriskos —observó Adán—; Koriskos tiene razón contra la bacante.» Respondió entonces con los tres puñetazos de ordenanza, y al punto la voz del filósofo, que había seguido maldiciendo, se replegó sobre sí misma, decayó como un viento, hasta morir en suaves y adormilados gruñidos. Atento aún al susurro del otro, Adán Buenosayres abandonó heroicamente sus colchones, fue a la ventana y, abriéndola toda, permitió que una luz torrencial invadiera su cuarto. Luego, fiel a una venerable costumbre de los poetas líricos, volvió a la cama y se dio a respirar el aire fuerte del otoño. Desde la calle Monte Egmont no subía ya el aroma de los paraísos, como en la bárbara primavera de Irma (y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, o quizá la besó), sino el aliento del otoño pesado de semillas y fragante de

hojas muertas. Mejor era el olor de las rosas blancas, porque las rosas blancas le hablarían siempre de Solveig Amundsen. Aquella tarde vio cómo se inclinaba ella en la penumbra del invernáculo: había rosas blancas, y estaban como ebrios con el olor de las rosas, y ella también era una rosa blanca, una rosa de terciopelo mojado; y su voz debía de tener algún parentesco íntimo con el agua, pues era húmeda y de clarísimas resonancias, como la del aljibe, allá en Maipú, cuando la piedra caía y levantaba músicas recónditas. Estando solos él y ella en el vivero de las flores, aquel recinto los aproximaba como nunca; y ésa fue su gran oportunidad y su riesgo inevitable, porque Adán, junto a ella, sintió de pronto el nacimiento de una congoja que ya no lo abandonaría, como si en aquel instante de su mayor acercamiento se abriese ya entre ambos una distancia irremediable, a la manera de dos astros que al tocar el grado último de su cercanía tocan ya el primero de su separación. En aquella luz de gruta que, lejos de roerlas, conseguía exaltar las formas hasta el prodigio, la de Solveig Amundsen había cobrado para él un relieve doloroso y una plenitud cuya visión lo hacía temblar de angustia, como si tanta gracia sostenida por tan débil soporte le revelase de pronto el riesgo de su fragilidad. Y otra vez habían empezado a redoblar en su alma los admonitorios tambores de la noche, y ante sus ojos alucinados vio cómo Solveig se marchitaba y caía, entre las rosas blancas, mortales como ella.

Adán cerró los párpados: ¡cómo le dolían esos pobres ojos! Cuando abusaba uno de la noche pidiéndoselo todo a su reinado, la noche ardía como un aceite negro y devoraba los párpados que no conseguían juntarse. Luego, sobre los párpados doloridos, la luz del día quemaba como el alcohol. —¿Sería él, acaso, un espíritu nocturno, emparentado con aves maléficas, insectos de culo fosforescente y brujas que montaban en escobas mansitas?— No, porque su alma era diurna e hija del sol padre de la inteligibilidad. —Siéndolo así, ¿por qué vivía de la noche?— Frecuentaba la noche porque en su siglo el día era incitador y antorcha de una guerra sin laureles, violador del silencio y látigo contra la santa quietud; exterior como la piel, activo como la mano, sudoroso como las axilas, vocinglero y fecundo en embustes, de sexo varonil, joven héroe de tórax velludo. Se apartaba del día porque lo embarcaba en la tentación de la fortuna material, en el ansia de poseer objetos inútiles y en el deseo malsano de ser político, boxeador, cantante o pistolero. —¿Y la noche?— Incolora, inodora e insípida como el agua, la noche producía, sin embargo, una borrachera igual a la de los buenos vinos; silenciófila, estimulaba empero el amanecer de las voces difíciles y los hondos llamados que sofoca el día bajo sus trombones; antípoda de la luz, ordenaba, con todo, la visibilidad de las estrellitas; destructora de cárceles, favorecía la evasión; campo de tregua, facilitaba la unión y la reconciliación; hembra curativa, refrescante y estimulante, se ayuntaba con el hombre y concebía un hijo, el sueño, graciosa imagen de la muerte. Y, sin embargo, la noche pesaba dolorosamente cuando al fin quería uno dormirse y el sueño se le negaba. ¡Sus grandes ojos infantiles, abiertos allá, en la medianoche de Maipú, cuando el insomnio lo iniciaba tempranamente, ¡ay!, en los misterios de su vocación nocturna! ¡Y aquel «viaje al silencio», a través de «la selva de los ruidos», que había inventado él para dormirse y al que se lanzaba en las inquietas noches de su niñez! El oído del turista encontraba su primer obstáculo en el torear de los perros a la luna levante o a la luna poniente; más allá distinguía el bullir de las ovejas apretadas en el corral, o el mugido de alguna vaca insomne, o el rascarse del caballo nochero en el palenque; todavía más lejos daba con la música de los bicharracos lacustres que hacían oír en el cañadón sus guitarritas de cristal o sus violines de agua; en un plano de mayor lejanía escuchaba el deslizamiento de algún tren remoto que perforaba la noche; después algo indefinible que podía ser una conversación de gallos lejanísimos (los gallos «telepáticos» de Lugones) o el rumor de la tierra que giraba sobre su eje; y al fin el silencio puro, el silencio medicinal que llenaba los oídos, se hacía canto y arrullaba; porque el silencio es principio y fin de toda música, tal como el blanco es principio y fin de todos los colores. ¡Y eso había sido su niñez! Allá quedó, en el bosque sonoro de Maipú: lobisones aullantes la seguían a través de los ruidos nocturnos, ¡oh, aventura! Y era una vez... Adán estaba en su camita, con el oído puesto sobre el mismo corazón de la noche; y de pronto se dijo que la tierra estallaría sin remedio antes de que se pudiese contar hasta diez. «¡Uno, dos, tres, cuatro —contaba él con los dientes apretados de angustia—; cinco, seis, siete —y conten-

ía la respiración—; ocho, nueve, ¡nada!, nada por esta vez!» O su madre había muerto, y él, con su traje de domingo, lloraba junto al ataúd de madera negra, ¡ay!, de madera negra con manijas de bronce; y sería un llanto sin gestos el suyo, un llanto silencioso de hombrecito. Y habría en la estancia un fuerte olor de coronas fúnebres, de cera que arde y de pabilos carbonizados; y él, ¡pobre criatura!, daba el último adiós a su madre, por última vez la miraría dentro del ataúd, antes de que vinieran los soldadores de ataúdes, ¡ay!, los hombres que sueldan cajas de plomo con soldadores de acero. Y a su alrededor, envueltas en claras ropas, se moverían las grandes mujeres de la vecindad; y viejas de negros chalones le acariciaban el rostro con sus manos que olían a trapos antiguos, a ratón o a venerables papeles amarillentos. En el patio habría hombres de pie que dicen cosas de la muerte, y en el salón hombres sentados que dicen cosas de la vida, mientras el mate corre de mano en mano y suena la bombilla, ¡ay!, sonaba la bombilla de los tiempos alegres. Y estarían sus compañeros del tercer grado mirándole con estupor y curiosos de saber cómo era un chico a quien se le ha muerto la madre; y con ellos había venido María Esther Silvetti, su compañera de banco, y tal vez lo besaría en la frente puesto que ya eran novios y se mandaban cartitas. Pero él, ¡cuan alejado estaba de todo eso! Adán sólo miraría el rostro de su madre cubierto de un sudor frío que se enjuga con suaves pañuelos; las manos de su madre, las manos de acariciar, zurcir, peinar y hacer la corbata, las pobres y tristes manos infatigables. Y su llanto arreciaría sobre todo por esas manos, y Adán era el centro de todas las gratas voces compasivas... De pronto, volviendo a la realidad, oía desde su cama la lenta y armoniosa respiración de su madre; y comprendía entonces que su drama no era real sino imaginado. Pero sus lágrimas corrían verdaderamente, y cien voces duras lo acusaban en la niebla: «¡Monstruo!», «¡Ahí está ese chiquilín que se goza en imaginar la muerte de su madre!», «¡Imagina la muerte de su madre para que todos lo compadezcan y admiren!»

—¡No, no es verdad! —lloriqueaba él respondiendo a las voces. Y para combatir aquella visión de muerte que aún lo perseguía, recitaba su tema de Historia Nacional: «Una bala mató el caballo de San Martín, y un soldado español disponíase a clavarle su bayoneta...» Pero todo era en vano, porque las escenas de muerte retornaban a su imaginación con una minuciosidad aterradora, y volvían los candeleras y las flores y los murmullos apagados. «¡Ah!» Su madre despertaba entonces, oyendo aquel grito de angustia. «Es Adán que tiene un mal sueño —decía ella—, será mejor que lo recuerde.»

Entre divertido y piadoso Adán Buenosayres evocaba esa niñez como si no fuera la suya sino la de un hermano ausente, o como si la hubiera leído hacía muchos años en el libro *Corazón,* junto a cristales azotados por el aguacero, mientras abuela Úrsula cantaba:

Viernes Santo, Viernes Santo,
día de grande Pasión,
cuando lo crucificaron
al Divino Redentor.

Y sin embargo, ¡qué bien reconocía la suya en el alma de aquel niño doloroso! Ciertamente, más grato era evocar entonces la figura del abuelo Sebastián, enterrado no hacía mucho en el cementerio de Maipú. ¿Cómo se reconstruía la cara del abuelo Sebastián? Era necesario juntar los párpados con fuerza y pensar en él intensamente: al punto, dentro de la negrura interior, aparecían la barba lluviosa, los ojos redondos y lucientes como cabezas de tornillo y la encorvada nariz del abuelo Sebastián. Todo el mundo sabía en Maipú que el abuelo había llegado a Buenos Aires en un barco de vela, como don Juan de Garay; y nadie ignoraba que había sido contrabandista en el tiempo de Rozas. Adán lo dijo en clase, y, aunque los chicos no lo creyeron, don Aquiles aprovechó la coyuntura para enseñar que Rozas había sido «un déspota cruel» y que el contrabando es una cosa muy fea que se castiga en los códigos. ¿Cómo sería el abuelo en aquella

época? ¿Usaba chiripá, botas de potro y facón de plata en la cintura, como se veía en los grabados de la Historia Nacional? Adán cerró los ojos, como en sus noches de Maipú, y lo evocó nuevamente bajo la parra familiar que gorriones ávidos asediaban: el abuelo tenía el jarro de loza entre los muslos (porque le gustaba el vino negro), y su risa era un elogio de la mañana que se había venido desnuda. Entonces los relatos le brotaban a montones, y chicos y grandes pendían de su boca llena de palabras coloreadas y de refranes bárbaros. ¡Qué lindo era, entre todos, aquel episodio de la sangre! El abuelo Sebastián ha sido apresado por la Mazorca: heridos están sus hombres, incendiada su ballenera de contrabandista. Entre dos mazorqueros (escapados tal vez de la novela *Amalia)* el abuelo se dirige a la residencia del Ilustre Restaurador: el esbirro de su derecha tiene (¡Dios nos libre y guarde!) un barbijo patrio que le cruza la cara; el de la izquierda sonríe, pero su sonrisa vale tanto como el barbijo de su compañero. Sin embargo (y no es por alabarse), el abuelo está tranquilo como si dirigiese un cargamento de yerba paraguaya: es la hora de la siesta y en las calles de Buenos Aires no se ve ni un gato. Entran por fin en un zaguán fresco y sombrío como una gruta, y desembocan en cierto patio donde una mulata vestida de rojo pisa maíz encorvándose toda sobre su mortero (¡a lo mejor había mazamorra esa noche!). Y de repente, ahí no más, el abuelo se topa con el mismísimo don Juan Manuel que sentado en su catre de tijera toma un «amargo», mientras observa fijamente sus chancletas bordadas, quizá, por Manuelita. Uno de los mazorqueros, el de la cara cortada, le dice algo pegándosele a la oreja; pero el Ilustre Restaurador no parece oírlo, tan ocupado está en sus cavilaciones; y cuando aparta sus ojos de las chancletas, es para clavarlos en las botas del abuelo Sebastián, por cuyas puntas asoman los dedos terrosos con fuertes uñas de ágata. —«¿Conque vos sos el vasco sinvergüenza que trae mercaderías del Paraguay?», le dice al fin don Juan Manuel. —«Para servir a Dios y a la Santa Federación», contesta el abuelo; y sus palabras caen en un silencio extraño, porque la negra ya no pisa maíz, tan embobada está en la contemplación de la escena.

—«Vamos a ver, ¿cuántos salvajes unitarios pasaste a la otra Banda?»

—«Yo no soy contrabandista de hombres, Ilustre Restaurador.»

—«¡Hum!», exclama Rozas. «A lo mejor me harás creer que sos un buen federal.»

—«¡Soy un buen federal!», responde el abuelo, y no miente. Don Juan Manuel sigue ahora el vuelo de un tábano que zumba y gira entre los racimos de la parra; la negra tiene ahora los ojos grandes como platos, y el hombre del barbijo estudia ya el cogote del abuelo como si eligiera el sitio conveniente para tocarle el violín.

—«¿Y la divisa? Vamos a ver, ¿dónde está la divisa de los buenos federales?», pregunta Rozas como chacoteando. Aquí el abuelo Sebastián se ríe, y su reír le sacude la barba como un golpe de viento. Sin afectación alguna entreabre su camisa y deja ver en su pecho desnudo las heridas que ganó en la refriega: la sangre corre bajo su tirador estrellado de onzas españolas, baña sus muslos y le cae ahora en hilitos sobre las botas de potro. ¡Ahí está la divisa! En silencio ha quedado el ilustre don Juan Manuel, porque la sangre al sol es a veces tan bella como la rosa más pura. Luego, dirigiéndose a sus hombres: —«Suéltenlo nomás», les dice. Y agrega: —«¡Es un vasco lindo!»

¡Oh, aventuras de ayer —pensó Adán—, caballos, aguas, vientos! ¡Caballos de sonante verija y de puro aliento vegetal, redoblando en los pagos de Maipú y en algún día que su niñez consagró a fabulosas empresas! ¿Qué hacer ahora? ¿Qué hacer ahora de sus manos inútiles? Tal vez los ocho vascos enormes, que se lo llevaron a pulso hasta el cementerio de Maipú, habían enterrado a la aventura junto con el abuelo Sebastián: era una mañana veraniega, y los ocho vascos, al llegar frente a la pulpería de Ugalde, habían dejado el ataúd en el suelo para tomarse una sangría de vino, agua y azúcar; Adán se había quedado afuera, y sus ojos infantiles iban del negro cajón abandonado en el polvo a una bandada de gorriones que se revolcaban en la misma tierra caliente. ¿A dónde se había ido el abuelo?, ¿a la estancia de aquel «don Cristo mentao» que describía el disco gaucho en el fonógrafo de la casa? Eso era, sin duda: el abuelo Sebastián

había llegado a la estancia celeste, le habían permitido desensillar y había soltado su tordillo viejo en el campo de las estrellas.

Adán Buenosayres abandonó la pipa Eleonore que ya se le enfriaba entre los dedos, y contempló sus manos, dos cosas grises y muertas acabadas en cinco puntas grises y muertas. En aquel mismo día que adelantaba su paso vulgar de naranjero, ¡cuántos destinos posibles le ofrecían la tierra y el agua! Pero, ¿qué haría él con sus manos de cinco puntas? Un jugador tramposo, un tejedor de humos, ¡eso había sido él y eso era! Más habría valido jugarse todo, como el abuelo Sebastián, en la gran ilusión que afuera tejía cada hombre y que se llamaba «un destino»: buena o mala, sublime o ridícula, de cualquier modo habría sido un gesto leal, una postura honrada frente a lo Absoluto. Pero él, inmóvil como un dios que se ha cruzado de piernas y se hace espejo de sí mismo, había dado siempre en la locura poética de adjudicarse, desarrollar y sufrir *ad intra* sus destinos posibles, mediante cien Adanes fantasmagóricos que su imaginación hacía vivir, padecer, triunfar y morir. ¿Quería ser gobernante, artista de cinematógrafo, plutócrata o santo? Le bastaba con cerrar los ojos, y entonces un Adán sutil gustaba el sabor del poder, o se cubría de laureles, o amasaba el oro de la fortuna, o era enterrado con la palma del martirio.

Turbado ante la evocación de sus destinos mentales (¡y, ciertamente, algunas de aquellas ficciones lo habrían hecho sudar de vergüenza o ridículo si las hubiese reconsiderado ahora bajo la cuerda luz de la mañana!), Adán volvió a contemplar sus manos grises y muertas. Pensó entonces que desde hacía tiempo su existencia venía limitándose a una machacona recapitulación de lo vivido, como si al encontrar desierto su presente y negado su porvenir ya trabajara el alma en ese balance de vida que según dicen precede a la defunción o a la metamorfosis. Y en aquel punto sintió la urgencia de interrogarse a fondo, para saber al menos lo que se jugaría en su presunta muerte o transformación. ¡Bien hubiera querido tener a mano un interlocutor tan ilustre como el de Boecio! ¡O siquiera el bicharraco de Poe, si hubiese consentido en instalarse a los pies de su lecho! A falta del uno y del otro, Adán resolvió dialogar consigo mismo, y su pregunta inicial fue la siguiente: ¿Quién era él, esa entidad absurda, ese nebuloso fumador, ese objeto encerrado en un cubo de ladrillos, en una casa de la calle Monte Egmont, en la ciudad de Buenos Aires, a las ocho de la mañana del 28 de abril de un año cualquiera? Desde luego —se respondió—, era «el hombre», la enigmática bestia razonante, la difícil combinación de un cuerpo mortal y un alma imperecedera, el monstruo dual cuya torpeza de gestos hace llorar a los ángeles y reír a los demonios, la criatura inverosímil de que se arrepintiera su mismo Creador. ¿Qué razones había sugerido Adán Buenosayres para justificar la invención del monstruo humano? El Creador necesitaba manifestar todas las criaturas posibles; el orden ontológico de sus posibilidades le exigía un eslabón entre el ángel y la bestia; y eso era el monstruo humano, algo menos que un ángel, algo más que un bruto. ¿Qué hizo Adán una vez emitida tan sabia hipótesis? Como de costumbre se admiró largamente a sí mismo, agradeció *ad intra* la ovación delirante de un público invisible y consideró luego las características de su naturaleza corporal. ¿Qué observaciones hizo acerca de su cuerpo? Observó que su parte animal tenía la noble estructura de los vertebrados, y recordó luego, no sin vanidad, que ocupaba entre los vertebrados la envidiable jerarquía de los mamíferos; pero cuando llegó a clasificarse entre los mamíferos bimanos, su dignidad zoológica le hizo concebir el más legítimo de los orgullos. ¿Qué otra satisfacción le trajo el estudio de su naturaleza corporal? Se dijo que aquel cuerpo suyo, alargado entre dos sábanas poco limpias, era el antiguo y venerable Microcosmo, abreviatura y centro de todo el mundo visible, resumen de los tres reinos y poseedor de sus tres almas, el alma elementativa de los minerales, el alma vegetativa de las plantas y el alma sensitiva de los brutos; devorador y asimilador de todas las naturalezas corporales inferiores (¡el gran Omnívoro!); vinculado al Macrocosmo por analogía y correspondencia, de modo tal que su corazón se asimilase al Sol, su cráneo a la Luna, su hígado a Júpiter, su bazo a Saturno, sus riñones a Marte, sus testículos a Venus y su pene a Mercurio. ¿Cómo reaccionó él al considerar las vastas proyecciones de su cuerpo? Su reacción fue melancólica, pues lo vio sujeto a dos condiciones limitativas, el espacio y el tiempo, que desde ya lo condenaban al error y fatiga de los movimientos locales, al devenir y a la muerte; luego evocó sus terrores infantiles acerca del tiempo y el espacio. ¿Cómo se le

había insinuado el terror Tiempo? Allá, en Maipú, había concebido el Tiempo como un arroyo que corría sobre la casa: un arroyo invisible cuyas aguas traían a los recién nacidos y se llevaban a los muertos, hacían mover las ruedas de los relojes, descascaraban las paredes y roían los semblantes que uno amaba. ¿Y el terror Espacio? Lo había sufrido cuando el pedagógico don Aquiles enseñaba en clase los millones de años que tardaría una locomotora en llegar a la estrella Sirio; o bien en sus noches de la llanura, mirando las apretadas constelaciones australes, cuando presa del vértigo se abrazaba él a su caballo inmóvil, para sentir junto a su miedosa carne algo viviente, próximo y amical. ¿Cómo había conseguido salvarse de ambos terrores? Los había superado en su alma, que no era espacial ni temporal; por la virtud de su alma, que sabía librar a la rosa del dolor tiempo y el dolor espacio sustrayendo su forma inteligible de su carne sensible y regalándole la vida sin azar de los números abstractos; gracias a su alma, que al aprehender los sistemas astronómicos de don Aquiles los dominaba y hacía girar en su interior como planetarios de juguete; merced a su alma, devoradora y asimiladora de todo el mundo inteligible, Microcosmo también ella, o cielo a donde se venía el descarnado espíritu de las cosas. ¿Qué otros aspectos de su alma consideró Adán en este punto? Su inmortalidad, su origen divino, su naturaleza caída. ¿En qué intuiciones personales había conocido la inmortalidad de su alma? En la seguridad absoluta que sobre su permanencia tiene el alma y que sabe comunicar al *fratre corpo* haciéndole concebir funestas ilusiones; en su incredulidad, extrañeza o repugnancia de la muerte como total aniquilamiento, sentir común a todos los hombres. ¿Por qué señales había llegado a entender el origen divino de su alma? Por su tendencia irresistible a la unidad, aunque vivía en el mundo de la multiplicidad; por su noción de una dicha necesaria y sólo dable en un Otro absoluto, inmóvil, invisible y eterno, aunque vivía ella en lo relativo, cambiante, visible y mortal; por su vocación de todas las excelencias (Verdad, Bondad, Hermosura) que son atributos divinos y a los que el alma tiende como a su atmósfera natural o a su patria de origen. ¿Cómo había reconocido poseer una naturaleza caída? Por negación, advirtiendo los extravíos de su inteligencia, los olvidos de su memoria y los desmayos de su voluntad; por afirmación, observando en el ejercicio de sus tres potencias algunas iluminaciones y arranques indefinibles que consideraba él como vestigios de una nobleza original perdida. ¿Hizo él, según su costumbre, algún símil poético de tan molesta dualidad? No necesitó inventar símil alguno, pues le salió al encuentro el inimitable de Platón. Su alma era semejante a un carro alado del cual tiraban dos potros diferentes: uno, color de cielo, crines abrojadas de estrellas y finos cascos voladores, tendía siempre hacia lo alto, hacia las praderas celestes que lo vieron nacer; el otro, color de tierra, sancochado de boca, empacador, lunanco, barrigón, orejudo, vencido de manos, jeta caída y rodador, tiraba siempre hacia lo bajo, ansioso de empantanarse hasta la verija. Y Adán, ¡pobre carrero!, tenía las riendas de uno y otro caballo y forcejeaba por mantenerlos en la ruta: cuando triunfaba el potro maldito arrastrando en su caída todo el atelaje del alma, junto al carro humillado el animal de cielo parecía dormirse; pero cuando vencía el potro celeste, sus remos braceaban una luz maravillosa y sus narices parecían ventear el olor de los alfalfares divinos: entonces el carro volaba, y también ascendía el caballo de tierra como un peso muerto. Se remontaba el animal celeste, hasta que sentía enrarecido el aire, flaqueaba de tendones y se dormía borracho de alturas; entonces despertaba el animal terrestre y hallando a su parejero dormido se dejaba caer a fondo, con un hambre voraz de materias impuras; cuando a su vez el animal de tierra se dormía en su hartazgo, el animal de cielo despertaba, dueño del carro ahora. Así, entre uno y otro caballo, entre el cielo y el suelo, tirando aquí una rienda y aflojando allá otra, el alma de Adán subía o se derrumbaba. Y al fin de cada viaje Adán enjugaba en su frente un agrio sudor de carrero. ¿Qué hizo él tras el análisis de su cuerpo y de su alma? Volvió a estudiarse ahora en tanto que *compositum*; y al reconocer que no había nacido, ciertamente, por voluntad propia, acudió a la genealogía para entender su advenimiento al triste mundo que habitamos. ¿Qué precisiones genealógicas hizo entonces? Dos ramas diferentes al unirse habían contraído, sin saberlo, la responsabilidad infinita de introducirlo a él en este plano de la existencia. Rama paterna: Él, su padre, nacido junto al Plata, hijo a su vez de abuelo Charles y abuela María, oriundos ambos de Lutecia, ciudad de frente despejada. Gajo materno: Ella, su madre, nacida junto al Plata, hija de abuelo Sebastián y abuela Úrsula, natura-

les ambos de la cantábrica tierra, junto al mar infecundo. ¿A qué motivos atribuyó Adán el hecho curioso de que dos ramas tan diferentes abandonasen la Europa nativa para unirse junto al Río-que-lleva-nombre-de-metal? Sus causas visibles fueron: ideas republicanas de abuelo Charles, desterrado por Luis Felipe, rey de los franceses; naturaleza migratoria de abuelo Sebastián, incorregible navegante. Sus causas inteligibles eran, según el astrólogo Schultze, los ángeles neo-criollos, propagandistas de la emigración e invisibles tentadores de hombres, que recorrían el mundo y arengaban a toda nación, para reclutar voluntarios y conducirlos a las cóncavas naves: dichos mensajeros avanzaban delante de los navíos: con un ala cubrían y amparaban la débil quilla, con la otra rechazaban los vientos y deshacían las nubes, a fin de que los reclutas llegaran sin dolor y se cumpliera el alto destino de la tierra Que-de-un-puro-metal-saca-su-nombre. ¿Y no se avergonzó Adán al suponer que ángeles con escarapelas azules y blancas podían ser testigos de su escandalosa inercia? No se avergonzó en modo alguno, porque al ubicarse ahora en el espacio recordó que su posición era terriblemente movida, ya que se encontraba en el número 303 de la calle Monte Egmont, ciudad de Buenos Aires, Argentina, Hispanoamérica, hemisferio sur, globo terrestre, sistema planetario solar, Macrocosmo, y por lo tanto sometido al movimiento incesante, a la vertiginosa danza helizoidal que resultaba del triple movimiento de la tierra, el de su rotación sobre sí misma, el de su traslación en torno del sol y el de su fuga con todo el sistema planetario hacia la constelación de Hércules y a una velocidad de mil ciento setenta quilómetros por minuto. ¿Qué hizo él al sentirse viajero cósmico y danzarín estelar?

Adán Buenosayres se puso a estudiar con simpatía los objetos que le acompañaban en el viaje. Inclinado el busto hacia el suelo, miró debajo de su cama y vio la siguiente naturaleza muerta: un orinal de loza, con florecitas pintadas en fondo verde cebollín; a la izquierda del orinal, sus deshilachadas pantuflas de baño, a la derecha y dormidos en yunta, sus zapatos viejos y unánimes, sometidos a la forma dictatorial del pie adánico, sucios de materiales groseros, cómicos porque destacaban la animalidad del hombre en la ridiculez de sus extremidades, líricos porque se referían al hombre como viajero y a la belleza de las traslaciones terrestres, dramáticos porque revelaban el azar y la penuria de los movimientos humanos. Irguiendo el torso nuevamente, Adán repasó la granada y la rosa, las pipas fraternales, los libros en sus anaqueles. Detuvo luego su mirada en el Cristo de Lezo crucificado entre el sol y la luna, estampa familiar que había traído de Pamplona su abuela Úrsula y que había heredado él como nieto mayor. Sus ojos se detuvieron al fin en una fotografía de «El Trono de Venus», sujeta por cuatro chinches a la pared: la diosa nacía del mar, dos grandes mujeres la sujetaban por las axilas, el cabello goteante le caía sobre los hombros y sus pechos se levantaban ariscos o se sacudían como dos gaviotas mojadas. Y besar aquellos pechos debía de ser como besar una cara llorosa. ¡Cuánto se asemejaba esa divinidad a la Solveig adolescente cuyo retrato había visto él en la gran sala de Saavedra! Tenía sólo catorce años, la pollera corta y el pelo en tirabuzones verticales: acaso llegaba de la escuela con poliedros de cartulina en las manos, el tetraedro rojo como el fuego, el octaedro celeste como el aire, el icosaedro claro como el agua y el cubo negro como la tierra; o tal vez recitaba en clase, frente al mapa de colores: «La República Argentina limita al norte con Bolivia, Paraguay y Brasil». ¡No haberla conocido antes, desde su primer aliento! Adán se dijo que tenía derecho a tan poética usura, porque nadie la había mirado, como él, desnuda en su realidad y exaltada en su misterio. Y, ciertamente, le llevaría su Cuaderno de Tapas Azules...

Se abrió la puerta. Irma entró como un vendaval haciendo equilibrios con la bandeja del desayuno. La tiró sobre la mesa, buscó los ojos de Adán; y viendo que se le negaban, exclamó retozona: «¡Qué cara de viernes!» Dio un portazo al salir: su risa cascabeleó afuera. Y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas.

II

Receloso, con el nudillo de los dedos, pendiente de un hilo su alma y el corazón redoblándole a manera de tamboril, así llamó Adán Buenosayres antes de entrar en la habitación ajena. Luego, contenida su respiración, escuchó largamente, ansioso de sorprender adentro alguna señal de vida. Pero un silencio duro reinaba en el interior del antro, como si la habitación número cinco no fuese hueca sino maciza. Entonces, a puño cerrado, Adán Buenosayres insistió en su golpeteo; y como escuchase otra vez apoyando su oído en la tabla, volvió a responderle un silencio que parecía gozarse en su misma perfección.

«Koriskos no responde —se dijo Adán—. Koriskos duerme.»

Con todo, y resuelto a no malograr una empresa tan bien comenzada, el visitante apoyó su mano en el picaporte:

—¡Sésamo, ábrete!

La puerta giró sin ruido y el visitante se introdujo en el antro.

—¡Sésamo, ciérrate!

Y la puerta cerróse tras el visitante, pesada de solemnidad.

No sería difícil que a estas horas el lector, abocado a tan ominoso principio de aventura, se dejase llevar por la inquietud y abandonara mi novela en busca de más favorables climas. Pero si en sus arterias corre todavía la sangre de San Martín o de Cabral, y si la armadura de sus abuelos no se rindió aún al óxido inclemente de los siglos ni a la codicia de polvorientos anticuarios, el lector volverá de su flaqueza y me preguntará sin duda: ¿Qué había, pues, en la habitación número cinco? A lo que responderé: Adentro señoreaba toda la oscuridad, la sombra palpitante, la tiniebla viva, como si la última noche, acosada por el día y sus mordientes perros, hubiera buscado refugio en la habitación número cinco y temblase aún llena de zozobra.

(Samuel Tesler, filósofo, había nacido en Odesa, junto al Pontus Euxinos, circunstancia feliz y harto reveladora que a su juicio lo consagraba ineluctablemente a los estudios clásicos. Aunque reiteradas veces había insinuado él alguna intervención de lo sobrenatural en su advenimiento a este mundo, Samuel Tesler no nació, como Palas, del cráneo majestuoso de Zeus, ni siquiera, como el duro Marte, gracias a una percusión insólita de la vulva materna, sino del modo natural y llano con que nacen los hombres corrientes y molientes: cierto es que su enorme cabeza infantil —en cuya estructuración se había descalcificado su madre hasta perder casi toda la dentadura— resistiese durante largas horas a trasponer el dolorido umbral de la tierra; pero debió ceder al *forceps* heroico, de cuya virtud operativa conservó dos marcas sangrientas en sus regiones temporales, o dos rosas tristísimas que su madre le besaba llorando. En lo que atañe a su lactancia, jamás negó Samuel Tesler que a duras penas había conseguido extraer algún zumo de las resecas ubres maternales; y sin embargo, cuando se refería él a ese tema, no dejaba de sugerir la colaboración de una loba o ninfa láctea cuya benignidad lo había convertido en hermano de leche de Júpiter. Los historiadores están de acuerdo en afirmar que, pese a sus innumerables reticencias, Samuel Tesler no acometió en su cuna ningún trabajo excepcional, pues ni estranguló la serpiente de Heracles, ni halló la cuadratura del círculo, ni resolvió siquiera una ecuación de tercer grado con nueve incógnitas; en cambio sábese que, dueño de una facilidad diurética verdaderamente increíble, se dedicó a mojar pañales y pañales que su abuela Judith secaba en la gran estufa de la cocina. Bien que su padre fuera sólo un discreto remendón de violines y su madre apenas una dulce tejedora de cáñamo, Samuel Tesler afirmaba descender en línea recta de Abraham el patriarca y de Salomón el rey; y cuando alguno ponía en duda el carácter sacerdotal de su estirpe, exhibía su frente rugosa en la que juraba y perjuraba sentir los dos cuernos de los iniciados. Un lustro

apenas tenía cuando emigró con su tribu y sus dioses a las tierras del Plata, donde creció en fealdad y sabiduría, recorrió paisajes, tanteó caracteres, estudió costumbres, y gracias al más asombroso de los mimetismos llegó a considerarse un aborigen de nuestras pampas, hasta el extremo de que, mirándose al espejo, solía preguntarse si no estaba contemplando la mismísima efigie de Santos Vega.)

No bien la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, Adán Buenosayres aventuró un paso en la negrura; y aventurara más aún si en aquel instante no le hubiera venido a la memoria un famoso consejo de los turistas de la noche, los cuales recomiendan en estos casos una prudente adaptación de los sentidos a la tiniebla, como lo hicieron Montecristo, Rocambole y otros paladines en cuyo alto ejemplo se aleccionó nuestra infancia. Atento, pues, a doctrina tan útil, Adán Buenosayres no prosiguió su avance temerario, sino que, inmóvil todo él y deseoso de captar algunos detalles de la guarida, ordenó que sus cinco sentidos se le adelantaran en la oscuridad. Y el primero en resentirse fue su olfato, pues anotó en seguida el hedor espeso de un ambiente que se ha corrompido en sus relaciones con el ser animal, ya fuese por el intercambio de gases que realiza el animal con su atmósfera, ya por la fermentación de sudores rancios, ya por la descomposición de micciones imperfectamente controladas o retenidas más de la cuenta en esos receptáculos que la dignidad humana, siempre celosa de sus fueros, ha dado en llamar «vasos de noche» o «tazas de noche». Casi al mismo tiempo el oído alerta del visitante registraba en el fondo del antro el ritmo de una respiración laboriosa y profunda cuyos dos movimientos alternaban en el orden y música que sigue: inspiración creciente y ronquido agudo, espiración desmayada y ronquido grave.

Otro que no fuera el visitante habría temblado al oír el resuello del dragón. Pero Adán Buenosayres no lo hizo: por el contrario, atento al fuelle que resoplaba en la negrura, se puso a reflexionar en la desarmada inocencia de los que duermen y se enterneció más tarde al advertir cuan indefenso parecía su enemigo. Habría llegado quizás al resbaloso terreno de las lágrimas si en ese punto un sonido diferente no hubiera roto el concierto de aquella música respiratoria. Y fue que el dragón, revolviéndose de pronto en su cama invisible, había soltado una ventosidad de la especie gigante.

«Koriskos me saluda —pensó Adán—. ¡Y con salvas de artillería!» Ya hechos a la oscuridad, sus ojos vislumbraban ahora la disposición del cuarto número cinco: a su frente distinguió el rectángulo de la ventana que un denso cortinón bien defendía contra el asalto de la luz; identificó a su derecha la cara torva de un espejo; a su izquierda le pareció descubrir los caracteres de una escritura trazados con tiza blanca en un fondo negrísimo; luego reconoció jirones de albura incógnita, después todo lo gris, y más tarde la corpulencia de los muebles echados en los rincones como bestias familiares. Seguro ya del terreno que invadía, el visitante se dirigió a la ventana y descorriendo a tirones el cortinado abrió las compuertas de la luz. Entonces, volviendo sus ojos al interior del antro, vio a Samuel Tesler que yacía en su cama, tendido en posición decúbito lateral y orientado inteligentemente hacia el polo magnético de la tierra. Los párpados de Samuel batieron la luz recién venida, la luz del sol tan fuerte como un ácido, y un suspiro enorme pareció desinflar enteramente su envoltura: frunció el ceño e hizo chasquear sus labios como si paladeara una gota de vinagre; después, levantando su anca montañosa bajo los tristes cobertores, giró sobre sí mismo y siguió roncando de culo al día.

(Aunque ninguna lección escrita del filósofo lo corrobore, la tradición oral conservada por sus discípulos nos enseña que Samuel Tesler vivía en este mundo como en un hotel deplorable en el cual —según afirmaba tristemente— se hacía él, desde su nacimiento, una cura de reposo integral para restablecerse del cansancio de haber nacido. Si se le preguntaba el origen de aquella fatiga rebelde a cualquier tratamiento, el filósofo la daba como resultante de las numerosas reencarnaciones que había sufrido él desde la bipartición del Hermafrodita original, pues declaraba solemnemente haber sido faquir en Calcuta, eunuco en Babilonia, esquilador de perros en Tiro, flautista en Cartago, sacerdote de Isis en Menfis, puta en Corinto, usurero en Roma y alquimista en el París medieval. Interrogado cierta vez en el café «Las Rosas» de Villa Crespo sobre si un trabajo cualquiera no lograría mitigarle el hastío de tantas y tan diversas transmigracio-

nes, contestó Samuel Tesler que el trabajo no era una virtud «esencial» de la naturaleza humana —ya que el todopoderoso Elohim había creado al hombre sólo para el *ocius poeticus*—, sino un menoscabo «accidental» introducido en ella por obra de la indócil «costilla separada»; y que siendo él, Samuel Tesler, un hombre afirmado en las esencias, mal podía condescender al azar de un accidente que le recordaba el ingrato episodio del Paraíso. Cuéntase que otra vez, en la glorieta de Ciro Rossini, un vendedor de colchas reabrió ante Samuel Tesler el manoseado litigio de la Cigarra y la Hormiga, y que el filósofo, no sin antes expresar su desdén por los animales invertebrados y los vendedores de colchas, defendió heroicamente la bandera de la Cigarra, a cuya salud bebió en seguida tres copas de vino siciliano. Y como el vendedor de colchas insistiese aún en preguntarle cuál era la economía ideal, respondió Samuel Tesler que la del pájaro, único animal terrestre capaz de convertir diez granitos de alpiste que comía, en tres horas de música y en un miligramo de estiércol.)

Indeciso aún sobre si lo despertaría o no, Adán Buenosayres consideró los trastos que rodeaban al durmiente: sobre la mesa de luz yacía un gran libro abierto como una boca; frente al espejo adusto cuatro sillas guardaban entre sí una posición increíble, tal como si la noche anterior hubieran servido de asiento a un cónclave de fantasmas; tirado en el piso, un cuaderno exhibía la briosa escritura del dragón; aquí dos medias abandonadas insistían en conservar la forma del pie humano, allá un trapo de color indefinible vendaba el ojo único de una lamparita de noche. Y sobre todo libros por donde se mirara: libros en el suelo y estibados contra las paredes, tomos dispersos acá y allá como de un zarpazo leonino, volúmenes cuya ciencia se desangraba por las reventaduras de las encuadernaciones, infolios azotados como bestias de carga. Sólo un pizarrón erguido junto a la ventana parecía salvar el decoro del antro; y en aquel pizarrón Adán Buenosayres logró descifrar ahora los caracteres misteriosos que no había conseguido leer en la oscuridad:

DÍA 27 DE ABRIL

«A las 13 horas: me sobreviene una idea genial sobre la catharsis en la tragedia antigua, una idea que hará sudar vitriolo a los estetizantes (?) de la glorieta Ciro.

»A las 14,20: la planchadora me trae una cuenta insignificante ($ 1,75); realizo un milagro de dialéctica que logra vivificar sus marchitas esperanzas de cobro; es gallega, una raza lírica: ¡está embromada!

»A las 15: inquietud sexual y sublimación transitoria del *quosque tandem* (lectura defensiva de Platón).

»A las 15,30: ¿el Demiurgo de Platón es un pobre albañil italiano, o es una hipóstasis de la Divinidad que se manifiesta como causa eficiente de la Creación?

»A las 16: melancolía de origen desconocido, tal vez hambre (tener siempre a mano dos o tres barras de chocolate).

»A las 16,45: si hago caer la letra *iod* de la palabra *Avir,* queda el vocablo *Aor* (¡cómo temblarían, si lo supiesen, las grasientas barbas de la Sinagoga!).»

No declaraba más el pizarrón, y Adán Buenosayres, posando sus ojos en el dueño de tanta sabiduría, lo estudió ahora con renovado interés. Justo es decir que Samuel Tesler dormía sin orgullo visible, pero también sin enojosa modestia: su cara, inexpresiva como la de los faroles apagados y la de los muertos, brillaba toda cubierta del sudor graso que la tarea de dormir le producía sin duda; en su frente anchurosa como un hemisferio se dibujaban claramente la línea sinuosa del viaje marítimo y la recta de la benigna malignidad; como si temiese los dos arcos de las cejas que amenazadores le apuntaban, su nariz enorme (adaptada según él a la respiración del *pneuma* divino) parecía querer apeársele del rostro, deseosa tal vez de un paisaje más halagüeño en que ejercitar sus virtudes cordillerescas; en cuanto a su boca entreabierta, resoplan-

te y musical, permitía ver los dientes orificados por entre los cuales el resuello del dragón resbalaba como un torrente invisible.

«Koriskos ronca —se dijo Adán—. Pero es necesario que despierte. Lo llaman el día, la realidad y el pizarrón.»

Sin más vacilaciones lo sacudió por los hombros y le gritó al oído:

—¡Arriba!

Samuel Tesler parpadeó con el aire atónito de un pez arrancado a las grandes honduras.

—¿Eh? —barbotó entre suspiros—. ¿Cómo?

—¡Arriba, ilustre profesor de sueño!

Incorporado a medias, no bien despierto aún, Samuel Tesler clavó sus ojos turbios en el que así lo llamaba. Y reconociéndolo al fin se dejó caer sobre los destripados almohadones.

—Dejáte de embromar —le suplicó—. ¡Tengo un sueño bárbaro!

Sin insistir en sus invocaciones, Adán Buenosayres esperó a que Samuel se despabilara del todo. Y no debió aguardar mucho, pues el dragón, bostezando ruidosamente, se desperezó hasta conseguir un armonioso crujido de su osamenta.

—¿Qué hora es? —preguntó al fin resignado.

—Las doce en punto, Effendi —le respondió Adán ceremonioso.

—¡No puede ser!

—¡Ojo de Baal, es la hora exacta!

—¡Hum! ¿En qué día estamos?

—En un jueves, Sahib.

Mientras Adán Buenosayres abría riendo las dos hojas de la ventana, el filósofo se incorporó de nuevo, halagado por aquellos nombres orientales que sin duda le acariciaban gratamente los oídos. Entonces las cobijas, al retirarse como el mar, dejaron ver el torso increíble del dragón envuelto en un quimono chino más increíble todavía, mientras un tufo de animal selvático se divulgaba por todo el ambiente.

(«Sólo dos veces ha de bañarse el justo: al nacer y al morir.» Este canon riguroso enseñaba Samuel Tesler, higienista. Respecto de sí mismo decía vivir en absoluta paz con su conciencia, pues no dudaba él que la devoción de sus progenitores había cumplido ya con el primer baño, ni que sus deudos cumplirían con el segundo en el temor de irritar a Elohim. En lo que al baño prenupcial se refería, ninguna objeción adelantaba el filósofo, bien que, a su juicio, en esa contrariedad como en las otras, al justo debería bastarle con el olor abstracto de la decencia. Cierta vez algunos adeptos que lo visitaban observaron en el cubículo de Samuel Tesler la presencia insólita de una salida de baño a listones verdes, amarillos y azules; y como la sospecha de una apostasía cruzara por sus alarmados cerebros, el filósofo los tranquilizó diciéndoles que, así como los ascetas antiguos contemplaban una calavera para desengañarse de las gloriolas efímeras de este mundo, así quería él tener delante de sus ojos aquella prenda inútil que le recordaba el deshonor de ciertas abluciones adulatorias del cuerpo humano. Sentía por el agua un religioso terror manifestado en un distanciamiento reverencial, pues la consideraba hija tercera del Éter impalpable y obra enteramente divina; de ahí que su empleo en bajos menesteres le resultase profanatorio hasta el dolor. Interrogado sobre si era lícito beberla, Samuel Tesler enseñaba que sólo a los dioses era dado beber sin culpa ese líquido venerable; en cuanto al hombre, insecto de la tierra, debía limitarse a beber el vino, la cerveza, el hidromiel y otros humildes productos de la industria humana.)

Decía, pues, que Samuel Tesler irguió su torso descomunal, se cruzó de brazos, clavó en Adán una mirada tranquila y pareció saborear el silencio que brotaba de sí mismo y de su visitante.

—Bien —le dijo por fin—. ¿A qué se debe tu visita y la molestia del madrugón?

Ni la cara bonancible de Samuel, ni su gesto pacífico, ni la dulzura de su voz engañaron al visitante: demasiado conocía él las virtudes proteicas de aquel rostro, su maravillosa capacidad de metamorfosis y la rapidez temible con que el dragón acomodaba y desacomodaba sus músculos faciales para construirse una cabeza, destruirla en un soplo y componerse otra según se lo requiriesen las cambiantes alternativas de la lucha. Sabiéndolo así, Adán Buenosayres decidió seguirlo en el humor y en la táctica.

—¿Madrugón has dicho? —le respondió como si no saliera de su asombro—. ¡Son las doce clavadas en el reloj de San Bernardo!

—¿Y qué tengo yo que ver con los malditos relojes? —protestó Samuel lleno de dulzura.

Adán vaciló un instante: ¿cómo sugerirle al dragón el motivo sutil de aquella visita, sin pronunciar el «nombre reservado» ni abandonar su secreto a la curiosidad ajena?

—¡El día te reclama! —le dijo al fin en tono solemne—. ¡También el nuevo día quiere figurar en tu pizarrón!

—¿El día me reclama? —preguntó Samuel con pasmosa inocencia.

Sus ojos muertos brillaron de súbito: la recta de la benigna malignidad se acentuó en su frente y una sonrisa peligrosa encurvó sus labios. («¡Atención!», se dijo Adán al verlo.)

—Día jueves —musitó el filósofo—. ¡Claro, claro! Tenía que ser un jueves. Si hay un hombre que debiera llamarse Jueves es el hombre que me ha despertado sin consideración alguna.

«¡Atención, atención!», volvió a decirse Adán. El hecho de que Samuel jugase tanto con la palabra jueves lo tenía como sobre ascuas: ¿habría dado ya en la clave? ¡No era posible! ¡Si estaba casi adormilado! Con todo, y sin dejar traslucir su inquietud, Adán Buenosayres esperó alerta. Pero ante sus ojos avisados una metamorfosis radical se operó en la cara de Samuel: extinto ya el fuego de su mirada, invisible ahora la recta maligna de su frente, sin expresión alguna sus labios, el filósofo le mostraba una cabeza distinta, una triste y noble cabeza de mártir.

—Sí, sí —dijo suspirando—. Está de Dios que no se pueda dormir en esta maldita casa.

Y añadió, arrellanado en sus almohadones, compungido todo él, fácil de palabra, severo en su mímica:

—¿Te parece bien que por la insignificancia de tres meses que le debo a «la gorda» no se me deje dormir en paz, como lo hicieron todos mis antecesores, desde Pitágoras a nuestro amigo Macedonio Fernández?

Los ojos del dragón, sus dulces y tristísimos ojos mendigaban una respuesta. Y Adán se la dio, sobresaltado aún, pero resuelto a seguirlo en todas sus transformaciones, así fueran tantas como las de Ovidio y Apuleyo juntas.

—¡Bah! —repuso—. No creo que se trate de tus mensualidades atrasadas. Bajo las tetas generosas de doña Francisca late un corazón de oro, te lo aseguro. Es la moral casera la que se resiente, ofendida con tus costumbres *non sanctas.*

Desdeñoso era el silencio con que Samuel Tesler escuchaba las razones de su visitante, amargo el gesto de su boca, dulces y tristísimos sus ojos.

—Estudiemos a doña Francisca —insistió Adán en tono grave—. ¡Aterricemos, Ojo de Baal! Doña Francisca tuvo un marido (R. I. P.) que se levantaba todos los días a las cinco y se acostaba todas las noches a las veintidós en punto. El consorte de doña Francisca (todo el barrio lo sabe) iba de cuerpo infaliblemente a las seis horas y treinta minutos, reloj en mano.

—¿Y ha podido morir esa joya de hombre? —le interrumpió un Samuel incrédulo.

—Murió tempranamente —respondió un Adán contristado—. Jóvenes mueren los elegidos de los dioses.

El filósofo dedicó a su visitante una sonrisa mitad aprobatoria, mitad inquieta: en realidad lo estaba mirando como a un discípulo que se le subía irreverentemente a las barbas. Alentado por lo cual el visitante prosiguió así:

—De su matemático esposo doña Francisca concibió dos hijos, Castor y Pólux, que siguen la noble tradición paternal. Ambos guardan sus cepillos de dientes en el cuarto de baño: el cepillo de Castor es azul y el de Pólux granate. Acatando los preceptos de la higiene moderna, los dos campeones se purgan «religiosamente» al cambiar toda estación. Cierto es que a Castor le aumentaron el sueldo en la Compañía no hace aún dos meses, pero también lo es que a Pólux lo ascenderán en la Intendencia no bien el jefe haga la gauchada de morirse. Desgraciadamente —y aquí Adán movió la cabeza sin ocultar su desencanto— la armonía intelectual que une a tan justos varones no es tan completa como lo desearía su acongojada madre: entusiastas ambos del cinematógrafo, la estrella favorita de Castor es Bessie Love y la de Pólux Gloria Swanson; futbolistas rabiosos, Castor defiende la ilustre camiseta de Racing y Pólux la invicta de San Lorenzo; libres ambos del flagelo del analfabetismo, Castor lee *La Crítica* y Pólux *La Razón.*

Ya sin benignidad alguna, Samuel Tesler iba dando señales de un vasto descontento.

—Y no pienses —le advirtió Adán— que uno y otro hermano son dos caídos de la palmera. ¡No! También ellos rinden su tributo a la noche, al frenesí y a la disipación. Todos los sábados Castor y Pólux desarrollan el siguiente programa: de nueve a doce y media de la noche, función en el cinematógrafo «Rívoli»; a la una de la mañana, culto a Venus en el templo que la diosa tiene instalado en la calle Frías; a las dos, chocolate y churros en el café «Las Rosas»; a las dos y media, sueño reparador en los maternos lares.

Acabada ya su laboriosa pintura de caracteres, el visitante miró a Samuel en espera de la ovación que a su juicio había ganado. Pero el filósofo no dio ninguna señal de complacencia.

—¡Linda moral! —exclamó, adelantando una frente amenazadora—. ¡Burgueses acorazados de grasa y de buenas costumbres!

Y añadió con toda la dignidad que sus paños menores le consentían:

—¡Esas gentes! Toman el día por asalto y lo llenan hasta los bordes con sus tejemanejes, sus gritos y sus pedos. ¡Y luego se asombran si el filósofo, desplazado del día, se acoge a la grata beneficencia de la noche!

Aquí tendió a su visitante un dedo conminatorio y le dijo:

—Quiero que me respondas, ya que has visto al menos la tapa de algún volumen de metafísica. ¿Cuál es el ave de los filósofos? —El búho, Effendi —le respondió Adán. —El búho —admitió Samuel—. Un ave nocturna por excelencia.

Y colocándose la diestra en el pecho declaró solemnemente: —Pues bien, yo soy el búho.

Entre sorprendido y cortés Adán Buenosayres tendió su mano al búho que acababa de presentarse a sí mismo tan sin ceremonia. Pero el búho no estrechó aquella mano atenta, pues, con riesgo y temor de su nariz fugitiva, estaba muy ocupado ahora en encender medio cigarrillo que colgaba de su labio inferior.

—¿Y cuál es el ave groseramente diurna? —volvió a preguntar no bien hubo logrado cierta combustión de aquel material incombustible—. ¿Cuál es el ave gorda y torpe hasta decir basta?

Y como Adán no respondiera esta vez, el filósofo exclamó: —¡La gallina, símbolo perfecto de Buenos Aires!

Le retozaron los ojos en un bailoteo cruel y una sonrisa engañadora ilustró su cara beligerante. Así, entre jovial y tremendo, Samuel exhibía una tercera cabeza no menos temible que las anteriores.

—«La Ciudad del búho contra la Ciudad de la Gallina» —recitó al fin enigmático.

—¿Y eso? —le preguntó Adán.

—Es el título de mi obra. Desplumo la gallina y la meto en la olla hirviente de mi análisis. Le añado el choclo de la melancolía y el alegre perejil del sarcasmo...

—Y en total un pucherete a la criolla —dijo Adán en tono de menosprecio—. ¡He ahí nuestra literatura!

—¡La de ustedes, pobres mulatos! —corrigió el filósofo visiblemente resentido—. A través de la mía verás a un pueblo cacareante que remueve la tierra con sus patas afanosas y que picotea día y noche sin acordarse de la triste Psiquis, sin levantar los ojos al cielo, sin escuchar la música de las esferas.

Había declamado el trozo, pero la recta de la malignidad acababa de reaparecer en su frente.

—Concluida mi tesis —añadió—, propongo que la paloma del Espíritu Santo sea cambiada por una gallina bataraza en el escudo de Buenos Aires. Y como broche final sugiero que doña Francisca y el cagón pitagórico de su marido sean declarados monumentos históricos y provistos de un *water closet* interno para que los visitantes no les orinen encima.

Como autor de trabajo tan útil sólo pido una recompensa: que Irma sea desterrada inmediatamente de Buenos Aires y devuelta con flete pago a su Catamarca nativa.

Sentado a los pies de la cama y riendo abundantemente, Adán Buenosayres aplaudió sin reservas la tesis del filósofo. Pero Samuel no se mostró sensible al fervor de su visitante; por el contrario, ya fuese que no le hubiera perdonado aún aquella tirada sobre Cástor y Pólux, ya que no hubiese digerido todavía el «puchero a la criolla» que tan irreverentemente le sirviera su visitante, lo cierto es que Samuel permaneció callado y triste.

—¡Pobre Irma! —exclamó Adán entonces—. ¡Desterrar a una criatura indefensa!

El filósofo apretó aquí las mandíbulas y su boca se frunció en un rictus amargo.

—¿Indefensa? —rezongó—. Con sus tangos malditos y sus baldes es capaz de despertar a todos los lectores de la filosofía teutona, aunque duerman desde la época de Manolo Kant.

Y añadió, como alentado por un resentimiento antiguo:

—Esa criatura debe de tener el diablo metido en el cuerpo, y no está lejos el día en que le retuerza el gañote.

—¡Pobre Irma! —insistió Adán—. ¡Qué sabrá ella de filósofos! Para ella Kant debe de ser un farmacéutico judío de la calle Triunvirato.

Samuel Tesler lo miraba ya con cierta curiosidad zumbona.

—Ella es una flor silvestre —concluyó Adán—. ¡Respiremos esa flor!

Una carcajada tremenda sacudió el recio busto del filósofo: la recta de la malignidad, al juntarse con la línea sinuosa del viaje marítimo, dibujó en su frente un curioso garabato. («¡Atención!», volvió a gritarse Adán en su alma.)

—Me parece —le dijo Samuel— que no te has limitado a respirarla, ¡oh, Musajeta!

Nada replicó el aludido (y ciertamente, Adán le había dicho a ella que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas). Pero el filósofo, adivinando una evocación ingrata en el silencio de su visitante, insistió aún.

—Lo que me cuesta digerir —observó— es la simultaneidad de tu lío con Irma y de tu romance con Solveig Amundsen. —(«¡Atención, es ahora!»)

Y preguntó, atisbando a su visitante con el rabo del ojo:

—¿Le das a Irma el cuerpo y a Solveig el alma? Es un caso de repartición proporcional muy difundido entre los sinvergüenzas que arrastran un laúd en este valle de Irmas.

El «nombre reservado» estaba dicho, y Adán Buenosayres comprendió que la batalla era inminente. Lo que más le dolía era ver ya en los labios impuros del dragón aquel nombre que no había proferido él ni siquiera en su Cuaderno de Tapas Azules. Pero, ¿qué hacer? ¿Abatir al dragón y arrancarle de la boca el dulce nombre profanado? Lo meditó un instante, y se dijo luego que si lo violentaba no conseguiría saber lo que el dragón podía y debía revelarle.

—¡Es absurdo! —protestó al fin—. ¡Una chicuela! Por otra parte, hace ya muchos jueves que no visito a los Amundsen.

Y añadió, en tren de ofensiva:

—A propósito de los Amundsen, por ahí dicen que se te ha visto rondar a toda hora el caserón de las muchachas. Aseguran que no has faltado a un solo té de Saavedra y que de un tiempo a esta parte (¡difícil es creerlo!) te asalta un verdadero entusiasmo por la higiene.

Samuel Tesler sonrió, entre desdeñoso y abúlico, pero algo vital se conmovió debajo de su armadura.

—Sí —confesó—, me gusta el paisaje de Saavedra, ese paisaje desgarrado en que termina la ciudad.

Era evidente que deseaba un cambio de tema, pues añadió en seguida:

—Y, entre paréntesis, no he visto allá los ángeles culones que según tu amigo Schultze incuban nuevos barrios.

Dicho lo cual el filósofo se sentó en un larguero de la cama, buscó afanosamente sus zapatillas y al ponerse de pie sufrió un cambio digno de su mudable naturaleza: el torso gigantesco de Samuel concluía en dos cortas, robustas y arqueadas piernas de enano. Al mismo tiempo el quimono chino que lo envolvía manifestaba todo su esplendor. Y ha llegado al fin la hora de que se describa tan notable prenda, con todas sus inscripciones, alegorías y figuras, porque, si Hesíodo cantó el escudo del atareado Hércules y Homero el de Aquiles que desertaba, ¿cómo no describiría yo el nunca visto ni siquiera imaginado quimono de Samuel Tesler? Si alguien adujera que un escudo no es una ropa de dormir, le diría yo que una ropa de dormir bien puede ser un escudo, como lo era la de Samuel Tesler, paladín sin historia, que a falta de corcel jineteó una cama de dos plazas y cuya sola caballería fue un sueño tenaz con que se defendió siempre del mundo y sus rigores. El quimono era de seda color amarillo huevo, y tenía dos caras: la ventral o diurna y la dorsal o nocturna. En la cara ventral y a la derecha del espectador se veían dragones neo-criollos que alzaban sus rampantes figuras y se mordían rabiosamente las colas; a la izquierda se mostraba un trigal en flor cuyas débiles cañas parecían ondular bajo el resuello de los dragones. Sentado en el trigal fumaba un campesino de bondadosa catadura: los bigotes chinescos del fumador bajaban en dos guías hasta sus pies, de modo tal que la guía derecha se atase al dedo gordo del pie izquierdo y la guía izquierda al dedo gordo del pie derecho del fumador. En la frente del campesino se leía la empresa que sigue: «El primer cuidao del hombre es defender el pellejo.» El área pectoral exhibía a un elector en éxtasis que depositaba su voto en un cofre de palo de rosa lustrado a mano: un ángel gris le hablaba secretamente al oído, y el elector lucía en su pecho la siguiente leyenda: «Superhomo sum!» En la región abdominal, y bordada con hebras de mil colores, una República de gorro frigio, pelo azul, tetas ubérrimas y cachetes rosados volcaba sobre una multitud delirante los dones de una gran cornucopia que traía en sus brazos. A la altura del sexo era dado ver a las cuatro Virtudes cardinales, muertas y llevadas en sendos coches fúnebres al cementerio de la Chacarita: los siete Pecados capitales, de monóculo y fumando alegres cigarros de banquero, formaban la comitiva detrás de los coches fúnebres. En otros lugares de la cara ventral aparecían: el preámbulo de nuestra Constitución escrito en caracteres unciales del siglo VI; los doce signos del Zodíaco representados con la fauna y la flora del país; una tabla de multiplicar y otra de sustraer, que resultaban idénticas; las noventa y ocho posiciones amatorias del Kama Sutra pintadas muy a lo vivo, y un anuncio del Doctor X, especialista en los males de Venus; un programa de carreras, un libro de cocina y un elocuente prospecto del «Ventremoto», laxante de moda. La cara dorsal o nocturna del quimono, la que Samuel Tesler exhibía cuando se daba vuelta, lucía el

siguiente dibujo: un árbol cuyas ramas, después de orientarse a los cuatro puntos cardinales, volvían a unirse por los extremos en la frondosidad de la copa. Alrededor del tronco dos serpientes se enroscaban en espiral: una serpiente descendía hasta esconder su cabeza en la raíz; ascendente la otra, ocultaba la suya en la copa del árbol, donde se veían resplandecer doce soles como frutas. Cuatro ríos brotaban de un manantial abierto al pie del árbol y se dirigían al norte, al sur, al este y al oeste: inclinado sobre el manantial, Narciso contemplaba el agua e iba transformándose en flor.

Digo, pues, que Samuel Tesler, no bien estuvo de pie, metió el pucho de su cigarrillo en un cenicero y lo reventó con la uña de su pulgar. Luego fue hasta el pizarrón y borró con esmero las anotaciones del día veintisiete. Salió por fin a la ventana y sus ojos dominaron la ciudad, que reía desnuda bajo el arponeo del sol. Entonces, como llevado por una idea fija, tendió un brazo elocuente y mostró los techos de zinc, las terrazas de color ladrillo, los campanarios distantes y las chimeneas que humeaban al viento.

—¡Ahí está Buenos Aires! —dijo—. La perra que se come a sus cachorros para crecer.

Gritos y carcajadas que venían desde afuera interrumpieron su naciente discurso.

—¿Quiénes gritan afuera? —preguntó el filósofo arrugando el ceño.

Adán le señaló un edificio en construcción que se levantaba enfrente:

—Los albañiles italianos.

—¿Y de qué se ríe la bestia itálica?

—De tu quimono.

Así era, en efecto, porque los albañiles, olvidándose de las cebollas crudas que a esa hora mordían en el cielo, se agitaban ya en sus andamios para celebrar la aparición del quimono y de las asombrosas figuras que contenía. Entonces, con expresión enigmática, Samuel Tesler miró a los albañiles italianos y les trazó el signo masónico siguiente: colocó su antebrazo izquierdo en la articulación de su brazo con antebrazo derecho; armado ya el signo, agitó dos o tres veces el antebrazo derecho y esperó con visible ansiedad. Pero los albañiles no tardaron en responderle con signos iguales, observado lo cual el filósofo estalló en una risotada satisfecha: se habían entendido. Luego, dirigiéndose a su visitante, a los albañiles, a la ciudad y al mundo, Samuel Tesler habló así:

—Ahí está Buenos Aires, la ciudad que tiene su símbolo en la gallina, no tanto por su inenarrable grasitud, cuanto por la elevación de su vuelo espiritual sólo comparable al de tan sustancioso animalito. Ahora bien, yo me pregunto y os pregunto a vosotros, alegres conciudadanos: ¿qué hará un filósofo en la ciudad de la gallina mañanera?

Samuel calló un instante, los albañiles aplaudieron. Y aunque al ruido halagador del aplauso se unió el de un ominoso pedorreo imitado con la boca, Samuel Tesler agradeció profundamente. En seguida, llevándose la mano al rostro como si se ajustara una careta de comediante, prosiguió en el tono de la más negra melancolía:

—Son las doce, y en esta hora solemne dos millones de estómagos entusiastas reciben allá los bolos alimenticios que les envían sus afortunados poseedores. Dichos bolos, como sabéis, han de transformarse luego en sangre y en materia fecal: las materias fecales, por ingeniosas cañerías, irán a enriquecer las aguas del río epónimo, como diría Ricardo Rojas; y la sangre, convenientemente oxigenada en los pulmones, recorrerá las generosas arterias de mis conciudadanos. Y dos millones de cerebros pensarán que la vida es asombrosamente macanuda. Entonces, ¿qué hará un filósofo en la ciudad de la gallina?

En este punto Samuel Tesler dejó transcurrir una segunda pausa, que los albañiles llenaron con otra ovación. Pero el filósofo ya no se dignaba manifestarles interés alguno: a modo de pantalla ubicó una mano detrás de su pabellón auditivo derecho y, contenida la respiración, dio a entender que escuchaba largamente.

—¡Las doce han dado! —exclamó al fin—. ¡Ah, una música extraña viene a mis oídos en este mediodía! Es la música de cuatro millones de maxilares que se juntan y se separan de acuerdo con las leyes armoniosas de la masticación. Dentro de una hora cuatro millones de brazos volverán a la faena: levantarán la frente de la ciudad, cada vez más alto, y hundirán las raíces de la ciudad cada vez más hondo. Reforzarán los riñones de la ciudad y adornarán su rostro, y calzarán su pie. Henchirán sus bolsillos con la mano ganchuda del comercio y la mano callosa de la industria. Edificarán hacia afuera, de la piel afuera, de los ojos afuera, de los labios afuera, lo que se toca, se gusta, se oye y se huele. Y vendrá la noche, y dos millones de cuerpos rendidos caerán a tierra: dos millones de cuerpos horizontales, bajo la mirada sin sueño de Dios, dormirán ruidosamente, rajando a pedos las conyugales sábanas. ¿Y quiénes velarán en la ciudad de la gallina? Sólo algunos espíritus insomnes que, junto a sus hermanos dormidos, piensan en la Ciudad del búho, en la ciudad interior que no se ve ni se huele ni se toca.

Samuel Tesler calló, los músculos de su cara se relajaron de pronto. Y entre los resquicios de aquella máscara deshecha se vislumbró algo así como la sombra de una pena real.

—¡Exagerado! —le dijo entonces Adán entre borbotones de risa.

—Te digo la pura verdad —le aseguró Samuel—. No conozco tus encuentros con la ciudad de la gallina, pero los míos tienen una gracia que voltea.

Y el filósofo contó, rico de mímica, imitando la voz, los gestos, los ademanes y hasta la ropa de los individuos que nombraba.

—Por ejemplo, yo estoy aquí, estudiando a Hegel. En eso llega mi padre:

ABRAHAM TESLER. — *(Barba de Moisés, ojos furtivos, nariz en salto de león, anteojos de níquel. Trae su arcaico levitón de Odesa y se toca de una galerita cocheril que hace juego con el levitón)* ¡Hijo, tú derrochas tu tiempo y mi plata *in* filosofías! ¿Por qué filosofías y no comercio, *Samoiel* de mi alma? Tú pones *bolicho* de gorras *in* zaguán de calle Triunvirato; tres meses *despois* alquilas gran sala con vidrieras; dos años *despois* compras casa tuya; cinco años *despois...*

SAMUEL TESLER. — *(Frente preñada de genio, dignidad en los ojos, grandeza en el porte, lo interrumpe con un ademán olímpico?)* ¡Basta, viejo! Mi resolución es irrevocable. *(Abraham Tesler hace mutis, rasgando de un tirón la solapa de su levita)*

—Otras veces —dijo Samuel— estoy cenando en casa. Entonces mi madre...

REBECA TESLER. — *(Ojos dulces y lacrimosos, peluca de un rubio deslucido, manos castigadas por el trabajo. Se dobla sobre una máquina de coser, a la luz de una lamparita eléctrica) Samoiel,* tu madre trabaja día y noche para que tú estudies *in* Facultad de Medicina: los ojos *doilen* mucho, siguiendo la costura; pero yo veo gran doctor a mi *Samoiel,* y ya no *doilen* los ojos de tu madre. ¡Estudia, *Samoiel*! Doctor *in* Medicina, ¡gran carrera! *Despois* te casas con muchacha rica: *boina* dote para consultorio y Rayos X. En seguida gran automóvil, muchos clientes *in* vestíbulo...

SAMUEL TESLER. — *(Hunde la cabeza en su plato de sopa)* ¡Madre, no! ¡Eso jamás!

Abandonando su caracterización de Rebeca Tesler, el filósofo entró en un ataque de hilaridad que lo sacudió hasta los pies.

—¿Te das cuenta? —rió—. ¡Dos mundos que se dan de patadas!

Aquella risa, tras la visión de los personajes dolientes que Samuel acababa de parodiar, tenía un son tan deshumanizado y tremendo, que habría despavorido al visitante si el visitante no hubiese adivinado toda la mortificación que rezumaba en ella. Por eso fue que nada respondió Adán Buenosayres, bien que su mutismo estuviera lleno de tristísimas resonancias. («¡Recuerda! ¡Recuerda tus primeros versos, ocultos en el cajón de la mesa, como un sabroso delito! Y tu padre, el herrero, había dado con tus cuartillas: las hojeó en silencio, las devolvió a tu carpeta de colegial, y nada dijo él ante tu pobre figura que temblaba. Y un día, en la escuela de Maipú, leyendo tu composición había dicho don Aquiles: "Adán Buenosayres será un poeta"; y todos los alumnos te miraron absortos, como se mira una lámina de Historia Natural. Y en tu adolescencia guardabas tu secreto, avergonzado ante los hombres que lloran o ríen bajo el sol, y tímido ante las hijas de los hombres que bajo el sol ríen o lloran.»)

Pero Samuel, temeroso de que una meditación importuna le arrebatase al espectador ideal que tenía en su visitante, retomó la palabra.

—Como ves —le dijo—, mi posición no resulta cómoda en la ciudad de la gallina. Eso por un lado. Por el otro, es una ciudad llena de tentaciones.

—¡Hola, hola! —exclamó Adán interesado.

—A veces —declaró Samuel—, tengo unas ganas brutales de abandonar el burro lagañoso de la filosofía y de meterlo a patadas en el corralón del tano Pipo.

—¡No!

En este punto Samuel Tesler comunicó a su gesto un aire de misteriosa reserva.

—De un tiempo a esta parte —dijo— me visita un ángel de cemento armado.

—¿Será posible?

El filósofo se plantó frente a su visitante: buscó el equilibrio en una pierna, dejó atrás y en el aire la otra, juntó devotamente las manos, dio a sus ojos una intensa expresión de éxtasis y se construyó una sonrisa mecánica. Puesto ya en la actitud del ángel, habló así:

EL ÁNGEL DE CEMENTO. — *(Con voz entre sonsa y pía.)* ¡Samuel, hombre digno! Eres el último vástago de una raza que fue pastoril y se familiarizó con la Égloga de sonrosados cachetes. ¿Por qué insistes en habitar las ciudades pecaminosas? *(Admonitorio.)* ¿No te atemoriza el flagelo de la tuberculosis ni la lectura de periódicos malsonantes? *(Didas-calico.)* Recuerda que la Argentina tiene cerca de tres millones de quilómetros cuadrados, listos para recibir la semilla del pan y el sudor del hombre. *(Imperioso.)* Vete a la llanura, ¡oh, insigne atorrantito! ¡Haz que el arado marche delante de ti, y que los bueyes de aromático estiércol marchen delante del arado; y que la tierra, delante de los bueyes, abra su fecunda vagina! *(Entre insinuante y púdico.)* ¡Que a tu lado sea la mujer, y que conciba de ti catorce hijos de un mismo pelo y que sepan hartarse de mate amargo y entonar el Himno Nacional sin errores de prosodia! *(Lírico.)* ¡Allá, en la pampa de duros riñones y bajo un sol que no ha encanecido todavía, el olor de tu pie será tu canción! *(Dubitativo.)* Pero si fiel a inclinaciones atávicas desdeñas a Ceres por el ganancioso Mercurio, ¡corre igualmente a la llanura! ¿No la comparó alguien a una mesa de billar? Pues bien, tú le pondrás las tres bolas.

Abandonando la pose del ángel, Samuel estalló en una sola carcajada, pero tan irresistible al contagio, que su visitante no logró vencer la tentación de acompañarlo en aquel privilegio de la dignidad humana.

—¡Es la pura verdad! —insistió Samuel Tesler—. El ángel y yo nos agarramos a patadas todas las noches.

—Me parece que tu ángel es un demonio peligrosamente matrimonial —observó Adán Buenosayres riendo todavía—. ¡Y ahora me explico tus excursiones a Saavedra! ¿Cuál de las chicas es la candidata del ángel? —(«¡Atención!»)

—¡No tengas miedo, no es Solveig Amundsen! —le respondió el filósofo con súbita melancolía.

Después guardó un silencio extasiado, como si la fresca sombra de una mujer hubiera caído repentinamente sobre su enquimonada figura.

(Hablando a sus discípulos en el Ágora, Samuel Tesler, filósofo, les había señalado muchas veces la inanidad de la mujer, que siendo apenas un fragmento del costillar adámico, penosamente lograba disimular su terrible desnudez metafísica. Justamente —afirmaba él con abundante acopio de citas modernas y clásicas—, esa misma desnudez explicaba la obsesión femenina de vestirse a todo trance y eternamente, para lo cual no vacilaba ella en despojar de sus vistosas pieles a los animales carniceros, de sus plumas excelsas a las avecillas, de sus escamas a los reptiles, de sus fibras y cortezas a los vegetales, de sus babas lucientes a los gusanos, de sus metales y pedrerías a la tierra. Samuel Tesler, filósofo, no censuraba la expoliación de los tres reinos hecha en vías de reparar una desnudez absolutamente irreparable, bien que, tocado a veces de cierta cósmica piedad que nunca llegó a humedecerle los ojos, lamentaba ese triste destino de las criaturas inferiores, no sin advertir de paso la derrota de Jehová en sus esfuerzos por cubrir una desnudez que, vistiéndose con toda la Creación visible, quedaba, sin embargo, más desnuda que antes. Pero lo que no admitía el filósofo —y en este punto se mostraba irreductible hasta la cólera— era que la mujer, tras vestirse con todas las donosuras de la naturaleza material, hiciese lo propio con las del intelecto, gracias al bajo servilismo de los poetas amantes y de los amantes poetas que, haciendo gala de una fantasía erótica verdaderamente risible, no dudaban en adornar a sus falsos ídolos con los atributos de las diosas, las náyades, las sílfides o las nereidas. Para combatir en sus discípulos esa tentación de subordinar el orden sutil al orden grosero, les enseñaba un truco infalible que había utilizado él mismo y que consistía en realizar la operación inversa: por ejemplo, en imaginar a la divina Cleopatra hurgándose las narices y haciendo bolitas, o a Helena, la de Troya, sentada en un orinal. Semejante prudencia le valió a Samuel Tesler el reconocimiento de sus contemporáneos, los cuales hicieron grabar en su tumba el epitafio que sigue: «Pasajero que vas a Citerea: yace aquí un hombre que no confundió jamás a la Venus Terrestre con la Venus Celeste.»)

Lleno de espinosas reservas fue el silencio que medió entre ambos interlocutores. Adán callaba, pero se decía que una confidencia de Samuel era ya inevitable; y al creerlo así no dejaba de pensar que la confidencia de Samuel exigiría luego la suya propia, riesgo que Adán Buenosayres trataba de conjurar a favor del «nombre reservado» y del secreto que se contenía en el Cuaderno de Tapas Azules. Samuel, en cambio, guardaba un mutismo inquietante: cierto es que los músculos de su rostro se habían vuelto a relajar, como fatigados de ceñirse a la dura máscara del actor; pero ahora se distribuían y acomodaban nuevamente, de modo tal que iban sugiriendo ya otra cabeza mitad grave, mitad apenada.

—¡No tengas miedo, no es Solveig Amundsen! —repitió al fin—. Lo sabrás todo: quiero darte una lección de franqueza.

—¿A mí? —preguntó Adán receloso.

—¡A vos! —dijo Samuel con energía—. ¿Creés que nadie observa tu pose de Hamlet acatarrado cada vez que la mocosa te habla o te mira? ¿No he visto yo el otélico sudor que baña tu frente cuando alguien pronuncia el nombre de la mocosa?

—¡Estás loco! —se aventuró a decirle Adán Buenosayres riendo. («¡Atención, atención!»)

—¿Y para qué, hoy jueves, has malogrado el sueño de un filósofo? —añadió Samuel—. ¡Para sonsacarle algo de Saavedra y averiguar lo que ha visto y oído en aquella gruta de las delicias!

Agudos como leznas los dos ojitos de Samuel Tesler se habían clavado en el visitante; y Adán abatió los suyos, como al peso de tanta verdad. Entonces el filósofo, sensible a la turbación de su visitante, abandonó la línea del rigor para entregarse a la de la misericordia.

—¡No, hermano! —dijo—. Ya es hora de que los porteños abandonen su estúpida reserva. Los treinta y dos filósofos extranjeros que nos han deshonrado con su visita, después de tomarle el pulso a Buenos Aires y de introducirle un termómetro en su orificio anal, diagnosticaron que nuestra ciudad es triste. ¿Razones? No las dieron: estaban ocupados en hartarse de nuestro famoso *chilled beef.* Los gringos ignoraban que Buenos Aires es un archipiélago de hombres islas incomunicados entre sí.

Samuel dejó escapar una risita malévola y añadió:

—Lo que no puedo entender es cómo nuestro gran Macedonio, viviendo en Buenos Aires, ha podido llegar a esta sorprendente conclusión metafísica: «El mundo es un almismo ayoico.» ¡Dios le perdone los neologismos! Yo, en las mismas circunstancias, hubiera llegado a otra muy diferente.

—¿A cuál? —preguntó el visitante.

—A la que sigue, redonda, musical y significativa: «El mundo es un yoísmo al pedo.»

Se quedó un instante absorto al parecer en la hondura de aquella sentencia. Luego estudió a su visitante como para evaluar el grado de admiración que tanto ingenio le había producido seguramente. Y no debió de ser escasa la que leyó en Adán Buenosayres, pues, volviendo al asunto:

—Ahora bien —le anunció entre generoso y amargo—. Yo, un europeo, voy a tomar la iniciativa. Te hablaré con una franqueza brutal.

—¡Debe de ser una historia que pone los pelos de punta! —observó Adán riendo—. ¿Cómo se inició el romance?

—¡Ah! —rezongó Samuel—. ¡Eso es lo que me pregunto yo, el animal metafísico!

Guardó un estudiado silencio, detrás del cual se adivinaba el montaje febril de un nuevo paso de comedia. Después abandonó la ventana, y tomando el orinal que yacía en su mesa de luz orinó de pie, con una dignidad que Diógenes Laercio hubiese atribuido a su tocayo el del barril. Un lamento armonioso brotó del orinal: alzóse grave y descendió agudo, hasta morir en gotas finales de música. Entonces el filósofo devolvió el utensilio a su lugar, tomó asiento en la revuelta cama, y dirigiéndose al visitante le preguntó a quemarropa:

—¿Qué definición me darías del amor, si te la pidiera?

—¡Ah, no! —protestó Adán—. ¡No me vengas ahora con definiciones!

—No te pido una definición bobalicona de tipo almanaque o revista ilustrada. Quiero algo trascendental, una definición en tres tomos encuadernados.

—¡Estás fresco si esperas de mí semejante fenómeno!

Samuel Tesler abatió la cabeza en señal de desaliento.

—¡Oh, mundo, mundo! —suspiró—. ¿Qué se ha hecho de la sagrada Filografía?

—¿Y si me dieras tu definición? —le dijo el visitante lleno de espíritu conciliatorio.

Samuel Tesler alzó un índice profesional.

—No partiré de una definición —expuso gravemente—, sino de una metodología. Resumiendo las ideas platónicas, aunque sólo en el plano de la Venus terrestre o macanuda, te diré que el amor tiene dos fases: un deslumbramiento del sujeto (yo) ante la forma bella (Haydée Amundsen), y en seguida un ansia del sujeto (yo) por adueñarse de la forma bella (Haydée Amundsen) a fin de procrear en su hermosura. ¿Digo bien?

—¡Demasiado bien! —refunfuñó Adán—. La segunda fase me huele a no sé qué obscenidad metafísica.

—De cualquier modo —le recordó Samuel—, es indudable que yo, como entendido en la materia, tenía el derecho de iniciarme según las normas clásicas. ¿Tenía o no ese derecho?

—Lo tenías.

—Pues bien —declaró el filósofo sin ocultar su desconcierto—, ¡me ha sucedido al revés!

—¿Cómo al revés? —preguntó el visitante, no menos desconcertado.

—Quiero decir que no tuve ningún deslumbramiento inicial, pese a la metodología. Te aseguro que al principio Haydée sólo era para mí un accidente geográfico de Saavedra: no me daba ni frío ni calor. En una palabra, no advertí ningún síntoma que revelase una flecha del mocoso clavada en el tercer espacio intercostal.

—¿Y luego?

—Asociándola después a mis estudios metafísicos sobre la materia prima, la fui observando en todos sus gestos, ademanes y morisquetas. Ya ves que apenas le dedicaba un interés científico.

—¡Pobre ingenuo! —exclamó Adán en los umbrales de la risa.

El filósofo enquimonado lo miró severamente.

—¿Me dejarás hablar? —le dijo con acritud.

Y como el visitante recobrara la seriedad que tan espinoso tema requería. Samuel Tesler prosiguió así:

—Más tarde comprobé, no sin admiración, que Haydée se me mostraba siempre bajo aspectos decididamente macanudos, como si adquiriera la plenitud de su gracia cuando se ponía delante de mis ojos.

—¡Tenía que suceder! —murmuró Adán con fatalismo.

—Hasta que un día —concluyó Samuel— descubro en mí un fenómeno lleno de sugestiones. Cada vez que la criatura se me ofrecía bajo un aspecto jovial, yo entraba en un estado de melancolía tremenda; y por el contrario, si la veía triste, me asaltaba un regocijo tan idiota como inexplicable.

—¿Y no te diste cuenta? —le preguntó Adán.

Samuel Tesler sonrió con lástima.

—¡Es claro —le dijo—, soy de los que se chupan el dedo! No bien hube alcanzado la magnitud del fenómeno hice un balance de mi corazón: abrí libros, consulté autores, llegué a la raíz del problema. Y al fin una luz meridiana se hizo en mi cerebro: ¡yo estaba enamorado hasta la verija!

—¡Ya era hora! —rió Adán—. ¿Y qué partido tomaste?

El filósofo le dirigió una mirada llena de inteligencia.

—Comprenderás —le dijo— que habiéndose alterado la primera fase de la metodología era justo que se cumpliera la segunda, vale decir, la posesión de la forma bella.

—¡Cínico!

—Todo me convidaba entonces a ese grato ejercicio de Filografía práctica: el ángel de cemento, mi posición de Fausto aburrido, las noches aromáticas de Saavedra...

—¿Y no te le has declarado?

—Todavía no —respondió el filósofo—. La declaración es imposible. Hay días en que llego a su casa hecho un *Trovattore,* con la boca llena de frases que harían enternecer a una estatua: la declaración es inminente, lo adivino, y mi rostro adquiere ya delicados matices de Tristán e Isolda. Entonces, ¿qué sucede? Pues nada, que justamente ese día la criatura está de buen humor y lejos del trance idílico que yo necesitaba. Y si, por el contrario, llego a la casa en un tren de vulgaridad irremediable, la pobre mujer sufre un ataque de romanticismo que voltea.

Un denso nublado se había extendido por la cara de Samuel Tesler a medida que revelaba los detalles de aquel amor imposible: gachos los ojos, resumida la boca, rampante la nariz, el filósofo tenía la expresión lamentable de un unicornio enamorado.

—¿Y qué pensás hacer? —le interrogó Adán perplejo.

—No sé —respondió el unicornio—. A veces trato de mandarla al diablo, ¡pero es inútil! De día su imagen se apodera de mí, arma un lío en mi pensamiento y me hace descender a las más vergonzosas acciones.

El unicornio bajó aquí la voz, como al peso de una secreta ignominia.

—Figuráte —dijo— que llegué a escribirle un soneto.

—¡No puede ser! —exclamó Adán escandalizado.

—¡Un soneto, yo! ¿Te das cuenta del ridículo? Desde luego, no te lo voy a leer.

—Lo supongo. ¡Sólo eso te faltaba!

—Y hay más todavía —insistió Samuel—. De noche soy yo quien se apodera de su imagen...

Calló de pronto, con las mandíbulas apretadas, la nariz venteante, los ojos turbios y la boca reseca: pareció que un incendio de viejas ciudades malditas reflejaba su luz en aquel mascarón demoníaco. Pero todo se borró en un instante, y los párpados de Samuel Tesler se abatieron como dos hojas muertas.

—¿Nadie sospecha tu aventura? —le preguntó Adán entonces.

—¿Nadie? —rezongó Samuel—. ¡El barrio entero! Los chiquitines de Saavedra me hacen blanco de sus hondas, me señalan con el dedo las comadres, los perros me siguen con el hocico pegado a mis talones. Y como si todo eso no bastara, el vigilante de la esquina se ha constituido en mi sombra: lo siento detrás de mí cuando por la noche doy vueltas a la manzana o me detengo en el umbral de los Amundsen.

—Te habrá tomado por un ladrón de gallinas —observó Adán riendo—. Es peligroso recorrer los andurriales de Saavedra con un amor inédito en el buche. Yo que vos entraría en la casa como pretendiente oficial, y sanseacabó.

—Sí —admitió el filósofo—, a veces lo decido. Pero mi bien ejercitada fantasía me hace ver por adelantado las consecuencias de una resolución tan grave.

—¿Qué consecuencias? —inquirió Adán.

—En primer lugar el escándalo de mi tribu: una rotura de solapas familiares y un entonar de llorosas elegías hebreas. Luego yo, Samuel Tesler, desertor de mi tribu y de mis dioses, me veo en el interior de un jacquet alquilado a la Casa Martínez, descendiendo del coche nupcial frente a una iglesia que no es la mía y ante una muchedumbre de gaznápiros que me alacranean y de mocosos que se desgañitan pidiendo cobres. La madre de mi novia está llorando a moco tendido: sus parientes me miran con ojos adustos, llevando en un cofrecito de acero la doncellez de la niña garantizada por dos escribanos públicos nacionales. ¿No te parece desconsolador?

—¡Bárbaro! —protestó Adán—. Mirada con esos ojos no hay poesía que aguante.

Pero Samuel Tesler se mostraba inflexible.

—No —dijo—, no es eso lo que la ciudad espera de nosotros. Buenos Aires está muriéndose de vulgaridad porque carece de una tradición romántica. ¡Necesita enriquecerse de leyendas! ¿Lo necesita o no?

—Según y conforme.

—¡Ya verás! —exclamó el filósofo, ahora entusiasmado—. Tengo cien proyectos en la cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Acaricio, entre otras, la idea de fomentar el suicidio amoroso. Desde luego, no el burgués y pedestre, sino el original y sublime. Ahí está tu caso, por ejemplo: si quisieras ayudarme un poco te ahorcarías de un ombú, en Saavedra, no sin antes dejar clavada en el tronco una epístola en octavas reales (tiene que ser una obra maestra), donde le explicarías al comisario los motivos de tu fatal resolución.

—¡No, gracias! —se excusó Adán con aire modesto—. Por ahora no estoy en vena.

—¡Vamos! —le rogó Samuel—. ¿Qué te costaría?

—Es que no me gustan los ombúes. Dicen que su sombra es poco saludable.

—¡Calumnias! He dormido más de una vez a la sombra de los ombúes.

—Sea el ombú —le concedió Adán—. Pero al fin y al cabo tu metejón con Haydée Amundsen te hace igualmente digno de la horca y la epístola.

—Es que yo no sé rimar —adujo el filósofo visiblemente contristado.

A partir de aquí el Visitado y el Visitante, ya depuestas las armas, conocieron el sabor de la paz, la holgura de un idioma sin filos y la nobleza de las manos que se tienden; merced a lo cual el diálogo fue haciéndose más hondo en la medida en que Visitado y Visitante se adentraban en el terreno de la cordura. Suavemente obligado a una confidencia, el Visitante demostró la escasa realidad de sus amores, acerca de los cuales dijo, tras referirse a un misterioso Cuaderno de Tapas Azules, que sólo tenían la frágil esencia de una construcción ideal, aunque se basaran en una mujer de carne y hueso. Oído lo cual, y no sin antes requerirle algunos datos que revelaban su mucha prudencia, el Visitado preguntó al Visitante si no estaría irrumpiendo en los dominios de la Afrodita Celeste. Y como el Visitante le manifestara sus dudas, el Visitado lo confirmó en aquella dichosa hipótesis, haciendo gala de una ejemplificación elocuente que dijo extraer de las antiguas literaturas orientales y occidentales, en las que hablar del amor divino con el lenguaje del amor humano era cosa frecuente hasta el galimatías. Vencido ya por una documentación tan sólida, el Visitante admitió estar edificando una mujer de cielo sobre la base de una mujer terrestre. Por lo cual el Visitado, atento a la obra metafísica del Visitante, le preguntó sí la mujer terrestre continuaba siendo indispensable a sus trabajos de sublimación. Y como el Visitante le respondiera que sí, el Visitado, abriendo al fin las compuertas de su discreción, anunciase mensajero de una beldad que los ángeles del paraíso llamaban Solveig Amundsen, la cual, haciendo gala de una benevolencia que no es ya de este mundo, le había ordenado comunicar al Visitante lo mucho que su distanciamiento era sentido en los vergeles de Saavedra. Decir el gozo que inundó al Visitante apenas hubo escuchado tan gratas noticias es obra superior al estilo del hombre; con todo, lleno de la prudencia que le sugería el rigor de una ya incalculable desesperanza, el Visitante preguntó al Visitado si el mensaje de la beldad habría respondido a un arranque de su inmensa cortesía, o a un sentimiento más hondo que el Visitado hubiera sorprendido quizá. Y respondiendo el Visitado que la segunda hipótesis era la más creíble a su juicio, el Visitante creyó tocar los extremos de la bienaventuranza. Después de lo cual Visitante y Visitado se dieron cita en Saavedra para esa tarde única.

Samuel Tesler filósofo no murió a causa de una indigestión de arenques ahumados, como asegura cierta especie calumniosa que difundió en Villa Crespo un cenáculo rival. Igualmente apócrifa es la leyenda que lo hace morir en un campo de habas, a la manera pitagórica, y se debe a su discípulo heterodoxo Kerbikian el armenio, lavacopas en el «Café Izmir» de la calle Gurruchaga, del cual se dice que, provisto de una inteligencia singularmente obtusa, jamás llegó a entender al filósofo ni en lo más elemental de su doctrina. Lo cierto y hasta probable es que Samuel Tesler, maduro ya para las grandes revelaciones merced a un cauteloso ejercicio de las virtudes heroicas, se apeó sencillamente de este mundo como quien baja de un tranvía Lacroze. Rodeado en su lecho de muerte por la flor y la nata de sus discípulos, les rogó que no le llorasen, ni cubrieran sus frentes de ceniza, ni rasgaran sus vestiduras (esto último en atención a la tramposa carestía de los casimires ingleses); exhortólos, en cambio, a olvidar los dones efímeros de la *natura naturata* y a

buscar los rastros invisibles aunque no ininteligibles de la *natura naturans.* Ya en agonía, Samuel Tesler soltó primero un golpe de risa y después otro de llanto: como le preguntasen la razón de su hilaridad, respondió que, viendo ante sí la verdadera imagen de la Parca en la figura de una hermosísima virgen que lo estaba llamando ahora y parecía convidarle al sueño de las adormideras que rodeaban su frente, se reía él al recordar el esqueleto, la guadaña y otros cachivaches funestos, atribuidos a la Muerte por la luctuosa imaginación de los versificadores; en lo que a su llanto se refería, declaró verterlo al reflexionar en que pasarían siglos antes de que Buenos Aires tuviera otro pensador de su envergadura. Cuéntase que, no bien se le hubo desprendido el alma, un fuerte olor de benjuí, mirra y cinamomo brotó de su cuerpo y se difundió por todo el barrio, de modo tal que los villacrespenses se preguntaban si no estarían asaltando el negocio del turco Abdalla, perfumista de la calle Warnes. Risibles han sido los esfuerzos de la crítica histórica por encasillar a Samuel Tesler entre los filósofos cínicos, epicúreos o estoicos: el metafísico villacrespense fue un «ecléctico» de primera agua, y los que así no lo entiendan se pelarán la frente hasta el Día del Juicio. Dos razones tenía Samuel Tesler para detestar a Diógenes el del barril: afirmaba que Diógenes había sido el paradigma de la vanidad, y que si lo hubieran colocado frente a un espejo habría dado al punto con «el hombre» que tan afanosamente buscaba; el detalle del barril, sobre todo, le parecía groseramente absurdo, pues afirmaba que ni un filósofo podía ser el «contenido» de un barril ni un barril el «continente» de un filósofo, ya que tanto el filósofo como el barril eran los «continentes» naturales del sagrado licor que inventara Noé al acabarse el diluvio, tal vez para resarcirse de tanto exceso de agua. Frente a Heráclito que lloraba y a Demócrito que reía, Samuel Tesler se mostraba no menos juicioso: a su entender, Heráclito era un ternero sentimental y Demócrito una urraca jocunda; y tan deshumanizado el uno como el otro, ya que no habían descubierto la verdadera ley de la condición humana en la útil y prudente alternación de la risa y el llanto. *Reírse dramáticamente del prójimo y llorarlo cómicamente, he ahí dos aspectos iguales de la compasión:* este aforismo enseñaba Samuel Tesler, el filósofo. Sentencias parecidas corroboran su eclecticismo en diversas asignaturas. Interrogado sobre cuál era el método seguro para lograr la *sofrosyne,* respondía él, atento a la naturaleza dual del hombre: *Ir de cuerpo y de alma todos los días.* Hallándose cierta vez en un círculo de curiosos que miraban cómo un frutero calabrés apaleaba metódicamente a su concubina, e inquiriendo sobre si era dado castigar a una mujer, el filósofo contestó: *En general, no; en particular, sí.* A los que se inclinaban demasiado a los retozos de Venus les decía: *Dormid con las mujeres, pero soñad con las diosas.* El optimismo con que miraba él al género humano se revela en la siguiente máxima, digna de Terencio: *Amo a los niños porque todavía no son hombres, y a los ancianos porque ya no lo son.* Desgraciadamente, salvo los pocos fragmentos recogidos en la edición latina de Asinus Paleólogo, nada nos resta de sus tratados. Es fama que su patrona (una tal doña Francisca, mujer de pelo en pecho que algunos eruditos quieren igualar a la Xantipa de Sócrates) enajenó los libros del filósofo, para cobrarse una deuda miserable, y hasta vendió como papel viejo sus obras manuscritas, a razón de tres centavos el quilo, verdadera catástrofe literaria que para más de un admirador sólo tiene su igual en el llorado incendio de la biblioteca de Alejandría.

LIBRO SEGUNDO

I

Al rítmico golpeteo de su palo de escoba, lenta, sí, pero erguida como un huso, la vieja Chacharola se adelantaba por la calle Hidalgo rumbo a la de Monte Egmont: apretada su boca en un frunce cruel, sus ojos duros como dos piedras, el gesto de hiel y de vinagre, tormentosa la frente, así avanzaba por la vereda del sol, arrastrando sus pantuflas descoloridas. Y en su corazón siciliano, como en una retorta, el odio se cocinaba lentamente al solo recuerdo de aquella hija cuyo nombre maldito no pronunciaría jamás, como no fuera para volverlo a maldecir una y mil veces, tantas como gotas de leche le había dado (y al reflexionar en ello se golpeaba las tetas rugosas, como si las castigase por el delito de haber amamantado a una víbora). No fue tanto su vida escandalosa de milonguera, sus insultos, maldades y comadreos: lo que no le perdonaría nunca (besaba la cruz de su pulgar e índice resecos) era que se hubiese fugado con aquel malevito del bandoneón, ¡y robándole, además, aquellas cuatro sábanas de hilo de Italia, su gordo anillo de bodas y los quince pesos que tenía guardados en una calceta de lana oculta dentro del baúl! Al recordar sus cuatro sábanas de hilo, la vieja Chacharola se detuvo, rechinaron sus dientes y un eructo agrio le subió a la boca. Después reanudó su marcha rumbo a la calle Monte Egmont, vaso andante de ira, odio sobre dos piernas errabundas.

No es fácil describir la exaltación que aligeraba los pies de Adán Buenosayres cuando, tras el riguroso torneo que había mantenido con Samuel Tesler, bajó de a tres peldaños la escalera y vio la calle Monte Egmont. Cien pensamientos encontrados abejeaban en su mente, se combatían en fatales oposiciones o se armonizaban en síntesis de júbilo, según la interpretación que iba dando al mensaje de Solveig Amundsen tan imprudentemente confiado a Samuel y retenido con tanta malicia por el filósofo. Lo que persistía más allá de sus dudas y contra todos los avisos de su desengaño era la visión de una Solveig que lo llamaba desde lejos, realidad indiscutible que, al abrir un horizonte nuevo a su esperanza, movía ya los telares locos de su imaginación. «Porque dentro de un hora él, Adán Buenosayres, tocaría otra vez el llamador de bronce. Y Solveig Amundsen acudiría (no tanto al golpe del metal como en alas de un oscuro presentimiento), y vestiría las claras ropas de adolescente que Adán le había visto en su primera revelación de Saavedra. Enfrentados el uno y el otro a la manera de dos universos que se distanciaban y vuelven a encontrarse, no hay duda que se mirarían largamente y en un silencio más hablador que todos los idiomas, dolorido él (¡sin que se viese demasiado!) y lleno al parecer de tristísimas reservas, temblando ella como una hoja, no sabría él si influjo de una madura contrición o acaso al de fervores que recién despuntaban. Y leyendo en el semblante de Adán, en su color marchito, en el derrumbe de su cuerpo y en la incuria de su alma el abandono de un amor al que todo puente se le ha negado, abriría ella los dos canales de sus lágrimas en un irresistible golpe de llanto que la sacudiría de pies a cabeza. Entonces él, con una voz agobiadora en su dulzura, le diría...» Pero, ¿qué diablos le diría él? Adán Buenosayres rechazó *in mente* aquella fábula idiota, bien que su rencoroso dolor fuese verdadero. «Tal vez habría sido mejor abatirse a los pies de Solveig Amundsen; e imitando la sencillez heroica del abuelo Sebastián ofrecerle a ella su Cuaderno de Tapas Azules con una mano ensangrentada que venía oprimiendo cierta mortal herida...»

«¡Ridículo!», se reprochó en su ánimo, y borró cuidadosamente de su imaginación hasta el último vestigio de la escena.

Los tres cocheros fúnebres alinearon sus copas vacías en el mostrador de «La Nuova Stella de Posilipo», ante los ojos muertos de don Nicola que fregaba el estaño maquinalmente con su roñoso delantal.

—Sí —gruñó el Cochero Flaco pasándose la lengua por el bigote húmedo todavía—. La gente se ha vuelto dura como fierro, y no se ablanda ni ante la muerte. ¡Hijos de tal por cual! Sí, sí. Este oficio ya no vale un carajo a la vela.

El Cochero Antiguo se quitó la ruinosa galera de felpa y la estudió con melancolía visible.

—En otro tiempo —aseveró—, la muerte impresionaba más que ahora, y los acompañantes del finado abrían el bolsillo que daba gusto. ¡Hasta ocho nacionales de propina he llegado a juntar en dos entierros! Pero la gente de hoy...

—¡Son unos grandes hijos de tal por cual! —tronó el Cochero Flaco—. No ha caído el último terrón en el hoyo, los enterradores no han plantado la cruz todavía, ¡y la gente ya dispara, quiere irse lejos, volver a sus negocios y chanchullos! ¡Bah!

Frotando los botones de su levita con una manga lustrosa, el Cochero Gordo mostró al reír las diezmadas hileras de sus dientes verduscos.

—Imagínense —refirió— que hoy vuelvo de La Chacarita con un burgués copetudo: lo llevo hasta su casa (¡el hombre, para colmo, vivía en la loma de la miércoles!); al llegar me tiro del pescante al suelo, me saco el tubo en gran forma, le abro la portezuela, ¡y el gran hijito de tal por cual me larga un níquel de veinte centavos!

—No lo habrás derrochado en mujeres —observó el Cochero Antiguo sin jovialidad alguna.

Se dio aquí un opaco silencio de borrachería.

—Triste oficio —volvió a gruñir después el Cochero Flaco.

—Triste —asintió el Cochero Antiguo—. ¿Otra vuelta?

—¡Otra vuelta, patrón, y es la mía! —ordenó el Cochero Flaco volviéndose a don Nicola, cuyos ojos resucitaban.

Apenas hubo salido a la calle Monte Egmont, Adán Buenosayres aventuró dos o tres pasos indecisos de prisionero en fuga. Deteniéndose todavía, y en otro ávido gesto de prisionero, buscó el espacio libre con la mirada y cerró al punto los ojos, deslumbrado por el sol otoñal que declamaba las formas, ponía risa en los colores y lo arrebataba todo a su tremendo júbilo. Vuelto el semblante a la esfera de la luz, Adán sintió que se desvanecían en su ser los viejos cuidados, las esperanzas nuevas, los metafísicos terrores, las penurias de su entendimiento y las insistencias de su memoria, todos los rasgos íntimos, en fin, que constituían la inalienable, la dolorosa, la sempiterna cara de su alma: se desvanecían para dar sitio a la caliente felicidad que bajaba de lo alto, ¡y eso también era vivir en Otro por la vida del otro y la muerte de sí mismo! Al par que iba conviniéndose a la gloria del sol, el pecho se le dilataba en una inspiración profunda que correspondía exactamente a la sutil inspiración de su alma; y cuando llegó al ápice de aquel movimiento respiratorio y advirtió que sus ojos cerrados ya se le humedecían, Adán supo que terminaba su éxtasis; pero al descender traía una presa de las alturas en cierta irresistible disposición al canto, en una urgente necesidad de alabanza, ¡y eso era todo « mecanismo de la poesía!

—¡Ojo derecho del Cielo, aleluya!

Dos nuevas preocupaciones asaltaron su mente no bien hubo reiniciado la marcha. Recaía la primera en su flamante condición de viajero, ya que, abandonando ahora su inmovilidad, se lanzaba otra vez a la incertidumbre y locura de los movimientos humanos, y arrancándose a la contemplación de aquel centro unitivo que se llamaba Solveig Amundsen, volvía nuevamente al río azaroso de la multiplicidad. Cierto era que la calle Monte Egmont no daba señales de inquietud alguna en el sector que Adán Buenosayres recorría ya con un deslumbramiento de resucitado. Pero bien sabía él que, apenas cruzara la de Warnes, entraría en un universo de criaturas agitadas: en aquel otro sector de la calle se habían citado al parecer todas las gentes

de la tierra, mezclaban sus idiomas en un acorde bárbaro, se combatían entre sí con el gesto y los puños, instalaban al sol el tablado elemental de sus tragedias y sainetes, y todo lo convertían en sonido, nostalgias, alegrías, odios, amores.

—¡Un demonio de calle o una calle del demonio! El crisol de las razas. ¿Argentinopeya?

Y vaciló al recordar las figuras tentadoras u hostiles que a su paso no tardarían en clavarle la mirada, la voz y hasta el silencio. Con todo, al abandonar el mundo abstracto de su habitación, sentía, como de costumbre, una fuerte apetencia de lo concreto y sólido que ya estaba inclinándolo a cierta expectación de ángel maduro para la caída.

—¡Mirar otra vez las formas en sus carnaduras espesas, los colores jugosos, los pesados volúmenes! Bajar al polvo y revolcarse otra vez en él, como los gorriones y los caballos de Maipú. Anteo y la tierra, sí, un símbolo. ¿Y el caballo celeste? No está de turno ahora.

El otro cuidado no lo afectaba en su condición de viajero sino en su naturaleza de amante, y el Cuaderno de Tapas Azules que había resuelto llevar a Saavedra lo embarcaba otra vez en laboriosas reflexiones. Porque, al leerlo, ¿se reconocería Solveig Amundsen en la pintura ideal que había trazado él con materiales tan sutiles? ¡Bah! No era eso lo que le interesaba en realidad, sino el conocimiento que mediante aquellas páginas haría Solveig de un Adán Buenosayres prodigiosamente desconocido hasta entonces. «Acaso, al descubrírsele de pronto aquel extraño linaje de amor, ella se le acercaría con los pies amorosos de la materia que busca su forma. Y sería en el invernáculo de su jardín y ante una muerte de rosas otoñales que ya nada les diría, porque...»

—¡Epa! Basta.

Retrocediendo en la conocida pendiente de sus imaginaciones, Adán cayó en una duda final que interesaba igualmente a su naturaleza de enamorado y a su índole de artista: después de tan largo distanciamiento y de la poética transubstanciación que había realizado con una leve figura de muchacha, ¿reconocería él a la Solveig ideal de su cuaderno en la Solveig de carne y sangre que lo había llamado y a la que se aproximaba en aquel instante? La confrontación de ambas criaturas era temible.

—¡Chacharola! ¡Chacharola!

El coro de voces ásperas lo arrancó brutalmente de sus especulaciones. «Calle Hidalgo», localizó Adán.

—¡Chacharola! —gritó la voz de un chico, dura y llena de aristas como un cascote—. ¿Y las cuatro sábanas de hilo de Italia?

El coro repitió en un acorde brutal:

—¿Y las cuatro sábanas de hilo de Italia?

Se oyó al punto el graznido ronco de la vieja:

—*Brigante!*

—¡Chacharola! ¿Y el anillo de oro? —cacareó en seguida otra voz infantil que no era inocente ni lo había sido jamás.

—¿Y el anillo de oro? —repitieron a una las voces corales.

Adán aceleró su marcha.

—*Bandito!*—graznó la vieja desde la calle Hidalgo.

—¡Chacharola! ¿Y los quince pesos de la calceta?

Ya en el cruce de Monte Egmont e Hidalgo un tropel de chiquilines en fuga cayó sobre Adán Buenosayres, lo hizo girar como un trompo y se alejó en clamorosa desbandada. Simultáneamente Adán vio cómo el palo de la Chacharola describía una parábola en el aire, y oyó a la vieja que, tremolante de brazos, dirigía un insulto final a sus cobardes enemigos:

—*La putta de la tua mamma!*

Recogiendo el palo de escoba que había rodado hasta sus pies, Adán se dirigió a la Chacharola y lo restituyó a su mano crispada todavía. Entonces la vieja reacomodó lentamente sus arrugas hasta construir algo semejante al espectro de una sonrisa, y tendiendo hacia los fugitivos un índice rematado en cierta uña luctuosa:

—¡Son unos hijos de puta! —los definió castizamente.

Luego, señalando con el mismo índice la vecina torre de San Bernardo:

—Hoy, San Vitale —gruñó devotamente—. *Bello!*

—Sí —le respondió Adán—, la misa de San Vitale.

La vieja recobró súbitamente su máscara de ira y le clavó dos ojos fanáticos.

—¡Un mártir! —dijo en tono polémico.

—¡Un gran santo! —la tranquilizó Adán en seguida.

—*¡Povero* San Vitale! —lloriqueó entonces la vieja sin una lágrima—. *Bello! Bello!*

Y se alejó por la calle Monte Egmont rumbo a la de Olaya, trazando con su cabeza fatales movimientos de negación.

Polifemo dejó caer la mano derecha (una mano ciclópea debajo de cuya piel se ramificaban los gruesos arroyos de su sangre), y acarició amorosamente las cuerdas de su guitarra dormida; hundió al mismo tiempo la izquierda en el bolsillo de su chaquetón, y un tintineo de monedas recónditas le alegró a la vez los oídos del cuerpo y los del alma. Después irguió su cabeza majestuosa, y, describiendo con ella un arco de oriente a occidente, buscó el ojo del sol que ardía en las alturas, hasta sentir en su piel la caliente mirada del astro. Polifemo era dichoso y fuerte: podía mirar al sol con los ojos abiertos. Claro está que su ceguera le robaba las formas y colores del mundo; pero sus oídos, en cambio, se abrían a toda la música de la tierra. Justamente ahora escuchaba los acordes (¡hum!) del jazz que hacía su ensayo cotidiano en la trastienda de «La Hormiga de Oro»: a Polifemo no le desagradaba la musiquita, pero en aquel instante hubiera deseado que concluyese, para poder oír el arrullo de las palomas en la torre de San Bernardo, la cháchara de las costureras vecinas, el escándalo alegre de los gorriones, todo el mundo sonoro que le llegaba por las orejas. Bien: aquello era el arte por el arte. Su oficio verdadero consistía en acechar el paso de los caminantes, en distinguir si era de hombre o de mujer, si de joven o de viejo, si el paso revelaba un corazón dadivoso o mezquino, si traducía un estado actual de júbilo, mal humor o indiferencia. Luego no le faltaba sino hacer oír su voz maravillosa (en tal diapasón o en tal otro, según el caso), y recoger la moneda que inevitablemente caía en su platillo de latón. Polifemo cifraba su orgullo en tres perfecciones distintas: en su ciencia infalible de asaltante de almas, en su voz llena de registros patéticos, y sobre todo en su figura. Porque bien se veía él a sí mismo, con aquella guitarra española que no sabía tocar, pero que agregaba un tono y un volumen a la escena, con ese viejo chaquetón de color de musgo, con aquella barba torrencial, aquellos ojos de profeta ciego y aquel brazo amenazador que sabía dirigir exactamente hacia el Cristo de la Mano Rota. ¡Qué gran actor era Polifemo! ¡Tra, la, la! El negocio iba como sobre ruedas, y nadie sospechaba en Villa Crespo que bajo ese chaquetón de color de musgo se escondía el propietario de tres casas de renta y una más en escritura, ganadas todas con el sudor tranquilo de su arte. ¡Tra, la, la! Polifemo sintió que la risa le retozaba ya en el gañote; pero la estranguló en el acto, no sólo para evitar que se le descompusiese alguna línea de su máscara, sino también asaltado por un súbito resquemor de conciencia ¿No sería él, Polifemo, un bandido solemne, algo así como un farsante de siete suelas? Meditó un segundo, batiendo sus párpados enrojecidos. ¡No, eso no! La Providencia Divina que no desampara ni al más triste de los pajaritos, lo había gratificado con aquellos dones para sostenerlo en su desgracia. Polifemo se aferró a esa lógica indestructible: así era, sin duda. Y, ya tranquilo, volvió a gozar del sol, del aire puro, del jazz que se obstina-

ba en «La Hormiga de Oro» y del zumo agradable que iban desolando sus bien maduras justificaciones. Un rumor de pasos a su derecha no tardó en arrebatarlo de tanta embriaguez.

«Hombre —calculó al instante—. No muy viejo. ¿Avaricia? Viene preocupado.»

Y declamó, tendiendo su diestra solemne al Cristo de la Mano Rota:

—¡Limooosna dad al cieeego! ¡Limooosna dad a un hombre que no ve la luuuz!

Los pasos cruzaban ahora delante suyo. Polifemo aguardó, componiéndose el buche. La moneda no caía. Se alejaban los pasos.

—¡Es curioso! —gruñó Polifemo—. ¿Será un castigo?

Don José Victorio Lombardi, de la firma Lombardi Hermanos, Aserraderos, no vio al cíclope de la guitarra (lo cual era ya bastante ofensivo para un artista); y si escuchó la voz de Polifemo lo hizo como quien oye llover. A decir verdad, no era que don José Victorio Lombardi careciese de vocación estética (y a ese respecto no dejaban lugar a duda los «bravos» estentóreos que dirigía él en el Teatro Colón de Buenos Aires al tenor capaz de sostener un gorgorito durante veintiocho segundos reloj en mano). Lo que sucedía en realidad, lo que Polifemo ignoraba, era que un grave problema teológico distraía la atención de Lombardi y se agudizaba peligrosamente según aquella flor de los aserraderos iba llegándose a la puerta de San Bernardo. Si Polifemo hubiera sido vidente, habría observado cómo Lombardi acortaba el paso y dirigía sus ojos perplejos al Cristo de la Mano Rota, exhibiendo a la par el hemisferio de su barriga llena (¡y no de pan mojado en lágrimas!) sobre cuya redondez los metálicos eslabones de una cadena se complacían en trazar un ecuador de oro. ¡Y bien! ¿Se quitaría Lombardi o no se quitaría el sombrero al pasar frente a la iglesia? *That is the question!* Mucho se habría equivocado Polifemo si, conocedor de la duda en que se hallaba Lombardi, la hubiese atribuido a descreimiento, a rebeldía o a cualquier otra moción de orden teologal. Ciertamente, Lombardi estaba lejos de la fe maravillosa que lo había nutrido en su infancia, pero había conservado un temor irrefrenable de la justicia que pudiese habitar en las alturas. Lo que realmente lo cohibía en su temerosa necesidad de quitarse el sombrero eran las miradas hostiles y las risas burlonas con que los hombres y mujeres de la calle podrían recibir aquel gesto suyo tan poco usual en el barrio. ¿Se lo quitaría o no? Lombardi acortaba sus pasos: Lombardi se detuvo. Pero en aquel instante las acusadoras figuras del Peón Manco y del Foguista Ciego se levantaron en su conciencia. ¡Sí, aquel brazo cortado y aquellos ojos muertos pesarían alguna vez en la oculta balanza! Lombardi se decidió: Lombardi caminaba. Y al pasar frente a la iglesia de San Bernardo levantó su chambergo de lujo para saludar al Cristo de la Mano Rota. Pero, ¡ay!, un coro de risas eventuales resonó entonces en la sala de las costureras, y Lombardi, sosteniendo en alto su chambergo con el pulgar y el índice, fingió que se rascaba el occipucio con el mayor y el anular, y que sólo para esa maniobra se había descubierto. Después, sin ocultar su alivio, aceleró la marcha. Don José Victorio Lombardi, la flor de los aserradores, había quedado bien con Dios y con el Diablo.

Adán Buenosayres dedicó una mirada final a la vieja Chacharola, y cruzó luego la calle Hidalgo, no sin paladear la dulzura íntima que le dejaba el episodio. Su intervención en el combate de la bruja era el primer encuentro que tenía con lo humano, y no es mucho que las fáciles cuerdas de su alma vibrasen ya tiernamente a la sola enunciación mental de algunos propósitos cuyo altruismo ejercería sin duda en la calle una influencia mágica. ¿Qué acciones ejemplares, qué movimientos franciscanos opondría él a la crueldad ingenua de la calle Monte Egmont?

«Besar los párpados legañosos de las viejas. O lavar los pies dolientes del cartero. O enjugar el sudor de los caballos. O barrer el patio de las viudas. O curar la ceguera de Polifemo. O dialogar con las palomas de San Bernardo. O reunir a los malevos de la calle y leerles de pe a pa mi Cuaderno de Tapas Azules. O perfumar la barba de los judíos que venden semillas de girasol frente al “Café Izmir”.»

Al arrojar, como de costumbre, una mirada crítica sobre las nuevas efusiones de su ánimo, Adán entendió que no eran ajenos a las mismas los trascendentales acontecimientos que se le preparaban en Saave-

dra. Sí, una hora suya de alegría terrestre: una necesidad de compartir su gozo y de apretar contra su corazón el haz inmenso de las criaturas. «¿O sería que Solveig Amundsen, por la sola gracia de su nombre...?»

—¡Ojo al entierro!

Adán había llegado a la calle Warnes, y como intentara el cruce debió retroceder precipitadamente. ¡Hurra! El cortejo avanzaba entre un ondear de penachos luctuosos y un repique de solemnes herraduras. Seis caballos negros, lustrosos de sudor hasta las verijas, babeantes de espuma y encorvando sus orgullosos pescuezos, tiraban del coche fúnebre, gobernados con riendas blancas por dos rígidos aurigas que miraban al oeste. ¡Hurra! Detrás venía la carroza de las flores, palmas, coronas y cintas de color morado. Luego los cupés de los deudos con sus farolas enlutadas, y veinte más en fila, relampagueantes de charol. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Viva el muerto!

Detenido en la esquina de Monte Egmont y Warnes, Adán leyó las dos letras de oro que relucían en el cortinado funeral de la carroza. R. F.

—Ramón Fernández, o Rosa Fuentes, o Raúl Fantucci, o Rita Fieramosca, o Rene Forain, o Roberto Froebel, o Remigio Farman, ¡o el diablo que lo adivine! ¿Me sacaré el sombrero?

Miró en torno suyo y vio que los hombres de la calle se descubrían reverentemente.

—Se descubren todos. ¿Por qué? Un odio instintivo a la muerte, pero un odio reverencial. Acaso imaginan que la guadañadora invisible, sentada en el alto pescante junto a los cocheros, los está espiando recelosamente y cuenta y recuenta los saludos. «¡Que la muerte ignore nuestro rencor! ¡Que nos olvide todavía!» Por eso se descubren. Un cuerpo sin alma, una herramienta sin artesano, un buque sin piloto. ¡Al diablo la materia sin la forma! Yo no me descubro.

Pero algo fallaba en su orgulloso razonamiento, y Adán lo reconoció en seguida.

—Con todo, un alma inmortal habitó ese cuerpo que ya está disolviéndose: un alma usó en ese cuerpo de su terrible libertad y lo hizo cumplir mil gestos dignos o abominables, prudentes o locos, ridículos o sublimes. Y el incógnito R. F. tendrá un día que buscar su cuerpo desertado en el cementerio de La Chacarita, y oirá la trompeta del ángel, y sentirá caer sobre sus hombros la última hoja del tiempo. *Quia tempus non erit amplius.* ¡Me sacaré el sombrero!

Adán saludó al ya lejano R. F. y esperó a que desfilaran todos los vehículos. Miró el cielo que resplandecía en las alturas, pero ante los ojos de su alma lo vio marchitarse y caer a jirones como la vieja decoración de un drama.

—«Y el cielo será retirado como un libro que se arrolla.» Tremendas palabras del Apocalipsis a medianoche. Un terror *in crescendo,* hasta romperme los tímpanos del alma. El pez en el anzuelo, yo: un pez que ha mordido el anzuelo invisible y se retuerce a medianoche. Y aquel viejo llamado, entre la risa brutal de los demonios que acechan en los rincones: «¡Adán! ¡Adán Buenosayres!»

Un estallido de voces lo sobresaltó de pronto.

—¡Truco! —había cantado el Cochero Antiguo.

—¡Retruco! —gritó el Cochero Gordo.

—¡Vale cuatro!

—¡Quiero!

Adán volvió sus ojos a «La Nuova Stella de Posilipo» frente a la cual se hallaban dos coches fúnebres de aspecto ruinoso cuyos derrotados mancarrones, hundidas las jetas en sendos morrales de lona, hacían crujir el maíz entre sus dientes. En el interior de la cantina, y bajo la mirada enigmática de don Nicola, los tres

cocheros fúnebres, yéndose al mazo, volvían a empinar el codo entre un cargoseo de moscas borrachas perdidas.

«¡Flacos aurigas de la Parca! —rezongó Adán en su ánimo—. Galerones raídos, libreas de color verde-muerte y botonaduras de un metal sin gloria. ¡Carontes de pantalón remendado en el culo! Gruñendo cuentan las propinas, o hacen buches de guindado para sacarse de la boca el gusto fénico de la muerte. ¿Y el fantasmagórico don Nicola? Bicho de ontología incierta: ¿animal, vegetal o mineral? ¡Su famoso vino de uva, químicamente puro! ¡Al fin el último coche!»

Ruth, la de «La Hormiga de Oro», retiró sus manos del sucio lebrillo donde un agua impura cubría dos platos y una fuente sin lavar aún. Reinaba en la cocina un espantoso caos de utensilios: aquí la olla impúdica exhibía su culo tiznado; más allá el cucharón y la espumadera se cruzaban fieramente como dos sables; en el brasero, la sartén llena de costras hacía un mudo relato de sus frituras pretéritas. Un terrible olor de boga frita en aceite rancio lo saturaba todo: las moscas engolosinadas hervían en el basurero y en las grasientas chorreaduras del mantel de hule. Sólo un puerro barbudo, tres ajíes brillantes y algunas papas terrosas, metidos en un cesto de junco, dignificaban la barbarie del ambiente con el rigor clásico de sus volúmenes y colores. Pero Ruth (justo es decirlo) no anclaba en aquellas vulgaridades terrestres: ¡bien distinto era el mundo en que discurría su intelecto mientras enjugaba sus manos (¡unas manos hechas para acariciar el torso aéreo de los silfos!) y abatía su frente al peso de quién sabe qué hondas cavilaciones! De pronto, sacudiendo en el aire su melena bronceada, Ruth irguió la cabeza y la estatura (¡qué vara de narciso!): adelantó el pie derecho, tendió un brazo desnudo hacia las cacerolas, y declamó así:

¡Melpómene, la musa de la tragedia, viene!...

Se interrumpió con un mohín de disgusto. ¡No! ¿Cómo? Era el instante de terror en que el poeta descubre a la musa trágica, ¡y ella lo decía con aquel tono vulgar de feria, sin expresión alguna, como si le pidiese al carnicero: «déme treinta centavos de cuadril»! Recobrando su pose, carraspeó brevemente para entonarse la garganta. Y en seguida gimió con acento lúgubre:

¡Melpómene, la musa de la tragedia, viene!...

¡No, no y no! ¡Una voz de ternero degollado! Podía caer en lo ridículo: ¡era tan fácil! Veamos otra vez, pero sin truculencia. Y tendiendo su brazo admirable Ruth insistió:

¡Melpómene, la musa de la tragedia, viene!...

¡Así! ¡Eso era! la misma voz, el mismo arranque de la Singerman. ¡Bis, bis! Deslumbrada como ante un relámpago de gloria, Ruth se vio a sí misma en el proscenio, bajo un haz de luces multicolores que hacían brillar la plata y el oro de su vestido; y oyó el trueno elogioso de los aplausos, e inclinó su cabeza pesada de laureles. Entonces, con las manos juntas, retrocedió lentamente, saludando hasta el suelo a las enfiladas cacerolas. En aquel instante una vieja y agria figura de mujer se recortó en la puerta de la cocina.

—¡Muy bonito! —rezongó la figura—. Haciendo mojigangas, ¡y la cocina que parece un chiquero!

Ruth dejó caer los brazos con fastidio.

—¡Pero, mamá! —objetó—. ¡Si me faltan dos platos locos!

La figura desapareció refunfuñando entre dientes, *y* Ruth paseó una triste mirada en torno suyo. ¡Incomprendida! ¡Sola! Dos lagrimitas (¡dos gotas de rocío mañanero!) brillaron en las pestañas de Ruth. Mientras hundía valerosamente sus pobres manos en el agua roñosa del lebrillo, miró con desaliento la sartén, el cucharón, los platos hostiles, la olla tiznada, todo ese revoltijo de cachivaches groseros que se ensuciaba y se lavaba fatalmente dos veces al día. Tristeza. ¿Por qué la gente no se alimentaría con pétalos de clavel y extractos de Coty, o al menos con píldoras rosadas y grageas celestes? ¡Ruth sola! ¡Ruth incomprendida! Sí, una cenicienta. Pero, ¡que no abusaran!, ¡cuidado! Porque también ella tenía el derecho de participar en el festín de la vida, y si se le volaban los pájaros haría una que, ¡bueno, bueno! Con aire doliente consideró sus manos hundidas en el lebrillo: ¡ásperas como ralladores! La diadermina ya resultaba inútil: ¿ensayaría la leche de miel y almendras? En aquel punto el jazz que había interrumpido su trajín volvió a desentonar en la trastienda de «La Hormiga de Oro»; y Ruth, a pesar de sus congojas, dejó escapar una risita grave.

«¡Bárbaros! —exclamó para sí—. ¡Cómo desafinan!»

Adán Buenosayres había cruzado el bulevar de la muerte y se internaba ya en el sector peligroso de la calle. Exploró con la vista el tramo inicial: ¡ni un alma en la vereda! En aquel instante los bronces de San Bernardo se pusieron a tocar lentamente: una, dos campanadas. Tempranísimo. Sus ojos, al colarse por las ventanas abiertas, sorprendían ahora el rítmico y desnudo corazón de las casas: interiores en penumbra, donde reían bonancibles mujeres; patios al sol, vibrantes de muchachitas y de juegos. Después los levantó al cielo purísimo como una violeta, y siguió con la mirada el giro de las palomas que el bronce había dispersado y que volvían a la torre como los fragmentos de una paz que se reconstruyese. Luego miró los árboles enfilados en la vereda: los paraísos no le recordaban ya el cuerpo selvático de Irma, porque sus hojas de oro se desprendían sin ruido, planeaban en el aire, llovían silenciosas, pedacitos de muerte.

«Hoja seca, hoja de oro. Alquimia de los árboles: crisopeya, el incógnito R. F. que se va trotando por la calle Warnes también es una hoja seca. ¿Hoja de oro? ¡Quién sabe! Difícil crisopeya la del hombre. Las hojas caen de lo alto a lo bajo; los hombres caen al oeste, al menos en Buenos Aires. Por eso R F. se dirige trotando, trotando hacia el oeste: se pone al oeste, como el sol. ¿Anotaré la imagen? No. Es una macana.»

Las ideas fúnebres que le venía inspirando el trotador R. F. se transmutaban al convertirse ahora en materia de arte. Pero Adán gruñó su descontento.

«¡Salve, otoño, padre de la cursilería! “Mostradme una hoja seca, y soltaré automáticamente un lugar común.” Enfermedad o privilegio de ver en todo figuras y translaciones, desde mi niñez, allá en Maipú, cuando los árboles eran para mí llamas verdes con su chisporroteo de pájaros, o el tiempo un arroyo invisible cuyas aguas hacían girar las ruedas de los relojes familiares. “Y el amor más alegre que un entierro de niños.” Demasiado fuerte, sin duda. Pero Solveig Amundsen no debió reír con las otras muchachas, ni lo habría hecho si aquel imbécil de Lucio... ¡Atención! La gorda Gea.»

En la ochava de la calle Muñecas, junto al portón de hierro, Adán vio a la hembra de pie y al viejo sentado. Firme sobre los dos basamentos de sus jamones terminados en pies que calzaban zapatillas como navíos, esférica de vientre, torrencial de pechos, lujuriante de bozos y pelambreras, redonda pero con una estabilidad de cubo, la mujer tenía en sus brazos a un chiquitín dormido. Junto a ella, inmóvil en su silla de paja y apretando entre sus dedos un cachimbo de tierra cocida, el viejo se resecaba lentamente como una pasa de higo al sol. Al enfrentarse con ellos Adán Buenosayres desvió la mirada, y oyó entonces el eructo descomunal de Gea. Sin detenerse, miró en los ojos a la mujer, pero no vio en ellos ni grosería, ni malignidad, ni siquiera mirada: eran unos ojos dilatados, aguanosos y ausentes.

«Absorta en los misterios de su laboratorio íntimo: preparación de cales y azúcares, fermentación de substancias caóticas, destilación de jugos. Gases que le revientan por arriba y abajo, es natural. Ríos de

leche y miel afluyendo a sus terribles pezones. ¡Gea! Numerosa de semillas, agobiada de frutos, ¡y trabajando aún en estructuras nuevas, tejiendo carnes y armando esqueletos!»

El chiquitín dormía, el viejo se desintegraba.

«Lo tenebroso es el antes y el después. El chico está cerca de su antes: quizás esté soñando ahora con su antes y lo llore no bien despierte. El vicio está cerca de su después, y acaso vislumbra ya turbios colores de frontera. Me gustan los viejos: no es una diarrea sentimental, como diría ese barbarote de Samuel Tesler. Los viejos me gustan como las flores marchitas, los frutos pasados, los otoños y los anocheceres, las cosas en trance final y en víspera de metamorfosis. Pero...»

Adán se detuvo sobresaltado: «¡El ciego!»

La suya era una íntima voz de alarma.

«¡Ojo al ciego!», se repitió Adán, y avanzó con extremada cautela.

Había por ahí cierto asaltante llamado Polifemo el de las orejas agudas, cuyo temible oficio era el de aligerar la bolsa de los caminantes gracias a un recurso tan simple y viejo como el hombre: la puñalada sentimental. Es de saber que Polifemo, el saqueador de almas, padecía una ceguera total originada, según los mitólogos, en ciertas demasías de sus antepasados. Pero, ¡guay del viandante que, menospreciando los ojos vacíos de Polifemo, se ilusionara con la posibilidad siquiera remota de sustraerse a su vigilia! Porque, habiéndosele negado a Polifemo todas las galanuras del mundo visible, sus orejas dominaban en cambio los ocho rumbos del universo audible, de modo tal que ni el mismo viento, así calzase los livianos chapines de su hermana la brisa, hubiera pasado junto al cíclope sin ser oído. Adán Buenosayres no habría intentado ese imposible si el artificio del ciego y su rebuscada teatralidad no le repugnasen hasta la indignación. Fácilmente podía eludir el sortilegio barato de aquella figura, con guitarrón y todo; pero estaba seguro de que una moneda suya enriquecería fatalmente los bolsillos de Polifemo, no bien la voz del gigante se la reclamara. Era necesario librarse de la conmoción visceral que le produciría la voz. ¿De qué manera? Evitando aquel grito irresistible. ¿Cómo? Deslizándose junto al ciego sin que lo advirtiera. ¿Mediante qué recurso? Adán confiaba en sus tacos de goma.

Hecho ese cálculo, avanzó cautelosamente hacia Polifemo. ¡Inútil! El gigante captaba ya un rumor sutilísimo de pasos.

«Es hombre —calculó—. En plena juventud. Pero, pero... ¡Se adelanta en puntas de pie! ¿Cómo? ¿Tratará de escurrírsele al honrado Polifemo? ¡Tendría que ser brujo!»

Adán veía ya la inmóvil y retocada figura del ciego, con su platillo de latón en una mano y su guitarra sin cuerdas en la otra. A veinte pasos distinguió claramente su barba gris, manchada de tabaco en las inmediaciones de la boca, y adivinó la boca misma, cerrada como un antro del que podía salir el trueno. La honda y serena respiración del gigante se le reveló a los diez pasos: ¿estaría dormido? Entonces redobló la cautela de su marcha; y se escurría ya como una sombra delante de Polifemo, cuando la voz tremenda resonó en sus oídos:

—¡Limooosna dad al cieeego!

Adán se detuvo como petrificado.

—¡Limooosna dad a un hombre que no ve la luuuz! —insistió Polifemo, saboreando cada letra como si se delectara en su propia música.

Era necesario admitir la derrota, y Adán lo hizo al dejar caer una moneda en el recipiente de latón.

—¡Diooos lo pagaraaá! —tronó Polifemo, levantando sobre su cabeza el platillo y la guitarra.

—¡Monstruo! —rezongó Adán entre dientes.

Pero maligno y arrobado como un demonio triunfante, Polifemo exclamó todavía:

—¡Diooos lo devolveraaá!

Adán Buenosayres, parado junto al cíclope, levantó sus ojos hasta el Cristo de la Mano Rota y se dijo que Polifemo tenía razón. Allá, sobre el pórtico de San Bernardo, el Cristo de la Mano Rota contemplaba la calle desde sus alturas; y una paloma de buche tornasol dormía sobre su cabeza, de tal modo que su cabeza parecía el recostadero natural de la paloma. ¿Qué tenía en su mano de cemento, en aquella mano rota quizá de una pedrada?

«Un corazón o un pan. Día y noche lo está ofreciendo a los hombres de la calle. Pero los hombres de la calle no miran a lo alto: miran al frente o al suelo, como el buey. ¿Y yo?»

Abatido el rostro, Adán paladeó un instante su antigua y reiterada zozobra.

«Un pez que se agita, clavado en un anzuelo invisible. La caña del pescador está sin duda en esa mano rota.»

Saludó entonces al Cristo de cemento, y siguió calle arriba, mundo arriba, estudiando con ojos críticos el sombrero que acababa de quitarse.

«Modelo anacrónico: ¡una curiosidad literaria! Los chicos me gritaban al salir de la escuela: "¡Paragüita!" Ya se han acostumbrado. Pero en esta calle... Un escándalo público. Las ninfas del zaguán, sobre todo. ¡Resistir!»

Volvió a calarse el vilipendiado sombrero, y maquinalmente palmó en sus bolsillos cachimba y tabaquera.

«Ganas de fumar. No hacerlo ahora en pipa. ¡Ojo a las del zaguán! ¿Sombrero y pipa? Sería tentar al demonio de la calle. Comprar cigarrillos en "La Hormiga de Oro". Sí, pero Ruth...¿Y qué? Un oasis en el desierto.»

Adán Buenosayres traspuso el umbral de «La Hormiga de Oro», y se halló envuelto en una luz de gruta que velaba los mil y un artículos de la tienda. Cajas de cigarrillos, muñecos de veinte centavos, jabones de afeitar, novelas policiales y tarros de caramelos parecían vivir allá en la más estrecha de las hermandades. Y aunque un fuerte olor de pescado frito deshonraba la tenducha comunicándole ciertos visos de fondín, el ambiente se redimía un tanto a los acordes inseguros de un *shimmy* que resonaba en el interior y provenía de instrumentos comprometidos a regañadientes en un conato de armonía. ¿Y Ruth? Adán se formulaba esa pregunta cuando, atraída como la araña por el zumbido de la mosca, Ruth apareció entre las cortinas verdes que separaban el negocio de la trastienda. Salía con desgano, triste de semblante y nocturna de ojos: Ruth incomprendida, Ruth sola. Pero al encontrarse con Adán se reanimó en una súbita metamorfosis.

—¡Usted! —exclamó, entre sorprendida y alborozada.

—¡Buenas tardes, Ruth! —saludó Adán en tono festivo—. ¿Cómo anda «La Hormiga de Oro»?

—¡Mal! —se quejó Ruth—. Los amigos nos olvidan.

Con una mano afanosa trataba de poner orden en el escándalo de su pelo: ¡ay, su cabeza, un nido de caranchos! Con la otra masajeaba curativamente sus ojos: ¿le habrían quedado señales de lágrimas? Estiró luego sus medias y sacudió rápidamente su vestido: tal vez alguna escama de pescado; ¡en aquel infierno de cocina todo era posible!

—¿Olvidar a «La Hormiga de Oro»? —refutó Adán mirándola con ojos ponderativos—. ¡Usted se calumnia, Ruth!

—Hace ocho días justos que no viene a «La Hormiga de Oro» —puchereó ella.

«¡La criatura más linda que haya concebido mujer después de haberse acostado con un hombre!», opinó Adán clásicamente.

—¿Los ha contado? —preguntó riendo—. ¡No es posible, Ruth! ¿Quién soy yo para que mi ausencia...?

Se interrumpió súbitamente, y acercándose a ella le miró los ojos.

—¡Ruth! —se dolió al fin—. ¡Usted ha llorado!

—¡No, no! —protestó Ruth.

Se resistía, esquivaba sus espléndidos ojos de color horizonte, movía y removía sus dedos febriles entre el cobrizo matorral de su pelo: Ruth sola, Ruth incomprendida negaba su llanto.

—¡Usted ha llorado, Ruth! —insistió Adán imprudentemente.

—¡No es verdad! ¡No, no! —gemía, puchereaba, se resistía ella.

¿Y por qué no? ¿Por qué no confiar el íntimo secreto de sus angustias al alma gemela que ahora le tendía el puente de una voz fraternal? ¡Sí, sí! Ruth incomprendida restituyó sus ojos a la confianza de Adán: Ruth sola se abandonó a la solicitud de aquel hermano en el arte.

—¡Vivir con las alas rotas! —musitó—. Usted es un artista, señor Buenosayres, y tiene que haber sufrido eso. Una quiere volar, y no la dejan.

Adán esbozó un gesto que a nada comprometía, y entonces Ruth señaló la trastienda con su pulgar rosado.

—Mi gente —dijo—. Buenos como el pan, eso sí. Pero sólo tienen ojos para el centavo: no pueden ver lo que hay en una, es imposible que lo vean. Y cuando a una llegan a faltarle hasta los amigos...

Se le quebró el habla, inclinó la frente, guedejas de bronce cayeron sobre sus ojos. Y Adán se turbó allí, no ciertamente por lo que le decía Ruth, sino por las resonancias de su voz caliente y grave como la de los instrumentos de madera. ¿Dónde había oído él un tono semejante? Quizás el grito de un pájaro montes, allá en Maipú y en una mañana de neblina. «¡Ojo a la racha sentimental! —pensó—. ¡Cambiarle las ideas!»

—Óigame, Ruth —le advirtió—. Usted sabe que soy «un hombre de letras». Así nos dicen ahora. Feo, ¿eh? A mí no me gusta nada. —(Ya sonríe: ¡mejor!)

—¡Un poeta! —corrigió ella en tono acalorado.

—Sí, pero nada fuera de lo normal. Obsérveme, Ruth. Ni vestigios de la sucia melena: un riguroso corte a la americana, baño frecuente, ropa deportiva. ¿Este sombrero? Bah, no le haga caso: es un anacronismo. —(Espléndido amanecer de su sonrisa: ¡un lindo arco para el Amor flechero!)

—¡Gracioso! —le reprochó ella, envolviéndolo en su mirada de color horizonte.

—Ninguna deformación profesional, al menos de las visibles —concluyó Adán—. Y, sin embargo, quedan las otras: un eterno papar de moscas líricas, olvidos culpables... ¿Me comprende, Ruth?

Sí, Ruth entendía. Y al entenderlo se abrazaba ya en sutiles calores, y al abrasarse compadecía las inquietudes de aquel hermano intelectual. Ella y él, ¿no eran al fin dos aves de la misma pluma? Sí, Ruth incomprendida lo justificaba. Pero Ruth sola dirigía un mudo reproche al destino que no acertaba, ¡oh, ciego!, a juntar las soledades gemelas. Si ella y él... ¡Una locura! Y si... ¡Qué bueno sería entonces irse por el ancho mundo, solos como una pareja de águilas y cortando a montones las rosas de la vida!

—Sí —gorjeó Ruth—. Los poetas viven del canto, y se olvidan hasta del mundo que los rodea.

—Como la cigarra —observó Adán.

—Eso es, como la cigarra.

—Y, como la cigarra, se acuerdan de la hormiga cuando están en apuros.

Ruth frunció el entrecejo, y al entender por fin dejó escapar un hilito de risa, dos o tres notas de cristal o de agua.

—Se acuerdan de «La Hormiga de Oro» —corrigió vivamente—. Ya sé, ya sé. La cigarra no tiene cigarrillos.

Sin dejar de reír, la hormiga de oro abrió una caja, tomó un paquete *y* se lo tendió a su visitante. Luego, acodada en el mostrador, se puso a mirarlo y a reír juguetonamente, balanceándose al compás de su risa como un tallo joven al viento. Adán la estudiaba, mientras encendía un cigarrillo. «Sus dientes blancos, iguales y húmedos de savia: dientes de loba, prontos a morder. La curva de su garganta cubierta, como los membrillos, de una pelusita de oro. Y ese cobre hilado de su pelo.» Una exaltación oscura despertaba en su ser, sobre todo al mirar aquella boca riente. «Un higo que se partiera de maduro.» Por fortuna los musicantes de la trastienda interrumpieron bruscamente su trajín: oyóse adentro una voz que rezongaba; después, tras un furioso golpe de batuta, los musicantes retomaron el tema.

—Son los muchachos que ensayan el jazz —dijo Ruth—. ¿Le agrada esa música?

—¿Música? —repuso Adán con aire dubitativo.

Frunció Ruth su boquita en un mohín desdeñoso.

—¡Música de bárbaros! —escupió disgustada, herida toda ella en su sensibilidad.

Y añadió, clavando en Adán unos ojos pesados de inteligencia:

—La «Serenata» de Schubert, la «Invitación al Vals», la «Plegaria de una Virgen», ¡eso es música!

Un relámpago de fanatismo cruzó por su semblante:

—¿Y la música de las palabras?

Adán, intranquilo, arrojó dos chorros de humo por las narices. «¡Gran Dios! ¿Estetizar con Ruth? ¡No, no! ¡Cambiarle las ideas!»

—La recitación es mi arte —concluyó Ruth—. ¡Interpretar al genio! Ahora estoy ensayando *Melpómene.*

—¿Qué? —gritó Adán escandalizado.

—El poema *Melpómene.*

—¡No puede ser!

—¿Y por qué no?

En los ojos de Adán se leía la desilusión y el reproche.

—¡Ruth! —le dijo—. ¡Nunca hubiera esperado eso de una muchacha tan juiciosa como usted!

Ruth, confundida, Ruth amonestada se ruborizó de pronto: el blanco y el carmín se dieron una batalla en aquel semblante, hasta que se reconciliaron al fin en la paz de cierto rosicler delicioso cuando Ruth, enfrentándose con su cliente, frunció el hociquito y le pegó en la mano, ¡ah, no con mucho rigor!

—¡Son unos versos maravillosos! —protestó—. No me negará que cuando el poeta, enloquecido de terror, persigue a Melpómene a través de la selva otoñal, a uno le parece oír hasta el crujido de las hojas muertas. Y después, cuando el poeta consigue alcanzar a Melpómene...

—¡Eso no, Ruth! —la interrumpió Adán—. ¡Es una calumnia!

—¿Una calumnia?

—Le aseguro que sí. El poeta no alcanzó a Melpómene. La corrió, nadie se lo niega. Pero alcanzarla, ¡nunca!

Ruth lo miró embobada.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ingenuamente.

—Me lo contó la propia Melpómene, y estaba hecha una furia.

—¡Qué mentiroso!

—Es la pura verdad —aseguró él—. Imagínese, Ruth, que sin mediar altercado alguno el poeta se lanza en persecución de la Musa. ¡Un atropello incalificable! Y si usted reflexiona en que se trata de un pacífico doctor cordobés, el atentado resulta incomprensible.

Vuelta de su embobamiento, Ruth lo miró entre divertida y escandalizada.

—¡Qué malo! —gorjeó—. Pero, ¡qué malo!

—Créame que no le miento —aseguró Adán—. El doctor se puso a correrla; pero a la media cuadra se detuvo jadeante, desabrochó cinco botones de su chaleco de fantasía, se aflojó la corbata, y sentándose en el brocal de una cisterna enjugó el sudor de su frente con un gran pañuelo a cuadros.

La hormiga de oro volvió a reír.

—¡Qué malo! —repitió—. Ya sé, ya sé. Así es como se sacan ustedes el cuero en las peñas literarias.

—Es la declaración de Melpómene —insistió Adán—. Si ha mentido yo me lavo las manos.

Ruth lo amenazó con un índice amigable.

—Veremos —le dijo— si también se ríe de lo que voy a recitarle ahora.

Le volvió la espalda, se dirigió a una vitrina, y sus chancletas resonaron. ¡Estaba en movimiento! Bajo la tela de su vestido irrumpían formas invisibles hasta entonces, redondeces y oquedades insospechadas. Líneas temblorosas se armaron y se rompieron según el ritmo de su paso. Detenida junto al mueble, Ruth alzó los brazos hacia el estante superior; y Adán pudo ver la gruta de su axila, con su vellón de color de miel, y las puntas de sus pechos que al erguirse bajo el vestido rayaban suavemente la tela. «¡Diablo de muchacha! ¡Tentadora como una Circe!» Pero Ruth volvía, trayendo un libro del estante.

—*Antología de fragmentos para recitar*—anunció con orgullo—. ¿En qué página era? Eso es, aquí está.

Y leyó en voz alta:

—«¡He tardado, he tardado, mas el tiempo llegó! Lo herí, todo ha concluido. Ciertamente, obré cuando él ya no tenía defensa. Primero lo »envolví en una red sin escape, en una malla de coger pescado, en un velo »riquísimo pero mortal. ¡Dos veces herí su cuerpo, y gritó dos veces, y »ha perdido la fuerza! Y al verlo desplomado le asesté un tercer golpe, y se »regocijó el Hades guardián de los muertos...»

«¡Diablo!» Adán reconoció la voz de Esquilo en aquel fragmento pavoroso. Y justo es admitir que Ruth hacía su Clitemnestra muy a lo vivo: estaba de pie, con el rigor de una columna; pero al relatar su crimen toda ella se dividía en gestos y los dispersaba, un ojo al norte y el otro al sur, un oído al este y el otro al oeste. Por un instante Adán temió que se evaporara en su disipación asombrosa. Pero Ruth volvió a construirse, mirándose al espejo de la tienda y recogiéndose toda en una mirada. Luego prosiguió así:

—«Me ha regado con el manantial de su herida. Negro rocío el de su »sangre, no menos dulce para mí que la lluvia de Zeus para las mieses »cuando la espiga rompe su envoltura...»

Ruth se transfiguraba de nuevo: sus ojos crueles parecían acuchillar aún al Agamenón derribado a sus pies; las aletas de su nariz venteaban con delicia el olor amargo de la sangre. Y Adán, junto a ella, en aquel ambiente de gruta y bajo la obsesión de los cobres agrios que acompañaban desde adentro a las duras voces de Clitemnestra, empezó a sentir un miedo inexplicable, algo así como el despunte de un terror antiguo.

No hay duda que Ruth advirtió algún cambio en la fisonomía de su oyente.

—¿Qué le pasa? —interrogó, cerrando el libro—. ¿No le gusta el trozo?

Instintivamente y como en defensa propia, Adán había tanteado en su bolsillo el Cuaderno de Tapas Azules.

—¡Admirable, Ruth! —le contestó—. No le arriendo las ganancias al Agamenón que pudiera caer entre sus uñas. ¡Brrr! Me ha puesto la carne de gallina.

Pero Ruth había observado el movimiento de Adán.

—¡Hum! —refunfuñó, arqueando las cejas dubitativamente.

Su índice pueril señaló de pronto el bolsillo del visitante:

—¿Y ese cuaderno?

«¡Estoy frito! —pensó Adán—. ¡Confianzuda como ella sola!»

—Son apuntes —le contestó vagamente.

—¿Manuscritos?

—Eso es.

Ruth alargó una mano imperiosa.

—Pásemelos —le dijo—, quiero ver su letra. Sé algo de grafología.

—¡Eso nunca! —tronó él alarmado.

—¿Y por qué no?

—Porque, a lo mejor, acierta.

La hormiga de oro empezó a reír. «¡Sus dientes de loba, sus encías de coral mojado!»

—¡Ese cuaderno! —le rogó—. ¡Ahora mismo!

—¡Imposible! —se le negó él acompañándola en su risa—. Leer este cuaderno es leer mi corazón.

Ruth abrió unos ojos desmesurados.

—¿Sí? —exclamó, batiendo palmas como una chiquilla—. ¡Venga ese cuaderno! Quiero leer su corazón.

—¿Y si me lo declama? —observó Adán prudentemente. Ella dio una patadita en el suelo y lo amenazó, entre risueña y conminadora:

—O me lo da o se lo quito.

—¿Quitármelo? ¡Tendría que pasar sobre mi cadáver!

¡Nunca se lo hubiera dicho! Sin más ni más Ruth se lanzó como una tromba sobre Adán Buenosayres, y entre borbotones de risa trató de sacarle a la fuerza el dichoso cuaderno. Adán lo retiró de su bolsillo y lo escondió a sus espaldas; visto lo cual Ruth lo abrazó por la cintura, le trabó los movimientos y le buscó las dos manos escondidas. Al hacerlo, apoyó la cabeza en el hombro de su enemigo; y Adán sintió el aroma de aquel pelo de cobre (un olor amargo y limpio de mata salvaje), y se turbó sobremanera. Rompió al fin la cadena de aquellos brazos y levantó el cuaderno en el aire; pero Ruth se irguió sobre la punta de sus pies y trató de alcanzarlo, apoyándose toda en el pecho de Adán. ¿Qué hizo él entonces? Pasó el cuaderno por detrás de Ruth, y ella fue ahora la prisionera de su abrazo. ¡La hormiga de oro se resistió, justo es decirlo! Pero Adán la estrechaba más y más, y sus ojos se encontraron y se fundieron sus respiraciones. Y una gran seriedad se hizo en ellos de pronto. Y en el instante mismo en que una embriaguez compartida los acercaba sin remedio, se oyó en la trastienda un arrastrarse de zapatones, y entre las cortinas verdes apareció la temible cabeza de doña Sara. ¡El Cuco! Adán y Ruth se distanciaron rápidamente, como si entre ambos hubiera caído una espada de hielo, Adán para dirigir al Cuco un forzado «buenas tardes», Ruth para recoger las olvidadas monedas que su cliente había depositado en el mostrador. Más que contestar, doña Sara ladró al saludo torpe que Adán Buenosayres acababa de dirigirle: fue un ladrido que valía una invitación a retirarse con armas y banderas. Así lo entendió él, de modo tal que, sin despedirse, giró sobre sus talones y alcanzó la puerta de la tenducha en medio de un oprobioso silencio. Pero antes de hacer mutis oyó la voz innoble de doña Sara que gruñía:

—¡Sinvergüenza! ¡Escandalosa! ¡Y la cocina que parece un chiquero!

¡Bisbiseo, susurros! Las tres ocultas en el zaguán: Ladeazul, Ladeblanco, Ladeverde. Tres cuerpos jóvenes y macizos, acostados en el zaguán, sobre las frescas baldosas, ¡oh, gracia! Y en el umbral, ambas de pie y alerta, las dos adolescentes acechando la calle con sus ojos de buitre.

Ladeblanco murmura: murmura Ladeblanco en el oído ansioso de Ladeazul; y Ladeazul escucha, retenido el aliento, entreabierta la boca en una sonrisa indefinible, perdidos los ojos en una indefinible mirada. ¿Y Ladeverde? Muy seria Ladeverde ha juntado su cabeza de oro a las dos cabezas amigas: Ladeverde quisiera no escuchar, pero escucha; desearía y no desearía escuchar, y oye con el oído, con los ojos, con la piel temblorosa. Escucha Ladeverde: ¡susurros, bisbiseo!

Asombrada de pronto Ladeazul se incorpora, en arco las cejas, dilatadas las pupilas.

—¡No! —exclama Ladeazul incrédula—. ¡No es posible!

—Ni más ni menos —confirma Ladeblanco, clavándole una profunda, insinuante, significativa mirada.

—¿Y ella? —pregunta Ladeazul como si no saliese de su asombro.

—¿Ella?

Con un movimiento de su índice Ladeblanco atrae a sí las dos cabezas expectantes. Y murmuran sus labios: ¡bisbiseo, susurros! De pronto Ladeazul, que no ha perdido una sílaba, yergue su busto y rompe a reír sin freno, con los ojos entrecerrados, con la boca tan abierta que descubre sus encías de coral y los blancos piñones de sus dientes.

—¡Oh, oh! —exclama, ríe, solloza Ladeazul.

Y riendo se deja caer hacia atrás, lentamente, de modo tal que su pollera, retirándose como una ola, descubre poco a poco dos rodillas bronceadas y el turbador arranque de unos muslos, ¡y se recoge todavía!

—¡Ah, ah! —gime Ladeblanco, incorporándose a medias.

Y un borbotón de risa la sacude, y se dobla como una palmera bajo el viento; y sus breteles, al deslizársele de los hombros, ponen a la vista una Hespérides de incalculable riqueza. Pero Ladeverde no ríe: se ha recostado en las baldosas, y sus narices dilatadas palpitan como si venteasen una región de fuego.

¿Qué hacen las dos adolescentes? Las dos adolescentes, al oír el estallido de las risas, han vuelto sus ojos hacia el interior del zaguán, hacia ese mundo todavía cerrado para ellas. Y ahora se miran entre sí, como interrogándose: sonríen enigmáticas, ¡adivinan acaso! Pero sus ojos escrutadores vuelven a sondear la calle, y de pronto se iluminan sus caras de pájaro.

—¡El del sombrero! —gritan—. ¡El del sombrero!

—¿Dónde? —pregunta Ladeazul.

—Por esta misma vereda.

Al escapar de «La Hormiga de Oro», Adán Buenosayres paladeaba una mezcla de bochorno y de indignación. ¿Hasta cuándo se dejaría envolver en la malla sutil de las criaturas? Recién, no más, engreído como un pavo, formulaba conceptos orgullosos acerca de la vida y de la muerte. Y cuatro monerías de Ruth bastaron para que toda la máquina de su especulación se viniera ruidosamente al suelo!

—Pero, también, ¡qué diablo de muchacha! Si la vieja de miércoles no hubiera metido a tiempo las narices... Y ahora las ninfas del zaguán. ¡Atención!

Veinte metros adelante se abría el zaguán de las baldosas coloradas. ¡Atención, atención! ¿Y las ninfas? Adán oyó de pronto sus murmullos calientes y sus risas ahogadas. ¿Retroceder o cruzarse a la otra vereda? ¡Era tarde! Las dos adolescentes que montaban la guardia en el umbral de la puerta le habían atornillado ya dos pares de ojos malignos, adivinaban su vacilación y le sonreían aviesamente.

«Mirarlas con expresión terrible: bajarán las cabezas. O mirarlas con aire procaz: desviarán los ojos y sonreirán llenas de un tácito consentimiento. El peligro está en las ninfas ocultas.»

Adán Buenosayres avanzó en tren decidido, y próximo al zaguán clavó una mirada gorgonesca en las adolescentes, que retrocedieron. Aquella fácil victoria debió multiplicar su audacia, porque, llegado al zaguán mismo, lo exploró con ojos firmes. En una sola mirada vio entonces el racimo de mujeres retozantes y en fuego: Ladeazul, Ladeverde, Ladeblanco, recostadas a medias, apuntalándose la una con la otra, cabezas unidas, bocas pegadas a un oído atento, labios en toda la curvatura de la risa, formas audaces que desandaba un reflujo de los vestidos, caer de párpados, aletear de narices fogosas. ¡Bisbiseo, susurros! Al alejarse tuvo la impresión de que ojos mordientes lo seguían, como si las mujeres del zaguán, abandonando sus posturas, hubiesen asomado las cabezas para mirarlo. Y no se equivocaba, pues un coro de risas tremendas llegó a sus oídos.

«Se ríen de mi sombrero. Ergo: no se ríen de mí. ¡Ese cachafaz de Alcibíades!»

Pero aquel revoltijo de muchachas le había dejado una turbia exaltación.

«Lindas como demonios, ¡y fuertes! Armadas para el combate: línea de reducto, parábolas de fortaleza, curvas y ángulos de bastión. Hechas para la ofensiva y la defensiva. Y graciosas como cachorros. Dan ganas de acariciarles la grupa como a potrancas, o de molerlas a palos.»

Una exaltación oscura: deseo de triunfales violencias. Y en síntesis... Adán frunció el ceño, pues acababa de advertir la presencia de la Flor del Barrio y las evoluciones cautelosas de Juancho y Yuyito, que se acercaban a la mujer con cierta expresión divertida en sus caras infantiles.

«Esos mocosos están pensando alguna diablura», se dijo.

Vestida y pintarrajeada como de costumbre, la Flor del Barrio se mantenía de pie en el umbral de su puerta, con los ojos vueltos hacia el mismo rumbo de la calle y sin más vida exterior que la de sus ojos febriles. Así la encontraba él a toda hora y en cualquier estación, mirando eternamente hacia el mismo punto, novia en acecho acaso, terrible imagen de la espera; y así la veían los hombres de la calle, sin desentrañar su enigma, sin advertir quizá la presencia de un enigma en aquellos desbandados ojos de mujer, sin preguntarse qué amor ausente o qué viajero desconocido llegaría por aquel rumbo de la calle que la Flor del Barrio acechaba con tan dolorosa insistencia.

Yuyito y Juancho estaban ya junto a la mujer.

—Flor del Barrio, ¿no viene Luis? —le decían ahora riendo—. Flor del Barrio, ¿no viene Luis?

Y como la mujer no diera señales de vida, Yuyito se atrevió a levantarle algo de la pollera floreada.

—¡Mocosos de miércoles! —los increpó Adán—. ¡A ver si les doy un sopapo a cada uno!

Sin un asomo de alarma Yuyito lo contempló atentamente. Luego, volviéndose a su compinche, le canturreó esta pregunta:

—¿Quién se comió el Puchero?

—¡El del sombrero! —canturreó Juancho serenamente.

Uno y otro, sin más dilaciones, volaron calle arriba. Y al verlos huir no sospechó Adán que aquellas manos infantiles desatarían muy pronto el nudo fácil de la guerra. Había cruzado la calle Murillo, y ahora marchaba entre las paredes negruzcas y los carros pestilenciales de la curtiembre «La Universal». Los trabajadores del tercer equipo, tirados en el suelo, dormían pesadamente con sus gorras bajo la nuca, esperando el aullido de la sirena que no tardaría en llamarlos: Adán, que avanzaba con precaución entre los cuerpos dormidos, consideró las bocas entreabiertas, los pechos jadeantes y las manos dispersas aquí y allá como instrumentos abandonados.

«Carne penitencial. No sienten, como yo, las sutiles voces tentadoras: están demasiado rotos. Rotos y dignos: ¡una terrible dignidad! Y yo...»

Entre los durmientes, junto a un gran caballo frisón que también cabeceaba su siesta, reconoció al viejo Pipo, el borrachín ilustre, que solía desvestirse en la calle y bailar desnudo como un Sileno ante las coma-

dres espantadas y los malevos reidores. Adán se detuvo, e inclinándose sobre pipo ahuyentó una mosca que se le había pegado a la nariz. Entonces el viejo despertó, y con una sonrisa vaga se puso de pie.

—¡Buenas tardes, Pipo! —saludó Adán—. Yo lo hacía en el calabozo de la veintiuna.

—¿Por lo del sábado? —rió Pipo—. ¡Hostia! No. Me la pillo el sábado, la duermo en la comisaría y me largan el domingo.

Mientras caminaban juntos hacia el portón de la curtiembre, Adán lo estudió con simpatía. Una tranca sabática la de Pipo: su hora única de exaltación y de liberación.

—¿Siempre se la pilla en lo de don Nicola?

—*Ecco* —asintió Pipo.

—¡Su famoso vino de uva! —exclamó Adán con tono sarcástico.

—Puro campeche, ¡hostia!

El viejo se llevó una mano a la nuez huesuda y añadió:

—Pero raspa, ¿sabe?

—¡Aquel vino de Italia! —evocó Adán, observando a Pipo con el rabo del ojo.

El viejo no habló ni dio señales de recuerdo alguno. De aquel inmigrante sólo había quedado una máquina: un mecanismo fiel que se emborrachaba los sábados. En silencio llegaron a la puerta, y con un ademán de saludo el viejo se metió en la curtiembre. Adán Buenosayres, meditativo, se acercó al enorme portal de los carros: un agua verdosa y corrompida se deslizaba entre los adoquines, y Adán sintió el hedor de la curtiembre, un tufo de grasas podridas y de cueros rancios. Entonces contuvo su respiración, aceleró la marcha y recorrió así los cuarenta metros de la zona pestilencial hasta la calle Padilla.

Sentada en su banco la vieja Cloto acababa de roer una costra de pan, y con ojos benignos seguía el movimiento de las chicuelas que a su lado jugaban al Ángel y al Demonio. La que hacía de Ángel se acercó al grupo y llamó, adoptando cierta gravedad celeste:

—¡Tam, tam!

—¿Quién es? —preguntaron las niñas en coro.

—El Ángel.

—¿Qué busca?

—Una flor.

—¿Qué flor?

—La rosa.

Desprendiéndose del grupo salió la rosa bienaventurada y se fue con el Ángel, mientras la que oficiaba de Demonio aparecía y llamaba a su vez con aire tremebundo:

—¡Tam, tam!

—¿Quién es?

—¡El Diablo!

—¿Qué busca?

—Una flor.

—¿Qué flor?

—El clavel.

Salió el entristecido clavel, y se lo llevó el Diablo, entre la risa de todas aquellas flores predestinadas. Entonces regresó el Ángel:

—¡Tam tam!

—¿Quién es?

—El Ángel.

—¿Qué busca?

—Una flor...

La vieja Cloto apartó su vista del grupo, se ajustó a la nariz los anteojos de níquel, y retomando el huso y el vellón de lana que había dejado en el umbral continuó la tarea febrilmente. Sus dedos ágiles apretaban la hebra y hacían girar el huso; y mientras hilaba el macizo vellón, también iba hilando el copo de sus reflexiones; porque los grandes fríos estaban cerca, y había en la casa nueve criaturas.

—Tricotas para los que van al colegio —enumeró Cloto—, medias para los chiquitos, escarpines y gorritas para los que nacerán este invierno. Sí, las pobres madres andan ya con las barrigas hasta la boca.

Todo ese trabajo se preparaba en los dedos y en la imaginación de Cloto. Era su manera de corresponder a la caridad de aquellas buenas almas que la recogieron en su desamparo, que le costeaban el alquiler de su cuartito y no permitían que le faltase ni el pan de Dios ni la taza de caldo.

Sin descuidar su obra la vieja Cloto miró al pegador de carteles que fijaba en la esquina un anuncio lleno de letras coloradas.

«¡Otra conferencia!», se dijo, y una sonrisa tolerante dilató sus labios, en los que aún brillaban algunas miguitas de pan.

Porque la vieja Cloto solía, durante la noche, acercarse a esos grupos que rodeaban en las esquinas a un orador enardecido. Aquellos tribunos de palabra dura y ademanes fanáticos rugían contra todo y contra todos: contra el orden y el desorden, contra la justicia y la injusticia, contra la paz y contra la guerra. Y Cloto los escuchaba sonriente:

—¡Santa *Madonna*! ¿Por qué gritan estos locos? ¿De qué se asustan? ¿No comprenden todavía que este mundo es un bochinche desde que Adán y Eva le hicieron a Dios aquella porquería en el Paraíso?

Regresaba luego a su cuartito, encendía su lámpara de querosén, y puesta de codos en su mesa temblequeante hojeaba la Biblia de letras gordas y papel amarillento que había traído de Italia y salvado heroicamente de todos los desastres, junto con aquella estampa de Nuestra Señora de Loreto que presidía su cabecera y aún conservaba su marco aldeano de latón. Con la mirada turbia y a favor del silencio nocturno, Cloto leía en el Viejo Testamento la paciencia de Dios y la locura de los hombres: historias de amor y odio, virtudes admirables y vicios tremendos, alegrías patriarcales y llantos de miseria, terremotos y diluvios, pestes y masacres desfilaban ante sus ojos, como las figuras cinematográficas que había visto cierta vez en el «Rívoli» de la calle Triunvirato gracias a una invitación de doña Carmen, la española del fondo. Pensando en esas cosas la vieja cerraba lentamente aquel libro temible, y se decía que sin duda el mundo siempre había sido un batifondo, y que lo seguiría siendo hasta el Juicio Final, aunque se desgañitasen los oradores de las esquinas. Por otra parte (y su convicción era cada vez más profunda), la vida se deslizaba como un sueño y se resolvía en un desfile de imágenes tan poco duraderas, que no sabía uno si reír o llorar. Entonces Cloto recapitulaba la suya: su niñez dura y alegre, ¡oh, sí!, en el terruño del Piemonte; su casamiento en la iglesia montañosa. Y de pronto aquel extraño viaje marítimo: un tirón brutal que los arrancaba de la tierra y los había dejado a todos con las raíces en el viento (¡Santa *Madonna*!. ¿Por qué y para qué?) Su desembarco en Buenos Aires y sus cuarenta y cinco años de fajina con aquellos hijos rebeldes (¡malas cabezas, los pobres!), ella lavando ropa de sol a sol, su viejo encanecido en los andamios. Después la muerte o la dispersión de todos: carnes y gestos que uno amaba, que dolían y que se le escaparon de entre los dedos, así, tan fácilmente como un puñado de arena. ¡Sí, todo como un sueño! La vieja Cloto ya no tenía lágrimas que llorar, y su escepticismo frente a lo mudable de las cosas le inspiraba un gesto reservado que no era

indiferencia sino recelo y acaso sabiduría. Pero alguna visión alcanzaba ella de lo inmutable, y era cuando, al finalizar la misa de alba, se acercaba lentamente al comulgatorio de San Bernardo: le parecía entonces que no bien el oficiante levantaba la hostia blanca se desvanecía en torno suyo toda penuria y contradicción, y que algo eterno andaba por allí, algo que había sido, era y sería siempre igual a sí mismo.

Una gritería ensordecedora la distrajo de sus pensamientos. Cloto alzó la vista, y al dar en el origen de aquella batahola se puso de pie, huso en mano.

—¡Crápulas! —gruñó—. ¡Bandidos!

Sucedía que, terminada su cosecha de flores, el Demonio y el Ángel, cada uno al frente de su legión, habían iniciado la batalla que da fin al juego. Pero, ¡ay!, dos auténticos demonios, Yuyito y Juancho, acababan de mezclarse al rebaño inocente y distribuían pellizcones que daba gusto.

—¡Fuera, fuera! —les gritó Cloto, avanzando hacia ellos y amenazándolos con el huso esgrimido a manera de lanza.

Los dos granujas se le plantaron frente a frente, y sin afectación alguna le soltaron dos pedos bucales de gran sonoridad. Luego siguieron su camino, ¡y nadie sospechaba que aquellas manos infantiles desatarían muy pronto el nudo fácil de la guerra! Cloto volvió a sentarse junto a las chicuelas, que ya tramaban otro juego, y antes de reanudar el trabajo miró distraídamente hacia su derecha.

—¡Ah, ese joven! —murmuró, sin quitar sus ojos del caminante que le sonreía ya bajo un sombrero aludo.

Más lo miraba ella y más le parecía ver en aquel mozo el vivo retrato de Juan: el mismo semblante y la misma estatura; sólo le faltaban el pantalón de bombilla, los tacones altos, la chaqueta corta, el pañuelo de seda y el chamberguito que Juan usaba en 1900, año de su muerte. ¡Y no era cierto que Juan fuese un compadrito, según dijeron las malas lenguas! Si recibió aquella puñalada fue por separar a los otros dos que habían sacado a relucir los cuchillos, estaba segura; porque Juan era el mejor de todos, y nunca le había oído una palabra más fuerte que la otra. La vieja Cloto ya no tenía lágrimas que llorar, pero al recordarlo se le humedecieron los ojos, mientras se esforzaba por sonreír al caminante que ya le sonreía de cerca.

Adán Buenosayres calculó el tiempo de su sonrisa. Él mismo le había dado a la vieja el nombre de una Parca, en atención al huso que Cloto exhibía siempre y con el cual hilaba sin descanso y de una manera tan solemne, que Adán se preguntó más de una vez si la vieja no estaría hilando el destino de la calle y el de sus hombres.

«Tal vez el mío propio», se dijo supersticiosamente.

La sonrisa que le dedicaba él a Cloto siempre que la veía era, pues, casi un acto litúrgico: la vieja se la exigía con la visible ansiedad de sus ojos, y Adán cuidaba de que no le faltase, temeroso de que su sonrisa fuera el único alimento de la Parca.

—Una, dos, tres. ¡Ahora!

Y sonrió entonces con tanta exactitud que al pasar delante de Cloto le fue dado ver una cara beatífica en cuyo mentón arrugado brillaban algunas miguitas de pan. La ronda de las chicuelas giraba y giraba:

Entre San Pedro y San Juan
hicieron un barco nuevo...

—Movimiento circular. Movimiento del ángel, del astro y del alma. Los chicos entienden el movimiento puro.

Adán se detuvo frente al corralón del vasco Arizmendi para respirar el suave olor de las vacas y dar un vistazo a las palomas que dormían al sol con sus buches hinchados. Aquello era la paz.

¡Y no sospechaba que manos infantiles desatarían muy pronto el nudo fácil de la guerra!

—Si no es el Mesías, ¿quién es? —preguntó Jabil en tono belicoso.

Abdalla miró pensativamente la copita de anís que se calentaba en su mano de fuertes nervaduras.

—También es un profeta —contestó—. El último, antes de que llegara Mahoma, verdadero profeta de Alá.

—¡Eso dicen ustedes! —refutó Jabil—. Pero nuestros libros sagrados...

—También el Corán es un libro sagrado —replicó Abdalla con benevolencia.

Silencioso y triste Abraham Abrameto, propietario de «La Flor de Esmirna», los escuchaba como quien oye caer una garúa. Los tres hombres ocupaban una mesa del «Café Izmir», y la discusión mantenida en lenguaje sirio se mezclaba con otras voces de timbre igual en aquel recinto sobresaturado de anises y tabacos fuertes. Junto a la vidriera un músico abstraído hería, como en sueños, el cordaje de una cítara negra con incrustaciones de nácar. Al fondo, las levantadas puntas de un cortinado permitían entrever un interior brumoso en cuyo centro, y sobre un tapiz amarillo, se alzaba un alto narguile del cual salían cuatro tubos que sin duda llegaban a otros tantos fumadores invisibles.

—Según nuestros profetas —osó decir Abraham—, el Mesías ha de ser un rey como David y Salomón, y no el hijo de un carpintero. Nuestra Ley...

Pero Jabil, el cristiano, lo detuvo en seco.

—¡Israelitas! —gruñó—. Han traicionado su Ley: no tienen más ley que la ganancia.

—Yo cierro el sábado —protestó Abraham dulcemente.

—¡Crucificaron a su Mesías! —añadió Jabil—. Esperaban a un rey de la tierra, lo están esperando todavía. Quieren el reino de este mundo.

—Yo cierro el sábado —volvió a decir Abraham—. Yo santifico el sábado.

Tras apurar su copa de anís Abdalla se disponía nuevamente a defender el esplendor de la Media Luna, cuando un son de guerra y una batahola de muchedumbres agitadas llegaron desde la calle hasta el «Café Izmir». El citarista quedó inmóvil, cesaron de pronto los murmullos asiáticos, y un silencio expectante reinó en la sala. Pero el tumulto creció afuera. Y entonces los parroquianos se pusieron de pie.

Deseoso de ilustrar su disertación con el objeto mismo que la inspiraba, don Jaime, peluquero andaluz, abandonó a su bien enjabonado cliente y desapareció en la trastienda. El Carrero del Altillo, que despatarrado en otro sillón entregaba sus crines a la tijera de un oficial taciturno, siguió con mirada oblicua el mutis de don Jaime, se revolvió en su asiento como un león atado e hizo bailar en la punta de su pie la alpargata que tenía enchancletada.

—¡Qué tanto cacareo! —rezongó entre dientes.

Habiéndole afinado ya las patillas, el oficial taciturno le preguntó en un suspiro:

—¿Y atrás?

—Cuadrado —gruñó el Carrero—. Punta redonda.

Mientras el andaluz desaparecía y el jabón se le aglutinaba en el cogote, Adán Buenosayres consideró por el espejo los detalles de la escena. La peluquería era una sala común, de paredes grasientas y techo cagado de moscas: dos sillones frente a un largo espejo enceguecido, cuatro sillas de Viena y una mesita con viejos números de *El Hogar, El Gráfico* y *Mundo Argentino,* constituían la magra instalación de don Jai-

me, sin contar los dos cromos que, fijos en el muro de la izquierda, exaltaban la dolorosa muerte de «Carmen» y el brindis alegre de «Cavalleria Rusticana».

Pero don Jaime no tardó en reaparecer, trayendo entre sus manos una gran paloma blanca.

—Mire uté —le dijo, presentándosela con orgullo.

—¡Podría metérsela en el upite! —refunfuñó para sí el Carrero.

—¡Soberbio animalito! —comentó Adán.

—Y ahoa mire uté —añadió el andaluz metiendo entre sus labios el pico del ave.

Esponjada toda ella de voluptuosidad, la paloma dilató un buche magnífico, ante el asombro de Adán Buenosayres, la indiferencia del oficial taciturno y el gesto avinagrado del Carrero que se moría de bronca. Pero don Jaime, leyendo quizás una admiración excesiva en los ojos de su cliente, se fue de nuevo a la trastienda y regresó sin la paloma. Entonces, a brochazo limpio renovó una efervescencia de espumas en la mejilla de Adán; y asentando luego la navaja, lo afeitó a grandes trazos. Mientras lo hacía, no dejaba de hablar a troche y moche, comiéndose todas las consonantes posibles y lanzando sobre su cliente una lluvia de saliva pulverizada: que si las *paomas* buchonas por acá, que si las *paomas* ladronas por allá; que si su *paomar* del fondo, que si el *paomar* del vasco Arizmendi, que si el vasco Arizmendi le había robado a él tantas *paomas,* que si él había conseguido robarle al vasco tantas otras.

El Carrero del Altillo, cuya testa cobraba formas increíbles entre las manos del oficial taciturno, se revolvió dos o tres veces como si tuviera hormigas en el traste. Primero acarició *in mente* la idea de una piña bien dada que, según sus cálculos, no dejaría de proyectar al andaluz hasta el medio de la calle. Luego sonrió, entre orgulloso y amargo, al recordar la trifulca de aquella mañana, cuando largó su cadenero entre la zorra Lacroze y la *voituré* del cajetilla. Bueno, el cajetilla tuvo que frenar de golpe, y se le quiso hacer el gallito; pero él, sujetando a los caballos de lanza, se descolgó del pescante y lo invitó a bajar. ¡Cuándo! El cajetilla le metió fierro a la *voituré y* salió echando putas.

«¡Buen mancarrón el cadenero!», reflexionó el del Altillo. Y advirtiendo que el oficial taciturno le rasuraba ya las cerdas del cogote:

—¡Ojo a la verruga! —le recordó en tono de amenaza.

Entretanto, y mientras don Jaime sacudía un nada limpio mandil, Adán Buenosayres se administraba frente al espejo una generosa biaba de gomina. En ese instante fue cuando los primeros clamores de la guerra llegaron a la peluquería. Don Jaime, Adán y el Carrero del Altillo se miraron. Y advirtiendo que afuera crecía el fragor de la muchedumbre, se lanzaron a la puerta y salieron al sol.

Lo primero que hizo Adán Buenosayres fue subirse al umbral de la falsa puerta que se abría (o mejor dicho, que no se abría) junto a la del peluquero andaluz: esa maniobra le permitió eludir el turbión de los primeros combatientes que volaban a la lucha, y estudiar, a la vez, el aspecto de lo que sería muy en breve un tumultuoso campo de batalla. El sector de la calle Gurruchaga comprendido entre las de Camargo y Triunvirato hervía ya de una multitud clamorosa que había salido y continuaba saliendo de puertas, ventanas y tragaluces: los hombres corrían a grandes trancos, excitándose los unos a los otros con el gesto y la voz; sin abandonar a sus cachorros, las mujeres trotaban pesadamente al son de sus chancletas; reían los chiquilines, buscando ya en la copa de los árboles las mejores alturas de observación; y los viejos, de pie y alborotados, cambiaban entre sí ademanes elocuentes.

Siguiendo con la vista el rumbo de aquella ola humana, no tardó en advertir que el foco de la guerra se hallaba situado más o menos en la verdulería «La Buena Fortuna». Entonces, mezclándose a los nuevos contingentes que afluían a la batalla, se dejó llevar por la ola, no sin aventurar cien conjeturas acerca de aquel maremágnum. Pero sólo frente a la verdulería comprendió toda la gravedad de los acontecimientos;

porque allí el belicoso Marte acababa de lanzar su antorcha, y con los carrillos inflados avivaba el fuego de los corazones que ardían ya como brasas en el pecho de tirios y troyanos.

Cuando Adán Buenosayres llegó a «La Buena Fortuna», el combate se iniciaba ya. Dentro de un vasto círculo de hombres y mujeres, doña Filomena, erguida en toda la majestad de su estatura, rojos los cachetes como la cresta de un gallo y sin soltar los tiradores de Yuyito que forcejeaba por evadirse de aquel rigor materno, dirigía la ferocidad de sus ojos contra un duro enemigo. Frente a ella, y pálida como el ángel de la muerte, doña Gertrudis resistía el fulgor de aquellos ojos, apretando contra su vientre la cabeza de Juancho. Puesto entre ambas campeonas el tano Luigi, propietario de «La Buena Fortuna», miraba el roto cristal de su vidriera y prorrumpía en grandiosas lamentaciones. Un cerco de rostros amenazantes limitaba la palestra; y la multitud acudía desde los cuatro puntos cardinales del Globo. Pero antes de narrar el luctuoso combate, bueno será decir el origen de aquella guerra en la que tantos héroes ilustres descendieron al Tártaro:

Sucedió que Juancho y Yuyo, tras una ya larga carrera de bandidaje, se habían detenido por fin y renunciando a la acción platicaban amigablemente sobre diversos temas sagrados y profanos. Y como una idea trae a la otra, de pronto Juancho se me pone a elogiar el equipo de Racing y su famosa línea delantera; visto lo cual Yuyito, con la frente nublada, exaltó a los once de San Lorenzo de Almagro en cuyo homenaje quemó sus mejores inciensos. Palabra va y palabra viene: cada uno abandona el elogio de sus campeones y entra en el resbaladizo terreno de las invectivas; hasta que a Juancho se le ocurre decir que los de San Lorenzo eran once pataduras, y recordar el vinillo que los de Racing les habían dado recientemente. Al oír semejante blasfemia Yuyo siente que se le hace un nudo en la garganta; pero recobra la serenidad y saca entonces a relucir los tres pepinos de feliz memoria que San Lorenzo le hizo comer a Racing en la cancha de Boca Juniors. ¡Dioses eternos! ¿Quién describirá la indignación que se apodera de Juancho al oír mencionar aquellos tres pepinos aborrecibles? Sin mas ni mas aplica su derecha en la mandíbula de Yuyo, y emprende luego una retirada tan vergonzosa como ágil. Desgraciadamente, Yuyo no es manco: su ojo infalible ha medido la ventaja que le lleva el agresor, y en la imposibilidad de alcanzarlo toma un cascote y se lo tira con tal violencia que, de acertarle, lo hubiera precipitado seguramente al Hades tenebroso. Pero Juno, la de los ojos de buey, que desde hacía tiempo alimentaba un rencor divino contra los de Racing, desvió el cascote hacia la vidriera de «La Buena Fortuna», de suerte que el cristal se hizo trizas y el taño Luigi salió a la calle poniendo el grito en el cielo.

Dejamos a doña Filomena y a doña Gertrudis erguidas la una frente a la otra, en silencio aún, pero con las lenguas listas y cortantes como navajas. Y la primera en hablar fue doña Gertrudis:

—Estas cosas pasan —anunció— desde que usted y el zaparrastroso de su hijo viven en el barrio. Y si no, ¡que lo digan los vecinos! Ese mocoso es la piel de Judas.

Doña Filomena enrojeció más todavía; pero no contestó aún, como si la cólera le anudase la lengua. Visto lo cual doña Gertrudis insistió, señalando a Yuyo con un índice agresivo:

—Desde que ese guacho se hizo dueño de la calle, nos tiene a todos con el alma en la boca. «Diabluras de chicos», me dirán. ¡No! Esto pasa del castaño oscuro. Hasta ratero es, ¡Dios me perdone! Y si no, ¡que lo digan los vecinos!

Un murmullo de aprobación le hizo coro a sus espaldas: voces con sordina, fermentos de huracán. Pero detrás de doña Filomena las caras mudas también se ensombrecían; advertido lo cual, y tras humedecerse los labios, doña Filomena contestó así:

—«Dios me perdone», ha dicho usted. ¡No sé si Dios le perdonará esa lengua de víbora! En primer lugar, mi hijo no es un guacho: tiene padre y madre.

—¿Padre? —interrogó doña Gertrudis irónicamente.

—Sí, padre. ¡Que Dios lo tenga en su Gloria! Y puedo mostrar mi libreta del Civil: no sé si usted podría otro tanto. ¿Me habla de raterías?

El sartén le dijo a la olla: «Retírate, no me tiznes.» Porque robar el carbón de las vecinas, eso es lo que sabe hacer su hijo, mientras usted hace la vista gorda y se pasa el día llevando chismes de puerta en puerta.

¡Ah, qué grito de entusiasmo lanzó la tribu de doña Filomena al oír una réplica tan ordenada y tan folklórica! ¡Y cómo se nublaron de dolor las frentes enemigas! Entretanto la Discordia volaba sobre tirios y troyanos, ofreciéndoles una roja manzana de Río Negro; pero ni unos ni otros la veían, porque, con el alma en un hilo, aguardaban ya la respuesta de doña Gertrudis.

Temblando como una hoja (¡y no de miedo, ciertamente!), doña Gertrudis meditó en su alma sobre si, arrojándose contra su rival, le arrancaría o no las cuatro mechas locas que aún se le alborotaban en la frente. Pero Minerva, la de los ojos de lechuza, le habló un instante al oído, y tocándola con sus dedos invisibles le comunicó un resplandor que nada tenía de humano. Después de lo cual doña Gertrudis, acercándose resueltamente a su enemiga, le lanzó al rostro el calor de sus bofes.

—¿Con chismes, yo? —dijo—. ¡Bien saben los vecinos que no me aparto de mi máquina Singer ni siquiera los domingos! Pero, ¡miren quién habla! ¡Se hace la mosca muerta! Si le quedara un poco de vergüenza pensaría más en su hijo, y no andaría por ahí revolcándose con...

Doña Gertrudis vaciló aquí, pues no ignoraba la gravedad de lo que diría; y aquí doña Filomena entró a temblar de tal modo, que se habría desmayado si Juno, la de los ojos de buey, no la hubiera sostenido por las axilas. Pero volvió de su desmayo, y en medio de un silencio terrible:

—¿Revolearme con quién? —preguntó entre angustiada y rabiosa—. ¡Dígalo, si se anima!

—¡Con el Carrero del Altillo! —tronó doña Gertrudis—. ¡Todos los vecinos lo saben!

¡Cielos, y qué batahola se armó en la calle no bien resonaron tan brutales palabras! A las risas de un bando respondían los insultos del otro: apretáronse las mandíbulas y en todas las miradas relampagueó el desafío. Minerva, la de los ojos de lechuza, enardecía con sus voces a los partidarios de doña Gertrudis, y al frente de los de doña Filomena corría Juno, sueltos los cabellos y crispada la boca.

Ubicado en la primera línea del redondel, Adán Buenosayres estudió a los combatientes. Allí estaban los iberos de pobladas cejas que, desertando las obras de Ceres, conducen hoy tranvías orquestales; y los que bebieron un día las aguas del torrentoso Miño, varones duchos en el arte de argumentar; y los de la tierra vascuence, que disimulan con boinas azules la dureza natural de sus cráneos; y los andaluces matadores de toros, que abundan en guitarras y peleas; y los ligures fabriles, dados al vino y la canción; y los napolitanos eruditos en los frutos de Pomona, o los que saben empuñar escobas edilicias; y los turcos de bigote renegrido, que venden jabones, aguas de olor y peines destinados a un uso cruel; y los judíos que no aman a Belona, envueltos en sus frazadas multicolores; y los griegos hábiles en estratagemas de Mercurio; y los dálmatas de bien atornillados riñones; y los siriolibaneses, que no rehuyen las trifulcas de Teología; y los nipones tintóreos. Estaban, en fin, todos los que llegaron desde las cuatro lejanías, para que se cumpliese el alto destino de la tierra Que-de-un-puro-metal-saca-su-nombre. Y estudiando aquellas fachas inverosímiles, Adán se preguntaba cuál sería ese destino; y era grande su duda.

Entonces fue cuando Minerva, dirigiéndose a la rencorosa Juno:

—¡Gaviota, cuanto más vieja más loca! —le gritó—. ¿Hasta cuándo te complacerás en encender el odio de los mortales y en empujarlos a la funesta guerra? Dejemos que los hombres combatan sin nuestro socorro, y apartémonos a un lugar tranquilo.

Juno acepta la invitación de su hermana temible; y sentándose la una junto a la otra en el umbral de «La Buena Fortuna», siguen atentas el desarrollo del combate.

Y el primero en lanzarse a la refriega es el Carrero del Altillo. Con un gusto agrio en la boca y fermentos de ira en el hígado, acaba de oír su nombre lanzado a la irrisión y de ver escarnecido en público el alto secreto de sus amores. Clava sus ojos en doña Gertrudis y medita un instante sobre si ejercitará su mano vengadora en una mujer. Pero recuerda su fama extendida por todos los ámbitos de Villa Crespo: recuerda los tres matones abatidos por él a orillas del torrentoso Maldonado, los dos compadritos que cagaron fuego en La Paternal, los cuatro matarifes vencidos en Liniers y los ocho estudiantes que se dieron a la fuga en el Parque Rancagua. Entonces, ebrio de gloria, el Carrero echa una mirada circular, buscando a un contrincante de su misma envergadura. Y sus ojos descubren al gigantesco Abdalla que ríe aún en la primera fila.

—¡Toma! —le grita, aplicándole su infalible zurdazo en la mandíbula—. ¡Reíte ahora!

En la jeta de Abdalla, bajo sus bigotes de alambre, la risa se quiebra de súbito para dar lugar a una mueca horrible. Se mantiene de pie, un instante aún; pero cae sobre sus rodillas que resuenan con un ruido de huesos, y al fin se derrumba todo, como un buey, no sin aferrarse a un cajón de naranjas brasileras que también se viene abajo. Naranjas de oro corren por el suelo: tendido largo a largo, Abdalla se revuelve aún, levanta el polvo de la vereda con su respiración jadeante. Y los parroquianos del «Café Izmir» lloran de piedad al ver a su campeón que todavía lucha, pero ahora con el ángel de la muerte. Al fin todo concluye o todo empieza: el alma heroica de Abdalla, flotando sobre la multitud, sube al paraíso del Profeta, irrumpe ya en el gran salón de los glorificados, aspira con deleite un olor de tabacos divinos y celestiales anises; y aligerada ya de todo peso humano, se sienta entre dos huríes bien metidas en carnes.

El Carrero del Altillo pasea una mirada triunfante a su alrededor: el trompetazo de la gloria lo ha dejado como aturdido. Pero he ahí que de pronto una voz tremenda se destaca en el clamor de la muchedumbre:

—¡Así no pegando a un hombre!

Sin saber cómo ni en virtud de qué arte, el Carrero se halla en poder del vasco Arizmendi, el cual, lleno de santa furia, lo aprieta entre sus brazos de cíclope. La multitud deja oír un murmullo de asombro: se hace luego un silencio de media hora. Los dos héroes combaten, y bajo sus pies redobla la tierra: el Carrero trata de ubicar sus golpes en la cabeza del vasco, pero don Martín lo retiene contra su tórax gigantesco, y aprieta, y aprieta siempre. Ya los golpes del Carrero se debilitan y son apenas un gesto inútil en el vacío, ya se le amorata el rostro, ya un helado sudor le corre por la frente; hasta que al fin sus brazos caen perpendiculares a la tierra y en sus ojos la luz hace lugar a la sombra. Entonces el vasco lo deja caer como un bulto inerte, mas el Carrero no se da por vencido todavía: ¡he ahí que reúne sus fuerzas, el esqueleto le cruje, se levanta dolorosamente y aventura un paso retador hacia su enemigo! Pero es en vano ya, y vuelve a derrumbarse para siempre. Al son de roncos bandoneones el alma del Carrero se precipita en los infiernos: restregando en sus ojos lagañas de ira, entra en los recintos infernales, ve sombras que se menean a su alrededor y aún quiere agarrarse a piñas con trasgos y demonios.

Pero el vasco Arizmendi no saldrá incólume de la batalla. Deseosos de vengar al Carrero, tres jayanes se le han ido al humo y se le cuelgan de los hombros, el cuello y la cintura. Don Martín se revuelve como un toro acosado por una perrada, y, sacudiéndose, les hace fregar la vereda con los hocicos; pero los jayanes vuelven a la carga y le asestan golpes terribles. Tres veces ha caído el vasco sobre sus rodillas, y se ha levantado tres veces; mas a la cuarta no logra incorporarse, advierte que su fin está próximo y una congoja mortal se apodera de su alma. Viéndolo rendido, los jayanes lo abandonan al fin: entonces Arizmendi se arrastra, busca el pie de un árbol y allí se acuesta de cara al cielo y con la cabeza dirigida hacia el oriente. Dándose golpes de pecho el vasco llora sus culpas, entre las cuales recuerda sobre todo sus reiterados bautismos de la leche y las palomas que le robó al andaluz don Jaime; arranca luego tres briznas de hierba en homenaje a la Trinidad, y como prenda ofrece al cielo su boina de color azul. El arcángel San Gabriel se la recibe. Y entonces el vasco junta sus nudosas manos para siempre, en una bella y simple afirmación de la Unidad.

Apenas el alma de don Martín ha subido al cielo entre una furiosa trompetería de ángeles, la batalla se hace general y tremenda: el aire se nubla con el polvo que levantan los combatientes, y el sol mismo detiene su carro para mirar. Pero el son de un galope lejano se oye de súbito: ¡es el sargento Pérez, de la Comisaría 21ª que acude a la refriega montado en su tordillo! La lucha cesa como por arte de magia: huyen los tirios y los troyanos. Y la palestra queda sola, vacía de vivos y de muertos.

II

Con una espléndida manotada en los registros bajos Ethel Amundsen dio fin a la rapsodia: se tambaleó el piano vertical, oscilaron y cayeron los dos pastores de terracota que yacían sobre la tapa del instrumento; y el bergantín anclado entre los dos pastores cabeceó de súbito, como si acabase de soltar amarras. Aplausos calurosos resonaron en el salón, y subieron de punto cuando Ethel Amundsen, dando una media vuelta en el taburete giratorio, se puso de pie y caminó hacia el diván celeste meneando sus firmes caderas de guitarra. El señor Johansen lanzó entonces un ¡bravo! sonoro, y hasta el capitán Amundsen pareció sonreír desde su retrato al bromuro que colgaba en la pared.

—¡Una gran mujercita! —ponderó la esferoidal señora de Johansen, volviendo sus ojos crasos a la señora de Amundsen que fumaba plácidamente.

Sonriendo ya entre sus pecas amarillas, la señora de Amundsen consideró en silencio el grupo que formaban Ethel y Ruty Johansen, tendidas ambas en un extremo del diván celeste, bajo las miradas intelectuales del astrólogo Schultze y el ingeniero Valdez. En seguida corrió sus ojos hasta el centro de aquel diván de los divanes, donde las bronceadas cabezas de Haydée y Solveig Amundsen fundíanse ahora, en un íntimo secreteo, con la muy oscura de Marta Ruiz. Luego, sin deponer su mutismo ni su sonrisa, la señora de Amundsen acarició el vaso lleno que apretaba entre sus muslos.

Pero la señora de Johansen había entrado en su área sentimental.

—¡Una mujercita hecha y derecha! —insistió—. Y decir que ayer, no más... ¡Olga! Si me parece verlas todavía: Ethel y Ruty, con sus mallas infantiles, en aquellos pesados botes del club. ¡Sus flacas piernas de muchachitas!

—Envejecemos, Ana —le respondió aquí la señora de Amundsen.

Y agregó, entre humorística y tierna, volviéndose a la señora de Ruiz:

—En cuanto una se descuida, estas mocosas dan el estirón y nos dejan sin ilusiones.

Amarilla y seca entre sus ropas que la vestían como a un palo, la señora de Ruiz clavó en la de Amundsen dos ojitos ratonescos.

—¿Ilusiones? —carraspeó en tono funeral. Y se rectificó en seguida —: Sí, sí, naturalmente. —(¡Vieja loca!, rezongó en su alma. ¡Ella no ha perdido las ilusiones, y está galopando ahora su tercera juventud, después de haber hecho más que Bartolo en Francia!)

Sin embargo, la señora de Johansen no quería rendirse a tan melancólicas ideas.

—Eso no —repuso—. Nos miramos en esas niñas como en un espejo: ayer fuimos lo que son ellas ahora, nos acordamos y rejuvenecemos.

—Claro, claro —aprobó la señora de Ruiz, no sin estudiar con ojos críticos la doble papada, la ubre torrencial y los gordos perniles de la señora de Johansen. Admiró luego, a pesar suyo, la gallarda figura de Ruty: «¡Espejos! —refunfuñó para sí—. ¡A Dios gracias, no sucede al revés! ¡Pobre chica, si sus posibles candidatos la miraran en el espejo de la madre!»

Ya fuese obra de la música recién extinguida, ya del tema sentimental que acababa de insinuarse, ya de un segundo whisky doble cuyo final era inminente, sucedió que la señora de Amundsen, poniendo sus ojos en el retrato del capitán, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Miró después a sus tres hijas recostadas en el diván celeste y lloriqueó al fin:

—¡Si el capitán las viera!

—¿El capitán? ¡Un gran hombre! —afirmó la señora de Johansen en tono solemne.

—Un hombre de agallas —aprobó la señora de Ruiz—. Hundirse con su barco, ¡y podía salvarse! Hum. Eso es tener agallas. —(¡Vieja borracha! —se dijo, estudiando a la de Amundsen furtivamente—. Lo que la hace llorar es todo ese whisky malo que tiene ahora entre pecho y espalda. ¡Si el doctor Aguilera le mostrase cómo se pone el hígado con esa maldición de bebida!)

—¡La ley del mar! —explicaba la señora de Johansen en tono fatídico.

Con un pañuelo en miniatura la de Amundsen enjugó primero sus ojos y se sonó al fin las pecosas narices.

—¡Ustedes no saben! —lloriqueó aún—. ¡Quedarse viuda en la flor de la edad, con tres criaturitas y otra más en viaje! No sé qué hubiera sido de mí sin ese pobre de *mister* Chisholm.

—*¿Mister* Chisholm? ¡Un hombre bueno! —cacareó la señora de Johansen fijando en la de Ruiz una mirada polémica.

—Yo diría un hombre providencial —aseveró la de Ruiz. (Un inglés fresquísimo que no vacila en quedarse con la viuda, los chiquitines y la pensión del náufrago. ¡Y a eso le dicen «flema británica»! ¡Pobre capitán!)

Un borbotón de risa fúnebre le retozó en el cuerpo y le subió a la garganta. Pero la señora de Ruiz lo sofocó al punto, recordando que también la risa era una excitación y que el doctor Aguilera le había prohibido las excitaciones. Luego arrellanó su osamenta en la poltrona y miró en torno suyo, afilada como la calumnia, ponzoñosa como la envidia.

Insular en cuerpo y alma, lejos de la tertulia, *mister* Chisholm se dedicaba solitariamente a renovar el empapelado del vestíbulo: a horcajadas en una escalerita de tijera, logrado ya el revestimiento de la pared frontal, *mister* Chisholm, con su pipa en la diestra y su vaso en la siniestra, escuchaba el rumoreo del salón como quien oye canturrear la lluvia. Y sus ojos grises, como alucinados, recorrían los dibujos del flamante papel, en el cual era dado admirar un torbellino de pájaros verdes que tendían sus alas en un cielo de sangre. Voces agresivas resonaron de pronto en el salón y lo hicieron volver de su ensimismamiento.

«Los *naturales* discuten —se dijo *mister* Chisholm—. Sólo saben gritar y discutir. Sus problemas, como ellos dicen. ¡Fantasías! Tienen la sensación de su libertad, pero, en el fondo, ¿quién maneja los hilos? *Rule, Britania!»*

Y agregó *in mente*:

«Sólo Inglaterra sabe colonizar. Un estilo propio. Que los *naturales* edifiquen sus castillos de humo: Britania maneja los grandes resortes, y el Imperio está firme. *All right!* Sí, pero...»

Aquí *mister* Chisholm se sobresaltó, aunque sólo en la medida escasa en que un británico debe sobresaltarse:

—¿Y los primos del Oeste?

Dos o tres arrugas de inquietud surcaron la frente de *mister* Chisholm, dos o tres arruguitas que se desvanecieron al punto.

«¡Bah! —reflexionó—. ¡Yanquilandia! No tienen estilo: muestran en seguida la punta de la oreja. ¡Qué bárbaros! Lo estropean todo, como estropearon el idioma inglés.»

Ya tranquilo, *mister* Chisholm descendió los peldaños de la escalerita; y despidiéndose de su whisky doble con un beso agotador, se puso a revolver el engrudo, sin abandonar su pipa que humeaba otra vez llena de tabaco y optimismo.

¿Quiénes habían malogrado con su alboroto las imperiales abstracciones de *mister* Chisholm? En un ángulo del salón, a derecha y foro de los lectores, acababa de estallar una polémica singular entre Samuel

Tesler, metafísico, y Lucio Negri, laureado en medicina. Dueño y señor de una butaca, Samuel Tesler se debatía en el mismo vértice del rincón, teniendo a su izquierda la efigie melancólica de Adán Buenosayres, un trovador sentado, y a su derecha la estatuaria figura de Lucio Negri, el cual, de pie y ubicado con amorosa estrategia, ofrecía en aquel instante a las muchachas del diván celeste una versión escogida de su perfil, no sin vigilar al filósofo que tan despiadadamente lo atacaba. Cerca de Adán Buenosayres, gordo, rosado y pulcro, el señor Johansen asistía gravemente a la contienda: sus ojitos mansos iban de un contrincante al otro, según se replicaban; y el señor Johansen parecía dudar a fondo, como si pesase las razones de ambos en alguna tramposa balanza.

—¿Y a qué me sale ahora con el Génesis? —protestó Lucio, mirando de reojo a las muchachas—. ¡O me dirá que las fabulitas del Génesis encierran algún conocimiento científico?

Samuel Tesler sonrió con piadosa indulgencia.

—Según mi abuelo Maimónides —le respondió—, el Génesis es un tratado de física. Naturalmente, mi abuelo Maimónides, que también era matasanos, conocía el idioma de los símbolos.

—Hegel rechaza las Escrituras por inverosímiles —retrucó Lucio.

Aquí el filósofo villacrespense tuvo un sobresalto, como si le acabasen de romper el oído con un toque de trompeta germánica.

—¿Hegel? —exclamó—. ¡Un pavo engreído! Rechaza todo aquello que no cabe holgadamente en su cráneo de profesor alemán. ¡Un cráneo inhabitable para la metafísica!

—¡Es claro —le dijo Lucio—, usted sabe más que Hegel!

—¡Mucho más! —le aseguró el filósofo, envolviéndose todo él en su dignidad como en una túnica.

Sin perder la calma Lucio Negri se dirigió a la melancólica efigie de Adán Buenosayres.

—¡Una violeta! —exclamó, señalando a Tesler y cambiando una sonrisa con Solveig Amundsen que lo miraba desde lejos.

Adán Buenosayres no perdió aquel intercambio de una mirada por una sonrisa. Hubiera querido permanecer ajeno a la inútil discusión y entregarse a la melancolía de su pensamiento, sobre todo en aquella hora en que le tocaba medir un nuevo desengaño de amor. Observó, empero, que Lucio Negri lo miraba, como invitándolo a intervenir en el debate: «No desentonar», se advirtió a sí mismo.

—Hay en Villa Crespo —refirió desganadamente— una vieja italiana que yo he bautizado con el nombre de Cloto. La encuentro a veces, en la iglesia de San Bernardo, arrodillada frente al altar mayor; y al verla, me pregunto si Cloto no sabe más que todas las filosofías juntas.

—No lo dudes —afirmó Tesler—. Sabe más.

El señor Johansen, que todo lo pesaba, dio aquí señales de algún descontento.

—Me parece una barbaridad —insinuó tímidamente—. Aunque yo nada sé de filosofía.

—Y si no sabe, ¿por qué mete la cuchara? —lo reprendió Samuel con acritud.

El señor Johansen enrojeció hasta la raíz del pelo, aunque, a decir verdad, no conservaba mucho; el señor Johansen recordó su naturaleza de hombre libre y su derecho a opinar; el señor Johansen carraspeó dos o tres veces, ansioso de una reivindicación inmediata. Pero los ojos de Samuel Tesler seguían clavados en los suyos y lo hipnotizaban, como si fuesen los de un basilisco.

—Una barbaridad —aprobó entonces Lucio Negri—. ¿Por qué una vieja de rodillas ha de saber más que un filósofo sentado?

—¡Eso digo yo! ¿Por qué? —refunfuñó el señor Johansen hambriento de reivindicaciones.

Por segunda vez Adán sintió el peso inútil de aquella discusión.

—La verdad es infinita —dijo—. Y me parece que hay dos maneras de abordarla: una es la del vidente que, al reconocer la impotencia de su finitud ante lo infinito, pide ser asimilado a lo infinito por la virtud del Otro y la muerte de sí —¡mi Cuaderno de Tapas Azules!—; y otra es la del ciego que trata de abarcar lo infinito con su propia finitud, lo cual es matemáticamente imposible.

Lucio Negri cambió una mirada significativa con el señor Johansen.

—¡Bah! —rezongó—. ¿Quién digiere ahora ese cóctel de finitos e infinitos?

—La verdad es difícil —repuso Adán con desgano.

—Al parecer, no es tan difícil —objetó Lucio—. ¡Una verdad que aterriza generosamente en el cráneo de una vieja, por el solo hecho de que la vieja está papando moscas frente a una imagen de palo!

El señor Johansen, un hombre ofendido en su derecho, sintió en este punto que cierta ola de hilaridad lo calaba todo.

—¡Una vieja papando moscas! —chilló él, atorándose de risa—. ¡Oh, oh!

Ansioso de comprobar si aquel éxito suyo había sido registrado en el diván celeste, Lucio miró hacia el grupo de las muchachas.

—¡Papando moscas! ¡Oh, oh! —reía el señor Johansen totalmente reivindicado.

Samuel Tesler lo analizó con estudiosa curiosidad.

—Aristóteles enseña que la risa es algo propio del hombre —le dijo—. Usted se ríe; luego, es un hombre. Hizo bien en reír, pues de otro modo no nos hubiéramos dado cuenta.

—¿Qué me quiere decir con eso? —le preguntó el señor Johansen encocorado.

El filósofo miró tristemente a su compinche Adán Buenosayres.

—¡Inútil! —suspiró—. Este señor es un paquidermo. El aguijón de la ironía se mella en su piel coriácea.

Pero Lucio Negri, reconfortado ya con otra sonrisa de Solveig Amundsen, regresaba impetuosamente al combate.

—Ustedes me hablarán de conocimientos místicos, visiones o iluminaciones —admitió con absoluta buena fe—. Pero se ha demostrado ya que todo eso entra en el dominio de la patología nerviosa, o tal vez en el de la secreción interna.

Con una vibrante, irresistible, asombrosa carcajada Samuel Tesler festejó el advenimiento de aquel período: el señor Johansen quedó aterrado, Lucio Negri palideció ante los veintiséis ojos de la tertulia que a él se volvieron de repente; y hasta *mistar* Chisholm, sobre la escalerita de tijera, frunció un instante su entrecejo, con el pincel detenido en el aire.

—¡La risa no es un argumento! —protestó Lucio Negri—. Sólo un espíritu retrógrado puede negar en estos días el misterio de la secreción interna.

Como arrebatado en éxtasis, el filósofo cayó a los pies de Lucio.

—¡Secreción interna! —le suplicó de rodillas— *Ora pro nobis!*

No sabiendo qué hacer ahora de aquel temible payaso, Lucio Negri abarcó la tertulia en una ojeada circular: desde su rincón las señoras de Amundsen, Ruiz y Johansen lo miraban perplejas; risas y cuchicheos ahogados estallaban ya en el diván celeste; adorable como nunca, Solveig Amundsen le rendía sus ojos entristecidos. Viendo lo cual, y echándolo todo a broma, Lucio Negri levantó por las axilas al filósofo arrodillado a sus pies.

—Ríase —le dijo—. Pero créame que una variación en la glándula hipófisis de Jesucristo hubiera cambiado totalmente la historia del mundo.

No dando crédito a sus oídos, el filósofo villacrespense lo miró un instante con expresión atónita; luego solicitó con la mirada el testimonio de Adán Buenosayres. Por último dejó caer su rostro en el pecho del señor Johansen, y rió allí, larga y silenciosamente: rió sobre la camisa del señor Johansen, que no lograba salir de su asombro. Después, abandonando aquel pecho que ya se le resistía, Samuel clavó en Lucio Negri dos ojos irritados.

—La ciencia moderna parece obedecer a un plan diabólico —rezongó—. Primero se dirige al Homo Sapiens y le dice: «Mi pobre viejo, es mentira que Jehová te haya creado a su imagen y semejanza. ¿Quién es Jehová? ¡El Cuco! Lo inventaron los curas en la Edad Media, para que te asustases un poco y no anduvieses por los cabarets de milonga corrida. En cuanto a la inmortalidad de tu alma, es un cuento chino. ¡Pedazo de alcornoque, ¿de adonde vas a sacar un alma?!»

—¡El alma! —lo interrumpió Lucio—. ¡Por favor! La he buscado con el bisturí, en la sala de disecciones.

—¿Y la encontró?

—¡No me haga reír!

—Es claro —le explicó Samuel Tesler—, el alma no es un tumor de hígado.

Y prosiguió así:

—No bien hubo desengañado al Homo Sapiens acerca de su origen divino, la ciencia moderna se vio en la necesidad de buscarle un sustituto. «Mi pobre viejo —le anunció—, debes considerarte un animal: un animal evolucionado, lo admito, pero animal de pies a cabeza. Tu verdadero Adán es el primer gorila que, a fuerza de gimnasia sueca, logró caminar en dos pies y le hizo ascos a la banana cruda. Esto sucedió en la era preglacial, unos mil siglos antes de que inventaras el *water closet.»*

—¡Payaso! —rezongó Lucio entre dientes.

—¡Chist! —protestó el señor Johansen, desviando sus ojos inquietos hacia el diván de las muchachas.

El filósofo depositó en ellos una mirada llena de ternura científica.

—Ahora bien —les preguntó, a manera de corolario—. ¿Qué hizo el Homo Sapiens, no bien la ciencia le reveló su origen?

Lucio Negri y el señor Johansen guardaron silencio.

—¿No lo adivinan? —insistió el filósofo—. Pues bien, el Homo Sapiens, al reflexionar en su antepasado el gorila, oyó la voz de la sangre y empezó a hacerse la del mono.

—¡Chist! —volvió a protestar el señor Johansen—. ¡Las niñas!

—Con todo —añadió Samuel—, una infinidad de cosas raras persistían en el Homo Sapiens: la iluminación de los místicos, el don de los profetas, un conjunto de hechos libres que no se dejaban operar en el sanatorio. Entonces la ciencia dio su golpe maestro: al enigma de la Trinidad opuso el enigma de la glándula tiroides.

Aquí Lucio Negri perdió los estribos.

—¡Permítame! —le gritó a Samuel, ajustándose los anteojos a la nariz polémica.

No le fue dado continuar, porque Samuel Tesler, dejándose caer en su butaca, ya se había entregado a una risa meditabunda, y riendo meditaba o meditando reía, sacudiendo a izquierda y a derecha su frente vasta como un paisaje.

—Mi adorado tormento ríe —cascabeleó Haydée Amundsen, juntando el mediodía de sus rizos a la profunda noche de los de Marta Ruiz.

Con un gesto de pájaro las dos muchachas volvieron sus rostros unánimes hacia el ángulo metafísico del salón.

—¡Un feo judío! —sentenció Marta Ruiz, estudiando aún la despampanante catadura del filósofo.

Haydée Amundsen dejó escapar un hilito de risa, nada más que una hebra sonora entre sus labios de azúcar.

—¡No le parece a él! —exclamó—. Aunque te resulte increíble, mi adorado tormento se cree una mezcla de Rudolph Valentino, Santos Vega y el Rey Salomón, ese que tenía doscientas mujeres.

—¿Él? —gorjeó Marta Ruiz, fluctuando entre la duda, el asombro y la hilaridad.

—Ni más ni menos.

Un golpe de risa conmovió sus tallos primaverales: la una sobre la otra se balancearon como dos azucenas que sacude un mismo viento; se tocaron sus frentes y se mezclaron sus respiraciones olorosas de té y de vainilla.

—¡Con esa nariz de cambalachero! —rió Marta, volviéndose a la pequeña Solveig Amundsen que callaba y sonreía.

Tres diferentes amores reunidos en un solo haz, o tres notas de un mismo canto, así se juntaban y se distinguían ellas en el diván celeste. Marta Ruiz entornó sus párpados, como si tratase de ocultar el ardor secreto en que se consumía y que la traicionaba por los ojos, ¡oh, llanto! Su palidez maravillosa sugería no sé yo qué frialdad serena de agua bajo la luna; pero, ¡cuidado!, ¡atención con tanta nieve!; porque detrás de aquella máscara glacial ardía un fuego vivo. Sí, Marta Ruiz era como la brasa que se disimula bajo su propia ceniza. ¡Cuan diferente resultaba en la comparación Haydée Amundsen! Su pelo de cobre, su frente de oricalco, sus ojos de turquesa, sus labios de granate, su dentadura de ágata, sus manos de latón, sus pechos de marfil, su torso de alabastro, su vientre de mercurio, sus piernas de ónice, todo anunciaba que la madre Natura se había complacido en reunir sus más caras joyas dentro de aquel estuche abierto que se llamaba Haydée Amundsen. De modo tal que, al verla sobrecargada de tesoros, el espectador más indiferente habría sentido la tentación de hundir sus manos hasta el codo en aquella vistosa joyería, si un no sé qué de puro, jovial e inocente que la resguardaba como un broquel no hubiese cohibido al espectador y tironeado riendas a su codicia innoble de filibustero. ¿Y qué decir ahora de Solveig Amundsen? Todo y nada. Solveig Amundsen era la materia prima de toda construcción ideal, o el barro con que se amasan los ensueños, y era todavía indescriptible, como un agua que no ha tomado aún ninguna forma ni se ha vestido de ningún color. Silenciosa y prieta de misterio, Solveig enrollaba y desenrollaba un Cuaderno de Tapas Azules.

Así se distinguían y se juntaban ellas en un extremo del diván celeste. Y agotado el filón de sus risas, la primera en hablar fue Marta Ruiz.

—Observo —dijo, volviéndose a Solveig— que tu Adán Buenosayres ha vuelto a la tertulia.

—¡El poeta fugitivo! —asintió Haydée Amundsen—. Desde aquel jueves famoso es la primera vez que lo vemos por aquí.

—Tiene un aire bastante fúnebre —añadió Marta—. Otro bicho raro. Como ese fantasma de Schultze hipnotizador.

—El Manicomio de los Amundsen está en pleno —afirmó Haydée, paseando sobre la tertulia una mirada benévola.

Pero Marta Ruiz había quedado pensativa. Ciertamente, no eran aquellos hombres de cabeza torturada los que podían llenar el destino de una mujer. ¿Intelectuales? ¡Bah! Criaturas débiles, hombres congelados. Y Marta Ruiz era una brasa entre cenizas.

—¡Un hombre verdadero! —suspiró ella, con el aire abstracto de quien invoca una utopía—. ¡Todo un hombre, de músculos fuertes, y bien plantado en la realidad!

—¿El hombre de las cavernas? —le preguntó Haydée.

—¡No es eso! —protestó Marta.

Y no lo era, ciertamente. Diógenes femenino, Marta Ruiz buscaba todo un hombre, sin otra linterna que la de sus ojos traicioneros.

—Hablo de un hombre que tuviese la delicadeza de un *gentleman y* la energía de un luchador. ¡Un hombre de instintos! Algo así como John Taylor en *El infierno de la selva.*

—¿John Taylor? —exclamó Haydée sin ocultar su desprecio—.

Un bruto! Sólo hace papeles de bruto con mujercitas que andan buscando el rebenque. John Taylor!

—¡Es un carácter! —dijo Marta.

—¿Cómo? —le replicó Haydée—. ¿Soportarías la violencia de un bárbaro semejante?

—Soportarla, no: hacerle frente, sí —distinguió Marta, fuego entre cenizas.

Y claro está que Marta Ruiz le haría frente, aunque la moliera él a palos o la arrastrase del cabello por un *living-room* suntuoso hasta la locura. Porque Marta Ruiz tenía un alma de pararrayos y una vocación de rompeolas, y ansiaba entregarse al imperio de las fuerzas libres, aunque no sin lucha, entiéndase bien. Marta Ruiz era «todo un carácter»; pero, ¿la Historia no estaba llena de caracteres parecidos? ¡Aquel gran volumen de mitología, devorado furtivamente no hacía mucho, en la biblioteca de su Liceo! Allí desfilaban Europa, Leda, Pasifae y Egina. Por cierto que el cisne de Leda no la impresionaba tanto como el novillo de Pasifae. ¡Oh, el toro blanco, a mediodía! ¡Oh, la curiosa estratagema! Demasiado fuerte. ¡Qué abismo de atracciones oscuras! ¡Ah, no mirar al fondo! Marta Ruiz no quería mirar al fondo del abismo, pero sus narices venteaban ahora, como si buscasen la región del fuego. Y, brasa entre cenizas, abatió dos párpados encubridores sobre dos ojos que la traicionaban.

Pero Haydée Amundsen no podía concebirlo.

—Hay algo de anormal en eso —dijo pensativamente—. ¿Acaso no pueden juntarse un hombre y una mujer sin que haya guerra?

—La vida es una guerra —sentenció Marta, volviendo a entreabrir sus ojos.

A Dios gracias, Haydée Amundsen aborrecía los temas graves. Y he aquí que su tornadizo humor, girando como una veleta, la llevó a mostrar ahora un semblante lleno de travesura. Porque, aunque se la buscase linterna en mano, difícil habría sido encontrar una jaula de pájaros tan alegre como la que Haydée Amundsen tenía en lugar de cabeza.

—En cuanto a mí —advirtió—, déjenme con mi filósofo. Y nada de complicaciones.

—¡Dios de misericordia! —protestó Marta—. Esa caricatura de hombre, ¿no es peor que una guerra?

—¡Bah! —repuso Haydée—. Entre mi candidato y yo la guerra es filosóficamente imposible.

—¿Y por qué?

—Según mi candidato, yo no soy una mujer —deparó Haydée Amundsen con aire de misterio.

—Entonces, ¿qué demonio eres?

—¡La Materia Prima!

No sin asombro Marta Ruiz la contempló un instante.

—Y eso, ¿con qué se come? —le preguntó.

—¡Si yo lo supiera! Soy un fantasma, la sombra de una sombra, puro humo.

—Está loco.

—Ya ves —concluyó Haydée Amundsen— que la guerra es imposible con mi candidato. A un fantasma no se le da una paliza.

Rieron la una y la otra, dejando rodar sus cabezas en los almohadones celestes: risa cantante la de Haydée, risa llorosa la de Marta. Y, entretanto, Solveig Amundsen callaba y sonreía, entregándose a las dos únicas operaciones que cuadraban a su misterio: sonreía para revelarse, callaba para esconderse. Con un pie arraigado todavía en la infancia y el otro ya tendido a los bailes de la tierra, Solveig Amundsen escuchaba el parloteo de las mayores como quien abre sus oídos a un idioma extraño aún, pero cuya significación general ya vislumbra. Y estaba ella como asombrándose de sí misma y de los prodigios que se obraban en su persona, ¡oh, encantamiento! Ayer no más una chicuela: sí, una criatura en la que nadie reparaba. Y de pronto algo hermoso y terrible había sucedido en ella: Solveig había comenzado a echar botones crecientes y duras yemas; todo su cuerpo se cubría de flores y de frutos, como si una estación maravillosa despertara debajo de sus vestidos. Y luego, ¡santo Dios!, ¿qué le ocurría? Entre miedos y asombros ella se lo había confiado a su madre; y su madre suspiró entonces, le acarició el pelo y hasta derramó algunas lagrimitas; y al fin le había dicho que llegaba su primavera, la primavera de Solveig. Y eso era todo. ¿Todo? ¡Ah, no! Solveig había empezado a descubrir que a su alrededor también el mundo se transfiguraba: ojos ayer indiferentes la seguían ahora; labios mudos ayer la exaltaban en sus elogios; rendíansele voluntades hasta entonces anónimas. Y Solveig adivinaba ya la posesión de una fuerza naciente, y vagos ensueños de dominio se abrían paso en su imaginación. La noche aquella en que la dejaron sola, ¿no se había puesto ella el vestido largo de su hermana Ethel, ese gran vestido negro con adornos de plata? ¿No había caminado ella frente al espejo, grave como una dama, y respondiendo con una leve inclinación de su rostro a las reverencias profundas que le dedicaba una invisible corte de admiradores? Y, ciertamente, Solveig no entendía ese gusto por la violencia que Marta Ruiz acababa de poner en descubierto. Lo que le complacía en Lucio era, justamente, la lisonja reverencial de sus miradas y el cobarde temblor de sus voces cuando a ella se dirigía; y cada vez que Lucio bailaba con ella, se estremecía todo y entornaba los párpados, como su perro Nerón, aquella tarde, cuando tendida ella en la piel de carnero que *mister* Chisholm trajo de la Patagonia, le había palmeado el vientre liso y cálido, a la hora de la siesta. Porque Solveig adivinaba en Lucio a un hombre tímido; y si las cosas viniesen a parar en lo que ya estaban anunciando, ella sabría dirigir su talento, despertar sus ambiciones y hacer que fuese «alguien», ¡ella, una criatura! ¿Y Adán Buenosayres? Incomprensible. ¿Por qué le había dejado a ella ese Cuaderno de Tapas Azules? No lo entendía: ella no era una «intelectual» como su hermana Ethel.

—¿Beethoven? —repuso Schultze—. Un guitarrero sordo. ¿Grieg? Un acordeón de arrabal. Han puesto vaselina en el oído humano, ¡un oído hecho para la música de las esferas!

Pero Ethel Amundsen no lo admitía, y agitó en el aire su fuerte cabeza de Palas en cuyos bucles relampagueó la luz como en un casco de guerrero. Después volvió sus ojos hacia Ruty Johansen que compartía con ella ese otro sector del diván celeste y alargaba en él su macizo cuerpo de Walkyria.

—Este loco de Schultze no tiene compostura —le dijo.

Y al par que lo gorjeaba, su mano amistosa cayó en el muslo de Schultze, ¡oh, levemente! ¿Punición o caricia?

Fuese caricia o punición, el astrólogo Schultze la recibió con ánimo especulativo: era indudable que la manifestación grosera de su individualidad acababa de resentirse agradablemente al roce de aquella mano; pero, gracias a los dioses, la manifestación sutil del astrólogo se mantenía libre de fluidos terrestres, y su cuerpo astral sin una sola rotura.

Al verificarlo así, una sonrisa incolora se dibujó en su cara de yeso:

—Música idiotizante —añadió—, música para sordos. Y si no, ¿cuántas notas caben en el pentagrama clásico? Nada más que siete. ¡Bah! En el mío entran veintiocho notas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Ruty Johansen, escandalizada.

—¿Y los instrumentos musicales? —insistió Schultze con visible asco—. ¡Hay que inventar otros! En Roma estuve a punto de concluir un piano-saxofón-batería que se anunciaba como algo bueno.

—¿Llegó a funcionar? —le preguntó Ruty.

—No.

—¿Por qué?

—Saturno y Júpiter andaban embromando arriba —gruñó el astrólogo.

Calvo y gordinflón, estudioso y tranquilo, el ingeniero Valdez tenía clavados en Schultze sus penetrantes ojos de cobra.

—Usted anda innovándolo todo —le advirtió—. Primero el idioma de los argentinos, después la etnografía nacional, ahora la música. ¡Ojo! Ya lo veo con una llave inglesa en la mano, queriendo aflojar los bulones del Sistema Solar.

—El Gran Demiurgo —le respondió Schultze— nos da el ejemplo al modificar incesantemente su obra.

Pero Ethel Amundsen volvió a castigarlo en el muslo.

—¿Sabe lo que a usted le pasa? —dijo—. Que posa de genio. El demonio de la originalidad lo atormenta día y noche.

—¿Original, yo? —repuso Schultze con el aire del más perfecto asombro.

Ruty soltó la carcajada.

—Y si no —dijo, encarándose a su vez con el astrólogo—, ¿por qué se comió la otra noche aquel ramo de hortensias en el salón de los Menéndez?

Una sonrisa triste amaneció en el semblante de Schultze.

—¡Está bueno! —refunfuñó—. Cuatro veces al día se comen ustedes todo lo que de masticable hay en el globo terráqueo. ¡Y ahora se asustan porque la otra noche me comí dos o tres hortensias!

—Olvidemos las hortensias —rió Ethel—. Pero no me diga que olfatear a un verdulero dormido es un acto normal.

—¿Olfateó a un verdulero dormido? —preguntó Ruty, abriendo tamaños ojos.

—Un verdulero del Mercado de Abasto, a las tres de la madrugada —testificó Valdez.

Lleno de modestia, Schultze inclinó la frente.

—¿Qué tiene de particular? —dijo con la mayor dulzura—. Una nariz bien ejercitada consigue interesantes olores en el cuerpo de un verdulero. La región axilar, verbigracia, huele a tierra húmeda, bolsas podridas y sudores agrios. En la zona pelviana se descubre un olor de yuyos y de corral de ovejas, mezclado con sensibles desprendimientos amoniacales.

—¡Basta, Schultze! —le ordenó Ethel Amundsen.

—Y en los pies un vaho que proviene de lentas fermentaciones...

—¡Basta! —insistió Ethel, frunciendo las narices.

—El olfato es un sentido que hoy se desprecia —concluyó Schultze. Y, sin embargo, tiene posibilidades infinitas.

Ruty Johansen, una walkyria recostada, se puso a reír en tono wagneriano, mientras Ethel Amundsen, repentinamente grave, reflexionaba no sin amargura en la decadencia intelectual de un sexo que se decía

superior y malograba en disparates, como los de Schultze, el quilogramo de cerebro que tanto lo enorgullecía. Pero, ¡atención! La mujer ya reclamaba su desquite; y no tardaría en recobrar los trescientos gramos de masa encefálica que tan deslealmente le había hecho perder el hombre desde la Edad de las Cavernas.

Entretanto el ingeniero Valdez escrutaba el semblante de Schultze con sus agudos ojos de hipnotizador.

—Me gustaría saber —le requirió al fin— si el superhombre criollo que usted ha inventado sólo tendrá cinco sentidos.

La curiosidad chispeó en los ojos de Ruty: —¿Cómo? ¿También ha inventado un superhombre?

—Un esperpento abominable —aseveró Ethel—. Un monstruo de laboratorio.

Schultze le dirigió una suave mirada de reconvención. Luego, encarándose con Valdez, le dijo:

—En primer lugar, yo no he inventado al Neocriollo: el Neocriollo será el producto natural de las fuerzas astrológicas que rigen a este país. En segundo lugar, el Neocriollo ha de tener, no los cinco sentidos que se conocen en Occidente, sino los once del Oriente.

—¡Schultze —le suplicó Ruty—, descríbanos al Neocriollo!

—No es una cosa del otro mundo. Imagínese, Ruty...

—¡Schultze, se lo prohíbo terminantemente! —le ordenó Ethel como sobre ascuas.

Pero Ruty Johansen insistía, visto lo cual el ingeniero Valdez propuso una fórmula de conciliación:

—Que nos describa solamente los once sentidos del Neocriollo. ¿Puede hacerlo, Schultze?

—Es una pavada—gruñó el astrólogo, resistiéndose—. Un teorema infantil.

—¡No le tiren de la lengua! —dijo Ethel en son de alarma.

—¡El Neocriollo! —exigía Ruty wagnerianamente.

Como si lo forzaran a exponer una bagatela, Schultze adoptó cierto aire de hombre resignado.

—Admitirán ustedes —empezó a decir— que el Neocriollo está destinado a realizar las grandes posibilidades americanas, y que deberá nacer bajo los auspicios más favorables de la astrología.

—Naturalmente —reconoció Valdez con mucha gravedad.

—¡Cae de su peso! —dijo Ruty.

—En tal caso —prosiguió Schultze— los sentidos del Neocriollo serán así, aproximadamente: su ojo derecho estará signado por el sol y su izquierdo por la luna. Quiere decir que, por el uno, estará inclinado a la visión de la luz directa, y, por el otro, a la visión de la luz reflejada. O más fácil aún: el ojo derecho lo hará santo y el izquierdo científico. Los ojos no estarán en sus órbitas ya, sino fuera de las mismas, en la punta de los nervios ópticos que se habrán alargado unos veinte centímetros y serán como las antenas de un insecto, capaces de tenderse hacia lo alto y lo bajo, hacia la derecha y la izquierda, según el objeto de la visión. Además, cada ojo, en el extremo de su antena, podrá girar sobre sí mismo, periscópicamente, y llevará un parpadodiafragma ultrasensible a las variaciones de la luz.

Ruty Johansen reía ya calladamente.

—En cuanto a sus oídos —anunció Schultze—, el derecho ha de corresponder a Saturno y el izquierdo a Júpiter: con el derecho el Neocriollo captará la música celeste, vale decir, la de los nueve orfeones angelicales; con el otro escuchará la música terrestre, que no será ni la de Grieg ni la de Beethoven. Claro está que sus orejas tendrán la forma de dos grandes embudos microfónicos, y que podrán tenderse a las seis direcciones del espacio.

Aquí Ruty dejó escapar algo de la risa que le retozaba en el cuerpo.

—¡Es el hombre de Marte! —gritó alborozada.

—Si me interrumpe —le dijo Schultze—, meto violín en bolsa y se acabó.

—Eso nunca —le suplicó Ruty—. Quiero que me presente la nariz del Neocriollo.

—Será una hermosa nariz —le advirtió el astrólogo—. Su ventana derecha responderá al signo de Marte y su izquierda al signo de Venus: quiere decir que el Neocriollo respirará el furor destructivo por un lado y el furor amante o constructivo por el otro. Imagínese una nariz enorme, de ventanas abiertas y palpitantes, libre de pelos y de mocos.

—¡Ya empezó con sus asquerosidades! —rezongó Ethel.

Pero Schultze no se dio por aludido.

—La lengua del Neocriollo —expuso gravemente— será el órgano del gusto y de la expresión a la vez, y estará dominada por Mercurio. Tendrá la forma de una cinta larga y flexible, como la de los osos hormigueros; y el Neocriollo la meterá en todas partes, ávido de sabores. Eso quiere decir que su boca será un agujero apenas, y estará desprovista de dientes, ya que el Neocriollo no se alimentará de sustancias groseras, ¡ah, no!, sino de todo lo sutil que hay en este mundo. Y ahora me faltaría describir su piel, órgano del tacto: el Neocriollo tendrá una piel de gran superficie, capaz de contener un prodigioso número de terminaciones nerviosas; y siendo, lógicamente, demasiado grande para su cuerpo, le caerá en frunces y repliegues, como la de los carneros merinos.

—¡El hermoso Brummel! —exclamó Ruty.

—Ya te lo advertí —le recordó Ethel Amundsen entre indignada y risueña—. Un monstruo abominable.

El ingeniero Valdez parecía realizar *in mente* la figura del Neocriollo.

—No tiene mucho *sex-appeal* que digamos —reconoció al fin—. Pero todo va en gustos, como decía la vieja. Por otra parte, aún falta la descripción de cinco sentidos.

—Faltan seis —le corrigió Schultze—: los cinco de la Acción y el único del Sentimiento.

—¿Cómo serán?

—¡No le den cuerda! —volvió a rogar Ethel con aire premonitorio.

—Si han de tomarlo a chacota —dijo Schultze—, será mejor que lo dejemos.

Pero Ruty mostraba ya un semblante contrito. Verificado lo cual el astrólogo habló así:

—Son órganos de la Acción la palabra, las manos, los pies, el tubo digestivo y los instrumentos de la generación. El idioma del Neocriollo será entre metafísico y poético, sin lógica ni gramática. Sus manos y sus pies tendrán una magnitud hasta hoy desconocida; y responderán a un complicado sistema de palancas de segundo y tercer grado. Ya les dije que el Neocriollo se nutrirá de perfumes, rocíos y otras quintaesencias, gracias a lo cual su tubo digestivo será de una simplicidad absoluta y no emitirá gases putrefactos ni repugnantes mierdicolas.

—¡Schultze! ¡Schultze! —lo reprendió Ethel, frunciendo su entrecejo de Palas.

—¿Qué son las mierdicolas? —preguntó Ruty atolondradamente.

—Ahora bien —concluyó Schultze implacable—, sus órganos de generación estarán signados así: los testículos por Venus y el penis por Mercurio. Describiré su forma.

Pero Ethel Amundsen, espléndida en su arrebato, se había puesto de pie.

—¡Schultze! —lo intimó—. Una palabra más y lo echo de la tertulia.

La entrada solemne de Ramona con su mesita rodante que tintineaba de botellas produjo en la sala una visible sensación de alivio; era indudable que la tertulia se moría de sed. Abandonados aquí y allá, los vasos enjutos anunciaban el rigor de una ya inquietante sequía: sólo *mister* Chisholm y Adán Buenosayres los conservaban aún, *mister* Chisholm porque había reclamado un nuevo tributo de Ramona, deteniéndola en

el vestíbulo con una circunspección verdaderamente imperial, y Adán Buenosayres porque olvidaba el suyo, tanto se distraía en el nuevo soliloquio de su alma.

¡Ven, triste amigo!
En la penumbra del invernadero,
junto a las rosas fraternales...

No sin razón había temido el instante crucial en que la Solveig celeste se mediría con la terrestre. La confrontación ya estaba hecha, y en adelante no le quedaría sino el gusto salobre de una derrota, y volver a su tremenda soledad, llevando de la mano a un fantasma poético. ¡Tejedor de humo! ¿Y hasta cuándo? Sí, un fantasma de luz engendrado por la noche que lloraba sus tinieblas; o un parto de la soledad que a sí misma se lloraba y que se construyó un pedazo de música para que le hiciese compañía. ¿Sólo eso?

Adán Buenosayres contempló a Solveig en cuyas manos el Cuaderno de Tapas Azules era una cosa muerta:

Yo, alfarero sentado en el tapiz de los días,
¿con qué barro modelé tu garganta de ídolo
y tus piernas que se tuercen como arroyos?

Eso era: su barro de alfarero. Y obra de sus pulgares toda ella, trabajada con sus manos, de pies a cabeza, de norte a sur, del este al oeste, del cénit al nadir, según las tres magnitudes de la tierra y la cuarta dimensión de la poesía. ¡Tejedor de humo! ¿Para qué? Para que no llorase la noche y le naciera un hijo a la soledad.

Mi pulgar afinó tu vientre
mas liso que la piel de los tambores nupciales,
y puso cuerdas al arco nuevo de tu sonrisa...

La obra de su retiro, amasada con silencios y músicas. ¡Anímate, poderosa estatua! ¡Que una sangre roja circule por tus venas de poético mármol! ¡Ah, no se mueve, no arde! ¡Pigmalión!

Ahora las manos de Solveig enrollaban y desenrollaban el Cuaderno de Tapas Azules.

«Dos criaturas paralelas —reflexionó Adán Buenosayres—: la de Dios en el sofá, la mía en el Cuaderno. Y tal vez amasadas con el mismo barro. Dos paralelas: no se encontrarían jamás. Y don Bruno lo había puesto de rodillas porque no supo definir las líneas paralelas. ¡Atención! ¡Atención! Algo suyo quedaba en esa criatura ideal que había edificado: eran el número, la medida y el peso de su vocación amorosa, el tamaño de su sed, la fisonomía de su esperanza. Y según don Bruno, las líneas paralelas también se juntan, bien que sólo en el Infinito. Pero, ¿qué haría de los demás? ¿Qué haría él con la Solveig celeste?

Haz que maduren los frutos
y que la lluvia deje su país de llanto,

ídolo de los alfareros...

Adán recitaba el poema en su corazón. Y la resonancia de aquellas frases respondía tanto al color de su pensamiento, que una suerte de agitación musical despertaba en su ser, anunciándole ya el instante preciso en que la materia de su dolor se convertía en materia de su arte. ¡ídolo de los alfareros! ¿A quién invocaba en esa oración? A una mujer hecha de literatura, que no podía escucharlo ni responderle desde su Cuaderno de Tapas Azules. ¿Qué haría, entonces, con la Solveig celeste? ¡Bien! Así como le había dado él un cuerpo, un alma, una existencia y un idioma, también sabría darle una muerte poética. Él mismo cargaría en sus brazos los despojos mortales de la Solveig ideal; y, a falta de tierra en que sepultada, inventaría para ella una lujosa inhumación de literatura. Y lo haría esa noche, allá, en el cuarto de sus tormentos y en una soledad tajeada de sollozos. El Cuaderno de Tapas Azules tendría segunda parte: un funeral maldito y una liturgia de fantasmas que lloran desde los ojos a los pies.

En este punto Adán observó, como tantas otras veces, que las dos señales exteriores de su exaltación amenazaban con delatarlo: una inspiración profunda que le hacía doler el pecho y un afluir de lágrimas a sus ojos. En el temor de verse descubierto, recorrió la tertulia con una rápida mirada: junto al ventanal el trío de señoras departía otra vez animadamente; en lo alto de su escalera *mister* Chisholm trataba de fijar al muro una rebelde tira de papel; Marta Ruiz y el ingeniero tenían ahora la palabra en el diván celeste; por otra parte, la discusión arreciaba de nuevo en el sector metafísico a que pertenecía, y Samuel Tesler llevaba, como de costumbre, la voz cantante. Adán se tranquilizó: era visible que nadie reparaba en él. Pero sintió al mismo tiempo la necesidad urgente de unir su voz a tantas voces, de compartir aquel mundo sonoro, de fundirse todo él con la tertulia, siquiera para olvidarse de sí mismo y hacer a un lado los nuevos clamores de su alma. ¡Una tregua! Entonces, con más desesperación que sed, apuró su whisky de un solo trago. Y al volverse para dejar el vaso en el suelo, vio junto a sí la figura enigmática de Ramona que le tendía otro vaso lleno hasta los bordes, Hebe antigua, Hebe callada, Hebe piadosa en su piadoso ministerio.

Significativo era el gesto con que la señora de Amundsen acababa de subrayar su confidencia.

—¿Duro? —le preguntó en voz baja la señora de Ruiz.

—Como una piedra. Y eso cada ocho días. Y gracias a un laxante pie-parado con aceite de ricino, belladona y beleño, que debía tomar en ayunas por la mañana.

La señora de Ruiz consideró esos detalles con la indulgencia del veterano que oye contar a un novicio su primer hecho de armas. A su vez la señora de Johansen lo escuchaba todo con visible tristeza; y recuerdos amargos debían de acudir a su memoria, pues dos arrugas atravesaban su frente y el mentón reflexivo se le hundía en la doble papada.

—Sí —declaró al fin tras un suspiro—. Algo semejante me sucedió a mí cuando tuve a Ruty.

—¿Estreñimiento? —le preguntó la señora de Amundsen.

—Debió de ser una insignificancia —intervino desdeñosamente la señora de Ruiz—. Algo «banal», como diría el doctor Aguilera.

—¿Cómo lo sabe? —le gruñó la de Johansen con una punta de resentimiento.

Entre divertida y enfurruñada, la señora de Ruiz miró a las dos viejas estúpidas que se atrevían a exponerle sus «nanas» baladíes, ¡a ella, sobre todo! «¿Cómo lo sabe?» ¡Si el haber aguantado nueve operaciones consecutivas no le daba el derecho de opinar en aquel asunto, que bajase Dios y lo dijera!

—Los muchos días de cama producen esas constipaciones —declaró al fin—. El doctor Aguilera me lo decía siempre.

—Lo cierto es que no moví el intestino durante quince días —explicó la señora de Johansen con voz lastimera.

Pero la de Ruiz frunció el ceño.

—¡Imposible! —objetó—. Nadie puede resistir una quincena sin mover el intestino.

—Quince días, ni más ni menos —insistió tercamente la señora de Johansen.

—Es raro —murmuró la de Ruiz con aire dubitativo—. Se lo consultaré al doctor Aguilera.

—¿Y qué sentías? —preguntó la de Amundsen a la de Johansen—. ¿Sudores fríos, calambres, náuseas?

—Algo así como si tuviera un montón de plomo en el vientre —sostuvo la de Johansen, estremeciéndose al solo recuerdo de aquella constipación asombrosa.

Una luz entusiasta iluminó por dentro el marchito semblante de la señora de Ruiz. ¡Dos viejas estúpidas! ¿Qué sabían ellas de náuseas y escalofríos? La señora de Ruiz evocó sus nueve operaciones como nueve jornadas de gloria: para ella tenderse largo a largo en una mesa de cirugía era ya tan intrascendente como acostarse a dormir la siesta en su canapé amarillo limón.

—Insignificancias —menospreció finalmente, sin orgullo ni modestia.

Y enfrentando a sus dos contertulias les preguntó en voz baja:

—¿Saben ustedes qué cosa es un bolo fecal?

Las de Johansen y Amundsen quedaron en suspenso.

—¿No lo saben? —insistió la de Ruiz, paladeando un comienzo de triunfo—. Son materias fecales que se depositan y endurecen en el intestino.

—¡Barbaridad! —exclamó la señora de Amundsen.

«¡Qué viejas imbéciles!», pensó la de Ruiz. Ellas no habían conocido el placer angustioso de llevar sus materias fecales en termos niquelados y sus orines en botellas de cristal, ni sospechaban el escalofrío que sentía uno cuando el doctor Aguilera, tras oler y palpar aquellos materiales innobles, los dignificaba de pronto con nombres halagadoramente científicos.

—Masajes, purgas, enemas, ¡todo es inútil! —añadió la señora de Ruiz—. El bolo no sale, y aumenta de tamaño día tras día.

—¿Será posible? —murmuró la de Johansen alarmada.

—¡Si lo sabré yo! —repuso la de Ruiz—. El doctor Aguilera me sacó uno tan grande como un huevo de avestruz.

—No lo puedo creer —le dijo la de Amundsen.

—Si lo duda, no tiene más que ir al consultorio del doctor Aguilera. Todavía lo guarda en un frasco de cristal.

Aquí fue la certeza y aquí el asombro. La señora de Johansen admiraba en silencio la endeble figura de la de Ruiz, y se le hacía difícil asociar ese cuerpo de alambre con la producción de un bolo fecal tan maravilloso. La de Amundsen, en cambio, triste de toda tristeza, meditaba en el rigor del destino que con tanta crueldad hace llover las pestes en el hombre; sí, en el hombre llamado, por otra parte, a vivir cuatro días locos en este mundo de miserias. En cuanto a la de Ruiz, digería su triunfo; y no acababa de felicitarse por la lección de modestia que había dado recién a ese par de bobaliconas: una exaltación incontenible se apoderaba de su ser al recordar las nueve gestas quirúrgicas en que había participado y de las cuales había sido el centro, ¡ella sola!, enfundada en camisones lilas, blancos y rosas, entre una falange de médicos ilustres que giraban en torno suyo como planetoides y al frente de la cual el doctor Aguilera resplandecía como un dios olímpico.

Con un rápido tirón Marta Ruiz hizo descender la pollera que se le había subido más de lo necesario, y la sujetó entre sus huesudas rodillas. Luego, volviéndose a las dos Amundsen que atentamente la escuchaban:

—Un tesoro de blusa —ponderó—, hecha totalmente a mano sobre linón de hilo. Imagínense un *jabot* a base de alforcitas de un milímetro de anchura, y festoneado con valencianas legítimas. La blusa trae un cuellito alto que cierra una corbatita del mismo género, y sus mangas tienen bocamangas que terminan en un volado con las mismas alforzas y valencianas del *jabot.* ¡Algo amoroso!

—¿Con qué vestido la llevarías? —inquirió Haydée Amundsen llena de interés.

—Estoy pensando en mi traje *tailleur*—dijo Marta, cavilosa—. Tampoco me disgustaría usar la blusa con una pollera granate.

Haydée hizo un mohín de reprobación.

—¿Granate? ¿Por qué?

—Los rojos y los blancos —respondió Marta— son los colores que sientan mejor al tipo moreno. He probado los azules y los verdes. ¡Hija, una calamidad!

Pero Haydée no estaba de acuerdo: ella detestaba los rojos, aunque su tipo rubio los afrontase con éxito; y se moría, en cambio, por un celeste desvaído, un azul de ultramar y hasta un violeta oscuro, tres colores que realzaban la blancura de su tez y la broncínea llamarada de su pelo.

—En cuanto a mí —dijo a su vez—, creo que para el otoño me quedaré con ese mongol azul que vimos el otro día en lo del turco Ibrahim.

—¿Elegiste ya el modelo? —le preguntó Marta.

—¡Hum! —respondió Haydée—. ¿Qué te parece un *deux pieces,* con una *echarpe* de seda estampada cerrando el escote?

Marta reflexionó un instante.

—No estaría mal —decidió al fin—. Pero en ese caso te aconsejaría las mangas *jambón.*

—¿Y por qué?

—Hija —le contestó Marta—, para dar más amplitud a tus hombros, que son algo estrechos.

Haydée se mordió los labios: la observación era justa.

¿Y Solveig Amundsen? Rasos y sedas, o un lamé de oro, ciñendo sus formas a la luz de grandes candelabros o de arañas que resplandecían cuando ella bajaba la escalera triunfal ante los ojos admirativos de los plenipotenciarios. Plumas de garza o de girasol en su frente broncínea: plumas que ondean en los salones al viento sutil del elogio, ¡nada más que a ese viento! Y pieles de marta o de astracán en sus hombros, junto a trineos cuyos caballos patean la nieve dura. O telas otoñales a cuadros, mientras ella va recorriendo el jardín inglés con sus dos galgos que andan oliendo las hojas amarillas, los escarabajos muertos. O tejidos estampados y pañuelos de colores, junto al mar. O si no...

Lo que Lucio Negri no podía entender era la cerrazón mental o la inteligencia obtusa o el espíritu cavernario de los que aún se obstinaban en desconocer la dirección ascendente del Progreso, realidad tan visible ya que sólo podía ocultarse a los ojos cegados por las viejas lagañas del oscurantismo. Porque, ¿cómo no gritar de admiración y reír de gozo ante las maravillas del mundo contemporáneo, tan lleno de sorpresas renovadas y tan fértil en inventos mediante los cuales el hombre, por una superación de sí mismo, dominaba ya las fuerzas oscuras de la Naturaleza y las ponía incondicionalmente a su servicio? ¿Y qué decir de la Ciencia, fruto de obreros pacientes, a la cual se iban rindiendo uno tras otro los enigmas del universo que habitamos?

Bien que silencioso, el señor Johansen aplaudía sin reservas tan convincentes alegatos. Y su corazón de padre no dejaba de señalar a ese joven médico pletórico de juicio como al hombre ideal que Ruty necesitaba con urgencia, en razón de sus veintiocho años cumplidos y de una vocación matrimonial que ya se hacía irrefrenable. ¿Por qué no? El azar de un encuentro solía producir tales milagros; y si las reuniones de sociedad no se organizaban con esos fines laudatorios... Pero, ¡atención! Ahora el judío hablaba.

Por su parte Samuel Tesler no sólo reconocía los progresos de la técnica, sino que, además, puesto él frente a ciertas invenciones de carácter mecánico (aviación, heladeras eléctricas, radiotelefonía), confesaba experimentar una erección instantánea de su atributo viril, fenómeno que, según él, no dejaba lugar a dudas acerca de su entusiasmo por el maquinismo. Pero cuando reflexionaba en que toda esa conquista se había hecho a costa de la regresión espiritual más formidable que vieran los siglos, entonces él, Samuel Tesler, confiaba la sanción a su vejiga, y se meaba torrencialmente en el progreso y en todos y cada uno de sus milagros.

Con un fervor al cual su segundo whisky no era del todo ajeno, Adán Buenosayres aprobaba las razones de Tesler y suscribía el fallo mingitorio en que remataban. Y al influjo del calor interno que iba ganándole las asaduras, un vigoroso instinto de combate despertaba en su ser.

—Lo que no se puede negar —dijo a su turno— es que la historia del hombre ha seguido y sigue la línea de una progresión...

—¡Ah, ah! ¿Lo reconoce al fin? —dijo Lucio.

—De una progresión descendente —concluyó Adán— y no ascendente como anda creyendo el modernismo.

—¿Y cómo sabe que la progresión es descendente?

—Una tradición común a todas las razas —argumentó Adán— nos describe al primer hombre como recién nacido de las manos de un Dios: obra divina, obra perfecta que se le echó a perder bastante con el andar del tiempo.

—Ese Dios es un comodín verdaderamente cómodo —exclamó Lucio, riendo—. Está en la base de toda explicación absurda.

Samuel Tesler posó en Adán sus ojos húmedos de melancolía.

—No hay nada que hacer —musitó—. Prefiere su mono darwiniano. Es otro comodín, aunque bastante más feo.

Pero Lucio ignoró al filósofo, y volvió a la carga:

—Si el hombre ha vivido una época mejor, ¿cómo es posible que no nos haya dejado un solo recuerdo?

—Todas las tradiciones recuerdan una Edad de Oro —le contestó Adán.

Lucio Negri se volvió al señor Johansen.

—¿Oyó hablar alguna vez de la Edad de Oro? —le preguntó muy serio.

—Nunca —dijo el señor Johansen—. ¿No es la de ahora?

—¡Para usted, sí! —le gruñó Samuel Tesler.

—Figúrese usted —explicó Lucio al señor Johansen— que en la Edad de Oro los hombres eran sabios de nacimiento. No necesitaban trabajar y comían gratuitamente los frutos de la tierra. Las fuentes no daban agua como ahora, sino vino tinto y blanco, *a piacere.* Corrían arroyos de leche pasteurizada y ríos de miel, etc., etc.

Francamente divertido, el señor Johansen devolvió a Lucio Negri una mirada llena de solidaridad. ¡Qué diablo de mozo! ¡Y qué marido para Ruty! Luego, posando alternativamente sus ojitos en Adán Buenosay-

res y en Samuel Tesler, se preguntó, no sin tristeza, cómo dos hombres que se las daban de sabihondos podían comulgar con semejantes ruedas de molino.

—Y algo más —añadió Lucio—. En el caso de que hubieran existido una Edad de Oro y hombres tan sublimes, ¿cómo es que no dejaron monumentos, ruinas de ciudades grandiosas, cualquier indicio, en fin, de su enorme civilización? Los arqueólogos cavan la tierra. ¿Y qué descubren? Cuchillos de sílex, puntas de flechas, arpones de hueso de pescado, vestigios de una humanidad primitiva que no gozaba, por cierto, de una existencia muy cómoda. ¡Ríos de leche! ¡No me hagan reír!

El señor Johansen vibró aquí de entusiasmo. «¡Que se chupen ésa!», dijo para sí. «¡Que contesten ahora!» Pero Samuel estaba rabiando por hablar:

—¡No me haga reír usted! —exclamó, enfrentándose agresivamente con Lucio—. Si el hombre de la Edad de Oro tenía una inteligencia sublime y no estaba sometido a necesidades groseras, debió cumplir un solo trabajo: la contemplación de la Unidad en las criaturas y de las criaturas en la Unidad. ¿Para que demonios iba él a construir monumentos, acueductos o *water closets?*

—¡Es claro! —dijo Lucio con ironía—. Despreciaba la acción.

—No la necesitaba —le corrigió el filósofo—. La acción vendría después, en etapas inferiores, hasta culminar en esta Edad de Hierro que ahora vivimos y que tiende a oponer la «acción pura» del hombre de hierro a la «contemplación pura» del hombre de oro.

Acabada la frase, el filósofo miró rápidamente a un Adán concentrado y le sopló:

—¡Que se agarren ésa!

Luego insistió, despatarrándose todo en su butaca:

—Y todavía más. Admitamos que, para satisfacer una vocación creadora, el hombre original haya erigido monumentos colosales. ¿Tiene usted alguna idea del tiempo en que pudo florecer la Edad de Oro?

Lucio Negri dibujó en el aire un vago ademán.

—Amontone siglos —refunfuñó—. Total navegamos en plena fantasía.

—Según los hindúes —lo aleccionó Tesler—, la Edad de Oro tuvo una duración de casi dos millones de años. Luego vinieron la de Plata, la de Cobre y la de Hierro. Y si pensamos que entre una edad y otra sucedieron terribles cataclismos que modificaron totalmente la fisonomía del planeta, ¡dígame si es posible que nos quedase alguna ruina para que se divirtieran los arqueólogos!

Contra su voluntad, que animosamente se resistía, el señor Johansen estaba impresionado.

—¿Cataclismos? —preguntó, estudiando a Samuel con ojos inquietos.

—La última catástrofe —le aseguró el filósofo— es el Diluvio Universal, recordado por todas las tradiciones. Moisés lo sitúa unos 2.300 años antes de Jesucristo, y casi todos los pueblos de Asia coinciden en este cálculo. El griego Apolodoro señala ese diluvio como el paso de la Edad de Cobre a la de Hierro y...

«¡Ah, si no viviese yo en esta generación de hombres, o si hubiera muerto antes o nacido después! ¡Porque ahora estamos en la Edad de Hierro!» Adán Buenosayres recitaba *in mente* la elegía del buen Hesíodo, que ya en su siglo lamentaba esta Edad de Hierro: «Los hombres estarán rotos de trabajo y miseria durante el día, y serán corrompidos a lo largo de la noche. El uno saqueará la ciudad del otro: no se hallará piedad alguna, ni justicia, ni buenas acciones, sino que habrá de respetarse al hombre violento e inicuo.» Una profecía, es claro. Al mismo tiempo Adán reflexionaba en el misterio de la tierra herida y cicatrizada muchas veces, que ora se hundía bajo el mar con su cosecha de hombres otoñales, o ya resucitaba entre las olas, desnuda y virgen otra vez, para darse con júbilo a nuevas posibilidades humanas; como si este globo no fuera sino el teatro de una comedia divina, cuyo escenario se cambiaba según lo requería el libreto. ¿Y ahora? Un final de acto, sin duda: «El cielo será retirado como un libro que se arrolla.» Desde hacía tiempo adivinaba él en sí mismo la gravitación de cuatro edades: era un cansancio que nacía más allá de su cuna y

se aliviaba con la promesa de una muerte definida como un regreso a la quietud original y al dichoso principio de los principios. Y (ahora lo captaba) era un ansia de retorno lo que gemía en el Cuaderno de Tapas Azules que Solveig atormentaba entre sus manos. Por otra parte, su anhelo nocturno se detenía suspirando en las encantadoras imágenes de aquella Edad de Oro que Samuel Tesler evocaba con más erudición que tristeza: ¡el hombre matinal, recién nacido y muriéndose ya en la contemplación de su Causa! Y las criaturas resplandecientes como las letras de un libro que hablaba con admirable transparencia! Sí, ¿por qué «no habré muerto antes o nacido después»? Y sobre todo, ¿por qué la dicha humana sólo es posible en un jardín en cuyo centro se alza el árbol de las frutas mortales? Lucio Negri se equivocaba: la Edad de Oro había dejado un monumento. No en la tierra mudable sino en el alma del hombre, *y* era la mutilada estatua de una felicidad que desde entonces queremos reconstruir en vano.

Adán Buenosayres interrumpió aquí el flujo de sus ideas. Nuevamente sentía las dos manifestaciones peligrosas: una inspiración profunda y un afluir de lágrimas a sus ojos, «No desentonar», se dijo. Y escuchó.

—¿Cómo terminará esta Edad de Hierro? — preguntaba el señor Johansen, que había seguido temerosamente aquella historia de diluvios.

El filósofo lo miró con aire paternal.

—No tenga miedo—lo tranquilizó—. El propio Elohim nos ha prometido que no habría más diluvios.

Y añadió, esbozando una sonrisa de beatitud.

—La próxima vez el mundo será destruido por el fuego.

—¡Diablo! —gruñó el señor Johansen, rascándose la nuez.

Pero Lucio Negri había soltado una carcajada, y el señor Johansen recobró la serenidad.

—¿Cuándo? —inquirió por las dudas.

—Al finalizar este siglo —respondió Samuel con absoluta sangre fría.

El señor Johansen respiró. ¡Quedaba tiempo!

La obra de papel y engrudo estaba ya concluida, y *mister* Crisholm, en lo alto de su escalera, se vio enteramente circundado por un cielo de sangre donde mil pájaros azules giraban en torbellino.

—*Good*—carraspeó *mister* Chisholm, visiblemente satisfecho.

Después volvió sus ojos hacia el salón, y a través del humo de los cigarrillos alcanzó a distinguir siete u ocho siluetas que hacían vagos ademanes. Pero el tumulto de las conversaciones llegaba claramente a sus oídos: el tono general de la tertulia se había levantado, y a la risa de las muchachas uníanse de pronto las voces ardientes de los discutidores y el grave cacareo de las matronas. *Mister* Chisholm se sintió aislado en su cielo de sangre: apuró su vaso, y estaba seco; chupó su pipa, y estaba fría. Solo. *Mister* Chisholm estaba solo entre sus pájaros azules. ¿Desolación? Quizá. Pero el caso era que una legión de hombres islas como él, distribuidos convenientemente por el globo terráqueo, sostenían el imperio más formidable que vio este mundo. Al pensar en ello *mister* Chisholm se irguió en su escalera, e instintivamente sus ojos buscaron el mar.

Pero en aquel instante la horda irrumpió en el vestíbulo: Luis Pereda, Franky Amundsen, Del Solar y el petizo Bernini, cuatro sujetos ya ilustres en los anales de la parranda y el folklore, se metieron en el vestíbulo con la fuerza de un ventarrón. Y el primero en entrar fue Luis Pereda, el cual, cegatón y bochinchero, aventuró tres o cuatro zancadas al azar, se llevó por delante la escalera e hizo que *mister* Chisholm se bamboleara en las alturas.

—*¡Hello, mister* Chisholm! —gritó Franky Amundsen.

—*Excuse me, sir*—tronó Pereda, reanudando su marcha de jabalí ciego.

—¡Salvajes! —rezongó *mister* Chisholm entre dientes y pipa.

Los cuatro héroes inimitables entraron en el salón, donde fueron recibidos con alegres exclamaciones. Y de pronto Bernini detuvo a sus tres camaradas en el centro de la tertulia.

—¡Miren! —les dijo, señalando los diversos grupos que la integraban—. Lo que yo les decía: hombres por un lado y mujeres por otro. La disyunción de los sexos. ¡El gran problema de Buenos Aires!

Pero Franky, Del Solar y Pereda siguieron avanzando hacia la mesita de los licores; y una vez allí, al pie de la vaca, restablecieron abundantemente su vigor dilapidado en quién sabe qué generosas aventuras, mientras el petizo Bernini, sin ocultar sus demográficas inquietudes, entraba en el sector metafísica, que lo recibía con los brazos abiertos. Y no era que los tres bebedores recién llegados menospreciasen asuntos de tanta hondura como el que Bernini acababa de sugerir: por el contrario, una vez cumplidas las libaciones a que los obligaba ritualmente su fervorosa devoción a Mercurio, reanudaron una encuesta que sin duda los traía perplejos; como que se trataba de conocer exactamente la naturaleza del «Compadrito mil novecientos» y las alteraciones introducidas en aquel asombroso tipo humano por los nuevos contingentes raciales que desde comienzos de siglo recibiera la Gran Capital del Sur. Y el que llevaba la voz cantante no era otro que Luis Pereda, maestro indiscutido en tan difícil asignatura, el cual, mediante un disco grabado en 1903 para Gath y Chaves, se proponía demostrar una tesis que suscitaba por ahora fuertes resistencias.

—Oigamos ese disco —propuso al fin Del Solar, chupando una quilométrica boquilla de marfil que sin duda hubiera estado mejor en el *boudoir* de una *cocotte.*

Pero Franky Amundsen era uno de aquellos hombres estériles que acostumbran lanzar la baba de su escepticismo sobre la rosa virgen de cualquier entusiasmo. Su bagaje intelectual, adquirido en la lectura exclusiva del género detectivesco y las novelas de piratas, no solamente lo inhibía para todo comercio legítimo en el campo de las letras y las artes, sino que lo llevaba de súbito a proferir juramentos y blasfemias totalmente anacrónicos, gracias a los cuales entendía él parecerse a un filibustero de las Tortugas.

—¡Por las barbas del Profeta! —rezongó Franky—. ¡Si ese disco no es una estupidez, que me coman las hormigas!

No obstante, los tres campeones se dirigieron hacia el fonógrafo que yacía en un ángulo del salón; y dueños ya del anticuado mecanismo, Franky empezó a darle cuerda irónicamente, al par que Luis Pereda hundía su nariz en un maremágnum de discos y buscaba lleno de ansiedad, no de otro modo un jabalí revuelve la tierra con su trompa, en busca de algún tubérculo subterráneo.

—¡Aquí está! —gritó por fin—. ¡El taita de mil novecientos, químicamente puro!

Con mano temblona extrajo el disco de su envoltura, lo acomodó en la platina y dejó caer el *pick-up.* Una voz gangosa brotó del fonógrafo.

Venía por la barranca
un tranguay angloargentino,
cuando a mitad de camino
encuentra un carro encajao.
«¡Compañero, hágase a un lao!»
dice el del coche al carrero...

No es posible describir el éxtasis en que cayó Luis Pereda no bien el penúltimo verso fue rezongado.

—¡Escuchen esa voz! —dijo con aire de triunfo—. Es el malevo primitivo: el gaucho recién urbanizado. ¡Ni sombra todavía de la influencia itálica!

«*Si no vienen a poner*
una cuarta, ¡todo el día
estará el carro en la vía!»
Y el cochero, ya enojao,
le contesta: «¡Dos biabazos
te daría por pesao!»

Aquí el éxtasis de Pereda cedió lugar a una ola de coraje que lo sacudió hasta en sus cimientos.

—¡Ah, tigre! —rió y gritó a la vez, contoneándose a la manera de un taita ya listo para entrar en la de San Quintín.

Franky lo estudiaba con cierta melancolía glacial.

—¡Despampanante! —observó al fin, señalando a Pereda—. Lo mandan a estudiar griego en Oxford, literatura en la Sorbona, filosofía en Zurich, ¡y regresa después a Buenos Aires para meterse hasta la verija en un criollismo de fonógrafo! ¡Bah! ¡Un pobre alienado!

El fonógrafo gangueó ahora, en tono excitado:

El carrero
se ataja la puñalada,
y a las dos o tres paradas
le larga un viaje al cochero,
que si éste no es tan ligero
y en el aire lo abaraja,
media barriga le raja,
como sandía campera…

Las estruendosas risas de Pereda se dejaron oír hasta romper los tímpanos.

—¡Un triste alienado! —rezongaba Franky—. Si no es un caso patente de onanismo intelectual, ¡que me coman las hormigas!

Pero en aquel instante una voz airada llegó desde el sector metafísico de la tertulia.

—¿Qué dicen? —inquirió Pereda, volviendo hacia el grupo metafísico una jeta noblemente agresiva.

—¡Que hagan callar ese maldito fonógrafo! —le contestó Samuel.

Entonces Franky Amundsen detuvo la máquina sonora y se acercó luego al filósofo villacrespense, claro está que seguido de sus dos compinches.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —dijo con voz meliflua y palmeando amistosamente la nuca de Samuel como se hace con un gato enfurecido al que se desea calmar.

El filósofo señaló a Lucio Negri con su índice rematado en una larga uña luctuosa.

—¡Necesito el silencio más absoluto! —exigió—. Estoy tratando de sorprender en este hombre algún vestigio de inteligencia metafísica.

—¿Resultado? —le preguntó Franky.

—Negativo.

—¡Me lo temía!

Retirando sus ojos del diván celeste, Lucio dio señales de querer hablar. Pero Franky lo detuvo con un ademán autoritario.

—¡Silencio! —le ordenó—. Apostaría a que nuestro filosofo se atrevió a demostrar en público la inmortalidad del alma.

—Eso mismo —le contestó Lucio riendo.

—Así es —dijo el señor Johansen, que adivinaba en Franky a un nuevo y poderoso aliado.

Franky Amundsen consideró al uno y al otro con aire pesimista. Luego, volviéndose al filósofo:

—Apostaría —le dijo, señalando a Lucio— a que el joven matasanos acaba de negar públicamente la inmortalidad del alma.

—¿La inmortalidad? —gruñó Samuel—. Ha negado la misma existencia del alma.

—¡Desalmado! —exclamó Franky, tendiendo a Lucio Negri un índice acusador.

Y añadió, mientras paseaba sus ojos nostálgicos por el recinto:

—¡Vientre de tiburón! ¡Pensar que la casa de mis antepasados ha venido a degenerar en este burdel filosófico!

Giró de pronto sobre sus talones, y al enfrentarse de nuevo con el grupo dejó traslucir una expresión fanática.

—Pues bien —dijo misteriosamente—, yo, un ciudadano anónimo, yo, la última porquería del mundo, acabo de descubrir el método infalible para demostrar la existencia del alma.

Voces de asombro y risas incrédulas estallaron en el sector metafísico.

—Sí—aseguró Franky Amundsen—. Cuando algún maldito pagano se atreve a negar la existencia de su alma, sólo nos queda un recurso extremo para demostrarle que la tiene.

—¿Cuál? —preguntó el señor Johansen.

—Rompérsela.

Llovieron los aplausos, y Franky saludó como lo hacen los boxeadores, uniendo las dos manos por encima de su cabeza roja. De pronto, nublada ya la frente, se dirigió a Luis Pereda.

—¡Sangre de morsa! —le confió, lleno de amargura—. ¡Y decir que por semejantes idioteces estos paganos han hecho enmudecer al compadrito del mil novecientos!

Había llegado la hora del petizo Bernini, sociólogo de vanguardia, el cual (si hemos de dar crédito a un horóscopo debido a la pluma de Schultze) había nacido bajo tales conjunciones y oposiciones astrológicas, que todos los problemas humanos encontraban en su intelecto una solución definida por alguno como aputanada y por otros como rigurosamente científica, y que se vinculaba siempre con la tan difícil cuanto agradable unión de los sexos.

—Trifulcas intelectuales —pontificó—, bochinches en las canchas de fútbol, refriegas políticas en los comités. ¿Qué son al fin y al cabo? Las válvulas de escape que utiliza un pueblo sexualmente reprimido.

—¡El problema sexual! —anunció Franky en tono agorero.

Una carcajada irónica de Samuel y otra festiva de Pereda se unieron en estruendoso acorde.

—¡Ríanse! —los amonestó Bernini—. Las estadísticas de la ciudad revelan una inquietante desproporción entre hombres y mujeres.

Franky lo tomó brutalmente de las solapas:

—¡Las cuentas claras! —le gritó—. Según tus rufianescas estadísticas, ¿cuántas mujeres nos tocan a cada hombre?

—¡Media mujer! —se lamentó Bernini.

Franky no disimuló su alivio.

—¡Estoy salvado! —exclamó—. ¡Venga la mitad que me corresponde! ¡Sangre de morsa! Peor es nada.

Y agregó, con los ojos llenos de inteligencia:

—Pero mediante una condición.

—¿Qué condición? —le preguntó Bernini.

—Que la mitad que me toque sea de la cintura para abajo.

Lleno de cólera y de inquietud el señor Johansen se llevó un índice a los labios y señaló con el otro a las muchachas del diván celeste.

—¡Chist! —suplicó—. ¡No griten!

Pero Samuel Tesler se había ensombrecido.

—¡Que se haga girar el enigma del hombre alrededor del sexo! —rezongó—. ¡La bestia coronada de flores!

—¿Y por qué no? —dijo Lucio Negri—. Según Freud...

—¡Freud es un chancho alemán! —le interrumpió Samuel, como si acabaran de nombrarle al mismo demonio.

Lucio Negri le dirigió una sonrisa de hiel.

—Entiendo que Freud pertenece a la «raza elegida» —repuso blandamente.

Con un gesto de íntimo dolor el filósofo acusó el golpe.

—Ahí está lo malo —dijo—. Pertenece a una raza teologal, y ha deshonrado a su raza.

Y poniéndose de pie concluyó, en un arranque de ira tremenda: —Si ese descastado goza de cierto prestigio, se lo debe a la burguesía internacional, que ha encontrado en las ideas freudianas el modo de justificar científicamente sus peores vicios. ¡Nada más!

—¡Bravo! —gritó Franky, oprimiendo con fervor la mano del filósofo que se había tendido como para maldecir *urbi et orbi.*

—¡Un anarquista! —chilló el señor Johansen—. ¡Me lo figuraba! Trémulo de indignación Lucio Negri se dispuso a iniciar el mutis. —Me voy —dijo—. ¡Esto es un loquero!

Y sin más ni más abandonó el campo de batalla donde había inferido y ganado a la vez tantas honrosas heridas: ni vencido ni vencedor, Lucio Negri se dirigió al diván celeste por el sendero de una suave mirada que venía reclamándolo y que lo invitaba elocuentemente a desertar las iras de la guerra.

Decir ahora el sentimiento con que el señor Johansen vio partir a su joven aliado es tarea que raya en lo imposible. Con todo, fiel a su naturaleza hiperbórea, el señor Johansen, al deponer su frialdad, se había embarcado en un ardor beligerante difícil ya de contener.

—¡Cosa bárbara! —tartamudeó, señalando al filósofo que había vuelto a caer en su butaca—. ¡Este señor es un energúmeno!

—¡Bueno, bueno! —dijo Pereda—. ¿Conque también el Oso de Laponia se ha metido en el bochinche?

Samuel Tesler consideró al señor Johansen con retrospectiva malevolencia.

—Este señor —dijo— lloraba de ternura cuando el medicucho hacía la exégesis del progreso.

—¡No he llorado nada! —le replicó el señor Johansen con ingenuidad absoluta, pero también con absoluta cólera.

En este punto Franky Amundsen intervino de nuevo.

—¡Cuidado! —advirtió sin ocultar su alarma—. El Oso de Laponia es tímido, pero cuando se irrita no hay quien le pise el poncho.

Ebrio de júbilo ante aquel nuevo adversario que le hacía frente, Samuel amenazó al señor Johansen con el dedo.

—Este hombre —dijo— tiene la desgracia de creer que le asiste el derecho de opinar sobre cosas que no entiende, no ha entendido ni entenderá nunca.

Pereda se volvió a Franky.

—¡Hum! —le dijo—. El León de Judá enseña las garras.

—Pero el Oso no es manco —le respondió Franky—. ¡Silencio! El Oso toma la palabra.

Con aire digno el señor Johansen clavó en Samuel Tesler una mirada llena de humanidad.

—No seré un sabio —declaró—, pero tengo algo que usted no tiene: la experiencia de la vida.

—¡Bien por el Oso! —exclamó Franky—. El Oso habla como un libro abierto.

Samuel Tesler esbozó una sonrisa engañosa en su indulgencia.

—Vamos a ver —dijo, encarándose con su rival—, ¿cuántos años tiene usted?

—Cincuenta y siete —le respondió el señor Johansen con recelo.

—Pues bien —declaró el filósofo—, yo tengo cuarenta siglos de edad.

Aquella declaración produjo en el auditorio una visible sorpresa, ya que nadie, aun en sus cálculos más optimistas, había llegado a concebir una longevidad tan asombrosa.

—¡Está loco! —exclamó el señor Johansen estupefacto.

—O el León miente —observó Franky—, o es más viejo que mear contra la pared.

Aquí Samuel Tesler alzó un brazo que reclamaba serenidad.

—Quiero decir —insistió él, como preñado de secretos— que mi experiencia fue recogida en cuarenta siglos, a través de numerosas reencarnaciones.

—¡Un loco! —volvió a exclamar el señor Johansen.

—Por otra parte —añadió Samuel—, recordarán ustedes que la inteligencia es un don metafísico: se nace inteligente como se nace rubio.

Sus ojos volvieron a considerar la rechoncha figura del señor Johansen.

—Ahora bien —expuso doctoralmente—: palpen el cráneo de ese hombre. ¡Duro como una roca!

—¡Insultos no! —le gritó el señor Johansen.

—Cuarenta siglos de humanidad —concluyó Tesler— y cien dogmas filosóficos pasarían sobre ese cráneo sin dejar la menor huella.

El señor Johansen había llegado al borde mismo de su derrota..

—¡Es el colmo! —atinó a decir apenas con voz ahogada.

Y aquí Pereda se volvió a Franky Amundsen.

—¡El Oso trastabilla! —exclamó—. ¡El Oso está completamente groggy!

Franky abatió su cabeza roja.

—El León es demasiado ágil —refunfuñó— ¡Nadie le daría cuarenta siglos de edad!

Y era cierto: el señor Johansen estaba derrotado. Con más desdén que amargura volvió sus espaldas al grupo en el instante cabal en que *mister* Chisholm, atravesando el salón, le salía flemáticamente al encuentro. Las diestras del uno y el otro se chocaron con mecánica urbanidad. Luego entablaron una conversación secreta de la cual trascendieren las palabras que siguen: un «ruidosos coloniales» de *mister* Chisholm y un «es increíble» que balbucía el señor Johansen mirando aún de reojo hacia el sector metafísico.

Entretanto, la noche venía sobre la tierra y anticipaba su reinado en el salón, donde la penumbra ya lo envolvía todo, Adán Buenosayres miró el pedazo de cielo que se recortaba en el ventanal abierto sobre el jardín: y si la telúrica melancolía del anochecer otoñal se le metió en el alma por un instante, sintió luego un ansia loca de evadirse todo él hacia los grandes y silenciosos espacios que se abrían a través de aquel cielo duro y frío como una gema. Pero las luces de la araña se encendieron de súbito, y Adán volvió sus ojos ala tertulia cuyos personajes reanimábanse ahora bajo el nuevo esplendor. En aquel instante un viento de hilaridad agitaba el grupo de las señoras: la de Johansen reía estruendosamente, y su carnadura fofa temblaba debajo de sus vestidos como un globo de agua; por su parte, la de Amundsen le hacía un sonoro contrapunto, y hasta la de Ruiz las acompañaba discretamente con la media sonrisa de que su rostro de filo de hacha era capaz. Lucio Negri contábase ya entre los moradores del diván, sentado junto a Solveig con el aire más distraído del mundo: cierto era que Adán creyó ver la mano de Lucio retirándose furtivamente de la de Solveig en el momento en que se encendían las luces; pero no estaba seguro, y acaso había sido una ilusión de sus ojos. ¿Importaba ya? No. ¿Podía jurarlo? ¡Tejedor de humo! En cuanto al extremo del diván celeste, allí no se registraba novedad alguna: el astrólogo Schultze tenía la palabra, y el ingeniero, Ethel y Ruty parecían escucharle como alucinados.

Adán interrumpió sus observaciones, atraído por un coro de risas que se levantaba en su mismo sector. Era que Franky Amundsen, con el envaramiento de una nurse copetuda, se acercaba lleno de solemnidad y empujando la mesita rodante de los licores.

—Bebamos ahora que la paz reina —invitó Franky, deteniendo la mesita con una solicitud verdaderamente maternal.

Propicios a tan generoso convite, Del Solar, Pereda, Buenosayres y el petizo Bernini recibieron un vaso y una bendición de Franky. Pero Samuel Tesler se resistía, hundido aún en el hosco silencio en que había entrado al terminar su batalla.

—¡Vamos! —le dijo Franky—. ¡Aterricemos de una vez, y péguele al frasco! ¡Sangre de ballena, un poco de humanidad! El mismo Platón, si mal no recuerdo, se mamaba como un turco después de haber demostrado la cuadratura del círculo.

Y sirviendo al señor Johansen y a *mister* Chisholm que aún discurrían en secreto:

—¡Señores, *pax*! —los exhortó—. *Pax vobiscum.*

Hubo un empinamiento general de codos en el que figuró hasta Samuel Tesler, el cual, llevado más por la cortesía que por otro motor alguno, se había rendido por fin a las instancias del elocuente copero.

Y de pronto Franky se volvió a Del Solar.

—¡Qué idea! —exclamó, señalando a Buenosayres y a Samuel—. Es necesario que los camaradas nos acompañen esta noche.

—¿De qué se trata? —le preguntó Adán.

—¡Chis! —lo silenció Franky—. Aventura criolli-malevi-funebri-putani-arrabalera, como diría el camarada Schultze.

Pero Del Solar había fruncido el entrecejo.

—Es peligroso —declaró—. Vamos a estar entre matones de ley que no aguantan pulgas.

—¿Irá el taita Flores? —inquirió Pereda.

—Seguro —le contestó Del Solar clavándole una mirada significativa.

—¡Hum! —gruñó Pereda—. Si va el taita Flores hay que pensarlo mucho.

El corto diálogo que acababan de sostener los dos líderes criollistas dejó en el aire un retintín de misterio y un aroma de secreta peligrosidad. Desgraciadamente Franky Amundsen insistía.

—Será una noche de todos los diablos —anunció—. ¡Por las barbas del Profeta! ¡Nos hundiremos hasta la verija en el criollismo! ¡Patearemos el fango del arrabal! ¿Se trata o no de un viaje al infierno? ¿Sí? Entonces el poeta y el filósofo deben acompañarnos, o yo no entiendo una miércoles de clasicismo.

—Por mí, que vengan —refunfuñó Del Solar estudiando a Tesler y a Buenosayres con ojos aún dubitativos—. Pero hay que ir, mirar y callarse la boca. De lo contrario no respondo.

Una mezcla de irritación y de lástima se había traslucido ya en el semblante del filósofo villacrespense. No ignoraba él los estragos que venía produciendo en la última generación una doctrina herética en sus principios y dudosa en sus fines, la cual, elaborada tal vez en el sucio crisol de algún cenáculo irresponsable, había tornado un vuelo sin parangón en la historia de nuestra metafísica nacional y justificaba los alarmados gritos que ya se oían por doquiera: «Criollismo» era el nombre de tan oscura heterodoxia; y si fue inspirada o no por el propio Mandinga es cosa que sabremos el Día del Juicio hacia el anochecer. Hurgando el cuerpo de aquella doctrina con el celoso bisturí de una ortodoxia sin claudicaciones, fácil era ver que se trataba de levantar hasta el nivel de los dioses olímpicos a ciertos personajes del suburbio porteño cuyas hazañas aparecían cuidadosamente registradas en los archivos policiales de la ciudad. Ahora bien, pertenecía nuestro filósofo a una raza que, si en el curso de sus frecuentes migraciones había quemado incienso en el altar de no pocas divinidades extranjeras, también hacía gala de haber mantenido intacto el oro de su propia tradición. No es mucho, pues, que ante aquel intento de bárbara idolatría, Samuel Tesler se nublase de pies a cabeza.

—¡Hasta dónde puede llegar una mala literatura! ¡Hasta convertir en héroes nacionales a dos o tres malevos inofensivos!

—¿Inofensivo el taita Flores? —protestó Del Solar escandalizado.

—¡Un nene! —rió estruendosamente Pereda—. ¡Con veintidós entradas en la policía!

El filósofo le clavó una mirada llena de sarcasmo.

—Debe ser un triste ladrón de gallinas —dijo—. Y me dan ganas de acompañarlos esta noche, sólo para vérmelas con ese taita de carnaval y meterlo a piñas debajo de su catre.

Risas incontenibles estallaron. Franky Amundsen, perplejo, se acercó al filósofo y le tanteó los bíceps.

—¡Esto es un hombre! —declaró al fin solemnemente.

Pero Samuel Tesler lo rechazó, ebrio de coraje.

—Estoy harto de oír pavadas criollistas —dijo—. Primero fue la exaltación de un gaucho que, según dicen ustedes y a mí no me consta, haraganeó donde actualmente sudan los chacareros italianos. ¡Y ahora les da por calumniar a esa pobre gente del suburbio, complicándola en una triste literatura de compadritos y milongueros!

Mientras el filósofo hablaba, Del Solar iba poniéndose de todos los colores. En su memoria desfilaban las imágenes de sus antepasados, héroes que vestían la chaqueta de los ejércitos libertadores o el chiripá de los feudales estancieros; hombres de barba dura y tierno corazón, allá, en las pampas nativas y entre orgullosos caballos. Al mismo tiempo, el señor Johansen y *mister* Chisholm se unían al grupo, atraídos por la violencia de las palabras que Samuel Tesler acababa de proferir.

—La devoción al recuerdo de las cosas nativas —tartamudeó Del Solar, pálido como la muerte— es ya lo único que nos va quedando a los criollos, desde que la ola extranjera nos invadió el país. ¡Y son los mismos extranjeros los que todavía se burlan de nuestro dolor! ¡Si es para llorar a gritos!

—¡Bravo! —aplaudió Franky—. ¡Eso está reclamando una guitarra!

—¡Hablo en serio! —le advirtió Del Solar en tono agrio.

Y prosiguió así:

—Es verdad que la ola extranjera nos metió en la línea del progreso. En cambio, nos ha destruido la forma tradicional del país: ¡nos ha tentado y corrompido!

—¡No hay duda! —corroboró el petizo Bernini, agitándose como un corcel que desea entrar en batalla.

Pero Adán Buenosayres intervino aquí:

—Yo diría que sucedió lo contrario —manifestó inesperadamente.

—¿Qué diría usted? —le preguntó Del Solar.

—Que nuestro país es el tentador y el corruptor, que el extranjero es el tentado y el corrompido.

Al oír tan insólita doctrina se produjo en el sector un movimiento general de asombro.

—¡Eso es una *boutade*! —protestó Bernini.

—¡Que lo demuestre! —exigió Pereda—. ¡Silencio!

—Hablo como argentino de segunda generación y como descendiente cercano de hombres europeos —comenzó a decir Adán Buenosayres, arrepentido ya de haberse lanzado a esa polémica inútil—. Para ver con alguna claridad en mi país y en mí mismo fue necesario que yo visitara las tierras de Europa, cuna de nuestros padres, y viese cómo eran aquellos hombres antes de su emigración. Los vi en sus aldeas y terruños, puestos en una vida penosa, y con un sentido heroico de la existencia que los hacía o alegres o resignados en su disciplina, en la fe de su Dios y en la estabilidad de sus costumbres. Los he visto: así eran y son así todavía. ¿Qué hizo nuestro país al ofrecerles el deslumbramiento de su riqueza? Los ha tentado.

Franky Arruinasen dio señales de una gran consternación.

—¡Los ángeles tentadores de Schultze! —dijo misteriosamente—. ¡Los ángeles piróscafos a dos hélices y coraza de acero!

—Y cuando esos hombres llegaron —prosiguió Adán—, ¿qué sistema de orden les ofreció el país a cambio del que perdían? Un sistema basado en cierto materialismo alegre que se burlaba de sus costumbres y se reía de sus creencias.

El filósofo villacrespense dejó escapar una risotada maligna.

—¿Y todo por qué? —dijo venenosamente—. ¡Porque dos o tres mulatos de la Revolución habían leído a Voltaire para deslumbrar a otros dos o tres mulatos y escandalizar a sus tías frailonas!

Eso era lo malo del filósofo villacrespense y lo que lo llevó a sufrir contrariedades innúmeras: un racismo feroz en virtud del cual resultaba que todo el universo era literalmente mulato, con la única excepción del mismo filósofo. Dejando aparte su infinita vanidad en esa materia, y sin desconocer sus méritos de hombre ostensiblemente favorecido por las Musas, ¿con qué autoridad ultrajaba el sentimiento patrio de sus colegas de sector, él, retoño final de un pueblo que, a consecuencia de una maldición teológica, erraba todavía por el mundo y había perdido enteramente su sensibilidad nacional? Tales ideas batallaban en el ánimo de los que habían oído las condenables palabras de Samuel. Y acallado el rumor de las protestas:

—¡Ha insultado a nuestros gigantes padres! —rugió Franky Amundsen, tendiendo hacia el filósofo un puño amenazador.

—¡Un extranjero! —apostrofó Del Solar—. ¡Un extranjero indeseable!

—¡Muerde la mano que le da de comer! —insistió Franky, utilizando una feliz reminiscencia de sus azarosas lecturas.

Luis Pereda levantó aquí su brazo conminatorio.

—¡Déjense de hacer bochinche! —dijo—. Estamos oyendo una versión de nuestra realidad, un punto de vista nuevo. ¡Hagan el favor de callarse la boca!

El silencio fue restablecido en el acto, y Adán Buenosayres pudo continuar:

—Decía que los extranjeros hallaron en el país, no un sistema de orden, sino una tentadora invitación al desorden. Casi todos eran ignorantes: no tenían defensa. Y olvidaron su tabla de valores por aquel fácil estilo de vida que les enseñaba el país. Y la obra de corrupción iniciada en los padres fue concluida en los hijos: los hijos aprendieron a reírse de sus padres emigrados, y a ignorar o esconder su genealogía. Son los argentinos de ahora, sin arraigo en nada.

Adán Buenosayres había terminado, y en el sector metafísico se produjo un corto silencio.

—Me parece que ha recargado las tintas —opinó al fin Del Solar, volviéndose al petizo Bernini.

—¡Demasiado!—asintió el petizo—. No hay duda que macanea.

Sereno y estudioso, Luis Pereda se dirigió a Buenosayres:

—De acuerdo con ese punto de vista, ¿cuál es tu posición de argentino?

—Muy confusa —le respondió Adán—. No pudiendo solidarizarme con la realidad que hoy vive el país, estoy solo e inmóvil: soy un argentino en esperanza. Eso en lo que se refiere al país. En cuanto a mí mismo, la cosa varía: si al llegar a esta tierra mis abuelos cortaron el hilo de su tradición y destruyeron su tabla de valores, a mí me toca reanudar ese hilo y reconstruirme según los valores de mi raza. En eso ando. Y me parece que cuando todos hagan lo mismo el país tendrá una forma espiritual.

Desde hacía rato el petizo Bernini estaba que se salía solo de la vaina: hombre de intelección y de pasión, su naturaleza dual presagiaba un estallido.

—El país no necesita buscar su alma en el extranjero —anunció al fin—. Hay alguien que se la dará, y sin pedírsela.

—¿Quién? —le preguntó Adán.

—¡El Espíritu de la Tierra!

Samuel Tesler volvió a dejar oír su risa peligrosa.

—¡Naturalmente! —dijo—. Un buen día la pampa se abrirá de piernas y parirá una metafísica.

—Hablará el Espíritu de la Tierra—insistió el petizo, atorado de misterio—. ¡Hablará, no lo duden!

—Y hará un papelón —dijo Franky—. Soltará un mugido de vaca.

Pero Del Solar no admitía ya componenda ninguna.

—Con o sin Espíritu de la Tierra —exclamó—, ¡que nos dejen en paz los extranjeros! Esto ya no es un país: es una factoría.

La posición de uno y otro bando era irreductible: una guerra civil parecía inminente. Y el ardor bélico asomaba ya en todos los ojos, cuando *mister* Chisholm, deponiendo una indiferencia que a nadie había engañado, hizo llover sobre Del Solar todo el hielo de las brumas natales.

—Eso es una ingratitud —le dijo—. Una ingratitud y una salvajada. Me gustaría saber qué hubiera sido esta nación, por ejemplo, sin el concurso de Inglaterra. ¡Me gustaría saberlo, palabra de honor!

El asombro más vivo se reflejó en todas las caras. Del Solar, Buenosayres, Pereda, Bernini, Franky, todos a una se miraron en silencio y como petrificados. En seguida, e instintivamente, aquellos hombres tan desiguales en origen, humor y pensamiento se acercaron el uno al otro, tal como si estrecharan filas contra un

peligro común. Cierta oleada de calor heroico les encendía ya los semblantes: los pelos de la nuca se les erizaban ante la inminencia del choque. Y el primero en salir a la liza fue Bernini, cuya intrepidez era famosa en este género de batallas internacionales.

—Creo que *mister* no ha entendido bien —empezó a decir—. Para nosotros Inglaterra no es el extranjero.

—¡Ah, ah! —sonrió *mister* Chisholm complacido—. ¿Qué cosa es entonces?

—¡Inglaterra es el enemigo! —le respondió Bernini en son de trompeta.

Fue la señal del asalto. Samuel Tesler se adelantó de pronto hasta *mister* Chisholm, y tras una profunda reverencia le anunció solemnemente:

—*Delenda est Britannia!*

—Les rechazamos dos invasiones —tronó Del Solar—, pero nos han vencido en la tercera: la de la esterlina.

Rojo como un gallo de pelea *mister* Chisholm tendió su puño a los insurgentes.

—¡Nadie puede negar la misión civilizadora de Inglaterra! —carraspeó—. ¿Quién se atreve a negarla?

—¡Yo! —dijo el filósofo—. Históricamente hablando, Inglaterra sigue como en los tiempos de Roma. Nunca se dejó civilizar del todo, rebelde como es a la línea tradicional y al orden eterno. ¡Y esos bárbaros envueltos en elegantes casimires pretenden civilizar a hombres que tienen cuarenta siglos de metafísica en la sangre!

—¡Ya salió con sus cuarenta siglos! —murmuró el señor Johansen rencorosamente.

—¡Indios! —rezongaba *mister* Chisholm— ¡Peores que indios!

Y aquí Bernini dio la carga famosa que habría de valerle tanto laurel en lo futuro. Volviéndose a sus pares exclamó:

—¡Basta de fiorituras! Al fin y al cabo, ¡que nos devuelvan las Malvinas!

A partir de aquel instante la confusión se hizo indecible: gritos, risas y amenazas respondieron al clamor del petizo. Con su español enrevesado que esgrimía como una espada rota, *mister* Chisholm trataba de responder a tantos enemigos; pero su voz no se oía bajo el peso de las muchas que lo acosaban. Franky se había dirigido al diván celeste, y, dejándose caer entre su hermana Ethel y Ruty Johansen, agitaba su cabeza pelirroja en un tremendo ataque de risa. Erguido ahora en el taburete del piano y tendiendo a *mister* Chisholm un puño agresor, Samuel Tesler vociferaba:

—¡Que nos devuelvan las Malvinas!

Sobresaltada en extremo, la tertulia volvía sus ojos a los combatientes del sector metafísico.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora de Johansen con alguna inquietud.

—Nada —respondió la de Amundsen—. Creo que me lo están vapuleando al inglés.

Sin ocultar su desagrado la señora de Ruiz consideró un instante a los revoltosos.

—Gente poco seria —dijo al fin, volviéndose a la de Amundsen—. Francamente, no entiendo cómo puede recibirlos en su casa.

—Son los intelectuales amigos de Ethel —explicó la señora de Amundsen con una sonrisa benévola.

Al mismo tiempo Lucio Negri, acomodado entre Marta y Solveig, hacía la más negra pintura del filósofo villacrespense que aún atizaba el fuego de los beligerantes.

—Su cuadro es muy simple —decía Lucio—: simulación del genio, megalomanía elevada al cubo y una esquizofrenia verdaderamente notable.

—¿A eso le llama un cuadro simple? —dijo Marta Ruiz en los umbrales de la risa.

—Y no es todo —añadió Lucio—. El hombre padece de locura mística. No hace mucho pretendió hacerme creer que durante sus iluminaciones le brotaban chispas de la cabeza y aromas exquisitos de la piel. Cuentan por ahí que fue internado una temporada: se decía el Cristo Negro y le daba por cachetear a los vigilantes.

Pero Haydée Amundsen no lo admitía.

—¡Calumnias! —protestaba, tapándose graciosamente las orejas—. Es un genio incomprendido.

—¡Por favor, Haydée! —le suplicó Marta—. ¡El Cristo Negro! ¡Un hombre al que le salen chispas y aromas!

—No he visto sus chispas —declaró Haydée muy seria—, pero estoy segura de su perfume: es una loción barata que se administra él todos los jueves y que se llama «Nuit d'amour».

—¿Qué? —gritó Marta—. Una loción...

La risa de Marta y la de Haydée se tejieron ahora como dos hebras iguales; y hasta Solveig condescendió a la sonrisa, olvidándose acaso de su propio misterio.

Entretanto, el grupo que dirigía Ethel Amundsen, y que hasta entonces no había intervenido en los incidentes de la tertulia, se acababa de trenzar en una discusión cuya inofensiva materia no dejaba entrever por ahora los acontecimientos excepcionales a que daría lugar en un futuro no lejano. Muy contradictorias eran, en efecto, las reacciones que provocaba en su auditorio el ingeniero Valdez, al desarrollar una tesis cuyo rigor destruía, sin más ni más, el dogma eterno del albedrío humano. Encabritándose como una noble yegua de torneo, Ethel Amundsen interrumpía frecuentemente al orador, ya con sus objeciones duras, ya con movimientos negativos de su hermosa cabeza. Por su parte, Schultze entornaba los ojos y sonreía lleno de benignidad, tal un iniciado que oyera exponer a un novicio la más rudimentaria de las verdades ocultas. En cuanto a Ruty Johansen, pasaba del asombro a la incredulidad y de la incredulidad a la vacilación.

Graves eran, sin duda, las palabras con que el ingeniero Valdez remató su alegato. Lo cierto fue que la enardecida Ethel Amundsen, arrojándose fuera del diván celeste, solicitó de pronto la atención de la tertulia.

—¡Oigan! ¡Oigan! —exclamó—. El ingeniero afirma que puede hipnotizar a cualquiera de nosotros.

Un silencio total se hizo en el salón de los Amundsen, y dieciocho miradas interrogativas se clavaron en el ingeniero Valdez, que resistió con indiferencia el peso de tantos ojos.

—Es la cosa más vulgar del mundo —rezongó Schultze—. Absolutamente *pompier.*

—El hipnotismo —declaró Samuel Tesler sin ocultar su asco— es un hecho que no sale del orden natural. Cualquier empleado de tienda, suficientemente instruido, puede hacer las delicias de una tertulia hipnotizando a tal o cual señorita más o menos clorótica.

Afable como de costumbre, el ingeniero Valdez asintió con un movimiento de su cabeza pelada.

—Justamente —dijo—. Es lo que yo venía explicándole a Ethel.

—Cuando Charcot realizaba sus investigaciones en la Salpetrière... —comenzó a decir Lucio.

Pero Ethel no le dejó concluir la frase, y volviéndose al ingeniero exclamó:

—¡La prueba! Usted se ha comprometido a hipnotizar a uno de nosotros en esta misma sala.

—Estoy a sus órdenes —le respondió el ingeniero.

Y estudiando a los presentes con sus fríos ojos de cobra les preguntó:

—¿Quién desea someterse a la experiencia?

Hubo en la sala un movimiento general de repulsa: era visible que nadie quería ser hipnotizado. El mismo Samuel Tesler, que no cejaba en terreno alguno, manifestó desaprobar esa clase de experimentos, y reveló al auditorio ya suficientemente alarmado el peligro de jugar con ciertas energías que si bien entraban, como había dicho, en el orden natural de los fenómenos, rompían a veces los diques del ser y lo arriesgaban a una posible invasión de las «influencias errantes». Pero Marta Ruiz tenía la pasión de las fuerzas oscuras y amaba todo lo violento y desencadenado. Por eso fue que, desgajándose de sus temblorosas compañeras, avanzó un paso, dos pasos, tres pasos hacia el ingeniero Valdez, que le sonreía ya con la más engañosa de las benignidades.

¿Quién podrá referir la admiración y el respeto con que la tertulia seguía el peligroso avance de Marta? El ejemplo del pajarillo fascinado y de la fascinadora serpiente acudía, como es natural, a todas las imaginaciones. ¿Y quién dirá la angustia de una madre que, olvidando hasta los preceptos del doctor Aguilera, veía cómo el fruto de sus amores caminaba lentamente hacia el abismo? La señora de Ruiz lanzó un grito final de rebeldía:

—¡No, Marta! —exclamó—. ¡No me gustan esas bromas!

Pero Marta Ruiz había llegado, y el ingeniero Valdez le acariciaba ya las sensibles muñecas. Toses, remover de sillas, cuchicheos, todo anunciaba que la tertulia se disponía nerviosamente a hundir una mirada en las tinieblas de lo incógnito. El señor Johansen habíase unido al grupo de las matronas, las cuales procuraban tranquilizar a la de Ruiz, cuyos ojos de lezna se habían clavado en el presunto hipnotizador. En el diván celeste las tres niñas de Amundsen, Ruty Johansen, Schultze y Lucio Negri formaban ahora un solo bloque: todos ellos parecían muy excitados, con la sola excepción del astrólogo, el cual, ostensiblemente, procuraba ocultar uno que otro bostezo. Franky Amundsen, ubicado en la primera fila, juraba como un changador al anunciar a sus adláteres que aprendería la noble técnica del hipnotismo, aunque sólo fuese para dormir a sus numerosos acreedores. Fieles aún al rincón metafísico, Samuel Tesler y Adán Buenosayres aguardaban, el primero atrincherado en un mutismo lleno de hostilidad y el otro ausente, al parecer, de la tertulia. En cuanto a *mister* Chisholm (que tras de su batalla se había enfrascado en la lectura del *Buenos Aires Herald),* doblaba ya su hoja favorita, curioso de saber qué nueva farsa representarían ahora los endiablados «coloniales». Todo estaba listo: escenario, actores y espectadores.

Fuerza es decir que la tertulia se chasqueó en grande si esperaba un comienzo de tipo sensacional. He ahí que, tras ordenar la disminución de algunas luces, el ingeniero Valdez, indiferente a la universal expectativa, comenzó a charlar con Marta Ruiz en un tono cuya displicencia engañó a la mayoría de los observadores. Pero, ¡ay!, los entendidos en el arte no dudaron que se trataba de una maniobra, y que el ingeniero Valdez, con infalible maestría estaba enredando a su presa en el hilo de aquella voz meliflua, sutil, adormecedora. Poco a poco fueron quebrándose las respuestas de Marta: sus parparos caían y se levantaban, como si un sueño irresistible la invadiera. Entonces el ingeniero le tocó el pulso con una mano y le acarició las sienes con el pulgar de la otra. Marta quedó rígida.

—Usted duerme —le dijo el ingeniero—. ¿Duerme?

—Sí —respondió Marta con un hilo de voz.

—¡Duerma! Pero tranquila, ¿no? Absolutamente tranquila.

Sólo ahora la tertulia se dio cuenta del prodigio que acababa de obrarse, y ante Marta dormida no pudo contener un bisbiseo de admiración. Pero la señora de Ruiz tenía el color de las hojas en otoño.

—Vamos a ver —dijo el hipnotizador a la durmiente—. ¿Qué trozo de música es el que más le agrada?

—La *ouverture* de «Tannhäuser» —contestó la durmiente sin vacilar.

—Pues bien, ¡oiga! Una orquesta lejana está ejecutando la *ouverture.* ¿Oye?

Marta pareció aguzar el oído.

—Sí —balbuceó—, una orquesta lejana.

—Pero ya se acerca. ¿Oye los metales, cada vez más fuertes?

—¡Sí, los metales!

—Ahora usted se halla en el centro de la orquesta —le dijo el ingeniero—. Ve la cara de los músicos, el movimiento de los arcos, el brillo de los cobres. Y la música sube, crece, hace temblar la sala. ¿Oye?

Con las narices aleteantes y el rostro encendido, la bella durmiente oía el *crescendo* musical de «Tannhäuser». La tertulia no respiraba casi, tanto era su asombro. Ya un sudor helado mojaba la frente de la señora de Ruiz. Mas el ingeniero tranquilizó con algunos pases a la durmiente criatura, y cuando juzgó que había recobrado la placidez de su sueño le dijo:

—Usted está triste. Una pena íntima la devora.

El semblante de Marta se contrajo en un rictus de pena.

—Usted está llorando —le insinuó el ingeniero—. ¡Llore!

Y Marta rompió a llorar con tanto brío, que los observadores, humanos al fin, sintieron un angustioso nudo en sus gargantas. Por fortuna el ingeniero Valdez reconstruyó en su durmiente la serenidad primera, y le dijo:

—Ya pasó la tristeza. En este momento siente usted una gran alegría: es un deseo de reír que la inunda toda.

—Sí —asintió Marta—. Una gran alegría.

—¡Ríase! —le ordenó el ingeniero.

Marta dejó escapar una risita, sólo una risita de tres por cinco.

—¡Más fuerte! —volvió a ordenarle su hipnotizador.

Entonces la risa de Marta se hizo tan caudalosa, que la tertulia entera soltó, a pesar suyo, el trapo de una hilaridad irresistible; de modo tal que Franky Amundsen juró luego haber visto reír al propio *mister* Chisholm, afirmación absurda que nadie creyó, naturalmente. Lo que ya no se discutía era la victoria del ingeniero Valdez, el cual, cerrando sus oídos al murmullo halagador de la tertulia, se afanaba en la preparación de su golpe maestro.

—Ustedes no ignoran —dijo volviéndose a los observadores— que todo el mundo vacila en dejarse caer hacia atrás, aun sabiendo que alguien, a sus espaldas, lo sostendrá en la caída.

Hubo un gesto afirmativo de los espectadores.

—Pues bien, ¡observen! —los invitó el ingeniero.

Y colocándose detrás de la dormida le ordenó: —¡Déjese caer de espaldas!

Al instante, sin vacilación alguna, Marta se dejó caer a plomo. La señora de Ruiz lanzó un grito animal, y la tertulia, como accionada por un resorte, se puso de pie. ¡Calma! ¡Calma! El pundonoroso ingeniero había recogido en sus brazos a la dormida criatura y la sentaba ya en el diván celeste. Se oyó un conato de ovación que partía de Franky y su mesnada. Pero insistentes chistidos la redujeron a silencio. La sesión había terminado, y era hora de que Marta despertase.

—Oiga, Marta —le ordenó el ingeniero—. Voy a contar hasta cinco. Cuando llegue a ese numero, despertará usted, pero muy tranquila.

Se hizo un silencio de tumba, y Valdez contó en voz alta:

—Uno, dos, tres, cuatro, ¡cinco!

¡Gran Dios! Lejos de volver en sí, la triste Marta empezó a chillar y a revolcarse en el diván celeste. La consternación de la tertulia fue indescriptible: sin lanzar un ¡ay! la señora de Ruiz cayó desvanecida sobre

los pechos generosos de la de Johansen; un movimiento instintivo, ¡cuan adorable!, llevó a Solveig hasta los brazos de Lucio Negri; todas las caras tenían el color de la cera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —gritaban los hombres, acudiendo unos a la madre y otros a la hija.

—¡Las «influencias errantes»! —vociferó Samuel Tesler—. ¡Ya los había prevenido!

Sin soltar a Marta el ingeniero se volvió a la tertulia.

—No se alboroten —ordenó—. Es una interferencia.

Y manipuló en la durmiente, que todavía pataleaba. Junto a él Franky Amundsen, igualmente inclinado sobre Marta, parecía seguir la maniobra con hondo interés.

—¿Le ha revisado el carburador? —dijo al fin, mirando estudiosamente a Valdez.

Un rumor de indignadas protestas hizo eco a la pregunta de Franky. Pero el hipnotizador iba recobrando ya su dominio sobre Marta.

—¿Está tranquila? —le dijo ahora.

—Sí —respondió ella.

—Voy a dar tres palmadas. A la tercera despertará usted. Pero alegre, ¿no? Muy alegre.

El ingeniero dio las tres palmadas, y su cautiva despertó al fin con el aire más risueño del mundo. ¡Qué suspiro de alivio dejó escapar la tertulia no bien Marta hubo abandonado el tenebroso imperio de la noche!

¡Cómo se desarrugaron las frentes y renacieron los colores en las mejillas pálidas! Al mismo tiempo la señora de Ruiz volvía de su desmayo, gracias a la ciencia poderosa de Lucio Negri o, lo que es más probable, a tres dedos de whisky no menos poderosos que Franky le había hecho tragar, ¡el muy bárbaro!, sin acordarse de que un doctor Aguilera existía en este mundo. Y el gozo con que se abrazaron la madre y la hija requiere otra pluma. Entretanto Valdez, fatigado, sí, pero numeroso de laureles, restañaba el sudor de su calva y hacía inspiraciones profundas.

—Un sujeto magnífico —declaraba, jadeante aún y señalando a Marta Ruiz, cuya exaltación post-hipnótica era visible.

La satisfacción general, que ya era mucha, llegó a su apogeo cuando Franky, el magnánimo, se puso a distribuir las primicias de una botella cuya virginidad autenticó él en los términos más exaltados. Y el júbilo se hizo incontenible cuando Ruty Johansen, la walkyria del norte, se sentó violentamente al piano y arrancó los primeros compases del «Danubio Azul».

—¡A bailar! —gritó Marta Ruiz toda encendida.

—¡Formen parejas! ¡Formen parejas!

Ocurrió entonces algo hermoso: las almas brujas, en tropel, se buscaron y se unieron al conjuro musical de Ruty. Y el primero en lanzarse al torbellino fue Schultze, un inquietante astrólogo, el cual, oprimiendo el talle de Ethel Amundsen (¡un junco de la India!), la hizo girar en círculos de astronómica precisión. El señor Johansen y señora, uniendo sus panzas esféricas y sus cortos bracitos, empezaron a girar con la gracia de dos osos en un témpano. A continuación bailaban el ingeniero Valdez y Marta Ruiz, ésta con los ojos aún preñados de abismales tinieblas, aquél modesto siempre, ¡oh, violeta odorata! Luego venían: Samuel Tesler, aferrado a la jovial Haydée como un náufrago a su mástil; Lucio y Solveig (¡Dafnis y Cloe!), trémulos como dos palomas. Franky, Pereda, Del Solar y Bernini, unidos en un solo haz bamboleante, ensayaban el «cuatribailemos», la neodanza que cierto Espíritu infundibuliforme había enseñado a Schultze durante una conjunción de Venus con Saturno. Pero, ¿quién era ese bailarín glacial, ese fruncido caballero de la señora de Amundsen, que bailaba con la rigidez imponente de una caja de caudales? ¡Era *mister* Chisholm, administrador gerente del mundo y sus alrededores! Y Ruty Johansen castigaba el teclado: el «Danubio Azul»

hacía oír sus cristales de sirena y sus caracolas de tritón. Y todos giraban en alegre torbellino. Todos, menos dos almas inmóviles: Adán Buenosayres y la señora de Ruiz.

Adán Buenosayres, inmóvil en el centro del círculo y la danza. Sus ojos no conseguían apartarse de Solveig y de Lucio, los cuales, perdidos el uno en el otro, seguían el ritmo de la música y el de sus corazones. Demasiado sensible para no admirar el encanto naciente de aquellas dos criaturas que ahora se acercaban, Adán Buenosayres iba cayendo en una envidiosa desolación. Pero, ¡cuidado! También ella, quizás alguna vez, conocería el peso de su otoño: acaso también ella, ¿quién sabe?, se hallaría inmóvil y sola como una sed lejos del agua. Y entonces volverían a encontrarse Adán y Solveig: sería en una tarde con olor a hojas muertas, ¿dónde?, ¡qué importaba! Y Solveig entendería ya ese linaje de amor que no supo leer en el Cuaderno de Tapas Azules, y su remordimiento habría de traducirse en la mirada que le tendería ella como un puente. ¡Demasiado tarde! Glorioso y triste (se habría reconocido ya su genio literario), Adán Buenosayres estaría lejos de las pasiones humanas (¿moribundo?, ¡no exagerar la nota!). Sin embargo, ante lo «imposible» de hoy y la dulzura del «pudo ser», un dolor inefable los torturaría sin remedio. Y entonces ella no podría contener su llanto; pero los ojos de Adán estarían secos y estériles como dos piedras... ¡Ah, con qué fruición edificaba él aquellas consoladoras imágenes!

Entretanto el vals alcanzaba todo su esplendor; y los bailarines, como arrastrados por un vértigo, describían trayectorias absurdas, giraban como trompos de colores. ¡Bravo! ¡Ruty Johansen tenía el demonio en los dedos! Y en este punto fue cuando Adán Buenosayres vio su Cuaderno de Tapas Azules ofendido, ¡ay!, menospreciado en el diván celeste. De pronto su alma comenzó a desmayar y su razón a extraviarse en peligrosos laberintos de cólera. ¡Orlando! Adán huye también en alas de una suave demencia: está en calzoncillos, como Lanzarote del Lago, y recorre las calles de Villa Crespo bajo una rechifla universal. Dos ríos de lágrimas ruedan sin término desde sus ojos a su boca, dos ríos amargos en los que Adán se abreva día y noche. Y la canalla riente le apunta con el dedo: los chiquilines lo corren a tiros de honda; lo abofetean y escupen los malevos de las esquinas; a su paso viejas desdentadas le vacían sus orinales en la cabeza, y feroces mujeres le arrojan botines rotos y frutas podridas. ¡Y Adán cae, se levanta, prosigue su camino, vuelve a caer! Mas al tercer día un furor tremendo sucede a su apacible locura. He ahí que arranca él un paraíso de la calle Gurruchaga, y con el tronco gigantesco fabrica su maza de combate. ¡Maldición! Dando espantosos alaridos la multitud recula. ¡Ya es tarde! La maza de Adán ha emprendido su faena destructora: ya los cráneos rotos crujen como nueces; ya detrás del enfurecido amante queda un montón de cuerpos en las más extrañas posturas; ya la sangre negra corre hasta los albañales de la curtiembre que la sorben con un glu glu siniestro. ¡Buscad ahora las caras ofensivas, los ojos malignos, los dientes reidores! ¡El sueño eterno pesa ya sobre todos los párpados: todos parecen dormir en la calle Gurruchaga! ¿Todos? No. Los sobrevivientes de la masacre se han refugiado en sus cuchitriles, en sus profundos sótanos, en sus cocinas de zinc; pero la furia de Adán ya no tiene riendas. He ahí que ahora la emprende con los edificios: bajo su maza formidable se resquebrajan y caen los muros, húndense los techos con espantoso fragor. Una polvareda roja se levanta de las ruinas y oscurece la luz. Entre los derrumbes escúchanse borrosos ayes, estertores agónicos, preces y blasfemias entreveradas. A mediodía siente Adán los tormentos del hambre; y, asaltando el corralón del vasco Arizmendi, despanzurra sus tres vacas rosillas y devora las entrañas humeantes. Luego prosigue su trabajo demoledor: ¡Villa Crespo no es ya sino un montón de escombros! Mas al atardecer Adán llega frente a la iglesia de San Bernardo: el héroe blande su maza, como si desease abatir el templo de un solo golpe. Y al elevar sus ojos furibundos ve al Cristo de la Mano Rota, y el arma se le cae a los pies, y Adán retrocede lleno de pavor: arriba, en el hueco de su mano lacerada, el Cristo le muestra un corazón de piedra; y el corazón de piedra está sangrando... ¡Basta!

¡Basta! se gritó a sí mismo Adán Buenosayres. ¡Un loco tejedor de humo! No necesitaba mirarse al espejo del salón para conocer que tenía el semblante contraído y los ojos llenos de saña. Observó en tomo suyo: ¿habría sospechado alguien su demencia? Podía estar tranquilo: la tertulia giraba siempre, a los com-

pases del «Danubio Azul»; se fundían las almas brujas en un solo ritmo y en una sola embriaguez. Y Adán estaba inmóvil en el centro de la ronda, como ayer, como siempre, ¿hasta cuándo?

Entonces, ya fuese obra de su mortal angustia, ya de un rapto libertador que lo llevaba como en sueños al círculo de los bailarines, Adán Buenosayres tuvo una inspiración inaudita: corrió hasta la señora de Ruiz, le ofreció un brazo galante y la invitó a bailar. ¡Oh, asombro! La señora de Ruiz aceptó el brazo que galantemente se le ofrecía; y, unidos ambos, dieron las primeras vueltas de una danza macabra. ¡Hip, hip! Adán bailaba con un esqueleto. ¡Hurra! Sus manos oprimían un costillar endeble, y el aliento de su fúnebre compañera (un triste olor de catacumba) le daba en pleno rostro. ¡Bien! Adán giraba locamente, abrazado a su manojo de huesos: al girar sorprendía una rotación de caras lucientes, gestos vividos, pedazos de risa, virutas de diálogo, polleras voladoras, luces que daban tumbos como los cuerpos, como las almas, como las testas humeantes. ¡Hurra! ¡Hurra! Los bailarines tenían fuego en los pies, y el salón entero bailaba como si estuviera demente. ¡Bravo! Afuera la ciudad bailaba entre un millón de focos encendidos. En el espacio inmenso bailaba la tierra.

LIBRO TERCERO

I

En la ciudad de la Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires existe una región fronteriza donde la urbe y el desierto se juntan en un abrazo combativo, tal dos gigantes empeñados en singular batalla. *Saavedra* es el nombre que los cartógrafos asignan a esa región misteriosa, tal vez para eludir su nombre verdadero, que no debe ser proferido: «El mundo se conserva por el secreto», afirma el Zohar. Y no a todos es útil conocer el verdadero nombre de las cosas.

El turista que volviendo sus espaldas a la ciudad aventura los ojos en aquel paisaje, no tarda en sentir un vago sobrecogimiento de pavor: allí, sobre un terreno desgarrado y caótico, se alzan las últimas estribaciones de Buenos Aires, rancheríos de tierra sin cocer y antros de lata en cuyo interior pululan tribus de frontera que oscilan entre la ciudad y el campo; allí, prometida del horizonte, asoma ya su rostro la pampa inmensa que luego desplegará sus anchuras hacia el Oeste bajo un cielo empeñado en demostrar su propia infinitud. En las horas del día, la luz del sol y el zumbido alegre de la metrópoli disimulan el verdadero semblante de aquel suburbio. Pero al caer la noche, cuando Saavedra no es más que una vasta desolación, el paraje desnuda sus perfiles bravíos; y el turista que se aventura en su ámbito puede hallarse, de súbito, frente a la misma cara del misterio. Entonces, a flor de tierra, se oye la palpitación de una vida oscura: cortan el aire silbidos estridentes y voces que se llaman desde la lejanía; el silencio se turba de pronto, como el agua de un charco rota por una piedra, y se reconstruye al instante, más hondo que nunca; desparramadas en aquella extensión las hogueras arden, se reconocen entre sí, conversan a través del espacio según el idioma del fuego; y hay rostros humanos que soplan los tizones, perfiles que llegan y se saludan, manos que revuelven un cucharón en la olla rebosante. Dicen los viejos de Saavedra que, cuando hay luna y el cielo se pone del color de la ceniza, no es raro ver llamas errantes que se detienen, ya entre las ruinas de una tapera, ya en el brocal de algún pozo sin agua, ya en la raíz tortuosa de tal o cual ombú: son almas de difuntos, atadas aún a la tierra por algún lazo maldito, que oscilan descabelladamente como si un viento implacable las agitara, y que se extinguen en el aire no bien se les reza una corta oración. Pero en las noches de novilunio lo sobrenatural irrumpe allí con otro signo: el pobre ciruja desvelado, que se revuelve sobre un montón de bolsas en su triste refugio de latas viejas, oye de pronto un rumor lejano que se acerca velozmente, que se agiganta y se hace trueno; sus oídos no tardan en distinguir un fragor de caballos que redoblan sobre la tierra dura, un coro de relinchos, un entrechocarse de lanzas, una gritería feroz, todo revuelto y enarbolado, como si un escuadrón salvaje galopara en la noche. Y no ha tenido tiempo de sacar su cuchillo y de ponerlo en cruz sobre la vaina, cuando el malón invisible pasa volando sobre su techo con el ímpetu del huracán.

El jueves 28 de abril de 192., a las diez horas de la noche, siete aventureros detenían su marcha frente a la región temible que acabamos de nombrar. El que los capitaneaba, guía juicioso pero decidido, avanzó unos pasos todavía y pareció buscar alguna huella en el cerco de tunas que limitaba la calle y el páramo.

—Aquí está la entrada —rezongó al fin, volviéndose al pelotón inmóvil.

Una risa burlona estalló en la tiniebla.

—¿Y la casa del muerto? —preguntó cierta voz hermana de la risa—. Nos dirigíamos a la casa de un muerto.

El que así hablaba era un personaje de asombrosa catadura, largo de busto y corto de piernas: tanto su voz como su risa y sus ademanes anunciaban que la atmósfera de las Casas de Salud y el uso intensivo de los chalecos de fuerza no habían sido ajenos a su pasado tenebroso. El guía, que acaso no lo ignoraba, oyó la pregunta sin inmutarse.

—Por aquí arranca la huella —dijo—. No hay más que seguirla derecho, hasta dar con el zanjón y la tabla oscilante. Desde allí se ven las luces de la casa, estoy seguro.

—¡Un corno! —gruñó entonces otra voz humorística y escéptica—. Me comeré el sombrero si ese macaneador no nos mete en el barro hasta la verija.

—¿Y qué? —arguyó irónicamente el de las piernas cortas—. Es el fango del arrabal: ¡un fango sagrado!

Sin recoger la burla de aquellas palabras, el hombre de la voz entre humorística y escéptica dibujó en el aire un ademán de resignación.

—En fin —dijo—, si no hay más remedio, ¡adelante! No nos vamos a podrir aquí toda la condenada noche.

E inició la marcha rumbo al cerco de tunas. Pero se volvió al instante y arrojó una mirada inquisitiva sobre sus taciturnos compañeros.

—¡Vientre de ballena! —exclamó—. ¿Dónde se nos han metido ahora ese astrólogo infecto y ese vate de porquería?

Los dos personajes tan groseramente calificados no estaban lejos, y era fácil distinguir sus perfiles oscuros a veinte pasos de la compañía: uno de ellos, el más notable, alzaba en la noche su estatura ciclópea, no con el orgullo insolente de la materia, sino con el tranquilo imperio de un saber que ha descifrado el enigma de los Tres Mundos; el otro, flaco y sin relieve, nada tenía de inaudito, como no fuera un aludo chambergo infundibuliforme de los que se usaban antaño para cubrir las testas piojosas de metáforas. ¿Qué hacían allá, el uno frente al otro, alejados del grupo aventurero en el instante mismo en que la ley de la solidaridad los reclamaba con urgencia? Es de saber que, poco antes, el hombre ciclópeo había olfateado en la sombra el triste olor de la cicuta, y que, transmitiendo esa novedad al del chambergo infundibuliforme, ambos habían salido en busca de la planta, husmeando el aire como lebreles. Ocurrió entonces que habiéndola encontrado, uno y otro se dieron a masticar la hoja mortífera, con lo cual un enjambre de reminiscencias clásicas acudió a sus memorias y ablandó sus corazones en un inesperado retoñar de la emoción antigua que hubo de llevarlos muy cerca de las lágrimas, sobre todo cuando la patética imagen de Sócrates irrumpió en el círculo de sus recuerdos. ¡Almas generosas! Habrán permanecido allí toda la noche, saboreando el agridulce misterio de la muerte, si un coro de voces destempladas no los hubiese llamado a la realidad de este mundo.

—¡Schultze! ¡Buenosayres! —urgían las voces—. ¡Hemos encontrado la brecha!

El astrólogo Schultze y Adán Buenosayres (que no eran otros los dos personajes de la cicuta) desandaron el trecho que los distanciaba de sus amigos. Cierta nerviosidad incontenible reinaba ya en el grupo ante la inminencia de la partida: unos escudriñaban la negrura, que les oponía delante su hermetismo de esfinge; otros volvían sus ojos a la metrópoli que desertaban y cuyas luces parecían guiñarles desde lejos. Y ciertamente, aquellos varones, porteños de origen o de vocación, se habían despedido largamente de la ciudad maravillosa: todos los boliches rústicos de la calle Colodrero, desde la de Triunvirato hasta la de Republiquetas; todos los almacenes rumorosos y las cantinas hospitalarias que ofrecen un mostrador de estaño a la sed y fatiga del caminante, habían recibido el adiós de aquellos héroes magnánimos cuya religiosidad no habría consentido nunca en emprender negocio aventurero alguno sin hacerse antes propicios a los dioses que habitan las alturas mediante una libación entusiasta de aguardiente catamarqueño, guindado montevidense, caña del Paraguay, zingani de Bolivia, grappa de Cuyo, pisco chileno y otros licores favorables a tan piadosa liturgia. Ya no les quedaba sino partir, y lo harían al instante, cierto es que con las piernas no del todo firmes y las lenguas un tanto estropajosas, mas con un valor sereno que nada ni nadie podría detener.

Dada, pues, la señal del avance, los siete hombres marcharon hacia el cerco de tunas. En él, y abierta en la espinosa maraña de los cactos, había una entrada o brecha lo suficientemente angosta para que sólo pasase un aventurero de perfil. A través de tan riesgoso camino se deslizó el guía: lo imitaron al punto el

hombre de las piernas cortas y el de la voz humorística, seguidos a su vez por dos héroes que habían callado hasta entonces, el uno fortachón y bamboleante como un jabalí ciego, el otro de talla más que diminuta. Los cinco personajes así diseñados constituían la vanguardia del grupo: el astrólogo Schultze y Adán Buenosayres marchaban detrás.

Todos ellos habían cruzado la cerca y se internaban ya en el mismo campo de la aventura: bajo sus pies el terreno descendía suavemente y se acorazaba de un matorral agresivo que tendía púas o enristraba chuzos; pero los siete hombres no lo advertían quizá, tan poderosa era la exaltación de sus almas frente a esa noche argentina, pura en su lobreguez, apretada de carnes, que parecía fundir cielo y tierra, hombres y brutos en un solo bloque de oscuridad. Cansados muy pronto de quebrar sus miradas en la tiniebla de abajo, aquellos hombres no tardaron en remontarlas a las alturas. Entonces un pavor sagrado hizo latir sus corazones a la sola visión de las estrellas apiñadas en el cielo como los mil ojos de un Argos parpadeante: era un terror antiguo lo que llovía de lo alto, y un silencio en el cual parecía escucharse hasta el rumor con que los alambiques de la noche destilaban el rocío sobre la tierra. Y a partir de aquel instante una embriaguez telúrica enardeció a los expedicionarios: fue un loco desasirse de todas las ligaduras terrestres y una evasión del alma en lo maravilloso. ¡Ah!, los aventureros de Saavedra no sospechaban, en su exaltación, que a trescientos metros de allí lo sobrenatural espantaría sus ojos, cuando, al trasponer el abismo sobre la tabla oscilante, oyeran el tremendo croar de los sapos-cisnes.

El primero en dar muestras de aquel poético delirio fue Adán Buenosayres, el cual, deteniéndose bruscamente y reclamando silencio:

—¡Oigan! —exclamó de pronto—. ¡Escuchen!

Seis figuras inquietas lo rodearon al punto.

—¿Qué hay? —preguntaron algunas voces en son de alarma.

—¡Allá! —respondió Adán, tendiendo su brazo hacia el horizonte.—. ¡Oigan! ¡Es el canto del Río!

—¿Qué río? —gruñó el de la voz humorística.

—¡El Plata! —declamó Adán exaltado—. ¡El río epónimo, como diría Ricardo Rojas! ¡Ha erguido su torso venerable sobre las aguas: lleva la frente ceñida de camalotes, y entona una canción de barro, con la boca llena de barro, con las barbas chorreantes de barro!

Se oyó una risotada en la tiniebla. Pero el de la voz humorística lanzó un juramento brutal.

—¡Estamos fritos! —anunció—. ¡Se nos ha mamado el aeda!

Pero Adán insistía:

—El que no ha escuchado la voz del Río no comprenderá nunca la tristeza de Buenos Aires. ¡Es la tristeza del barro que pide un alma! ¡Es el idioma del Río!

No pudo continuar, porque se le atragantó una ola de llanto; y su cabeza rodó en el pecho de Schultze, atraída por la mano generosa del astrólogo (el mismo Schultze confesó después que había tenido la impresión clarísima de abrazar un aludo chambergo sollozante). Con el andar del tiempo fue a todos notorio que un reciente desengaño de amor había promovido esa noche tan inesperado fluir de lágrimas.

—El problema no está en el río —empezó a decir entonces el héroe de la talla diminuta—. Si evitamos las tentaciones más o menos líricas y abrimos los ojos...

Pero una mano fofa de molusco le tocó la espalda: era el hombre fortachón y bamboleante como un jabalí ciego.

—¡Alto ahí! —le dijo (y su aliento divulgó en la noche un fuerte olor de caña quemada)—. Entiendo que Buenosayres nos ofrecía una versión poético-alcohólico-sentimental del Río.

—Vuelvo a sostener que el problema no está en el río —insistió el de la talla diminuta con una insolencia muy superior a la que su escaso volumen dejaba esperar.

—¡Y yo sostengo que mientes por la mitad de la barba! —le gritó el nombre fortachón, sin advertir que su oponente no la tenía.

Al oír aquel mentís anacrónico (reminiscencia, tal vez, de lecturas clásicas harto remotas), el hombre diminuto se agitó en la negrura como si hubiese recibido un latigazo.

—¿Que miento? —gruñó—. ¡Ahora voy a decirles cómo planteo yo el problema de Buenos Aires!

No consiguió hacerlo, porque el hombre de la voz humorística intervino aquí sonoramente.

—¡Atájenlo! —imploró en la tiniebla—. ¡Por el divino Saturno, por la sagrada noche, atájenme a ese petizo! ¿No ven que ya está oliendo a Espíritu de la Tierra? ¡El muy zorro va a encajarnos otra vez su condenada teoría!

Era un llamado al orden, una exhortación a la prudencia que todos entendieron; y más aún cuando el guía, que mordisqueaba nerviosamente una boquilla de treinta centímetros, les declaró sin ambages que no los había metido en aquel potrero de miércoles para que se dedicaran al macaneo libre, sino para que llevasen a cabo una gesta de la cual saldrían o apaleados o cubiertos de laureles. Por fortuna, las razones del uno y el otro alcanzaron su objetivo; y el grupo reanudó su marcha con intrepidez, mas embarcados en un mutismo que nada bueno prometía.

Entre aquellos héroes andaba uno que sólo por milagro no había intervenido aún en la disputa: era el hombre de las piernas cortas. Verdad es que mediante algunos rezongos hostiles y dos o tres risotadas orquestales había manifestado su presencia en el transcurso de la discusión; pero el hecho de que no hubiese terciado en la misma era señal indubitable de que algún genio nocturno lo había poseído recientemente, a no ser que (y era lo más creíble) todo fuese obra del aguardiente catamarqueño hacia el cual el hombre de las piernas cortas había manifestado esa noche una devoción rayana en el fanatismo. Pero, ya fuese una razón o la otra, el caso era que nuestro héroe comenzaba ya a despabilarse y a dar muestras inequívocas de agitación. Y lo más notable sucedió cuando el mencionado héroe se puso a distribuir cigarrillos entre sus camaradas, acto insólito que nadie le había visto realizar hasta entonces y que sumió al grupo en una consternación indecible.

—¿Será un sueño? —preguntó el de la voz humorística.

—¡Un milagro! ¡Un milagro! —respondieron los otros.

Lleno de humildad, el hombre de las piernas cortas atribuyó aquel milagro a una larguera de Mercurio, dios que, según dijo, lo asistía en sus perennes tribulaciones; confesado lo cual hizo arder un encendedor automático y dio fuego a su cigarrillo. Entonces, a la luz temblorosa de la llama, pudo verse algo de su semblante: cierta nariz en forma de pico de gavilán, dos orejas enormes y apantalladas, unos labios gruesos y sensuales, indicios todos que denunciaban en él a un hijo de aquella raza predilecta, un día, de Jehová, y aventada luego como un puñado de ceniza por haber teñido sus manos crueles en la sangre de un Dios. A decir verdad, el hombre de las piernas cortas era Samuel Tesler, insigne filósofo villacrispino.

En seguida, y sin detener la marcha, Samuel Tesler hizo brillar su encendedor ante cada uno de los rostros amigos; y fue así como las cuatro figuras todavía incógnitas salieron de su anonimato. Por orden riguroso de iluminación eran las que siguen: Luis Pereda, criollista teórico, llamado hasta poco antes «el hombre fortachón y bamboleante como un jabalí ciego»; Arturo Del Solar, criollista práctico, que a la sazón oficiaba de guía; Franky Amundsen, *speaker* y animador, conocido por «el de la voz humorística»; y el petizo Bernini, sociólogo al que veníamos llamando «el hombre de la talla diminuta».

Cumplida su obra iluminante, Samuel Tesler mató la luz de su encendedor; y la noche volvió a cerrarse, más apretada que nunca. ¡Gran Dios! Fue aquel instante de avasalladora tiniebla el que se le ocurrió elegir

al filósofo para soltar su risotada. Y fue, justamente, al oírla cuando los aventureros temblaron por primera vez.

—¿De qué se ríe ahora el israelita? —preguntó Franky Amundsen no del todo seguro.

—¿Fue una risa? —dudó Pereda—. Me pareció un graznido de carancho.

Franky aseguró que se trataba de una risa humana, siempre que —según dijo— el israelita no se hubiese trocado, a favor de la noche y sin aviso previo, en un avechucho de rapiña; metamorfosis no difícil, por otra parte, ya que la estructura de su nariz le adelantaba la mitad del trabajo. Pero el filósofo villacrespense conservaba su forma, de la cual, por una increíble autosugestión, se sentía más que medianamente satisfecho.

—Venía riéndome solo —declaró— al pensar en las miserias del oído terrestre. No hace diez minutos un pobre sentimental, borracho de mitología y de algo peor, ha intentado hacernos creer que oía la voz del río.

—¿Se refiere a mí? —cacareó Adán en la tiniebla.

—¡Silencio! —dijo Franky—. El israelita tiene la palabra.

—Lo que tiene —replicó Adán con voz aguardentosa— es una tranca de padre y señor nuestro.

Al oír acusación tan injusta el filósofo dejó escapar una mezcla de hipo y de risa.

—¿Y por qué no? —dijo—. Así como Anaxágoras era un sobrio entre los ebrios, yo soy un ebrio entre los sobrios.

—¡Bien, hijo mío! —exclamó Franky abrazando a Samuel—. ¡Esa confesión te honra! El aguardiente catamarqueño es el elixir de la sinceridad.

—¿Quién habla del aguardiente catamarqueño? —le replicó Samuel, bastante picado—. Yo me refiero a una embriaguez más alta: la de Dionisos.

Pero Adán Buenosayres había montado en cólera, y forcejeaba ya entre los brazos de Schultze, asegurándole que haría en el judío un escarmiento memorable.

—¡Déjenme! —gritaba con aire de matón—. ¡Esto hay que arreglarlo ahora mismo!

—¡Un debilitado mental! —dijo Samuel con desprecio—. Sólo a un debilitado mental se le ocurre meter al río de la Plata en una figuración mitológica. ¡Bah! Un río muerto: un cóctel de agua y barro.

Al oír tan condenables palabras la indignación más viva se apoderó de los aventureros.

—¡Epa, epa! —tronó Pereda en tono de amenaza.

—¡Maldición! —gimió Franky—. ¡Ha insultado al padre Río!

—¿Qué ha dicho? —vociferó Adán—. ¡Un momento! ¡Yo le voy a enseñar a ese trompeta!

La discordia reinaba otra vez en el grupo, y Del Solar maldecía la hora en que Franky Amundsen había embarcado a ese par de locos en la aventura de Saavedra. Lleno de gravedad Franky alegaba que sólo el deseo de instruirse lo había movido a solicitar la compañía de aquel poeta neo-sensible y de aquel filósofo estupendo, cuyas borracheras, más aparentes que reales, acababan de abrir ante sus ojos un vasto panorama de ciencia ignota. En cuanto a Luis Pereda, que venía estudiando los pormenores del conflicto Buenosayres-Tesler sobre la base de un criterio rigurosamente criollista, se inclinaba ya por un duelo a cuchillo entre ambos campeones, aunque no desconocía —según dijo— la dificultad de conseguir tales armas en aquel sitio y a esa hora; pero no tardó en advertir que, dado el caso, los dos taitas podían batirse a cortaplumas (y él mismo llevaba uno de cabo de hueso que ponía generosamente a disposición de cualquiera), pues agregó que no se necesitaba llegar a la muerte de uno de los rivales, ya que un *barbijo* tradicional o un corte de oreja a oreja le parecía más que suficiente para lavar el honor de un cristiano, así tuviera dos dedos de roña encima.

Por fortuna, y en lo peor del conflicto, la armonía se restableció inesperadamente cuando Samuel, haciendo gala de una ecuanimidad que le valdría luego muchas alabanzas, declaró no haber tenido ni el más lejano propósito de ofender a su amigo Buenosayres, por el cual sentía —y no se avergonzaba de confesarlo— una devoción fraternal absolutamente indestructible, a pesar de las grandes lagunas que había descubierto en su preparación filosófica. Por su parte Adán (que no dejaba nunca de responder a esos ardientes llamados de la cordialidad humana) no esperó a que Tesler acabase su disculpa, sino que se dirigió a él con la mano tendida; y el abrazo que uno y otro se dieron en el mismo riñón de la noche hubiera enternecido a una piedra. Se mezclaron sus alientos (literalmente embriagadores); y de pronto Samuel rompió a llorar como una Magdalena, acusándose de ser un borracho innoble que acababa de insultar al mejor de los poetas amigos y de los amigos poetas. Adán, llorando a lágrima viva, juró y perjuró que Samuel no estaba borracho, sino más fresco que una rosa, y que sólo él, Adán Buenosayres, merecía el deshonor de haber ofendido, por ebriedad, a un hombre de genio que se pelaba el culo noche y día estudiando las ciencias más abstrusas. Insistió Samuel en acusarse y volvió a responderle Adán; y como ninguno cediera en aquel generoso desafío, se trenzaron de nuevo y poco faltó para que se fuesen a las manos.

Una imperiosa invitación a reanudar la marcha, que les hacía Del Solar en su carácter de jefe, acabó al fin con la efusión de aquellos hombres; y la voz del guía manifestaba tan grande inquietud, que los expedicionarios obedecieron como por instinto. Algo acababa de suceder, y era lo siguiente: poco antes, en su deseo de rehuir tan odiosas polémicas, Del Solar se había enajenado del grupo, adelantándose con resolución en las honduras de la noche; no bien se hubo encontrado solo, advirtió que un perro ladraba en la cercanía, y que a sus feroces ladridos comenzaban a responder los canes de veinte leguas a la redonda; entonces, a fuer de guía juicioso, entendió claramente que las locuras del grupo amenazaban con despertar la ira del desierto, y llamando a Luis Pereda le confió sus temores; ocurrió luego que uno y otro, con el alma en un hilo, se pusieron a escudriñar la negrura; y les pareció entonces que algunas formas horribles iniciaban en ella un sospechoso deslizamiento, lo cual bastó para que se les pusiese la carne de gallina. En aquel instante profirió Del Solar su grito de alarma, y en ese punto fue donde Pereda comenzó a silbar el tango «La Chacarita», señal de cuidado en él, ya que lo silbaba pocas veces y sólo cuando recorría las calles nocturnas de La Paternal o Villa Soldati, meditando en las futuras encarnaciones del taita porteño.

Aleccionados por el guía, los siete hombres avanzaban ahora en silencio, no sin mirar a diestra y siniestra con ojos inquisitivos: un extraño mal humor crecía en el grupo, amén de cierta nerviosidad que llegó a su ápice cuando Samuel retomó la palabra. Adoptando un grave tono de misterio, el filósofo declaró que no lo sorprendía esa naciente agresividad de la noche, ya que se acababa de profanar su silencio con charlas tan vanidosas como pueriles; añadió que, desde hacía rato (y por ciertos indicios que no era útil revelar, dada la gigantesca ignorancia de sus oyentes), había entendido él que se encontraban en un lugar sagrado a cuya naturaleza y peligrosidad no quería referirse por ahora; con todo, y a manera de anticipo, advirtió que no le asombraría si aquel perro que ladraba en la noche fuera el mismísimo Cancerbero, guardián de las puertas infernales. ¡Diablo! Las observaciones del filósofo villacrespense nada tenían de tranquilizadoras, y así se lo dieron a entender aquellos hombres impresionables. Para colmo Bernini, tal vez en alas de una folklórica reminiscencia, sugirió la posibilidad inquietante de que los perros cuyos ladridos arreciaban estuviesen acosando a un *lobisome,* aquel séptimo hijo varón de la leyenda, que desertando su forma humana se convertía en monstruo ladrador y buscaba en la noche su banquete de inmundicias. Pero Franky Amundsen, lleno de colérica urbanidad, anunció al fin solemnemente que se meaba en el silencio sagrado, en la noche augusta y en el sitio que recorrían ahora; en cuanto a la bestia que Tesler y Bernini acababan de mencionar, pidió a todo el mundo que se tranquilizase, pues aseguró que si eran atacados les bastaría con descalzar al filósofo, arrancarle una de sus medias y tirarla certeramente a las narices del monstruo, procedimiento extravagante, si se quería, pero infalible y autorizado por numerosas anécdotas clásicas. Ahora bien, ya fuese casualidad pura, ya el anuncio de aquel proyecto amenazador, lo cierto fue que al extinguirse las últimas voces de Franky el perro fantasma dejó de ladrar. Entonces al temor del grupo sucedió el asom-

bro, al asombro el alivio y al alivio la gloria de Franky Amundsen, el cual fue tenido en adelante por gran encantador y experto en conjuros. Desgraciadamente aquella gloria no tardó en deslucirse cuando Franky, haciendo gala de una soberbia desmedida, expuso formalmente su intención de agarrarse a patadas con todos los genios de la noche, ya se le viniesen juntos, ya separados.

—¡Eso es una temeridad! —exclamó el filósofo lleno de metafísica indignación—. Pero, ¡animales!, ¿dónde creen ustedes que nos encontramos?

—¡En la loma de la miércoles! —respondió Pereda sin ocultar su enojo.

—¡Hum! —replicó Samuel—. ¿Y si esto fuera un campo de batalla?

Gruñidos impacientes y risas incrédulas acogieron las palabras de Samuel. Pero el filósofo levantó al cielo un brazo imperativo.

—¡Oigan! —exclamó, arrebatado en éxtasis—. ¡Escuchen allá, muy arriba! ¿Qué oyen?

Seis narices, al elevarse, trazaron en la sombra un arco de cuarenta y cinco grados, y doce orejas parecieron escuchar atentamente.

—¡Nada! —respondió Bernini al cabo de algunos instantes—. No se oye nada.

—¡Pobres orejas terrestres! —farfulló Samuel con amargura—. Es necesario tener algo más que orejas para oír la *batalla de los ángeles.*

Aunque no los tomaba desprevenidos, la oscura revelación del filósofo causó, empero, irresistible curiosidad en algunos, escepticismo en otros y pasmo en la mayoría. Franky Amundsen, ostensiblemente alarmado, manifestó sospecharse víctima de una sordera incipiente, ya que no había oído recién la voz del Plata ni ahora el anunciado *match* de los ángeles. En cuanto a Luis Pereda, confesaba su interés en aquella dudosa trifulca de arriba, puesto que, de ser verosímil, revelaría la existencia de taitas angélicos, organizados en un vistoso malevaje celeste. Por su parte Del Solar traducía su descontento en palabrotas de un criollismo rudo, y amenazaba formalmente con «abrirse» de la expedición si no se ponía coto al macaneo. No obstante, alentado por Schultze y Adán que a gritos declaraban su interés en la materia, Samuel reclamó un silencio que le fue concedido, y tendiendo el brazo mostró al grupo las luces de la ciudad que todavía eran visibles en el horizonte.

—Ahí está Buenos Aires —empezó a decir—. Dos millones de almas...

—Dos millones y medio —le corrigió Bernini, autorizado estadista.

—Hablo en números redondos —gruñó Samuel—. Dos millones de almas que sostienen, la mayoría sin saberlo, su terrible pelea sobrenatural. Dos millones de almas batalladoras que ruedan aquí, se levantan allá, sucumben o triunfan, oscilando entre los dos polos metafísicos del universo.

—Oscuro —dijo Franky.

—Muy oscuro —asintió Bernini.

Pero el astrólogo Schultze y el poeta Buenosayres entendían.

—Hablaba de una pelea terrestre —continuó Samuel—, una pelea silenciosa e invisible. Ahora bien, no sólo intervienen los hombres en ese combate metafísico: la verdadera batalla se decide arriba, en el cielo de la ciudad. Es la batalla de los ángeles y los demonios que se disputan el alma de los porteños. ¡Oigan! ¡Es aquí mismo, en este arrabal!

—¡Desprepuciada criatura! —le observó Franky—. ¿No habíamos quedado en que sólo habitan aquí los ángeles culones?

—¿Qué ángeles culones? —preguntó Samuel desconcertado.

—Los ángeles de Schultze, esos que se dedican a incubar los futuros barrios porteños. ¡Y qué nalgas deben de tener para eso los angelitos!

Una ráfaga de hilaridad sacudió al grupo de los aventureros: el mismo Tesler, olvidando su prosopopeya, soltó una risotada que tuvo largos ecos en la noche. Pero el astrólogo Schultze, afable como siempre, no tardó en manifestar que sus ángeles incubadoras bien podían existir junto a los ángeles belicosos de Samuel, ya que unos y otros estaban signados por la acción, diferenciándose tan sólo en que los suyos respondían con mayor fidelidad a la naturaleza creadora del ente angélico, según la doctrina oriental que profesaba. En cuanto a la observación culiforme del amigo Franky, el astrólogo declaró que se basaba en un antropomorfismo de lo más grosero, y que sólo una mentalidad silvestre, como la del amigo Franky, podía vestir al ángel con la forma del hombre. Avergonzado Franky hasta la médula de sus huesos, le preguntó cuál era la forma que asignaba él a sus ángeles incubadoras; a lo que respondió Schultze que los concebía en forma de un cono recto cuyo radio fuera igual a su altura, medida ésta que les aseguraba una base conveniente a los efectos de la incubación; pero agregó, no sin reserva, que había superado ya su propia teoría, y que actualmente trabajaba en otra más verdadera y menos *pompier.* Y como Franky, lleno de humildad, le solicitara un anticipo de su nueva teoría, el astrólogo se lo negó redondamente, abroquelándose luego en un mutismo que nadie osó turbar.

Pero entre aquellos hombres había uno que no disimulaba ya su enojo: era Luis Pereda. Con voz de trueno, y aventurando grandes zancadas en la sombra, confesó abiertamente que ya estaba de ángeles hasta la coronilla, que la literatura nacional venía padeciendo una larga epidemia de ángeles, y que todo ese barullo angélico le daba ya en el mismo forro, etc., etc. A lo que Samuel Tesler, en son de amenaza, contestó preguntándole si no era más pestífera la literatura de arrabal divulgada por él y sus corifeos. Retrucó Pereda y dijo que la literatura criollista se basaba en una realidad de Buenos Aires, mientras que todo el cambalache angélico era chafalonía de segunda mano. Y Samuel Tesler lo apostrofó entonces, llamándole «agnóstico ciego» y acusándole de negar las inteligencias puras, cuando lo que realmente no existía era ese universo de taitas y compadritos a cuya glorificación venía dándose su oponente con un entusiasmo digno de mejor causa. Al oír semejante blasfemia, el criollista Pereda trastabilló en la noche como si le hubiesen dado una puñalada, y tartamudeando respondió al filósofo que dentro de una hora le mostraría dos «nenes» como para cortar el hipo.

Al mismo tiempo Adán Buenosayres, presa de indecible zozobra, confiaba un secreto íntimo a la discreción de su hermano Franky: sí, el mundo angélico existía, y él mismo, Adán en persona, luchaba con un ángel desde hacía tres meses: no era el suyo un combate cuerpo a cuerpo, naturalmente, sino algo así como la lucha de un pez que ha mordido el anzuelo y se resiste aún a los tirones del pescador. Atento y respetuoso escuchaba Franky la confidencia de su hermano Adán; y no bien hubo concluido lo abrazó tiernamente y le rogó que se calmara, asegurándole que la frescura de la noche no tardaría en disiparle aquella tranca maravillosa. Pero Adán Buenosayres, lejos de hallar un lenitivo en aquellas palabras, rompió a llorar otra vez, y lo hizo con tanto sentimiento que Franky, a pesar suyo, restañó cierta humedad en sus conjuntivas. Entretanto el combate dialéctico de Samuel y Pereda subió de tono: se agriaban ya las voces, quería intervenir el petizo Bernini y trataba Schultze de poner algún orden en las ideas, cuando un grito espantoso resonó muy cerca de allí, en la misma negrura. Inmóviles quedaron todos al oírlo: ¿qué voz era ésa?, ¿quién gritaba en la noche? Pero Franky no tardó en volver de su marasmo:

—¡Es Del Solar! —exclamó—. Algo le ha sucedido.

Corrió delante de los otros hacia el punto en que había resonado el grito, y a veinte pasos vio levantarse del suelo una figura negra que juraba y maldecía enérgicamente.

—¿Qué pasa? —interrogó Franky, reconociendo al guía en aquella figura rabiosa.

—Tropecé con algo —respondió Del Solar—. No se acerquen todavía.

—¿Qué diablo es? ¿No será un ángel cónico?

—Ángel no es —rezongó Del Solar—. ¡Tiene un olor que voltea!

En efecto, a medida que se acercaban a Del Solar, los expedicionarios advertían en el aire una pestilencia de origen dudoso.

—¡Es un cuerpo muerto! —exclamó al fin el petizo Bernini.

No tardaron en llegar junto a una forma oscura que se alargaba en actitud yacente sobre la tierra: el hedor era ya insoportable, y todos contenían sus respiraciones, menos el astrólogo Schultze que aspiraba con delicia el aire emponzoñado, sosteniendo ascéticamente que aquel aroma «a un tónico formidable para el alma. En seguida la identidad de aquella forma embarcó al grupo en las más extraordinarias conjeturas; pero Samuel Tesler hizo funcionar a tiempo su encendedor famoso, y a la luz escasa de la mecha el enigma quedó esclarecido: la masa oscura que había hecho caer a Del Solar era un caballo muerto.

Fantasmagórico resultaba el aspecto del animal bajo la luz fantasmagórica del encendedor automático: era un cebruno pampa, feo como él solo, cabezón y patudo, cuya osteología se destacaba en relieve bajo la piel raída y sucia; tenía sus dos ojos inmensamente abiertos a la noche (el de la izquierda reventado tal vez a picotazos por algún carancho madrugador), y su belfo caído manifestaba unos dientes gastados y sarrosos, de entre los cuales Adán, llorando casi, extrajo una brizna de hierba que no sería masticada jamás por el cebruno. El pobre animal, según observaba Schultze, trató acaso de levantarse en la hora de su agonía, pues debajo de sus remos la tierra estaba removida y en desorden. Pero lo que más, interesó al astrólogo fue el montón de bosta final que yacía bajo la cola del bruto y que le arrancó algunas reflexiones profundas acerca del *ars cacandi* en su relación con la muerte.

No es difícil adivinar el tenor de las elegías que aquellas almas piadosas dedicaron al cebruno yacente. Franky Amundsen, con sus ojos puestos en el animal, daba señales de haber caído en una meditación tristísima que se concretó al fin en esta desconsoladora sentencia:

—¡Lo que somos!

—¡Pobre mancarrón! —dijo Bernini, dando una patada en la carroña—. Su propietario lo abandonó aquí para que reventara sin jorobar a nadie.

—¡Debe ser un gringo bruto! —protestó Del Solar—. Ningún criollo abandonaría su mancarrón en esta forma.

El grupo entero se adhirió a las amargas reconvenciones del guía. Y Del Solar, así estimulado, se puso a maldecir el destino de la caballada criolla que, después de haber entrado heroicamente en todas las gestas nacionales, había caído en torpes manos cocheriles y arrastraba un deshonor cuya magnitud era patente ahora en aquel noble corcel, víctima de un urbanismo traicionero que amenazaba con envolver en sus redes lo más puro de la tradición argentina. Arrebatado en su propia elocuencia, el guía recitó después los versos memorables:

Caballito criollo
del galope corto
y el aliento largo...

que, por otra parte, ya estaban en la imaginación de todos los aventureros; y concluyó por descubrirse ante la bestia derrotada, gesto reverencial que fue imitado por los otros, dio lugar a un abatirse unánime de sombreros y reveló cuan cerca estaba de aquellos corazones el espíritu seráfico de San Francisco. En seguida, como si la sangre de Martín Fierro se alborotara en sus arterias, Franky Amundsen habló a su vez para solidarizarse con el guía: dijo que, a pesar del urbanismo traidor, las virtudes del centauro resplandecían aún en la raza, ya que dentro de todo argentino había un caballo *in potentia,* como acababa de revelarlo el brillante orador que lo había precedido en el uso de la palabra. Por su parte Adán, sin más auditorio que

Schultze y la noche, improvisaba una confusa elegía en la que desfilaban los atardeceres de Maipú, sus auroras radiantes, y cien caballos que redoblaban la tierra sonora como un tambor, en ciertos mediodías cuyo gusto paradisíaco aún duraba, según expresó, en la lengua de su alma.

Entendiendo Franky Amundsen que tan melancólicas ideas podían quebrantar el ánimo de sus compañeros de aventura, extrajo de su pantalón una botella chata, de metal rutilante que se adaptaba maravillosamente a su bolsillo posterior y acerca de cuya capacidad el ojo menos clínico podía formular los pronósticos más halagüeños. Uno a uno los expedicionarios hicieron uso y abuso de la botella prodigiosa; y luego, a invitación del guía, reanudaron la marcha, no sin despedirse del cebruno muerto con una mirada final. Pero no habían avanzado mucho cuando Del Solar se quedó inmóvil y como presa de una honda turbación.

—¡Estamos frescos! —dijo, volviéndose a sus camaradas.

—¿Qué sucede ahora? —le preguntó Franky.

—¡Nos hemos perdido!

La novedad no era grata, y los héroes exteriorizaron su descontento mediante gruñidos y murmuraciones que nada tenían de amistosos.

—¡Vaya un guía! —rezongó Franky.

—¡Ustedes tienen la culpa! —exclamó Del Solar en tono agresivo—. Con sus malditas discusiones me han hecho perder el rumbo.

Al oír aquellas injustas palabras el descontento del grupo alcanzó proporciones de motín: se oían en la negrura voces hostiles, risas malévolas y amenazas de una deserción general. Pero el astrólogo Schultze intervino aquí.

—¡Un momento! —gritó—. ¡Un momento!

Y volviéndose al guía:

—Vamos a ver —le dijo—, ¿dónde arrancaba la huella?

—A la altura de la calle Colodrero —respondió Del Solar.

—¿Qué dirección sigue la calle?

—Noroeste —aseguró Pereda, que por altas razones de criolledad tenía el plano de Buenos Aires bien metido en el encéfalo.

—¿Esa huella sigue la misma dirección de la calle? —insistió Schultze.

—No —respondió ahora Del Solar—: se desvía un tanto a la derecha.

—¿Bastante?

—Yo diría unos cuarenta grados.

—¡Hum! —concluyó Schultze—. Quiere decir que la huella sigue un norte casi perfecto.

El astrólogo alzó entonces la cabeza y pareció buscar algo en la inmensidad estrellada.

—¡La Cruz del Sur! —exclamó al fin—. En este momento su eje mayor, formado por las estrellas *alfa y gamma,* es casi perpendicular al horizonte. Y la estrella *gamma* nos está indicando el rumbo.

Al terminar sus observaciones el astrólogo Schultze reinició la marcha, constituyéndose así en cabeza del pelotón, sin acordarse del guía que silenciosamente rumiaba su fracaso. Aquellos hombres avanzaban ahora con la seguridad que les ofrecía la ciencia y el renovado fervor de su aventura: la tierra libre y anchurosa extendíase delante de sus pies, y el cielo austral los envolvía en la mirada escrutante de sus estrellas. Cierto es que nada veían en la negrura, pero a sus oídos llegaban, en cambio, los cien rumores de la noche: ya un batir de plumas, ya una vibración de élitros, ya un roce de hojas, ya un crujir de ramas, todo el instrumental, en fin, con que seres invisibles trabajaban el duro bloque del silencio; y a sus narices venía el

fuerte aroma de los campos otoñales y el olor de la tierra pesada de semillas. Un jirón de viento, llegado quién sabe de qué lejanía, azotó de pronto la cara de los héroes y los embarcó en diversas conjeturas: Adán Buenosayres, que todo lo veía en imagen, lo tomó por el mismo resuello de la pampa; en cuanto a Samuel Tesler, declaró respirar en aquel soplo una «enorme frescura de diluvio», y añadió que su olfato en esa materia le venía directamente de su antepasado Noé. Por su parte Del Solar, aspirando el viento como si lo bebiera, no tardó en reconocer el olor de las parvas fragantes, el de los rastrojos en abril, el de las cascarrientas majadas, el de los trebolares húmedos y el de los duraznillos que arden en humosos fogones. Y aunque Franky no dejó de manifestar sus dudas acerca de tan monstruosa capacidad olfativa, lo cierto era que todos, con orgullo legítimo, acariciaban la noción de aquella patria inmensa, de aquella patria desnuda y virgen, de aquella patria niña y como brotada recién de las manos de su Creador. El orgullo se hizo ternura cuando el poeta Buenosayres, trasladado en sueños a las de Maipú, se dio a cantar así:

En mi pobre rancho,
vidalita,
no existe la calma,
desde que está ausente,
vidalita,
el dueño de mi alma.

A lo que Del Solar contestó, presa de las nostalgias del norte:

Amalaya fuera perro,
mi palomita,
para no saber sentir,
¡adiós, vidita!
El perro no siente agravios,
mi palomita,
todo se le va en dormir,
¡adiós, vidita!

Oído lo cual Franky Amundsen respondió con esta copla llena de sentimiento:

Una vieja estaba meando
(y adiós, que me voy)
debajo de una carreta
(¡cuál será su amor!),
y los bueyes dispararon
(y adiós, que me voy)
creyendo que era tormenta
(¡cuál será su amor!).

No podía faltar en aquel certamen la voz de Luis Pereda, el cual, con muy buena gracia y quebrándose todo, echó al viento la siguiente copla:

De arribita me he venido
(la pura verdad),
pisando sobre las flores
(vamos, vidita, bajo el nogal):

Como soy mocito tierno
(la pura verdad),
vengo rendido de amores
(vamos, vidita bajo el nogal).

Por desgracia no todos los aventureros de Saavedra se habían entregado a tan saludable lirismo. Uno había, entre los siete, que desoyendo el reclamo de las Musas ocupaba su atención en rastreras especulaciones de índole científica: me refiero al ilustre y nunca suficientemente alabado petizo Bernini. Este hombre (si es que podemos calificar de tal a un metro y cincuenta de estatura indiscutiblemente humana) se había esmerado en corregir la mezquindad con que Natura lo tratara en su aspecto físico, entregándose desde la niñez al estudio de las más curiosas ciencias. Las dos razas heterogéneas que habían concurrido a su gestación peleaban en él —según decía— la más feroz de las batallas: cierto era que su costado anglosajón lo solía inducir en un pragmatismo agudo y en feas bacanales racionalistas; pero también lo era que su costado latino, mediante una sublimación a la que nunca fueron del todo extraños los líquidos espirituosos, lo arrastraba frecuentemente a locuras dionisíacas que constituían otros tantos bofetones dados en la mejilla izquierda de la diosa Razón. Con el mismo arco el joven héroe tocaba la medicina, la historia, la geografía, la numismática, la sociología, la estética y la metafísica. Y es fama que, leyendo la *Crítica de la Razón Pura,* lo había puesto a Kant en terribles apuros, escribiendo en las márgenes de su obra: «Estás macaneando, viejito», «Aquí te agarré, Manolo», y otras objeciones no menos agudas. Empero, los que admiraban la erudición del petizo venían lamentando últimamente su debilidad por cierto género de estadística *non sancta* cuyo verdor subido no era compatible con el decoro de la ciencia. Digo, pues, que Bernini, cerrado a la cháchara del grupo, revolvía en su mente alguna concepción original; y lo que meditaba no debía de ser moco de pavo, ya que al influjo de sus ideas Bernini respiraba con hondura, tendía sus brazos y los dejaba caer, hería la tierra con sus talones y daba tales muestras de agitación que sus compañeros no tardaron en advertirlo.

—¿Qué te pasa, che? —le preguntó al fin Del Solar—. ¿Te has vuelto loco?

El petizo refunfuñó en la noche un pedazo de idioma que concluyó así:

—Es cosa mía. Pensaba.

—¿Pensabas? —le dijo Franky—. Suponiendo que tal fenómeno sea posible, ¿qué pensabas?

—¡No quiero hablar! —gruñó Bernini con resentimiento—. Hace poco no me dejaron hablar, y tuve que callarme la boca, justamente cuando todo el mundo desbarraba.

—Eso no —dijo entonces Pereda—. ¡Que hable! Aquí todo el mundo tiene voz y voto.

La risa de Franky se desgranó en la tiniebla.

—¡Si no busca otra cosa! —exclamó—. A ese petizo mañero lo conozco yo como si lo hubiera llevado en mis entrañas maternales.

—No vale la pena —dijo Bernini, rindiéndose a la solicitud de sus camaradas—. Venía pensando que recorremos ahora el antiguo fondo de un mar.

—¡Epa, epa! —gritó Franky—. ¡Ojo al petizo!

—El terreno pampeano —insistió Bernini— es de formación marítima. La pampa entera es el vasto lecho de un mar que se debatía contra los Andes y que se retiró luego.

Dos o tres voces indignadas estallaron en la negrura:

—¡Ojo al petizo!

—¡No está demostrado!

—¡El petizo macanea!

—Y no es que me complazca en el solo aspecto científico de la teoría—concluyó Bernini—. Lo que me interesa es otro asunto.

—¿Qué asunto? —le preguntó Schultze.

—Que la voz del mar estará presente cuando se haga oír el Espíritu de la Tierra.

Gritos hostiles y risas homéricas acogieron las últimas palabras de Bernini.

—¡Lo ha vomitado! —exclamó Franky lleno de asombro.

—¿Qué ha vomitado nuestro insigne petizo? —interrogó Del Solar.

—El Espíritu de la Tierra. ¡Lo tenía en el buche!

Sea cual fuere la intención que llevaban los expedicionarios al iniciar el viaje, nunca debieron proferir en aquel sitio y aquella hora palabras cuyo valor mágico fuera capaz de abrir en la negrura los invisibles portales del misterio. Hasta entonces, pese a las numerosas irreverencias de su lenguaje, nada fuera de lo común se había ofrecido a la consideración de los exploradores. Pero la figura extraordinaria que se les apareció en aquel instante se salía del orden natural que preside las cosas de este mundo: aborto de la noche, aquella figura parecía el fantasma de un peludo gigante cuyo enorme caparazón irradiaba cierta luz fosforescente muy viva; e incurable hubiera sido tal vez el asombro que al verlo se apoderó de los excursionistas, si el petizo Bernini, gracias a la parte anglosajona de su complexión, no hubiese identificado en aquel monstruo al tan viejo como ilustre Gliptodonte de nuestras pampas.

La vejez del animal era paleontológica: su caparazón estaba lleno de resquebrajaduras, y la sal de mil siglos había cristalizado en él, formándole una segunda costra no menos resistente; del caparazón salían cuatro patas gigantescas rematadas en uñas comidas y sucias, y una testa insignificante hasta lo ridículo, que el Gliptodonte levantaba con mucha dignidad. Pero lo que más asombró a los aventureros fue la cara del monstruo, llena de costurones y provista de una boca desdentada, narices cubiertas de cierto moco antediluviano y dos ojitos a través de cuyas lagañas fósiles corría un mirar sin rumbo y como extraviado en el recuerdo de bárbaras tristezas geológicas.

Interrogado por el astrólogo Schultze sobre si era mortal, inmortal o ser intermedio, el Gliptodonte no vaciló en presentarse a sí mismo como el Espíritu de la Tierra que su Gran Sacerdote Bernini, allí presente, acababa de invocar. Y como Schultze le preguntase la razón de su venida, respondió que llegaba con el solo propósito de salvar el error divulgado hacía un instante por su Gran Sacerdote Bernini, cuyas teorías acerca del *loess* pampeano revelaban una erudición macarrónica evidentemente adquirida en manuales de tres por cinco. Fluctuando entre su indignación y su respeto, el Gran Sacerdote Bernini le preguntó en qué había errado; a lo que respondió el Gliptodonte que su error consistía en inventarle un origen marítimo al *loess* de la pampa.

—¿Y qué pruebas hay en contra? —lo desafió Bernini.

—La falta de *horizontes* que denuncien transgresión o regresión marina.

—¿Y los restos fósiles? —insistió Bernini encocorado.

—¿Y el sedimento de carácter esquistocristalino? —retrucó el Gliptodonte, que no cejaba.

Vencido y humillado, el Gran Sacerdote Bernini debió retirarse de la liza; y entonces fue cuando Schultze, dirigiéndose al monstruo, le rogó por el erebo y la noche, por el alma de Darwin y la sombra de Ameghino, que se dignase revelar a unos tristes viandantes el origen auténtico del *loess* pampeano. A lo que el Gliptodonte refunfuñó que se habría evitado esa molestia si su Gran Sacerdote Bernini hubiese leído los trabajos de Roveretto, Bayer, Ritchtofen y Obermayer, en lugar de perder su tiempo, como lector furtivo, en las roñosas librerías de viejo de la calle Corrientes. A continuación, y tras una pausa doctoral, el Gliptodonte afirmó que el *loess* pampeano tenía un origen eólico:

—*In principium* —declaró solemnemente— la pampa era una base cristalina formada por estructuras montañosas; o mejor dicho, era un relieve periférico de rocas metamórficas y eruptivas; o más claro aún, la pampa era una gran *llanura de destrucción.*

—¿Y por qué? —interrogó Del Solar, en cuyos patrióticos oídos la palabra «destrucción» había sonado mal.

—Porque gracias a un clima relativamente cálido y seco —respondió el Gliptodonte—, las rocas metamórficas, sedimentarias y cristalinas del relieve sufrían, *in situ,* un proceso de alteración hidrolítica o laterización parcial. ¡Señores, el relieve se destruía!

—¿Y el origen eólico? —preguntó aquí Adán Buenosayres, musajeta que acariciaba ya en sus oídos una ilusión de arpas antiguas entregadas al soplo del aire.

—A eso voy —dijo la bestia fantasmal—. Un gran viento soplaba entonces del oeste, un viento implacable que arrancaba el material en destrucción y lo conducía desde la parte alta de los relieves montañosos en que por sí mismo se había formado hasta los valles y planicies. Así se formó el *loess* pampeano; y su estructura demuestra que, después de su sedimentación, no ha sufrido remociones ni acuáticas ni eólicas.

—¡Debió ser un viento fenomenal! —exclamó entonces Pereda, que aún se debatía entre los brazos de la duda.

—¡Ja! —rió el Gliptodonte—. ¡Miren ustedes por mi ojo derecho! Uno a uno los siete hombres miraron por el ojo del fantasma. Y vieron un paisaje dilatado, estéril y triste, cuyos relieves montañosos iban desdibujándose al soplo de un viento feroz que los mordía, les arrancaba el material a pedazos y lo hacía rodar en polvorientos remolinos: nubes de arena oscurecían el sol o se posaban lentamente como la ceniza de una erupción volcánica; y en medio de aquel simún grandes bestias, armadas y acorazadas hasta el delirio, recorrían pesadamente la extensión, hurgando con uñas y hocicos la pampa mineral en busca de algún sustento.

El espectáculo era desolador, y los excursionistas de Saavedra se quedaron mudos como estatuas. Pero el astrólogo Schultze, no sin agradecer al espectro la valiosa lección de geología que acababan de recibir, le preguntó si llevaría su amabilidad hasta el extremo de responder a dos o tres cuestiones que deseaban plantearle sus amigos, todos ellos hombres de reconocida notoriedad en el campo de las artes y las letras. Y como el fantasma dijese que sí, le preguntó Samuel cuál sería el origen de los contingentes humanos que sin duda poblarían en lo futuro aquella comarca desierta. El Gliptodonte pareció vacilar aquí, dijo entre rezongos que la revelación de lo futuro le estaba prohibida; y acabó por insinuar que la formación etnográfica de la llanura correspondería en mucho a su formación geológica, ya que los contingentes humanos a los que Samuel acababa de aludir se formarían también con elementos de destrucción, acarreados desde los ocho rumbos del Globo hasta nuestras llanuras por el terrible y nunca dormido viento de la Historia.

Más que satisfecho quedó el filósofo villacrespense con la misteriosa profecía del Gliptodonte. Y la condescendencia del animal habría llegado tal vez a lo sublime, si Franky Amundsen —un gusano escéptico en la roja manzana del ideal— no se hubiese dirigido a él para preguntarle redondamente si su estructura pe-

ludiforme algo tenía que ver, al menos en símbolo, con un famoso líder que a la sazón era el encanto de las masas y la delicia de las Musas. Ofendido en su honor milenario, el Gliptodonte le respondió que no estaba dispuesto a escuchar zonceras, ni a firmar autógrafos, ni a dejarse reportear, ni a servir los intereses de la baja politiquería; dicho lo cual amenazó muy seriamente con meter violín en bolsa y regresar a sus fantasmales dominios. Pero antes de que lo hiciera, su Gran Sacerdote Bernini le preguntó devotamente si no quería dejar algún mensaje para las generaciones futuras. Oído lo cual, y respondiéndole con un gesto afirmativo, el Gliptodonte levantó su cola, dejó caer al suelo tres grandes esferas de bosta fósil y se borró en la negrura que lo había engendrado. Ahora bien, afortunadamente aquel mensaje no se ha perdido: una de las aludidas esferas está hoy en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, erróneamente clasificada como aerolito; la otra, en el Museo Histórico, figura como proyectil de mortero arrojado en la Guerra del Paraguay; la última, sostenida por dos cíclopes de hormigón armado, representa el globo terrestre en la cúpula del diario *El Mundo.*

La aventura del Gliptodonte (como se la llamó después) habría bastado para desenfrenar la imaginación de cualquiera, y mucho más la de aquellos hombres, tan avezados al peligroso juego de la fantasía. Lo cierto es que, apenas el monstruo se hubo desvanecido en la noche, según lo confesaron más tarde los mismos héroes de la gesta, una gran confusión se introdujo en el entendimiento y la memoria de todos, una mezcla extraña de lo real y lo aparente, de lo histórico y lo legendario, de lo posible y lo absurdo. Claro está que la botella metálica de Franky Amundsen, puesta en circulación con una frecuencia tan generosa como alarmante, no fue del todo ajena ni al desarreglo de las almas ni a las visiones y espejismo que se sucedieron a continuación hasta que la aventura de «la tabla oscilante» les puso fin. Y lo que más exaltaba la fantasía del grupo eran los misterios geológicos y estratigráficos que seguían aún en el tapete y alrededor de los cuales giraban como abejas las más azarosas hipótesis. Pero el astrólogo Schultze no tardó en manifestar su aburrimiento.

—¡Qué me importa la tierra! —exclamó al fin desdeñosamente—. Lo que me preocupa es el hombre. Al fin y al cabo la tierra sólo es un estadio, ¡uno solo!, del Hombre Universal.

—De acuerdo —tronó Samuel Tesler—. Pero, ¿qué cosa es el Hombre Universal?

—¿Qué cosa? —respondió Schultze—. Es el HOMBRE, con mayúsculas.

Franky Amundsen alzó los brazos al cielo pletórico de estrellas.

—¡Oh, sabiduría! —gritó como arrebatado—. ¡Qué definición insondable! ¡Adiós, Perogrullo!

Y dirigiéndose a Del Solar:

—¡Atención! —le sopló al oído—. El Neocriollo no anda lejos.

Pero Bernini regresaba otra vez a la palestra, y su costado anglosajón parecía más despierto que nunca.

—Eso es —dijo—, hablemos del hombre. ¡Hasta en eso la pampa se lleva todo el honor!

—¿Cómo? —le preguntó Samuel—. ¿Qué honor es ése?

—¡Casi nada! —rió Bernini—. El *terciario* del mundo entero se hallaba sumido en la más terrible animalidad, cuando los primeros hombres aparecían en nuestras llanuras.

El golpe de risa que sacudió al filósofo villacrespense tuvo largos ecos en el paisaje.

—¡No es chacota! —se indignó Bernini—. Es una verdad ya demostrada, ¡y por un argentino!

—Por un argentino, desgraciadamente —sentenció Del Solar con amargura—. Si lo hubiera demostrado un franchute o un alemán, este señor —y señaló a Tesler— se lo tragaría con piolín y todo. ¡Pero es necesario que hasta el hombre primitivo nos llegue de Europa!

—¡Yo no he dicho nada! —protestó Samuel.

—Nadie ha nombrado a Europa —dijo Schultze.

—Y si no —vociferaba el petizo—, ¿en qué otro *terciario,* fuera del de la pampa, se han descubierto huellas del *Homo Sapiens?*

—En ninguno —le respondió Schultze—. Habría que buscarlas, no en la tierra, sino en el fondo marítimo del océano Atlántico.

El estupor de los aventureros no conoció límites al oír aquella extraña novedad. Pero el astrólogo se apresuró a devolverles la calma.

—¿Alguno de ustedes ha leído el *Critias* de Platón? —dijo serenamente.

—¡Sus putanescos libros! —rezongó Franky—. ¡El pobre tiene un corso a contramano en la pensadora!

Por desgracia, tanto Adán Buenosayres como Luis Pereda y Samuel Tesler habían leído el *Critias.* Y la ya inevitable discusión fue desatada por el mismo astrólogo, el cual declaró entender que a la Atlántida sumergida le tocaba el honor de haber sido la verdadera cuna del hombre. Como Schultze afirmara luego que los atlantes legendarios eran de raza roja, Samuel Tesler, lleno de ironía, le preguntó en qué motivos fundaba tan azarosa hipótesis. A lo cual respondió Schultze que, siendo la creación del hombre una factura de la caridad divina, los primeros humanos fueron necesariamente rojos, ya que, según el simbolismo de los colores, el rojo pertenece a la caridad. Y como Samuel Tesler no le replicara sino con una risita de mal agüero, entró en danza Bernini para sostener que la tesis del astrólogo carecía de *rigor científico*; a lo que Adán Buenosayres, medio encocorado, repuso que, afortunadamente, le sobraba *rigor poético.* Era indudable (al menos para Schultze) que los descendientes de Neptuno y de Clito, después de alcanzar en la Atlántida una civilización asombrosa, se desparramaron en toda la tierra, ya fuese por instinto neptuniano de la navegación, ya por necesidad de conquista, ya por huir del bárbaro despotismo que los últimos reyes atlantes ejercieron y que le valió a la isla el terrible castigo del dios mojado. Y era indudable para los aventureros de Saavedra que Schultze macaneaba como jamás lo había hecho mortal alguno en el triste planeta que habitamos; por lo cual, y a medida que hablaba el astrólogo, un fuerte aire de zumba iba levantándose del grupo. El aire se hizo viento cuando Schultze aseguró que la civilización de los Incas y la de los Aztecas fueron lejanos vestigios de otra mucho más antigua que floreció en América del Norte y que, a su vez, era un reflejo colonial de la madre Atlántida. Pero cuando el astrólogo se atrevió a sostener que nuestros aborígenes descendían de aquellos focos norteños; o mejor aún, de grandes contingentes que por desertar la servidumbre o la guerra se habían desplazado hacia el Sur y habían descendido luego a la barbarie; cuando Schultze hubo soltado ésa y otras especies que volvían a convertirnos en la resaca del mundo, entonces el viento de zumba se hizo tempestad; y el gozo público se manifestó en silbatinas entusiastas, *panes franceses,* exclamaciones obscenas y pedorreos de imitación bucal, estos últimos debidos a Franky Amundsen, cuya excelencia en tan difícil arte le había ganado no pocos admiradores. Pero aquella hermosa fiesta del espíritu no tardó en verse malograda cuando el petizo Bernini, que no se dormía sobre sus laureles, empezó a dar señales nuevas de agitación.

—¡El origen de los indios americanos! —farfulló no sin resentimiento—. ¡Más valiera que nos ocupásemos de su destino final, aunque sólo fuese para dedicarles un recuerdo piadoso!

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —le preguntó Franky Amundsen, artista del pedorreo.

—¿No eran los dueños naturales de la pampa? —se lamentó Bernini—. ¿Qué derecho tenían los blancos para invadir la tierra de los indios y exterminarlos como a bestias feroces?

Franky abrazó al petizo y estampó en su frente un ósculo reverencial.

—¡Un corazón de oro! —explicó—. ¡El más ultrasensible de los enanos!

—Un sentimental —corrigió Schultze—. Si conociese algo de historia o de metahistoria, no lamentaría ese choque violento de dos razas, una sin destino ya, la otra con misión.

—¡Eso es militarismo puro! —le gritó Bernini.

—¡Un bárbaro teutón! —dijo Franky—. Todos estos boches tienen la cabeza en forma de obús.

Pero el astrólogo se mantenía irreductible.

—El mundo se renueva por la lanza de Marte —anunció—. Es la lanza que destruye para reconstruir.

—¡No! ¡No! —protestaron algunas voces en la aniebla.

—¡Sí! ¡Sí! —admitieron otras.

Y sucedió entonces que Bernini, olvidándose al fin de su costado anglosajón, dio vía libre a su costado latino y se puso a llorar como un becerro.

—¡Pobres indios! —lloriqueaba—. ¡Exterminados hasta el último, aquí mismo, en esta misma tierra que pisamos ahora!

Un impetuoso redoble como de cien caballos que se les viniesen encima llegó de pronto al oído alerta de los aventureros, mezclado con el aullar de cien gargantas que proferían en la noche cien gritos unánimes: *¡Winca!* ¡Matando! *¡Winca!* Los héroes, al oírlo, giraron sobre sus talones, ya en posición de fuga. Pero no salieron de su inmovilidad, pues el mismo clamor les llegaba de todos los rumbos, como si estuviesen cercados ya por un cinturón de bocas amenazantes: ¡*Winca*! ¡Matando! ¡*Winca*! No habían salido aún de su estupor cuando vieron destacarse de la tiniebla una figura ecuestre que a todo galope se les acercaba: tanto el jinete como su caballo despedían cierta luz verdosa como de fantasma o gente de otro mundo; pero el jinete mostraba una desnudez hercúlea bien amenazadora por cierto, y se revolvía sobre su caballo como un demonio gesticulante. Cuando estuvo a cinco pasos de los aventureros, el jinete, con un bárbaro tirón de riendas, hizo clavar en el suelo las cuatro patas de su cabalgadura; y aulló, blandiendo sobre las siete cabezas enemigas un lanzón adornado con plumas de flamenco: *¿Bicú, picué, tubú, picá, linquén, tucá, bicooooo?* Como ninguno de los siete le respondiera, el indio volvió a gritarles, traduciendo quizá su anterior pregunta:«*Wincas* de mierda, ¿con permiso de quién pasando?» Y amenazó en seguida: «No siguiendo camino sino pagando.» Entonces uno de los héroes, obedeciendo a cierta iluminación repentina, extrajo una botella chata y reluciente que traía en su bolsillo y la manifestó a los ojos del salvaje: «¡*Winca* engañando! —bramó el jinete sin ocultar su desconfianza—. ¿Qué habiendo en el gualicho brillante?» Sin decir palabra el héroe anónimo destapó la botella y acercó su gollete a la nariz del indio, el cual, transfigurado y como en éxtasis, exclamó entonces: «¡Peñí, hermano!» Y como demostrase urgentes deseos de entrar en contacto con la botella mágica, el astrólogo Schultze le rogó que antes dijera su nombre. Oído lo cual el salvaje se presentó a sí mismo con orgullo: «Ese soy el cacique Paleocurá.» Sin advertir el asombro que originaba en el grupo, el cacique Paleocurá desmontó de un salto, se acercó al héroe de la botella, lo abrazó estrechamente y lo alzó en vilo, gritando hasta perder el aliento: *«¡Aaaaaaaah!»* Y cien fantasmas invisibles, golpeándose la boca con la mano, respondieron en la noche: *«¡Ba, ba, ba, ba, ba, ba!»* La misma ceremonia se cumplió entre el cacique y los demás expedicionarios. Y concluida la salutación, Paleocurá dijo con rústica diplomacia: «Dando el gualicho brillante, y pasando.» La botella mágica le fue concedida por aclamación, y el cacique, llevándosela rápidamente a la boca, estuvo mirando las estrellas durante cinco minutos. *«¡Yapay!»*, gritó al fin, tendiendo el gualicho brillante a su legítimo propietario. *«¡Yapay!»*, respondió éste, y se mandó una gárgara no menos astronómica. Un brindis igual cambió el salvaje con todos y cada uno de los exploradores; y, devolviendo al fin la botella vacía, montó de un salto, dibujó un saludo con su lanza y se alejó a media rienda. Poco después el redoble de cien caballos invisibles se perdía en la noche.

Del Solar no justificaba el anacrónico lamento de Bernini por la extinción de una raza que, al fin y al cabo, atañía más a la prehistoria que a la historia de los argentinos. Pero (ahí estaba la madre del borrego), aquella raíz indígena, poco antes de morir, había dejado en la pampa un retoño doliente, una heroica prolongación de su sangre, un tipo crucial, flor de la guerra. Y al oír estas observaciones del guía, una sola imagen acudió a la mente de los aventureros y llegó a sus labios en forma de palabra: ¡el Gaucho!

—El gaucho —asintió Del Solar en tono fúnebre—. Nacido del amor o del odio (¡quién lo sabe!), lo vemos trabajar en los cimientos de la patria, oscuro, sí, pero con la oscuridad admirable de los cimientos que, bajo tierra, sostienen toda la gracia exterior de la arquitectura.

—La imagen es buena —reconoció Adán Buenosayres, a fuer de perito.

—Literaria —objetó Bernini.

—Un plagio evidente —calumnió Franky.

A pesar de todo, la mayoría de los héroes demostró con su actitud piadosa que se entregaba sin reservas a la emoción de aquel recuerdo. Pero en el grupo había dos hombres cuyo corazón, endurecido tal vez en el polo glacial de la metafísica, no daba señales de ningún enternecimiento: eran Samuel Tesler y el astrólogo Schultze.

—¡Peste de literatura! —refunfuñó Samuel—. Se ha inventado una fábula increíble alrededor de un pobre mestizo. El gaucho de la leyenda no existió jamás.

—¿Que no ha existido? —gritó Pereda lleno de santa indignación—. Desde los viajeros coloniales hasta los cronistas del siglo pasado...

—No hace falta ir tan lejos —lo interrumpió Adán—. Yo he visto al gaucho, allá, en Maipú, al gaucho de leyenda, con su chiripá, sus botas de potro y su alma grande: ¡mi amigo Liberato Farías, el domador!

Pero Schultze intervino aquí resueltamente:

—Admito la existencia del gaucho —declaró—. Pero si fue como lo describe la poesía, si fue rebelde a todo sistema de orden, sin principios jerárquicos, matón y vagabundo, me parece bien que haya desaparecido.

¡Dios, y qué revuelo se armó en el campo de los criollistas no bien hubo proferido Schultze tamaña blasfemia!

—¡Si el gaucho ha muerto —le gritó Del Solar—, es porque lo mataron los gringos como usted!

—La derrota de Santos Vega —sentenció Adán misteriosamente.

Fue un lejano bordoneo de guitarras lo que llegó entonces al oído de los exploradores: una vibración de cuerdas llorosas que parecía traer el viento desde algún horizonte y que viboreó en el aire como un escalofrío de música. Y un gran silencio se hizo de pronto, como si la llanura entera, refrenando el aliento, se dispusiese a escuchar con sus mil orejas invisibles. Rápidamente crecía el rasgueo de la vihuela misteriosa, o rápidamente se acercaba, tal como una canción que viniese a ellos en el anca de un caballo al galope. Y no tardó en oírse una voz humana entretejida con el zumbar de las cuerdas, una voz fantasmal cuyos vocablos oscuros escapaban al entendimiento de los héroes, pero se hundían en sus almas como si fueran los mismos facones de la tristeza: vocablos dulces como un recuerdo de mañanas difuntas; palabras en llanto, como las que se abandonan sobre la tumba de un amor sin retorno; clamores de guerra, enarbolados como lanzas a mediodía, o sollozos contenidos que revientan al fin en la caja de un cuerpo y en la de una guitarra; y cierto idilio agreste, ya olvidado en el Sur, o la melancolía que brota, como un jugo amargo, de los cielos australes, redondos como frutas. Todo eso decía el canto nocturno; y al oírlo vibraba la cúpula del éter, y parecían acercarse las estrellas, y tiritaban los pastos, y enmudecía el orbe. Y en el momento en que la canción estallaba como una tempestad sobre sus cabezas, los excursionistas, despavoridos, vieron levantarse del Naciente la figura de un hombre a caballo que resplandecía toda como si fuera de metal bruñido, y en cuyos brazos descansaba una vihuela muda que parecía, sin embargo, la fuente o el centro de la canción maravillosa. Y al reconocerla, un grito unánime brotó de siete gargantas:

—¡Santos Vega, el payador!

El jinete fantasmal se detuvo al oír su nombre y volvió los ojos hacia el grupo que así lo invocaba; y al observar aquel gesto, los hombres de Saavedra no dudaron que el jinete les hablaría. Pero el rostro del

fantasma, súbitamente iluminado, volvió a nublarse, y su noble cabeza trazó en la noche un largo movimiento de negación. Después de lo cual, taloneando a su potro, el fantasma se alejó al tranco, rumbo al Oeste. Y cuando los aventureros iban a lanzarse tras de sus huellas, una risita maliciosa resonó a sus espaldas.

—¡Es al ñudo, señores! —dijo una voz—. ¡Ese paisano ya no cantará en esta tierra!

Los exploradores nocturnos dieron media vuelta, y se hallaron con un personaje fosfórico, ridículamente vestido a lo gaucho, que se mantenía de pie no sin alguna insolencia y cuyo aspecto anguloso y maligno comunicaba cierta invencible aprensión. Lucía un chiripá bordado hasta la locura, un tirador con más onzas de oro que vasco lechero, una camisa de seda y un gran facón de cabo de plata que parecía ensartarlo como un asador.

—¿Y por qué no ha de cantar Santos Vega? —le preguntó Del Solar conmovido hasta los tuétanos.

—¡De *ande*! —le respondió la figura—. Lo he *redotao* en *güena ley,* guitarra contra guitarra.

Y una luz repentina se hizo entonces en el cerebro de los expedicionarios:

—Juan sin Ropa!

Mirando alternativamente al grupo y al trovador que se alejaba, la figura volvió a reír.

—*Pa* lo que gusten mandar, aparceros —asintió con su retintín odioso. Pero Adán Buenosayres, lleno de ira, le gritó en sus propias barbas:

—¡Mentís, trompeta! Y volviéndose al grupo:

—¡Este hombre no es un paisano! —tronó—. ¡Es el mismísimo Satanás!

¡Nunca lo hubiera dicho! Al oír aquel nombre la figura comenzó a retorcerse y a chisporrotear como un habitante del infierno, y un terrible olor de mixto y azufre se divulgó en el aire. Mientras los héroes reculaban espantados, advirtieron otros indicios no menos acusadores en aquel gaucho espectral que tenían delante: refucilaban sus ojos como dos noches de tormenta; en su chambergo lucía una ominosa pluma de gallo; y más aún, sus despuntadas botas de potro manifestaban dos pezuñas de chivo que habrían justificado todas las alarmas.

—¡Cruz, diablo! ¡Cruz, diablo! —empezó a exorcizar Franky Amundsen, trazando rápidas cruces en el aire.

Juan sin Ropa lanzó una carcajada de opereta.

—¡No se me asusten, aparceros! —dijo—. No vengo a comprarles el alma, ¡ya la tienen vendida!

Pero el astrólogo Schultze no era hombre de admitir que se le venderá gato por liebre. Con un desdén casi agresivo manifestó que el demonio allí presente no era ni el emperador Lucifer, ni el príncipe Belcebuth, ni el gran duque Astarot, ni el primer ministro Lucifugé, ni el general Satanachia, ni el lugarteniente Fléurety, ni el brigadier Sargantanas, ni el mariscal de campo Nebiros, sino un ministril inferior llamado Ántrax, un pinche de cocina, un pobre diablo que, no teniendo, ¡el infeliz!, ni donde caerse muerto, mal podía venirles ahora con la pretensión de comprar un alma. Y como Juan sin Ropa gruñera entre dientes, lo intimó Schultze a que contestara lo que se le preguntase, amenazándolo, si se negaba, con encerrarlo en una botella de whisky escocés. Viéndolo ya mansito, Del Solar se animó a preguntarle:

—¿Y qué hubo de cierto en su payada con Vega? ¿Cómo lo venció?

—¡Era un pobre ingenuo! —respondió Juan sin Ropa—. Nunca me ha encargado el Jefe un trabajito más fácil. Nos agarramos a estrofa limpia: Vega no lo hizo del todo mal; pero un diablo es mejor guitarrero: tiene más uña.

—¿Y qué ganaba el Jefe con derrotar a un pobre gaucho? —le interrogó Adán Buenosayres.

—No crean, el gaucho aquél tenía sus bemoles —aseguró Juan sin Ropa—. Su falta de ambición, su desnudez terrestre, su guitarrita y su caballito amenazaban con establecer en estos pagos una nueva edad de la inocencia justamente cuando el Jefe ya estaba en vísperas de un triunfo universal y las naciones calan de hinojos para besarle el *upite.* (Juan sin Ropa se dio aquí una palmada en el trasero.)

Se oyó en la sombra una risita incrédula, y el petizo Bernini tomó la palabra.

—¡Cuentos chinos! —rió—. Todo el mundo sabe que la interpretación de la leyenda es otra. En realidad Santos Vega es la barbarie y Juan sin Ropa es el progreso: es el progreso derrotando a la barbarie.

—¡Ese petizo! —exclamó Franky Amundsen peligrosamente adulador.

—¿Dije bien? —le preguntó Bernini.

—¡Como de costumbre!

—¿Es un petizo el que acaba de hablar? —inquirió Juan sin Ropa escandalizado—. Si se adornara con veinte centímetros más de estatura, le enseñaría que el vocablo «Progreso» es el nombre que uso cuando viajo de incógnito.

Fue aquí donde intervino Del Solar, folklorista, para entendérselas con el mito gauchesco en discusión que, a su parecer, sólo tenía un sentido literal.

—Juan Sin Ropa —declaró— es el gringo desnudo que vence a Santos Vega en una clase de lucha que nuestro paisano ignoraba: la lucha por la vida.

Y no bien lo hubo dicho, Juan sin Ropa inició la primera de sus mutaciones: el vistoso gaucho fue borrándose para dejar sitio a un hombretón forzudo y coloradote, de camisa y bombachas a cuadros, botas amarillas, facón ostentoso y un rebenque guarnecido de plata casi hasta la lonja. No sin una efusión de simpatía, los aventureros identificaron al punto la imagen risueña de Cocoliche.

—*Sonó venuto a l'Argentina per fare l'America* —declaró el aparecido—. *E sono in America per fare l'Argentina.*

—¡Aja! —le gritó Del Solar—. ¡Así quería verte! ¿No sos el gringo bolichero que con hipotecas y trampas robó la tierra del paisanaje?

Cocoliche tendió y exhibió sus grandes manos encallecidas.

—*Io laboro la terra* —dijo—. *Per me si mangia il pane.*

Risas hostiles mezcladas a voces de aliento festejaron el retruque de Cocoliche.

—En eso tiene razón el gringo —admitió Pereda.

—¡Es un bolichero! —insistía Del Solar—. ¡Sólo ha venido a enriquecerse!

Y aquí la figura de Cocoliche se transformó a su vez en la de un anciano cuyas barbas patriarcales relucían como latón fino. Miraba como abriendo grandes horizontes, vestía un poncho de vicuña y un chiripá sombrío; y Adán Buenosayres, temblando como una hoja, reconoció la efigie auténtica del abuelo Sebastián.

—No siempre, mocito —retrucó el abuelo, mirando a Del Solar con ojos amistosos—. Cien veces crucé la pampa en mi carreta, y cien veces el río en mi ballenero de contrabandista. Aré la tierra virgen y agrandé rebaños. Y no es mía ni la tierra donde se pudren mis huesos.

—¡La pura verdad! —exclamó Buenosayres, que había caído en su tercer acceso de llanto.

Pero Del Solar no cedía.

—Una excepción —repuso—. Una excepción honrosa, pero nada frecuente.

La discusión se hizo general entonces alrededor de aquel asunto que a todos interesaba de cerca. Y la figura legendaria de Juan sin Ropa, que había sufrido ya dos mutaciones, cobró en adelante la fisonomía de

todos los pueblos, el ademán rampante de todas las ambiciones, la tristeza de todos los exilios, el color de todas las esperanzas. Bajo la forma de *mister* Chisholm les ofreció una locomotora reluciente a cambio de nuestras catorce provincias; transformado luego en el tío Sam, los tentó con la gloria de convertirlos en una estrella más de su galerón ilustre y la de hacerlos figurar en una película de cow-boys; después, asumiendo la traza del Judío Errante, se ofreció a comprarles desde los botines hasta la Cruz del Sur trocado al fin en un marsellés de galerita, les propuso la adquisición de una cultura, un *ars amandi* y una cocina refinados. Cada uno de los héroes defendió su causa y puso la ajena de color overo. Y cuando los ánimos enardecidos amenazaban con pasar al terreno de Marte, los siete expedicionarios de Saavedra vieron llegar a un jinete desnudo en cuya frente resplandecía cierta espiritual aureola, el cual, a medida que se acercaba, difundía en la noche un olor suavísimo como de cuerpo glorificado.

—¡Haya paz! —exclamó el jinete—. ¡Haya paz!

—¿Quién es usted? —le preguntó Adán Buenosayres.

—Martín, el soldado —respondió el jinete—. Yo soy el que dio al pobre la mitad de su capa.

—Señor, ¿qué haces en la profunda noche?

—Monto la guardia en la ciudad que se ha confiado a mi custodia.

—¿Y por qué tan desnudo? —insistió Adán.

—Di voluntariamente al pobre la mitad de mi capa, y el pobre me quitó la otra mitad. Figura de Cristo es el pobre, y el que da su haber al pobre se desnuda en Nuestro Señor. Pero no es bueno que el pobre nos quite la otra mitad de la capa.

No bien hubo enunciado tan misteriosos conceptos, el jinete desnudo se borró en la noche. Pero el astrólogo Schultze no admitía las versiones infantiles que acababa de darse a la leyenda: para él aquella fábula tenía un sentido esotérico; y Juan sin Ropa, vencedor en el combate lírico, sólo era una prefiguración del Neocriollo que habitaría la pampa en un futuro lejano. Y al decir la palabra «Neocriollo», una transformación increíble (la última de la serie) se operó en la naturaleza de Juan sin Ropa: su figura creció hasta lograr una talla de seis metros, cayó su ropaje gaucho; y se mostró entonces la forma varonil más desconcertante que pueda imaginar el ingenio humano. Aquella forma estaba completamente desnuda: su caja torácica y su abdomen lucían una transparencia de rayos X que dejaba ver el fino dibujo de los órganos internos; se mantenía de pie sobre una de sus piernas gigantes, y llevaba encogida la otra, como los flamencos del sur. Pero lo más asombroso era su cabezota envuelta en un halo radiante, sus ojos fosforescentes que giraban como faros en el extremo de dos largas antenas, su boca de saxofón y sus orejas como dos embudos giratorios que apuntaban ya a los héroes desconcertados.

Como Franky Amundsen preguntara qué nuevo demonio era el que tenían delante, le respondió Schultze que se trataba del mismísimo Neo-criollo. Y al aventurar Samuel Tesler su opinión de que no era ciertamente un efebo, la jeta saxofónica del Neocriollo se alzó y bajó tres veces como la trompa de un elefante.

—¡Atención! —dijo Schultze—. El Neocriollo quiere hablar.

En efecto, un chorro de sonidos inarticulados brotó de la jeta saxofónica, una voz que imitaba el silbo de la perdiz, la cavatina del jilguero, el arrullo de la tórtola, el croar de la rana, el graznido del carancho, el piar del gorrión, el alarido del chajá, el escándalo del tero. Y según la mayor o menor sublimidad de los conceptos que vertía, el Neocriollo se agigantaba o se reducía a las proporciones de un enano.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Franky, no bien hubo cesado la corriente sonora.

Schultze declaró que se trataba de una inefable arenga política, y tradujo así las palabras del Neocriollo: «Si el chaleco laxante y la sonrisa de cemento armado no fueran al dulce oprobio lo que Neón, el clave, a la gaviota de un ensueño que se pudre entre flores, mucho cabría esperar del elefante cósmico, a la hora en

que las pálidas higueras resuelven el teorema de Baluk. Mas, ¡atención, mortales! El presidente insumergible ha roto el pacto, y luce ya sobre sus muslos el calzoncillo negro de la duda.»

Absortos quedaron los exploradores ante aquel fragmento de prosa.

—¡Bah! —dijo Pereda—. ¡Es demasiado lógico para sus verdes años!

—¡Lógico! —se lamentó Samuel—. ¡Tristemente lógico!

Adán Buenosayres no disimuló su melancolía.

—¡Evadirse de la lógica! —exclamó—. Una empresa de locos o de santos.

Pero la jeta saxofónica del Neocriollo emitió de súbito una luz vivísima.

—¿Y eso? —preguntó Franky.

—¡Bien! —dijo Schultze—. El Neocriollo está de buen talante: acaba de lanzar su carcajada tricolor.

—Debería ofrecernos una prueba más alegre de su humorismo —rezongó Franky.

Oído lo cual, y con una gracia de autómata, el Neocriollo se puso a bailar el malambo, la cueca, el escondido, la zamba, los aires, el cuándo, la chacarera, el sombrerito, el pala pala, el marote, la resbalosa, el pericón, la huella y el chámame. Desgraciadamente, los exploradores tampoco dieron aquí señales de admiración alguna: lo que se quería del Neocriollo era un milagro. Y he ahí que al escuchar ese pedido con sus orejas infundibuliformes, el Neocriollo movió la trompa, reclamando atención. Luego, girando sobre sí mismo, apuntó con sus nalgas a los héroes y soltó un pedo luminoso que ascendió en la noche hasta el cielo de los fijos y se ubicó en la constelación del Centauro, entre las estrellas *alfa* y *beta.* Hecho lo cual se desvaneció en la negrura.

Lo que sucedió en adelante pertenece al dominio de lo natural. Hasta entonces, y a favor de un terreno llano que se prestaba generosamente a los avances de la infantería, los expedicionarios no habían tenido que vencer obstáculo ninguno. Pero en aquel instante sintieron que bajo sus talones descendía la tierra; y no tardaron en chapotear el agua, como si acabasen de entrar en un terreno anegadizo.

—¡Epa! ¡Epa! —gritó Bernini—. ¿Dónde nos metemos ahora?

—No se alarmen —les advirtió Del Solar—. El zanjón está cerca.

Franky Amundsen empezó a gruñir sordamente.

—¡Ya me lo imaginaba! —rezongó—. En el barro hasta la verija, ¡yo, el hombre mejor calzado de Buenos Aires!

Pero Del Solar lo amonestó severamente, preguntándole si, por un exceso de Natura, la verija le llegaba hasta los talones. Luego tranquilizó al grupo, afirmando que lo que pisaban realmente ahora no era barro, sino gramilla oculta bajo el aguazal.

—¡Sigamos! —ordenó al fin—. El terreno sube otra vez, algo más adelante.

En efecto, algunos pasos más allá los héroes advirtieron que la tierra subía y que bajo sus pies el chapoteo cesaba gradualmente. Al mismo tiempo el coro de los batracios llegó a sus oídos:

—¡Brekekekex, coax, coax! ¡Brekekekex, coax, coax!

—¡El zanjón! —anunció entonces el guía, sin ocultar su alivio.

Y como los exploradores avivasen la marcha:

—¡Cuidado! —les gritó—. ¡A ver si alguno se me cae adentro!

Sensibles a la advertencia del guía, los hombres avanzaron con precaución; y sintieron de pronto que se metían en un arisco matorral cuyas hojas cortantes les llegaban hasta el pecho. Trabajosamente se abrían paso en aquella maraña; pero a los diez metros la voz del guía los detuvo.

—¡Alto! —gritó Del Solar.

Y añadió, tras una ligera búsqueda en el suelo: —Acérquense ahora.

Estaban en el borde mismo del zanjón, y a sus narices ascendía un terrible olor de aguas estancadas. El astrólogo Schultze, arrojándose a tierra, se asomó al borde y sólo vio negruras, pero a sus oídos, en cambio, llegó la música de los batracios que tañían en el fondo sus panderetas acuáticas, sus contrabajos de musgo, sus violoncelos de arcilla.

—¡Buenas noches, criaturas del agua! —les gritó.

Y los batracios respondieron:

—¡Brekekekex, coax, coax! ¡Brekekekex, coax, coax!

Entonces fue cuando Adán Buenosayres recitó estas palabras misteriosas: «Hago el deleite de Apolo, el citarista, en virtud de la caña que alimento yo bajo las ondas para que sirva de soporte a la lira.»

—¿Qué ha dicho el musajeta? —preguntó Franky.

—El coro de las ranas-cisnes, de Aristófanes —explicó Adán—. Lo recordé al oír estos bichos del zanjón.

—Estos bichos no son ranas —protestó Bernini—. Son sapos. —¡Los sapos-cisnes! —exclamó Schultze fervorosamente. Entonces, desde las profundidades, se levantó el coro de los sapos-cisnes.

CORO

¡Brekekekex, coax, coax! ¡Paciencia, verdosos hermanos del agua! Nos utilizan las brujas, nos manean con el pelo maldito de las embrujadas, nos hunden en el corazón agujas, clavos y espinas. Nos llevan en rebaño a sus terribles salamancas, nos dan como pastores a chiquilines muertos sin bautismo. Y con todo, el sapo es la criatura más inocente de la tierra. Hermanos, ¡ojo a los folkloristas! Es gente hirsuta y de piojos llevar.

—¡Supersticiones! —rió Bernini con desprecio. —¿Y la terapéutica? —le recordó Schultze.

CORO

¡Brekekekex, coax, coax! ¡Oh, hermanos, paciencia! Nos abren la boca y nos escupen adentro, para curar sus tristes dolores de muelas. Nos abren el lomo con sus cuchillos y nos aplican en sus mordeduras de víboras. Nos atan al pescuezo de sus matungos agusanados. Nos echan vivos en sus jagüeles para que sea pura el agua. Los hombres nos humillan con sus pies acorazados, las mujeres nos insultan con sus necios temores, los chicos nos martirizan con sus juegos. Y, no obstante, el sapo es la criatura más hermosa del universo: en el principio fue el Sapo. ¡Ojo a los folkloristas, hermanos del agua! Es gente hirsuta y de piojos llevar.

El diálogo del grupo con los batracios cisnes daba señales de no concluir jamás, cuando la voz irritada del guía los apostrofó en la noche.

—¡Déjense de pavadas! —les dijo—. Es necesario cruzar el zanjón.

—Bien, bien —admitió Franky—. ¿Dónde han puesto esa famosa tabla?

Del Solar, amargo, rió en la tiniebla.

—Ésa es la cuestión —dijo—. Hay que buscar la tabla.

Poco halagüeña les resultó a los aventureros la perspectiva de aquel *cherchez* la tabla que Del Solar acababa de proponerles; y así lo declararon todos en un lenguaje altamente ofensivo para el guía que los embarcara en aquel viaje azaroso. Buscar una tabla miserable tendida sobre un maldito zanjón, y en una

noche que nadie, por decoro, había osado comparar aún con el ala del cuervo, era obra superior a la fuerza de aquellos hombres dados a más apacibles ejercicios. El malestar común se agravó con la duda siguiente: ¿conocería o no Del Solar el terreno que atravesaban? Y se hizo insufrible cuando amaneció en ellos la sospecha de que Schultze entendía tanto de orientación como ellos de capar monos. Afortunadamente, la voz de la prudencia se alzó en el desconcierto general; y al petizo Bernini cupo la gloria de levantarla. Con una lógica digna de otro siglo y una elocuencia que hizo recordar a los mejores clásicos, Bernini demostró a sus oyentes que sólo dos recursos les quedaban: o cruzar el zanjón (con tabla o sin ella) o deshacer el camino andado. Pero la ciencia del petizo no se limitó a enunciar tan cruel alternativa: declarándose en favor del primer temperamento, Bernini adelantó la idea original de dividir el grupo en dos comisiones, cada una de las cuales recorrería la margen del zanjón hasta dar con la tabla oculta. Gritos unánimes de aprobación resonaron entonces; y Franky, no sin melancolía, saludó la genialidad de aquel joven estratega que una paz harto dilatada malograría sin duda. Lo cierto fue que al instante se constituyeron las dos comisiones exploradoras: Adán, Samuel, Schultze y Bernini entraban en la que habría de marchar al oeste, y el petizo exigió su jefatura, en el temor de que los otros, dado su carácter abstractivo, no viesen la tabla en cuestión así la tuvieran delante de las narices; Franky Amundsen y Luis Pereda integraban la comisión del este, dirigidos por Del Solar, sospechoso baqueano. Una vez constituidas ambas comisiones, recibieron las advertencias de práctica; y se convino en que la señal del hallazgo sería dada por una u otra mediante un silbido, aunque Franky Amundsen propusiera la imitación del grito del mochuelo, por considerarla más tradicional. Y aprendidas todas aquellas instrucciones, uno y otro grupo se distanciaron sin cambiar un adiós.

El petizo Bernini encabezaba la fila india, rumbo al oeste, y sus hombres lo seguían en silencio. Quebrado era el borde del zanjón, arisco de lomas y hondonadas, erizado todo él de matorrales espinosos que los agredían en la noche. Y los batracios cantaban siempre, monótonos y ajustados, como si recitaran de memoria un interminable cronicón de diluvio.

—Estos lugares —dijo al fin Samuel Tesler con voz reconcentrada— evocan la ribera maldita: un río negro como el asfalto; la muerte del espíritu, eterna ya sobre las aguas; el silencio del espíritu, sin la esperanza del Verbo; y sombras mudas agolpándose, como nosotros ahora, en la orilla fatal.

Adán Buenosayres, a pesar suyo, sintió un escalofrío en las vértebras. Pero Schultze rompió el encanto.

—Las aguas infernales —expuso gravemente— no son un accidente arbitrario del paisaje dantesco. En idioma simbólico los ríos del Tártaro representan...

—Sí, sí —lo interrumpió Samuel con fastidio—. Es el abecé de la metafísica.

—El abecé del manicomio —gruñó Bernini—. ¡Ojo a la tabla!

Nuevamente reinó el silencio en el grupo que avanzaba, y nuevamente lo turbó Samuel al iniciar una interpretación del Hermafrodita Primitivo según el famoso discurso de Aristófanes. Pero en lo mejor de su tesis un silbido agudo rayó la calma nocturna, y el Hermafrodita quedó en su secreto revelado a medias.

—¡La señal! —gritó el petizo Bernini—. ¿Oyeron?

—No somos sordos —refunfuñó Samuel.

Regresaron al punto, volviendo a superar las mismas escabrosidades. Y no habían recorrido aún cincuenta metros cuando llamadas urgentes los reclamaron en la sombra.

—¡Aquí, aquí! —decían las voces en son de triunfo.

—¡No hay duda! —exclamó Bernini—. Han encontrado la tabla.

En efecto, reunidas otra vez las dos comisiones, Del Solar mostró el arranque de un tablón angosto: era el puente que unía las dos márgenes del abismo. Y entonces fue cuando se quebró la moral de los héroes, al pensar que deberían hacer equilibrio a tientas en una tabla insegura y sobre un zanjón cuya profundidad ignoraban: el astrólogo Schultze declaró que no se aventuraría por aquel tablón si antes no se le daba una

prueba categórica de que resistía el peso de un hombre; Adán y Tesler, a su vez, manifestaron redondamente que no lo harían de ningún modo; y entonces Franky Amundsen, lleno de indignación, maldijo la cobardía de aquellos intelectuales que sólo se arriesgaban en verso. Pero Del Solar, fiel a su vocación de guía, no tardó en dar el ejemplo, y con actitud resuelta puso el pie sobre la tabla oscilante: se le vio avanzar a lo largo de la misma, sosteniendo su equilibrio con los brazos, hasta que su figura bamboleante se perdió en la sombra; y a poco su voz alegre; anunció desde la otra ribera el término feliz de aquel viaje. Llevados por la emulación, el astrólogo Schultze y Luis Pereda se aventuraron en la tabla con la mejor fortuna. Adán Buenosayres la recorrió a su vez: en la mitad del camino se tambaleó peligrosamente bajo una ráfaga de viento, y oyó en la profundidad el tentador arrullo de los batracios que lo invitaban a su compañía. Luego cruzó Bernini, seguido de Samuel Tesler, que le pisaba casi los talones. En la desierta orilla sólo quedaba Franky Amundsen.

—¡Fíjense bien! —dijo antes de iniciar la travesía—. Voy a darles una lección de elegancia circense.

Al momento se le vio deslizarse por el tablón, con una mano en la cintura y la otra sosteniendo una sombrilla invisible. Y al avanzar cantaba, imitando la voz de una tiple afónica:

Yo soy la muchacha del circo,
por una moneda yo doy...

Pero de súbito y casi en la meta, Franky Amundsen trastabilló, manoteó en el aire desesperadamente y se hundió en la sima con un estruendo que hizo enmudecer de pronto a los batracios cantores.

Inmensa fue la risotada que resonó en la orilla.

—¡Fatalidad! —exclamó Tesler—. ¡El hombre mejor calzado de Buenos Aires!

Del Solar, que no reía, se asomó al borde y preguntó con recelo:

—¡Franky! ¿Estás ahí?

Una voz entre llorosa y maldiciente le respondió desde el fondo:

—¡Linda pregunta! ¿Dónde miércoles voy a estar entonces?

—¿Es muy hondo? —volvió a preguntarle Del Solar.

—Creo que no —dijo Franky—. Ahora salgo.

Poco después Franky Amundsen asomaba la cabeza por el borde oscuro del zanjón, visto lo cual sus camaradas lo tomaron de las axilas y lo izaron como a un pez monstruoso.

—¿Te has lastimado? —le interrogó Luis Pereda, tocándole las espaldas y el pecho.

—Ni un rasguño —declaró Franky, dolorido—. Pero estoy de barro hasta la coronilla.

Por tercera vez en aquella noche memorable Samuel Tesler hizo brillar su encendedor. Y pudo verse allí que Franky exageraba: el fango apenas le cubría los pies y embadurnaba sus pantalones casi hasta las rodillas. En cambio, todo él estaba envuelto en un fuerte olor de putrefacciones cuyo interesante origen no tardó en señalar el astrólogo al tomar con sus dedos un poco del barro que Franky traía en la ropa.

—Sí —dijo Schultze, oliendo el barro con delectación—. Es el *putrifango.*

—El *putricoño*! —rezongó Franky, perdiendo los estribos—. ¡Estoy como para escuchar terminaos del *neoidioma*! ¡Mejor sería que me dieran algo con que limpiar esta basura!

La solicitud del pobre náufrago no cayó en saco roto; y sus camaradas, en un arranque de generosidad, le alargaron pañuelos, hojas de bloc, cartas íntimas, anotaciones geniales, raros manuscritos. Adán Buenosayres, no menos generoso, tentado estuvo de colaborar con cierto inefable Cuaderno de Tapas Azules que

había rescatado esa noche del poder de una ingrata; pero lo contuvo su infinita modestia, al recordarle que aquellas páginas ya no eran suyas, sino de la posteridad. De cualquier modo, Franky Amundsen logró remediar una parte de su desgracia. Y los exploradores, ya restablecidos, echaron a caminar por el nuevo territorio que se les ofrecía delante.

Ahora bien, ese guía dudoso que se llamaba Del Solar les había jurado que al trasponer el zanjón verían ya las luces de la Casa del Muerto. Y estaba resultando ahora que, mirasen donde mirasen, les respondía sólo una tiniebla universal. Para colmo, el terreno que hasta entonces les había sido favorable se quebraba ya de un modo extraño. A veces ascendían la cuesta de una loma; y al llegar a su vértice daban con un borde cortado a pico, desde cuya ignorada elevación era menester descolgarse, haciendo pie, no sin riesgo, en las hendiduras buscadas a tientas que les ofrecía el misterioso talud. Otras veces, al descender algún declive, se encontraban con un inescalable murallón de tierra; y entonces debían circunscribir el obstáculo hasta dar con la salida. Todo ello aumentaba el mal humor de los expedicionarios, los cuales avanzaban en un silencio tal que sólo se oía el jadeo de sus respiraciones.

Fue justamente al sortear una de aquellas lomas inaccesibles cuando los héroes detuvieron su marcha, sorprendidos ante la escena que se les ofrecía de súbito. Veinte pasos adelante vieron a un hombre sentado junto a una fogata cuyas lenguas rojas hacía oscilar el viento: aquel hombre revolvía con un palo el contenido hirviente de cierta olla que desbordaba sobre el fuego; y en torno suyo, siete perros de asombrosa flacura contemplaban absortos el baile de la hoguera, con los cuerpos estirados y los hocicos entre las patas.

—Un linyera —susurró Adán Buenosayres, contemplando al desconocido.

Pero Schultze aseguró que se trataba de un mago auténtico, y se remitió a las pruebas que ciaría inmediatamente si el grupo lo acompañaba. Y como nadie se negó a ello el astrólogo señaló un ombú que alzaba su tronco mutilado no lejos de la hoguera y cuyas raíces, al resplandor inquieto de la llama, parecían retorcerse como un nudo de víboras.

—Desde allí podremos estudiarlo sin ser vistos —observó cuerdamente.

Los exploradores se adelantaron hacia el ombú, describiendo un vasto círculo para no entrar en el área luminosa del mago. Pero los canes que rodeaban al desconocido se incorporaron súbitamente, y volviendo hacia el grupo sus ya rectas orejas empezaron a ladrar con furia.

—No se asusten —dijo Schultze a sus compañeros—. Aquí traigo mi perrinavaja. Manifestó, en efecto, un cortaplumas de regular tamaño, y abriendo la mayor de sus hojas avanzó resueltamente seguido de los otros. Pero el hombre de la hoguera, sin sospechar acaso la vecindad del grupo, moduló un suave chillido; y los perros, callando al instante, volvieron a estirar sus osamentas junto al fuego. No bien se hallaron al pie del ombú, los aventureros treparon a sus tortuosos espolones y desde allí siguieron atentamente los detalles de la escena: el fuego iluminaba toda la figura del hombre, su andrajoso vestido, sus pies envueltos en trapos y su cara barbuda que, roja de luces, tenía sin embargo el aire de las cosas apagadas o muertas; el hombre seguía revolviendo con su palo el contenido de la olla, y al hacerlo recitaba entre dientes un monólogo ininteligible.

Como Franky preguntara en un susurro qué andaría refunfuñando aquel desconocido, le respondió Schultze que sin duda pronunciaba un conjuro mágico ante la olla, en cuyo interior se cocía el filtro que luego utilizaría el hombre para untar su cabeza y transformarse en gato, león o cualquier otro avechucho. Sin ocultar sus aprensiones, el astrólogo concluyó por decir que no le extrañaría si los perros que rondaban al mago hubieran sido criaturas humanas víctimas de alguna metamorfosis. Y a medida que hablaba, Schultze iba entrando en una exaltación que no lograba contener la risita incrédula de sus compañeros. —Voy a interrogar a ese hombre —dijo al fin, saliéndose de la vaina. —¿Y si nos tira con la olla? —objetó Franky. —Vean —les anunció Adán solemnemente—. Con esas cosas no juego.

Sin dar oídos a tales advertencias, los excursionistas abandonaron el ombú y se dirigieron a la fogata. Entonces los perros del brujo se les echaron encima, frunciendo las jetas en una ominosa exhibición de colmillos o pegando sus narices resonantes a los talones de los intrusos. Pero el hombre de la fogata ni siquiera levantó sus ojos del recipiente que bullía.

—¡Buenas noches! —le dijo Schultze.

—¡Buenas noches! —corearon los del grupo.

Les respondió el mas inquietante silencio. Y entonces el astrólogo, en su afín de quebrarlo, dirigió al brujo una sarta de preguntas acerca del arte maldito que profesaba, sin olvidar las fórmulas rituales ni los mágicos ingredientes. Pero el hombre de la hoguera no respondió, como si discurriera en otro mundo.

—¿No será extranjero? —se atrevió a sugerir Adán Buenosayres.

Admitida la hipótesis casi por unanimidad, Schultze repitió inútilmente al interrogatorio en algunas lenguas vivas que dominaba. Insistió después en un latín desastroso y más tarde en un griego peor. Y al escuchar sus últimas palabras el mago levantó la cabeza.

—¡Ha entendido! —exclamó Schultze—. ¡Nos va a contestar!

Los aventureros de Saavedra concentraron el alma en sus oídos. Y entonces el hombre de la hoguera, mirándolos fijamente, dijo con voz tranquila:

—La puta que los parió.

Grande fue la sorpresa de todos al oír un lenguaje tan familiar en la boca del mago.

—¡Eso es sánscrito puro! —exclamó Franky sin ocultar su delicia. A la sorpresa no tardó en suceder el más violento golpe de hilaridad que se había registrado en aquella noche digna de memoria. Corrido y enfurruñado, el astrólogo amenazaba con tomar la olla y ponérsela de sombrero al aborrecible impostor que tenían delante; y su indignación, verdaderamente patética, ejerció la virtud de acrecentar las risas hasta el escándalo. Pero el hombre de la hoguera, excitado por el gesto amenazador del astrólogo y las carcajadas del grupo, se incorporó al fin violentamente, levantó la olla por el asa y en tren de guerra se dirigió a los exploradores. Todos echaron a correr, seguidos de cerca por los mastines del brujo que ladraban como demonios.

Tras un alto reparador, y restablecida la normalidad de sus respiraciones, los aventureros reanudaron el viaje, no sin exteriorizar un buen humor que se nutría exclusivamente a costa de Schultze y de la magia negra. El astrólogo soportaba en silencio aquel diluvio de cuchufletas, y su corazón magnánimo compadecía la ignorancia de aquellos hombres que, desconociendo el horror de ciertas potestades ocultas, fluctuaban entre los polos del Bien y del Mal, desamparados como niños ante cualquier irrupción de lo demoníaco. Pero, como las burlas aumentaran, el sentimiento caritativo de Schultze degeneró en cierta voluntad irascible de tomar alguna venganza sobre aquellos reidores.

—Ustedes bromean —les dijo en tono fúnebre—, sin sospechar que una legión invisible nos acecha desde la sombra. Ojos perversos nos vigilan, aquí mismo. ¡Hum! Es la hora favorable.

—Las potencias tenebrosas existen —afirmó Samuel con acento de ultratumba.

El astrólogo Schultze observó que todos habían callado, y prolongó adrede aquel útil compás de silencio.

—Son formas invisibles —añadió en seguida—. Pero basta una leve inclinación de la voluntad para que se nos hagan visibles. ¡Observen la sombra, cara a cara, y la verán llenarse de perfiles monstruosos!

Una risita del petizo Bernini, bastante forzada en verdad, intentó romper los hilos del encanto. Pero aquella risita no encontró ningún eco en el grupo. Antes bien, ojos recelosos ya se desbandaban a derecha e izquierda, espiando en la noche lo que no se atrevían a encontrar.

—Sí —dijo entonces Adán Buenosayres—. El diablo asoma la oreja no bien se lo llama. ¡Facilísimo! Basta llamarlo con el pensamiento, ¡y ahí lo tienen!

—¡Hum! —barbotó Del Solar—. Estos alrededores de Buenos Aires tienen una vieja tradición de brujería. Las apariciones del *chancho* y la *viuda* son aquí moneda corriente.

Y en este punto fue donde se le ocurrió a Buenosayres referir aquel maldito episodio que le había contado en su infancia el abuelo Sebastián. Es una medianoche de agosto: el abuelo duerme como un ángel, allá, en su rancho perdido entre cañadones y lomas, cuando se despierta bruscamente al rumor de alguien o de algo que toca su ventana. «Será el viento», reflexiona; e incorporándose a medias en su catre, el abuelo Sebastián pone atención. Ahora el ruido se deja oír en la puerta del rancho: es un golpeteo insistente como de grandes alas que batiesen la puerta. Y el abuelo, alumbrando su candil, pregunta en voz alta: «¿Quién es?» Como le responde sólo el mismo batir de alas, abandona su lecho, quita la tranca de la puerta, y abriendo su hoja única ve una manada de pavos enormes que, haciendo la rueda, lo empujan e invaden tumultuosamente su rancho. Ahora bien, el abuelo Sebastián, que no ha visto nunca pavos tan grandes como aquellos, malicia ya un jueguito de brujas, y más cuando las bestias, armando un barullo infernal, se le echan encima y lo arrinconan contra la pared. Entonces empuña la tranca y la deja caer sobre los pavos que, lejos de recular, parecen alegrarse a cada golpe. Con los pelos de punta el abuelo se corre hasta su catre, toma el facón de plata escondido en su cabecera, y poniendo en cruz la hoja sobre la vaina presenta el signo redentor a los animales. ¡Qué putas! Retroceden todos, chillando como viejas apaleadas; y el abuelo Sebastián los ve lanzarse a la puerta, salir al campo, huir en la noche como almas que se lleva el demonio.

Gradualmente, a medida que Adán Buenosayres hablaba, el grupo se había estrechado en torno del narrador. El propio Schultze, arrepentido ya de haberlos embarcado en tan funesta demonología, marchaba rozándose con los demás y escudriñando la sombra con un recelo que no quería confesarse a sí mismo. Tal era el estado moral del grupo cuando Buenosayres acabó su historia. Y en seguida, como si ello no bastara, he ahí que Samuel Tesler inició aquel sombrío relato de amor y de odio. Había ocurrido en Besarabia, su tierra natal, de la que tenía vagos recuerdos infantiles. Una mujer y un hombre: ella, tan adorable como desdeñosa; él, víctima de un amor no correspondido que se trueca luego en rencor implacable. Los dos vivían en la misma casa, muro por medio. Sucedió que la joven, inesperadamente, comenzó a manifestar señales de una rara dolencia, la cual hacía crisis a medianoche y en el instante cabal en que del otro lado de la pared resonaban tres fuertes martillazos. Día tras día, no bien los campanarios daban la medianoche, se oían los tres martillazos en el muro y la enferma se agravaba. Un mes duró su agonía inexplicable; al cabo del cual, y con el último golpe de martillo, la mujer entregó su alma. Días más tarde su enamorado vecino desapareció misteriosamente. Y cuando la policía entró en su cuarto, halló que sobre la pared (aquella que lindaba con el dormitorio de la muerta) se veía un contorno de mujer dibujado a lápiz, en cuyo corazón alguien había metido un clavo profundamente. El martillo estaba en el suelo.

La historia de Samuel, narrada en aquel sitio y a semejante hora, bastó para colmar la medida. El grupo acababa de llegar a la cresta de una loma, y lo que sucedió allí fue tan rápido como inexplicable. De pronto Luis Pereda tropezó con alguna masa desconocida; y se lo vio rodar por el declive, sin proferir un solo grito. Corrieron los demás en su ayuda; pero antes de llegar a la hondonada en que yacía lo vieron incorporarse y huir a toda carrera.

—¡El diablo! —gritaba—. ¡El diablo!

Los exploradores volvieron sus ojos hacia el lugar en que había caído Pereda, y vislumbraron una forma oscura que se levantaba del suelo y erguía dos astas como de buey. Simultáneamente un largo mugido rompió el silencio de la noche; y el grupo entero, loco de pánico, voló entonces detrás del fugitivo Pereda, con Schultze al frente, vanguardia misma del terror. Fue un acelerado movimiento de fuga que los arrastró por igual a través de un campo sin misericordia. Y al huir les parecía que la noche desataba contra ellos toda su furia secreta: brazos invisibles alargábanse a sus espaldas, ansiosos de aterrarlos con sus dedos ganchudos; ya sentían en sus nucas el aliento glacial de los perseguidores y en sus oídos alalíes de caza, bestiales jadeos, risitas burlescas; y daban saltos al correr, temerosos de pisar alguna forma execrable que reptara en el suelo.

¿Cuánto duró aquella vertiginosa carrera? Nunca lo supieron. Sólo recordaron más tarde que, al trasponer una altura, vieron dos o tres faroles a corta distancia.

—¡Las luces! —vociferaron—. ¡Las luces!

Y a todo correr descendieron la pendiente.

Habían llegado.

II

AQUÍ YACE JUAN ROBLES,
PISADOR DE BARRO...

Adán Buenosayres, el astrólogo Schultze y Samuel Tesler permanecían aún en la cámara mortuoria: estaban cavilosos los tres y graves a fuer de hombres que habían sondeado el antiguo misterio de la muerte; y así contemplaban los restos mortales del que fue Juan Robles (un criollazo de mi flor, si los hubo), el cual, según decían los vecinos, había clavado las guampas a los cincuenta y nueve años de una existencia tan alegre como laboriosa, que se le fue de pulpería en pulpería, de siesta en siesta, o en los hornos de ladrillos, pisando barro con sus famosas yeguas oscuras. Y es verdad que Juan Robles tenía en aquel instante un aire bien ceremonioso, enfundado como estaba en su traje de casamiento y extendido cuan largo era en su negro ataúd con manijas de bronce.

Seis candeleras erguían en torno del ataúd sus velas chorreantes, en cuyas puntas la lumbre se achicaba poco a poco alrededor de los pabilos carbonizados. En la cabecera de Juan Robles, a la luz exigua de los candeleros, veíase un crucifijo de metal cuyo torso arqueado proyectaba en el muro del fondo su terrible sombra. Cuatro palmeras en sus tiestos y algunas flores de jardín vecinal integraban el ornato de la capilla fúnebre. Contra una pared se veía la tapa del féretro, amenazadora ya como una puerta que ha de cerrarse para siempre. Las Tres Viejas, apretadas en un ángulo del salón, habían interrumpido su cacareo y espiaban desde la sombra los ademanes de aquellos tres desconocidos que miraban el cadáver como si fuese un bicho raro. En el rincón opuesto, las Tres Cuñadas Necrófilas dormían, al parecer, muy envueltas en sus negros chalones.

No era, ciertamente, la ya fría carnadura mortal de aquel pisador de barro lo que solicitaba el interés de los intrusos: lo esencial, a sus ojos, era el alma imperecedera de Juan Robles, el alma desprendida recién de su cascarón terrestre y lanzada ya quién sabe a qué regiones oscuras. ¿A qué regiones? Para el astrólogo Schultze, iniciado en los misterios orientales, la cuestión sólo tenía una respuesta, y así se lo manifestó a su amigo Tesler con la voz grave que tan luctuosa ocasión reclamaba; si todo el que nacía en este mundo acababa de morir en algún otro, si todo el que moría en este suelo acababa de nacer en otro plano de la existencia universal, era evidente que Juan Robles, muerto ahora para la tierra, daba en aquel instante sus primeros vagidos en otro mundo, se prendía otra vez ansiosamente a un pezón maternal, era envuelto en solícitos pañales y suscitaba ya otros júbilos y otras inquietudes. ¿Bajo qué forma? ¿En qué nuevas condiciones de vida? ¡He ahí el gran interrogante! Pero Samuel Tesler, hecho a una filosofía más coloreada, repudió aquel abstracto mecanismo de nacimientos y de muertes; por otra parte, imaginar que el difunto Juan Robles estuviese ahora berreando en otro mundo, envuelto en pañales infantiles y haciéndose pis encima, era un orientalismo que reclamaba tragaderas mayores que las suyas. ¡Que le diesen a él un vistoso tribunal de almas, integrado por jueces macanudos, capaces de hurgar en una conciencia *post mortem* con minuciosidad y aseo! Para el filósofo villacrespense, el alma de Juan Robles había sido conducida por Anubis, el de cabeza de chacal, hasta la ineluctable balanza de los méritos y los deméritos: el corazón del finado se veía ya en uno de los platillos, y gravitaba en el otro la férrea pluma de la Ley. ¿Qué hacía Thot, de pie junto a la balanza? Inclinando su graciosa cabeza de ibis, Thot anotaba en una tablilla el peso justo de aquel corazón.

Desgraciadamente, jamás había podido Schultze digerir las divinidades zoomorfas a las que su lúgubre interlocutor acababa de referirse: convertir a Thot en un insulso tenedor de libros le parecía un agravio hecho a la majestad de los dioses inmortales; y pesar en bruto el corazón de Juan Robles le resultaba un

alarde grosero de carnicería. Lo que realmente pasaba era que su lúgubre interlocutor (un semita) se inclinaba más al sentido ético de las cosas que al metafísico y profundo, llevado por influencias raciales que le hacían ver en cada uno de los dioses a un grotesco agente de policía.

—¿Y la Cábala de los hebreos? —le refutó Samuel en tono agrio.

—Eso es harina de otro costal —repuso Schultze.

Adán Buenosayres escuchaba en silencio la polémica de sus amigos. El cuadro fúnebre que tenía adelante, pese a su gritona realidad, se le antojaba una continuación de la serie fantasmagórica iniciada esa noche por el grupo en su travesía de Saavedra. Pero la embriaguez de Adán quería disiparse ahora: los densos humos de su borrachera se desgarraban ya lo suficiente como para dejarle advertir cuan profanatorio era el tenor de la disputa que Samuel Tesler y el astrólogo sostenían junto a esa caja negra en forma de navío dentro de la cual navegaba Juan Robles. Y por otra parte, ¡qué visible le parecía la ausencia del alma en aquel cuerpo derrotado! Adán consideró la figura yacente: se afilaban ya los lineamientos de aquel semblante, como las aristas de un pedazo de roca; la piel cobraba un grasiento y opaco tono de arcilla; un frío de tierra húmeda y un silencio de cosa mineral parecían levantarse de aquella máquina recién abandonada; no hacía diez horas aún que había partido el alma de Juan Robles, y su cuerpo era ya sólo un terrón de barro que se desintegraba, vuelto a la tierra de que había salido, fiel a las leyes plásticas de la tierra. «Instrumento del alma —pensó—: instrumento ya inservible que arroja el artesano antes de partir; herramienta gastada, llena de roturas, y aun con pegotes del material terrestre que tocó y trabajó a lo largo de los días.» Adán volvió a mirar la cara del muerto, curtida por el sol y la intemperie; se detuvo luego en las manos callosas, y sobre todo en sus uñas que guardaban todavía muestras del barro de los picaderos; y lo invadió entonces una piedad infinita, como si en la miseria de aquel hombre contemplase la suya propia y la de todos. ¿Y el alma? Samuel Tesler y el astrólogo Schultze (dos literatos al fin) seguían paseando el alma de Juan Robles por todos los vericuetos infernales. Pero Adán temblaba, reflexionando ahora en el temible juicio de la criatura puesta delante de su Creador; y a través de los humos alcohólicos que aún velaban su conciencia, oía nuevamente dentro de sí cómo empezaban a redoblar los tambores admonitorios, las habladoras cajas de su noche penitencial. «¡No todavía! —gritó en su ánimo—. ¡Resistir!» Y como, sin quererlo, hubiera levantado sus ojos hasta el crucifijo de bronce, los apartó bruscamente (sí, un pez que se revolvía en el anzuelo: un pez que ya no estaba en el agua ni todavía en la mano del pescador).

En aquel instante María Justa Robles entró en la cámara mortuoria, trayendo pocillos de café y copitas de anís en una bandeja que sostenía con ambas manos. Circunspecta en su duelo, María Justa se dirigió a los tres hombres que velaban de pie y les tendió silenciosamente la bandeja.

—Gracias —rehusó Schultze, ceremonioso.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó Adán.

—En la cocina —respondió ella.

Saludaron los tres y salieron al patio, no sin antes consagrar al difunto Juan Robles cierta mirada que valía un adiós. Entonces María Justa se voltio a las Tres Viejas que acechaban desde su ángulo tenebroso:

—¿Café? ¿Anís?

—Gracias, mi hijita —susurró doña Carmen, retirando un pocillo de la bandeja.

—¿Y ustedes? —insistió María Justa, invitando a doña Consuelo y doña Martina que aún vacilaban.

—¡Qué molestia! —bisbiseó doña Martina.

—¡No se hubiera molestado! —suspiró doña Consuelo.

Las dos ancianas retiraron al fin sendos pocillos de café, y María Justa, dirigiéndose a las Tres Cuñadas Necrófilas que dormían acaso, les ofreció en silencio el contenido de su bandeja: tres manos rampantes emergieron de súbito entre las telas oscuras, tres manos o tres garras que se lanzaron raudamente sobre

las copas de anís y volvieron a hundirse con sus presas en el sombrío caos de los chalones. Después de lo cual María Justa, cuidadosa en su duelo, abandonó la carga de licores, tomó un par de tijeras y recortó uno a uno los pabilos que ya se doblaban en los candeleras de bronce. La llama se agrandó en torno de cada pabilo; recularon las espantadizas tinieblas hacia los cuatro ángulos del recinto fúnebre; y las Cuñadas Necrófilas, heridas por aquella súbita creciente de luz, echáronse atrás como las sombras y escondieron sus rostros en los chalones de luto. Al mismo tiempo se iluminaron las caras de las Viejas: tres caras asombrosamente unánimes en su expresión de tranquila fatalidad. María Justa se acercó después a la cabecera del muerto y lo contempló largamente; una lágrima, una sola, brotó de sus párpados y se deslizó por sus mejillas. Luego recogió la bandeja y salió del recinto, mínima y silenciosa como siempre.

Las Tres Viejas, que no habían quitado sus ojos de María Justa, se miraron entre sí.

—¡Pobrecita! —se lamentó en voz baja doña Consuelo.

—Tan humilde, ¿no? —bisbiseó doña Martina—. ¡Tan atenta en su desgracia!

Doña Carmen, al oírlas, dejó de soplar su café y arrugó el entrecejo.

—Una perla en la basura, como quien dice —gruñó sordamente—. ¡Una mosca blanca! Lleva toda la cruz de la familia. ¡Y qué familia! No se la merecen, no. ¡Bien sabe Dios que no se la merecen!

Doña Martina y doña Consuelo aguzaron el oído, llenas de curiosidad. Pero doña Carmen guardó silencio, mirando recelosamente a las Tres Cuñadas Necrófilas.

—¿La vieron recién? —insistió doña Martina—. Estaba por llorar, y se contuvo.

—Hace mal —opinó doña Consuelo—. Sería mejor que se desahogara.

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de doña Carmen.

—No puede —les advirtió—. Igualita en todo a la finada mi comadre, ¡que Dios la tenga en su Gloria! Me cansaba de pedírselo: «Llore, comadre, le hará bien.» Y ella sin soltar una lágrima. La procesión iba por dentro, como quien dice.

—Sí, sí —ronroneó doña Martina—. He oído algo.

—¡Todo se lo llevó a la tumba! —concluyó doña Carmen—. En fin, ahora está mejor que nosotras.

Pero doña Consuelo se moría de curiosidad.

—¿Mala vida? —preguntó en voz baja.

—De perros —farfulló doña Carmen—. ¡Si estas cuatro paredes hablaran!

—Algo he oído —volvió a ronronear doña Martina.

Entonces doña Carmen, que sentía ya una irresistible comezón en la lengua, se inclinó hacia sus dos vecinas y les confió algo increíble, sin duda, porque doña Consuelo se quedó con la boca abierta, como si no diese crédito a sus oídos.

—¿Él? —exclamó al fin doña Consuelo, mirando soslayadamente hacia el ataúd.

—¡Que Dios lo haya perdonado! —afirmó doña Carmen—. No era un mal bicho, como quien dice. Pero cuando a un hombre le da por la chupandina...

—¿Y con el mismo látigo? —preguntó aún doña Consuelo como anonadada.

—Como a las yeguas del picadero —rezongó doña Carmen—. ¡Lo vi con estos mismos ojos que ha de tragarse la tierra! Y no había caso de meterse, porque cuando estaba en copas era una furia y no respetaba ni a Cristo.

—¡Barbaridad! —suspiró doña Martina, clavando sus ojos en el féretro de Juan Robles.

Doña Carmen siguió el rumbo de aquella mirada.

—Como dije —aclaró—, no era malo en el fondo. ¡Había que verlo al día siguiente, cuando se le pasaba la mona! Los ojos agachados, como si el hombre anduviese con remordimientos; dando vueltas alrededor de su mujer, queriendo hablar y sin saber qué decir. Entonces le traía, que un cortecito de género, que una libra de chocolate, que un dulce de guayara. ¡Se le fue lo mismo! La velamos en esta misma pieza.

—¿Hace mucho? —preguntó doña Consuelo.

—¿A ver? Espere. María Justa, si mal no recuerdo, tenía diez años. Ahora tiene veintiocho. Saquen la cuenta.

—Dieciocho años —calculó doña Martina.

—Eso es —asintió doña Carmen—. Antes de morir (¡todavía la veo!) me hizo jurar por la Virgen de la Candelaria que le atendería los chicos, y sobre todo a María Justa, mi ahijada. Si lo cumplí o no, que lo digan los vecinos.

—¡Oh, doña Carmen! —protestaron a una doña Martina y doña Consuelo—. Todo el barrio lo dice. María Justa es para usted como una hija.

—Sí, sí —admitió doña Carmen, apurando una fría borra de su café—. Pero, y los otros?

Doña Consuelo y doña Martina no supieron qué decir.

—Malas cabezas —rezongó doña Carmen—. ¡Y desde chicos! Fíjense bien: el padre afuera, en los boliches, ahogando en caña sus remordimientos o lo que fuese; los mocosos atorranteando en la calle todo el santo día. ¡Reprenderlos! Inútil. ¡Se me reían en la cara!

—¡Hum! —comentaron doña Martina y doña Consuelo.

—Juan José no importa —insistió doña Carmen—: al fin y al cabo es varón, ¡y que se las arregle! Pero las mujercitas... A veces pienso si no debí agarrarlas por mi cuenta y ponerles el culo como un tomate a zapatillazos.

—¡Hum! —volvieron a gruñir doña Martina y doña Consuelo sin comprometerse.

—Pero, ¿quién era yo? —argumentó doña Carmen—. Un Juan de Afuera, como quien dice. Y cuando falta la madre...

—¡La madre! —suspiraron en coro doña Consuelo y doña Martina.

Abismada en sus evocaciones, doña Carmen dejó escapar un rezongo ininteligible.

—Así salieron —dijo al fin—. ¡Unas alhajas! ¡Bah, bah! Juan José, amigo del trabajo hecho, pasándose los días entre mate y mate, y las noches, ¡quién sabe dónde! (Porque chirolas no le faltan, y dicen que juega, o algo peor.) Margara, una *hestérica* sin remedio, llena de ataques y nanas que ni Dios entiende. Y la Otra, ¡la Otra!

—Pero María Justa... —empezó a objetar doña Consuelo.

—Sí, sí —admitió doña Carmen—. ¡La cenicienta! Yo le decía siempre: «Aguanta, mi hijita, que tu madre te bendice desde las alturas.» Y me decía yo, para mis adentros: «El día que la vea salir por esa puerta, con su traje de novia, me agarro una tranca de padre y señor mío.» ¡No me dieron el gusto!

—¡Fue una chanchada! —protestó doña Martina—. ¿Qué culpa tenía ella si la Otra...? ¡Los novios de hoy en día! ¡Bah!

Pero doña Consuelo estaba en ayunas.

—¿El novio de quién? —preguntó entre inquieta y atolondrada.

—El novio de María Justa —le aclaró doña Martina—. ¡Vean que plantarla, con el ajuar ya hecho, todo porque la Otra...!

—Ya caigo —aseguró doña Consuelo sin entender una palabra.

Doña Carmen bajó la frente, como al peso de un bien maduro quebranto.

—Las cosas venían de lejos —empezó a decir—. Cuando María Justa conoció a ese tinterillo (un buen mozo y con buenas intenciones, eso sí. Pero demostró ser un gallina cuando le tocó portarse como un hombre. Y el día que rompió el compromiso le canté las cuarenta, y el mozo estaba que un color se le iba y el otro le venía. El mismo *Ciruja* le chumbaba en el patio, y a fuerza de tironear quería romper la cadena; porque a veces los animales parecen cristianos, fuera el alma).

Doña Carmen se detuvo aquí, presa de gran excitación, y con su mano huesuda pareció querer alejar de su frente un enjambre de visiones penosas.

—¿Dónde iba? —preguntó al fin.

—Hablaba de cuando María Justa conoció al tinterillo —le recordó ávidamente doña Consuelo.

—Eso es —admitió doña Carmen—. La guerra empezó desde aquel día, y fue Margara la que se alzó contra los novios. Cuando hablaban en la calle, que si era un escándalo, que si ya murmuraban los vecinos, que si el mozo no traía buenas intenciones. Cuando el novio entró en la casa, que si venía todas las noches, que si era un cataplasma, que de aquí o que de allá. ¡Envidia, es claro! Porque la infeliz no encontraba ni un perro que le ladrase.

—¡Lo de siempre! —asintió doña Martina sin ocultar su disgusto—. ¡Ni comen ni dejan comer!

—Y es claro —se atrevió a insinuar doña Consuelo—, el tinterillo acabó por cansarse y...

—No, no —le interrumpió doña Martina—. ¡Si no fue por eso!

—¿Y entonces? —preguntó doña Consuelo, desorientada como nunca.

—Que lo diga doña Carmen —respondió cautelosamente doña Martina. Pero doña Carmen guardó un silencio inesperado.

—No sé si debiera... —susurró después, mirando furtivamente a las tres Cuñadas Necrófilas.

—¡Doña Carmen! —la estimuló doña Martina—. ¡Si lo sabe todo el barrio!

—¡Como para no saberlo! —estalló al fin doña Carmen—. Sí, sí. María Justa ya tenía su ajuarcito hecho. ¡Qué sábanas! Todas vainilladas por ella, con esas manos de ángel que tiene para la aguja. Sí, como digo, haban fijado hasta la fecha del casorio. ¡Y de repente la Otra, que da el mal paso!...

—¿La Otra? —volvió a preguntar doña Consuelo, definitivamente desconcertada—. ¿Qué Otra?

—La Beba—le susurró doña Martina—. La hermana menor.

Doña Carmen puso en ella dos ojos irritados.

—¡No me la nombre aquí, doña Martina! —le censuró—. ¡No me la nombre aquí, delante del finado! ¡Bien sabe que el disgusto lo llevó poco a poco a la sepultura! ¡La hija menor! ¡Los ojitos del padre!

—Sí, sí —reconoció doña Martina un tanto abochornada—. Pero, ¡quién hubiese pensado!...

—¡Una mosquita muerta! —gruñó doña Carmen—. Yo la conocía bien, y siempre me dio mala espina. Seriota en casa, muestra dientes afuera. Cuerpeándole al trabajo, pero amiga del bailongo y del lujo. Y antojuda como ella sola: culo veo, culo quiero. Sí, ahora no le faltará lo que le gustaba.

—Dicen que tiene coche, pieles y unos brillantes como garbanzos —reveló doña Martina.

Las tres ancianas dejaron sus pocillos en el suelo: doña Carmen y doña Martina se abismaron, al parecer, en tristes reflexiones. Pero doña Consuelo no veía del todo claro aún en aquella historia.

—¿Y sólo por eso el tinterillo la dejó a María Justa? —inquirió todavía.

Doña Carmen abrió los ojos que ya se le cerraban, miró largamente a doña Consuelo y se dijo que la pobre debía estar bastante chocha.

—¿El tinterillo? —respondió en un bostezo—. Los padres le calentaron la cabeza: era un Juan Lanas. Cuando la deshonra entra en una familia...

—Un Juan Lanas —repitió doña Martina como un eco.

Satisfecha, clarividente ya, doña Consuelo pareció tomar un hilo que se le había escapado hasta entonces.

—¡La Otra! —monologó—. ¡Déjenla con sus diamantes! No le doy mucho tiempo. Cuando se le vaya la juventud y no encuentre por ahí quien le grite: «¡chúmbale!»... Bueno, bueno. Dios castiga sin palo y sin rebenque.

La luz disminuía otra vez en la punta de las velas, y en el silencio absoluto que ya reinaba sólo se oía el chisporrotear de los pabilos. Las Tres Viejas empezaron a cabecear dulcemente, con los párpados caídos y las bocas ronroneantes. De pronto, y entre sueños, a doña Carmen se le escapó una ventosidad aflautada. Sus dos vecinas entreabrieron los ojos.

—Para los pobres —sentenció doña Martina—. Los ricos, que compren.

—¡Doña Carmen! —reprochó doña Consuelo—. ¡En las mismas narices del finado!

Sonrió doña Carmen, entre avergonzada y alegre.

—Durmiendo fue —aclaró ella—. ¿Y qué importa? No ha de oírlo el finado: ya no le da ni frío ni calor. Yo misma lo lavé con vinagre aromático y lo vestí de pies a cabeza. Un cuerpo muerto. ¡Bah!

—¿Usted? —susurró doña Consuelo, admirativa.

—Costumbre —asintió la otra—. He vestido a todos los muertos de la vecindad. Es una promesa que le hice a la Virgen de la Candelaria.

Doña Carmen se puso de pie, frotó sus rodillas acalambradas y sacó luego un rosario de cuentas negras que traía en el bolsillo de su delantal.

—El Rosario —invitó a sus dos vecinas.

—Sí, sí —asintieron ellas, incorporándose a su vez.

Las tres ancianas se acercaron a la cabecera de Juan Robles e hicieron la señal de la cruz.

—«Señor, abrirás mi boca» —empezó a recitar doña Carmen.

—«Y anunciará mi lengua tus alabanzas» —respondieron sus vecinas.

—«Dios mío, ven en mi ayuda.» Señor, apresúrate a socorrerme.»

Las Tres Cuñadas Necrófilas juntaron de pronto sus cabezas unánimes que al parecer dormían bajo negros chalones de luto.

—¡Miren eso, y cáiganse muertas! —bisbiseó Dolores, volviendo sus ojos rápidos hacia las tres ancianas.

—¡Traga santos y caga diablos! —dijo Leonor—. Estoy segura que con sus lenguas le han sacado ampollas al mismo difunto.

—No pondría las manos en el fuego —aseveró Dolores.

Arrebujada en su chalón y en la sombra que nuevamente se hacía favorable, Gertrudis consideró a las Tres Viejas por cuyos dedos amarillos las cuentas del rosario pasaban una a una.

—¡Hum! —graznó al fin—. ¡Ya sería hora de que fuesen a tapar sus agujeros!

—¿Ellas? —rió Dolores mostrando sus encías devastadas—. ¡Viejas duras! Antes nos enterrarán a nosotras.

Se miraron las Tres Cuñadas, nariz contra nariz, ojos metidos en los ojos, echándose mutuamente a la cara sus alientos podridos. Y sonrieron con beatitud al respirar aquella delectable atmósfera de muerte. Arpías de gran olfato, ellas revoloteaban, invisibles aún, en torno de los agonizantes: recogían la mirada última, el gesto final y la postrera gota de sudor. Y se materializaban de pronto allá mismo, en la casa recién herida, saboreando el tumulto del primer instante y la contracción de los rostros en los cuales el estupor no ha cedido aún su lugar al llanto. Y después, ¡oh, delicia!, la noche inmensa del velorio: aquella larga vigilia en la penumbra, junto a una cosa inerte que aún está y no está ya en este mundo; el olor espeso de las flores mortuorias y el de la cera que se derrite; y aquel vasto silencio de la madrugada, roto a veces por el mugido terrible de alguien que se durmió, ha despertado y recuerda.

Sacerdotisas de una inflexible liturgia, las Tres Cuñadas Necrófilas volvieron a estudiar con ojos críticos los detalles de la cámara fúnebre, el espesor del ataúd, la envergadura de los candelabros, el precio de las flores.

—Cuatro tablitas locas —dijo Leonor señalando el féretro.

—Manijas usadas —opinó Gertrudis—. A mí no me dan gato por liebre: yo conozco a esos ladrones de las cocherías.

—¡Yuyos! —rezongó Dolores, que ponderaba los ramilletes distribuidos acá y allá.

Se callaron de súbito y pararon la oreja, ansiosas de sorprender el más leve rumor de la casa transida. No habiendo registrado novedad alguna, paladearon al fin una hez de licor que aún reservaban en sus copas.

—Anís casero —dijo Leonor sin ocultar su disgusto.

—¡Miserias! —asintió Gertrudis, relamiéndose los labios.

Pero Dolores atrajo a sí las dos cabezas enchalonadas y les reveló algo al oído.

—¿Qué? —silbaron Gertrudis y Leonor sin dar crédito a lo que oían.

—Coche fúnebre con dos caballos —aseguró Dolores en voz alta.

Sí, aquello era un escándalo. Sacerdotisas de una inflexible liturgia, las Tres Cuñadas Necrófilas no podían admitir sin enojo tanta mezquindad. Ellas habían hecho viajar a sus difuntos maridos en coches fúnebres de seis caballos negros como la tinta, no sin antes acondicionarlos en féretros de roble macizo con sólidas cubiertas de plomo y bien cinceladas manijas de bronce. ¿Que se habían empeñado hasta los ojos? ¡Bueno, bueno! Al fin y al cabo, sólo se moría una vez, y era lo único que se llevaba el finado a la tumba. Por otra parte, ¡los vecinos! ¡Qué grandioso era ese arrancar de la carroza fúnebre tirada por caballos espumantes que hacían chispear los adoquines con sus herraduras! ¡Y los cocheros de cilindro, sentados como estatuas en sus pescantes! ¡Y detrás la fila de cupés charolados, y todo ello ante una multitud que abría la boca, entre deslumbrada y reverencial! Aún conservaban ellas en sus oídos el rumor acariciante de los elogios que la vecindad les había tributado. Y las fotografías de los cortejos, puestas en marcos ingleses, colgaban en sus dormitorios como recuerdo de aquellas jornadas memorables. Había que hacer bien las cosas, o no hacerlas. Pero el finado Juan Robles no merecía ese desprecio de sus hijos: fuese lo que fuese, les había dejado la casita libre de hipotecas.

Las Tres Cuñadas Necrófilas estaban de acuerdo, y subrayaron la censura con un movimiento de sus cabezas unánimes. Después, como evocaran los entierros ilustres a que habían asistido, una exaltación maravillosa las fue llevando a la embriaguez, hasta que Gertrudis, llena de nostalgia, recordó el velorio del gringo Mastrovicenzo.

—¡Gran Dios! —asintió Dolores—. ¡La capilla ardiente del gringo parecía un altar de iglesia! Vitrales, candeleros artísticos, flores de lujo, ¡y el gringo muy orondo en su catafalco! Sólo el cajón debía costar un ojo de la cara.

—¿Y las bebidas? —recordó Gertrudis como en éxtasis.

—Lo más caro —dijo Leonor—. Y servido en una cristalería que daba miedo.

—El gringo debía de tener los riñones bien forrados —observó Gertrudis.

—¿Él? —rió Dolores—. Media Villa Urquiza era suya. ¡Y pensar que llegó a Buenos Aires en patas!

—Sí, sí —dijo Leonor—. Unos nacen con estrella y otros estrellados.

Pero cuando Gertrudis encareció la cena de medianoche que se había servido a los asistentes en el gran comedor del gringo Mastrovicenzo, Dolores reveló cierta duda sobre la oportunidad de aquellos banquetes celebrados junto a un cadáver. Gertrudis la sacó de su engaño:

—Mujer —sentenció ella—, los muertos ya no precisan nada, libres como ya están de las miserias de este mundo. Pero, ¡ay!, los que todavía los quedamos en este valle de lágrimas tenemos la obligación de vivir, hasta que nos llegue la hora.

¡Gertrudis, abominable arpía! Lo único cierto era que la muerte de los otros te despertaba un hambre voraz, un descarado júbilo de sentirte vivir a raja cincha, de respirar tufos y aromas con las narices gozosamente abiertas, de moverte y triunfar junto a lo inmóvil y derrotado. ¡Erinia infame, yo he seguido tus pasos en los cementerios; y vi que tenían un ritmo de baile, un loco azogue de contradanzas, aunque los ocultases bajo tus dieciocho polleras de luto!

—Hasta que nos llegue la hora—repitió Dolores con acento fúnebre.

—La hora —dijo Leonor como un eco.

¡Hipócrita Dolores, Gertrudis abominable, desdentada Leonor! A decir verdad, ellas no creían en sus propias muertes (¡gran Dios, eso nunca!) sino en cierta remansada eternidad que tuviese la forma de un velorio.

Gertrudis estaba por añadir nuevas razones en su favor, cuando alguien, en la pieza vecina, comenzó a plañir con tanto sentimiento que hasta las Viejas acallaron un instante sus oraciones para cambiar entre sí una mirada significativa. Las Tres Cuñadas Necrófilas aguzaron el oído.

—Es Margara —susurró al fin Dolores—. Otro ataque.

—¡Y van cinco! —refunfuñó Gertrudis con malevolencia.

—Puro teatro —dijo Leonor.

Las tres volvieron a escuchar, porque ahora una voz cascada se hacía oír en el cuarto vecino.

—¿Doña Tecla? —preguntó Dolores no sin recelo.

—¿Quién, si no? —repuso Gertrudis—. ¡No podía faltar aquí la vieja bruja!

—¡Chist! —dijo Leonor con aire temeroso.

Dolores y Gertrudis no desoyeron aquella invitación a la prudencia.

—Se le ha pegado a Margara como una chinche —observó Dolores en voz baja.

—Ella tiene la culpa —murmuró Gertrudis—. ¿Quién la mandó ir al rancho de la condenada vieja? Y además, ¿para qué iba?

—No sé —insinuó Dolores—: a buscar algún yuyo. Bueno, es un decir. Ella estaba rabiosa por casarse.

—¡Hum! —asintió Gertrudis con reserva—. Yo no pondría las manos en el fuego.

Pero Leonor sabía, y así lo dio a entender con un hilo de voz:

—Margara fue al rancho de doña Tecla para curarlo al viejo del droguis.

—¡Que se lo cuente a mi pavito! —exclamó Gertrudis, llevándose una mano al trasero.

—Me lo dijo ella misma —repuso Leonor—. Tenía que darle algo en el vino, algo hecho no sé con qué porquería de ratón. Margara no tuvo coraje.

Dolores y Gertrudis manifestaban un escepticismo irreductible.

—¿Y por qué la vieja se le ganó en la casa? —preguntó Dolores—. Todo el vecindario sabe que Margara y doña Tecla se hicieron después carne y uña.

—Doña Tecla la está curando a Margara —dijo Leonor, vacilante ya—. Su mal de pecho...

—¡Que se lo cuente a mi pavito! —volvió a exclamar Gertrudis.

—¡Y vaya una manera de curar! —observó Dolores—. ¡Miren que abrir una paloma viva y metérsela en el pecho como si fuese una cataplasma!

—Eso no es todo —insinuó Leonor.

—¿Qué? —preguntaron Dolores y Gertrudis, como indiferentes.

—La vieja hizo buscar tres sapos, y le dijo a Margara que debía escupirles en la boca y colgarlos de la higuera. Si morían a las tres noches, el mal estaba curado.

—¿Murieron? —inquirió Gertrudis con algún interés.

Pero a Leonor no le fue dado contestar: los mugidos arreciaron de pronto en la habitación contigua y se hicieron largos y profundos como los de una ternera recién degollada. Voces urgentes y presurosos taconeos resonaron al instante. Las Tres Cuñadas Necrófilas entendieron al punto que Margara se había embarcado en la gran escena, y un delicioso escalofrío les recorrió el espinazo: entonces, unánimes las tres y embozadas como nunca en sus chalones de luto, se pusieron de pie y avanzaron hacia la puerta, que se les abrió sin ruido. Las tres ancianas las miraron salir, haciendo girar a una sus rostros maravillosamente iguales. Tendido largo a largo en su ataúd, el difunto Juan Robles viajaba.

Lo primero que se ofreció a los ávidos ojos de las Tres Cuñadas fue un ambiente confuso, apenas iluminado por un velador cuya pantalla violeta, más que darle curso, ponía trabas a la difusión de la luz. Pero si en los contornos del recinto la penumbra desvanecía rostros y ademanes, en el centro, y junto al velador, aquella luz de índigo modelaba enérgicamente las figuras protagónicas del cuadro. Allí, sobre un camaranchón revuelto, Margara se debatía entre los brazos de la Vecina en Rojo y la Vecina en Azul, mientras que doña Tecla, parsimoniosa, le frotaba las sienes con un pañuelo mojado en vinagre. Robustos eran los brazos de las gordas vecinas en Rojo y en Azul; pero Margara se resistía con furor, y su cabeza, deshilachada en viboreantes rulos de Medusa, ya caía en la sombra, ya daba el rostro a la luz violeta, sí, un rostro de pupilas enormes y de blancos dientes que castañeteaban.

Era el espanto de la muerte, cuyo abismo entreveía ella de pronto; y el estupor de hallarse ahora en el centro de aquellas gentes que asistían a su drama; y un maravillarse toda ella de su asombroso dolor, y cierto despunte de su orgullo al sentirse objeto de tantas miradas reverenciales, de tantos compasivos rumores, de tantas manos piadosas como se le tendían. Eso era. Y algo más: una voluntad oscura de ponerse a tono con la grandeza de aquel instante único, y multiplicar sus gestos, y ofrecerse toda ella en espectáculo.

Al divisar a las Tres Cuñadas Necrófilas, Margara les tendió sus brazos. Hacia ella convergió al instante la expectativa general; y las Tres Cuñadas entendieron que les había llegado la hora de entrar en escena. Sacerdotisas de una inflexible liturgia, se dirigieron entonces hasta el camaranchón y ocuparon el sitio que las vecinas en Azul y en Rojo acababan de cederles con respeto.

—¡Tía, tía! —sollozo Margara, respondiendo al abrazo de Gertrudis.

—Sí, sí —ronroneó Gertrudis con voz acariciante—. Calma, hijita, calma.

Dolores y Leonor se llevaron el pañuelo a los ojos, y un murmullo excitado recorrió entonces el círculo de los asistentes que desde la sombra espiaban, seguían y devoraban los menores gestos de la escena.

—Son las tías —murmuró el coro.

—¿Las tías?

—Eso es, las tías.

—¿Qué tías?

—Ellas.

El coro enmudeció súbitamente, porque Margara, en tono de salmodia, retorcía otra vez el hilo de su queja.

—¡Pobrecito! —canturreó en voz baja—. ¡Cómo se nos fue, tía, cómo se nos fue! ¡Y qué muerte! ¡Sufriendo hasta la última hora! ¿Qué mal había hecho en este mundo para que Dios lo hiciera sufrir tanto? ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

—Tenga paciencia, Margara —le susurró la Vecina en Rojo.

Pero Margara no la oía siquiera.

—Toda la noche con el ¡ay! en la boca —salmodió—. No podré olvidarlo. ¡Nunca! Ese ¡ay! lo tendré aquí, en el oído, siempre, siempre.

Se golpeó los oídos con ambos puños y agitó su viboreante cabeza de Gorgona. Las Tres Cuñadas llevaron otra vez a sus ojos los pañuelos de luto, y el coro se agitó en la sombra, callado aún, pero tirante ya como una cuerda. Entonces la Vecina en Rojo insistió, acariciando los cabellos de Margara.

—Tenga paciencia —volvió a decirle—. Ya se consolará, Margara, ya se consolará. Todo es cuestión de tiempo. No hay mal que dure cien años.

Pero Margara le clavó dos ojos furibundos, como si aquella duda que se formulaba sobre la eternidad de su dolor la hubiese ofendido mortalmente.

—¡Nunca! —protestó al fin—. ¡Cómo se ve, doña, que usted no ha sufrido esto!

—Pero, ¡criatura! —exclamó la Vecina en Rojo—. Yo también he llorado a mi gente, y sé lo que le digo. ¡Desengáñese, Margara! Ya se consolará.

—¡No, no! —gritó Margara, emperrándose toda ella.

—¡Sí, sí! —cacareó la Vecina en Rojo, a quien se le subía ya la mostaza a las narices.

¿Se creería la muy imbécil que sólo a ella se le había muerto alguien en este mundo? Y si era cuestión de que cada uno barajara sus muertos, la Vecina en Rojo estaba dispuesta, es claro, a poner todo un cementerio sobre el tapete.

Pero Margara comenzó a patalear con furia, y en el coro se dejaron oír murmullos de protesta.

—No debería llevarle la contra.

—¡Déjenla que se desahogue!

—La de Rojo no tiene cancha.

—Pero tiene razón.

—¡Ella no está para razones ahora!

—¡Claro! ¡Claro!

No duró mucho el pataleo de Margara: bajo la luz violeta su endurecido semblante se relajó hasta cobrar un aire absorto. Y, de súbito, cierta sonrisa incontenible amaneció en sus labios.

¡Oh, oh! Sonrieron las vecinas maravilladas y sonrió el coro en su «Niebla. ¡Oh, oh! ¿Qué ocurría? Margara lo refirió, entre la sonrisa y el canto: poco antes de morir, el gran Robles, aludiendo al joven doctor que asistía y que se hallaba en la otra pieza, le había guiñado un ojo a Márgara y le había dicho: «Parece que le gustas a ese mozo. ¡Aprovéchate, gaviota!

Al repetirlo, Margara soltó una risita bastante juguetona. Rieron las vecinas, algo más fuerte, *y* entonces una hilaridad simpática se apoderó del coro:

—¡Ese don Juan!

—¡Un criollazo de ley!

—¡Y no! Soltando cuchufletas antes de morir, ¡el muy bárbaro!

—¡Eso me lo pinta de cuerpo entero!

La excitación del coro aumentaba: risas y murmullos. ¡Ah, ese don Juan! Riendo aún, Margara volvió el rostro a sus tías necrófilas, y se halló con tres caras inmutables que no habían reído. Entonces despertó violentamente a la realidad, y sus mugidos resonaron otra vez en la estancia, más hondos que nunca. Doña Tecla, parsimoniosa, volvió a frotarle la sien con su pañuelo; se alejaron las vecinas en Rojo y en Azul; y el coro de los que acechaban en la sombra enmudeció bruscamente. Poco a poco el gimoteo fue declinando, y Margara entró al fin en un sopor que la hizo balancear como un péndulo, hasta que su cabeza de Gorgona rodó sobre las almohadas. Reinó un silencio vasto, sólo herido por los tictacs de un despertador que latía fuertemente sobre la mesa de luz. Todas las figuras estaban inmóviles, y algo así como una garúa de ceniza o de tedio pareció esfumar los relieves de la escena. Pero un fragor belicoso estalló de súbito en el otro cuarto, y las dos vecinas cambiaron entre sí una mirada inteligente.

—Los chicos —refunfuñó la Vecina en Rojo.

—¡Esos demonios! —asintió la Vecina en Azul.

Con maternal premura las dos mujeres acudieron a la puerta cerrada, y abriéndola de un tirón irrumpieron en lo que ya era tumultuoso lugar de combate.

Un desorden total imperaba en aquel recinto: muebles y cachivaches domésticos, desalojados no hacía mucho de las otras habitaciones, descansaban allí en revuelto montón. Contra una de las paredes (lógico sólo él en su actitud) se veía un camastro de dos plazas en el cual, puestos de través y fajados hasta los hombros, cuatro bebés gordinflones dormían con la expresión más beata del mundo. Pero los ojos maternales de las vecinas no se detuvieron en el camaranchón idílico, sino que se clavaron en el centro de la pieza, donde, cambiándose recios golpes de almohada, se batían Pancho y Manuel, dos angelitos de Dios. Los campeones lanzaban un grito de triunfo a cada golpe dado, y una maldición a cada golpe recibido; y absortos en su combate no advirtieron la irrupción materna en aquel teatro de sus hazañas. Pero cuando las dos mujeres avanzaron hacia ellos, con aire amenazador y haciendo retemblar el piso bajo sus macizas piernas, los héroes, visiblemente confundidos, dejaron caer sus armas de pluma y se batieron en retirada. Huyendo Pancho ciegamente, cayó en los brazos de la Vecina en Rojo; y dos cachetadas musicales epilogaron su historia.

—¡Anda con tu padre! —le gritó la mujer en Rojo, señalándole con su gordo índice la salida del patio.

Al mismo tiempo, con mayor habilidad o mejor fortuna, Manuel se había internado en el laberinto de los cachivaches; y allí, entre una cama jaula y un baúl mundo que le servían de trinchera, miraba torcidamente ala mujer en Azul.

—¡Salí, bandido! ¡Te voy a dar, mocoso! —le gritaba la mujer, enarbolando una chancleta.

«¡Cualquier día!», reflexionó Manuel, no sin estudiar la chancleta con opresión evocadora.

La Vecina en Azul iniciaba ya su ataque a la trinchera, cuando uno de los bebés rompió a llorar desaforadamente.

—¡Pobre ángel! —exclamó entonces la de Azul, volando hasta el camaranchón.

Tomó en sus brazos al bebé que se desgañitaba, y le dijo, estampándole un beso descomunal en cada mejilla:

—Lo han despertado, ¿verdad, tesoro? ¡Sí, sí! ¡Ese bandido, ese canalla de Manuel!

Pero el tesoro no quería saber de historias y arreció en su llanto; visto lo cual, de un solo tirón, la mujer en Azul desabrochó su bata, desnudó un pecho rebosante, y con el gesto más antiguo del mundo lo acercó a la boquita gritona. El bebé mordió rabiosamente aquel pezón amoratado, lo sofeó luego y contempló a su madre con una sonrisa de beatitud; en seguida volvió a morder, entrecerrando los ojitos. Detrás de su famosa trinchera, el bandido Manuel veía cómo se alejaba la tempestad.

Con las mejillas rojas y la frente nublada, Pancho había salido al aire libre, no sin rumiar el oprobio de aquellos dos moquetes recibidos tan afrentosamente delante de su rival; y en su imaginación bullían ominosos proyectos de venganza, enderezados a castigar ese abuso materno fue, a su juicio, había llegado esta vez más allá de lo tolerable. A decir verdad, Pancho fluctuaba entre dos proyectos igualmente seductores: no sabía huir de la casa paterna o envenenarse con una caja de fósforos. El primer designio lo tentaba con la promesa de aventuras que ni el propio Salgari se hubiese atrevido a soñar; pero el segundo, tan rico en efectos dramáticos, ejercía sobre su alma una irresistible fascinación; y saboreaba desde ya, con amargo deleite, la noción de aquel remordimiento que pesaría sobre sus familiares cuando él, Pancho Ramírez, no estuviese ya en el mundo proceloso de las bofetadas y yaciera en su pequeño ataúd blanco, hasta el cual se allegarían sus condiscípulos de la escuela primaria, tal vez con bandera y todo. Al llegar a este punto de sus imaginaciones, olvidó Pancho las dos bofetadas y su reciente deshonor, para caer en un enternecimiento lloroso que su prematura muerte inspirábale ahora. Fue así como Pancho se dirigió al grupo de hombres que mateaban afuera; y con sigilo se arrimó a su padre, temeroso de las explicaciones que su entrada en aquel círculo podía suscitar.

Afortunadamente, don José Ramírez tenía la palabra en aquel instante; y cuando hablaba don José (y era siempre), bien podía hundirse todo el universo a su alrededor sin que se diese cuenta. La tertulia de los vecinos tenía su lugar junto al rectángulo de luz que la capilla ardiente proyectaba sobre las baldosas, y bajo la parra otoñal entre cuyo ramaje devastado lucían algunas estrellas. Don José, caballero en una silla de paja, tenía frente a sí la biliosa figura del cobrador Zanetti, y a su derecha el perfil antiguo de Reynoso, entre cuyos pies ajuanetados yacían una pava de latón y una yerbera. Indiferente a la tertulia, el Vecino Joven escuchaba sin interés alguno, sobando y resobando entre sus dedos un chamberguito de cajetilla, según observó Pancho, que trataba de recordar en dónde había visto él aquella pinta.

—Imagínense ustedes —recapitulaba don José con aire humorístico—: alrededor de la mesa los dos correntinos, mi hermano Goyo y el brasileño, naipe va, naipe viene, metidos hasta la ropa en un truco infernal. En el mismo rancho, junto a Goyo, el cadáver del «angelito» que ya daba mal olor entre sus cuatro velas, el pobre...

—¡Hum, hum! —gruñó Zanetti, haciendo resonar la bombilla.

—En el otro rancho —prosiguió don José—, unas cuantas parejas bailaban al compás de un acordeón. Y músico, chinas y peones estaban mamados como terneros.

—¡Barbarie pura! —dijo el cobrador entre dientes, mientras devolvía el mate a Reynoso.

El viejo lo recibió con aire pensativo, afirmó la bombilla dentro del mate y volvió a llenarlo.

—Era costumbre —argüyó sin mirar a Zanetti—. ¿Se moría un charabón? ¡Angelito al cielo! Y la gente lo festejaba.

—Supersticiones —rezongó Zanetti—. Falta de cultura.

—Tal vez —murmuró el viejo Reynoso, chupando lentamente la bombilla.

Con visible impaciencia don José levantó una mano.

—Pues ahora viene lo mejor del cuento —anunció en tono jovial—. Como les decía, los hombres jugaban fuerte. Y el brasileño, que «a perdía un dineral, echaba chispas a cada «vale cuatro» de Goyo; porque Goyo era la piel de Judas, y cuando le hacía falta un as lo sacaba de cualquier parte, hasta del tirador. No sé si al fin el brasileño entró a maliciar la cosa. Lo cierto fue que, de repente, se levantó hecho una furia, sacó un revólver descomunal, y apuntándole a Goyo le dijo: *Eu meto bala en vocéí.* Bueno, bueno. Goyo estaba desarmado, ¿y a que no saben lo que hizo? Agarró al «angelito» por los pies y ahí no más empezó a darle al brasileño una punta de *angelitazos.*

—¡Vaya! —comentó Reynoso, escondiendo una sonrisa entre su bigote descolorido.

—¿Se le hace cuento? —le preguntó don José, que ya reía.

—No, no —dijo Reynoso—. ¿Y de quién era el «angelito»?

—Ahora verán ustedes. Al oír la gritería, entró una vieja cascatuda, le arrebató el «angelito» a Goyo, y, *¡fu, fu, fu, fu!,* de cuatro soplidos apagó las cuatro velas. «Si hacen bochinche —rezongó la bruja—, no hay más velorio.»

Atorado de risa don José apoyó su calva lustrosa en la pared, y estuvo así un rato, de cara al cielo. Después, riéndose todavía, miró a sus contertulios y vio dos perfiles graves: el de Zanetti, amargo como nunca, y el pensativo de Reynoso, vueltos ambos hacia la puerta de la capilla fúnebre. Don José pescó al vuelo el sentido luctuoso de aquellas miradas; y al instante, disipado hasta el último vestigio de su hilaridad, se compuso un rostro de circunstancias e inclinó la frente como bajo el peso de negras cavilaciones. Sin abandonar el manoseo de su hongo, el Vecino Joven, traicionando su ansia de fuga, volvía una que otra mirada impaciente hacia la puerta de calle. Y Pancho, que no le sacaba los ojos de encima, lo reconoció al fin: era el compadrito que *afilaba* con la morocha del corralón, y al que le había gritado más de una vez: «¡Perro, larga ese hueso!» Resueltas ya sus dudas, Pancho se acurrucó junto a la silla de su padre y bostezó largamente: al fin de cuentas, un velorio no era tan divertido como decían los muchachos.

Pero el cobrador Zanetti daba señales de querer hablar. En su resentimiento infinito el cobrador Zanetti había llegado a dividir la Humanidad (con mayúscula) en dos irreductibles frentes de batalla: por un lado estaba él, Antonio Zanetti, con sus pies eternamente doloridos y su rencor de hombre que vivía para cobrar sumas abstractas a cierta gente resbalosa como anguila; por el otro estaba el Mundo (con mayúscula), vale decir, una siniestra conspiración organizada contra Zanetti, un ovillo de farsas, iniquidades y aberraciones que Zanetti prometía remediar si le dejaban la Presidencia de la República durante veinticuatro horas. En hombres, bestias y objetos inanimados el cobrador hallaba siempre alguna intención hostil: no dudaba él, por ejemplo, que al regresar de noche a su domicilio con los pies en estado lastimoso, las piedras de la calle se ponían intencionadamente de punta con el solo fin de agravar su martirio. Pero, en su casa ya, y con los pies mártires ya refrescados en un lebrillo de agua tibia, el cobrador Zanetti paladeaba instantes de gloria: entonces concebía en su magín refinados proyectos de venganza contra la Sociedad, el mundo y los adoquines. ¡Ya se vería quién era Zanetti! ¡Y no, el coraje no le faltaba! Durante la Semana Trágica de 191., el cobrador Zanetti, bien oculto en el gallinero del fondo, había disparado al aire los seis tiros de su revólver; y desde aquella memorable ocasión guardaba una idea contradictoria de sí mismo: el cobrador se admiraba y se temía.

Por fortuna sus meditaciones actuales nada tenían de belicoso: el numen de Zanetti araba en aquel instante una tierra más gorda. Al principio, el relato de aquel imbécil de don José le había revuelto el estómago, pues en aquella historia brutal el cobrador Zanetti había reconocido, no sin asco, un fruto más de la ignorancia, el oscurantismo y la superstición, a los cuales oponía él insistentemente una de sus frases lapidarias: «Menos curas y más colegios.» Después, y no sin motivos, la hilaridad gritona del narrador había

estado a punto de hacerle subir la sangre a la cabeza; porque toda risa inconsciente resonaba en sus oídos como un bofetón dado en la misma cara de la Humanidad, y el cobrador Zanetti, con voz de ultratumba, solía preguntar muy a menudo a esos bárbaros reidores: «¿Tiene la Humanidad el derecho de reír?» Por último, el alma filosófica del cobrador había entrado en el terreno de las generalizaciones, al pensar en aquel velorio, igual a todos los velorios, y en la rutina de los hombres que «llevan aún, remachado a sus pies, el absurdo grillete de los prejuicios». Esta última frase no era suya, sino de *La Brecha,* hoja matinal que Zanetti leía religiosamente y que lo acompañaba, no sólo en el diario remojo de sus extremidades inferiores, sino también, y con mayor secreto, en la operación final de su tubo digestivo. No era, pues, extraño que Zanetti se agitara ya, dadivoso y temblante como un árbol demasiado lleno de frutos.

—¡Vanidad! —rezongó al fin, sacudiendo a un lado y otro su cabeza.

Don José, que paladeaba el último cimarrón del viejo Reynoso, miró a Zanetti con una punta de intriga.

—¿Cómo dice? —le preguntó.

—¡Eso! —dijo el cobrador, señalando el recinto mortuorio.

—Aja —repuso don José con reserva.

El viejo Reynoso dejó escapar un suspiro.

—Sí, sí —murmuró—. El pobre Juan.

Pero Zanetti lo miró a fondo.

—Yo no hablo de los muertos —refunfuñó—. ¡Qué me importan los muertos! Hablo de los vivos. Ahí está el cadáver, pudriéndose ya, ¿y qué hacen los vivos? Lo rodean de trapos, luces y flores. ¿Para qué? Para satisfacer su propia vanidad. ¡Los muertos!

Don José aventuró una media sonrisa.

—Es la costumbre —dijo—. Yo no me haría mala sangre por eso.

—¡Qué costumbre ni qué ocho cuartos! —objetó Zanetti—. ¡Yo les daría costumbres! —(El cobrador Zanetti prometía desterrar todas las costumbres, si durante veinticuatro horas le dejaban la Presidencia de la República.)

—Pero, amigo —le advirtió don José, riendo—. Así es la cosa. También a usted lo adornarán y saludarán cuando se vaya en su coche fúnebre, como usted adornó y saludó a los otros que se iban.

Al oír aquellas palabras no disimuló Zanetti su cólera.

—¡Yo no me saco el sombrero ante los coches fúnebres! —rezongó—. ¡Es un prejuicio burgués! —(El cobrador Zanetti no se quitaba el sombrero delante de las iglesias ni de los coches fúnebres; pero se descubría con unción al pasar frente a los conventillos, los nosocomios y las penitenciarías. Encarnizado enemigo de toda superstición, Zanetti derramaba la sal adrede, quebraba espejitos, apaleaba gatos negros y comía Parrilladas en Viernes Santo.)

—¡Bueno! —repuso don José bastante divertido—. Pero cuando me te vean a usted hecho fiambre, ya me lo acondicionarán con luces y florcitas. Y usted no podrá decir que no.

Una sonrisa, la primera de la noche, iluminó el semblante agrio del cobrador Zanetti.

—¡Se van a quedar con dos palmos de narices! —dijo en un arranque de alegría perversa.

—¿Y por qué?

—Ya hice mi testamento —rió Zanetti—. Cedí mi cuerpo a la *Sociedad pro Incineración de Cadáveres.* ¡Ah, no, conmigo no van a jugar! Lo tengo todo arreglado: un furgón sin cruz ni flores ni nada, ¡y al crematorio!

Don José y Reynoso lo miraron con la boca abierta, y Zanetti gozó un anticipo de su triunfo en aquellas dos vivas imágenes del estupor. Sí, era una jugada colosal: un directo a la mandíbula de los curas, de los funebreros, de la Municipalidad, de los floristas, de los enterradores, de los marmoleros, de todos los vivillos, en fin, que negociaban con la muerte. Pero don José recobró al instante su jovialidad.

—No le alabo el gusto —dijo al cobrador—. Eso de que lo quemen a uno como si fuera un trasto viejo...

—¡Hum! —asintió Reynoso, pensativo.

—¿Y qué? —argumentó Zanetti—. Es más económico, ¡y más higiénico! — (El cobrador Zanetti no se bañaba en todo el año; pero, tratándose de su cadáver, hacía una espinosa cuestión de higiene social.)

—¿Ha visto quemar a un difunto? —le preguntó don José—. Dicen que allá, en el horno, el cuerpo se levanta y mueve piernas y brazos.

—¡El último baile! —dijo Zanetti, que no había bailado jamás.

—¡Bah! —concluyó don José—. Para mí, la buena tierra y el canto de los pajaritos.

Reynoso le alcanzó un mate:

—La buena tierra —sentenció como un eco.

Silenciosos quedaron los tres, y siguiendo acaso el rumbo interior de sus ideas. Con admirable disimulo el Vecino Joven se había puesto de pie y observaba una hilera de malvones que justamente concluía en la puerta de calle: se alejaba de malvón en malvón, estudiando flores y hojas con un interés muy sospechoso. Amontonado junto a la silla paterna, cabeceaba Pancho entre la vigilia y el sueño. Ahora bien, el cobrador Zanetti se había desahogado ya, y don José no manifestaba intención alguna de querer abandonar su mutismo. Pero Reynoso, trabajado por antiguas y venerables memorias, no dejaba de suspirar ni de volver sus ojos hacia el recinto fúnebre: algo tenía que decir, y lo callaba, fluctuando aún entre el pudor y el sentimiento que se le salía de madre.

—¿Fueron muy amigos? —le preguntó al fin don José con extraordinaria dulzura.

—Casi hermanos —le contestó Reynoso—. Fuimos compañeros de mocedad, y fui su padrino de casamiento, y soy el padrino de Margara. ¡Calcule!

—Sí, sí —lo animó don José.

—¡Y ahí lo tiene al pobre! —concluyó el viejo con un suspiro.

—A todos nos llega la hora —sentenció don José—. Tarde o temprano...

—Eso es —dijo Reynoso—. Pero hay ciertas cosas... En fin, ¡locuras!

El viejo se pasó una mano por la frente, como si desease borrar una idea extraña. Pero vio la pregunta que se abría ya en los ojos afables de don José, y se atrevió a decirle:

—¿Ha visto al finado?

—Sí —contestó don José—. Parece que durmiera.

—¿Vio el traje que le han puesto? —insistió Reynoso en voz baja.

Don José lo miró, no sin cierta inquietud.

—Sí —dijo—, un traje oscuro. ¿Qué tiene de particular?

—Su traje de casamiento —declaró Reynoso—. Hace treinta y dos años, en una noche como ésta, yo mismo lo ayudé a ponérselo, antes de ir a la iglesia. ¡El mismo traje!

—¡Hum! —asintió don José—. Ya caigo. Bueno, ¡cuando uno piensa en lo que es la vida de un hombre!...

—¡La vida! —rezongó Zanetti con amargura.

—Bah, un sueño —concluyó don José.

Pero Reynoso, que navegaba en la suave corriente de su memoria, sonrió más a sus recuerdos que a sus dos abismados contertulios.

—¡Me parece verlo! —dijo—. En el patio la gente reclamaba: «¡El novio, el novio!» ¡Y yo queriendo abrocharle a Juan aquel maldito cuello duro! Y Juan que no podía moverse con aquellos pantalones, acostumbrado como estaba él a las bombachas.

—Un hombre de a caballo —murmuró don José pensativo.

—¿Quién? ¿Juan? —ponderó Reynoso—. Muy de a caballo.

Se acarició el bigote con una mano tostada.

—Sí —dijo—. En una noche como ésta, y hará treinta y dos años...

¡Guitarra, violín y flauta, en una noche como aquélla! Y al compás interior de una mazurca perdida y encontrada recién en su memoria, el viejo Reynoso está evocando la escena: el gran patio con su alfombra y su toldo, la comitiva hecha un Veinticinco de Mayo, la casa tirada por la ventana. Y los dos cupés llegando ahora de la iglesia, entre un revoltijo de chiquilines que gritan: «¡Padrino! ¡Padrino pelado!» Y él, Reynoso, que se apea del carruaje y tira puñados de cobres a la marchama; y los cobres que tintinean en el suelo, y los chiquitines que se arremolinan y buscan monedas entre las patas de los caballos. Y después el baile: guitarra, violín y flauta. «¡Los lanceros! ¡Formen parejas!» El novio con la novia, el padrino con la madrina: se trenza la juventud y ríe, con las manos en las manos, con los ojos en los ojos. ¡Bravo! Miran los viejos desde sus rincones y alzan las copas rebosantes; los chicos, engolosinados, giran alrededor de la bandeja en cuyo centro se levanta una gran torre de azúcar y dos novios de alfeñique. Y los músicos tienen el diablo en el cuerpo: guitarra, violín y flauta. ¡Medianoche! ¡Sí, hay que sacar a la novia, disimuladamente! ¿Quién? ¡Reynoso! Juan espera en la calle, junto a una victoria de alquiler; y Reynoso da la señal a los músicos: el vals «Sobre las olas».

Olas que al llegar
plañideras muriendo a mis pies...

¡Atención! Reynoso gira, oprimiendo el talle de la novia: se abre camino entre las parejas atorbellinadas, cruza todo el patio, ¡ya la escondió en el zaguán! Y nadie ha visto la maniobra. Reynoso vuelve triunfante: «¡Se fueron los novios!», grita él. «¡Oh, oh!», protestan los bailarines. «Este Reynoso es mandinga en persona.» ¡Guitarra, violín y flauta! El viejo Reynoso, alucinado, acaricia las imágenes, quiere aferrarse a ellas. Pero la voz de Zanetti ha resonado; y el viejo Reynoso, al despertar violentamente, se halla junto al rectángulo de luz que la capilla fúnebre de Juan proyecta sobre las baldosas.

—¡La muerte! —ha dicho el cobrador—. ¡Igual para todos! ¡La única justicia que hay en este mundo!

Una lágrima, una sola, resbala por la mejilla de Reynoso.

—Eso es —asiente—. No hay vuelta que darle.

Don José le alarga el mate vacío, y Reynoso intenta llenarlo; pero el agua se ha concluido.

—¡A la pucha! —exclama el viejo—. Nos hemos tomado la pava entera.

—Sí —observa don José—. A lo resero.

—Voy a ver si tienen más en la cocina —dice Reynoso; y, pava en mano, se aleja parsimoniosamente.

—Viejo lindo —murmura entonces don José, volviéndose al cobrador ensimismado.

Y como Zanetti no contesta, don José acaricia largamente la cabecita de Pancho que ya vagabundea en los arrabales del sueño. Desde los malvones hasta la puerta de calle no se ve un alma: el Vecino Joven se ha hecho perdiz.

Bien podía Reynoso entrar y salir mil veces de la cocina ilustre, sin que los habitantes de aquel Olimpo notaran siquiera la irrupción de su venerable humanidad. Era un angosto recinto de madera y de zinc, en el cual era dado ver una cocina de hierro, con sus dos hornallas, y una mesa de pino sobre cuyo mantel de hule rojo yacían en armoniosa vecindad un resto de chorizo fiambre aún atravesado en su tenedor, una botella de caña quemada y otra de anís, una cafetera de percudidos flancos y algunas tazas roñosas.

Pero si el escenario era humilde, los actores rayaban a gran altura. Como que se había reunido allí todo el Parnaso de la criolledad: figuras próceres todas ellas (bien que sumidas aún en injusto anonimato), y que aguardaban sin impacientarse al Hornero capaz de meterlas en el sabroso escándalo de la gloria. Juan José Robles, acariciando las orejas del cachorro *Balín,* encabezaba el grupo de las divinidades criollistas: a su izquierda el taita Flores, majestuosamente sentado en un vacío cajón de querosene, absorbía el interés de la reunión con los episodios de una historia que los oyentes iban arrancando a su modestia incalculable; a la derecha de Juan José veíase la melancólica efigie *del pesado* Rivera, guardaespaldas de Flores y ganimedes ocasional de aquel festín, cuyas manos generosas iban a la botella de caña no bien alguno de los héroes daba la menor señal de haberse quedado en seco. Frente a las tres cataduras próceres que acabamos de nombrar hallábanse tres almas absortas: las del petizo Bernini, Del Solar y Pereda. Reverenciales en su atención, los tres oyentes no quitaban sus ojos del taita Flores: no los quitaban, digo, como no fuese para cambiar entre sí una mirada llena de intelección cada vez que Flores exhibía un rasgo nuevo de su intrincada personalidad. ¡Y no era moco de pavo la investigación a que venían entregándose aquellos estudiosos! Harto sabido es que la bravura criolla, personificada en aquel gancho sublime que se llamó Martín Fierro, había evolucionado más tarde hacia el heroísmo semirrural de un Juan Moreira, para concluir en cierta belicosidad de tipo ciudadano, bien sostenida por aquel glorioso linaje de malevos que floreció en Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del XX. Ahora bien, según Del Solar y sus eruditos compinches, el taita Flores era el ultimo ejemplar del malevo clásico, vale decir, un documento vivo cuya lectura se les brindaba generosamente *hic et nunc.* No era mucho, pues, que los bardos criollistas interrogasen al taita como si fuera el mismo Apolo Deifico en alpargatas; y, ciertamente, un olfato sutil habría captado el aroma de leyenda que flotaba en la cocina, sobre las emanaciones del chorizo fiambre. Mas, ¡ay!, no todo era fervor y reverencia en aquel Olimpo: las almas que niegan, los espíritus burlones, los eternos agnósticos formaban en la cocina un tercer grupo. En él se debatían Adán Buenosayres, el astrólogo Schultze, Samuel Tesler y Franky Amundsen, una turba insolente que a gritos reclamaba la botella, que movía sus lenguas envenenadas en susurrantes alacraneos, y cuyas explosiones de hilaridad interrumpían al narrador, sembrando la inquietud en los tres oyentes estudiosos que olfateaban ya la inminencia de una catástrofe.

El taita Flores, que sentía girar en torno suyo cierto aire de veneración, había callado una vez más y vuelto al grupo de los reidores una jeta fruncida. Visto lo cual Pereda volvió a la carga:

—¿Y había mucha gente? —le preguntó.

—Un bailecito de patio —contestó Flores—. Las chinas de Froilán armaban un bailongo con dos quilos de yerba y una damajuana de cualquier cosa.

—¿Y qué tal *mosaico* era la ñata Froilán? —preguntó Bernini en tono compadre.

Agachó el taita los ojos y escupió un trocho del escarbadientes que venía mordisqueando.

—La ñata era de ley —dijo al fin—. Tenía la milonga en la sangre; y en el canyengue se mandaba unos ochos que hacían salir viruta del piso.

—¡Uy! —exclamó Pereda como en éxtasis.

—¿Y se la codiciaban en el barrio? —preguntó Del Solar, clavándole a Flores una banderilla.

El taita sonrió, entre feroz y compadre.

—Tal vez —dijo—. Yo no vi nada.

—¡Cuándo! —gruñó entonces Rivera en tono adulador—. ¡Al taita Flores nadie le pateaba el nido!

—Sí, sí —admitió Del Solar apresuradamente, creyendo ver una luz maligna en los ojos del taita.

Pero Juan José Robles, que desde hacía rato acariciaba las orejas del cachorro *Balín,* rompió su ya largo silencio.

—¿Y el tirifilo Nievas? —preguntó con desgano.

Se nubló aquí el rostro de Flores y una chispa de bronca centelleó en su mirada, como si aquel nombre hubiera hecho revivir en su sangre todo el fuego de un rencor extinguido.

—A eso iba —rezongó el taita—. Sí, el tirifilo Nievas.

—¿Quién era el tirifilo? —preguntó Del Solar.

—El hijo del Comisario —respondió Flores—. Un cajetilla de mala muerte. Al mocito le había dado por mezclarse con la gente cruda; *y* tenía fama de matón, porque dos o tres veces, en las trifulcas de Palermo, se había trenzado a pinas con los Escupideras Blancas de su papá.

Del Solar y Pereda cambiaron una mirada elocuente. ¡El famoso Hijo del Comisario! ¡La leyenda no mentía!

—¿Quiénes eran los Escupideras Blancas? —interrumpió Bernini sin ocultar su emoción.

—Los vigilantes —aclaró Rivera—. En aquel tiempo usaban un casco así.

Pero Del Solar tenía no pocas dudas que resolver.

—¡Un momento! —dijo—. ¿Qué ropa usaba el tirifilo Nievas?

Guardó silencio el taita, como si buscase algo en su memoria.

—Sí —dijo finalmente—. Un pantalón bombilla de color gris, con cintas negras en las costuras. Un saquito de *cagar parado...*

—¿Cómo? —estalló el petizo Bernini.

—Era un saquito medio cortón —dijo Rivera—. Y la gente, por broma...

—Sí, sí —asintió Del Solar con impaciencia—. ¿Qué más llevaba el tirifilo?

—Botines de tacón alto, boa ranera en el pescuezo y un chamberguito de castor en la porra.

Del Solar y Pereda volvieron a mirarse, arrebatados en una fiebre común. ¡La descripción era exacta!

—¡Bien, amigo Flores! —aprobó Del Solar—. ¿Y qué le pasó con el tirifilo?

—Nada —respondió Flores—. Al mozo le dio por sonsear con la ñata, según me dijeron. Yo se lo pregunté a la mocosa, por si le había dado motivo. Uno sabe lo que son las polleras.

—¡Hum! —asintió el petizo Bernini con aire de hombre quemado.

—Pero la ñata era de ley —agregó Flores—. Y yo esperé la mía.

—¿Dónde se trenzaron con el tirifilo? —le preguntó Del Solar en son de bravura.

El taita vaciló, entre cansado y modesto.

—¡Si no vale la pena! —dijo al fin—. Era un compadrito sonso.

—Contálo, Flores —le pidió Rivera.

—No te hagas el estrecho —le observó Juan José, muy entretenido en mirar al cachorro *Balín,* que ahora giraba sobre sí mismo queriendo morderse la cola.

Después de hacerse rogar no poco, el taita Flores arrugó el ceño, carraspeó dos o tres veces y miró de soslayo al grupo de los reidores, que ya le andaban quemando la sangre.

—Bueno —dijo—. La trifulca se armó en el baile de las chinas Froilán. Se tangueaba en el patio a raja cincha; y la cosa fue bien hasta que de repente cayó el tirifilo con su patota. Venían todos medio en curda,

y el tirifilo entró pisando fuerte y gritando: «¡Abran cancha!» Paró la música, se alborotó el hembrerío, y vi que las chinas. Froilán me miraban con susto.

—¡Conocían el paño! —exclamó Rivera.

—¿Y usted no se le fue al humo? —preguntó Del Solar, ebrio de coraje.

El taita sonrió apaciblemente.

—Yo lo conocía bien al tirifilo —respondió—. Y, es claro, le di soga. Bueno, siguió el baile, nomás. Y en cuanto la música empezó a tocar *El choclo,* me lo veo al tirifilo queriendo sacar a la ñata, y me la veo a la ñata que se resistía. Entonces, desde mi lugar, sentado como estaba, le grité a Nievas: «¡Oiga, mozo, esa mujer no baila!» Paró la música otra vez, se destrenzaron las parejas; y el tirifilo, retobándose, me contestó: «¡Eso está por verse!»

—Corajudo el mocito —se aventuró a decir Bernini.

—Pura espuma, como el chajá —gruñó *A pesado* Rivera.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Del Solar, mirando al taita en los ojos.

—Me levanté con pachorra —contestó Flores—, lo *curiosié al* tirifilo de pies a cabeza, y le dije: «Como guste. ¡A mi juego me llamaron!» Y ahí no más enderecé para el lado del tirifilo. Entonces las mujeres empezaron a gritar y los hombres a calentarse. Pero el tirifilo sacó un *bufoso...*

—¿Un *bufoso?* —exclamó Pereda, entre despectivo y escandalizado.

—Era un compadrito de revólver —asintió el taita, no sin melancolía—. Sacó un *bufoso,* y, apuntándome, gritó: «¡Si te movés de ahí te pego un tiro!»

—¿Y usted? —inquirió Del Solar, arrugando el entrecejo.

—Yo pelé mi *fariñera,* y, adelantándome con los ojos bien clavados en el tirifilo, le avisé: «¡Tira, pero no erres! Porque si llegas a errarme te coso a puñaladas.»

—¡Y erró, como si lo viese!

—No pudo tirar —dijo Flores con tristeza—. No bien me oyó, el tirifilo se puso blanco, y el revólver empezó a temblarle. Se lo quité, para que no se lastimara.

—¡Un guapo! —rezongó Del Solar.

—Era un malevito sonso —declaró el taita lleno de indulgencia—. ¡Cómo se reían las mujeres!

Se hizo en el grupo un silencio adulador: los tres estudiosos miraron a Flores como si recién lo descubriesen; acentuó el *pesado* Rivera un gesto duro en su boca; y el taita inclinó la frente, como bajo el agobio de tanto laurel. Sólo Juan José Robles pareció ajeno a la emoción del instante, abstraído como estaba en las evoluciones del cachorro *Balín,* que ahora se divertía mordisqueándole una chancleta. Pero en aquel punto una carcajada brutal estalló en el círculo de los reidores; y los criollistas, descendiendo a pique de las alturas heroicas en que respiraban, volvieron a una sus perfiles agrios.

—¡Ya me tienen caliente! —rezongó el taita, frunciendo la trompa en un rictus amenazador.

Con el alma en un hilo, Del Solar trató de mejorarle las ideas.

—No les haga caso —dijo—. Están con un pedo monstruoso.

—Esto no es un piringundín —insistió Flores—. ¡Ya me tienen podrido con tanta risa!

A su vez el *pesado* Rivera, dirigiéndose a los reidores:

—¡Chist! —les ordenó—. ¡Están en un velorio!

Y entonces ocurrió la gran desvergüenza: Franky Amundsen, que visiblemente capitaneaba el grupo heterodoxo de la cocina, se volvió hacia el *pesado* Rivera, y con los ojos brillantes *y* la lengua estropajosa le ordenó, tendiéndole a la vez una mano exigente:

—¡Compadre, la botella!

Muerto de asombro quedó el *pesado* ante aquel golpe de audacia: maquinalmente le alcanzó la botella, y sólo recobró el sentido cuando Franky se la devolvió, sin mirarle la cara, tras haber llenado generosamente las copas amigas. Entonces el *pesado,* con un gesto sublime, llenó su propio vaso y lo mandó a bodega, tal vez en el deseo de ahogar el átomo de cólera que ya fermentaba en su riñón. Y es dado imaginar que, a partir de aquel instante, maduró Rivera el proyecto de aquel zapatillazo genial que más tarde pondría fin al entredicho.

Con la tormenta gruñendo ya en el horizonte, hora es de que nos asomemos al círculo heterodoxo de la cocina, siquiera para lograr una débil noción de lo que se traían entre manos aquellos intelectuales ebrios, y no solo de gloria. ¿Cuál era el motivo de sus risas? ¿Olvidaban, acaso, las normas del intelectual decoro, víctimas inocentes de la botella ilustre? ¡No, aquellos no eran hombres de ahorcar sus virtudes en el sarmentoso árbol de Dionisos! Por el contrario, había en aquel sector algunos varones cuya inteligencia sólo alcanzaba su ápice tras haber logrado un coeficiente alcohólico no pequeño: tal un Franky Amundsen, descendiente de aquellos *vikings* famosos que antaño se mamaban con absoluta dignidad frente a las auroras boreales; tal un Samuel Tesler, vástago directo del vitivinícola Noé; tal un Adán Buenosayres, cuyo árbol genealógico bien podía ser una parra, si ha de considerarse la grey de bebedores nunca saciados que, así en la rama paterna como en la materna, le habían precedido en el arte sublime de levantar la copa. No menos estudiosos que sus adláteres, los heresiarcas aludidos también observaban, dividían y analizaban la materia viviente que les había deparado el azar. Pero sus observaciones acerca del taita narrador, de Juan José Robles y del *pesado* Rivera se caracterizaban por un rigor científico y por cierta filosófica universalidad que hubiera sido inútil pedir a la emoción romántica de los tres eruditos criollistas ya mencionados.

El caso Juan José Robles, justo es decirlo, no presentó dificultad ninguna: después de haberse observado en el sujeto los más palpables caracteres del alma vegetativa, Juan José, a moción del académico Buenosayres, fue incluido *ipsofacto* en el Reino Vegetal. Igual suerte habría cabido al taita Flores de haber triunfado la opinión de Amundsen; pero, afortunadamente, algunos académicos habían sorprendido en el taita no pocas manifestaciones del alma sensitiva, tales como la visión, la audición, la olfación, el gusto y la cólera, por lo cual, y sin mayor trámite, Flores ingresó en el anchuroso reino de la animalidad. Cierto es que Amundsen, dolorido con su derrota, se obstinó luego en atribuirle al taita una suerte de animalidad inferior, hasta el colmo de sospecharle una dermis cubierta de escamas y un posible rudimento de vejiga natatoria; pero la Academia lanzó, al oírlo, una formidable carcajada, y el triste Amundsen guardó un silencio que prometía.

Muy distinto fue, por cierto, el debate que se inició en torno del *pesado* Rivera. Los investigadores, con rara unanimidad, convenían en otorgarle la plenitud del alma sensitiva, en ceñir a su ente la corona del imperio animal y en declararlo *brutum* por esencia. Sin embargo, no bastaba esa enjuta clasificación del sujeto; y era necesario llegar a ciertas precisiones acerca de su sensibilidad. Se propuso entonces el siguiente cuestionario: ¿Distinguía Rivera los matices entre la sensación de calor intenso y de frío intenso? ¿Lograba diferenciar los colores, o padecía un daltonismo total? ¿Su ojo era polifacetado, como el de la mosca, o simple, como el de la comadreja? ¿Producía él fosforescencias nocturnas? ¿Captaba todos los olores? ¿Sabía regresar a su cubil guiándose por el olfato? ¿Meaba contra las paredes, alzando una de sus patas? ¿Era sutil su oído? ¿Captaba otro Misto, fuera del de la caña, el mate y el tabaco? ¿Tenía el cuerpo revestido de pelo, pluma o caparazón? ¿Cambiaba de pelaje anualmente? Luego, al recordar que la memoria, el instinto y la imaginación integraban igualmente la naturaleza del bruto, los académicos formularon las preguntas que siguen: ¿Recordaba Rivera el lugar donde comía y dormía? ¿Guardaba memoria de las ofensas, deleites y castigos? ¿Tenía en el año su época *¿e* celo? ¿Ladraba él a la luna durante las noches? ¿Presentía la muerte, los riesgos y las tormentas? ¿Gozaba de sueños amatorios y venatorios?

Tales cuestiones fueron planteadas y resueltas allí, no sin que, muy *a* menudo, la hilaridad ruidosa de los académicos tradujera el gozo intelectual que les producía el análisis. Pero el astrólogo Schultze, cuyo silencio pesaba ya dolorosamente sobre la Academia, no tardó en manifestar su desdén por el sujeto acerca del cual se discutía; y después de lanzar un furioso anatema contra los *paleotaitas* allí presentes, anunció, no sin misterio, el reinado futuro del *Neotaita,* cuyos días no estaban lejos. Constreñido por el académico Amundsen a responder si el *Neotaita* se diferenciaría en algo del *Neocriollo,* respondió Schultze que el *Neotaita s*ería un matiz del *Neocriollo,* y que habría de caracterizarse por el enorme desarrollo de su riñón, órgano de Marte, a los efectos de la guerra. Desgraciadamente, aquella tentativa de orientar el debate hacia un rumbo metafísico no pasó a mayores; y la Academia volvió al terreno de la biología pura cuando Franky Amundsen declaró solemnemente su propósito de consagrar un estudio *A pesado* Rivera. El plan de Franky era vasto, y comprendía, entre otros elementos, un corte longitudinal del *pesado y* uno transversal, análisis de su orina y de su plasma sanguíneo, reacción Wasermann, coeficiente de dilatación, resistencia del material, peso específico, radiografía y autopsia.

Entusiasmado hasta la locura, el académico Buenosayres no sólo se adhirió al plan Amundsen, sino que, movido por una súbita iluminación, propuso que Rivera fuese tratado *como un país.* Aquel novedoso punto de vista ensanchó hasta lo infinito el terreno de la investigación, ya que el *pesado* Rivera debería ser sometido a mediciones y triangulaciones, a estudios geológicos y meteorológicos, a captación de aguas, a sondeos de sus costas marítimas, a la demarcación de sus límites, a la exploración de sus bosques y cordilleras. Y aquí, dejándose llevar por ese utilitarismo tan propio de su raza, el académico Tesler insinuó la conveniencia de añadir al estudio del *pesado* ciertos diagramas y estadísticas referentes: a su producción anual de uñas, pelos y caspa; al voltaje de su fuerza motriz; a su rendimiento normal de guano, materias textiles y aceites crudos; al área de sus yacimientos petrolíferos; a sus estaciones termales, bancos de coral y pesquerías, etcétera, etcétera; pues el académico Tesler no ignoraba que tales datos eran imprescindibles a toda industrialización racional del *pesada* Rivera. Y en este punto fue donde los académicos lanzaron aquella carcajada universal que puso en tensión a los héroes de la cocina.

Agresivo era el silencio del *pesado,* amenazador el empaque del taita Flores. Luis Pereda y Bernini, consultándose mutuamente, no vacilaron en decirse que había en el aire un fuerte olor a bronca. Pero Del Solar halló en aquel silencio la coyuntura que necesitaba, y, riendo, se volvió hacia Flores:

—Mamados hasta el caracú —le sopló, y con el rabo del ojo señaló a los académicos.

—¡Hum! —aprobó el taita, esbozando una media sonrisa.

Los tres estudiosos respiraron con alivio, y Del Solar aprovechó aquel giro favorable de los acontecimientos para mantener al taita en el clima de la tradición.

—Usted conoció los buenos tiempos —le dijo—. ¡Hay que ver el malevaje de ahora!

—Lo he visto —gruñó el taita con un pliegue desdeñoso en la comisura de sus labios.

—¿No tuvo alguna pelea con esos mocitos? —le interrogó Bernini.

—¿Pelea? —rezongó Flores entre humorístico y agrio—. ¡Si se los corre con la vaina!

—¡Ya me parecía! —exclamó el petizo en tono elegiaco.

El taita se reanimó entonces y comenzó a decir, como si ordeñase perezosamente la vaca de su memoria:

—Una vez, en Saavedra...

No pudo continuar, porque María Justa Robles hizo en aquel instante su entrada en la cocina: una honda inquietud se reflejaba en ella y en la premura con que se dirigió a su hermano.

—Ha venido —le susurró en la oreja—. Quiere hablarte.

—¿Quién? —le preguntó Juan José con desgano.

—La Beba.

Al oír aquel nombre aborrecido no tembló un solo músculo en la cara de Juan José ni brilló un relámpago en sus ojos.

—Aja —murmuró—. Está bueno.

Le dio una patada suave al cachorro *Balín* que aún le mordía una chancleta, y el cachorro, lanzando un alarido, se refugió atropelladamente en el cajón que le servía de asiento al taita y dentro del cual se le oyó gemir y rezongar todavía. Entonces Juan José hizo algo que maravilló a los académicos heterodoxos: contra todo lo previsible, aquel *vegetal se* puso de pie, muy lentamente, como si temiera descoyuntarse; y sin dejar traslucir emoción alguna en su verdosa facha de musgo aventuró un paso, dos, tres hacia la puerta de la cocina. Cuatro pares de ojos cariacontecidos lo vieron hacer un mutis increíble. Y María Justa siguió sus pasos, con una luz ansiosa en la mirada.

Contradictorios eran los sentimientos que asaltaron a Juan José Robles mientras abandonaba la cocina: el odio y la ternura, el rigor y la misericordia se agarraban a castañazo limpio en su insondable corazón de malevo, sólo al pensar en aquella hermana sin ley que ahora volvía, como siempre, al olor de un cadáver. Y el tumulto de su alma desbordó al fin cuando allá, en la puerta de calle, divisó a la Beba que lo aguardaba, inmóvil en el umbral y con los ojos dolorosamente abiertos. Entonces Juan José retardó su marcha, deseoso de ver claro en sí mismo antes de llegar a la mujer. Pero, si demorado era su andar, a la Beba Robles le parecía lentísimo y amenazador como el avance de un juez.

Estaba ella frente al caserón familiar que ahora le parecía inaccesible *y* cerrado como un puño listo a caer, ardían sus talones en el umbral, como si aquel mármol fuera un tizón ardiente; puertas y ventanas abríanse, a sus ojos, como bocas llenas de maldición. Los vecinos del patio y algunas cabezas anónimas que se asomaban ya en acecho la estudiaron un instante con asombro y hostilidad. Juan José, a cuya vera se adelantaba igualmente María Justa, parecía eternizarse todo él en su camino. Entonces la Beba, hurtándose al peso de tantas miradas, puso la suya en lo alto y vio que también el cielo abría para ella mil ojos duros.

Cascabel, cascabelito,
ríe, ríe, y no llores...

¡Tu historia cabía en la letra de un tango, se floreaba en la viruta de los bandoneones y tenía perfiles de leyenda en la voz luctuosa de los malevos que ladran su melancolía frente a los incendiados crepúsculos de Villa Ortuzar! Ayer tus quince abriles erguidos como flores, tu pollerita cortona y tus trenzas al sol encendían ruegos locos en el alma sensible del barrio, y hacían suspirar a los carreros que avanzaban rumbo a la tarde con un clavel en la oreja y una trifulca en el corazón. Ayer, en los bailongos de patio, a la hora en que la noche parece brotar de la misma caja de las guitarras, el brillo de tus ojos y el ondular de tus caderas hacían que la pasión, el celo y la bravura se desnudasen lentamente, como dagas prontas al desafío. Ayer tu imagen aliviaba las horas muertas de los corralones, y presidía el silencio de los almacenes fantasmales, cuando, sobre la mesa, un truco moría de pronto al desganado filo del as de espadas.

¡Fue la locura del Centro, y la Ciudad que levanta en la noche peligroso canto de sirena! ¡Y el barrio se quedó como desierto! Allá dos almas buenas guardaron tus percales y enterraron tu risa infantil al pie de una higuera que todavía llora. ¿Qué fue tu vida entonces, Cascabel, Cascabelito? Fue un ciego revolotear en torno de luces malditas, y un rápido quemarse de tus alas allá, en el cabaret sin gloria que a medianoche da tumbos de borracho al son de fuelles y violines más negros que la pena. ¡Cascabel, cascabelito! Ahora sos la flor de trapo (brillante, sí, pero sin savia) que se prende como lujo de un día en la existencia inútil de los

magnates. Ahora, en los atardeceres de Florida, tu andar provocativo, el crujir de tus rasos y la estela de tus perfumes hacen temblar de angustia a los adolescentes y clavan una espuela dolorosa en el torvo secreto de los varones tristes.

Y mañana, cuando tu primavera se derrumbe como la arquitectura de una flor, cuando te huyan todas las miradas y se te nieguen todas las sonrisas; cuando las noches alegres te vuelvan sus espaldas, y a puntapiés la música te arroje de su loco reinado; entonces volverás al suburbio, y será en una tarde con olor de aguas muertas, y el eco de tus pasos en la calle despertará recuerdos y exaltará fantasmas. Y cuando al fin descienda la lluvia de tus ojos, una voz de muchacha cantará en algún patio:

Cascabel, cascabelito,
ríe, ríe, y no llores...

Juan José detuvo su paso frente a la Beba y se quedó mirándola, lleno de perplejidad, ocupado como estaba en resolver su conflicto interior. Solícita como siempre, María Justa Robles acababa de tomarle la delantera, y su brazo caritativo ceñía ya la cintura de aquella hermana culpable. Los tres vecinos del patio, conteniendo sus respiraciones, observaban aquella escena muda, temerosos de su desenlace. A decir verdad, Juan José Robles, indeciso ante la mujer que aguardaba con los ojos en el suelo, no sabía si acomodarle un castañazo, allí no más, o si mostrarle la puerta de calle para que se volviese a la noche de la cual había venido. Pero la vio tan humillada, tan deshecha y tan sola, que su corazón arrabalero empezó a derretirse como la escarcha bajo el sol; de modo tal que, cuando la Beba se atrevió a mirarlo a la cara, Juan José Robles no pudo más y le tendió su mano con una sencillez que sin duda hizo lagrimear a los ángeles.

—Entra, nomás —le susurró—. Ahí lo tenes al viejo.

Una ráfaga de sublimidad sacudió entonces a los tres vecinos del patio.

—Bueno —aprobó Ramírez—. Ese Juan José, digan lo que digan, es todo un hombre.

—¡La pobrecita! —murmuró el viejo Reynoso.

—Ella no tiene la culpa —rezongó Zanetti—. ¡Yo culpo a la Sociedad!

Sostenida por sus dos hermanos, la Beba entró en el recinto fúnebre. Y lo primero que vio fue la cara rugosa de doña Carmen, la cual, junto al féretro y rosario en mano, le tendía ya el bondadoso puente de una sonrisa.

—¡Doña Carmen! —sollozó, insinuando un movimiento hacia la vieja.

Doña Carmen la recibió en sus brazos y besó fuertemente aquel rostro mojado en lágrimas.

—Sí, sí, mi hijita—le respondió en un arrullo—. Bueno, hijita, bueno.

Después la tomó de la mano y la condujo hasta la cabecera del muerto. Allí la Beba se quedó inmóvil como una estatua: sus ojos no podían ni querían hurtarse a la contemplación de aquel rostro apagado ya para siempre; mil recuerdos gratos o vergonzosos empezaron a girar en su memoria, dando tumbos, atropellándose y combatiéndose los unos a los otros. Y cuando su conciencia trastabilló de pánico ante su misma desnudez, la Beba sintió que una mezcla de grito y de sollozo ascendía desde su corazón a su garganta. Pero la sofocó violentamente, mordiendo su pañuelo, temerosa de importunar a los otros con un arranque de dolor que no era licito en ella. Sin atreverse a balbucear una palabra de consuelo, María Justa le palmeó los hombros; Juan José miró a otro lado, quizás en el deseo de no traicionar sus propias emociones. Entretanto, doña Carmen se había reunido a sus dos amigas.

—¡Pobre alma! —dijo, señalando a la Beba.

—Un arrepentimiento sincero —admitió secamente doña Martina.

—¿Qué? —refunfuñó doña Carmen sin ocultar su enojo ante aquel visible regateo—. ¡Un corazón de oro, doña Martina, un corazón de oro!

Se aventuraba ya en cierto elocuente panegírico de la Beba, cuando un rumor que venía del otro cuarto la dejó en suspenso, tiñó de inquietud el semblante de María Justa y arrugó el ceño de Juan José.

—¡Margara! —susurró doña Carmen en el oído atento de doña Martina.

El retorno de la Beba y su introducción en la cámara fúnebre habían trascendido al otro cuarto. Se agitaba otra vez el coro zumbador que desde la penumbra seguía estudiando a Margara en los cien matices de su portentoso duelo: sibilantes amenazas, exhortaciones a la clemencia, proverbios de rencor y aforismos de cordura se mezclaban y hervían en el murmullo del Coro. Hilvanando algunos fragmentos de aquel susurro, Margara se había incorporado violentamente, con el asomo de una sospecha.

—¿Ha vuelto? —preguntó a las dos vecinas, perforándolas con sus ojos desencajados.

Las vecinas en Rojo y en Azul no se atrevieron a negar, y bajaron sus frentes al peso de aquella mirada terrible. Visto lo cual Margara lo adivinó todo y comenzó a tirarse de los pelos.

—¡No la quiero ver! —gritó con furia.

—Calma, calma —le sugirió doña Teda.

Pero Margara sacudía ya trágicamente su cabeza de Gorgona.

—¡Ha matado a mi padre! —vociferaba—. ¡No la quiero ver!

La figura cortante de Juan José apareció entonces en el escenario, y se volvió a Margara, con la jeta fruncida.

—¡Cállese! —le ordenó—. ¡Qué tanto grito!

Se le congeló a Margara el aliento en el buche: miró a su hermano largamente, con la boca muy abierta y los ojos despavoridos; luego se dejó caer hacia atrás, y sus crenchas de Medusa viborearon un instante sobre las almohadas. Entonces Juan José paseó su vista retadora por el coro de los asistentes, cuyas voces pasaron del clamor al murmullo y del murmullo al silencio. Finalmente, comprobando que ya se había restablecido el orden, volvió sus espaldas a la escena, cruzó el recinto fúnebre y salió al patio.

Salía con su eterno aire vegetal, con los ojos en el suelo y arrastrando sus chancletas. Pero se detuvo al instante: allí, sobre las baldosas, lo aguardaba un par de botines inmóviles. Juan José miró los botines de charol con su caña de gamuza; vio luego el arranque de un pantalón de fantasía muy abombillado; y sus ojos ascendentes lo recorrieron hasta dar en una chaquetilla negra, en un blanco pañuelo de cogote y en una jeta ensombrecida por el ala de un sombrero gris con cinta de luto. Entonces Juan José insinuó el fantasma de una sonrisa: delante suyo tenía la vera efigie del malevo Di Pasquo.

—Lo acompaño en el sentimiento —gruñó Di Pasquo, alargándole su mano recta como una puñalada.

—Gracias —le contestó Juan José, impasible.

Y añadió, viendo que Di Pasquo vacilaba sin saber qué pito tocar:

—Pase, amigo. Los hombres están en la cocina.

¿Quién podrá referir ahora la excitación, el escalofrío de gozo y también las inquietudes nuevas que introdujo en la cocina el regreso de Juan José, a cuyo remolque avanzaba la solemne figura del malevo Di Pasquo? En su exaltación del primer instante, los estudiosos criollistas Del Solar y Pereda saborearon la figura del malevo, prometiéndose ricas observaciones acerca del influjo itálico en la idiosincrasia del malevaje final. Pero no tardaron en advertir el peligro de un choque demasiado violento entre Di Pasquo y el taita Flores, ¡como que se topaban ahora, no ya dos caracteres en pugna, sino dos escuelas distintas!

Por otra parte, no estaba el horno para bollos: a duras penas el taita Flores había contenido recién el desbordamiento de su coraje; no así el *pesado* Rivera, cuyo silencio amenazador se ahondaba ostensiblemente a cada nueva explosión de hilaridad que se producía entre los heterodoxos. Y justo es decir que aquellos disidentes no daban señales de querer amainar en su locura: por el contrario, dueños ahora de la botella merced a una distracción del *pesado,* multiplicaban sus brindis y sus ademanes descompuestos. Había uno, sin embargo, que ya no reía; y era Samuel Tesler, el cual (haciéndosele ya el campo orégano y la vizcachera playa) debía de rumiar en aquel instante algún oscuro propósito, si ha de juzgarse por la doble arruga que le surcaba la frente. ¡Razón tenían Pereda y Del Solar al temer ese cúmulo de nubarrones que se adensaba en la cocina! Pero nunca imaginaron que la tempestad estuviese tan cerca.

Y el primer anuncio llegó cuando el malevo Di Pasquo, después de Saludar en bloque a los circunstantes, se dirigió a Flores que lo aguardaba ya de pie, receloso y mudo.

—¡Buenas! —dijo el malevo, alargándole su mano al taita.

—¡Buenas! —respondió Flores alargando la suya.

Se unieron las dos manos con visible cautela; y entonces el petizo Bernini, guiñándole un ojo a Del Solar, le sopló con entusiasmo:

—¡Dos potencias que se saludan!

—¡Hum! —gruñó Del Solar, absorto en aquellas dos manos que acababan de juntarse.

Un fuerte rumor de los heterodoxos le hizo girar la cabeza; y vio entonces a Franky Amundsen que señalaba con su índice al malevo Di Pasquo.

—¡Vean qué pinta! —gritó Franky, entre maravillado y humorístico.

—¿Quién es? —preguntó Adán con voz aguardentosa.

—¡El *italomalevo*! —presentó Franky—. ¡Una cruza de Gabino Ezeiza y la «Traviata»!

El golpe de hilaridad que siguió a esas palabras fue tremendo. Rápidamente Del Solar, que no había perdido un solo detalle de la situación y adivinaba un despunte de asombro en la cara del malevo, tomó del brazo a Pereda y le ordenó:

—¡Acércate con disimulo y decíles a esos desgraciados que se callen la boca!

Obedeció Pereda, y abordando a los heterodoxos los increpó así:

—¡No sean bárbaros! ¡A ver si se callan! ¿O quieren recibir una pateadura?

Los heresiarcas guardaron un silencio desdeñoso y se pusieron a observar las maniobras del enemigo. A la sazón los personajes de la escena se distribuían así: Di Pasquo, muy grave, acababa de tomar asiento junto a Flores, y entre los dos bravos parecía mediar una barrera de hielo; Juan José trataba de abrir otra botella, con un esfuerzo que, al parecer, iba más allá de sus posibilidades; como sobre ascuas, Bernini, Pereda y Del Solar habían reconstruido su estudioso grupo; y en cuanto a Rivera, no daba señales de vida, tan acorazado estaba en su peligroso mutismo. Arrojemos ahora una mirada sobre los disidentes: ninguno se movía ya, y todos mostraban un gesto expectante que, según lo advirtió Del Solar, no sin alarma, se hacía más temible que la reciente batahola; Franky Amundsen, Adán Buenosayres y el astrólogo Schultze miraban de frente al enemigo, con sus cabezas erguidas, el sarcasmo en las bocas y la ferocidad en los ojos; pero Samuel inclinaba la frente, hundido aún en su harto sospechable abstracción.

Y el interés general recaía en Flores y en Di Pasquo, los cuales, viendo tantos ojos que los miraban y tantos oídos alertas, comprendieron al fin que toda la expectativa de la reunión se concentraba en ellos. Empezaron por mirarse de reojo; y en el apremio de decirse algo, ni el taita ni el malevo lo hacían, temerosos de arriesgar alguna palabra cortadora.

—¡Se tienen un miedo bárbaro! —rió Adán en el oído de Franky.

—¡Chist! —lo silenció Franky—. ¿A que se abrazan y se besan?

No siguió adelante, porque Di Pasquo tomaba ya la iniciativa. En medio de un silencio absoluto, sin mirar al taita, Di Pasquo le formuló la pregunta que sigue:

—¿Y qué hace, amigo Flores?

Nueve pares de orejas ansiosas aguardaban la contestación de Flores. Y no lo hacían en vano, pues el taita, solemne como nunca, dio al malevo osta contestación sublime:

—Ya lo ve, amigo. *Vegetando.*

Triple y única, irresistible y anchurosa fue la carcajada con que Adán, Schultze y Franky saludaron la respuesta de Flores. El taita se quedó yerto, confundido el malevo Di Pasquo, atónitos Del Solar y Pereda, consternado Bernini, y Juan José inmóvil, con la rebelde botella metida entre sus dos muslos. Y no se había extinguido aún el eco de la carcajada famosa, cuando Samuel Tesler, haciendo retroceder su silla con violencia, se puso de pie y enarboló un puño amenazante.

—¡Basta de sainete! —gritó—. Malevos de carnaval, taitas de cartón, ¡aquí hay un hombre, si quieren pelear!

¡No lo hubiera dicho! Al oír aquel reto Flores pareció volver de su atonía: se incorporó lentamente, como impelido por una fatalidad; y enderezado hacia Tesler, con la diestra escondida en la cintura.

—¡No lo haga, Flores! —le pidió el malevo.

—¡Tenía que ser! —carraspeó el taita, lanzándose melancólicamente a la guerra.

Pero cuando la lucha parecía inevitable, cuando Juan José y Di Pasquo trataban de sujetar a Flores, cuando palidecía Samuel y los heterodoxos atrincherábanse detrás de la mesa, entonces ocurrió algo insólito: el *pesado* Rivera, que se había mantenido en una quietud distante, se puso de pie, lento y digno, silencioso y grave, y con un solo ademán petrificó a los combatientes. Inmóviles de sorpresa quedaron los unos y los otros. Visto lo cual el *pesado* Rivera, sin decir mu, ejecutó la siguiente maniobra: dio algunos pasos hasta colocarse frente al indómito israelita; detuvo la marcha; cruzó su pierna derecha sobre su muslo izquierdo; se descalzó de una zapatilla; la levantó en el aire y descargó sobre Tesler un concienzudo, parsimonioso y frío zapatillazo. Después volvió a calzarse, giró sobre sus talones y recuperó, no sólo su asiento, sino también su actitud meditativa.

Sin dar crédito a sus ojos, los circunstantes observaron a Samuel, en espera de una reacción que no podía faltar en aquel hombre, autor de tan vehemente desafío. Pero, ¡qué! Nuestro filósofo había quedado en éxtasis, y así permaneció durante algo más de un minuto; hasta que, dejándose caer en una silla y escondiendo la cara entre sus dos manos, rompió a reír desaforadamente. La suya era una risa extraña, secreta en sus móviles, entrecortada de hipos y eructos; pero tan irresistiblemente contagiosa, que no tardó en comunicarse a tirios y troyanos. Entonces Juan José tocó a Del Solar en el hombro.

—*Rajen ahora* —le gruñó al oído—. Menos mal que lo han tomado a jarana. Si se quedan, no respondo.

Choques de manos, risas póstumas y tiernos adioses resonaban aún en el ambiente. Del Solar se las veía negras para sacar a Tesler de la cocina, pues el filósofo, con lengua pegajosa y ojos húmedos, estaba jurándole al *pesado* una amistad eterna. Menos trabajo puso Bernini en convencer a Franky, porque Franky se había despedido ya de Flores, no sin antes exigirle un autógrafo que suscribió el taita con mucha gravedad. En cuanto a Schultze, siguió dócilmente a Pereda: el astrólogo tenía en su poder la *nacifecha* del malevo Di Pasquo, y acababa de prometerle su horóscopo a vuelta de correo.

Adán Buenosayres había salido ya, sin cooperación alguna, y se había internado a tientas en el fondo sombrío de la casa. Todas las voces oídas recién, todos los gestos, formas y colores bailaban en su cabeza un galope desenfrenado.

—¡Noche absurda! —rió en su alma—. ¡Noche mía!

Pasó junto a una higuera, y como se detuviese un instante para escrutar la sombra, oyó al perro Falucho que rezongaba en su casilla.

—No es aquí —murmuró Adán, perplejo.

Avanzó diez pasos más, y a su derecha vislumbró algunas construcciones indefinibles a la vista, pero no al olfato.

—El gallinero.

Costeando el tejido de alambre que lo cercaba, dio al fin en un cañaveral que junto a la pared esgrimía sus lanzas negras contra el cielo; y allí no más, desbrochándose de un golpe, orinó largamente. Y mientras lo hacía, levantó sus ojos hasta ponerlos en el cénit, donde algunas estrellas parpadeaban entre nubes andantes. Entonces, como le sucedía *eternamente,* al rapto de sus ojos correspondió una súbita elevación de su alma; y sintió que lo más grosero de su embriaguez caía, dando sitio a un brumoso y triste despertar de su conciencia.

—Noche absurda—repitió él, lleno de zozobra.

Giró sobre sus talones, y abotonándose aún empezó a desandar su camino. Estaba ya junto a la higuera, cuando su atención fue atraída por alguna cosa informe que pendía de un hilo atado a una rama. La palpó con recelo, y sintió en su mano una latente y fría viscosidad.

—Sapos vivos —murmuró al reconocer la naturaleza del objeto—. ¿Brujería?

Y recordó tres sapos idénticos, pendientes de aquel sauce familiar, en *Maipú:* tres sapos vivos que oscilaron tres días y tres noches al soplo del viento, mientras una mujer de veinte años agonizaba en el jardín, con una novela de amor entre sus dedos amarillos.

—¡Basta! ¿Y los otros?

Adán Buenosayres cruzó el patio, se detuvo en el umbral del recinto fúnebre y lo exploró con la vista: en su ángulo izquierdo, las tres Ancianas, asombrosamente iguales, dormían sin abandonar sus rosarios de cuentas negras; en el otro rincón, una mujer de luto se apretujaba, como temerosa de ocupar allí un sitio que no le correspondía; en el centro, a la luz de los candelabros y vestido con su traje de bodas, el finado Juan Robles «aya un terrón de barro que se deshacía lentamente.

Adán huyó hacia la puerta de calle, traspuso el umbral y oyó voces que desde la esquina lo llamaban a gritos.

AQUÍ YACE JUAN ROBLES,
PISADOR DE BARRO.
EL PISADOR CELESTE
LO ESTÁ PISANDO
BAJO LAS PATAS INVISIBLES
DE SU CABALLO.

LIBRO CUARTO

I

En el portón abierto de la glorieta «Ciro», con los ojos vagabundos *y el* alma presa de honda melancolía, Ciro Rossini, ¡el grande Ciro!, hilaba el copo de sus otoñales pensamientos. Había escrutado ya el cielo de medianoche, y al advertir el escuadrón de mierdosas nubes que lo amenazaban por el este, se había dicho, sin ocultar su alarma:

Viento del este,
agua como peste.

Y como si el viento quisiera responder a la íntima reflexión de Ciro, Una ráfaga traidora llegó de pronto y alborotó la melena de los árboles callejeros, arrancándoles al pasar un torbellino de hojas cobrizas que planearon 01 el aire y se abatieron al fin como alas muertas.

—*Diavolo!*—murmuró Ciro Rossini, librándose de las dos o tres hojitas que acababan de aterrizar en sus cabellos renegridos por la virtud colorante del agua «La Carmela».

Pero la melancolía de Ciro tomó una forma visible cuando sus ojos recorrieron la glorieta solitaria. ¡Gran Dios, cuan desierto y triste le parecía entonces aquel recinto, escenario ayer de tanta locura veraniega! Ciro miró los reservados agrestes, ahora silenciosos como tumbas, resonantes ayer de palabras y risas; y un suspiro inacabable desinfló su tórax de barítono aficionado. En seguida paseó su mirada sobre la infinidad de mesas vacías que llenaban el recreo, y la detuvo al fin en el palco de la orquesta, donde un piano en su funda, un bombo en su mortaja y tres violines en sus ataúdes Anunciaban la muerte de la música; entonces el gran Ciro, el triste Ciro, volvió a un lado y otro su cabeza, evocando la multitud sonora que se había reunido allí noche tras noche y bajo un cielo más favorable. ¿Dónde estafen ahora los compadritos de pañuelo blanco, las muchachas con sed, los vecinos exultantes en sus piyamas de colores, las gordas mujeres que reían al amor de chorreantes parrilladas? ¡Ah! Se los había llevado el mismo viento que ahora barría ese montón de hojas en la calle Triunvirato.

Sólo cinco ánimas en pena se mantenían fieles aún, y Ciro Rossini las consideró, no sin ternura: eran el payador Tissone, el Príncipe Azul y los tres humoristas del conjunto «Los Bohemios», cinco fantasmas taciturnos que se movían lentamente junto al palco, entre un revoltijo de guitarras y bandoneones.

—¡Pobres muchachos! —reflexionó Ciro—. Mañana trabajarán en los fondines, por un café con leche.

Apartó sus ojos de tanta desolación, y con trágico ademán se alborotó los cabellos renegridos por el agua «La Carmela». Ciertamente, aquello era el otoño definitivo; y los días de la glorieta ya estaban contados. Pero, ¿qué había en el tono funeral de Ciro? ¿Acaso el plañir de la Avaricia en quiebra, junto a una caja registradora que suspendería en adelante su alegre tintineo? ¡No, *per Bacco!* Ciro Rossini, el grande Ciro, estaba exento de tan bajas pasiones; y los que alguna vez habían gozado la dicha incomparable de oírlo en «Una furtiva lacrima» o en «Celeste Aida», no vacilaban en admitir que sólo un destino cruel había podido robar a la gloria el estro de un alma tan sublime. Lo que Ciro lloraba en esa medianoche otoñal era el ocaso del júbilo; porque Ciro Rossini, propietario y animador de la glorieta «Ciro», era en el fondo un genio festival que trabajaba en la alegría del hombre como en una obra de arte, y que, de haber nacido en la Hélade feliz, habría organizado el cortejo de Dionisos o las danzas de Coré la resurrecta.

Pero el grande Ciro no llevó muy lejos el curso de sus otoñales elegías, pues, en el momento en que por segunda vez estudiaba los síntomas de la noche, sintió que dos brazos le oprimían el cuello y que algo semejante a un chambergo descomunal apretaba su rostro hasta dificultarle la respiración. Maravillado en

extremo, Ciro Rossini correspondió al abrazo del vehemente desconocido; y cuando, no sin esfuerzo, logró desasirse de él y verle la cara, una exclamación gozosa brotó de sus labios:

—*Carissimo!*

En el incógnito viajero que le traía la medianoche acababa de reconocer a su amigo Adán Buenosayres, el cual, solemne ahora, se volvió hacia el grupo de hombres que lo seguían y les anunció, mostrándoles a Ciro con el dedo:

—Ciro Rossini, ¡un alma grande!

Luego, volviéndose a Ciro que lo miraba reverentemente, Adán Buenosayres inició las presentaciones de estilo:

—El señor Schultze, astrólogo; el señor Amundsen, *globe trotter*; el señor Tesler, filósofo dionisíaco; el señor Pereda, criollósofo y gramático; el señor Bernini, moralista, polígrafo y boxeador.

A medida que Adán los nombraba, cada uno de los forasteros tendía tus brazos a Ciro y lo apretaba contra su corazón. Y el grande Ciro (que si bien distinguía en el aliento de aquellos hombres la evidencia de conocidos elixires espirituosos no dejaba de saborear la dulzura de tan cordiales efusiones) recibía en su pecho a todos y cada uno de los nombrados, y exclamaba, con la respiración jadeante:

—*Giovinezza! Giovinezza!*

Eran los mismos viajeros que habían contemplado esa noche la cara del terror y de la muerte. Un tranvía Lacroze, destartalado y gimiendo hasta por el menor de sus tornillos, acababa de traerlos desde Saavedra, la remota. Y habían descendido en la esquina de Triunvirato y Gurruchaga; y bajo la tutela de Adán Buenosayres llegaron al portón de la glorieta «Ciro», donde aguardaban ahora, con los ojos llenos aún de abominaciones nocturnas. Estaban todos, menos el guía Del Solar (tempranamente alejado por el descontento que le inspirara la conducta de algunos heterodoxos en cierta cocina ilustre). Y Ciro Rossini, que ya veía en aquellas frentes el signo invisible del arte, preguntó al fin:

—¿Todos artistas?

—Todos artistas —le respondió Adán, clavándole una orgullosa mirada.

Tembló el grande Ciro, como el noble corcel de pelea que oye un toque de clarín; y alzando sus ojos a las alturas:

—¡El arte! —suspiró—. ¡El arte!

Su arrobamiento duró un segundo. En seguida, volviendo a la realidad y apostrofando cariñosamente al grupo:

—¡Santa *Madonna!* —gritó—. ¿Qué hacen ahí parados? *Avanti!*

Aquel grito fue una señal. Tumultuosos y alegres, con Ciro Rossini a la cabeza, los visitantes irrumpieron en la glorieta «Ciro». Y todo pareció reanimarse desde aquel entonces, hasta los desiertos reservados y el sauce llorón que agitaba en el fondo sus crenchas amarillas. Visiblemente sorprendidos ante aquella invasión, los cinco fantasmas taciturnos y el mozo decadente que ahora les tendía la mesa junto al palco volvieron sus ojos hacia los forasteros y se quedaron inmóviles, hasta que Ciro los abordó, al frente de su tropa.

—Mis artistas —declamó Ciro, presentando a los cinco fantasmas. Irresistible fue la ola de cordialidad que arrastró entonces a los visitantes: Adán, Pereda *y* Schultze abrazaron a los componentes del trío «Los Bohemios», que no salían de su asombro; lleno de la bravura que una experiencia heroica muy reciente le había encendido, Samuel Tesler estrechó la mano del payador Tissone; a su vez Franky se arrojó al cuello del Príncipe Azul, el cual, digno y hosco, no pareció recibir con entusiasmo aquella efusión de ternura.

—¡El arte popular! —exclamó al fin un Adán Buenosayres lloroso, palmeando aún a su bohemio.

—Mester de juglaría criollo —tronó Pereda sin abandonar al suyo—. ¡Y Del Solar se lo ha perdido, el muy imbécil!

Con recelosa preocupación los del trío se miraron entre sí, furtivamente: ¿sería una cachada? Y el Príncipe Azul, que tras el abrazo de Franky adivinaba el de Bernini ya próximo:

—¡Che! —les rezongó—. ¡Avisen!

Pero el grande Ciro, bien que sublimado, no era hombre de olvidar sus deberes. Por lo cual, dirigiéndose a su amigo Buenosayres:

—*Bravissimo!* —aplaudió—. *Bravissimo!* ¿Dónde les hago tender la mesa?

—¡Cómo! —le respondió Adán, *severo*—. El arte popular y el erudito acaban de darse un abrazo. Comeremos aquí, en la mesa de los señores —y señaló a los cinco fantasmas.

—*Ecco!* —aprobó Ciro, sin consultar a los fantasmas ya resignados.

Y sacudiendo al mozo decadente que lo seguía:

—*Súbito!*—le gritó—. Dos mesas juntas.

Luego contó a los circunstantes.

—Once personas —calculó—. *Benissimo!*

—Mal número para un banquete —rezongó Schultze.

—Cierto —admitió Adán, preocupado—. El número de las Musas, y dos comensales que sobran.

La cuestión, al parecer baladí, que planteaba el astrólogo antes de aceptar el convite dio margen a un conflicto serio entre Schultze, emperrado en no sentarse a la mesa con un número de comensales superior al de las Musas; Franky Amundsen y el petizo Bernini, que según lo dijeron con pintoresca energía se recontracagaban en Pitágoras y en cada uno de sus discípulos; Adán Buenosayres, conciliador, los cinco fantasmas, boquiabiertos, y Ciro Rossini, que adoptaba un aire de profunda inteligencia. Dos mociones fueron presentadas al fin, tendientes a solucionar el conflicto: una de Franky Amundsen y otra de Adán Buenosayres. La de Franky Amundsen, que mereció un sonoro rechazo, consistía en elegir por sorteo a dos víctimas propiciatorias, las cuales, asadas en la parrilla de Ciro, servirían de alimento a los nueve comensales restantes. Pero Adán tuvo mejor fortuna, pues aconsejó que Ciro Rossini fuese invitado a la mesa, con lo cual se tendría doce comensales, número armonioso y a su entender altamente significativo. Aceptó Schultze el doce, por considerarlo *número de la plenitud,* como lo demostraba el hecho de ser doce los signos del zodíaco y doce las divinidades olímpicas. Y como Ciro aceptara un lugar en el convite (no sin antes declararse absolutamente indigno de tan fabulosa distinción), la armonía se hizo al punto, y los comensales tomaron asiento alrededor de la mesa.

La elección de los manjares a engullirse no presentó dificultad ninguna, pues la mayoría de los convidados optó, no sin cierta ferocidad, por una gigantesca parrillada mixta en la que deberían intervenir los trenzados chinchulines, la tripa gorda, la ubre materna, las genitales creadillas, los chorizos criollos y el asado de costillar, todo eso abundantemente regado con un vinito de la *costa,* que Franky puso por las nubes. Pero el astrólogo Schultze, en nombre de la minoría, rechazó desdeñosamente aquel manjar de cafres, asegurando que se contentaría con examinar las entrañas de las víctimas, a fin de ver si los dioses eran o no propicios al banquete. Y como se levantara, sin más ni más, para dirigirse a la cocina de Ciro, Adán Buenosayres, tomándolo por los hombros, le rogó que desistiera de su intento, conseguido lo cual, y sintiéndose presa de un hondo fervor latino, Adán se volvió al grande Ciro y le preguntó si le quedaban aún dos o tres botellas de cierto vino siciliano y algunos higos rellenos con almendras que había saboreado allí no pocas veces. Halagado en su amor propio nacional, Ciro Rossini contestó afirmativamente y dio una orden al mozo entredormido, afirmación y orden que llenaron de música virgiliana el corazón de Adán Buenosayres,

como asimismo los de Schultze y Pereda, súbitamente aficionados al *cibus pastoris* que Adán acababa de proponer.

Todo se cumplió al fin. Desde la mesa rústica el olor de las entrañas humeantes ascendió hasta el Olimpo y acarició las benévolas narices de los dioses; el vino criollo y el siciliano corrieron en yunta de las botellas a las copas y de las copas a los cerebros; oyóse durante cinco minutos el rumor de activas dentaduras; y fue dado ver cómo, paulatinamente, las jetas pringadas encendíanse de satisfacción, sobre todo las del trío «Los Bohemios» (tres caras verdosas de nocturnidad), la del payador Tissone (beatífica y modesta), y la del Príncipe Azul, que no abandonaba, empero, su aire chucaro y desdeñoso.

Una tregua se produjo al fin entre los comensales; y entonces fue cuando Adán, con su copa en la diestra y un puñado de higos en la siniestra, se dirigió amablemente al payador.

—¿Conque usted —le preguntó— había sido el famoso payador Tissone?

Sonrió el payador, nadie supo nunca si modestamente glorioso o gloriosamente modesto.

—Vea—respondió—. Tanto como famoso...

—¡No se me achique! —le censuró Adán—. Y dígame, ¿qué sabe cantar?

—Mi repertorio gaucho.

—¡Hum! —comentó Adán—. ¿Toca la guitarra?

—¡La pregunta! —dijo Tissone, señalando el estuche de su instrumento.

Samuel Tesler, que desde cierto zapatillazo famoso no disimulaba su debilidad por las musas populares, abordó entonces al payador.

—Supongo —le dijo— que sabrá payar de contrapunto.

Lo miró Tissone con el gesto de quien piensa: «Es un caído del catre.» Y al fin, entre socarrón y alegre:

—¡Vaya! —le contestó—. ¡Si es mi especialidad!

—¡Malo! —gruñó Adán Buenosayres—. ¡Malo!

—¿Por qué? —dijo Tissone.

Adán le señaló a Franky Amundsen.

—Porque —respondió sin disimular su inquietud— ese que ve allí es el mentado payador Amundsen, el *Toro Rubio de Saavedra,* como le llaman. Y a lo mejor se topan.

—¿Y de ahí? —cacareó Tissone, medio alterado.

En este punto Franky torció la jeta, sacó pecho y dejó caer sobre Tissone una fría mirada.

—No se me altere —le insinuó en tono compadre—, quiero *alvertirle* una cosa. Yo soy así: donde no me alcanza la *vigüela* me sobra el cuchillo. Nada más.

Al oír aquellas palabras amenazadoras el payador Tissone agachó la frente, se miraron con inquietud los tres bohemios y una ola de malestar corrió por el vasto círculo de los comensales.

—Peleas no —advirtió Ciro Rossini, volviendo su noble perfil hacia el perfil arisco del payador Amundsen.

—No hay *cuidao* —rezongó Franky—. Yo no me como a la gente cruda.

—Yo tampoco —dijo el payador Tissone con un arresto de coraje.

Alguna tirantez quedaba todavía en el convivio, y Luis Pereda la disipó cuando, volviéndose a los dos payadores, los invitó a sacrificar sus pequeñas vanidades en bien de la tradición, del arte nativo y de la patria. Tocado a fondo, el payador Amundsen tendió una mano cordial a su antagonista; y como el payador Tissone se la estrechara vivamente, una salva de aplausos dio fin a la incidencia. Mas el banquete recobró la plenitud de su alegría sólo cuando Ciro Rossini, con lágrimas en los ojos, insinuó la conveniencia de un

brindis general por el advenimiento de la concordia, por la glorieta «Ciro» y por el *bel canto.* Nadie se negó a participar en un brindis tan ardientemente requerido, y el mosto volvió a humedecer aquellas gargantas magníficas. Entonces Luis Pereda, señor y arquitecto de la paz, estudió al payador Tissone con indecible ternura.

—¡Un criollo de ley! —le gritó al fin—. Tissone, ¡un apellido que huele a trébol y a gramilla!

—Eso no —protestó Ciro—. Nombre italiano, y bien italiano.

El payador intervino aquí, lleno de bonhomía.

—Sí —admitió—. Mi viejo era de Italia.

—¡Imposible! —tronó Pereda, clavándole dos ojos desconcertados—. Y aunque así fuese, usted ha nacido en la pampa, se ha enterrado Insta la verija en la tradición, ¡no me lo niegue, aparcero Tissone!

—Vea —repuso Tissone ya confundido—. Nací en La Paternal, y nunca salí del barrio, ¡me caiga muerto!

—¡Aja! —le reprochó Adán Buenosayres—. ¿Nos hará creer que no sabe jinetear un caballo, ni hacer un nudo potreador, ni echar un pial de sobre lomo, ni mancornar un novillo?

En la turbación de su rostro pudo verse que Tissone ignoraba esas disciplinas criollas. Entonces Luis Pereda, que leía en el payador como en un libro abierto, descargó un puñetazo en la mesa, y envolviendo a los comensales en una mirada significativa:

—¡Señores —exclamó—, fíjense qué país es el nuestro, qué carácter el suyo, qué fuerza la de su tradición! Este hombre, italiano de sangre y aborigen de La Paternal, sin haber salido nunca de su barrio, sin conocer la pampa ni sus leyes, ¡toma un buen día la guitarra y se hace payador! ¡Señores, esto es grande! Colosal —afirmó Adán Buenosayres muy serio.

El entusiasmo de Pereda se hizo contagioso; y no tardaron los comensales en tejer las más intrincadas conversaciones. Todos tenían un elogio que añadir y un ejemplo que traer: el petizo Bernini trataba de iniciar al trío «Los Bohemios» en cierta doctrina suya referente a un misterioso Espíritu de la Tierra; pero los tres bohemios no lo atendían mucho, solicitados a la vez por Samuel Tesler que les narraba su propio caso, a saber, el de un hombre que, semítico de origen (aunque de familia sacerdotal), y habiendo nacido en la fabulosa Besarabia, descubría, siempre que se miraba en el espejo, un parecido bárbaro entre su fisonomía y la del mitológico Santos Vega. Por su parte, Ciro Rossini, honrado con la atención reverente del astrólogo Schultze y de Luis Pereda, lanzaba una diatriba feroz contra los gringos que solían hablar pestes de una tierra tan generosa como la que habitábamos; e ilustraba su disertación con el relato de mil acciones bélicas realizadas por él mismo contra los gallegos maldicientes, en las plataformas de los tranvías Lacroze. Pero, ¡ay!, entre los comensales era dado ver a uno que, lejos de unirse al fervor general, se atrincheraba en un mutismo sarcástico bien manifiesto en la luz de sus ojos y en el rictus de su boca. Era el Príncipe Azul. Desde hacía rato, Adán Buenosayres lo estudiaba, lleno de curiosidad; y aprovechó un instante de silencio para interpelarlo en alta voz:

—Y usted, Príncipe —le dijo—, ¿también cultiva la tradición nacional?

El Príncipe Azul no disimuló su descontento al sentirse blanco de todas las miradas.

—Vea —estalló al fin—, ¡yo me río *del pacsado*! Me *imporcta* un *picto,* ¿sabe?

—¡Oh, ése! —murmuró Ciro Rossini—. ¡Una lata!

—¿Qué hace? —le preguntó Adán, estudioso.

—Versos —gruñó Ciro—. Los recita en la glorieta.

Con el entrecejo fruncido, y atusándose la melena torrencial, el Príncipe Azul dio a entender que seguía en el uso de la palabra.

—Lo que me *interecsa* es el presente —añadió—. Yo soy un *poecta* de ahora.

—¿Qué género? —le preguntó Samuel.

—¡No me venga con *pamplicnas*! —contestó el Príncipe—. Yo pongo mi arte al *serviccio* de las *maesas.*

—¡El muy *bructo*! —susurró Franky en la oreja de Adán.

Y añadió, para todos:

—Conozco a esta laya de personaje. En Saavedra doy una patada en el suelo y salen mil. Este señor es de los que alborotan a todo el mundo, pidiendo a gritos la lira en cualquier ocasión y por cualquier pavada. Y cuando les dan ese anacrónico instrumento, dicen que lo «pulsan», y que lo hacen para castigar a los tiranos. ¡Gran Dios! Pero, ¿dónde habrán visto a un tirano, en los días que corren?

No obstante, Adán, estudioso, gratificó al Príncipe Azul con una sonrisa.

—Ah! —

—Bien —le dijo—, ¿podría darnos una muestra de su arte?

—¡Hum! —gruñó el Príncipe, casi halagado—. Ahí tienen mis *déccimas*: «Noche de Julio», que *aparec-cieron* en «El Alma que Canta». Describo a un *micserable,* muñéndose de frío en el umbral de un *lujocso palaccio,* mientras adentro los *burguecses* derrochan el oro en *infacme* orgía.

—¡Bravo! —exclamó Adán—. ¡Muy verdadero, Príncipe, muy exacto! Pero vea: el arte no se propone lo verdadero, en tanto que verdadero, sino en tanto que hermoso.

—*Permitíame* —le retrucó el Príncipe—. Yo no la voy con *gramácticas.* ¡Al público hay que hablarle *de-reccho* viejo!

Adán se dirigió entonces a Ciro Rossini.

—¿Y el público lo aguanta? —le preguntó.

—*Como?*—respondió Ciro—. No bien el Príncipe abre la boca, todo el mundo se pone a charlar. *Ecco!*

—*¡Burguecses!*—refunfuñó el Príncipe, magnífico en su desdén.

—Sin embargo —dijo Pereda, encarándose con Ciro—, usted lo tiene contratado al Príncipe. Y alguna razón habrá.

—¡Peste! —admitió Ciro—. Cuando el Príncipe habla del hambre, lo pinta con tanta *veritá* que al públi-co le agarra un apetito furioso. Y la parrilla no da abasto.

Con un sonoro golpe de hilaridad celebraron los comensales la explicación de Ciro, el cual rió a su vez, no poco asombrado ante aquel éxito. La risa general subió de punto cuando el Príncipe Azul, con aire de majestad ofendida, volvió sus espaldas a la asamblea y exhibió su notable perfil, en el que se destacaban su mentón hundido entre los dos alones de una corbata voladora su melena profesional, lloviendo torrencial-mente sobre un roñoso cuello palomita. No se habían quedado atrás los componentes del trío: antes bien, en sus caras verdosas campeaba ya un regocijo sin inocencia.

—¡Bah! —recapituló Adán Buenosayres, observando al trío y señalándolo con su índice—. Prefiero a los humoristas: al menos es gente seria.

—*Per Boceo!*—elogió Ciro—. Ésos valen la pena. ¡Hay que oír las macanas que dicen, y cómo hacen reír a la gente!

—*¡Ricsas!*—exclamó el Príncipe Azul con amargura—. ¡La *tiesa* del *payacso!*

—¡Zas! —dijo entonces uno de los Bohemios—. ¡Ahora estamos de turno!

—¿Cantan o recitan? —le preguntó Adán.

—Cantamos.

—¿Qué?

—Disparates. Cosas que no tienen pie ni cabeza. —¿Por ejemplo? —insistió Adán.

Sin hacerse rogar mucho, y poniéndose de acuerdo con la mirada, los tres Bohemios ladraron lo siguiente:

La pampa tiene el ombú
y el puchero el caracú.
Sacudíme la persiana,
que allá viene doña Juana.
Cinco por ocho cuarenta,
pajarito con polenta.
¿Quién te piantó de la rama,
que no estás en el rosal?

—¡Ira de Dios! —rezongó Franky al oír aquel engendro—. ¡Y pensar que no los han matado todavía!

—¡Eso es dadaísmo puro! —exclamó Pereda, sin ocultar su deleite.

Adán Buenosayres, que había escuchado el engendro con la mayor sangre fría, tomó la palabra y dijo:

—Eso no es un disparate. ¡Bah! Tiene demasiada lógica para serlo. A decir verdad, el disparate químicamente puro no existe ni es posible.

Los tres Bohemios, en el colmo de la sorpresa, lo miraron con tamañas bocas.

—Escuchen —insistió Adán—. Cuando yo digo, verbigracia: *El chaleco laxante de la melancolía lanzó una carcajada verdemar frente al ombligo lujosamente decorado,* hay en mi frase, a pesar de todo, una lógica invencible.

—¡No, no! —protestaron algunas voces.

Adán se mandó a bodega un vaso repleto de mosto latino.

—Veamos —expuso a continuación—. ¿No puedo, acaso, por metáfora, darle forma de chaleco a la melancolía, ya que tantos otros le han atribuido la forma de un velo, de un tul o de un manto cualquiera? Y ejerciendo en el alma cierta función purgativa, ¿qué tiene de raro si yo le doy a la melancolía el calificativo de laxante? Además, y haciendo uso de la prosopopeya, bien puedo asignarle un gesto humano, como la carcajada, entendiendo que la hilaridad de la melancolía no es otra cosa que su muerte, o su canto del cisne. Y en lo que se refiere a los ombligos lujosamente decorados, cabe una interpretación literal bastante realista.

La tesis de Adán produjo consternación en los Bohemios y en Tissone, acentuó el gesto desdeñoso del Príncipe Azul y embarcó al gran Ciro en arduas cavilaciones, mereció el asentimiento incondicional de Schultze y despertó graves dudas en Luis Pereda y Franky Amundsen.

—¡Hum! —dijo Franky, rebuscando en su cerebro—. ¿A ver? *El exquisito anacoreta le pegó un botón adolescente a la llanura de tres pisos...* ¡No! Demasiado lógico.

A su vez Luis Pereda hizo una tentativa:

—*El estornudo a pedal no es indigno del armario soluble con dentadura postiza...* ¡Hum! Tampoco.

—*Ergo* —concluyó Adán—, el disparate no es de este mundo.

—¿Y por qué? —le interrogó Bernini con mucha gravedad.

—Nómbreme, por ejemplo, dos cosas que nada tengan que ver entre sí, y asócielas mediante un vínculo que sabemos imposible en la realidad. De primera intención, en esos dos nombres la inteligencia ve dos

formas reales, bien conocidas por ella. Luego viene su asombro al verlas asociadas por un vínculo que no tienen en el mundo real. Pero la inteligencia no es un mero cambalache de formas aprehendidas, sino un laboratorio que las trabaja, las relaciona entre sí, las libra en cierto modo de la limitación en que viven y les restituye una sombra, siquiera, de la unidad que tienen en el Intelecto Divino. Por eso la inteligencia, después de admitir que la relación establecida entre las dos cosas es absurda en el sentido literal, no tarda en hallarle alguna razón o correspondencia en el sentido alegórico, simbólico, moral, anagógico...

—¡Bárbaro! —rezongó Franky, tapándose los oídos.

—Y de ahí resulta —explicó Schultze— que el único disparate absoluto es el creer que la inteligencia humana sea capaz del absoluto disparate. ¡Bah! El disparate absoluto pertenece al orden angélico.

Franky Amundsen clavó una mirada lastimera en el payador Tissone, su absorto rival.

—¡Aparcero Tissone —le dijo—, es mucha ciencia para un cristiano solo!

—Eso, eso —aprobó Tissone, devolviendo al payador Amundsen la mirada triste que acababa de recibir.

Pero Adán Buenosayres, en cuyos ojos ardía ya una inspiración incontenible, bien que fermentada y embotellada en el itálico suelo, no dejó enfriar el cobre y se volvió a los comensales:

—Señores —les dijo—, vean ustedes cómo, al formular una tesis del disparate, nos hemos acercado a la poética. Jugar con las formas, arrancarlas de su límite natural y darles milagrosamente otro destino, eso es la poesía.

—¡Un ejemplo! —exigió Franky.

—*Per Boceo*—lo apoyó Ciro—. ¡Un ejemplo!

Adán reflexionó un instante.

—Si ustedes comparan un pájaro con una cítara —dijo al fin—, la cítara, rompiendo sus límites naturales, entra en cierto modo a compartir la esencia del pájaro, y el pájaro la esencia de la cítara. Vean: si no es un disparate absoluto, la poesía es casi un disparate.

—¡Está justificando sus escandalosas metáforas! —gritó Franky.

Rió el petizo Bernini, rieron los del trío, rió el payador Tissone. Y de pronto Adán evocó una risa igual, escuchada en Saavedra y en boca de muchachitas frutales, mientras Lucio Negri recitaba, en son de burla:

Y el amor, más alegre
que un entierro de niños...

Con todo, aquella evocación dolorosa no se detuvo en su mente. Y Adán insistió, a pesar de la tormenta que ya se insinuaba entre los comensales:

—El poeta —dijo— está obligado a trabajar con formas dadas, y, por lo tanto, no es un creador absoluto. Su verdadera creación...

Pero el repicar de los cuchillos en los vasos, las exclamaciones airadas, las risas y chiflidos ahogaron su discurso. Franky Amundsen y el petizo Bernini capitaneaban a los insurrectos, y Adán los increpó duramente.

—¡Bestias! —les gritó—. ¡Escuchen!

—¡No, no! —corearon los rebeldes.

Era inútil: la discordia señoreaba ya en todos los pedios. Y Adán, que bien lo comprendía, tomó dos botellas con una mano y la fuente de higos con la otra; hecho lo cual se alejó de la mesa, gritando:

—¡Que me sigan los que tengan uñas de guitarrero!

Así se produjo el cisma en aquel grupo tan armonioso. Luis Pereda, el astrólogo Schultze y Ciro Rossini se pusieron de pie al oír el reclamo de Adán Buenosayres, y lo siguieron hasta una mesa redonda que bajo el sauce amarillento se les ofrecía, diez pasos adelante; Samuel Tesler, que sin duda los hubiera imitado en otras circunstancias, permaneció entre los insurrectos, hundido, ¡ay!, en un éxtasis báquico del que no saldría en todo lo que aún restaba de la noche. Por su parte, dueños exclusivos de la mesa, Franky Amundsen y su hueste apretaron filas.

Y el lector, a su vez, deberá elegir ahora entre los dos bandos; y quedarse, o en la mesa cuadrada de los locos o en la redonda mesa de los cuerdos. En la primera ya vuelve a correr el vino áspero, ya las guitarras desnudas abandonan sus estuches, ya el payador Tissone, solicitado a gritos, puntea y canta:

En el pingo del amor
quise jinetear un día,
creyéndome que seria
solamente escarceador...

En la mesa redonda, sobre la cual es dado ver las dos botellas, la fuente de higos y el vaso único que los exiliados lograran salvar en su fuga, están el astrólogo Schultze, Adán Buenosayres, Luis Pereda y Ciro Rossini: el astrólogo acaba de llenar el vaso, y no sin antes derramar unas gotas en honor del iniciático Hermes, lo vacía de un trago, lo vuelve a llenar y convida ritualmente, de izquierda a derecha, a todos y cada uno de sus convivios. Concluida tan piadosa libación, el diálogo comienza bajo el sauce cuyas ramas de oro, sacudidas por el viento nocturno, rozan las frentes de los interlocutores:

PEREDA

(Se dirige al metafísico bardo villacrespense Adán Buenosayres, quien se ha quedado absorto, al parecer, en hondas reflexiones.)

Si, como decías recién, el poeta se ve obligado a trabajar con formas naturales —rosa, pájaro, mujer—, su actitud no es la del creador, sino la del imitador.

ADÁN

(Tuerce y retuerce una rama de sauce.)

Hay mucho que distinguir en eso. Es necesario considerar al poeta en relación: 1º) con la materia que trabaja; 2°) con su modo de operar, y 3º) con el resultado de su operación, es decir, con la obra poética. Si les parece bien, seguiremos ese orden.

(Asentimiento de Schultze y de Pereda. El grande Ciro adopta un aire solemne.)

PEREDA

Yo me referí a la primera relación.

ADÁN

En lo que se refiere a la primera, ya dije que, por trabajar con formas dadas, el poeta no es un creador absoluto.

SCHULTZE

(Encabritándose.)

Creación absoluta es la que se hace de la nada. Y sólo el Artífice Divino puede crear absolutamente.

ADÁN

Eso quería decir yo.

PEREDA

Luego, el poeta es un «imitador de la natura», como enseñaba el viejo.

CIRO

¿Qué viejo?

PEREDA

Aristóteles.

ADÁN

(Irónico.)

Eso es. Pero el significado que la palabra «natura» tenía para el viejo no es el mismo que tiene para Luis Pereda y otros naturistas ingenuos.

PEREDA

(Retobándose.)

¡Compadradas filosóficas no!

ADÁN

Para el viejo Aristóteles, la «natura» del pájaro no es el pájaro de carne y hueso, como se cree ahora, sino la «esencia» del pájaro, su número creador, la cifra universal, abstracta y sólo inteligible que, actuando sobre la materia, construye un pájaro individual, concreto y sensible.

SCHULTZE

¿Algo así como la «idea» platónica?

ADÁN

Eso es. Pero que desciende a este mundo para unirse con la materia y fecundarla. Los antiguos dan a ese número creador el nombre de «forma substancial», y esa forma es la que imita el arte.

PEREDA

(Combativo.)

¡Eso es especular con fantasmas! No entiendo un pito.

CIRO

(Perplejo.)

Corno!

ADÁN

(A Pereda.)

¿Y qué culpa tengo yo si tus profesores de Ginebra te convirtieron en un agnóstico de bolsillo?

PEREDA

¡Compadradas filosóficas no! Imitar un pájaro, o la forma de un pájaro, ¿no es lo mismo en definitiva?

ADÁN

No es lo mismo. El pájaro es un compuesto de materia y forma: por lo que tiene de material, está sujeto a todas las limitaciones del individuo, a sus contingencias, a la corrupción y la muerte. La forma, en cambio, libre de la materia por el trabajo abstractivo del entendimiento, goza en éste de una existencia universal y durable. Por eso, al imitar el pájaro en su forma, el artista no crea «un pájaro», sino «el pájaro», con un granito de la plenitud maravillosa que tiene el pájaro en la Inteligencia Divina.

(Schultze aprueba con una insolente sonrisa de iniciado. En su carácter de agnóstico irredento, Luis Pereda gruñe sordamente. Ciro Rossini, absorto, se alborota el pelo a manotazo limpio. Se hace una pausa que Adán aprovecha para refrescar su garguero con el mosto siciliano. Risas inextinguibles llegan del otro sector: voces descompuestas, acentos de guitarra.)

SCHULTZE

¿Y luego?

ADÁN

(Acaricia los flancos de la botella, como en busca de inspiración.)

Luego, el título de «imitador» conviene al poeta, en cuanto al material con que trabaja, es decir, en cuanto a las formas o números ontológicos que no ha inventado él, sino Dios. Pero también le conviene, y con mayor exactitud, en cuanto a su *modus operandi* y a su gesto creador Todo artista es un imitador del Verbo Divino que ha creado el universo: y el poeta es el más fiel de sus imitadores, porque, a la manera del Verbo, crea «nombrando».

(Baja la voz, indeciso y como preñado di misterio.)

Ahora bien, las consecuencias de tal afirmación son incalculables y terribles; porque, si el modo creador del poeta es análogo al modo creador del Verbo, el poeta estudiándose a sí mismo en el momento de la creación, puede alcanzar la más exacta de las cosmogonías.

PEREDA

(Se dirige a Schultze, azorado y *en voz baja.)*

¿Habrá que retirarle la botella?

SCHULTZE

(Imponiéndole silencio.)

¡Chist! La cosa está poniéndose interesante.

ADÁN

(Que ahora vacila, dudando sobre si aventurara o no una confidencia.)

Pues bien, ¡yo he mirado en el fondo de mí mismo! Voy a revelarles el secreto de la inspiración y la expiración poéticas. *(Enigmático.)* ¡Nada más que eso! Los que sean capaces de dar el salto analógico, que lo den. ¡Yo me lavo las manos! *(Tartamudea.)Y...* si no fuese... por el vino, ¡ni esto! *(Hace chasquear la uña del pulgar en sus dientes.)*

PEREDA

¡Bien por el mosto siciliano:

(Le llena y alcanza el vaso, que Adán acepta con mucha dignidad)

SCHULTZE

El vino simboliza todo lo iniciático. Por eso...

ADÁN

(Lo interrumpe majestuosamente)

Hablare, pero con una condición, me guardarán el Secreto.

PEREDA

Tiende un brazo al cenit

¡Lo juro!

Schultze de su palabra de honor y Rossini se declara como una tumba.

ADÁN

(Solemne)

Veamos el primer tiempo: el de la inspiración poética. *(Gran expectativa)* En un momento dado, ya sea porque recibe un soplo divino, ya porque ante la hermosura creada, siente despertar en sí una entrañable reminiscencia de la hermosura infinita, el poeta se ve asaltado por una ola musical que lo invade todo, hasta la plenitud, a semejanza del aire que llena los pulmones en el movimiento respiratorio.

SCHULTZE

¿Es realmente una ola musical?

ADÁN

Digo musical por analogía. Es una plenitud armoniosa, verdaderamente inefable, superior a toda música.

PEREDA

(Victima de confusos recuerdos)

Me parece recordar que Schiller, ¿era Schiller? definió a el estado poético como una vaga disposición musical.

ADÁN

(Con infinita modestia.)

Schiller no era un metafísico: yo voy más lejos que Schiller. En esa plenitud armoniosa que adquiere el poeta durante su inspiración, yo diría que resuenan a la vez todas las músicas posibles: resuenan todas ya, y ninguna todavía, en cierta unidad extraña que hace de todas una y de una todas las canciones posibles, y en cierto «presente» de la música por el cual una canción no excluye a la otra en el orden del tiempo, porque todas hacen una sola canción inefable...

PEREDA

(Rezonga.)

¡Eso es el caos!

ADÁN

(Lo mira con sorpresa y desconfianza.)

¿Quién se lo ha dicho? ¡Es el caos, justamente! Así como en el Caos primitivo, antes de la creación, todas las cosas estaban, sin diferenciarse ni combatirse, así están todas las canciones juntas en el caos musical de la inspiración poética.

PEREDA

(Visiblemente confundido.)

¡Ahora resulta que soy un metafísico por carambola!

SCHULTZE

(Misterioso.)

¿A que no saben lo que significa, etimológicamente, la palabra «Caos»?

ADÁN

¿Que significa?

SCHULTZE

El tacto del bostezo.

ADÁN

¡Y a mi qué!

SCHULTZE

(A todos, autoritario.)

A ver, ¡bostecen ustedes!

(Adán, Pereda y Ciro, intimidados, ensayan un bostezo de imitación.)

ADÁN

(Con un asombro alegre.)

¡Notable! ¡El bostezo es una inspiración profunda!

SCHULTZE

(Triunfante, pero sin abusar de su triunfo.)

Eso quería demostrar.

ADÁN

¡Formidable, Schultze! Y ahora recuerdo que la inspiración poética viene acompañada en mí de una inspiración física muy honda.

SCHULTZE

¿Y de qué más?

ADÁN

¿A ver? *(Imita otro bostezo.)* Y de un entrecerrarse de párpados, como cuando uno se duerme.

SCHULTZE

Así es. El caos es la concentración y el sueño de todas las cosas que todavía no quieren manifestarse. ¿Y después?

ADÁN

(Sombrío.)

Después llega el segundo tiempo, la expiración poética, ¡la gran caída!

PEREDA

¿Por qué una caída?

CIRO

(Con aire polémico.)

¡Diavolo, sí! ¿Por qué?

ADÁN

Fíjense ustedes. El poeta, como he dicho, esta gozando de una inspiración en la cual saborea toda la plenitud de la música. De pronto, un movimiento íntimo —necesidad o deber— lo induce irresistiblemente a manifestar o expresar, en cierto modo, aquel inefable caos de música. Y entonces, entre las posibilidades infinitas, que lo integran, elige una y le da forma, con lo cual excluye a las otras posibilidades, baja de la inspiración a la creación, de lo infinito a lo finito, de la inmovilidad al suceder. Así nacerá un poema, otro luego, veinte, ciento. Y así caerá el poeta en la multiplicidad de sus cantos, afanándose por manifestar, con lo múltiple, aquella unidad, y con lo finito aquella infinitud que lleva en sí durante su inspiración. ¡Es la primera caída!

PEREDA

¿Cómo? ¿Hay otras?

ADÁN

Son dos caídas. El poeta, como has visto, cae primeramente al elegir una entre la infinitud de formas posibles que puede asumir su canto. Pero aun se trata de una creación *ad intro,* de una creación interna con toda la amplitud que le confiere todavía su espiritualidad y su inmaterialidad. Luego viene la creación *ad extra*, y esa forma que ha elegido el artista en la intimidad de su alma sale al exterior para encarnarse en una materia, el idioma, que a su vez le impondrá nuevos limites. A este otro tiempo de la creación poética le llamo yo «segunda caída»

PEREDA

(Refunfuñando)

Si, esto último está claro.

CIRO

(Que aun esta en ayunas)

¡Claro como el *acqua!*

SCHULTZE

(Capcioso)

¡Hum! ¿Nos habla de una caída en el sentido de «pecado»?

ADÁN

No. Quiero significar un descenso que la necesidad creadora impone al artista: un descenso sin el cual no sería él un creador, precisamente, sino un contemplador.

SCHULTZE

(Tirándose a fondo.)

Pero usted nos habló recién de alguna correspondencia entre la creación del artífice y la creación divina. ¡Cuidado! ¿Habrá que suponer en Dios una necesidad y un descenso parecidos?

ADÁN

(Se turba de pronto y vacila.)

Dios... es el principio inmóvil: ni desciende ni asciende. Es el Omniperfecto: está libre de necesidades. *(Inquieto, vuelve a torcer y retorcer la rama.)*

SCHULTZE

¿Y entonces?

PEREDA

(Imperioso.)

Eso es, ¿y entonces?

CIRO

(exaltado.)

Cristo! Eso digo yo.

ADÁN

Es una perfección infinita, eterna *y* simple. De toda eternidad se conoce a si mismo y se manifiesta en su Verbo interior, que por ser una entrañable expresión de la divinidad participa de la esencia divina y hace uno con Dios. Y siendo así, ¿qué necesidad podría tener Él de manifestarse luego por las criaturas exteriores?

SCHULTZE

Con todo, se ha manifestado.

ADÁN

No queda sino admitir un acto libre de su voluntad: creo porque quiso, cuando quiso y como quiso. Acto de amor le llaman los teólogos.

SCHULTZE

En cambio, el poeta crea por necesidad. ¿No es eso?

ADÁN

También el suyo es un acto de amor, pero no libre.

SCHULTZE

¿Un acto de amor forzoso?

PEREDA

¡Bah!

CIRO

¡Ah!

ADÁN

Yo lo concibo así: toda criatura que ha recibido alguna perfección debe comunicarla, en cierto modo, a las criaturas inferiores. Es la económica ley de la caridad. Si yo les explicara el mecanismo del ángel...

PEREDA

(Escandalizado.)

¡Epa! ¡Sólo Schultze puede hablar de los angeles!

CIRO

Los ángeles. ¡Peste!

SCHULTZE

(Severo.)

¡No es chacota!

ADÁN

...verían en el ángel dos movimientos difuntos: uno circular, alrededor de la luz eterna, para iluminarse a si mismo; y otro descendente, hacia el ángel que le es inferior en jerarquía, para comunicarle algo de la luz alcanzada. Como hay tres jerarquías de ángeles, la primera se comunica con la segunda, la segunda con la tercera y la tercera con el hombre. Y como también hay jerarquías entre los hombres, cada uno recibe y da (o debería dar) en la medida que recibe. Ahora bien, el poema recibe algo en el momento de su inspiración, y debe hacer partícipes de lo recibido a los que nada recibieron. El suyo es un acto amoroso; pero, como las demás criaturas que ofrecen algo, el poeta sólo es un instrumento del Primer Amor.

PEREDA

(Escéptico)

¡Hum! ¿Y si el poeta solo trabajara por ambición?

ADÁN

¡Ambición de que: ¡Generalmente cosecha en este mundo mas espinas que flores!

PEREDA

Digamos ambición de gloria.

ADÁN

Tal al vez. Dante suele hablar de la gloria que ha de valerle su trabajo. Y lo hace con tanta seriedad, que uno adivina en él, no su confianza en algún premio humano, sino mas bien su esperanza en algún premio divino.

PEREDA

¿Premio a qué?

ADÁN

(Vacila, y se atreve de súbito.)

Digamos a su «fidelidad» como imitador del Verbo y como agente del Primer Amor.

SCHULTZE

¿Está seguro de que sea tan grande su fidelidad?

ADÁN

El verdadero poeta lo sacrifica todo a su vocación. *(Dramático.)* ¡Oigan bien, hasta su alma!

SCHULTZE

(Directo.)

¿Usted escribiría, si en la tierra no quedara nadie para leerlo?

PEREDA

¡Bravo, Schultze!

CIRO

Ecco! Ecco!

ADÁN

(En el colmo de la exaltación.)

Vea, Schultze. Imagínese un rosal a punto de abrir una rosa en el instante preciso en que la trompeta del ángel anuncia el fin del mundo. ¿Se detendría el rosal?

SCHULTZE

(Asombrado.)

Creo que no.

ADÁN

(Sublime.)

¡Así es el poeta!

(Se hace un silencio elocuente. Ciro Rossini, que sin entenderlas ha paladeado el sabor de tan grandes palabras, da señales de sufrir en arrebato lírico, pues tortura furiosamente sus cabellos teñidos con agua «La Carmela». Muy preocupado, Luis Pereda vuelve su atención al otro grupo, donde los tres Bohemios cantan ahora y gesticulan entre un huracán de risas homéricas. El astrólogo Schultze es una estatua.)

PEREDA

Baudelaire tenía ese mismo concepto desmesurado. ¿No ha dicho que Dios reserva un lugar al poeta, entre sus ángeles:

ADÁN

(Sombrío.)

Yo no me fiaría mucho...

PEREDA

Y sin embargo, recién decías...

ADÁN

(Empeñado ya en la lucha interior que ha de resolverse luego en estallido. Los tambores de la noche redoblan en su alma, pero lejanos todavía)

Me refiero a otra cosa. El poeta es un imitador del Verbo en «el orden de la Creación» pero no en el orden de la Redención.

SCHULTZE

(Le clava dos ojos helados.)

¿Qué nos quiere decir?

ADÁN

(Cada vez mas fuerte redoblan en su alma los tambores nocturnos.)

Que si para mí es fácil imitarlo en el orden de la Creación, me resulta difícil hacerlo en el orden de la Redención. *(A borbotones, con angustia creciente.)* ¡En ese orden sólo el santo es su imitador perfecto! ¿Y saben lo que es un santo? ¡Lean la vida de Santa Rosa, por ejemplo! Algo terrible, monstruoso, repugnante.

PEREDA

(Ya inquieto)

¡Che! ¡Che!

CIRO

¡Peste!

SCHULTZE

Lo sospechaba desde hace tiempo.

ADÁN

(No los oye y prosigue como hablando consigo mismo)

¡Es absurdo! Uno está navegando en ciertas aguas oscuras, y de repente se da cuenta que ha mordido un anzuelo invisible. ¿Comprenden? *(Los tambores redoblan en un crescendo ensordecedor)* Y uno se resiste, forcejea, trata de agarrarse al fondo! Es inútil: ¡el Pescador invisible tironea desde arriba! *(Se han desfondado los tambores. Adán Buenosayres deja caer su frente sobre la mesa, y al hacerlo derriba con estrépito el vaso único)*

CIRO

(Asustado, a Luis Pereda.)

¡Santa *Madonna!*

¿Qué tiene?

PEREDA

(Recogiendo el vaso caído.)

¡Un peludo negro!

(Con extraordinaria dulzura, Ciro Rossini palmea los hombros de Adán; y el bardo villacrespense, obedeciendo a esa muda solicitud, levanta la cabeza y *cumple los gestos que siguen: mete su diestra en un bolsillo y saca el Cuaderno de Tapas Azules; lo vuelve a guardar precipitadamente y en son de alarma; busca en otro bolsillo y da con un pañuelo de color indefinible que no tarda en llevarse a los ojos; guarda el pañuelo, y acepta un vaso de vino que Luis Pereda le tiende con el ademán de la buena Samaritana; sonríe al fin, avergonzado y tímido)*

ADÁN

¡Noche absurda! *(Suspirando.)* No es nada.

CIRO

Ecco! Así me gusta.

PEREDA

Hermano, creí que te daba la pataleta.

ADÁN

Ya pasó. *(Recobrándose.)* Veamos ahora el tercer punto.

SCHULTZE

¿La obra de arte?

ADÁN

Eso es, la obra de arte. *(Suspirando aún.)* ¿Saben ustedes lo que es un «homologado»?

(Schultze se dispone a contestar, pero fuertes voces que llegan del otro sector lo dejan con la palabra en la boca.)

BERNINI

(A voz en cuello, desde el otro campo.)

¡Eh, ustedes! ¡Vengan todos!

PEREDA

(Gritando a su vez.)

¿Qué hay?

BERNINI

¡Se han desafiado!

PEREDA

¿Quiénes?

BERNINI

¡El payador Tissone y Franky!

El incidente había ocurrido no bien los tres Bohemios dieron fin a su número. Acallados los aplausos, y en medio del silencio general, el payador Amundsen, cuyos ojos chispeaban, había lanzado su brutal desafío al payador Tissone; y el payador Tissone, súbitamente pálido, advirtió que todas las miradas convergían en él, como aguardando su respuesta; visto lo cual, y sintiendo que una ola de coraje lo arrebataba, no había tardado en responder con acento sublime:

—¡A mi juego me llamaron!

Las condiciones del lance fueron estipuladas inmediatamente: el payador Amundsen formularía una pregunta difícil al payador Tissone, el cual debería responder según el alcance de su ciencia. Dicho payador se acompañaría en su propia guitarra; mas el payador Amundsen, que no se hallaba «en dedos» aquella noche, tendría como acompañante a uno de los tres Bohemios. Los oyentes, constituidos en Jurado, concederían el triunfo al campeón que a su juicio lo mereciese. Las apuestas en favor del uno y del otro quedaban prohibidas, ya que, según lo aclaró Franky dignamente, no estaban en un reñidero de gallos ni en un *match* de box, sino en un certamen criollo de primera categoría.

Cuando Luis Pereda, Ciro Rossini el astrólogo Schultze y Adán Buenosayres llegaron a la palestra, el cuadro que se ofreció a sus miradas era impresionante. Los dos contendores ya estaban sentados frente a frente, graves y dignos como la circunstancia lo requería. El payador Amundsen, con un dedo en la sien, escuchaba muy atentamente los dos o tres compases de música que su Bohemio le hacía oír para que se ajustase a ellos cuando cantara: lo asistían el petizo Bernini y otro de los Bohemios, animándolo con voces y palmadas en las que se traducía una devoción incondicional. Samuel Tesler, el Príncipe Azul y el tercer Bohemio acompañaban al payador Tissone, el cual, con la guitarra entre sus brazos, permanecía indiferente a todo, sin oír siquiera el discurso confidencial que Samuel Tesler le dirigía con lengua pegajosa, ofreciéndole a voz en cuello el auxilio de su ciencia, si la pregunta de Franky lo colocaba en apreturas.

Deseoso de ganar tiempo, Franky Amundsen, que ya centralizaba la general expectativa, se volvió al payador Tissone y le dijo:

—¡No se me asuste, aparcero!

—No hay *cuidao* —le respondió Tissone con una pachorra que bien revelaba su temple.

Todavía sucediéronse algunos instantes de silencio. Repentinamente la cara de Franky se iluminó, y una sonrisa indescriptible amaneció en sus labios.

—¡Ahí va! —dijo.

Rasgueó con furia su guitarrero, y Franky, dirigiéndose al payador Tissone, cantó lo siguiente:

Aparcero don Tissone,
ya que me lo pintan franco
dígale a este servidor:
¿Por qué el tero caga blanco?

Exclamaciones de asombro, significativas miradas cambiaron entre sí los oyentes; como que la pregunta de Franky era brava y se metía en los más profundos arcanos de la naturaleza. El payador Tissone, al oírla, pareció conmoverse hasta sus cimientos.

—¡La preguntita se las trae! —dijo Bernini.

—El diablo mismo no la contestaría —opinó uno de los Bohemios.

Pero al instante, ya repuesto de su marasmo, el payador Tissone afirmó la guitarra en su muslo, y con dedos nerviosos preludió largamente. Acabado el preludio, abrió la boca: todos contuvieron la respiración. ¡Ay, ningún sonido brotó de aquellos labios! Y los oyentes empezaron a mirarse. Con la frente lustrosa de sudor, Tissone volvió a preludiar, llegó a la parte del canto, abrió la boca; y nuevamente se quedó en silencio, provocando entonces un murmullo sordo entre los testigos del lance. Y cuando todos lo daban por vencido, cuando Franky sonreía ya seguro de la victoria, cuando Samuel agachaba su frente como bajo el peso de una insufrible humillación, he ahí que el payador Tissone, tras haber preludiado violentamente y como a la desesperada, miró a Franky Amundsen y le chantó su respuesta:

Caga blanco el tero-tero,
ya lo ha dicho el payador,
porque, de juro, *no sabe*
cagar en otro color.

¡Sombra errante de Santos Vega! ¡Espíritu musical del gaucho Fierro! ¡Trovadores australes, almas gloriosas de ayer, sobre cuyas osamentas gravita hoy la pampa, madre de centauros guitarreros! ¡Yo vi cómo descendisteis hasta el payador Tissone, para dejar en su frente la corona del triunfo; y vi también cómo la frente del payador se inclinaba, tal vez al peso de aquel lauro invisible! Al mismo tiempo los oyentes prorrumpían en exclamaciones entusiastas: Franky Amundsen, lleno de fuego, se arrojó sobre Tissone, y abrazándolo estrechamente confesó a gritos la inmensidad de su derrota; por su parte, y mientras el vencedor pasaba de abrazo en abrazo, Samuel Tesler abominó en público de la ciencia erudita que profesaba, y anunció que sólo escucharía en adelante las voces del saber gnómico, infuso en los humildes por el muy alto y muy escondido Tetragramaton.

Aquel instante, que señalaba el apogeo del convite, dio al mismo tiempo la señal de su fin. Y así lo entendió el grande Ciro: lo advirtió primero en la silenciosa laxitud que se apoderó de los comensales; luego en el mozo fúnebre que se llevaba los restos del festín (grasas frías en platos roñosos, botellas enjutas, vasos llenos de impresiones digitales); después en los músicos que guardaban sus instrumentos en fundas y estuches. Por fin se levantaron todos. Y como cierto aire de adiós los envolvía ya, Ciro Rossini tornó a nublarse.

—*Diavolo!*

La despedida tuvo lugar en el portón de la glorieta, bajo el fuerte viento que deshojaba los árboles. El Príncipe Azul se alejó primero, rumbo al oeste, agrio, frío y rumiando tal vez una larga diatriba contra los magnates; los tres Bohemios, despidiéndose a la escapada, echaron a correr detrás de un tranvía Lacroze que avanzaba penosamente hacia La Chacarita; por último el payador Tissone levó anclas, y muchos ojos enternecidos lo siguieron, mientras la noche se lo comía con guitarra y todo.

—¡Pobres muchachos! —comentó Ciro—. Se les acabó la glorieta.

Pero el grande Ciro llegó al extremo de su melancolía cuando sintió que las manos de Adán Buenosayres buscaban las suyas. Conmovido hasta en las raíces de su ser, abrazó entonces al poeta villacrespense y luego a todos los hombres de su comitiva, aferrándose a cada uno como a la tabla de un naufragio.

—*Giovinezza!*—lloriqueó—. *Addio, addio!*

El grupo se arrancó finalmente a la emoción de aquella despedida, y echó a caminar en desorden. Pero en la esquina de Triunvirato y Gurruchaga volvió a detenerse, como indeciso: la noche otoñal se les entregaba desnuda y llena de posibilidades tenebrosas; enloquecido el viento parecía gritar un llamado al aquelarre; todo los invitaba en aquel instante a los furtivos movimientos de la culpa. Mientras deliberaban sus compañeros, Adán oyó los bronces de San Bernardo que tañían las dos *y* media de la madrugada, y vio el reloj amarillo como la cara de un muerto, allá, en lo alto de la torre. ¿Sería ya la hora del regreso? Entonces fue cuando Samuel Tesler, cuyos pasos vacilaban desde que salió de la glorieta, pegó sus labios al oído de Franky Amundsen y le confió en *secreto* algunas palabras.

—¡Libidinoso israelita! —exclamó Franky, tapándose las orejas como escandalizado.

—¡Es la Venus Terrestre! —insinuó Samuel en tono persuasivo—. ¡La Venus demónica o popular!

—¿Qué andan tramando por ahí? —les interrogó Luis Pereda.

Franky señaló a Tesler con un dedo acusador.

—Es el filósofo —dijo— que anda por tirar la chancleta.

No obstante, reveló en público los designios de Samuel; y como a nadie parecieran descabellados, el petizo Bernini dio la señal de la marcha.

—¡A la calle Canning! —ordenó con misterio.

Irresoluto aún, Adán Buenosayres volvió a mirar el reloj fantasmagórico de San Bernardo y la desierta calle Gurruchaga por la que debería regresar. Evocó luego el trabajo que le aguardaba en su laboratorio de

torturas, allá, bajo la lámpara maldita y entre objetos estúpidamente familiares. Entonces experimentó un escalofrío de terror que lo hizo aferrarse otra vez al grupo ebrio, a la nave de locos en que venía navegando:

—¡Noche absurda! —volvió a gritar en su alma—. ¡Noche mía!

Y avanzó entre los demás, como si huyera de sí mismo.

II

¡Adelante, señores! ¡Pasen a ver el monstruo antiguo, la bestia de mil formas y de ninguna, la tan paupérrima como suntuosa, la que se viste de prestado con todas las galas de la tierra, la más vestida entre lo desnudo, la más desnuda entre lo vestido, la nada en traje de Iris, la sombra de un misterio! Ante nuestros ojos deslumbrados aparecerá tal vez como algo duro y fuerte: alcázar o torreón, baluarte o almena, roca o metal, pero, ¡atención!, porque nada es tan débil como Ella, y nada tan deleznable como su vistoso edificio de espumas. O quizás os parezca frágil, y su misma fragilidad os invite a las comparaciones más líricas; pero, ¡cuidado!, porque nada encontraréis tan resistente a la violencia y al castigo, nada tan fuerte como Ella en los rigores de la lucha. Eso sí, la veréis rodearse de misterio, disfrazarse de enigma y envolverse toda ella en tules que desearían ser impenetrables a vuestros ojos; pero, ¡desengañaos!: en su mismo afán de parecer misteriosa, fácil es advertir que no hay criatura más desprovista de misterio. Y ahora, ¡pasen a ver, señores, la deidad antigua, la de mil nombres bárbaros, la nunca profanada! ¡Señores, adelante! ¡Chist!

Cuando giró el picaporte, movido por alguien que se hallaba en el interior del cuarto, los once personajes del vestíbulo enmudecieron súbitamente y clavaron sus ojos en la puerta cerrada. La misma doña Venus, entredormida en su taburete, abrió el ojo derecho y observó el picaporte:

—¡Vean qué muchacha es Jova! —rezongó sin entusiasmo—. ¡Vean qué muchacha!

Sin embargo, la puerta no se abrió todavía; y los once del vestíbulo relajaron su atención. Pero antes oyeron una risa que tintineaba detrás de la puerta, un gorjeo caliente y antiguo como el mundo.

—¿No saldrá nunca esa mujer? —protestó el filósofo esbozando un rictus de gárgola obscena.

Franky le palmeó el hombro, amistosamente.

—¡Calma, bestia! —le dijo—. Ya vendrá tu ración de carne.

El vestíbulo era estrecho, y los once personajes (amén de doña Venus y la perrita Lulú que a su lado se hacía un ovillo) lo colmaban totalmente y en el orden que sigue: a la izquierda, contra el muro de color de sangre, un banco de plaza reunía las contradictorias figuras del Mercader Sirio, el Conductor Gallego, el Gasista Italiano y el Señor Maduro, todos los cuales podían ver a su frente la puerta de la antesala cuyo picaporte había girado recién. Al fondo, contra la mampara de hierros y cristales que mediaba entre el vestíbulo y el patio, tenían su asiento Luis Pereda, el petizo Bernini, Franky Amundsen y el filósofo Tesler, a todos los cuales érales dado vigilar dos puertas: la de la sala, junto a la cual doña Venus dormía con un ojo, y la cancel de vidrios esmerilados, por la que se entraba desde la calle, previo el sigiloso correrse de una cadena de seguridad. Entre la mampara de vidrio y el muro sangriento abríase un rincón donde, sentados en sillas de Viena, estaban Adán Buenosayres, el astrólogo Schultze y el Joven Taciturno. La luz de una bombita eléctrica untaba los muros, hacía relucir los cristales de la mampara y hería brutalmente aquellos doce rostros humanos, poniéndolos en evidencia con un rigor de fotografía policial. Fuera de la expectativa que reinaba en el vestíbulo y de los misterios que celebrábanse, al parecer, en la sala y en la antesala herméticas, el resto del caserón no daba señales de vida, como si el silencio y la noche fueran sus únicos inquilinos.

Entre los once personajes que habían mirado hacia la puerta, sólo el Joven Taciturno permanecía con los ojos clavados en el picaporte y ausente, al parecer, de cuanto lo rodeaba; sus cabellos peinados hasta la locura, su corbata ceremoniosa, el brillo de sus charoles y la raya hiriente de su pantalón, todo en su indu-

mentaria parecía obedecer a un orden litúrgico. Adán Buenosayres, que lo estudiaba con gran interés, murmuró esas observaciones en el oído del astrólogo.

—Su traje nupcial —respondió Schultze en voz baja.

—¿Cómo? —se asombró Adán—. ¿Usted cree?

—Si no me equivoco —dijo Schultze—, ese muchacho será el próximo adorador de la bestia.

—Le ha llegado su turno —admitió Adán—. Pero lo del traje no es posible. Sería monstruoso.

—Estúdielo bien —respondió Schultze, mirando furtivamente al Joven Taciturno—. Desde hace media hora ese muchacho es un arquitecto.

—¿Un arquitecto?

—Eso es —insistió Schultze con amargura—. ¿Y sabe lo que construye ahora ese arquitecto? Un fantasma.

—¿Una construcción ideal?

—Óigame bien —asintió Schultze—: yo no he visto a la mujer que oficia detrás de la puerta, ni él tampoco, sin duda. Pero créame que, cuando ese mozo esté adentro, se desposará con un fantasma.

Adán Buenosayres guardó silencio, y la imagen de Solveig Amundsen cruzó por su mente: «Sí, el barro fragilísimo de una sutil arquitectura, o la materia prima de un sueño.» Instintivamente llevó una mano al Cuaderno de Tapas Azules, pero la retiró en seguida: «No ahora, ¡más tarde! Sería un velorio de lujo. La poética muerte de un fantasma.»

—Es posible —contestó al fin, sin mirar al astrólogo.

—Metafísica pura —le corrigió Schultze con severidad.

Pero el Señor Maduro, que desde hacía rato devoraba su periódico, alzó una venerable cabeza blanca, dos mofletes rosados y cierta nariz en cuyo extremo cabalgaban peligrosamente unos anteojos de carey. Entre los hombres del vestíbulo era el único que tenía un aire de absoluta naturalidad, un gesto indiferente y como de entrecasa: bien se veía que, para estar del todo en carácter, sólo le faltaba su *robe de chambre y* sus pantuflas.

—¡Ya me parecía! —exclamó, señalando con el dedo un gran titular de su periódico.

Todas las miradas, excepto la de doña Venus que dormía y la del Joven Taciturno que soñaba, se clavaron en el Señor Maduro.

—¿El asesinato del estanciero Martínez? —le preguntó Franky.

—Secuestro y asesinato —corrigió el Señor Maduro—. ¡Bien decía yo que detrás de todo esto andaban los *maffiosos* rosarinos!

—Mala gente —opinó el Mercader Sirio, sonriendo con asiática ferocidad.

Bajo el ala de un *stetson* gris perla sonreían los ojos ardientes del Mercader Sirio: un cuello duro y una corbata roja ceñían su pescuezo hasta la estrangulación; vestía un perramus de color verde, calzaba deslumbrantes botines de anca de potro, y dentro de aquel atavío el Mercader parecía sentirse como en un aparato de tortura. «Su traje nupcial», pensó Adán Buenosayres no sin inquietud.

Muy excitado ahora, el Señor Maduro se ponía en trance detectivesco, agitando con autoridad el periódico de marras. Aquellos crímenes ruidosos, aquellos títulos macabros, aquellas fotografías de cadáveres en posición decúbito dorsal o lateral agregaban una cuerda heroica, sí, a las dos o tres cuerdecitas de su existencia insignificante.

—Fíjense bien —explicó—. La técnica del crimen es patente: desaparición del estanciero, investigaciones inútiles, la policía desorientada.

¡Y al fin el hallazgo del cadáver en un potrero, con un tiro en la nuca! Más claro, ¡el agua!

—¿Qué quiere insinuar? —le preguntó Franky en tono severo.

—¡La *maffia*! —bisbiseó el Señor Maduro, confidencialmente—. ¡Y la policía en ayunas!

Franky lo miró a fondo. Encontrados pensamientos lo asaltaban al estudiar aquella figura, y no sabía él si dirigirse al anciano y besarle cada uno de los dos mofletes, o si descargarle una trompada en el cráneo lustroso. Pero Franky se decidió al fin por un tercer designio: arrugó el entrecejo, y cierta nube sombría empañó sus facciones.

—¡Ojo con las palabras! —lo amenazó—. ¿Está seguro de lo que dice?

En medio del asombro general el Señor Maduro palideció visiblemente. Una sospecha lo conturbaba de pronto: ¿sería ese joven de la *Secreta?.* Buscó afanosamente las palabras, ante los duros ojos de Amundsen. Y tenía ya una respuesta que aventurarle, cuando cierta voz monótona, fantasmal, increíble, llegó de quien nadie lo hubiera esperado. ¿Cómo? Era indudable que doña Venus dormía, con sus noventa quilos de grasa bien aplomados en el taburete: sus párpados estaban corridos; no se movía un solo rasgo de su máscara llena de arrugas y de viejos coloretes descascarados; y su testa parecía de yeso bajo una luz que se gozaba en destacar el asombro de la cabellera partida en dos bandos tirantes, uno del color de la nieve y renegrido el otro como el ala del cuervo. ¡Dona Venus dormía! Y, sin embargo, estaba diciendo alguna cosa, en un lenguaje que parecía venir de otro mundo.

Al oír aquella voz la perrita Lulú había despertado, y ahora enderezaba la *cabeza,* exhibiendo sus ojitos chorreantes de lagaña.

—Es un peón —balbucía doña Venus mediúmnicamente—. Un peón de «Los Horcones». El estanciero lo había despedido. Sí, sí. Lo mató para vengarse.

Todos quedaron mudos al oír aquella sentencia de pitonisa que doña Venus formulaba desde su taburete como desde un trípode ritual. Pero el Señor Maduro no tardó en recoger el guante.

—Falsa hipótesis —le retrucó—. Historia vieja.

Y agregó, amenazándola con su periódico:

—¿Ha leído esto?

Le respondió un ronquido armonioso: doña Venus acababa de sumergirse otra vez en las honduras de su letargo; y la perrita Lulú no tardó en unitaria, ovillándose toda en su almohadón de cotín.

El Señor Maduro se dirigió entonces a Franky.

—¿Y a usted qué le parece? —le interrogó, entre receloso y amable (¿sería ese joven de la *Secreta*?)—. Yo creo que la *maffia...*

—¡Hum! —gruñó Franky en tono reservado, y se palpó la axila izquierda como si ocultase allí una pistola de reglamento.

Entonces fue dado escuchar al Conductor Gallego, un hombre adusto que usaba gorra de hule, chaquetón de cuero y bufanda roja, y al que visiblemente se le pudría ya la sangre.

—Los pistoleros italianos —refunfuñó—. Asesinos cobardes, ¡eso!

—Mala gente —volvió a decir el Mercader Sirio.

El Conductor Gallego miró de reojo al Gasista Italiano que a su vera escuchaba plácidamente, bien metido en un *overall* azul con el monograma C. P. G. bordado en rojo.

—Ese Mussolini —maldijo el Conductor—. Los ha expulsado de Italia, ¡y aquí los tenemos! Vean ustedes lo que hacen los dictadores.

Jovial y tímido a la vez, el Gasista se rascó la cabeza.

—Si eran *maffiosos* hizo bien —argumentó, rico de mímica—. El sonso no es Mussolini, digo yo, me parece.

—¡Habérselos guardado! —repuso el Conductor, hecho un puro vinagre.

—Sonso es el gobierno que los dejó entrar—concluyó el Gasista Italiano—. Digo yo, me parece.

El Conductor Gallego tenía en la punta de la lengua un formidable alegato contra los dictadores, la *maffia* rosarina y el mundo entero. Y arqueaba ya sus hirsutas cejas, listo para el debate, cuando el famoso picaporte volvió a girar. Veintidós ojos lo advirtieron con sobresalto: el Joven Taciturno llevó a su corbata una mano instintiva. Y la puerta se abrió entonces (¡ah, sólo una hoja y con lentitud!), mientras que doña Venus, sin levantar los párpados, gritaba mecánicamente su elogio:

—¡Vean qué muchacha es Jova!

Una figura de mujer estaba en el umbral (¡Pasen a ver, señores, el monstruo antiguo!): su desnudez tenía la violencia de un insulto, apenas velada por un camisolín granate que la envolvía como un jirón de espuma sanguinolenta. Bajo la mata de sus cabellos (rubios, castaños, rojos, ¿quién podría decirlo?) su cara sin luz era un bloque de talco definido por dos manchas violetas en el lugar de los ojos y una sonrisa de carmín que a todos apuntaba y a ninguno. De su cuerpo trascendía un olor bochornoso de maderas o gomas fragantes, y se mezclaba con el vaho de jabón antiséptico y el tufo de querosén que habían llenado el vestíbulo al abrirse la puerta.

Los once personajes enmudecieron. Y ella los estudió, uno a uno, y a ninguno; y sonrió a todos y a nadie, mientras estiraba lentamente sus largas medias de color de índigo. Y a todos les hablaba y sonreía, la bestia de mil formas y de ninguna.

—A ver, muchachos. A ver, muchachos.

Doña Venus osciló en su taburete:

—No hay dos como Jova —ronroneó entre suspiros.

—A ver, muchachos —invitaba Jova.

Samuel Tesler, al oírla, dio hacia ella un salto de león. Pero Franky lo cazó al vuelo:

—Calma —le dijo—. No han cantado tu número.

Rió Jova: una risa caliente y neutral. Después insistió, volviendo sus ojos a la cámara entreabierta:

—¿Y? A ver, muchachos.

Entre los once del vestíbulo se patentizó un hondo malestar: el Conductor Gallego tenía una expresión adusta en el semblante y el Mercader Sirio un relampagueo cruel en los ojos; agachaba su cabeza el Gasista, con el aire de un animal recién castigado; el Señor Maduro, indiferente, había vuelto a la lectura de su periódico; Adán y Schultze, Pereda y Bernini, Samuel y Franky hablaban entre sí o lo fingían, ansiosos por hurtarse a la mirada circular de Jova. Entonces fue cuando, en medio de la tensión ambiente, el Joven Taciturno se puso de pie y aventuró hacia Jova una marcha torpe de muñeco mecánico. Sin dejar de sonreír a todos y a nadie, Jova le rodeó el cuello con su brazo desnudo y lo atrajo blandamente hacia el interior del recinto. Detrás de ambos la puerta comenzó a cerrarse discretamente. Pero antes de hacer mutis, asomó Jova su cabeza riente y miró a todos y a nadie, sonrió a cada uno y a ninguno, ¡la nada en traje de Iris, la sombra de un misterio!

—«Que la mujer sea en tu vida una estación pasajera» —sentenció Schultze al oído de Adán. (El astrólogo tenía la voz turbada y la cabeza bamboleante pero advertía con orgullo que la excitación de su envoltura grosera no alteraba el decoro de su cuerpo astral.)

—¡Amén! —gruñó Adán Buenosayres. (Y él le había dicho a Irma que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, y quizá la besó. Después era como extraviar este mundo, y recobrarlo luego, pero más frío y triste, como si el alma hubiera perdido en su descenso el don de ver la gracia que ilumina las cosas.)

Entretanto, con el eclipse de Jova, los hombres del vestíbulo habían recobrado su gesto normal, salvo el Mercader Sirio, que ahora daba muestras de hallarse absorto en quién sabe qué sueño de mujeres bronceadas. Pero había quedado en el recinto un silencio duro que nadie osaba interrumpir y en medio del cual oíase a ratos, ya un glu glu de aguas que corrían en la habitación hermética, ya el chocar de minúsculos insectos contra el vidrio de la lámpara, ya la respiración de doña Venus que dormía otra vez con aire beato. Y así estaban cuando, sin razón ni medida, Samuel Tesler empezó a reír a borbotones, moviendo a un lado y otro su cara llena de gestos:

—«A ver, muchachos» —rió—. ¡Peste, como diría el otro! Esto es un *lenocinium* abstracto. En comparación con esto el teorema de Pitágoras es una bacanal.

El Gasista, que trataba de encender medio toscano rebelde, quedó en suspenso, sin cuidarse del fósforo que ardía entre las yemas de su pulgar e índice; abatió su periódico el Señor Maduro, enarcó las cejas el Conductor Gallego; y el Mercader, sustraído violentamente a su éxtasis, clavó en el filósofo dos pupilas de tigre. Bondadosa fue la mirada que Franky Amundsen dirigió entonces a los del vestíbulo, solicitándoles indulgencia.

—¡Un gran cerebro! —dijo, acariciando a Samuel en la espalda como si tratase con un animal irritado—. Pero víctima del alcohol, la ataxia locomotriz y el mal francés contraído por sus abuelos en la época de los faraones.

—¡Lástima! —se dolió el Señor Maduro—. ¡Tan joven!

—Joven? —protestó Franky—. ¡Ahí donde lo ven, tiene dos mil años!

Se volvió hacia el filósofo y le tomó la cabeza, con el intento de besarla en la frente. Pero la rechazó al punto, como espantado.

—¡Brrrr! —exclamó—. ¡Está más feo que nunca!

A decir verdad, la cara riente de Samuel constituía en sí todo un espectáculo, y Adán Buenosayres, al mirarla, evocó la jeta de los demonios que en las catedrales gesticulan humorísticamente bajo el talón de piedra de los santos. Pero la risa del filósofo no duró mucho: inesperadamente Samuel adquirió cierto aire de suma gravedad, se puso de pie y llevó un índice a sus labios.

—¡Chist! —dijo, señalando la puerta cerrada—. ¡Silencio!

Se dirigió a la puerta, entre tumbo y tumbo. Pero Adán y Franky lo alcanzaron inmediatamente, y casi a la rastra lo devolvieron a su lugar primitivo.

—¡Yo conozco sus nombres! —vociferaba Samuel, revolviéndose con furia en los brazos de Franky—. ¡Es la ramera del Apocalipsis, la más desnuda entre las vestidas! En mi tribu la llamaban Lilith.

—¿No la confundirás con otra mujer? —le preguntó Franky sin soltarlo.

En este punto doña Venus dormida empezó a musitar un rezongo que parecía venir de muy lejos.

—Bochinches no —susurraba—. Ésta es una casa formal.

Los personajes del vestíbulo se miraron entre sí, nuevamente asombrados ante aquel prodigio de la cabeza parlante.

—¡Bueno! —gruñó el petizo Bernini—. ¿Esa mujer duerme o no duerme?

—Duerme a caballo, como el resero —le contestó Pereda muy tranquilo—. Duerme a caballo de su taburete.

Así era, en efecto: después de reconstruir con su palabra el orden amenazado y el silencio roto, doña Venus había recaído en su ronroneante sueñera. Pero, de súbito, un rumor de pasos interiores hizo batir sus parpadas rugosos de cáscara de nuez: la puerta de la sala, que nadie había visto abrirse hasta entonces, giró sobre su eje y dio paso al Amante Desconocido. Sin mirarlo siquiera, y con una fluidez que pareció de gelatina, doña Venus cayó de su pedestal, se deslizó hasta la cancel, accionó la cadena sigilosa y abrió la puerta de cristales esmerilados. Y el Amante Desconocido, sin disimular su tren de fuga, hizo por allí un recatado mutis de fantasma. Después de lo cual doña Venus aseguró la cancel, echó nuevamente la cadena, y se plantó delante de los hombres, clavando en ellos una mirada estudiosa.

Vista de pie, doña Venus ostentaba una esfericidad casi perfecta, con su desbordamiento de carnes fofas que le llovían de los pechos, el abdomen y las nalgas. Pero, en cambio, su cabeza tenía cierta finura de animal rampante, decorada y embellecida por aquel asombro de sus cabellos mitad blancos y mitad renegridos. En cuanto a sus ojos, era visible la experiencia con que ahora estudiaban a cada uno de aquellos hombres puestos a madurar lentamente bajo la luz chillona y entre los muros de color sangre. Y era más visible aún que doña Venus, con sus ojos inteligentes, acababa de elegir al Mercader Sirio; el cual, adivinándolo sin duda, fingió un bostezo de indiferencia y se puso de pie. Con enigmática sonrisa, doña Venus le indicó entonces la puerta que no había cerrado el Amante Desconocido; y el Mercader, obedeciendo a esa orden muda, se coló en la sala, cerró la puerta, y se le oyó echar la llave. Comprobado lo cual doña Venas, tras agacharse y acariciar el vientre de la perrita, recobró en su taburete el equilibrio, la beatitud y el sueño.

Franky Amundsen, que no había perdido un solo detalle de la escena, se volvió hacia el filósofo villacrespense y le dijo:

—Es muy satisfactorio comprobar hasta qué punto la Venus Terrestre ha modernizado su técnica. ¡Diablo! Uno en ejecución y otro en capilla. ¡Eso es montar bien la máquina!

—¡Hum! —respondió Samuel vagamente.

—El procedimiento de la *cadena* —dijo Bernini con aire cínico—. La última palabra de *mister* Ford.

Asintió Franky, lleno de científica gravedad, y solicitando con el gesto la atención pública:

—¡Señores! —dijo—. ¿Quién se atreve a sostener que no progresamos? ¡Admiren ustedes este prodigio de la técnica! El amor mecánico, en tres tiempos. ¡Rapidez, comodidad y limpieza! Aviso: la mano del hombre no interviene para nada en la elaboración del producto.

—¡No hay dos como Jova! —refunfuñó doña Venus desde grandes profundidades.

Pero aquel discurso no logró el éxito que Franky ambicionaba, sino que, por el contrario, ejerció la virtud negativa de arrojar una sombra en todos los semblantes: Adán y Schultze abatían ahora sus frentes grávidas de melancólicos pensamientos; balbucía Samuel un triste soliloquio de borracho; el petizo Bernini, sociólogo infatigable, meditaba en el problema sexual que una mayoría de hombres ávidos y una minoría de mujeres inflexibles creaban en este misterioso país de aluvión; inmóviles y callados, el Conductor y el Gasista esperaban, éste húmedo y tranquilo como un vegetal, aquél reconcentrado y lleno de aristas como una piedra. En cuanto al Señor Maduro, era evidente que no había renunciado al problema del estanciero Martínez; y su mirada cautelosa iba del periódico a Franky Amundsen y de Franky al periódico, mientras en su fuero interno se decía que aquel joven, si era detective, lo disimulaba espléndidamente.

Algo de aquello barruntó Franky en el Señor Maduro, después de recorrer todas y cada una de las caras herméticas. Entonces, deseoso de romper un silencio que jamás cuadró a su carácter, se dirigió al Señor Maduro y le dijo:

—Admitamos que sea la *maffia.* ¿Cómo llegó a esa hipótesis?

Se irguió el Señor Maduro cuan alto era (y no lo era gran cosa):

—¡Palpito! —exclamó, entre confundido, triunfante y modesto.

—¡Bah! —dijo Pereda—. ¡El señor investiga como quien juega al truco!

—Método intuitivo —declaró Franky en tono protector.

—No sólo eso —dijo el Señor Maduro, a quien había disgustado la observación desdeñosa de Pereda—. Las circunstancias que rodean el crimen están diciendo bien a las claras que todo es obra de los *maffiosos.*

—Método deductivo —corrigió Franky—. Sí, es un *crimen firmado,* como decimos los técnicos. Eso es, no hay duda. Pero, ¿cómo entiende usted que sucedieron las cosas?

El Señor Maduro adoptó un aire circunspecto.

—Lo de siempre —dijo—. El estanciero recibe un anónimo: debe acudir a la cita, bajo amenaza de muerte. Va, y lo secuestran: quieren sacarle una gruesa cantidad de dinero, hacerle firmar un cheque, o algo por el estilo. ¿Qué sucede al fin? Que la policía toma cartas en el asunto; y que los *maffiosos,* asustados, le pegan un tiro al estanciero y...

—¡Nada más falso! —lo interrumpió Franky—. Ahí es donde las apariencias engañan.

—¿Cómo? —le preguntó el Señor Maduro—. ¿Hay otra teoría?

Franky lo miró largamente, sin disimular su acritud.

—Ésa es la madre del borrego —dijo—. En primer lugar, señor, yo no formulo teorías. Yo trabajo, señor, con la lupa en la mano.

—¿Y entonces? —le volvió a preguntar el Señor Maduro, que se desconcertaba.

—El estanciero —rezongó Franky— fue asesinado en su mismo dormitorio. Un tiro de pistola con silenciador.

Adán y Schultze, Pereda y Bernini cambiaron entre sí una mirada furtiva. El Señor Maduro se quedó con tamaña boca.

—¡No es posible! —exclamó al fin—. ¿Y el cadáver? ¡Fue hallado en una quinta!

—Puro juego teatral —explicó Franky—. Lo vistieron en el dormitorio y se lo llevaron entre dos, como si estuviera borracho. El Hudson gris los esperaba en la esquina, con el motor en marcha.

—¿Y el móvil del crimen? —objetó el Señor Maduro—. ¿Qué podían robarle a un muerto?

Franky vaciló, como si dudara entre hacerle o no una confidencia que tal vez lesionaría el secreto profesional.

—Vea —se decidió al fin—. En el dormitorio del estanciero había un jarrón chino de la época Sung. ¡Y ese jarrón ha desaparecido!

—¡Los diarios no dicen una palabra! —rezongó el Señor Maduro.

—¿Y sabe lo que había dentro del jarrón? —concluyó Franky, preñado de misterio—. ¡El *Ojo de Buda,* la famosa esmeralda del marajah!

Una explosión de risa estalló en el dúo Pereda-Bernini, se comunicó al dúo Schultze-Buenosayres, tuvo una réplica estruendosa en Franky mismo y un eco de solidaridad en el Gasista Italiano. Pero el Señor Maduro no reía; por el contrario, rojo de vergüenza y de cólera, meditaba ya en las cuatro verdades que le cantaría él a ese mocito. Y a no dudar se las habría cantado, si en aquel instante doña Venus, amodorrada en su trípode, no hubiera dado señales de agitación:

—¡Salvajes! —balbucía entre sueños—. Estaba en la flor de la edad. ¿La muerte? ¡No es bastante para esos hijos de puta! Yo se los entregaría, bien atados, a la madre del joven, para que les arrancara los ojos con las uñas, o los despellejara vivos, o los quemara con fósforos, así, lentamente...

—¡A la pucha! —murmuró Franky—. ¿De quién diablos hablará esa mujer?

—Creo que de los *maffiosos* rosarinos —aventuró Pereda.

—¡Barbaridad! —musitó aún doña Venus con un hilo de voz que fue adelgazando hasta morir en silenciosas honduras—. ¡Matarlos es poco!

Al reflujo de aquella voz que subía o bajaba como una marea, la normalidad se construyó de nuevo en el vestíbulo. Pero el astrólogo se había entusiasmado con la ferocidad mediúmnica de doña Venus.

—Esa mujer tiene alma de verdugo —reconoció—: una crueldad primitiva. ¡Lástima que no conozca las torturas orientales!

—O las de los indios americanos —le retrucó Bernini, que no cedía nunca en materia de folklore.

—¡Bah! —repuso Schultze.

—¿Las conoce?

—No, pero me las imagino. Bestialidad pura, ¿no es así? Tormentos que no van más allá del mundo físico. En Oriente se ataca el mundo espiritual o el moral.

Bernini sonrió con indulgencia.

—¿Conoce la tortura del *camoatí?*

—Y usted —le replicó Schultze—¿conoce el suplicio de la Odalisca Enamorada?

Franky se dirigió entonces a los dos contendientes:

—¿Y el de la Gota de Agua? —les insinuó con misterio—. ¿Y el de la Pluma de Codorniz?

Entre los muros de color de sangre, a la luz pegajosa del vestíbulo, bajo la ceñuda vigilancia del Conductor, ante los ojos benévolos del Gasista y el resentido empaque del Señor Maduro, las descripciones de los tres especialistas desfilaron en ronda macabra. Y el petizo Bernini fue quien inició aquella serie: He ahí que su Prisionero es izado hasta las últimas ramas de un quebracho gigante, y allí permanece, junto a las redondas colmenas. Desnudo está el Prisionero, y las aún confiadas avispas le zumban en los oídos y se le pegan a los ojos, a las narices y a los labios. ¡No moverse! ¡Aguantar! El Prisionero trata de quedarse inmóvil, pues no ignora la clase de suplicio que le aguarda. Pero enloquece al fin, ¡y se agita! Entonces los insectos entran en furor, lo atacan a millares, lo acribillan con sus dardos, lo cubren de mil pequeñas heridas que sangran. Luego corren las horas de fiebre y de sed en que el Prisionero, en su delirio, ríe o llora, grita su canto de guerra o balbuce una tonada de amor. Y la noche se acaba, y al día siguiente las aves carniceras giran en torno de un pingajo sangrante que bailotea en las alturas al soplo del viento.

Un tanto literaria pareció a los oyentes la descripción de Bernini, y todos ellos quedaron absortos. Pero en seguida tomó Schultze la palabra. El cuadro que describía era más apacible, y conquistó inmediatamente la simpatía del auditorio: Una cámara oriental, suntuosa de tapices y de pebeteros en que arden resinas aromáticas. Allí está el Prisionero, tendido en una otomana de valor incalculable; y ante la suntuosidad que lo rodea, el Prisionero vacila, duda, teme. Se alza de pronto un cortinado, ¡atención!, y entra la Odalisca, harinosa y ágil como una gacela de Arabia. La Odalisca empieza su obra de seducción, y el Prisionero, ¡ay!, se deja envolver en las redes áureas. Se multiplican los asaltos amorosos: el Prisionero cree habérselas con una hurí de Mahoma. Pero, exhausto al fin, querría dormirse; y como la Odalisca no lo deja, el Prisionero se ve obligado a sacrificarle sus últimos ardores. Duerme ya; insiste la Odalisca. ¡Nada! El Prisionero está dormido. Entonces entran en la cámara dos etíopes gigantes que *azotan* al Prisionero con ramas de ortiga y le hacen ingerir brebajes afrodisíacos. Y el suplicio continúa entre la Odalisca y el Prisionero; hasta que, derrumbado sobre los tapices, el Prisionero muere de amor.

El relato de Schultze produjo en los oyentes del vestíbulo una incredulidad que intentó combatir el astrólogo mediante sabias reflexiones acerca del amor y la muerte. Lo intentó y no lo consiguió, porque Franky Amundsen ardía ya en deseos de aportar al certamen su granito de arena: caviloso en extremo, Franky vacilaba entre la tortura de la Gota de Agua, que el feroz Culquelubi hacía sufrir al ex Templario en

«El Filtro de los Califas», y el tormento de la Pluma de Codorniz que sufre Tinker, el joven auxiliar de Sexton Blake, en la terrorífica historia de «El Miedo Azul». Se decidió al fin por lo último: Ahora el Prisionero está bien atado en la cámara de torturas; y su verdugo, un chino sonriente, acaba de sacarle los zapatos y las medias (aquí empezó a sonreír el auditorio). ¿Qué hace después el verdugo chino? Toma una pluma de codorniz, y con ella le hace cosquillas al Prisionero en la planta de los pies (la sonrisa del auditorio se acentuó aquí visiblemente). El Prisionero ríe a carcajadas, llora de risa (franca hilaridad del auditorio); hasta que la broma se le hace intolerable, le zumban los oídos, estallan sus nervios, y la risa degenera en alarido y sollozo. El suplicio termina en la locura del Prisionero.

Si la descripción de Schultze había levantado resistencias, la de Franky desencadenó un verdadero tropel de objeciones. El pro y el contra de la risa como agente de tortura fueron pesados cuidadosamente. Hasta que doña Venus, dormida como nunca, se agitó en lo alto de su taburete y pronunció su fallo inapelable:

—Tres macaneadores —dijo—. Eso es lo que son: tres macaneadores.

Atónitos quedaron los tres polemistas al oír un juicio tan severo. Adán Buenosayres y Luis Pereda soltaron la risa. Pero algo se conmovió al fin debajo de la pétrea envoltura en que se atrincheraba el Conductor Gallego:

—¡Torturas! —refunfuñó—. Para torturas, la policía. Eso es lo que saben: torturar a los detenidos, para obligarles a declarar. ¡Y declaran, culpables o no!

—¿Podría jurarlo? —le preguntó Franky en tono agresivo.

—¡Qué avispas ni qué plumas! —dijo el Conductor sin oírlo siquiera—. Los interrogan día y noche, sin dejarlos dormir, les retuercen el dedo gordo del pie o (con perdón) los testículos; les dan anchoas y arenques ahumados, para que tengan sed, y más tarde les niegan el agua.

—¡Bárbaros! —cacareó apaciblemente doña Venus.

Pero el Gasista sonrió, lustroso todo él de benevolencia.

—¡Qué quiere! —dijo—. Si no les hacen eso, no *cantan.*

—¿Y el recurso de *albas corpas?* —le objetó el Conductor, hecho una ponzoña viva.

Franky pegó un salto.

—¿El recurso de qué? —preguntó, sin dar crédito a sus oídos.

—De *albas corpus*—dijo el Conductor—. Eso es lo legal.

Franky volvió hacia su grupo dos ojos consternados.

—¿Habré oído mal? —se preguntó.

—Bien dicen —comentó Pereda— que todo gallego nace con un Código bajo el brazo.

Doña Venus movió a un lado y otro su cabeza durmiente:

—Sí —dijo—. Son unos brutos.

La risa estalló en todos los labios, y el Conductor Gallego frunció la jeta en un rictus amenazante. Por fortuna el petizo Bernini, cuyos aciertos de observación eran ya famosos, explicó a la tertulia que doña Venus, presa de intermitentes letargos, acababa de incurrir en una falla de sintonización, ya que, según era notorio, su apostrofe no iba dirigido a los concienzudos aborígenes de Galicia, sino a los torturadores policiales de que se había ocupado recién el mismo Conductor allí presente, y en un idioma rudo quizá, pero que revelaba su inconmensurable sed de justicia. Tan elemental interpretación de los hechos consolidó en el vestíbulo una paz que todos veían amenazada: el Conductor Gallego depuso hasta la última sombra de su agresividad, y suspiraron de alivio los contertulios. En aquel instante volvió a girar el picaporte: sí, la puerta de la antesala se abría para devolver ahora la ya marchita figura del Joven Taciturno; ciertamente, aquel

antro de amor lo arrojaba fuera, como si lo vomitase. Y el Joven Taciturno se quedó en el umbral, y batió los párpados una vez y otra, como si lo deslumbrase la claridad sangrienta del vestíbulo: se había echado el sombrero a los ojos, y con mano insegura trataba de corregir aún el desarreglo de su ropa.

—¡Su traje nupcial! —murmuró Schultze en tono desolado.

Pero sólo un instante duró el encandilamiento del Joven Taciturno: en seguida, como lo hiciera recién el Amante Desconocido, se lanzó a la cancel que doña Venus le franqueaba ya, y voló a la calle, receloso y urgente.

—Huye —dijo Schultze a su compañero Buenosayres.

Regresaba, sí, a la misma noche de la cual había venido cabalgando en su escoba mágica. El suyo era un regreso de aquelarre, una vuelta precipitada y en sigilo, antes de que cantara el gallo trompetero del día.

—Un derrumbe amoroso —gruñó Adán (y él le había dicho a Irma que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas...).

Echada nuevamente la cadena de seguridad, doña Venus, de pie (si tal conviene a una esfera), elegía ya entre los hombres al sustituto del fantasma que había hecho mutis por el zaguán. Y sus ojos dubitativos fluctuaban entre el Gasista Italiano y el Conductor Gallego, como si tanteasen la madurez de cada uno estudiosamente. No se había decidido aún, cuando la puerta de la sala, entreabriéndose, dejó pasar la cabeza de Jova que sonreía *urbi et orbi.*

—¡Muchachos! —cotorreó la más desnuda entre las vestidas.

Hasta el Señor Maduro clavó sus ojos en aquella inesperada cabeza de títere; y entonces Jova, respondiendo a todas las miradas y a ninguna, sacó a todos y a nadie una lengua burlona (cierto molusco rojo entre las dos valvas de sus labios), y desapareció en seguida, cerrando tras de sí « puerta solemne.

—¡Qué muchacha es Jova! —refunfuñó doña Venus entre suspiros.

Cuando volvió a mirar a los hombres del vestíbulo, su elección estaba hecha: con un leve ademán hizo poner de pie al Conductor Gallego, con otro le indicó la puerta de la antesala; y el Conductor, abstracto como nunca, se metió a su vez en el antro, llevándose consigo el secreto de su alma impenetrable. A continuación doña Venus cruzó el vestíbulo, se asomó al patio y estudió la fisonomía del cielo.

—Se nubla —dijo—. ¡Tiempo de miércoles!

Giró pesadamente sobre sí misma, como una esfera sobre sus polos: entonces vio al Señor Maduro que ya se levantaba, que corregía metódicamente las líneas de su traje, que doblaba con riguroso esmero las hojas de su periódico y se lo metía bajo el brazo, que accionaba por último la cadena de seguridad.

—¿Se va? —le preguntó doña Venus meliflua.

—Es tarde —respondió el Señor Maduro.

Abrió familiarmente la cancel, se deslizó al zaguán, cerró tras de sí la puerta. Y doña Venus, que no le había quitado los ojos de encima, explicó, llena de benignidad:

—Un viejo franelero.

Gruñó la perrita Lulú, como si no aprobase aquella deserción. Pero doña Venus, agachándose con dificultad, le acarició la barriga sonrosada. Luego se reacomodó en su taburete, y antes de cerrar los ojos musitó:

—Un maldito viejo franelero.

Con tan lacónico epitafio acabó la historia del Señor Maduro; y los personajes que aún aguardaban en el vestíbulo no tardaron en advertir su creciente soledad. En efecto, de aquel grupo brillante que discurría en torno del taburete sólo quedaba el Gasista, y aun a medias, ya que, desde hacía rato, la expresión de su rostro lo denunciaba como ausente. Por otra parte, un silencio turbador se afirmaba en el vestíbulo desde

que mujer y perra entornaron sus ojos: era un silencio interrumpido a veces por el canto de un gallo vecinal o por algún tranvía madrugador que aceleraba en la calle Canning; un silencio preñado de aquellos ruidos nocturnos todavía, pero que anuncian ya el alba próxima y adquieren un acento recriminatorio en el oído de aquellos que han abusado de la noche. Una y otra circunstancia contribuyeron a mejorar el tono de los que aún permanecían bajo la luz sangrienta. Y a Samuel Tesler correspondió la gloria de orientar el diálogo hacia los temas altruistas que lo ennoblecieron al fin: el filósofo emergía ya de su caudalosa borrachera, no con un pensamiento dado, sino con cierta vaga desesperación que se traducía en elocuentes gesticulaciones y ominosos gruñidos.

—¿Adonde vamos a parar con todo esto? —reventó al fin, abarcando en un solo ademán el vestíbulo, la casa, tal vez el mundo.

Luego dejó escapar una risita fúnebre.

—¡La dignidad humana! —se lamentó—. ¡Qué asco!

—Hay dos formas de prostitución —dijo entonces Bernini—: la reglamentada y la clandestina. Ésta de aquí es...

—¡Ándate al diablo! —le gritó Samuel Tesler—. ¡Son dos nombres científicos de la ignominia!

Schultze se inclinó hacia un Buenosayres ensimismado.

—El judío asoma la oreja —le susurró—. Ahora nos viene con su lloriqueo moral.

—*Mea culpa* —gruñó un Buenosayres lacónico.

Pero Bernini estaba en su materia.

—Será una ignominia —dijo—, pero una ignominia necesaria. ¡Yo quisiera saber adonde iríamos a parar sin esta ignominia!

La cabeza parlante de doña Venus giró hacia los interlocutores.

—Ahí está la madre del borrego —cacareó mecánicamente.

—¡Hum! —observó Adán—. ¿Existe alguna ignominia necesaria?

El petizo Bernini lo miró con asombro. Después, haciendo gala de una riqueza estadística verdaderamente agobiadora, se refirió a la falange de hombres extranjeros que nos habían traído, no sólo su trabajo útil, sino también su peligrosa soledad o soltería (y aquí Bernini subrayó el parentesco etimológico de uno y otro vocablo). Con tintas negras pintó lo mucho que arriesgaba una sociedad frente a esa turbamulta de varones expatriados y solos; y las abominables figuras del adulterio, la violación y el estupro desfilaron con marcialidad en la perorata de aquel sociólogo enardecido. Pero al instante mencionó esas «válvulas de seguridad» que algunos espíritus retrógrados habían calificado recién de ignominiosas; alabó esos institutos humildes que, como este mismo en que se hallaban ahora, cumplían anónimamente una misión tan imprescindible como secreta. Y al punto, las figuras abominables del adulterio, la violación y el estupro huyeron con el rabo entre las piernas; y la sociedad amenazada respiró al fin.

Era de creer que una ovación estruendosa premiaría el discurso del sociólogo Bernini. Pero no sucedió así: Adán Buenosayres lo había reprobado en toda su anchura; y Samuel, el filósofo, volviendo inesperadamente al ritmo dionisíaco, saludó su final con un borbotón de risa que logró en el vestíbulo sonoras imitaciones. Con todo, aún faltaba el juicio de la cabeza parlante:

—Es un enano charlatán —sentenció doña Venus en tono melifluo—. Si lo dejan hablar, no lo ahorcan.

El petizo Bernini afrontó con dignidad las nuevas risas que suscitara el oráculo, y decidió pulsar una cuerda más viva: habló entonces de la juventud inexperta, de las aberraciones en que una educación sexual descuidada puede inducir a los adolescentes, de la República joven y la sagrada virilidad de sus hijos. Y cuando todos veían entenebrecerse ya el horizonte augusto de la patria, he ahí que Bernini lo despejó lin-

damente, recurriendo a sus famosas «válvulas de seguridad». Fuerza es decir que, al nombrarlas de nuevo, el petizo desencadenó un huracán de risas cuya violencia hizo arrugar la frente de doña Venus y arrancó al Gasista de su éxtasis.

Claro está que un asiento de tan vastas ramificaciones no podía dejar indiferente a Franky Amundsen. Acalladas las risas, y con mucha gravedad, Franky preguntó a los eruditos que lo circundaban si los mismos ángeles neocriollos de Schultze (que condujeran hasta nosotros a esa legión de solteros mencionada recién por Bernini) habrían orientado igualmente hacia nuestras playas a la legión adorable de Jovas, Fannys y Suzettes que con tanta soltura emprendieron un día el Camino de Buenos Aires. Y al oír estas últimas palabras la hostilidad brilló en muchos ojos. En vano despertó doña Venus para garantizar que no había dos como Jova en este mundo; en vano lamentó Schultze el papel desdoroso que algunas imaginaciones perversas trataban de asignar a sus ángeles: Adán, Pereda y Bernini no conseguían apartar de sus mentes el nombre de aquel francés alevoso, que con su no menos alevoso libelo había intentado arrojar una mancha sobre la honra de los argentinos.

—¡Esos *cufien* son marselleses! —tronó Pereda, y juró que los había visto a montones en las casas del ramo, con sus galeritas melón, sus bigotes mediterráneos y sus pesadas cadenas de oro.

—Polacos —dijo Bernini con igual ímpetu.

—Rumanos —aseguró Adán en tono que no admitía réplica.

En esta duda estaban cuando la pitonisa del vestíbulo, agitándose otra vez en su taburete, inició el balbuceo precursor de las grandes revelaciones. Como se trataba de una indiscutible autoridad en la materia, todos escucharon, sin disimular su interés.

—De todo hay, como en botica —musitó al fin doña Venus.

Y emitido ese fallo inapelable, despertó bruscamente, se deslizó hasta la cancel y franqueó el paso al Mercader Sirio que huía de la sala con el abatimiento de un gallo roto en la pelea. Entonces, como en sueños, y sin esperar invitación alguna, el Gasista Italiano se metió en la sala; visto lo cual doña Venus insinuó un gesto aprobatorio y regresó a su taburete.

Con la desaparición del Gasista nuestros hombres alcanzaron en el vestíbulo cierta gozosa intimidad que dio una soltura mayor a sus palabras y movimientos. En aquel silencioso ámbito sólo se oía el estridor del gallo vecinal que ahora multiplicaba sus alalíes, como enloquecido por la intuición del alba, y el rodar de algún carro verdulero en la calle, al ritmo de perezosas herraduras. Era la hora en que las almas noctivagas, presas de remordimiento, se inflan de generosas intenciones y dan a lo futuro su palabra de honor. En un clima propicio a todas las redenciones, Adán Buenosayres inició el tema final: ciertamente, aquella ignominia no era necesaria, y sólo una carencia total de sentido colonizador había juntado tres millones de hombres a orillas del Plata, mientras las fértiles llanuras y los valles nemorosos permanecían desiertos. ¿Y qué? ¿Todo estaba perdido? ¡No! Adán Buenosayres recogió a todos aquellos hombres en soledad que había mencionado Bernini; los unió en cristiano matrimonio con mujeres vigorosas; les dijo: «multiplicaos y henchid la tierra»; y los dispersó como semillas, de norte a sur, de naciente a poniente. Y entonces, ante los ojos maravillados de los que le oían, una raza de pastores y labriegos, innumerable como las arenas del mar, cubrió las pampas argentinas hasta el cabo de Hornos, erigió ciudades asombrosas, pobló el mar de navíos y el cielo de aeronaves, cantó epopeyas nunca escuchadas y adelantó soberbias metafísicas.

Ante aquella visión los personajes del vestíbulo cayeron en éxtasis: el filósofo Tesler declaró sentirse invadido por una gran frescura de égloga; fiel a sí mismo, Schultze propuso algunas combinaciones étnicas (españoles con tártaras, inglesas con chinos, italianos con esquimales) que favorecerían el advenimiento de aquella estirpe destinada, según afirmó, a dar su quintaesencia en el Neocriollo; asintió Pereda, muy grave, y hasta el petizo Bernini mostró debajo de su costra científica un casi-semi-enternecimiento. ¡Ay, sólo Franky Amundsen, entre aquellos vehementes colonizadores, permanecía en actitud reservada y casi hostil!

Interrogado a fondo, comenzó por guardar un mutismo lleno de reticencias que abandonó al fin para declarar su asentimiento en lo que a las normas generales de la colonización se refería. Luego, tras no pocas instancias y vacilaciones, Franky acabó por insinuar que se uniría tal vez a la legión de nombres y mujeres convocados por Adán Buenosayres. Con todo, no siendo él un lírico imprudente sino un hombre de acción que tenía los pies bien asentados en la tierra, Franky Amundsen imponía una condición sin la cual estimaba que no irían a ninguna parte.

—¿Qué condición? —le preguntaron algunas voces.

—El restablecimiento de la poligamia —contestó Franky en tono beato.

Y añadió, lleno de euforia:

—¡Qué miércoles! La República necesita cien millones de habitantes, ¡y se los daremos!

Adhesiones fervientes de unos y vagas protestas de otros acogieron la moción de Franky. Samuel Tesler dio un salto y se puso de pie:

—¡Sí! —gritó—. ¡La poligamia, como en el Antiguo Testamento!

Radiante, sublimado, con la boca maligna y los ojos que le relampagueaban, el filósofo villacrespense inició su ballet fatal: a paso lento recorrió el vestíbulo, con una mano en la cadera y la otra desflecada en el aire, grotesco y rítmico a la vez, gárgola bailarina.

—¡La danza filogenética! —gritó Franky, aplaudiendo rabiosamente.

Doña Venus despertó sobresaltada:

—Bochinches no —dijo—. Estamos en una casa formal.

Pero Samuel Tesler, habiendo concluido ya la primera figura de su baile, atacaba la segunda con un brioso zapateo que arrebató a los circunstantes. Entonces doña Venus, escurriéndose de su trípode como una bola de gelatina, se puso de pie y avanzó hacia el filósofo:

—¡Chist! —le ordenó—. ¡Basta!

¡Era inútil! Furiosa ménade, gárgola enloquecida, Samuel empezó a girar en torno de doña Venus: la encerró en un círculo hecho de saltos, piruetas y contorsiones. Y doña Venus, esfera de grasa, inició un torpe movimiento de rotación sobre sí misma, tratando de hacer frente al demonio bailarín que la estrechaba y la circunscribía en su ronda, mientras la perra Lulú, sin abandonar su almohadón, ladraba con una estridencia de cristales rotos.

—¡Compadritos! —jadeaba doña Venus—. ¡Fuera!

Se lanzó por fin a la cancel, descorrió violentamente la cadena de seguridad, abrió la puerta; y volviéndose a los del grupo que ya estaban de pie:

—¡Fuera! —les gritó—. ¡A la calle!

—No es para tanto —le dijo Franky en tono conciliador.

Y trató de acariciarle la papada redonda. Pero doña Venus retorció aquella mano audaz que se le atrevía. Y entonces Franky, estudiando a la mujer en todo su volumen, escogió el sitio adecuado, sonrió con benevolencia y le descargó una sonora palmada en el trasero rebosante.

—¡Policía! —chilló doña Venus—. ¡Policía!

Se recodó la falda, exhibió un muslo de repugnante gordura, sacó de su media un pito metálico y, llevándoselo a la boca, empezó a dar fuertes pitadas de auxilio, a las que se unieron los roncos estertores de la perrita Lulú y el cacareo de Jova que asomándose al vestíbulo preguntaba con urgencia: «¿Qué hay? ¿Qué ocurre?» Había llegado el instante de la fuga, y los hombres del grupo se lanzaron por el zaguán hasta la calle: Schultze, Franky, Pereda y Bernini corrieron hacia la derecha, rumbo a la calle Triunvirato; Adán

corrió tras el filósofo villacrespense que había tomado la izquierda y se desalaba ya en la más loca de las huidas.

III

Lo alcanzó en breve, unos ochenta metros calle arriba, pues el filósofo, transponiendo a toda carrera el cruce peligrosamente visible de la calle Camargo, se había detenido al fin y les esperaba, oculto en la sombra negrísima que los árboles callejeros, bajo la luz de los focos, proyectaban sobre la vereda. El también fugitivo Adán Buenosayres lo encontró allí, sentado en el umbral de una casa, con sus piernas de gnomo encogidas hasta lo ridículo y su tórax de cíclope que le subía y le bajaba en ruidoso jadeo.

—¿Y? —le preguntó Samuel al verlo llegar.

Adán Buenosayres, resollando todavía, fue hasta el cordón de la vereda, escudriñó el fondo secreto de la calle, aguzó el oído y escuchó largamente: la calle Canning permanecía desierta, y en su ámbito ningún rumor alteraba el silencio nocturno.

—Nadie —respondió—. Ni un alma.

—¿Y los otros? —volvió a interrogarle Samuel.

—Desaparecidos.

Al oír tan ingrata nueva el filósofo empezó a declamar con voz estentórea:

¿Dónde están mis compañeros
del Cerrito y Ayacucho?...

Pero Adán le cortó la estrofa, y sacudiéndolo por los hombros:

—¡A. no escandalizar el barrio! —le dijo—. Volvemos a la calle Monte Egmont.

—¡Hum! —gruñó Samuel con escepticismo—. ¿Qué hora será?

—Las cuatro de la mañana.

El filósofo trató de incorporarse. Y lográndolo al fin con bastante penuria, ensayó dos o tres pasos inseguros al cabo de los cuales trastabilló peligrosamente y hubo de aferrarse a una reja para no caer.

—¿Qué hay ahora? —le preguntó Adán en un comienzo de alarma.

Samuel dejó escapar una risita indulgente:

—La calle da vueltas —dijo—. ¡Borracha, la pobre!

—Estás hecho una uva —le censuró Adán sin ocultarle su disgusto.

—¿Quién? —repuso Tesler, como si acabara de recibir una mortal ofensa—. ¿Borracho yo?

Se deshizo violentamente de Adán Buenosayres que trataba de sostenerlo, irguió el torso con altanería y dijo:

—¡Mírame ahora!

Inició una marcha rígida, trastabilló nuevamente y fue a dar contra un árbol a cuyo tronco se abrazó, riendo como un orate. Pero una terrible náusea lo sacudió entonces de pies a cabeza, y se le quebró la risa en los labios:

—¡Atención! —dijo—. Voy a lanzar un manifiesto.

Corrió Adán en su auxilio y le sostuvo la frente cubierta ya de un sudor helado. Era visible que su danza loca en el vestíbulo y la carrera que no tardó en sucederle habían agitado en el cuerpo del filósofo el hirviente caos de las esencias espirituosas que con tanta liberalidad había ingerido esa noche. Y aceptando el

trance, Adán calculó in mente la distancia que debería salvar con aquel Sileno a remolque: hasta la calle Warnes, dos cuadras y media; tres cuadras generosas desde Warnes a Monte Egmont, y una cuadra más hasta el número 303, sin contar la escalera cuyo ascenso le prometía desde ya no pocas dificultades. Entretanto, Samuel, a pesar de sus bascas, angustias y trasudores, no soltaba prenda.

—Es inútil —reconoció al fin, enderezándose y restañando con un pañuelo la humedad viscosa de su frente—. ¡Necesitaría el dedo de marfil de los romanos!

Viéndolo ya en mejores términos, Adán lo tomó por la cintura; y uno y otro iniciaron juntos una marcha escabrosa que, según reflexionó Adán, reunía en sí todos los movimientos locales que describe Aristóteles. Respirando con delicia el aire nocturno en cuya frescura se adivinaba ya el amanecer, era evidente que el filósofo estaba recobrando la natural armonía de su físico.

Pero, en cambio, su alma empezó a conturbarse y a dar muestras de una tormentosa contrición: lanzando suspiros que le desgarraban el pecho, Samuel Tesler maldijo la hora en que su propia debilidad y la sugestión de amistades funestas lo habían llevado a tal extremo de locura; en una sola mirada vio luego su indignidad presente; y recostando al fin su cabeza en el hombro de Adán Buenosayres, lloró largo rato su juventud perdida. Se volvió por último hacia el silencioso amigo que lo asistía en su duelo, y, arrojándole al rostro una tufarada de alcohol y ácidos estomacales, le soltó un monólogo incoherente que se resolvía en cierta laboriosa justificación de su pecado. Porque, si se lo miraba desinteresadamente a la luz de la filosofía (y el amigo Buenosayres, a cuya indiscutible serenidad apelaba, era un juez harto ducho en esas afinaciones del intelecto), ¿qué habían sido su borrachera nocturna y su zarabanda final?, ¿qué habían sido —preguntaba él— sino un movimiento dionisíaco de liberación que su alma opresa le requería? Por otra parte, su raza conocía bien aquellas exaltaciones de la libertad, pues el tema del cautiverio y la evasión resonaban demasiado en su historia.

—¿Y acaso —preguntó entre dos eructos— no es mi raza un símbolo de la prisión terrestre y de la liberación final en la vida eterna?

Frente a Beelsephon, a la hora del alba, el Rey endurecido, el de la cabeza de buitre, lloraba y se dolía junto al mar. Junto al mar que vomitaba los despojos de la vistosa caballería, junto al mar de color de sangre lloraba el Rey. ¡tantos carros de bronce, tantos jinetes verticales, tantos buenos caballos de piel eléctrica y fogosa nariz! Los lanzó él como piedra de honda tras el esclavo fugitivo: como dardo rabioso los lanzó. Por eso lloraba el Rey entre su púrpura, el Rey de perfil de ave: porque vio al esclavo atravesar la húmeda residencia del agua, e iba su mano en la mano de su Dios, y era el Dios temible que enrolla y desenrolla el mar como un papirus; y vio después hundirse caballo y caballero, y armas y ruedas voladoras. Eso lloraba el Rey, frente a Beelsephon, junto al mar de color de sangre. Y en la otra orilla el esclavo gritaba su libertad: *Cantemos al Señor*—decía junto a la barba de su profeta—, *cantemos al Señor que se ha mostrado grande y hundió en el mar al caballo y a su jinete.* Y cantó el profeta: *Reinará el Señor eternamente, y más allá.* Y el esclavo lo repitió con júbilo. Mas el profeta volvía ya sus ojos al desierto, y en la terrible soledad buscaba el camino que conduce al país de la leche y la miel.

—¡Una raza teológica! —ponderó Samuel con orgullo.

—Pero terriblemente caída —le objetó Adán.

El filósofo no alcanzó a oírlo, porque se lo estorbó la sinfonía rústica de un carro matinal que avanzaba con sus ruedas chillonas, su caballito al tranco, su farol en el eje, su carga de verduras y su carrero adormilado en el pescante.

—¡Un justo! —empezó a lloriquear Samuel, indicando al hombre dormido—. Sin saberlo, cumple la sentencia pitagórica. Y adelantándose al sol...

—Bueno, bueno —lo interrumpió Adán—. ¿Otra vez lagrimitas?

No, Samuel Tesler no se hallaba otra vez en los umbrales del llanto. Lo que le sucedía en verdad era que, así como había pasado recientemente de la contrición a las lágrimas y de las lágrimas al consuelo metafísico, así también su corazón mudable se deslizaba ya por el declive de cierta pegajosa ternura, a la cual no eran ajenos, ni el carro matinal que le había traído reminiscencias de Booz, el durmiente (¡cuando la suya era una raza eglógica!), ni aquel dulce regreso a orillas del amanecer, ni aquel amigo silencioso que lo acompañaba y cuya inefable historia de amor sólo él conocía y ponderaba en sus justos valores. He ahí porque, mientras ambos caminantes proseguían su marcha, Samuel apretó con enternecimiento el brazo de Adán Buenosayres. Después, a favor del silencio que ahora reinaba entre ambos, evocó la figura de cierta mocosa que ya sabía darse humos entre las espigadas mujeres de Saavedra; y se dijo, en su alma, que sólo un ingenuo como el amigo Buenosayres podía encontrar en aquella endeble criatura la materia prima de una Laura o de una Beatriz. Pero sus asociaciones mentales, que se habían mantenido en el terreno de cierta bonancible neutralidad, lo movieron de pronto al disgusto y la ira cuando la imagen de Lucio Negri se le aclaró en la memoria: vio al mediquillo en el diván celeste, pegado a la oreja de Solveig Amundsen que lo escuchaba con su aire de esfinge adolescente, y entonces una indignación retrospectiva lo detuvo en seco:

—¡No! —exclamó, poniendo una mano fraterna en el hombro de Adán Buenosayres—. Yo, en tu lugar, lo agarro a patadas.

—¿A quién? —le preguntó Adán en ayunas, pero sin asombro ninguno.

—¡Es una bestia negra! —insistió Samuel—. ¡Había que verlo, arrastrándole su ala de pavo a la mocosa!

—¿Qué mocosa? —volvió a preguntarle Adán.

—Solveig.

«El dulce nombre profanado», se dijo Adán. Era por eso que dioses y criaturas escondían sus verdaderos nombres: los hurtaban celosamente a la profanación o al insulto. Y por eso era que «el dulce nombre profanado» no se leería jamás en su Cuaderno de Tapas Azules.

—Bueno —rezongó—, ¿y a mí qué me importa?

Samuel Tesler lo zamarreó con furia:

—¡Hermano! —le gritó—. ¡Al amor hay que defenderlo!

Dicho lo cual se irguió en toda su estatura, como si en aquel instante recibiera de lo alto un yelmo, un escudo y una lanza para defender al amor. De pronto, sin decir agua va, se alejó de su amigo en una seguidilla de saltos ornamentales. Y mientras agitaba los brazos en son de vuelo, iba conjugando a grandes voces:

—*Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant!*

De salto en salto llegó hasta la esquina de Canning y Warnes: allí, a la luz de un farol urbano, el filósofo villacrespense manifestó una billetera de forma, cuero y edad irreconocibles, y llena de papelotes roñosos, de entre los cuales extrajo una manoseada cartulina que se puso a estudiar con grandes muestras de acatamiento y devoción. En eso estaba cuando se le reunió Adán Buenosayres. Y entonces el filósofo, arrancándose, no sin esfuerzo, de tan sabroso éxtasis, tendió a su amigo la cartulina.

—¡Es ella! —murmuró en un suspiro brotado, al parecer, del mismo cogollo de su alma.

Adán echó un vistazo a la cartulina: era una instantánea de Haydée Amundsen, la cual aparecía en riguroso traje de baño, luciendo los tesoros que le había prodigado Natura y resuelta, ¡oh, sí!, a enfrentarse con las olas de un mar adulador que ya le lamía los pies. Mientras consideraba la foto de Haydée Amundsen, iba preguntándose Adán en virtud de qué latrocinio, astucia o donación imprudente aquella imagen había llegado hasta la billetera del filósofo. Y volviéndose por fin a Samuel, lo vio abrazado al tronco de un paraíso, al que besaba con grandes extremos de ternura.

—¿Estás loco? —le preguntó.

—Amo y *soy* amado —explicó Samuel devotamente.

Y viendo la foto que Adán conservaba todavía en su mano, se la quitó violentamente, la oprimió contra una de sus tetillas y la devolvió por fin a los misterios de su billetera.

—¿Le has hablado formalmente? —inquirió Adán en tono grave.

Samuel no le contestó, y se mantuvo en igual silencio mientras uno y otro salvaban el cruce de las dos arterias villacrespenses. Luego tomaron la calle Warnes, rumbo a la de Monte Egmont. Y sólo entonces el filósofo abandonó su mutismo: era evidente que su alma se había nublado.

—Hablarle, sí —refunfuñó—. Pero, ¿qué podría ofrecerle? ¡Ahí está la cosa!

—El amor es desinteresado —sentenció Adán—. O debiera serlo.

—¿Ella? —rió Samuel con amargura.

Tomó a su amigo por el brazo.

—En primer lugar —comenzó a decirle—, reconocerás que, físicamente, no soy un Adonis.

—¡Oh, no! —admitió Adán con entusiasmo.

—¡Tampoco soy un monstruo! —cacareó Samuel, resentido por tan fervorosa negativa.

—¿Y quién te dice lo contrario?

—Bien. Quiero decir que me falta la belleza de cinematógrafo que necesitaría para derrumbar un corazón tan frívolo como el de Haydée Amundsen.

—No es, precisamente, un elogio de la muchacha —le advirtió Adán.

—¡Hum! —dijo Samuel con acritud—. Yo no soy un ingenuo, y sé con qué bueyes aro.

—Por otra parte —insinuó Adán—, la belleza física no lo es todo.

—A eso iba —dijo Samuel—. Reconozcamos que tengo alguna inteligencia.

—Eso sí.

—¡Mucha inteligencia!

—¡Bárbara!

—¡Qué miércoles! —gritó el filósofo—. En este país de mulatos ¡uno es un genio!

Lejos de contradecirlo, Adán Buenosayres le advirtió que no hacía falta gritar en la calle una verdad tan evidente. Y el filósofo bajó entonces la voz.

—Sí, sí —dijo—. ¿Dónde había quedado?

—Hablabas de tu enorme inteligencia.

—Eso es. Pero, ¿de qué me sirve? Haydée Amundsen es impermeable a las cosas del intelecto: lo he comprobado con delicia.

—¿Qué?—rió Adán.

—¡Un espléndido animal de lujo! —exclamó Samuel, apretando los dientes.

Y añadió, con venenoso regocijo:

—Las mujeres intelectuales, como esa loca de Ethel, me hacen reír a carcajadas. Una mujer intelectual es algo contranatura: es como una foca en bicicleta o un gorila demostrando la cuadratura del círculo.

Adán volvió a reír, y el filósofo lo acompañó sonoramente.

—¿Razono bien? —gritó—. ¿Razono bien?

—Como un perfecto mamado —le contestó Adán.

—¡Yo no estoy mamado! —protestó Samuel—. Y aquí mismo te haré «el cuatro», para que veas.

Se plantó allí mismo, y cruzando una pantorrilla sobre la otra se dispuso a formar «el cuatro» revelador. Pero Adán Buenosayres no le dio ni lugar ni tiempo de que lo hiciera, y lo arrastró consigo:

—Te creo —le aseguró—. Volvamos al asunto.

—¿A qué conclusiones habíamos llegado? —le preguntó Samuel.

—Yo veo una sola conclusión. Haydée Amundsen es invulnerable a tus encantos físicos y a tu asombrosa inteligencia. *Dunque,* sólo te queda el consuelo de la filosofía, como a tu compinche Boecio.

El filósofo emitió una risita siniestra:

—Hay otro recurso —dijo.

—¿Cuál?

—¡Ésa es la gran tentación!

Su voz adquiría ya un tono duro, como si hablase con las mandíbulas apretadas:

—Hay otro deslumbramiento —dijo—: el de la riqueza. Supongamos que abrocho un collar de perlas finísimas en la garganta de la diosa, y que hago chispear delante de sus ojos fascinados los diamantes, las esmeraldas, los rubíes.

—Fausto —musitó Adán Buenosayres.

—Sí —admitió Samuel—. Pero el gran idiota se olvidó de las pieles. ¿No has visto el aire de rendición incondicional que asume la mujer en una peletería, frente a los armiños, las martas, los zorros y los astracanes? Joyas y pieles: dos instrumentos de dominación. No sé si habrás observado que la mayoría de los grandes joyeros y peleteros del mundo son hombres de mi raza. ¡Y todavía queda el automóvil! Es increíble la fascinación del automóvil sobre las hembras: un gorila en el volante de un Rolls Royce les parecerá el mismo Apolo de Belvedere.

El acento duro con que Samuel había iniciado esta suerte de monólogo acabó por hacerse brutal, como si tradujera en él sus turbias imaginaciones, sus resentimientos antiguos y sus flamantes desesperanzas. Adán no le veía el rostro, pero lo adivinaba elocuente de gesticulaciones diabólicas y adaptándose a la infamia de cada uno de los vocablos que profería. Y al pronunciar el último, Samuel apretó el brazo de su amigo hasta causarle dolor:

—Todo eso es verdad —anunció con furia—. Pero hace falta el oro. ¡El oro!

—¡Soltame el brazo! —lo conminó Adán.

—¡El oro! ¡El oro! —vociferaba Tesler—. ¡La ganzúa del mundo!

Soltó una risotada perversa.

—¿Y por qué no? —dijo—. Mi raza conoce bien el secreto del oro: lo fabrica y lo adora. ¿Y por qué no?

Las cicatrices de la fusta sangraban todavía en tu piel, y el barro del Nilo estaba fresco aún en tus talones; y el maná del cielo se derretía en tu boca, y en tu garganta la frescura del prodigioso manantial. ¡Y ya olvidabas, hombre duro! ¡Ya rendías tu incienso al animal de oro y le besabas las pezuñas fundidas con el metal de tus aros y las ajorcas de tus hembras! (Pero el Varón justo forcejeaba en el monte: sostenía el enarbolado brazo de su Señor, ya pronto a caer sobre tu rapada cabeza.) Y estabas luego entre tus hermanos de la casa de Nephtalí, y tejías tu baile obsceno alrededor de los novillos de oro que había fabricado Jeroboam. (Pero Justo miraba el cielo nunca cerrado, y descendía con el alba, rumbo a Jerusalén.) Y te vieron después en el campo de Dura, provincia de Babilonia, con tu nariz de pajarraco en el aire y tu oído atento a la señal de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampona, del salterio y de la sinfonía. Y dada la señal, caíste sobre tu rostro, adorando la estatua de oro que había hecho fundir el rey Nabucodonosor. (Pero los tres varones cantaban en el horno encendido: *¡Fuegos del Señor, alabad al Señor!)* Y se te vio más tarde, alquimista sórdido, trabajar en vano con el mercurio, el azufre y la sal. (Pero Abraham el Judío fa-

bricó un oro auténtico, y vio en su athanor la gran obra cumplida: el León Verde y la Sangre del León.) Y se te ve ahora transmutar en oro la sangre y el sudor; y cumplir la liturgia del oro, y gozar las beatitudes del oro, y padecer los martirios del oro. (Pero anunciada está Philadelphia, la ciudad de los hermanos.)

—Ésa es la gran tentación —concluía Tesler—. ¡Amontonar ese barro amarillo!

—No sé cómo —repuso Adán Buenosayres—. A menos que vendieras al diablo tu alma. ¿Y qué diablo te la compraría?

El filósofo rió con desdén.

—Magia negra —dijo—. ¡Bah! Era útil cuando el hombre se reconocía propietario de un alma. Pero ahora estamos en el siglo de los cuerpos.

—¿Y cuál sería tu recurso? —le preguntó Adán.

—El que domine los cuerpos dominará el oro —respondió Tesler en son de profecía.

—Estás divagando.

—No. Yo debo tres materias en Medicina. ¡Sólo tres! Doy las tres materias, y me convierto en el Doctor Samuel Tesler, clínico y cirujano.

—¿Y qué tiene que ver?

—Es otra llave del oro.

Aquí Samuel adoptó un aire de frío cálculo:

—Ser médico ahora —dijo— significa dominar los cuerpos en la edad de los cuerpos.

Y añadió, con helada brutalidad:

—Los grasientos burgueses que amasan el oro no lo aflojan sino a dos potencias: a los que les defienden el oro y a los que conservan o restauran el buen funcionamiento de sus vísceras. Por eso estamos en la era de los abogados y los médicos.

Lanzó aquí una risotada cruel:

—Imaginemos a un ídolo de las finanzas, inaccesible, todopoderoso, reverenciado, temido. Llega el Doctor Samuel Tesler, y el ídolo se derrumba: el Doctor Tesler hace desnudar al ídolo, lo manosea y lo pincha, le introduce una cánula en el orificio anal o una sonda en la uretra, lo tiene inquieto acerca de la mayor o menor putrefacción de sus órganos vitales, juega con sus temores y esperanzas, le gradúa la comida, el sueño y la fornicación. Y así el doctor Tesler se adueña elegantemente del ídolo roto. ¿Vale la pena rendir tres exámenes?

—¡Hum! —gruñó Adán Buenosayres, a quien no convencía mucho la facilidad con que Samuel acababa de hundir a su ídolo.

—Es que la medicina —insistió el filósofo —también es un instrumentó de dominación.

Y añadió con desmedida soberbia:

—No sin razón los grandes médicos abundan en mi raza.

—Una raza imperialista —insinuó Adán en tono sarcástico.

—Y que vence al enemigo atacándolo en su debilidad. —¿Qué debilidad? —El sensualismo de sus opresores. Adán Buenosayres rió aquí de buena gana: —Desde hace media hora —le dijo— estás inventando sueños de oro y de lujo. ¡Y todo por las carnes duras o tiernas de Haydée Amundsen! —¡Tiernas! —protestó Samuel extasiado.

Y añadió en seguida, con acento penitencial:

—Yo soy la oveja descarriada. Samuel ha desertado su tribu.

—No anda mejor la tribu —repuso Adán—. Tu raza es de una sensualidad que voltea. No lo niegues.

Se oyó en la sombra un largo suspiro del filósofo.

—Sí —admitió—, es una raza oriental: conserva todavía la inclinación y el hábito del lujo. No te olvides que ha comprado y vendido toda la fastuosidad de la tierra: los metales, las pedrerías, los tejidos, los perfumes, los esclavos, las mujeres.

Aquí se interrumpió, como vacilando en los umbrales de la confidencia.

—Yo mismo —aventuró al fin—, pese a mi vida franciscana y a mis iniciaciones filosóficas, no puedo librarme de la gran sugestión. ¡Claro, un influjo ancestral! A veces me sorprendo a mí mismo delante de una vidriera, embobado en la contemplación de cualquier chuchería lujosa.

Volvió a interrumpirse. Y resolvió por último confesarlo todo:

—Cuando el chino de la tintorería me regaló ese quimono fantástico, ¡bueno!, aquella noche, al ponérmelo, sentí que mi epidermis no toleraría en adelante otro tejido que no fuese la seda. Más aún: en el casamiento de Levy, el fabricante de gorras, hubo champagne francés. Yo nunca lo había probado, ¿y me creerás ahora si te lo digo? Al beberlo entendí claramente que la existencia, en lo futuro, me sería inaguantable sin aquel vino maravilloso. ¡Y las mujeres! No sé qué hay en mí, ¡pero las estudio, las mido, las toco mentalmente, como si tuviera que comprarlas o venderlas a tanto el quilo!

Guardó un silencio atribulado, y Adán Buenosayres le palmeó el hombro a manera de consuelo, bien que dudando aún sobre si aquella confesión era obra de la sinceridad, de la borrachera o de la farsa en cuyo plano el filósofo se movía tan a menudo.

—Te creo —le dijo—. Por eso me reía cuando barajabas la sensualidad ajena.

—¿Y no existe, acaso? —protestó Samuel, que no admitía nunca una derrota y que resucitaba ya de entre sus cenizas.

—Existe —admitió Adán—. Estamos en el siglo de los cuerpos, como decías recién. Una expresión afortunada.

—¡Bah! —dijo Samuel con modestia—. Esas cosas geniales se me ocurren a cada minuto.

—Existe. Y los hombres de tu raza la vienen cultivando muy hábilmente. ¡Que lo digan los Sabios de Sión!

El filósofo rió en la oscuridad:

—¿No te lo venía diciendo?

—Sí, sí —le contestó Adán—. Pero su propio sensualismo los hace caer en las redes que tendieron al sensualismo de los demás. Inventan ídolos para los otros, y acaban por adorarlos. El oro, por ejemplo, debería ser en sus manos un simple recurso de dominación. ¡Y lo toman como fin!

—¡Quién sabe! —objetó el filósofo, tocado en lo vivo.

—Por eso —concluyó Adán—, si bien alcanzan algunas posiciones, lea llegarán a la dominación que sueñan.

—¡Quién sabe! —repetía Samuel entre dientes—, ¡Quién sabe!

El uno a la vera del otro iniciaban ahora el tramo de la calle Warnes comprendido entre las de Vírgenes y Monte Egmont; y desde aquel punto Adán veía ya claramente la torre de San Bernardo y su reloj ardiendo en la noche como el ojo de un cíclope. Detrás de aquella torre adivinaba una figura de piedra cuya mano rota se tendía en el gesto de la bendición; y, como tantas *veces,* a la sola evocación de aquella imagen, experimentaba él un extraño desasosiego, como si desde aquellas alturas alguien lo estuviese llamando, y como si densas cortinas de sombra se interpusieran entre Adán y la voz que lo llamaba.

—Por otra parte —dijo al fin—, está la razón teológica.

—¿Cuál? —preguntó Samuel en tono acre.

—La maldición del Crucificado.

Samuel Tesler se detuvo en seco, tal como si de pronto hubiera visto a sus pies la masa viscosa de un reptil. Ocultó, sin embargo, aquella sensación de asombro, de asco y de miedo a la vez, y reanudando la marcha soltó una risa poco segura.

—Supongo que no hablarás en serio —dijo, como si la razón teológica le hiciese mucha gracia.

—El que hablaba en serio era el Otro —le contestó Adán—. Predijo la ruina de jerusalén y la dispersión de tu raza. ¿No se ha cumplido?

—¡Fue una maniobra del Imperio Romano! —tronó Samuel—. Una maniobra política.

—El Imperio cayó hace veinte siglos, y la maldición continúa.

Samuel Tesler dejó escapar un rezongo ininteligible.

—¿Y hasta cuándo seguirá tu maldición famosa? —preguntó luego, entre irónico, resentido y conciliador.

—Hasta que los judíos reconozcan en masa que crucificaron a su Mesías —le contestó Adán—. Entonces...

Pero Samuel no lo dejó concluir, y esgrimiendo en la aniebla un puño cerrado:

—¡No era el Mesías! —gritó—. ¡Era un pobre loco sentimental!

—Según parece —insistió Adán—, tuvieron al Mesías delante de las narices y no se dieron cuenta.

Era inútil: el filósofo no lo escuchaba ya. Revolviendo a un lado y otro su cabezota, escapándose del hombre amigo y de la voz enemiga, sordo y ciego Samuel Tesler vociferaba:

—¡No es el Mesías! ¡Nunca!

Y el Hijo de Perdición colgaba ya en un brazo de la higuera. Sentado en su tribunal, el hombre de la toga señaló con su dedo al hombre de la púrpura: *Yo no hallo en él ninguna causa,* dijo volviéndose a la multitud. Y la multitud se agitó como un árbol al viento: perfiles cortantes, narices ganchudas, ojitos crueles, barbas negras o rojas o blancas, voces de flautín o de cuerno, todo se agitaba y se confundía en medio de un fuerte olor de guiso de pescado. *¡No te lo hubiésemos traído si no juese culpable!,* gritó la multitud. Y el Hombre de la púrpura callaba: tenía en la frente un cerco de ahincadas espinas, y goterones de sangre le resbalaban por el rostro, desde la frente a la barba de color de miel, o hasta confundirse, púrpura sobre púrpura, con ese manto real que por irrisión habían ceñido a sus costillares. El Hombre miraba el cielo, y el cielo no sabía si cubrirse de nubes o si desplomarse con todas sus estrellas; pues, en aquel Hombre que así lo miraba, reconocía llorando al Señor Altísimo que asentó su bóveda sobre firmes columnas. Y el Hombre volvió sus ojos a la tierra; y la tierra creía morir ahora de angustia bajo la mansedumbre de aquellos ojos pues identificaba en aquel Hombre al Señor Admirable que dijo: *Sea la tierra,* y la tierra fue. Pero la multitud gritaba (gritos de cuerno, gritos de flautín): *¡Crucifícale! Y* el Hijo de Perdición colgaba ya en un brazo de la higuera. Frío y grave, como si estuviese cumpliendo un rito que desde la misma eternidad se le hubiese mandado, el hombre de la toga se dirigió a la multitud: *¿A vuestro Rey he de crucificar?,* le dijo. Y la multitud rió entonces (risas de flautín, risas de cuerno): dientes amarillos, encías devastadas, rostros de pájaro, de chacal o de cerdo se mostraron al sol con una desnudez pavorosa. Y la multitud volvió a gritar: *¿Crucifícale!* Después de lo cual el hombre de la toga ordenó el sacrificio, grave y helado, como si cumpliese una liturgia más antigua que los ángeles. Y el Hijo de Perdición colgaba ya en un brazo de la higuera.

—Entonces —le preguntó Adán—, ¿qué idea tienen de su Mesías?

—La de un rey triunfante —respondió Samuel con orgullo—. ¡Un vencedor, y no un vencido!

—¿Un emperador terrestre, con algo de militar y algo de banquero? —volvió a preguntarle Adán.

—Me contentaría —rezongó el filósofo —con que nos revelase los misterios de la Cábala.

Una mezcla de ira, de soberbia y de cansancio trasudaba de todo su ser:

—A lo mejor —dijo—, yo soy el Mesías.

Y añadió, a la desesperada:

—¡Me importa un pito! ¡Estoy harto! Dio una patada formidable a un recipiente de basuras que le cerraba el paso; y el recipiente rodó con estrépito hasta el cordón de la vereda.

—¡Me importa un corno! —volvió a decir—. Al fin y al cabo, estoy en mi última encarnación.

Se detuvo en seco, mirando atentamente la puerta de una casa.

—¡Hola! —exclamó regocijado—. ¡Hola!

Los dos transeúntes acababan de llegar a lo que fue un día el caserón de Balcarce, dividido ahora y subdividido en los cien alvéolos de un inquilinato gigantesco.

—¿Qué hay? —le preguntó Adán receloso.

—Aquí —exageró Tesler indicando la puerta —viven las Tres Gracias del barrio. ¡Bien metidas en carnes, te lo aseguro!

—¿Y qué?

—Voy a darles una serenata —rió el filósofo dirigiéndose a la puerta.

Adán trató de contenerlo:

—¡No seas bárbaro!

Pero Samuel ya estaba en el umbral, y empuñando el llamador de bronce lo descargó tres veces contra la puerta. En la quietud nocturna los tres aldabonazos tuvieron una resonancia terrible: los cien perros del inquilinato se pusieron a ladrar simultáneamente. Y Adán Buenosayres, lleno de temor y de cólera, emprendió la fuga rumbo a la esquina de Warnes y Monte Egmont. Su carrera fue breve, ya que sólo unos treinta metros lo separaban de la esquina; y una vez allí, esperó al filósofo que lo seguía de cerca, saltando y pedorreando como una muía.

—¡Pedazo de bruto! —lo amonestó—. ¡Estamos en el barrio!

—¡Qué barrio ni qué miércoles! —compadreó Samuel todavía jadeante.

Buscaba con los ojos el llamador de otra puerta, resuelto a insistir en su hazaña de los aldabonazos. Y entendiéndolo así Adán lo tomó de los hombros. Pero Samuel se deshizo violentamente de aquella ligadura:

—Tomaremos una caña en el boliche del gringo —decidió acercándose a la cantina de don Nicola— Tengo una sed bestial.

—Está cerrado —le objetó Adán como sobre ascuas.

—O el gringo nos abre —amenazó Samuel— o le tiro el boliche abajo.

Y sin más ni más descargó un puntapié feroz en la cortina metálica. Entonces Adán, perdiendo los estribos, le tomó una mano y empezó a retorcerle la muñeca.

—¡Soltáme! —le gritó Samuel, debatiéndose como una furia.

Pero Adán seguía retorciéndole la muñeca, y Tesler cedió al fin.

—¡Hermano! —aulló—. ¡Hermano Adán!

—¿Vas a portarte como la gente?

—Sí, pero soltáme la muñeca.

—No me fío —le contestó Adán sin soltarlo.

Aflojó, no obstante, la tenaza con que lo retenía; y ambos, guardián y prisionero, iniciaron así la última etapa de su viaje. Cuarenta pasos más allá Samuel intentó rebelarse aún, bien que ya con extraordinaria dulzura:

—Al fin y al cabo —empezó a decir—, soy una criatura libre.

—Pero momentáneamente sin juicio —concluyó Adán.

—*Superflumina Babylonis* —declamó Tesler suspirando.

Y sin añadir otras razones comenzó a entonar el Aria para la cuerda de sol: tenía una hermosa voz de bajo, y Adán, a pesar suyo, se dejó ganar por la canción de su prisionero, mientras contemplaba el nublado cénit, los paraísos otoñales y los focos eléctricos a cuyo alrededor giraban torbellinos de insectos de tormenta. Llegaron a la casa, y con la llave puesta en el cerrojo Adán se volvió hacia Tesler.

—Hay que subir en silencio —le dijo—. En el mayor silencio.

—Un silencio de tumba —le prometió Samuel con voz grave.

La escalera se hallaba sumida en una oscuridad absoluta, por lo cual debieron subir a tientas, el filósofo delante, Adán a sus espaldas y sosteniéndolo por los riñones. Habían logrado apenas la mitad del ascenso, cuando Samuel, que se juzgaba la misma efigie del sigilo, dejó escapar una risotada satisfecha:

—¿Qué tal? —preguntó con voz de trueno—. ¿Voy bien?

—¡Chist! —lo silenció Adán en la sombra.

El último peldaño los dejó en el vestíbulo, al que daban las habitaciones de uno y otro viajeros. Adán entró en la de Samuel, que lo seguía como un fantasma, y encontrando la llave de la luz encendió una turbia lamparilla. Entonces el filósofo realizó los gestos que siguen: parpadeó un instante bajo la luz, como una lechuza encandilada; luego paseó sus ojos tristes por el cuarto, deteniéndose en los libros, en el pizarrón luctuoso, en la revuelta mesa de sus afanes.

—¡Para qué! —lloriqueó al fin, desbaratando con el pie una columna de grasientos volúmenes.

En seguida, sin prolegómeno alguno, voló a la cama y se hundió en el maremágnum de las cobijas, vestido como estaba, con zapatos y todo. Pero Adán Buenosayres no se lo consintió: arrancándolo de la cama, lo hizo poner de pie y comenzó a descalzarlo y desvestirlo, maniobra difícil a la que Samuel se prestó con mucha dignidad. Lo enfundó por último en el quimono ilustre, y sólo entonces le permitió que se acostara.

—Tengo sed —murmuró el filósofo.

Adán le alcanzó una jarra de agua que Samuel apuró con avidez brutal. Se derrumbó luego sobre los almohadones: y viéndolo ya en actitud de reposo, Adán cerró la ventana, corrió el mugriento cortinado, mató la luz y se dirigió a la salida. Ya en la puerta, y antes de cerrarla tras de sí, Adán escuchó: el filósofo reía blandamente, agitándose al parecer entre sus cobijas. Después lanzó un suspiro inacabable:

—*Noúmenos!*—barbotó, ya entre dos mundos.

Adán cerró la puerta. Philadelphia levantará sus cúpulas y torres bajo un cielo resplandeciente como la cara de un niño. Como la rosa entre las flores, como el jilguero entre las avecillas, como el oro entre los metales, así reinará Philadelphia, la ciudad de los hermanos, entre las urbes de este mundo. Una muchedumbre pacífica y regocijada frecuentará sus calles: el ciego abrirá sus ojos a la luz, el que negó afirmará lo que negaba, el desterrado pisará la tierra de su nacimiento y el maldecido se verá libre al fin. En Philadelphia los guardas de ómnibus tenderán su mano a las mujeres, ayudarán a los viejos y acariciarán las mejillas de los niños. Los hombres no se llevarán por delante, ni dejarán abierta la *grille* de los ascensores, ni se robarán entre sí las botellas de leche, ni pondrán la radio a toda voz. Dirán los agentes policiales: «¡Buen día, señor! ¿Cómo está, señor?» Y no habrá detectives, ni prestamistas, ni rufianes, ni prostitutas, ni banqueros, ni descuartizadores. Porque Philadelphia será la ciudad de los hermanos, y conocerá los caminos

del cielo y de la tierra, como las palomas de buche rosado que anidarán un día en sus torres enarboladas, en sus graciosos minaretes.

LIBRO QUINTO

I

«Que a tan doloroso extremo lo conducía.» «Que solía conducirlo a extremo tan doloroso.» «Que a extremo tan doloroso...»

Adán Buenosayres despierta con aquel jirón de frase que lo ha perseguido, como un tábano imbécil, en toda la extensión de su sueño. Y al abrir los ojos ve a su lado la figura de Irma, cuyas manos industriosas van *y* vienen sobre la bandeja del desayuno.

—¿Qué hora es? —le pregunta con infinito desaliento.

—Las diez y media —responde Irma.

«Que a tan doloroso extremo...»

—¿Llueve?

—Garúa.

«Y le dijo a Irma que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, o quizá...» ¡Basta! Se incorpora violentamente, y sus ojos desorientados recorren la habitación desierta. ¿Irma se ha escurrido ya? Tanto mejor.

La primera noción que se le aclara en el entendimiento le trae un gusto de hiel: recuerda que a cierta hora de aquel nuevo día tendrá que cumplir una serie de gestos ineluctables; que su rostro deberá ocupar un sitio en cierta y determinada constelación de rostros; que su voz pertenece a un coro de *voces* que aguardan la suya para levantarse. Y al reflexionar en ello, tiene conciencia de que no podrá ese día, ya que no halla en su voluntad ni un solo átomo vivo.

Sequedad y amargura en su boca: sí, es claro, la borrachera de ayer. Con la mayor economía de gestos Adán Buenosayres alarga su mano hasta la bandeja, vierte café puro en el tazón cotidiano y lo bebe a grandes sorbos. Delicia. Luego, no sin embutirse antes en su vieja salida de baño, se dirige a la ventana y escudriña el exterior: una luz brumosa, la misma que llena su cuarto, gravita sobre la ciudad, moja los techos, aceita las calles y esfuma los horizontes; diríase que la pulverizada ceniza de un volcán flota en el aire y se asienta blandamente sobre las cosas. Adán estudia las ramas esqueléticas de los paraísos que, faltos ya de sus hojas, aún se aferran con uñas avaras al racimo de oro de las semillas. Imaginación. En la soga de tender, allá enfrente, hay dos sábanas húmedas que chicotean y un calzoncillo gris lleno de viento. Y el viento anda también entre las hojas muertas, llevándose a carradas —oro y bronce— la rica metalurgia del otoño. ¡Sí, otra metáfora! En la calle, hombres y bestias desafían la bruma y son devorados por ella sin rumor alguno; porque adentro y afuera el silencio se ha extendido como una obra de tapicería. ¡Bien!

Sustrayéndose a su contemplación y al desaforado juego de las imágenes, Adán se dirige a su mesa, carga una pipa de horno ancho y la enciende. Un vellón de humo sube al techo: «¡Gloria al Gran Manitú, porque ha dado a los hombres la delicia del *oppavoc*!» Luego vuelve a su cama y recobra la horizontal: «Mejor es estar sentado que de pie, acostado que sentado, muerto que acostado.» ¡Alegre sentencia!

Restituido a su grata inmovilidad (y la inmovilidad es una virtud de Dios, motor inmóvil), Adán Buenosayres recuerda los episodios de la noche anterior y su conducta personal en cada uno. Se asombra entonces al evocarse a sí mismo en tan extraña multiplicidad de gestos: ¡cuántas posiciones ha tomado y cuántas formas asumido el alma bruja en el espacio de una noche! Y entre tantos disfraces, la cara verdadera de su alma... ¡No! Adán se resiste a entregarse tan pronto al dolor de las ideas: es demasiado acogedora la luz que llena su habitación, y demasiado hermoso el silencio que ha traído la lluvia: el silencio y la luz parecen hermanos en aquella hora de ceniza; y luz y silencio, con su grata hermandad, le hacen posible ahora un comienzo de beatitud. Habiéndose negado él al entendimiento y a la voluntad, le queda sólo el juego de la memoria: cuando lo presente ya nada nos insinúa y lo futuro no tiene color delante de nuestros ojos, ¡bue-

no es dirigirlos a lo pasado, sí, allá, donde tan fácil es reconstruir las bellas y sepultadas islas del júbilo! Es una serie de Adanes muertos que se levantan de sus tumbas y le dicen ahora: ¿Te acuerdas? La pipa, turnada casi en ayunas, le produce una embriaguez gemela del silencio y la luz («por eso la hoja seca es sagrada»). Y los Adanes gesticulan, allá en el tondo, y le dicen: ¿Té acuerdas?

...Y hubo cierta edad en que los días empezaban en una canción de tu madre:

Cuatro palomas blancas,
cuatro celestes:
Cuatro coloraditos
me dan la muerte.

Cruzabas por tus días y tus noches como por una serie de habitaciones blancas y negras. El petizo lobuno era un mañero del diablo: se *atrancaba,* freno y bozal en un mojón del palenque, y abría las tranqueras con el hocico. ¡Y el pampa Casiano, que con tanto arte mataba perdices a tiro de rebenque! O un revuelo de campanas locas te despertó al amanecer: ¡las romerías de Maipú! Era muy temprano aún, pero latía ya en la casa un acelerado pulso de fiesta: los hombres estaban algo duros en sus ropas de domingo; muy excitadas, las tías jóvenes desplegaban telas brillantes, removían frascos de olor, cuchicheaban entre sí o reían de pronto llenas de fuego; renegando en sonoras frases vascuences, tío Francisco luchaba con una bota que se le resistía. Más tarde, al entrar en la iglesia, el abuelo Sebastián hundió en la pila toda su mano de cíclope; la sacó chorreando, tocaste aquellos dedos nudosos y te persignaste de rodillas. Después los hombres te llevaron al almacén de Olariaga, en cuyo palenque inmenso lucía ya una hilera de vistosos caballos: adentro, junto al mostrador, se cambiaban saludos fuertes y risas como detonaciones, entre un olor de vino priorato, de talabartería y de farmacia. Y la estudiantina española entró de súbito, rascando guitarras y violines: vestían trajes llenos de luces, calzón corto, medias blancas y sombreros con plumas, y los escoltaba un cardumen de chicos alborozados. Pero tus ojos no se demoraban en ello, sino en las tres o cuatro figuras inmóviles que sonreían, vaso en mano, detrás del grupo y al margen de la batahola: como el abuelo Sebastián, aquellos paisanos eran, tal vez, del tiempo de Rosas, a juzgar por sus barbas de una blancura de vellón o sus rostros atezados y con más arrugas que un papel antiguo: llevaban todavía chiripá negro, botas de potro y desusadas nazarenas en los talones; y en tu asombro de niño los mirabas como si contemplases el mismo rostro de la aventura, pues no dejabas de vincularlos a los famosos arreos de hacienda rumbo al Chubut, a las travesías legendarias por entre médanos y tempestades, a toda la gesta del resero antiguo, cuyo elogio habías escuchado tantas veces en cocinas llenas de humo y en boca de forasteros que llegaban y se iban inexplicablemente, como el viento. Más tarde, a mediodía, los asados llameaban, tendidos ya sobre tizones, bajo una lluvia de salmuera. Y luego se armó el bailongo a cielo abierto, hasta que la noche austral cayó sobre músicos y bailarines.

Ahora te ves en el camino de Maipú a Las Armas, trazado en la llanura de horizonte a horizonte. Son los últimos días del verano y los primeros de tu adolescencia; y estás a caballo, detrás de cien novillos rojos, envuelto en la polvareda que levantan cuatrocientas pezuñas. Te han dejado calzar las botas negras que, con el poncho de vicuña y el tacón de cabo de plata, constituyen la sola herencia que recibiste del abuelo Sebastián; y el uso de aquellas botas es, a tus ojos, un comienzo de la hombría.

Montado en su pangaré memorable, tío Francisco, a tu derecha, mastica el tabaco negro «La Hija del Toro» que nunca faltó en su tabaquera de buche de avestruz; y al mirarlo ahora en calma, vuelve a tu imaginación aquella noche de tempestad en que tío Francisco, ante la tropilla de redomones que se le desbandada por vez tercera, se tiró de su caballo al suelo, desenvainó su cuchillo, y levantando sus ojos a las alturas desafió al propio Dios, gritándole: «¡Bajá si sos hombre!» Al frente de la tropa van Justino y el pampa

Casiano, uno a la derecha y el otro a la izquierda; todos llevan en el interior del chambergo una fresca rama de duraznillo blanco, porque ya es casi mediodía y el sol dispara sus rayos verticales, como un arquero enfurecido. Y es verdad que el sudor cae de tu frente y deja en tus labios un gusto salobre, y que la polvareda enceguece tus ojos y reseca tus narices, y que se aturden tus oídos con el mugir de las bestias y el alalá de los arreadores. Pero tu corazón está repicando como una campanita de fiesta, y no ambicionas otra suerte que la de avanzar por un camino trazado en la llanura de horizonte a horizonte, detrás de cien novillos rojos que arden como brasas a mediodía.

¿Desde cuándo te hablaban así las formas resplandecientes de las criaturas? ¿Desde cuándo te hablaban ellas en aquel idioma que no entendías aún claramente, pero que te adelantaba la certidumbre de lo bello, lo verdadero y lo bueno, y hacía lagrimear tus ojos, y despertaba en tu lengua la dolorosa comezón de responder con el mismo lenguaje? Ciertamente, una mañana, leyendo tu trabajo de colegial, don Bruno había dicho en clase: «Adán Buenosayres es un poeta»; y los chicos te observaron a fondo, como si te desconocieran. Pero, ¿desde cuándo? Señor, un niño que se aparta de los juegos, furtivamente, para tejer en los rincones una urdimbre de palabras musicales: «¡Oh, la rosa, la triste rosa, la descarnada rosa!»

Tienes ahora dieciocho años, allá, en los campos de Santa Marta, y estás junto a Liberato Farías el domador: abajo la tierra es un gran círculo de color de espiga, trazado en torno de tus pies; arriba él cielo muestra su tez de jacinto, cúpula o flor, ¿quién sabe? Liberato ha ceñido ya sus crenchas lacias con un pañuelo de colores, y ahora se ajusta las espuelas, alegre y juicioso como un luchador que se dispone a otro combate. Veinte pasos al frente; mordiendo el freno por vez primera, con el lazo todavía en el cogote y sujetas ya las patas nerviosas con el maneador, el potro negro se revuelve, inquieto y relampagueante como una gota de mercurio: Almirón, el capataz, le agarrota el belfo con la manija de su rebenque; tío Francisco, sin soltar el lazo, estudia con ojo atento las ondulaciones del animal. Y tus miradas elogiosas discurren entre aquellas imágenes, deteniéndose, ya en el domador que a tu lado se calza, rodilla en tierra, ya en el bruto ajustado y tenso como una máquina de furor, ya en el cielo de tez de jacinto, ya en la tierra de color de espiga. Liberato está de pie; y ahora, llevándose a cuestas el envoltorio de su apero, se dirige cachazudamente hacia el grupo que ya le aguarda: no bien llega, clasifica en orden las piezas de su recado; y luego, acercándose al potro, lo recorre con ancha mano desde el pescuezo hasta la cola, semejante al músico que, antes de tocar, acaricia y tantea el cordaje de su guitarra. Las prendas del recado se deslizan ahora sobre el animal: sudaderas, mandil, caronas, bastos, la cincha que se aprieta con uñas y dientes, el cojinillo y el cinchón; mientras el potro, que ha vacilado entre el estupor y la ira, se decide al fin y trata de romper sus ataduras. Concluida la operación, Liberato monta juiciosamente y afirmándose apenas en el estribo se acomoda sobre los cueros; y sólo entonces, con amistoso ademán, ha solicitado a sus padrinos que se retiren y lo dejen a solas con su batalla. Tío Francisco deshace la manea y el lazo; Almirón suelta el belfo del animal; y uno y otro requieren sus caballos, a fin de acompañar al domador según las leyes del apadrinamiento. Sin embargo, el potro no se mueve aún, como si tuviese los remos clavados en la tierra: entonces Liberato le pone su rebenque delante de los ojos, y el animal, encabritándose, mantiene un instante la posición vertical, se sienta de pronto sobre sus cuartos, recobra el equilibrio, gira violentamente hacia la izquierda y luego hacia la derecha, no sabe si huir o revolcarse en el suelo con su jinete y todo, mientras el domador, a bárbaros tirones de rienda, le hace doblar el pescuezo en uno y otro sentido. Al fin, amontañándose todo y puesto el hocico entre las patas delanteras, el animal inicia su corcoveo, luchando por librarse del jinete que se le ciñe con el doble arco de sus piernas. Y fracasado ya todo su juego de violencias y astucias, el potro inicia una carrera loca rumbo al horizonte, asistido por su jinete que le da o le quita rienda. Tus ojos lo acompañaron en aquella fuga, y tus oídos oyeron el redoblar de los cascos en la tierra sonora como un tambor. Y viste luego cómo jinete y caballo «egresaban del horizonte, puestos ya en armonía; y cómo el domador, tras apearse y echar abajo los cueros, palmeaba la cabeza del animal, como sellando con él un pacto inquebrantable. Te habías acercado al potro vestido de sudor, y le mirabas los ollares dilatados en ruidoso jadeo, la boca llena de sangre y espuma, los ojos húmedos de gotas calientes

que al resbalar fingían el curso humano de las lágrimas. Y cuando acariciaste su belfo dolorido, llegó a tus narices el aliento vegetal del potro: un dulce y puro aliento de inocencia. Después acompañabas a Liberato hasta el aljibe fresco de aguas y musgos: apoyado en el brocal, el domador tenía la placidez juiciosa del combatiente que se ha purificado en otra batalla. Y mientras apuraba él su jarro chorreante, advertiste cómo sus ojos azules, puestos en el cénit, se humedecían de delicia. Entonces te alejaste por una tierra de color de espiga y bajo un cielo de jacinto, rumiando en tu corazón lleno de alabanzas la promesa de un canto que todavía no escribiste. Y ahora te hallas en Buenos Aires, forastero y estudioso de la gran ciudad, a la que acabas de llegar, portador de un mensaje de frescura que no sabes manifestar aún, como no sea en exclamación o balbuceo:

En el corimbo rojo de la mañana zumban
tus abejorros, Maravilla.

¿Qué viento extraño (providencia o azar) ha reunido esa falange de hombres a la que ahora perteneces, esa mazorca de hombres musicales que han llegado, como tú, de climas distintos y sangres diferentes? Éstos regresan del mar, y traen entusiastas misivas de otro mundo; aquellos han dejado sus provincias, embajadores de una tierra y de una luz; otros llegan de la misma ciudad, nerviosos como ella y ágiles y nocturnos. Y no bien se han reunido todas aquellas voces, empiezan a combatir y a combatirse, hermanas en el fervor, pero enemigas ya en el rumbo y en el idioma. El mismo nombre de la falange: «Santos Vega», tiene un valor simbólico que no se define todavía. ¿Trátase de rescatar una música robada, un noble canto prisionero? Sí. Pero este cántico y aquella música deben salir enriquecidos de su cautiverio, si es verdad que Juan sin Ropa, el vencedor, ha triunfado con el número de lo universal. ¿Recuerdas las noches del «Royal Keller», las polémicas junto al río, y aquellos retornos, al amanecer, con el espíritu en ascuas y los ojos desvelados? Escuchas todas las voces amigas que se combaten; pero callas aún, porque el silencio y la reserva son estigmas que se adquieren en la llanura, donde la voz humana parece intimidarse ante la vastedad de la tierra y la gravitación del cielo. Y cuando logras hablar por fin, lo haces en un idioma que se cree bárbaro y en un tropel de imágenes que se cree desordenadas. Tus partidarios elogian: «Una poética virgen, sin número ni medida, como los grandes ríos de la patria, como sus llanos y sus montes.» Y ya, desde el comienzo, entre tus partidarios y tu alma se abre una firme disidencia: ellos no saben que, al edificar tu poema con imágenes que no guardan entre sí ninguna ilación, lo haces para vencer al Tiempo, manifestado en la triste sucesión de las cosas, y a fin de que las cosas vivan en tu canto un gozoso presente; ignoran ellos que, al reunir en una imagen dos formas demasiado lejanas entre sí, lo haces para derrotar al Espacio y la lejanía, de modo tal que lo distante se reúna en la unidad gozosa de tu poema. No lo saben ellos, y no te atreves a decírselo, porque el silencio y la reserva son estigmas que se adquieren en la llanura. No te atreves a decírselo, porque tal vez no han escuchado ellos en su niñez la admonición del Tiempo que roe la casa y marchita los dulces rostros familiares, ni por las noches han llorado de angustia, con los ojos perdidos en la tremenda lejanía de las constelaciones pampeanas.

¡Al fin adviertes la locura de tu ambición! Enajenada ya de su metafísico anhelo, tu poética no es, en el fondo, sino un caos musical: y ese caos te duele. Sí, un llamado al orden, que sin duda viene de tu sangre. Te será preciso buscar la cifra que sabe construir el orden: contra lo que afirman tus partidarios, no es la tierra innúmera quien te dará ese guarismo creador: bien sabes que la tierra, lejos de darlo, recibe su número del hombre, porque el hombre es la verdadera forma de la tierra. Y es en tu sangre donde buscarás aquella medida, la que trajeron los tuyos del otro lado del mar: necesitas readquirir ese número; y para ello es menester que lo veas encarnado en la obra de tu estirpe, allende las grandes aguas. Es así como la exaltación del viaje se adueña de tu ser.

Habías cruzado el mar, y tus ojos, frescos de aguas amargas y de vientos navales, habían presenciado aquella mutación del cielo: una entrañable ausencia de constelaciones que no saltaban ya la línea del horizonte austral, y un advenimiento de nuevas formas celestes, allá, en el norte Congelado, a la hora del anochecer. Estabas en un puerto de Galicia, y tu soledad ya tendía sus brazos a las formas y colores de otro mundo: el día invernal apenas alboreaba en un horizonte de hierro; al frente, las tres islas también eran de hierro, y de hierro fundido eran las olas que azotaban la escollera y hacían bailar a los navíos en torno de sus anclas; girando sobre las embarcaciones, rozando el agua o picoteando la espuma, chillaban las gaviotas, como una sola hambre partida en mil pedazos. La ciudad, a tus espaldas, no había salido aún de su modorra: pero junto al malecón aguardaban ya figuras inmóviles y sin otra vida que la de sus ojos adentrados en el mar todavía nocturno. Entonces, yendo a lo largo del malecón, te llegaste a la caleta de los pescadores: grandes hembras taciturnas remendaban allí las redes extendidas en un suelo pringoso y brillante de escamas; junto a las mujeres, niños adormilados todavía cebaban los anzuelos con hígado de atún. El mar y el viento sostenían allá un diálogo que se inspiraba en la violencia, y que al interrumpirse de súbito permitió escachar el clarín terrestre de un gallo madrugador. Y de pronto figuras rígidas, cuerpos entumecidos y caras de piedra se animaron y se pusieron a gritar en la dirección del agua; y voces rudas que venían del agua respondieron en la sombra. Eran los cosechadores del mar, que regresaban al muelle: recortándose ya en el fondo vago del amanecer, distinguías las proas afiladas, los mástiles escuetos y los hombres que, aferrándose a las cuerdas, gritaban algo, salutación o lamento. Y como si aquellos hombres hubieran pescado el día y lo trajesen a remolque, la luz creció en torno y se encendió la tierra como una lámpara. Después aquellas manos rústicas expusieron delante de tus ojos la riqueza del mar, los frutos resplandecientes del agua: un universo de tentáculos que se retorcían aún, de conchas multicolores, de nácares y escamas, de pulpas tintóreas que aún sangraban y latían como si hubieran sido las recién arrancadas vísceras del mar. Y como antaño en la llanura, tu alma no tenía en aquel instante otra voz que la del elogio: elogio de tantas formas puras, encarecimiento de la vida heroica, alabanza del Hacedor que da los frutos y que, si los ubica en la rama difícil, es para que, al cosecharlos, el hombre coseche al mismo tiempo la hermosa y dolorida flor de la penitencia.

Estás ahora en el solar cantábrico, tierra de tus mayores: es la montaña en la que recuerda el Globo su envergadura de animal celeste; la montaña que yergue su cabeza desnuda, ciñe a sus flancos un vestido de tierra, saca todavía en el valle un recio codo de granito y santifica luego su piedra en una catedral; y es el terruño labrado como una joya, y el asombro del agua que aventura un salto en la luz y cae al pie de los robles dorados en invierno. Aquel paisaje, cuya nostálgica descripción habías oído tantas veces en la llanura de Maipú y en boca de tus abuelos, esboza delante de tus ojos un gesto familiar como de reconocimiento y bienvenida: son familiares los rostros que forman círculo alrededor de la mesa, las grandes manos que te cortan el pan y vierten en tu jarro una sidra nueva, el idioma sonoro y las canciones que, también desterradas, acunaron tu niñez en otro mundo. Y es, justamente, un sabor de infancia lo que aquellas voces y aquellos rostros devuelven a tu ser: un sabor perdido que regresa con toda su delicia, semejante al que suele sugerirte aún el olor entrañable de una planta, de un viejo mueble o de una tela descolorida.

Pero el fervor de tu sangre no admite demoras, y atraviesas ya los campos de Castilla, sus rojos labrantíos y verdores amenos. Es la misma tierra que vio un doble prodigio en la marcha de sus héroes y la levitación de sus santos: a la sombra de aquel pastor que se apoya en su cayado, Salicio y Nemoroso bien pueden entrelazar aún las mojadas voces de su égloga; entre aquellas verduras, no extrañaría que Don Quijote repitiese su alabanza de los tiempos dorados. En dondequiera que se abren tus ojos, hallas la verdad, el número eterno y la medida justa escritos en piedra fiel, metales duros o exaltadas maderas. Y, ciertamente, al aprender la ciencia de los muertos, no desmaya tu ánimo en elegías finales: ¡ah, cómo te acicatea ya el anhelo de continuar aquellas voces, de recoger aquellos números y darles otra primavera, lejos de allí, en tus campos alborozados, junto al río natal!

Árboles recelosos aventuraban apenas sus primeras yemas, y una luz verde se presentía ya en los sauces deshilachados junto al río, cuando tus ojos y los de Camille vieron el agua de color de llanto. Era el primer día de mayo, y estabas en París, entre aquellos hombres sutiles en cuyas venas corría una sangre familiar a la tuya y en los cuales una región de tu espíritu se miraba como en un espejo. El baile de «La Horde» celebraría esa Boche los maitines de la primavera, y no es extraño que te hallaras en aquel tenducho de disfraces, con el griego Atanasio, Larbaud, Van Schilt y Arredondo el jujeño. En los trajes de alquiler perduraba un olor de rancios y festivos sudores, y un silencio amasado con todas las risas muertas parecía Henar el hueco de las máscaras prostituidas muchas veces. Con todo, había demasiado ruido en las almas (en la tuya, en las de tus amigos); y como Van Schilt ensayó una barba roja en su mentón de filibustero, la de Camille tintineó largamente junto a las telas rugosas y los cascabeles enmohecidos. ¡Noche, paréntesis de locura! ¿Qué nudo se había soltado en tu corazón? El recinto inmenso resplandecía bajo la luz de cien mafias, y músicos inspirados en antiguas barbaries hacían gritar los cobres las maderas: una tribu de monos pintarrajeados hasta el delirio te arrancaban en aquel instante hacia el centro del salón; te debatías, riendo, entre brazos y abdómenes lustrosos de aceite; dabas y recibías golpes en pleno rostro; un labio te sangraba ya, y entre tus dedos pendían arrancados jirones de barbas y pelambreras artificiales. Luego, acabada la ceremonia con que se había celebrado tu bautismo de locura, te uniste a los monos iniciáticos, y la noción del tiempo se desvaneció en la sala de baile. ¡Hurra! Frentes pesadas como frutos, entendimientos alertas, voluntades insomnes y doloridas memorias rompieron sus cárceles en desalada evasión. ¡Hurra! Tu ser había saltado sus fronteras y zozobraba, navío ebrio, en un maremágnum de formas absurdas, brutales desnudeces, gestos indecibles, colores que rayaban los ojos y vocablos que hacían estallar los tímpanos. Te preguntas ahora: ¿qué nudo se había soltado en mi corazón? Y te respondes: había demasiado ruido en las almas. El sortilegio estaba roto al amanecer, cuando llegaste con los tuyos al café *Du Dome:* así como el océano, al retirarse, abandona sobre la playa restos monstruosos arrancados a su profundidad, así el reflujo de aquella noche había dejado en la terraza fríos despojos de borrachera y aquelarre. En el umbral del café un organillero sonreía, vaso en mano, antiguo *y* bondadoso habitante del alba; un castaño del bulevar exhibía frente a la terraza el exaltado gesto de sus primeras hojas. Y sucedió entonces que Larbaud, apoderándose del organillo, comenzó a darle vueltas al manubrio, bajo la mirada benévola del organillero, mientras los fantasmas del *Dome,* redimidos en aquella música, iniciaban una ronda en torno del castaño primaveral. Volvías más tarde a tu habitación, con tu ramito de «muguets» en la solapa. De rodillas en el suelo, la vieja Melanie fregaba como de costumbre, reptante y mínima entre sus escribas. La hiciste poner de pie, y arrancándolo de tu solapa le diste aquel ramito de flores augúrales. Y cuando Melanie, deshecha en lágrimas, lo apretó contra sus labios resecos, entendiste cómo podía regalarse toda la primavera en un manojo de florecitas blancas.

¡Mañanas fragantes de Sanary, junto al mar latino! *Momieur* Duparc, tu maestro de amias, desciende ya el áspero sendero de las higueras: acabas de recibir tu lección manual en aquella plataforma de verdura, bajo los pinos que crujen en la mano del viento cual otros tantos mástiles de bergantín, y, sin abandonar aún el florete y la máscara, contemplas desde tu altura un pequeño universo de formas que cantan al sol. A tu izquierda está el edificio de la quinta, en cuya terraza Badi, Morera y Raquel están pintando con los ojos vueltos hacia el mar; detrás del edificio, y emboscado en la maraña, Butler acomoda su caballete, absorto ya en el color verdenigma que le proponen los olivares; la era redonda se dibuja más lejos, y sentada en su borde *madame* Fine, la propietaria, cuenta, elige y adora sus bulbos de narciso; a tu alrededor coimas asoleadas, viñedos *y* olivos resplandecen hasta el horizonte; al frente se abre la pequeña bahía de Sanary, con su mar de color violeta, sus montañas al fondo y su caserío blanco, celeste y rosa instalado en la ribera como una bandada de palomas dormidas. Comienzas a sentir una embriaguez más pura que la del vino, y algo así como un preludio de canto aletea en tu ser cuando bajas al mar por el sendero de las higueras: coleópteros azules y negros huyen de entre tus pies; bajo tu sandalia ruedan los guijarros y crujen las conchas marinas; los caracoles dibujan sus trazos brillantes en la musgosa piedra de los taludes; alto ya, el sol enar-

dece toda savia, y un olor de fragantes resinas desciende como tú de la tierra al mar. Y de pronto, una gran revelación de índigo entre los cipreses: el Mediterráneo. Allá, como de costumbre, te *aguarda.* Ivonne: no existe lazo alguno entre tú y aquella sutil adolescente, como no sea el de la curiosidad y el asombro que cambian entre sí dos mundos extraños al encontrarse por azar: ignoras qué medida y qué forma tienes delante de sus ojos, pero, a los tuyos, aquella grave criatura sólo es un objeto de contemplación, y la miras ahora en quietud de ánimo, tal como si miraras una vibrante palmera de mediodía. Está recostada en las arenas, amiga del sol y parienta del agua: su desnudez tiene aquel aire ceñido y tenso del pimpollo antes de llamarse rosa; el sol hace brillar la pelusilla de oro que la cubre, y, al mirarla, recuerdas el huerto de Maipú y un color de membrillos afelpados, a la hora de la siesta. Los ojos de Ivonne son verdes y niños, ojos de halcón de montaña, como los de la reina Ginebra; pero en la infancia de aquellos ojos hay una luz grave, como si muchos ojos enterrados miraran por ellos todavía. Silvestre y niña es la voz de tu compañera; pero en su voz hay un refinamiento de trabajada música, tal como si por aquella voz cantasen aún mil bocas muertas. Y te habla de su castillo, en Avignon, y de una soledad establecida entre aromas viejos, heladas armaduras y retratos que miran eternamente: o de su abuelo, el comodoro, abismado en un ensueño de primaveras asiáticas, de las cuales ha guardado recuerdos marchitos y siempre verdes melancolías. Le respondes con alguna evocación de tus pampas, o con fragmentos del canto naciente que bordonea en tu ser y es ya un elogio de las umbrías provenzales, a cuya sombra tal vez has discurrido ya con un centauro, o un elogio de aquel mar sobre cuyo rumor has oído acaso las voces antiguas de Jasón o de Ulíses, y en cuyo lecho, sobre corales y esponjas, yace todavía el cráneo de aquel Palinuro que se durmió una noche bajo las estrellas. Y mientras hablas, el alférez Blanchard, casi un niño, te mira desde lejos con silenciosa desesperación. Luego entras en el mar, con la mano *de* Ivonne entre la tuya; la espuma cándida se alborota y encrespa en tus rodillas; y tienes la impresión de avanzar ahora, como en Maipú, entre una densa y caliente majada de corderos.

Habrías detenido aquel hermoso tiempo, y edificado una eternidad con lo mejor de aquellas horas estivales; pero el sol ha entrado en Libra, y los viñedos enrojecen al anuncio del otoño. Durante la mañana y la tarde has vendimiado, con tus amigos, la viña de *madame* Fine: los racimos polvorientos han enriquecido las cestas de mimbre, y están ahora en su lugar, esperando su transformación dionisíaca. Por la noche se dará Un baile rústico en la colina: Badi, Morera y Butler disponen ya el arreglo de la casa, mientras que *madame* Fine, con estudioso método, explora los rincones de su bodega. Es la víspera de tu marcha y en el semblante de las cosas te parece advertir un gesto de adiós. Horas después, en medio de la noche, guías a los invitados por el sendero que conduce a la casa: la tiniebla, el silencio y la soledad han puesto en boca de *madame* Aubert una sombría historia de aparecidos; y la imaginación de tus acompañantes ya está excitada, cuando llegas con ellos frente a la colina. El portón de hierro chirría lúgubremente al abrirse: ¡bien chirriado, portón! Uno a uno los invitados trasponen el umbral, y sus ojos tratan ahora de orientarse en la negrura. De pronto gritan las mujeres, pues acaban de tropezar con piernas oscilantes de ahorcado; ríen luego, al abatir los dos o tres peleles que Badi colgó de las higueras. Y entonces una luz de bengala, chisporroteando súbitamente en el olivar, hiere los ojos, pone un temblor azogado en las sombras e ilumina el baile de dos fantasmas que hacen cabriolas en la era, mientras alguien, hombre o diablo, aúlla entre los pinos inmóviles. Cuando el silencio y la negrura se han reconstruido, enciéndeme todas las luces de la casa, irrumpe la música; y *madame* Fine, desde la terraza, ofrece a los invitados que llegan el primer vino de la noche. Giran las parejas en la terraza: el alférez Blanchard, casi un niño, baila con Ivonne, la cual parece distante y sola entre sus brazos. En el ángulo derecho de la terraza, las viejas *domes,* copa en mano, sacan a relucir el esplendor de sus antiguos días; las tres adolescentes de Nímes, en el ángulo izquierdo, juntan sus cabecitas de oro, cambian entre sí angustiosas impresiones de aquel mundo que no se les abre todavía, y picotean con sus largos dedos las uvas negras de una fuente que Butler ha colocado en la barandilla de la terraza con la intención de pintar una *nature morte.* Cuando cesa la música, se oye un coro de voces que cantan en el pinar una vieja canción de vendimia, o el murmullo excitado de los niños que asaltan en la

sombra las higueras. Después, como la luna se levanta sobre los collados, el baile continúa en la era del trigo. Bailas con Ivonne, y una vez más el alférez Blanchard, tras de mirarte con angustia, se aleja entre los olivos del huerto: es necesario que le hables esa noche y le digas qué valor tiene aquella mujer a tus ojos. Pero, cuando sales a su encuentro en el olivar, sólo le anuncias tu partida: lees la sorpresa, el gozo y la turbación en aquel semblante de niño; y en el fervor de sus palabras te sientes ya lejano, como si hubieras partido hace muchas horas. Con todo, el alférez Blanchard se resiste a darte aún el adiós definitivo: quiere despedirte mañana, en su nave de guerra. Es así cómo al día siguiente cruzas las aguas de Tolón en una canoa que vuela por entre grises acorazados: trepas la escalerilla del *Bretagne y* conducido por Blanchard avanzas a la sombra de los grandes cañones. Y ciertamente, se han cambiado luego brindis tan numerosos como imprecisos en la cantina de los oficiales: después, en su férreo camarote, Blanchard te ha leído versos de su cosecha, en el tono de Rimbaud. Atardecer final en Sanary, junto a la torre fenicia que aún se levanta en el extremo del promontorio: el mar lame las rocas llenas de valvas negras, y aunque no corre viento, los pinos guardan su inclinación de combate, como si los doblegara un mistral invisible. Tú sombra y la de Ivonne se alargan, paralelas: has ignorado la forma que tienes tú delante de sus ojos, pero sus ojos lloran en el instante definitivo. Y regresas al fin, en soledad, de cuerpo y de alma. «¡Pudo ser! ¡Pudo ser!», aúlla un demonio en las colinas distantes.

Tras aquella dispersión alegre de Sanary, en que tu ser contestó a las mil solicitudes de la hermosura, iniciabas ahora un movimiento de repliegue sobre ti mismo. Bien conocías ya las cuatro estaciones de tu espíritu. Y sus dos movimientos ineluctables: el de la expansión loca y el de la reflexiva concentración; y bien sabías que un otoño de tu alma correspondería esta vez al ya visible otoño de la tierra. Estabas en Roma, solo y en soliloquio: aquella mañana recorrías la Vía Apia, entre abatidos monumentos. Acababas de abandonar la catacumba de San Calixto, donde sangres y llantos resecos, hedores terrestres y celestiales aromas, cánticos y sollozos eternizaban su invisible presencia. Y tu corazón había iniciado allí el camino de angustia que recorres aún y cuyo término acaso no sea de este mundo. Afuera brillaba el sol, alto ya sobre la campiña: el acueducto, a lo lejos, imponía su fábrica severa; desde un aeródromo cercano llegó de súbito un ronroneo de motores, y dejaste de oír aquel otro que zumbaban entre florecitas las guardosas abejas de Virgilio. Antes de reanudar tu paseo, habías aspirado el olor amargo de los cipreses y acariciado las piedras tumbales, que, a esa hora, tenían bajo el sol una temperatura de animal dormido. Remontabas luego la vía de los *Césares,* en cuya soledad y ruina tu imaginación evocaba tantos arreo de guerra, tanta música en el aire, tanto broncíneo carro, tanta caballería de orgulloso pescuezo. Y sobre la disolución de aquel mundo, tu alma, como tantas otras veces desde tu niñez, oía la lección del tiempo y le replicaba con su viejo grito de rebeldía lanzado —lo sabes ahora— desde su esencia inmortal. Regresabas después a tu alojamiento romano, entre las demoliciones de un suburbio en el cual obreros arqueólogos removían y escrutaban la tierra. Y de pronto voces excitadas te llevaron hasta una pobre alcoba en ruinas: por el techo demolido entraba una luz que hacía chillar los colores vulgares del empapelado, las grasientas chorreaduras y las improntas humanas de aquel chiribitil alquilado muchas veces; pero en el centro del cuartujo se había cavado un foso, y por él asomaba la columna. Los obreros le habían quitado ya su mortaja de greda, y una vez mas la columna exhibía su gracia bajo el sol, inmutable como la verdad que se manifiesta o se oculta, según la hora y el sitio, pero que, ya enterrada o ya al sol, es única, eterna y siempre fiel a sí misma.

Por senderos montañeses y huellas de cabras has ascendido hasta el viejo monasterio levantado en plena soledad. Una razón de arte, y no un motivo piadoso, te ha guiado en aquel ascenso matutino. Y al entrar en la capilla desierta se deslumbran tus ojos: frescos y tablas de colores paradisíacos, bajorrelieves adorables, maderas trabajadas, bronces y cristalerías gozan allá la inmarcesible primavera de su hermosura. Y estás preguntándote ya quién ha reunido, y para quién, tanta belleza en aquel desierto rincón de la montaña, cuando una fila de monjes negros aparece junto al altar y se ubica sin ruido en los tallados asientos del coro. Y te asustas, porque sólo te ha guiado una razón de arte. No bien el Celebrante inicia la aspersión del agua, los del coro entonan el Asperges. La casulla roja, con su cruz bordada en oro, resplandece

luego sobre el alba purísima que viste aquel mudo sacrificador, en su antebrazo izquierdo cuelga ya el manípulo rojo sangre como la casulla. Y cuando el Celebrante sube las gradas del altar lleno de florecillas rojas, los monjes de pie cantan el Introito. A continuación los Kiries desolados, el Gloria triunfante, la severa Epístola, el Evangelio de amor y el fogoso Credo resuenan en la nave solitaria. Y escuchas desde tu escondite, como un ladrón sorprendido, porque sólo te ha guiado una razón de arte. Ofrecidos ya el pan y el vino, una crencha de humo brota en el incensario de plata; y el Celebrante inciensa las ofrendas, el Crucifijo, las dos alas del altar; devolviendo el incensario al acólito, recibe a su vez el incienso y lo agradece con una reverencia; en seguida el acólito se dirige a los monjes y los inciensa, uno por uno. Y sigues atentamente aquella estudiada multiplicidad de gestos cuyo significado no alcanzas; y, no sin inquietud, piensas ya que tan solemne liturgia se desarrolla sin espectador alguno y en un desierto rincón de la montaña, tal una sublime comedia que actores locos representasen en un teatro vacío. Pero de súbito, cuando sobre la cabeza del Celebrante se yergue la Forma blanca, te parece adivinar allí una presencia invisible que llena todo el ámbito y en silencio recibe aquel tributo de adoración, la presencia de un Espectador inmutable, sin principio ni fin, mucho más real que aquellos actores transitivos y aquel teatro perecedero. Y un terror divino humedece tu piel, tiemblas en tu escondite de ladrón; porque sólo te ha guiado una razón de arte.

El invierno te había sorprendido en Amsterdam: días y noches que llegaban y se desvanecían bajo cielos de pizarra o de hulla. Tu soledad había llegado a ser una cosa perfecta, entre hombres y mujeres que se te cerraban cual otros tantos mundos. Y te replegaste sobre ti mismo, hasta convertirte al fin en aquella criatura de vida extraña que durante un invierno quemó sus puentes y se atrincheró en el reducto de una habitación flamenca. Tu régimen de vigilia y de sueño no acataba ley ninguna, como no fuese la que le imponían aquellas lecturas dolorosas: eran libros de ciencias olvidadas, herméticos y tentadores como jardines prohibidos; y te habían revelado ya la noción de un universo *cuyos* límites dilatábanse hasta lo vertiginoso, en una sucesión de mundos ordenados como las vueltas de una espiral infinita. Pero tu razón trastabillaba en aquella floresta de símbolos que no se habían trazado para ella; y disminuía tu ser, en progresivo aniquilamiento, a medida que la noción de aquel macrocrosmo gigante se dilataba frente a tus ojos. Cierto es que se te proponía una ruta de liberación, mediante la cual tu ser abandonaba el círculo de las formas; pero las vías eran tan oscuras y tan indescifrables los itinerarios, que tu razón acababa por desmayar sobre los libros. A veces una iluminación inesperada se producía en el vértice de tu entendimiento, y era el gusto sabroso de aquellas intuiciones lo que te sostenía y alentaba en el áspero camino de tus lecturas. Otras veces tus ojos caían derrotados ante las letras que bailoteaban como pequeños demonios: y entonces, desertando tu alcoba, recorrías los muelles helados, junto a las barcazas que dormitaban en los canales bajo un cielo de pizarra o de hulla. Volvías al anochecer, para recobrar en tu habitación la misma fiebre que más tarde se prolongaba en tu sueño mediante figuras turbadoras: soñabas que una cadena infinita de muertes y de nacimientos conducía tus pasos a través de mundos en los cuales tu ser cobraba mil formas absurdas; o que te hallabas en la Ciudad Alquímica trasponiendo sus veinte puertas del error y vagando en torno de su muralla inaccesible, sin dar con la puerta única que conduce al secreto del Oro; y es así como tu cuerpo y tu alma se consumían en aquel universo abstracto. Caminabas un anochecer por los jardines de Wundel, cuando las exclamaciones gozosas de los paseantes reclamaron tu atención: hombres, mujeres y niños gritaban, señalando el cielo donde millares de golondrinas que regresaban al norte se unían y estrechaban en lo alto hasta formar una espesa nube de color de tinta; miles de alas doloridas, corazoncitos batientes, colas alisadas por muchos vendavales y ojuelos en que aún lucía el sol de otras latitudes, se apretujaban en el cénit, vacilando antes de resolverse a caer sobre la tierra. Y las gentes, al influjo de aquel signo primaveral, fundían sus hielos interiores, derribaban sus muros, reconstruían los rotos puentes del idioma y la sonrisa. De súbito, algo así como el cuello de una tromba se alargó desde la nube; y una columna de golondrinas, bajando lentamente hasta los árboles desnudos, los fue vistiendo de alas y rumores. No regresaste a tu cámara de torturas: el siguiente día te vio en los campos de Leyden, entre apretadas florestas de tulipanes rojos, blancos y amarillos.

Te ves por fin en la isla de Madeira, un viejo cono de montaña que se yergue sobre las olas. Acabas de hacer un alto en la mitad de tu descenso, y sentado a la sombra de un laurel muerdes un níspero gigante que se desangra en chorritos de zumo. Flores y frutas despliegan a tu alrededor un entusiasmo edénico; sobre la piedra caliente se tuestan verdosos lagartos; el sol asaetea la isla y el mar que la ciñe con su doble abrazo de espumas. Luego contemplas tu buque andado en la rada y circundado de canoas desde las cuales nadadores isleños se lanzan al mar en busca de las monedas que alguien les arroja. Has estado leyendo el *Cutios* platónico, los amores de Poseidón y la gloria de Atlántida la inmersa, uno de cuyos restos acaso pisas ahora. Vuelves a recordar aquella frase; «De la isla central sacaron la piedra que necesitaban: había piedra blanca, negra y roja.»

Y cuando al fin desciendes al embarcadero, observas que las olas arrastran en la orilla pedruscos negros, rojos y blancos.

A tu regreso habías realizado aquella nueva confrontación de dos mundos. Volvías a tu patria con una exaltación dolorosa que se manifestaba en urgencias de acción y de pasión, y en un deseo de hacer vibrar las cuerdas libres de tu mundo según el ambicioso estilo que te habían enseñado las cosas de allende. Pero tu mundo escuchaba en frío aquel mensaje de grandeza; y en su frialdad no leías, ciertamente, una falta de vocación por lo grande, sino el indicio de que todavía no era llegada la hora. Después había caído sobre ti la noche verdadera.

Adán Buenosayres vuelve a cargar su pipa: llueve otra vez con fuerza detrás de su ventana. Quiere aferrarse aún a las imágenes que ha revivido y calentado en su memoria; pero las imágenes huyen, se pierden en la lejanía, regresan a sus borrosos cementerios. Lo pasado es ya una rama seca, nada le anuncia lo presente, y lo porvenir no tiene color delante de sus ojos. Queda un Adán vacío frente a una ventana desierta.

«Que a tan doloroso extremo lo conducía...»

II

—Usted, Madre, ¿tiene conciencia de su responsabilidad frente al Hijo, que se lanzará muy pronto a las tormentas de la vida, sin otras armas espirituales y morales que las que se templan en el hogar? Hogar dije, ¡santa palabra! Madre, ¿ha reflexionado en los peligros que acechan a su criatura, si usted la deja librada, como en *este* caso, a las tentaciones de la calle?

El Director aguarda una respuesta, y zahiere a la madre con sus ojitos pletóricos de severidad: es un hombre de voz meliflua, bien que su color de tierra, sus facciones talladas a cuchillo, su torso rústico y cierta melancolía espesa que mana de su ser como la goma de un árbol, lo denuncian hijo auténtico de Saturno. Usa y abusa de un traje verdicelestegrís, con tonos de esponja y raras vislumbres de índigo, colores asombrosos que, según afirma el erudito Di Fiore, sólo es dable conseguir en el taller de la intemperie o en el de la más avarienta economía. Sin embargo, tres notas vehementes alegran el conjunto: una camisa de color de vómito de urraca (según lo ha definido Adán Buenosayres), el verde frenético de un corbatín y los botines de un amarillo alucinatorio.

—¡Conteste, Madre! —insiste ahora el Director, encabritándose pedagógicamente.

Pero la mujer se abroquela en un silencio humilde y sostenido como el de los vegetales: está de pie, con sus brazos que se le comban alrededor del vientre y sus ojos rendidos a la magia de los botines hipnóticos. Ciertamente, su entendimiento boya intacto en la superficie de aquel discurso que no ha entendido ni entendería nunca.

—No llorará —susurra entonces el puntano Quiroga en el grupo de maestros que integra con Adán Buenosayres, el gordo Henríquez y Di Fiore, junto al ventanal de la Dirección, a través de cuyos cristales es dado ver un cielo gris y preñado de lluvia.

El gordo Henríquez, embalsamador de pájaros, clava en la Madre sus fríos ojos de Anubis.

—Dura como una roca —dice al fin, volviendo a considerar una golondrina muerta que yace en el hueco de su mano.

—¡Más le valiera llorar a tiempo! —refunfuña entre dientes Adán Buenosayres—. La pobre se ahorraría lo que falta del maldito discurso, dándole a Pestalozzi una satisfacción de primer grado. El segundo grado se alcanzará no bien el chico llore viendo llorar a la madre. Y el tercero dará fin a la obra, cuando Pestalozzi llore a su vez con la madre y el hijo. ¡A eso le llama él «una reacción positiva»!

Escudriñando el cielo a través de los cristales, el erudito Di Fiore aprueba con un gesto de su cabezota inteligente.

—Y en total —gruñe—, eres cuerpos deshidratados. ¡Como si la humedad ambiente no bastase!

Asoleada y fresca, la risa del puntano Quiroga se hace oír en el grupo del ventanal. Entretanto la Madre se afirma en su actitud abstracta; visto lo cual el Director, anonadado ante aquel moroso despertar de una conciencia, levanta sus ojitos hasta el busto de Sarmiento que duerme sobre la biblioteca de la Dirección entre un pato criollo y una tortuga embalsamados. En el adusto semblante del prócer halla sin duda la emulsión que necesita, porque muy luego, desentendiéndose de la Madre, carga sobre el niño muy ocupado, a la sazón, en cambiar sonrisas y ademanes con un grupito de alumnos que desde afuera le corresponde, vibrante de solidaridad.

—Usted, Niño —declama el Director—. ¡Atienda, Niño! ¡Míreme de frente, Niño! Por su inconducta he debido citar hoy a su madre, alejándola del hogar que tanto la necesita. Contésteme, Niño: ¿así paga usted los mil y un sacrificios que ha hecho su madre para criarlo, defenderlo y educarlo? Madre dije, ¡santa palabra! Calculemos el solo gasto material. ¿Cuántos anos tiene usted, Niño?

—Diez —contesta el chico sin mayor inquietud.

—Todo un hombre. Calculemos a razón de un peso diario (y me quedo corto), entre manutención, ropa y escuela. Dígame, Niño: ¿cuántos días tiene un año comercial?

—Ciento sesenta —se resuelve a decir el chico en tren de aventura.

En la cara del Director acentúanse ahora los terrosos colores de Saturno:

—¡Trescientos sesenta! —grita—. Trescientos sesenta, que multiplicados por diez hacen tres mil seiscientos pesos moneda nacional.

El chico abre tamaños ojos ante aquella revelación matemática.

—¡Y eso no es todo! —agrega el Director con aire de triunfo—. Supongamos que su madre tuviera ese capital, y calculemos el interés que le habría rendido en diez años. Niño, ¿conoce la regla de interés?

—No, señor.

—Lo sospechaba. Tomemos un interés del cinco por ciento, el de las Cédulas Hipotecarias. ¿A ver? Un minuto.

Se apodera de un anotador y un lápiz, y con mano febril desarrolla el cálculo. Al mismo tiempo Adán Buenosayres rezonga junto al ventanal:

—¡Dios! ¿Qué crimen ha cometido ese chiquitín para merecer semejante castigo?

—Una pelea mano a mano, en el hueco de la calle Neuquén —le responde Quiroga.

—¿Y eso es todo? A su edad yo tenía una pelea diaria.

El erudito Di Fiore se lleva un índice a la sien izquierda.

—¿Ven esta cicatriz? —dice—. Una pedrada que me dieron cuando los de Gaona desafiamos a los de Billinghurst.

Sonríen los cuatro junto al ventanal. Y el mismo Sarmiento, sobre la biblioteca, parece ahora menos adusto, como si a su vez recordara las figuras heroicas de Barrilito y de Chuña. Pero el Director agita ya una hoja de papel en las narices del chico.

—¡Mil ochocientos pesos de interés! —exclama—. ¡Tres mil setecientos de capital! Monto: ¡cinco mil cuatrocientos pesos!

Y añade, volviéndose a la mujer:

—Madre, todo este sacrificio ha realizado usted por su criatura. ¿Dejará que la influencia de la calle lo malogre? ¿Sabe adonde puede conducir esa influencia? ¡Al delito, al hospital, a la cárcel!

Rápidamente, Adán se ha vuelto hacia sus tres amigos:

—Cárcel dije —parodia—. ¡Santa palabra!

Y traspone la salida, en tren de evasión, dejando a sus espaldas tres risas crueles, una madre absorta, un niño inquieto, un Director encabritado, una golondrina muerta.

Trota un viento glacial en el corredor flanqueado de columnas. Adán Buenosayres aspira hondamente aquella ráfaga; y luego, por uno de los intercolumnios, sale al parió donde trescientos escolares enardecidos rugen y se encrespan bajo un cielo de latón oxidado y entre paredes que sudan humedad y fatiga. Mientras avanza por entre los agitados racimos infantiles, Adán Buenosayres va midiendo el vacío de su alma. Como nunca siente ahora esa falta de presión interna que lo expone, desarmado, a la invasión de las imágenes exteriores; y escenas, gritos, colores y formas irrumpen en su alma vacía, tal un tropel de brutales forasteros que invadieran un recinto deshabitado.

En aquel instante, una gritería ensordecedora reclama su atención; y al recorrer el patio con la mirada ve un enjambre de chicos arremolinados en torno de un centro que no distingue aún. Las risas cacarean allá, y los gritos parecen concretarse ahora en uno solo:

—¡Cara de fierro! ¡Cara de fierro!

Se encamina entonces hacia el lugar de la batahola; pero el corro, al abrirse violentamente, deja escapar a un chiquilín que atropella con la cabeza baja, en desalado tren de fuga. Adán Buenosayres lo recoge al vuelo, y al mirarle la cara descubre por fin la razón del tumulto: una parálisis terrible ha inmovilizado las líneas de aquel rostro infantil, imponiéndole una rigidez extraña como de metal o de piedra; la caja de su boca parece definitivamente contraída en un rictus cruel; sus ojos, fijos en las cuencas, tienen una expresión de ferocidad sólo desmentida por el temblor de la lágrima que le cuelga de cada párpado; viste un traje de marino, cuyo pantalón largo cubre y disimula el rigor de unos botines ortopédicos. Mientras le arregla el desaliño de las ropas, Adán echa una mirada en torno suyo; y ve un círculo de semblantes que le observan en expectativa, y entre los cuales algunos, riendo con inocente maldad, susurran todavía: «¡Cara de fierro!» Acariciando entonces las mejillas del niño que aún tiembla entre sus manos, Adán le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Tristón Silva —responde Cara de Fierro en una especie de gruñido.

—¿Es el primer día que vienes a esta escuela?

—Sí.

Adán enjuga con su pañuelo las dos lágrimas que no se resuelven a resbalar por aquel rostro espantable. Y luego tiende al niño una mano abierta:

—Tristán Silva —le dice—, vamos a ser amigos. ¿Qué te parece?

—Sí —gruñe Tristán, dueño ya de la mano que se le ha ofrecido.

Necesitando hacer notorio aquel gesto suyo de elección, Adán se pasea entre los mirones, con la mano de Tristán puesta en la suya. Luego lo devuelve al grupo de sus enemigos, que lo reciben ahora con abrazos y aclamaciones: ¡Oh, mundo! Pero el señor Henríquez, embalsamador de pájaros, acaba de ordenar la formación de trote; y trescientos escolares, ansiosos de sacudir el frío, se alinean ya en impacientes escuadras.

—Al trote, ¡march!

Se inicia la carrera, el patio retumba, estallan gritos de júbilo. Adán, en el centro de la rueda, está mirando aquel desfile de caras vertiginosas, cuando vuelve a sentir entre la suya la mano de Tristán Silva.

—¿Corremos? —le pregunta.

—¡Sí! —responde Tristán, clavándole sus ojos duros.

Con la mano del niño bien sujeta, Adán se une al círculo de los corredores; entre mejillas arrebatadas y sonoros alientos. Aferrándose a su mano, Tristán salta en el aire como un pelele de trapo: en las duras baldosas resuena el metal de sus botines ortopédicos. No se le mueve un solo músculo de la cara, pero un largo rugido brota de su pecho y revienta en sus labios. Y Adán entiende que, sin duda, Cara de Fierro no sabe reír de otra manera.

Al segundo toque de campana los escolares han abandonado la posición de firmes y buscan en orden el sitio habitual de su formación. Adán, al frente de los suyos, está observando el culebreo de la doble fila que trata de alinearse, cuando ve al Director que se le acerca en son de triunfo, con los ojos arrasados en lágrimas y la boca fruncida en una inminencia de sollozo.

—¡Han reaccionado! —exclama el Director—. ¡La madre y el niño han reaccionado positivamente!

—Mis felicitaciones —le dice Adán, guiñándole un ojo al puntano Quiroga que ríe disimuladamente a su izquierda.

Pero el Director esboza un ademán enérgico por encima de su frente, como si rechazara una invisible corona de laurel.

—Se hace obra —concede—. Se hace obra.

Restañando sus lágrimas con un pañuelo de colores, da media vuelta *y* huye por el corredor.

Vacío del alma, soledad y hielo. Las dos filas ya están inmóviles, y Adán Buenosayres, sustrayéndose al espectáculo de su propia desolación, mira treinta caras infantiles que le observan, fieles espejos de la suya. ¡Que no se den cuenta! Y como tantas otras *veces,* un *eco* vivificante despierta en Su corazón a la vista de aquel mundo nuevo que le aguarda. ¡Abordar ese mundo, remontar la corriente de sus frescos idiomas, agarrarse a ese montón de vida nueva que sabe rendírsele al solo peso de la voz o al de la mirada! Entonces pone su mano derecha en el hombro de Ramos y su izquierda en el de Falcone, punteros ambos de una y otra fila.

—¿Trajiste la composición? —le dice a Ramos, el de cabeza de oro.

—Sí —contesta Ramos—. Un tema difícil.

—¿Te salió bien?

En los ojos azules del chico brilla un relámpago de inquietud creadora:

—¡Hum! —dice—. La descripción de Polifemo...

—Señor —interrumpe Falcone, restregándose las manos—. ¡Hoy nos toca el teorema de Pitágoras!

Adán lo mira, y sonríe al comprobar otra vez la semejanza del niño con el ave de su nombre: aquel perfil enjuto, de pobladas cejas y mirar agresivo, tiene algo de rampante y ansioso, como la inteligencia misma.

—Hoy nos toca —le admite Adán—. ¿Tenías apuro?

—Sí —contesta Falcone.

—¿Por qué?

—Los del otro sexto dicen que no lo han entendido.

—¡Qué tragedia! —exclama Ramos en tono de zumba.

—Yo entiendo siempre —asegura Falcone, parpadeando como un ave de rapiña.

Atrayéndolas a su pecho, Adán abraza dos cabecitas que se le rinden: una cabeza de oro y una cabeza de halcón. Luego, solicitado ya de muchos ojos, inicia su recorrido habitual por entre una y otra fila.

Y Bustos, el primero, lo detiene con su voz agria, su pérfida sonrisa de *clown y* sus ojos de color de charco que parecen salírsele de las órbitas:

—Señor —le anuncia Bustos—. ¡Otra vez el milagro!

—¿Qué pasa?

—¡Cueto se ha reído!

Adán se vuelve hacia Cueto, la esfinge del grado, y contempla la seriedad inmutable de aquel rostro infantil.

—¡No! —exclama—. ¡No es posible!

—¡Que me caiga muerto! —asegura Bustos.

Entre risas cantantes Adán prosigue su camino, y se detiene frente a Gastón Dauthier, un manojo de fibras nerviosas.

—*Bonjour* Dauthier.

—*Bonjour, monsieur*—contesta Gastón—. Jugamos hoy el desafío con el otro sexto?

—¡Hum! —le responde Adán en tono dubitativo.

Y encarándose con el orador Fratino, que junto a Gastón estudia ya la fisonomía del cielo:

—¿Qué te parece? —le interroga.

Teseo Fratino levanta una mano doctoral y sugiere, con su voz exquisita:

—Si las condiciones del tiempo nos fueran favorables...

—¿Tendremos lluvia en la cuarta hora? —insiste Adán.

—Señor, lo ignoro. No he consultado la columna barométrica.

El vocabulario de Fratino provoca nuevas risas; pero el orador clava en los reidores sus helados ojos de tornillo y un gesto desdeñoso quiebra la línea impecable de su boca. Entonces Adán, inesperadamente, hunde sus dos índices en las costillas de Terzián, el actor.

—¡Arriba las manos! —le dice.

Y Terzián alza los brazos, como despavorido. Su cara movible refleja, ya el miedo, ya la furia, ya una solapada intención de resistencia: insinúa un descenso de su brazo hacia el lugar del revólver; pero Adán lo cubre de firme, y el actor no demora en asumir un gesto de conformidad ante lo irreparable.

Llena la boca y rumiando eternamente los agradables frutos de la tierra, el gordo Atadell ha seguido la farsa, vasto de carnes, de ropa y de sonrisa.

—¡Gordo! —le dice Adán, fingiendo un aire de profunda consternación—. ¿Otra vez masticando? ¿Ha nacido el hombre sólo para fabricarse una horrible armadura de grasa? ¡No, gordo, no! También el espíritu grita sus necesidades; y si dejaras de masticar durante un minuto, escucharías, ¡oh, gordo!, la voz de tu alma que te pide su almuerzo.

Impermeable y sereno, sin abandonar su masticación ni su sonrisa, el gordo Atadell finge ignorar aquella perorata.

—Señor —anuncia—. Papucio está triste.

Adán vuelve sus ojos a Papucio, una figura de malevo adolescente, llena de melancolía.

—¿Qué te pasa? —le dice.

—Nada —gruñe Papucio—. Me duelen los *floreros.*

—¿Los qué?

—Señor, los zapatos. Me van a salir otra vez los *nísperos.*

—¿Qué nísperos?

—Los callos. Y si hoy nos toca jugar el desafío, ¡bueno, bueno!

En el extremo de la fila, y ausente, al parecer, de cuanto no sea su propio mundo, Américo Nossardi considera un avión en miniatura, obra paciente de sus manos.

—¿Vuela? —le pregunta Adán.

El adolescente levanta sus ojos perplejos.

—No —dice—. Muy pesado el motor.

Ya se ha concluido la revista, ya un hormigueo de juventud hace culebrear ambas hileras. Y Adán Buenosayres, enajenado de sí mismo, es ya otro miembro de aquella falange rumorosa.

—¡Altas las cabezas! —grita—. ¡Mirando al porvenir!

Treinta sonrisas infantiles responden a su broma.

—De frente, ¡marchen!

Bajo un cielo de latón oxidado avanzan treinta sonrisas.

El aula está en el piso alto, y es un recinto de color de aceituna, con un ventanal en ochava que da sobre la intersección de dos callecitas arrabaleras. Vueltos hacia la luz del ventanal se alinean los pupitres unánimes. A la derecha se alza un armario en cuya cima, y propuesto al universal asombro, yace un planetario de cartón, obra ingeniosa de Nossardi, en el cual, teñidos de un rojo demoníaco, es dado ver los nueve planetas que mediante un dispositivo de relojería cumplen sus revoluciones en torno de un sol alegre y en un espacio de rabioso añil. Dando frente a los pupitres está el escritorio, sin otra decoración que la que le presta un globo terráqueo de superficie resquebrajada (¿un símbolo?).

Dos pizarrones alargan su negrura en la pared frontal y en la de la izquierda: en el primero se ve un triángulo rectángulo, sobre cada uno de cuyos elementos lineales Falcone acaba de trazar un cuadrado de color diferente, a saber, amarillo el de la hipotenusa, verde y azul el de uno y otro cateto; en el pizarrón lateral, Núñez da fin a la demostración aritmética.

—Ya está, señor —dice—. Sólo una diferencia de veintiséis milímetros cuadrados.

—Muy bien —aprueba desde su escritorio Adán Buenosayres. Y dirigiéndose a Falcone que ha terminado ya la demostración gráfica: —¿Qué se demuestra con eso? —le pregunta. —Se demuestra —recita Falcone— que en todo triángulo rectángulo el cuadrado construido sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos.

—Bien. Siéntense los dos.

Falcone y Núñez recobran sus asientos, mientras Adán se dirige a la clase:

—¿Han entendido todos? —pregunta.

—Sí, señor.

—¿Y esto es el famoso teorema de Pitágoras? —dice Falcone, sin ocultar la decepción que se insinúa ya en su intelecto rampante.

—Ni más ni menos —responde Adán—. Vamos a ver, ¿quién era Pitágoras?

—Señor —contesta Dauthier—, un filósofo y matemático griego. El orador Fratino deja oír su voz melodiosa: —Cuéntase que Pitágoras descubrió su teorema en el baño, y que salió a la calle, desnudo como estaba, gritando: «¡Eureka!»

—¡Debía ser un *colibriyo*! —rezonga Papucio desde su rincón.

Pero Ramos, el de cabeza de oro, sonríe con afinada ironía. —El que se salió de la bañadera —pregunta—, ¿no fue Arquímedes? —Arquímedes era —le responde Adán—. El orador Fratino está iluminando a Pitágoras, que fue un señor muy serio.

—Señor —declama Fratino sin inmutarse—, he incurrido en un la*psus*— *¿cómo* se dice?

—Yo diría un *lapsus memoriae* —ríe Adán. —Eso es, un *lapsus memoriae.*

Desde su rincón Papucio mide a Fratino con ojos malévolos. —Si no charlaras tanto —le dice—, no soltarías esos globos. —¿Y si me falla la memoria? —protesta el orador. —¡Ándate al campo, a tomar leche de pajarito!

El consejo de Papucio levanta en la clase una ola de hilaridad que sería ecuménica si Cueto, recluido en su atmósfera inviolable, y si el payaso Bustos, que se tatúa un ancla en la muñeca, no se hallasen hundidos en profundas abstracciones. Por otra parte, caviloso y digno, con un índice puesto en la sien y acariciándose una barba hipotética, el actor caracteriza en ese instante al filósofo Pitágoras, ante la expectación del gordo Atadell que lo alienta con su vasta sonrisa de plenilunio. La hilaridad ha decrecido en tanto; y al restablecerse el silencio puede oírse el rezongo de Papucio, que no deja de zumbar en su rincón.

—¿Otra vez los *floreros?* —le inquiere Adán.

—No —refunfuña Papucio—. Estaba pensando en ese teorema. ¿Para qué sirve?

Adán Buenosayres lo mira con benevolencia: —Cierta vez —le dice— a un gran matemático le tocó dormir en cama tan corta que, por más ensayos que hacía, no acertaba el pobre con holgura: o le sobraban los pies o le sobraba la cabeza. Bueno, se levantó muy preocupado, encendió la luz, tomó las medidas de la cama, un lápiz *y* se puso a desarrollar fórmulas y más fórmulas. Hasta recordando el teorema de Pitágoras, encontró por fin la solución.

—¿Cómo? —le interrumpe Falcone muy intrigado.

—Se acostó en el sentido de la hipotenusa, es decir, en diagonal. Entre las risas unánimes del grado, Papucio aventura el último rezongo: —A mí no me serviría —dice—. Yo duermo en el suelo. —Hablando seriamente —prosigue Adán—, el hombre no sólo ha de pedir a las cosas una grosera utilidad. ¿Cómo hemos definido al hombre? —Una criatura intelectual —dice Ramos.

—Eso es. El hombre, como ser inteligente, goza conociendo. Y ese goce de su inteligencia, ¿no es en sí una utilidad?

—¡Cierto! —exclama Falcone, asombrado ante lo que tal vez constituya una revelación de sí mismo.

Pero Adán Buenosayres advierte que la mayoría no lo sigue; y entonces añade, cambiando el tono de su voz:

—Por eso le digo siempre a mi alumno Atadell. ¡Cielos!

Blanco ya de todas las miradas, el gordo Atadell exhibe sus dos mandíbulas en movimiento, su placidez eterna de rumiante, su sonrisa instalada más allá del bien y del mal.

—¡Al frente! —le dice Adán—. ¡A vaciar esos bolsillos!

No sin trabajo, el gordo Atadell sale de su pupitre, avanza entre dos filas curiosas, llega junto al escritorio y allí, resplandeciente de bonhomía, hunde su mano izquierda en un bolsillo inconmensurable. De aquel antro van saliendo a la luz y ordenándose luego sobre la tabla del escritorio: dos barritas de chocolate a medio roer, un racimo de pasas de Corinto, seis dátiles visiblemente pegajosos, nueve pastillas de menta no del todo inmaculadas, un envoltorio informe de turrón japonés, dos vainas de algarroba, medio alfajor envuelto en su papel de seda, una sarta de rosquillas duras como el granito, cuatro nueces y ocho almendras. El parto feliz de aquel bolsillo levanta en el grado jubilosas exclamaciones; y la expectativa es grande cuando Atadell sondea el otro con sus dedos mágicos. Pero, ¡ay!, el otro bolsillo malogra tan legítimas esperanzas, ya que sólo contiene seis bolitas cachazas, dos metros de piolín y un gatillo de revólver muy oxidado. Vacías ya las dos cornucopias del gordo, Adán Buenosayres lo despide con un ademán benevolente.

—Trabajen ahora en sus cuadernos —ordena, volviéndose a la clase.

Mientras los alumnos escriben en silencio, Adán se apoya en el *alféizar* de la ventana; y, asomado a la calle, deja vagabundear sus ojos. La preñez del aire se resuelve ahora en cierta garúa finísima que a manera de un velo amortaja el suburbio y lima sus ásperos contornos. Abajo, en el umbral de una puerta, junto a un viejo sentado que fuma su cachimbo, una mujer absorta olvida su mate y desbanda su atención en soñolientas lejanías. Un barrendero, a media calle, junta las hojas muertas, las levanta en su carretilla y se va con su montón de platas y de cobres, furtiva imagen del otoño. Sábanas chorreantes cuelgan a plomo en las terracitas desiertas: desde aquel patio, una magnolia yergue su fantasma sombrío; por aquel otro asoma un limonero que trastabilla bajo el peso de su fruta. Más allá cabecean los álamos de la plaza Irlanda. Y al fondo, unánimes en su elevación, las dos agujas de Nuestra Señora de Buenos Aires enseñan al suburbio los caminos de arriba. Con la mirada en ellas, Adán evoca el interior de la basílica, su altar en forma de templete, y aquella imagen de mujer entronizada en las alturas, con el Niño en un brazo y la embarcación en el otro. ¡Qué bueno sería estar ahora en aquel recato desierto, bajo la luz que se filtra y exalta en los vitrales de colares! ¡Y meditar allí en el secreto de aquella Mujer enigmática, en la vocación del Niño y en la odisea de la Nave! Observando, empero, que su meditación lo devuelve a un clima que se tiene prohibido aquella tarde, abandona la ventana y mira los pupitres: todas las cabezas están inclinadas aún sobre *los*

cuadernos; todas, menos la de Nossardi, el cual, puestos los ojos en su avión diminuto, se pierde acaso en un ensueño de conquistadas alturas. ¡Belerofonte!

—¿No es ya demasiado el peso de nuestra deuda flotante? —chilla el Director, abandonando con furia su taza de café.

—A mi juicio —le retruca el señor Inverni— la reserva del país es tan formidable, que no está mal hipotecarla en cierta medida, siempre que se lo baga, claro está, en beneficio de las obras públicas y sociales que debemos a las generaciones del futuro. —(¡Bravo! ¡Muy bien! Al señor Inverni le parece oír el aplauso frenético de una barra invisible.)

Ante la faz colérica del Director, Inverni traga un sorbo de su café ya tibio: es un maestro enjuto de carnes, y muestra esa tez granulosa y ese color de mal venéreo que se dan, a menudo, entre los hombres de ideas avanzadas. Pero el Director no ha desarrugado aún su entrecejo amenazante.

—Ja! —ríe con amargura—. ¡Entregar el país al extranjero! La escena se desarrolla en el despacho directorial, alrededor de una mesa circunscrita por ocho figuras magisteriles que beben su café del segundo recreo. Junto al ventanal, y en hermético grupo, las maestras vuelven hacia una luz menguante sus rostros ajados y secos de vírgenes consagradas a la diosa Pedagogía.

—Lo peor del caso —gruñe Di Fiore— es que no sólo nuestras fuentes de riqueza están ya en manos extrañas, sino que, además, el extranjero viene realizando entre nosotros una verdadera obra de corrupción.

—¿Cómo? —le pregunta Inverni.

—El argentino, por naturaleza, fue y debe ser un hombre sobrio, como lo era y es todavía nuestro paisano, como lo fueron *y* son los inmigrantes que nos han dado el ser a la mayoría de nosotros. Pero, ¿qué ha sucedido? Que el extranjero nos ha embarcado en una mística de la sensualidad y el vivir alegre, inventándonos mil necesidades que no teníamos, para vendernos, ¡claro está!, los cachivaches de su industria y rescatar el oro con que nos paga nuestra materia prima. ¡En buen criollo, eso se llama comer a dos manos!

El Director alza la suya como para bendecir a Di Fiore.

—¡Usted lo ha dicho, señor! —exclama—. ¡Usted lo ha dicho!

—¿Y acaso —protesta Inverni— nuestro país no debe asimilar los adelantos del progreso?

—¡Necesidades inútiles! —chilla el Director—. ¡Artimañas del capital extranjero! ¡Vean, si no, lo que se traen ahora los ingleses al querer meternos en sus pantalones *Oxford!*

Adán Buenosayres codea urgentemente al puntano Quiroga:

—¡Ojo— advierte con disimulo—. Ya sale a relucir la pérfida Albión.

—¿Qué tienen que ver los pantalones *oxford?* —rezonga Inverni.

Aventurando un semiesbozo de sonrisa, el Director expone sus recelos:

—Una maniobra para vender más casimir —afirma—. Los hacen ridículamente anchos, para que lleven el doble de tela, y largos hasta el suelo, para que se gasten con el roce. ¡Y no es todo! Han completado su obra con la introducción de los...

Aquí se turba y mira de reojo hacia el grupo de las vírgenes didácticas. —...de los calzoncillos cortos —dice al fin cautelosamente.

—¿Con qué objeto? —le pregunta Di Fiore.

—Usted verá. El calzoncillo corto pone las rodillas en contacto directo con el casimir, y, en un solo año, la secreción sudorípara destruye una tela que fácilmente duraría tres años.

—Un plan diabólico —gruñe Adán Buenosayres, mientras el puntano Quiroga trata de ahogar un borbotón de risa.

Y mirando al Director como si le solicitara una confidencia: —Espero —le dice— que usted usará calzoncillos largos. —¡Naturalmente! —confiesa el Director—. ¡No quiero hacerles el caldo gordo a los ingleses!

La risa del puntano estalla en toda su alegre violencia: —¡Señor! —exclama—. ¡Si ya no se usan! Pero el Director le muestra una cara de vinagre y de hiel. —¡Señor! —le dice—. No estamos de chacota.

Entre bromas y veras, rezongón y patético, Di Fiore inicia su elogio del calzoncillo largo:

—Nuestros gigantes padres lo usaban —dice—, y esa prenda les confería una seguridad y un decoro verdaderamente patriarcales. Lo usan todavía los viejos políticos de ahora, que se eternizan en el poder y no se deciden a clavar las guampas; y lo usan con razón, porque yo les aseguro a ustedes que en el calzoncillo largo está el secreto de la longevidad.

Las palabras del erudito devuelven a la tertulia su atmósfera verdadera.

—Una teoría luminosa —ríe Adán Buenosayres, estudiando con afecto la magra, inteligente y cariacontecida figura de Di Fiore.

—¡Hum! —objeta el Director—. La falla de los argentinos está, señores, en que todo lo convierten en chacota. Y la solución de nuestros problemas exige, señores, mucha seriedad.

—¡Ya se pondrán serios algún día! —rezonga Di Fiore en tono de amenaza.

Inverni lo considera un instante, con ojos entrecerrados y entrecerrada sonrisa:

—¿Cuándo? —le pregunta.

—Cuando les llegue la hora de la prueba.

—¿Y cómo sabe que ha de llegar esa hora?

—Señor —contesta Di Fiore—, yo creo en la Grande Argentina.

CIRCE-FERNÁNDEZ.— «En tu ruta encontrarás primero a las Sirenas, que fascinan a cuantos hombres van a su encuentro. ¡Ay del imprudente que se les acerca y oye sus voces! Ya no verá otra vez a su esposa, ni sus pequeñitos han de rodearlo ya con el júbilo del regreso. Sentadas en un prado riente, las Sirenas hechizan a los mortales con la dulce armonía de su canto; pero junto a ellas amontónanse huesos humanos y cadáveres podridos que se resecan al sol. ¡Pasa de largo frente a ellas, y tapa con cera blanda las orejas de tus compañeros, a fin de que ninguna las oiga! Pero si tú deseas oírlas, haz que te aten a la velera embarcación: haz que te liguen al mástil, de pies y manos, si deseas escuchar sin riesgo aquellas voces melodiosas.»

Por boca de Fernández habla Circe, la que conoce muchas drogas; y su acento admonitorio, resonando en el aula, pone un brillo de alerta en los ojos infantiles. Junto a Fernández, y de pie como el, aguarda Tercian, muy dispuesto a ofrecer una versión de Ulises que ponga la carne de gallina. Balmaceda, Fratino y Mac Leish, las tres voces ilustres del año, leerán la parte de las Sirenas; y, bien que silenciosos todavía, no disimulan ya cierto adelanto de amenaza.

A la luz aguanosa del atardecer, que borronea líneas, mata colores y parece devorar hasta el más leve rumor, treinta niños, al conjuro de palabras antiguas, abandonan ya su cárcel y discurren ahora en una playa de color de miel, bajo un sol torrencial que hace relucir a lo lejos el palacio de Circe. Un doble festón de espuma ciñe la costa musical: junto al agua salobre, acostado aún en las arenas, está el navío de la gran aventura; y el mar, lustroso y mugiente como un becerro, lame la quilla y el desnudo talón de los navegantes. Mientras habla Circe, Adán Buenosayres, desde su ángulo, estudia esa constelación de ojos evadidos:

Ramos, el de cabeza de oro, refrena su aliento, como si en su ansia de artífice temiese alborotar el armonioso vuelo de la rapsodia; olvidando sus alas de cartón, planea ya Nossardi en otras alturas; y el mismo Bustos ha quedado absorto, con su cortaplumas en una mano y en la otra un lápiz a medio torturar.

Pero Ulises deja oír su voz de nauta:

ULISES-TERZIÁN.— «Mis compañeros me atan al mástil; y sentados luego en los bancos de la nave, tornan a batir con sus remos el espumoso mar. La embarcación anda rápidamente; y estamos ya tan cerca de la orilla, que desde allá, sin duda, se oyen nuestras voces, cuando las Sirenas, advirtiendo que la velera nave se aproxima, comienzan a entonar un sonoro canto.»

Ulises calla, y al instante Balmaceda, Fratino y Mac Leish irrumpen en coro:

LAS SIRENAS.— «¡Oh, famoso Ulises, gloria de los aqueos! ¡Acércate, detén aquí la nave y oye nuestra voz! Nadie ha pasado en su negro bajel sin escuchar el suave acento que fluye de nuestras bocas. Antes bien, el que nos escucha vuelve a su patria más instruido; porque conocemos todas las fatigas que los tróvanos y vosotros los griegos padecisteis en Ilion, y porque no ignoramos nada de lo que ocurre en el vasto universo.»

¡Ay de la nave! ¡Alerta! Los remos caen y se levantan en acelerado ritmo de fuga: reluce al sol el torso de los remeros. Y treinta niños, embarcados en la nave de Ulises, miran al héroe que forcejea entre sus ligaduras, prisionero a la vez de un mástil y de un canto. Vuela el navío sobre la pradera salada: lejos quedó el acecho de la música. ¡Ya es hora de soltar a Ulises! ¡Que la cera no guarde ya los prudentes oídos!

Pero Adán Buenosayres ha desertado el bajel y se ha lanzado a la orilla: entre carroñas que hieden al sol y bajo una nube de pegajosos tábanos azules, ha visto el rostro de las Sirenas *y* respirado el aliento de sus bocas horribles. ¡Oír la música, sin caer en el lazo de quien la profiere! Y cómo? Ciertamente, hace falta un navío y su mástil.

Dentro del aula y fuera, la luz brumosa del atardecer lo roe todo en una especie de disolución universal. Pero treinta niños bogan con Ulises rumbo a las Islas Bienaventuradas.

Y Adán Buenosayres, perdido en su rincón, evoca una enigmática figura de Mujer en cuya mano derecha un pequeño navío infla su velamen.

III

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce.

Las doce campanadas eran doce mochuelos:
Alguien abrió la puerta de la torre, y huyeron.

Medianoche: soledad y vacío. Sólo yo solo en la corteza de un mundo que gira huyendo, que huye girando, «viejo trompo sin niños». ¿Por qué sin niños? Entonces yo jugaba con la lógica, sin advertir que siempre hay una relación de armonía entre lo disímil: *splendor ordinís.* Anoche lo explicaba yo en lo de Ciro: bastante mamado. Como aquella otra figura: «La Tierra es un antílope que huye»; o aquella otra: «Mundo, piedra zumbante de los siete colores.» Terror cósmico, desde la infancia: un niño que, abrazado a su caballo inmóvil, sollozaba de angustia bajo las constelaciones australes. Fría mecánica del tiempo, cono de sombra, cono de luz, la noche y el día, solsticio y equinoccio: el sol que nos cuenta mentiras fabulosas, y la tierra que se viste y se desviste de sus esplendores como una prostituta, «¡salve, moscardón ebrio!» Y al fin sólo una piedra que huye girando, que gira huyendo en un espacio infinito... no, indefinido; porque la noción de infinitud sólo corresponde... ¡Bueno, alma, bueno!

Adán se detiene, bajo la lluvia, en la esquina de Gurruchaga y Triunvirato. Desde allí, todavía indeciso, contempla el ámbito fantasmal de la calle Gurruchaga, un túnel abierto en la misma pulpa de la noche y alargado entre dos filas de paraísos tiritantes que, con sus argollas de metal a los pies, fingen dos hileras de galeotes en marcha rumbo al invierno. Fosforescente como el ojo de un gato, el reloj de San Bernardo atisba desde su torre: no queda ya en el aire ni una vibración de la última campanada, y el silencio fluye ahora de lo alto, sangre de campanas muertas. Inesperadamente, una ráfaga traidora sacude los árboles, que se ponen a lloriquear como niños: Adán recibe un puñado de lluvia en la cara y se tambalea entre un diluvio de hojas que caen y se arrastran con un rumor de papeles viejos, mientras que los faroles colgantes ejecutan arriba un loco bailoteo de ahorcados. Pasó la ráfaga: el silencio y la quietud se reconstruyen bajo el canturreo de la lluvia. Soledad y vacío, Adán entra la calle Gurruchaga. —Puertas y ventanas herméticas, llaves echadas, pasadores corridos: así defienden su evasión por el sueño. La casa del que duerme toma precauciones de trinchera o de tumba. El combate de ayer, aquí mismo: ¡ni un alma en el campo de batalla! Hombres y mujeres, tirios y tróvanos, ¿qué hacen ahora? Sus cuerpos acostados navegan en camas de hierro, madera o bronce, dentro de sus cubos inexpugnables, ¡todos evadidos! Sólo yo solo. ¡Si en la profunda medianoche, si en el instante justo en que un día concluye y el otro empieza, si en esa juntura misma quedase un resquicio por donde salir fuera del tiempo! Ayer un niño que, angustiado entre luces y músicas de fiesta, veía cómo el tiempo se derramaba cual un ácido y roía la casa festival con sus hombres; o un adolescente que ambicionaba desterrar al Tiempo de su canto... ¡Señor, yo hubiera querido ser como los hombres de Maipú, que sabían reír o llorar a su debido tiempo, trabajar o dormir, combatirse o reconciliarse, bien plantados en la vistosa realidad de este mundo! Y no andar como quien duda y recela entre imágenes vanas, leyendo en el signo de las cosas mucho más de lo que literalmente dicen, y alcanzando en la posesión de las cosas mucho menos de lo que prometían. Porque yo he devorado la creación y su terrible multiplicidad de formas: ¡ah, colores que llaman, gestos alocados, líneas que hacen morir de amor!; para encontrarme luego con la sed engañada y el remordimiento de haber sido injusto con las criaturas al exigirles una bienaventuranza que no saben dar. Y luego este desengaño, ¡también injusto!, que me pone ahora frente a las criaturas como ante un lenguaje muerto. ¡No haber mirado, ah, no haber mirado! O haber mirado siempre con puros ojos de lector, como los que tenía en mi niñez, allá en el huerto de Maipú, cuando en la be-

lleza de las formas inteligibles alcanzaba una visión de lo estable, de lo que no sufre otoño, de lo que no padece mudanza. Y ahí están la injusticia y el remordimiento: haber mirado con ojos de amante lo que debí mirar con ojos de lector. (Anotarlo en cuanto legue a casa.) ¡Qué bien entonan calle, medianoche y llovizna! El «Café teñir» también cerrado. No. Alguien canta.

—Con el oído atento, Adán Buenosayres detiene sus pasos frente al «Café Izmir», cuyas cortinas metálicas, a medio bajar, le permiten ver un interior brumoso en el cual se borronean figuras humanas que se mantienen inmóviles o esbozan soñolientos ademanes. Una canción asiática se oye adentro, salmodiada por cierta voz que, sobre un fondo musical laúd o de cítara, lloriquea en las aes y se desgarra en las jotas. Hasta el olfato de Adán llega el olor del anís dulce y del tabaco fuerte que arde sin duda en los narguiles de cuatro tubos.

—Otro mundo en clausura. Ellos también han trazado su círculo hermético, y navegan ahora, evadidos en una canción. Los vi ayer, con sus jetas verdosas y sus ojos pestañudos, crueles testigos de la batalla. ¿Qué paisajes o escenas evocarán ahora, encerrados en su círculo, tripulantes de su música? Rostros tal vez: caras de hombres, mujeres o niños cuyas voces un día se rompieron en las mismas jotas y lloriquearon en las mismas aes de aquella canción, bajo un cielo distinto, ¡ah!, pero infinitamente más hermoso. ¿Por qué más hermoso? Por estar lejos. Canción muy antigua, sin duda. Y las otras lenguas que la entonaron antes: miles de labios deshechos y caras desvanecidas allá, en los tristes camposantos del Asia Menor: bocas llenas de tierra y ojos llenos de cal. ¡Todos evadidos!

Adán se saca el chambergo, del que caen dos o tres hojitas resecas, y enjuga con su mano las gotas de lluvia que le corren por la cara. Luego reanuda su andar, calle arriba.

—Y los días empezaban en una canción de mi madre:

Cuatro palomas blancas,
cuatro celestes...

O aquella otra, en Maipú, coro de chicos junto a la abuela y frente a cristales azotados por el aguacero:

Viernes Santo, Viernes Santo,
día de grande Pasión.

Y la de la Escuela Normal, voces adolescentes, ojos de sal y pimienta en el gran salón de música:

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria...

O la del grupo «Santos Vega», melenudas cabezas literarias, vanguardismo exaltado, en el sótano del «Royal Keller»:

Un automóvil, dos automóviles,
tres automóviles, cuatro automóviles...

y aquella de Madrid, entre un zumbido ardiente de guitarras y polémicas:

Parece que van cayendo
copos de nieve en tu cara...

O la de París, en el estudio de Atanasio, mesa tendida entre figuras de barro, sacrificio de una gallina blanca en el altar de las Musas, un ejército de botellas:

Dans une tour de Nantes
y avait un prisonnier...

Y aquella otra de Sanary, o la de Italia... ¡Canciones! Vuelven para enrostrarme ahora el gozo de un día o la vergüenza de una noche: remordimiento de haber cantado y de haber oído cantar. El silencio: ¡cómo lo perseguía y lo acariciaba yo en mi niñez! Viaje al silencio, por entre la selva de los rumores nocturnos. Y aquel sigilo reverente, aquel andar en puntas de pie, aquel afán de abrir sin ruido puertas y cajones: liturgias del silencio.

Porque sabía ya, sin haberlo aprendido, que el silencio no es la negación de la música, sino toda la música en su posibilidad infinita y en su gozosa indiferenciación. Sí, el caos musical en que todas las canciones no diferenciadas aún forman un solo canto, sin excluirse las unas a las otras, sin cometer esa injusticia en el orden del tiempo. ¡Oscuro y viejo Anaximandro, yo te saludo en esta noche final! ¡Y a tu discípulo Anaximenes, y a *su pneuma* sagrado: el aire de la inspiración y la expiración creadoras! Mi teoría de ayer, en la glorieta: bastante mamado. No debí hablar: ninguno entendía un pito. Sí, Schultze, ese viejo Schultze. ¡Ah, todo en Uno! La tristeza nace de lo múltiple.

Caviloso y triste, Adán Buenosayres considera en torno suyo la manifestación de lo diverso. Acaricia el tronco de los árboles, como si deseara sorprender algún latido bajo las húmedas cortezas. Se agacha luego, recoge un puñado de hojas muertas, aspira su olor amargo y las deja caer lentamente. Se va después, tocando las paredes mojadas, los fríos umbrales, « madera de las puertas, el hierro de los balcones.

—Lisura o aspereza, calor o frío, humedad o sequedad: noticias de «o externo, vagas noticias. El tacto no es un sentido intelectual: ¿podrías alcanzar con el tacto el *splendor formae* de la rosa? Y, sin embargo, ningún sentido aspira con tanta ferocidad a la posesión directa de las criaturas: tocarlas, aprehenderlas, estrecharlas, meterlas dentro de la piel. Sí, el más ciego, el más torpe y el más desengañado de los sentidos. Y el menos culpable: ¿tenderías tu mano a la rosa, sin antes conocer su *splendor formae* que se revela sólo a los sentidos intelectuales? No haber mirado, no haber oído, no haber tocado... ¡Vaya! ¿Qué aparición es ésa?

Diez pasos adelante, Adán advierte, sobresaltado, la figura de un jinete inmóvil sobre su corcel. Al acercarse reconoce al cabo Antúnez, de la comisaría 27, que duerme bajo la lluvia, sólidamente afirmado en los estribos, mientras que su caballo, con las riendas en el pescuezo, despunta las hierbecitas brotadas al pie de los árboles. No bien Adán se aproxima el caballo levanta la *cabeza,* y lo estudia con inquietud. Pero Adán le acaricia el pescuezo mojado, la frente y el hocico; y el animal se apacigua entonces, apoya sus narices en el hombro de Adán, resuella en tren festivo. Como un jinete de metal, el cabo Antúnez sigue dormido bajo el agua y el viento. Antes de alejarse, Adán pone su cara junto al hocico del bruto, la sola cosa tibia que le ofrece la noche; y respira su aliento: un puro aroma de hierbas trituradas.

—El pangaré de tío Francisco. Me gustaba el olor de los caballos: un olor de alientos vegetales y de sudores agrícolas. Este cabo Antúnez, un criollo sin duda: tiene alma de resero. Como los que aparecían de cuando en cuando, hacia el anochecer, en la estancia de Maipú, junto al palenque verdinegro. «¿Me da

permiso para desensillar?» «Desensille, amigo, y pase a la cocina.» Hospitalidad sin fronteras. ¡Oh, sí, caras graves en las que resplandecía una dignidad casi terrible (ahora me doy cuenta), y que se desdibujaban poco a poco entre el humo del duraznillo, mientras la china Encarnación vigilaba el asado con sus ojos grandes y eternamente llorosos! «A los ojos lindos les va el humo.» ¡Risas discretas de otra edad! Y luego historias de viaje y de rodeos nocturnos en plena llanura, bajo la tormenta: Bahía Blanca, Río Negro, el Chubut, nombres elogiosos y con sabor de lejanía. Tío Francisco me aseguraba que se dormía bien a caballo. Vidas heroicas y sin resonancia, en la llanura: muertes heroicas y sin resonancia. Como la de aquel ternero agonizante que resollaba todavía con el hocico en el polvo, mientras un chimango, sobre su cabeza, le comía ya los ojos reventados a picotazos. Y no debí matar aquel chajá, sin duda: tenía yo quince años y una escopeta herrumbrosa; y nadie supo que yo buscaba un chajá para sacarle las plumas y hacer escarbadientes. Malísimo agüero; tía Martina lloraba junto a los despojos del ave, ¡un montón de plumas grises!, porque sabía que, cuando a un chajá le matan su pareja, ya no quiere la vida y se deja morir de hambre y desconsuelo. ¡Y en seguida, como una telúrica maldición, aquel verano memorable! Un sol rabioso caía sobre la llanura inundada, levantando emanaciones calientes y venenosos hálitos que parecían corromperlo todo, cielo y tierra, hombres y animales. Con tío Francisco, los dos a caballo, recorríamos aquella escena desolada, cuereando reses muertas, vigilando la punta de lanares que sobrevivían en la loma, descubriendo y juntando los vacunos perdidos entre cañadones y juncales. Y en aquel ámbito de miseria, sobre el cual adivinaba *yo* la vengativa sombra del chajá muerto, bullía y alentaba, en cambio, un mundo volátil rico hasta la locura: flamencos y cigüeñas, mirasoles y gaviotas, cuervos y cisnes, alegremente instalados en aquel paraíso de aguas quietas y de juncos vibrantes. Y los mosquitos, al atardecer, movilizados en nubes hambrientas; o aquella invasión de escuerzos que se nos metían hasta en los dormitorios, que resoplaban como gatos enfurecidos, y que matábamos, día y noche, atravesándolos con los dientes de la horquilla. Se marchaban todos, hombres y mujeres, corridos por la inundación, el hambre y la enfermedad: en la casa, demasiado grande entonces, sólo quedábamos tío Francisco, tía Martina y yo. Era necesario rehacerlo todo, ranchos y huertas, y ahorrar los pocos animales que sobrevivían: llegamos a comer la dura carne de las gaviotas que se arremolinaban detrás del arado y que abatíamos a golpes de rebenque. La nueva población se alzaría en aquella loma del árbol único, al abrigo de las crecientes: mientras tío Francisco armaba el esqueleto de la ranchería, con sus palos esquiñeros y mojineteros, con sus cumbreras y sus quinchos de paja, yo dirigía la pisadura del barro, metiéndome a caballo entre las yeguas enfangadas hasta la raíz de la cola, y obligándolas a patalear en aquel amasijo de tierra y agua, todo ello bajo el sol ardiente, la humedad y el bordoneo de los tábanos que picaban y se dormían ahítos de sangre, hasta que los reventaba yo a lonjazos en el pescuezo de las yeguas. Tío Francisco reía o canturreaba, masticando su tabaco negro «La Hija del Toro», mientras hundía la paja en el barro, amasaba y disponía los chorizos con que iban irguiéndose las paredes rústicas. Pero hacia el final de la obra decayó aquel hombre admirable que había vencido tantos infortunios en la llanura: se volvió taciturno y huraño, y hasta repudió (cosa increíble) su tabaquera de buche de avestruz. Aquella noche tía Martina y yo le oímos gritar órdenes de rodeo, reír y blasfemar, presa de la fiebre que lo agitaba en su catre: una noche larguísima, en que al monólogo de aquel hombre respondían afuera los mil gritos de las bestias acuáticas. Al siguiente día creció la fiebre. Tío Francisco agitaba sus manos terrosas, como si se dedicase a una construcción invisible; y, con la garganta reseca, pedía de beber, o forcejeaba por salir al patio en busca del aljibe. Tía Martina y yo debimos atarlo al catre con dos cinchones. Pero la fiebre decayó al anochecer; y tío Francisco, aparentemente lúcido, expresó una extraña urgencia de tomar chocolate. Como no lo había en nuestra casa, era necesario ir a la estación, a cinco leguas de allí, por entre campos inundados y en medio de la noche que cerraba ya, negra, caliente y húmeda como un horno: yo tenía quince años y una imaginación temerosa, pero monté sin vacilar en el caballo nochero, fui a Las Armas y regresé aún no sé cómo, a través de juncales densos, metido en el aguazal hasta la cincha, provocando en la noche un vasto azoramiento de alas, adivinando tranqueras y aflojando alambres en los palos tornique-teros. Aquella noche tío Francisco bebió su chocolate; y se hundió al punto en un sueño infantil. Pero al día

siguiente lo encontramos muerto al pie del aljibe, con una inmensa expresión de beatitud en su rostro mojado. No sé todavía cómo pude yo, casi un chico, desnudar, lavar y vestir aquel cadáver cuyos miembros pesaban como lingotes, mientras que tía Martina, petrificada en su dolor, balbucía frases incoherentes ante una imagen de Nuestra Señora de Lujan que reposaba en un esquinero, entre dos velas encendidas. Era necesario luego buscar la tropilla, elegir caballos, atar el vagón y dirigirse a Maipú, donde se haría el velorio y entierro de tío Francisco. A falta del corral que había destruido la creciente, solíamos juntar la tropilla en un rincón del alambrado; pero aquella mañana los animales estaban como enloquecidos, tal vez a causa del viento: por tres veces, cuando ya los tenía juntos, la yegua madrina encabezó el sonoro desbande; ¡la hubiera cosido a puñaladas! Por fin, con el sol alto ya, tomamos el rumbo de Maipú: en la caja del vagón, sobre dos colchones, yacía el cuerpo de tío Francisco, descubierta la cara, sonriente aún en su expresión de gozo final: yo manejaba en el pescante, con las cuatro riendas en el puño; y a mi lado tía Martina era una esfinge de semblante contraído, sin gestos ni lágrimas. Atravesábamos los bajíos: alas blancas, rosas y negras batían el aire sobre nosotros; cimbraban los juncos en flor y relucía el espejo ferruginoso de los cañadones. Pero la cabeza de tío Francisco, zarandeada en el viaje, sonreía y se balanceaba en un continuo movimiento de negación, como si, aleccionado ya en una realidad más honda, tío Francisco renunciase a la hermosura visible de este mundo por otra hermosura que sólo ven los ojos entornados. A medida que se remontaba el sol, ascendíamos nosotros a las tierras altas, allá donde los trigos reían sí, donde las flores cantaban sí, donde rebaños y pastores decían sí. Pero la cabeza oscilante negaba y sonreía: en su barba se había enredado una mariposa verde.

Adán Buenosayres tantea distraídamente su bolsillo en busca de pipa y tabaquera. Inútil. Olvidadas.

—Vidas heroicas y sin laurel en la llanura: muertes heroicas y sin laurel. Tío Francisco, abuelo Sebastián, tía Josefa, el pampa Casiano: todos evadidos allá, en la loma de Maipú; acostados y dormidos en la tierra olorosa, después de su batalla con la tierra; todos reconciliados con la tierra, en un abrazo último; y tal vez con el cielo, porque lo merecían...

Adán se demora en aquel regreso de medianoche: su andar es lento y dubitativo, como el de alguien que no desea llegar, íntima es la noche, abstracta la calle, sin principio ni término la lluvia. Y Adán quisiera olvidar y olvidarse, acunado por el viento, o disolverse como un pedazo de sal en el agua que cae y cae susurrando su antigua canción de diluvio; pero todo él es un ojo desvelado que se vuelve a sí mismo y se contempla en una fría mirada. Se ha detenido ahora junto al umbral de la vieja Cloto, desierto como la noche: allí, a la sombra de Cloto la hilandera, los niños jugaban al Ángel y el Demonio. Adán toca el mármol helado, en una suerte de caricia.

—Un juego de símbolos. ¿Qué buscan Ángel y Demonio? Una flor. ¿Qué flor? La alegre o triste rosa predestinada. Sí, el juego de los juegos, acaso. Pero si el alma recibe nombre de rosa o de clavel antes que Ángel y Demonio vengan a reclamar su clavel o su rosa, ¿dónde queda el libre albedrío de las almas y dónde su responsabilidad? Juego de leyes oscuras: los teólogos en suspenso. En todo caso, los chicos lo juegan con alegría, como si fuese una comedia y no un drama. ¿Y si no fuese un drama, sino una comedia inefable del gran Autor? Entonces habría que jugarla como los niños, con inocencia y alegría, con ese maravilloso entregamiento de los niños y de los santos. El drama está en haber perdido inocencia y alegría. Por eso aconsejaba Él: «Haceos como niños». ¡Difícil! ¡Ah, la vieja Cloto ha jugado bien, sin duda: creo que la eligió el Ángel! Nos encontramos algunas veces, al amanecer, frente a San Bernardo: yo vuelvo de la noche, sin haberla dormido, sucio de malgastadas vigilias y avergonzado ante la nueva luz que me hiere como un remordimiento; Cloto sale de la iglesia, tras haber oído la misa de alba, con su remendado chalón en la cabeza y su antiguo rosario entre los dedos. Nos miramos, yo sucio y envidioso, ella limpia y exacta. Me sonríe: creo que me sonríe a mí sólo, a menos que la sonrisa de la vieja sea universal como la luz. Y Cloto me redime con su mirada y su sonrisa: lo sabe todo y me absuelve, tal vez porque ha recobrado la sabiduría de los

niños que juegan al Ángel y el Demonio. ¡Qué bueno sería esta noche apoyar las sienes en sus duras rodillas de abuela, y escuchar de su boca el gran secreto!

Pero vacío está el umbral de Cloto, y Adán Buenosayres lo toca, en una suerte de caricia. La noche sin límites, la calle borrosa y la infinita lluvia crean en torno suyo un ambiente abstracto en el cual, sin esfuerzo alguno, adivina el alma y se adivina. Nunca sintió Adán, como ahora, la certidumbre de una gran adivinación; pero todo él es un ojo desvelado que se vuelve a sí mismo, abarca su propia indignidad y se dice que ya es demasiado tarde para recoger la sabiduría de Cloto. Por eso, al retomar su camino, lleva en sí la noción de su muerte definitiva. ¡No sabe —y es bueno que no lo sepa— que sólo va herido y que la naturaleza de sus llagas es admirable! Se cree solo y derrotado, ¡y no sabe que a su alrededor milicias invisibles acaban de reunirse y combaten ahora por su alma, en un silencioso entrevero de espadas angélicas y tridentes demoníacos! No lo sabe, ¡y es bueno que lo ignore! Pero, ¿no es aquella la Flor del Barrio? Sí, Adán reconoce a la Flor del Barrio que, metida en el hueco de su puerta, aguarda como siempre al Desconocido, puestos los ojos en el fondo de la calle, pintarrajeada y vestida como una novia de juguete. Según el ritmo del viento, un farol bailarín le arroja y le retira su chorro de luz; y Adán, enfrentado ahora con la mujer, observa que su rostro embadurnado de cremas no tiene vida, que no se mueven sus pestañas duras de *rimmel,* que sus miembros están rígidos como nunca bajo la ropa de colores abigarrados. Y le pregunta él: «Flor del Barrio, ¿a quién esperas?» ¡Nada! La Flor del Barrio no responde. Un terror desconocido se apodera entonces de Adán Buenosayres: le parece advertir ahora un algo de artificial en aquellos ojos, en aquella boca, en aquellos petrificados músculos faciales. La sugestión es tan viva, que Adán no resiste al impulso de tocar aquel rostro. Pero no bien lo hace, una máscara de cartón se le queda entre los dedos. Y aparece detrás el verdadero semblante de la Flor del Barrio: los ojos cóncavos, la nariz roída, la desdentada boca de la Muerte.

—¡Imaginación! ¡Afanada siempre, como ahora, en su telar mentiroso! No me bastó forzar a las criaturas, exigiéndoles lo que no debían o no sabían dar; sino que, apoderándome de sus fantasmas, les hice cumplir destinos extraños a su esencia, poéticos algunos y otros inconfesables. ¡En cuántas posiciones inventadas me coloqué yo mismo, tejedor de humo, desde mi niñez! Confieso haber imaginado entonces la muerte de mi madre, y haberla padecido en sueños, como si fuese verdadera.

Confieso haber derrotado al campeón mundial Jack Dempsey, en el Madison Square Garden de Nueva York, ante la gritería frenética de cien mil espectadores. Confieso haber hecho saltar la banca de Montecarlo, en una noche prodigiosa, y haberme alejado luego, rico de oro y de melancolía, entre una doble hilera de tahúres corteses y bellas prostitutas internacionales. Confieso haber padecido la furia de Orlando, a causa de celosos amores, y haber demolido a Villa Crespo, sin otro utensilio que una maza de combate. Confieso haber sido *pioneer* de la Patagonia, y haber fundado allí la ciudad y puerto de Orionópolis, famosa por su expansión naval, dueña y señora de los siete mares. Confieso haber ejercido la dictadura de mi patria, la cual, bajo mi férula, conoció una nueva Edad de Oro mediante la aplicación de las doctrinas políticas de Aristóteles. Confieso haberme dado al más puro ascetismo en la provincia de Corrientes, donde curé leprosos, hice milagros y alcancé la bienaventuranza. Confieso haber vivido existencias poético-filosófico-heroico licenciosas en la India de Rama, en el Egipto de Menés, en la Grecia de Platón, en la Roma de Virgilio, en la Edad Media del monje Abelardo, en... ¡Basta!

Adán Buenosayres quiere librarse de aquellos monstruosos hijos de su imaginación que vuelven ahora, uno tras otro, desfilan ante su avergonzada conciencia, esbozan gestos ridículos, posturas teatrales, actitudes malditas. Pero los monstruos insisten; y Adán tiene la impresión de que giran en torno suyo, riendo como demonios, palmeando sus bocas ululantes y guiñando sus ojos malignos, en una ronda carnavalesca.

—¡Basta! ¡Basta! He malogrado mi único destino real, por asumir cien formas inventadas, tejedor de humo. O tal vez, a la manera de un dios inmóvil que, sin alterarse ni romper su necesaria unidad, desarrollase *ad intra* sus posibilidades, como soñando... ¿Analogía? ¡No! Megalomanía. ¡Sólo un literato!

Espadas angélicas y tridentes demoníacos chocan sin ruido en la calle Gurruchaga: se disputan el alma de Adán Buenosayres, un literato; porque, según la economía suprema, vale más el alma de un hombre que todo el universo visible. Pero Adán no lo sabe, y es bueno que no lo sepa todavía. ¡Puf! Sus narices captan ahora las primeras emanaciones de la curtiembre «La Universal», que se yergue a un tiro de piedra, con sus muros apestados y sus ventanales ciegos, viscosa y reluciente bajo la lluvia, como un hongo maligno. Antes de afrontar la curtiembre, Adán se para en la esquina, dudando aún: ¿hará él, como de costumbre, una inspiración profunda, y salvará el área peligrosa, contenido el aliento y a la carrera?

—Úlcera del arrabal: capitalistas desalmados e inspectores coimeros. Un olor de carroña, día y noche. Sí, el mismo de los animales muertos en la llanura: yo los he visto podrirse al sol, hirvientes de gusanos y zumbantes de moscas, exhibiendo a plena luz toda la gama de verdes y violetas enfermizos que da la carne corrompida. Más asqueroso aún el hedor de la carroña humana: en el cementerio de Maipú, aquel día, mientras exhumaban los restos del abuelo Sebastián, conocí el olor terrible, y se me anudó el estómago en una dolorosa náusea. La carne corruptible no soporta el asco de su propia disolución. Pero el alma no tiene olfato: ¡venerable Antígona, disputando a cuervos y hombres el cadáver de su hermano, cumpliendo el rito fúnebre, a medianoche, sólita su alma entre la polvareda y el hedor con que la carne grita su derrota! O aquella Rosa de Lima, bebiendo los humores de la úlcera para humillar la rebeldía de su cuerpo tan mortificado ya; o Ramón Lulio, que aconsejaba no rehuir el olor de las letrinas, a fin de recordar a menudo lo que da el cuerpo de sí mismo en su tan frecuentemente olvidada miseria. ¿Y por qué no lo haría yo esta noche? ¡Absurdo!

Pero Adán se ha lanzado sobre la curtiembre, y, entre avergonzado y curioso de sí mismo, recorre ya su acera con deliberada lentitud, aspirando los hedores que van haciéndose más intensos a medida que avanza. Y una gran ansiedad se apodera, entretanto, de las milicias invisibles que luchan a su alrededor. Porque la batalla cobrará otro ritmo ahora que Adán, sin saberlo, se ha declarado beligerante. Ya está él junto al portón de la curtiembre, debajo del cual se deslizan aguas negras y chorreaduras viscosas: detenido allí, Adán apoya su cabeza en el hierro mojado y recibe a fondo las emanaciones. Una primera náusea lo sacude hasta los pies; luego, entre angustias y trasudores, vomita largamente contra el portón. Jadeante aún, y secándose lágrimas y sudores con su pañuelo, Adán ojea la calle:

—Afortunadamente, ni un solo testigo.

¡Ignora él que a su alrededor mil ojos atentos lo siguen, y que la batalla recrudece ahora en torno suyo, porque se acercan ya instantes definitivos! Adán no lo sabe, y es bueno que lo ignore todavía: curioso de sí mismo, sonriéndose ante la visible inutilidad de su gesto, abandona el portón y reanuda su marcha. La desarmonía de su cuerpo logró silenciar por un instante aquellas voces íntimas que han venido persiguiéndolo a lo largo de la calle; pero no bien se aleja de la curtiembre, acuden otras voces, murmuran o gritan en su alma, como si la calle supiera el número exacto de sus remordimientos y se los recordase, uno por uno, con la prolijidad inexorable de un juez. Allí está el zaguán de las muchachas (¡bisbiseo, susurros!), desierto ahora, sombrío *y* mojado como una gruta.

—Cuerpos jóvenes, ayer, adulados por la luz y encarecidos en el elogio que les gritaba mi sangre desde aquí mismo: Ladeazul, Ladeverde, Laderrosa, dispersadas las tres en mil gestos provocadores (¡ah, sin saberlo quizás, o sabiéndolo acaso desde la primera Eva!). Esplendor animal que se dirige, llamando, a los oídos de la carne; pero que llama con la voz espiritual de la hermosura. ¡Sí, allí está el equívoco y la trampa invisible! Yo caí mil veces, antes de saberlo; y después otras mil, pero entonces con la conciencia turbia del que se presta voluntariamente a un juego vergonzoso. He tomado esas formas de mujer: las he transfigurado, incensado y cantado; para humillarlas, destruirlas y abandonarlas más tarde, según la violencia de mi sed o el desengaño de mi sed.

Saboreando la amargura de aquellos reproches íntimos, Adán Buenosayres pugna, en su congoja, por que no salgan del terreno abstracto en que todavía resuenan, temeroso de las imágenes que ya despiertan

en su memoria, que se adelantan ya como vividos testimonios, que algo dicen o gesticulan, imprecisas aún. Pero las imágenes vencen al fin y se abalanzan: le gritan sus nombres de mujer, se desnudan con impudor animal, exhiben fríamente sus costumbres de amor, lanzan el aullido mecánico de sus éxtasis, repiten como loros las palabras tremendas que un día les dictó su locura. Y Adán Buenosayres, acorralado, trata de combatirlas, acallarlas y devolverlas a la sombra de que salieron. Pero nuevas figuras avanzan ahora; y al reconocerlas Adán siente un escalofrío de terror. Porque no son las criaturas vehementes que se quemaron un día en sus propios ruegos, sino las despojadas y ofendidas, las que padecieron violencia y cosecharon dolor. ¡Y están mostrándole ya sus caras dulcemente llorosas, o sus gestos de furia, o sus bocas abiertas en son de ruego, apostrofe o amenaza! Pero, entre todas, una figura se yergue de pronto, Euménide terrible.

—¡No, ella no! —suplica, balbuce Adán, cubierto de un sudor helado.

Porque la Euménide le clava ya sus ojos resecos y le tiende una mano roja de sangre.

—¡Ella no! —repite Adán, *y* gira sobre sí mismo, como sacudiéndose aquella imagen vengativa.

Entonces le parece que toda la calle se levanta contra él y grita con cada una de sus puertas, ventanas y claraboyas: «¡Adán Buenosayres! ¡Es Adán Buenosayres!» Y Adán huye ahora, cruza la calle Gurruchaga, perseguido de cerca por la Euménide que aúlla detrás palabras ininteligibles. Ruth, la declamadora, cacarea desde su cigarrería «¡Melpómene, la Musa de la tragedia, viene!» Y Polifemo, desde su rincón, tiende una mano hacia el Cristo de las alturas y recita, como un diablo irónico: «¡Dioooos se lo pagaraaaaá!»

La iglesia de San Bernardo yergue su torre única en la noche: cerrada está la verja, desierto el atrio y sin más vida que la de sus palmeras desmelenadas al viento. Adán Buenosayres se ha detenido allí, con el resuello agitado y el corazón batiente. Prendido a la reja, mira en torno suyo y escucha: nadie y nada: se han callado las voces y desvanecido las imágenes. Entonces la espesa nube de sus terrores, angustias y remordimientos estalla en un sollozo que lo sacude y ahoga, como la náusea de la curtiembre. Luego, sin abandonar la reja, levanta sus ojos hasta el Cristo de la Mano Rota; y permanece así, mirándolo y llorando suavemente:

—Señor, confieso en ti al Verbo que, sólo con nombrarlos, creó los cielos y la tierra. Desde mi niñez te he reconocido y admirado en la maravilla de tus obras. Pero sólo me fue dado rastrearte por las huellas peligrosas de la hermosura; y extravié los caminos y en ellos me demoré; hasta olvidar que sólo eran caminos, y yo sólo un viajero, y tú el fin de mi viaje.

Adán se interrumpe aquí súbitamente desalentado: le parece advertir que sus palabras interiores, lejos de ganar altura, se abaten como pájaros de arcilla no bien intentan remontar el vuelo. Y, entretanto, espadas angélicas y tridentes demoníacos han suspendido su contienda; porque llegó la hora en que Adán Buenosayres debe combatir solo.

—Señor —insiste ahora en su alma—, también confieso en ti al verbo que, por amor del hombre, tomó la forma del hombre, asumió su infinita deuda y la redimió en el Calvario. Nunca me fue difícil entender el prodigio de tu encarnación humana y los misterios de tu vida y tu muerte. Pero en tristes caminos malogré y ofendí la inteligencia que me diste como regalo.

Con los ojos puestos en el Cristo de la Mano Rota, guarda silencio Adán, esperando un signo inteligible, un solo eco de sus voces, la sombra de una comunicación. Pero no advierte señal alguna, como no sea el frío estelar que parece llover desde lo alto sobre su agonía. Entonces comienza en él un relajamiento más doloroso que la tensión. Adán ignora que mil ojos invisibles están llorando por él en las alturas, y que los de la espada, en torno suyo, han comenzado a mirarse y a sonreírse, como si desde la eternidad poseyeran un secreto inviolable. Y Adán intenta el último llamado:

—Señor, ¡no puedo más conmigo! Estoy cansado hasta la muerte. Yo...

Las campanas del cielo han comenzado a redoblar, y redoblan a fiesta. Voces triunfales estallan en los nueve coros de arriba; porque vale más el alma de un hombre que toda la creación visible, y porque un

alma está peleando bien junto a la reja de San Bernardo. Pero Adán Buenosayres no las oye, y es bueno que no las oiga todavía: con sus ojos puestos en el Cristo de la Mano Rota, vuelve a esperar el anuncio de Alguien que tal vez lo haya escuchado. Y otra vez le contestan el silencio que mana del cosmos, el silbo de las palmeras aventadas y el canturreo de la lluvia. Su voluntad se quiebra entonces: desciende su mirada, gira él sobre sus talones y permanece allí como anonadado, frente al círculo de luz que un farol proyecta en los adoquines de la calle. Un perrito negro anda por allí, sentándose acá y allá sobre sus patas traseras, gimiendo y olfateando lugares, en el tormento de una deposición trabajosa; y Adán Buenosayres, muerto para sí mismo, sigue ahora con ojos todavía mojados las alternativas de aquel pequeño drama.

El cuzco negro se ha perdido en la noche. Adán cruza la calle Warnes y se interna en la de Monte Egmont: a la crisis de su alma sucede ahora un gran silencio interior que nace del mutismo en que han entrado su memoria, su entendimiento y su voluntad. Pero, ¿qué figura es aquella que duerme tendida en el umbral de su casa?

—Un linyera —se responde Adán—. Un pobre linyera que ha dado con sus huesos en Buenos Aires y se tumba donde lo agarra la noche.

Llaves en mano, Adán considera ese montón de trapos y envoltorios que se arrebuja en el umbral. Pero aquel hombre o no dormía o ha despertado, porque ahora se pone de pie y aguarda mansamente, como si el de aguardar fuera su gesto ineluctable. A la luz del farol esquinero, Adán contempla un rostro de barbas cobrizas y dos ojos entre consternados y alegres.

—¿Qué hace aquí? —le interroga.

—Espero.

—¿A quién?

El hombre de la noche ha sonreído.

—¡Qué sé yo! A todos.

Abriendo la puerta de calle, Adán piensa en el colchón que le sobra, en el escándalo que le armará doña Francisca no bien lo sepa y en el júbilo rencoroso de Irma.

—Entre —le dice al linyera, que ya recoge sus trastos.

Sin decir palabra, el hombre de la noche ha obedecido; y Adán lo ayuda en la tarea de cargar los atados roñosos que forman su equipaje. Luego, en plena oscuridad, sube hasta la puerta cancel y hace girar el llavín de la luz. Pero, al volverse, descubre que su hombre ha desaparecido. Baja corriendo la escalera, sale a la calle y escudriña en todos los rumbos: nada.

—Un pobre linyera —se repite Adán Buenosayres—. Claro, ha preferido su libre intemperie.

Cierra la puerta de calle, sube a su cuarto, y no enciende la luz, temeroso de que sus objetos íntimos le salten a la vista y lo despojen del vacío absoluto en que ahora descansa. Se desviste en la sombra y extiende su cuerpo dolorido en el camaranchón que rechina: el sueño desciende a él como una gran recompensa.

Adán sueña que avanza con una legión de guerreros anacrónicamente armados, entre los cuales, y a golpes de rebenque, anda, se tambalea, cae de rodillas y vuelve a incorporarse un hombre que lleva una cruz. Y, ¡cosa extraña!, en aquel hombre azotado reconoce al linyera del umbral; pero en sus barbas cobrizas hay sangre ahora, y sucios lagrimones gotean de sus ojos entre consternados y alegres. Lo más curioso de aquel sueño es que la víctima y los verdugos están cruzando una ribera semejante a la de Olivos o el Tigre, bajo un sol torrencial que se exalta en el brillo metálico de las abejas y en el subido color de las mariposas. Una multitud festiva discurre por allí, sin inmutarse al paso del cortejo (¿es que no lo ven?), indiferentes al chasquido de la fusta que no lo oyen?). Machos y hembras bailan aquí, al son de un fonógrafo portátil que se desgañita en el suelo; allá, hombres y mujeres panzudos vigilan sus asados, abren latas de conservas y arrojan papeles grasientos; los chiquitines, aullando como fieras, cazan mariposas a golpes de

toalla o apalean flaquísimos caballos de alquiler; parejas furtivas, tras un ojeo circular, se pierden con astucia en los cañaverales; viejos borrachos se insultan con lengua estropajosa, cambian golpes lentos y se desploman al fin vomitando a chorros; más allá, caras brutales, en círculo, se asoman a un reñidero donde gallos rojos de sangre batallan a espolonazos. Y Adán vuelve sus ojos al hombre de la cruz, y su ánimo se conturba en sueños ante la ceguera de aquel gentío: quiere gritarles, pero ningún sonido brota de su garganta. Observa entonces a los guerreros que marchan a su lado, y el terror lo invade, porque todas y cada una de aquellas fisonomías parecen símbolos: esta cara de tinte amarillento, con bolsas azules debajo de los ojos, es el mismo semblante de la Lujuria; en esa otra de nariz encorvada, filoso mentón y ojitos de clavo se nombra la Avaricia; allí están la Pereza de ojos lagañosos, la Cólera de apretadas mandíbulas, la Gula de doble papada y la Envidia royéndose los pulgares. Llorando de pavor, Adán tantea sus propias facciones, y en ellas descubre los mismos rasgos odiosos, mientras el cortejo se abre camino en la multitud ciega y el hombre azotado cae y se levanta.

Una gran quietud reina en el cuarto. El silencio sería total ahora sin el susurro de la lluvia y el rechinar del camaranchón bajo Adán Buenosayres que se agita en sueños. Presencias torvas retroceden: huyen vencidas y como a regañadientes hacia los cuatro ángulos del recinto. De pie junto a la cabecera, Alguien ha bajado sus armas; y apoyado en ellas vigila eternamente.

LIBRO SEXTO

(EL CUADERNO DE TAPAS AZULES)

I. Mi vida, en sus diez primeros años, nada ofrece que merezca el honor de la pluma o el ejercicio de la memoria. Es aquella una edad en que el alma, semejante a una copa vacía, se hunde hasta el fondo en el río cambiante de la realidad (que tal nombre damos en un principio al color mentiroso de la tierra), y espiga, recoge y devora la creación visible, como si sólo para esa cosecha bárbara del mundo hubiese nacido. Entonces el niño, la piedra, el árbol y el buey giran enlazados en el baile primero, sin distinciones de color ni choques de fronteras. Pero más tarde, y en virtud de su peso natural, el alma se coloca en el centro de la rueda; y desde allí, inmóvil y como en suspenso, ve que a su alrededor siguen girando las demás criaturas: el árbol en el círculo del árbol, la piedra en el círculo de la piedra y el buey en el círculo del buey. Y en ese punto el alma se pregunta cuál será su círculo entre círculos y su danza entre danzas; y como no se da respuesta ni la recibe de los otros, inicia su jornada de tribulación; porque su duda es grande y creciente su soledad. En ese conflicto se halló la mía, y en él permaneció hasta que le fue revelado su norte verdadero en la figura de Aquella por quien escribo estas páginas. Y quiero declararme con exactitud mayor en lo que a dicho estado del alma se refiere, en la esperanza de que mi relato, si algún día se publica, sea consuelo y sostén de los que siguen las veredas de Amor. Porque de amor es la carne de mi prosa, y del color de amor se tiñe su vestido.

II. Con más dulzura que tristeza evoco la imagen de aquella criatura que, con un pie todavía en la infancia y puesto ya su cuidado en los telares de la meditación, se preguntaba cuál sería su círculo entre círculos y su danza entre danzas. Mi universo infantil era la llanura de Maipú, abierta de horizonte a horizonte, y la casa erigida en terrenos bajos que favorecían la presencia del agua *y* el afincamiento de un mundo volátil cuyo millón de alas negras, blancas y rosas herían el aire y escandalizaban la luz por cualquier motivo, ya fuera la irrupción de un jinete que se abría paso en los juncales, ya las evoluciones de algún nutriera que sumaba sus trampas en el cañadón. Frescos están en mi memoria los días de Maipú, y aquella triste hora del anochecer, cuando nuestra casa parecía grande como el universo: ámbitos conocidos, rostros y voces, objetos familiares, todo era devorado por la sombra naciente, antes de que se encendieran las dulces lámparas amarillas; y si la infinitud del campo se nos metía por las ventanas abiertas, un cielo cruel en su inmensidad pesaba demasiado sobre la casa y hacía crujir los techos, a la hora en que nace un largo y sabroso pavor. Entonces era grato llorar en los rincones, pero a escondidas y en silencio, a fin de que nadie lo advirtiera, porque más de una vez, sorprendido e interrogado acerca de mis lágrimas, no supe yo qué responder a los hombres altos y a las mujeres fructuosas que sólo reían o lloraban por motivos concretos y no entenderían jamás cómo puede llorarse gratuitamente, al anochecer, cuando la vocación del llanto se anticipa en el hombre a la causa del llanto. Varones y hembras de mi estirpe lloraban o reían sin pudor, y con toda la cara, en la estación precisa de sus lloros o en la estación exacta de sus júbilos: bien arraigados en esta realidad, ejercían sobre animales y cosas no sé yo qué alegre violencia; estaban seguros en su círculo de furiosos caballos, de manadas calientes, de sementeras y flores que también respondían a una estación exacta, ¡y qué bueno era refugiarse a veces en la seguridad de aquellos brazos aguerridos que tendían los varones, o en el calor de los pechos frutales que mullían las hembras para la cabecita del niño, aunque llorara el niño sin razón, al anochecer, y aunque mujeres y hombres no entendiesen, allá en Maipú, que se pudiera llorar sin motivo alguno cuando la vocación del llanto es anterior a la causa del llanto!

Con el andar del tiempo, aquella desazón que aún ignoraba su nombre fue concretándose y esclareciéndose hasta lograr en mí una lucidez no menos dolorosa: empecé a sentir que la tierra no era ni durable ni firme bajo mis talones. Y la realidad movediza como las arenas, cuya incesante mutación veía yo en los hombres, animales y cosas de la llanura, no tardó en ocupar mis desvelos hasta un punto difícilmente creíble si ha de juzgarse por el verdor de mi edad. Aquel devenir extraño, aquella degeneración inquietante que se manifestaba en los días y las noches, las primaveras y los otoños, los nacimientos y las muertes, los júbilos y las desgracias, cuyos vaivenes misteriosos compartía yo con mi tribu de la llanura, fueron inclinán-

dome a dos mociones del alma cuyo ejercicio no he abandonado aún: cierta inclinación a la duda, que me hacía recelar de todo aquello que trajese demasiado visible la señal del tránsito y el color de la finitud; y un ansia entrañable de lo permanente, un deseo acariciado hasta las lágrimas de algún mundo en cuya estabilidad se durmiera el Tiempo y quebrara el Espacio.

La devastación del Tiempo fue lo que saltó primero a mis ojos infantiles: llegué a sentir con tal hondura el paso corrosivo de las horas, que acabé por imaginar al tiempo como un río invisible, cuyas mordientes aguas, al rodar sobre las cosas, lo iban royendo todo, la vivienda y sus hombres, la llanura y sus brutos. Aquella materialización del tiempo llegó en mí a un grado tal, que durante mis desvelos nocturnos lo sentía mover las ruedecillas de los relojes, o abrir los techos en filtrantes goteras, o morder las paredes como un sigiloso animal roedor. ¡Ah, recuerdo una fiesta de bodas, en la gran casa de Maipú! Aquella noche la alegría tuvo el cuerpo de un dios que bailaba entre cien espejos vivos y cien lámparas iridiscentes, al son de cuerdas locas y exaltados metales. La maravilla de los niños, el viento fogoso que levantaban las mujeres, el arrebato de los hombres, ¡ah, todo ello me había sumergido en la embriaguez de la hora! Y en el instante justo en que abuelo Sebastián, con la copa en la mano y tambaleándose como Sileno, aventuraba un paso de mazurca entre risas y bravos, en el instante rarísimo en que las tías luctuosas desarrugaban sus frentes bajo los negros chalones; en aquel instante mismo sentí que una voz admonitoria resonaba en mi ser, y que un viento glacial me sustraía de pronto al ritmo de la fiesta, devoraba luces y barría sonidos. Y ante mis ojos operóse una transmutación increíble: me pareció ver la obra del tiempo adelantándose ya en aquellas mujeres y aquellos hombres que bailaban enlazados; vi arrugarse las caras, hundirse los ojos y devastarse las encías; los vi a todos, retorciéndose y quemándose como las hojas de un árbol en un incendio; y vi, además, cómo se agrietaban las paredes, cómo ennegrecían los techos, cómo se derrumbaba hecha polvo la casa de Maipú. Entonces quise gritar, pero aquel grito de alarma se quebró en mis labios. Y huí vertiginosamente, rumbo a la noche, lejos de la mansión que se abatía sobre tantas cabezas. Y no se borrará de mi memoria la imagen de aquel niño que, abrazado a su caballo atento, sollozaba en una medianoche de bodas, frente a la casa llena de música.

Paralelamente, la noción del Espacio también se me aclaraba como Una pena, favorecida por la llanura cuya extensión se mide con sudores de caballo, y en la cual naciente o poniente, norte o sur eran fáciles caminos de ausencia y puntos a que volaban los ojos en atención de acariciados «egresos. Mas aquella sensación del Espacio adquiría en mí los volúmenes del terror cuando, en las noches de luna nueva, tendido yo en la gramilla, levantaba mis ojos al cielo, donde las constelaciones australes parecían colgar sobre mí como los apiñados racimos de una parra celeste. Y me digo ahora que tal vez don Bruno, el maestro rural, no debió sugerir en clase la noción de las distancias pavorosas que mediaban entre aquellos mundos y nosotros, ni calcular los miles de años que tardaría un tren de ferrocarril en llegar a la estrella Betelgeuse. Porque recuerdo que, al mirar aquellas polvaredas estelares, mi alma caía en el vértigo del abismo, anonadada toda ella por la brutalidad que gravitaba desde lo alto y que la reducía brutalmente a polvo, como en un mortero. Y lagrimeaba yo, tal un niño extraviado en un bosque, sin saber aún que todo aquel enjambre de mundos cabía en la pequeñez de un entendimiento humano, por ser el intelecto una esencia no espacial y hallarse libre de las tres dimensiones del Espacio. Al recordar aquellas lágrimas infantiles, pienso ahora que muchos niños deberán llorar aún en la llanura, bajo el agobio de las noches australes, para que se inauguren dichosas vías de ascensión en el cielo desnudo de la patria.

Poco a poco el viento de angustia que señoreaba en mi ánimo fue concediéndome vastas horas de tregua. Y, poco a poco, triunfando sobre su devastación continua, el mundo de las formas y los colores empezó a revelarme su secreto en la felicidad de una contemplación cuya virtud yo no entendía entonces, pero que me libraba de mí mismo y de mis terrores, levantándome a la dulzura de ciertos climas espirituales no gozados aún. El esplendor de aquellas formas (espigas, caballos, flores) que no sabían morir en la llanura, y que si bien desertaban en cada poniente de la materia volvían a encarnarse con igual hermosura

según el ritmo de estaciones exactas, no sólo me ofrecía un simulacro de la estabilidad que yo soñaba, sino que iba despertando en mi ser no sabía yo qué graves resonancias, como si mi entendimiento y las cosas iniciasen ya un diálogo íntimo en el cual hablaban las cosas y mi entendimiento les respondía vagamente. Sólo más tarde comprendí aquel arrebatado idioma de la belleza; y supe que mi destino era el de perseguir la hermosura según el movimiento del amor. Entretanto, me aferraba yo a la seguridad y a la delicia en que las formas de las criaturas me confirmaban graciosamente: las veía nacer, y mi corazón gozaba en su primavera; las veía morir, y mi corazón entraba en su invierno. Fue así como, durante algunos años, mi alma infantil pareció girar sobre los mismos polos de la tierra. Gracias a una tía floral (si no fue un ángel hortelano quien plantó el jardín y la huerta de Maipú) tenía yo detrás de la casa un paraíso en miniatura donde árboles bien cuidados redondeaban ese prodigio de los frutos y rendían una sombra bajo la cual prosperaban ejércitos de flores no habituales en la llanura quemada de sol y barrida de vientos. Adán en mi jardín o Robinson en mi isla, deambulaba yo a toda hora en aquel recinto: mi entendimiento discurría y zumbaba en torno de aquella hermosura, queriendo penetrar hasta el nectario inteligible de las cosas, a la manera de un abejorro que persiguiese alguna miel adivinada. Presidía yo el nacimiento de las formas: las miraba crecer hasta lograr un esplendor que se salía de madre, que rebalsaba los límites de la materia, que se hacía doloroso en razón de su misma intensidad; y aquella suma de colores, olores y sabores me hada lagrimear al fin, como en la nostalgia de no sabía yo qué gusto edénico perdido alguna vez y rescatado quizás en el sabor de aquellas formas que se rompían a fuerza de querer decirme algo. Después llegaba el otoño, *y* con él un crepúsculo de las mismas formas adorables que yo había visto crecer en el huerto y que al declinar ahora proyectaban sobre mi ánimo la grave dulzura de sus muertes. Y así como la tierra se desvestía, guardaba sus tesoros y parecía reconcentrarse toda ella en el umbral del sueño, así mi corazón iba replegándose también sobre sí mismo, entraba en su invierno, se adormecía para lo exterior y se desvelaba otra vez en el proceso íntimo de sus cavilaciones. Desfilaban los días y las noches invernales: la tormenta gruñía como un perro en el horizonte, se acercaba, retrocedía y cargaba de pronto sobre la llanura, con su escuadrón de nubes y su látigo de viento; caía la lluvia, repicaba en los techos y en los vidrios, ponía un cerco de aguas crecientes a la residencia de Maipú, enceguecía las ventanas; y era grato recorrer las alcobas en penumbra, o buscar olores entrañables en las ropas, o leer viejos papeles olvidados, o rememorar gracias antiguas en la flor seca o en la mariposa difunta que yo había guardado entre las páginas de mis libros. Y más tarde llegaba para mí cierta desazón que me conducía prematuramente a un sabroso espionaje de la primavera futura: vigilaba yo los árboles del jardín, medía la profundidad de su sueño, estudiaba su ramaje desnudo en busca de algún brote que despuntase o de alguna yema que reventara; defraudado en mi anhelo, removía la tierra y exhumaba los bulbos de jacinto, para ver si dormían aún o insinuaban ya sus tiernos espolones. ¡Inútil! La gran revelación venía de pronto, alguna mañana, tras una noche de calor y aguacero. Y era cosa de salir a la huerta y quedarse allí como deslumbrado ante una locura de glicinas que resucitaban.

Al mismo tiempo aquellas emociones iban despertando en mi ser un ansia viva de expresión, un deseo incontenible de hablar el mismo lenguaje con que me enamoraban las criaturas. Ya en el jardín y huerta de Maipú había comenzado a observar los dos tiempos de la inspiración que se daban en mí ante la hermosura de las cosas: una embriaguez fundida en lágrimas, y el nacimiento de una idea musical que se debatía en mi ser y buscaba su manifestación. Como no dispusiera yo, en mis comienzos, de arte ninguno, me valía de palabras incoherentes o voces en libertad, no por lo que significaban en ellas mismas, naturalmente, sino por el valor intencional que yo les asignaba según el caso. Así una misma frase, con el solo prestigio de su música y el de mi exaltación, era capaz de traducir las más encontradas emociones de mi espíritu; como aquella de «la rosa, la pura rosa, la descarnada rosa», que yo sabía pronunciar en todos los matices de la desolación o el júbilo. Después el arte sucedió al caos, y el orden musical a la incoherencia. Y no voy a enumerar ahora las fatigas y desvelos en que me puso el ejercicio del canto. Sólo recordaré que una mañana, leyendo mi composición en clase, don Bruno exclamó, dirigiéndose a los chicuelos: «Adán Buenosayres es

un poeta.» Y los alumnos me miraron sin entender, pero bien conocía yo la grave significación de aquellas palabras, y enrojecí de vergüenza, como si me hubiesen desnudado en público. Tenía catorce años.

III. Las anécdotas de uso corriente no abundarán en este Cuaderno, ya que, al escribirlo, no me propuse trazar la historia de un hombre, sino la de su alma. Y si algunos episodios de mi niñez ilustraron el párrafo anterior, es porque revelan tempranamente las dos o tres mociones de mi alma que han de reiterarse luego con diversa intensidad a lo largo de su historia. La pintura de dichas mociones reclamará, pues, en adelante, ya el idioma de la geometría, ya la imprecisión del símbolo, ya los colores de la visión y el sueño. Por todo lo cual mi trabajo ha de parecerse al desarrollo de un teorema o a la consideración de un enigma.

Dije al principio que mi alma, no bien hubo encontrado su primera soledad, se quedó inmóvil en el centro de la rueda. Y como desde allí observase que toda criatura se movía con gracia y obedeciendo a un ritmo exacto, comenzó a preguntarse cuál sería su movimiento propio y cuál su ritmo natural, ya que a ninguna cosa le faltaba, desde los redondos animales del cielo, que yo veía moverse durante las noches, hasta las criaturas mínimas cuyos gestos estudiaba yo en la huerta de Maipú. No obstante, ya fuese porque nadie la guiara, ya porque no hubiese alcanzado aún su madurez, el alma no tenía respuesta ni modo alguno de pedirla. Y la incertidumbre de su destino comenzó entonces a dolerle tanto, que mirándose al fin se vio a sí misma con los ojos llenos de lágrimas; lo cual fue motivo de su asombro y despunte de su ciencia, como si el hilo de su llanto y el de su meditación arrancaran al mismo tiempo y se confundiesen en adelante; porque, llorando, el alma descubría que no nació para llorar, y, sufriendo, alcanzaba de pronto su vocación de la dicha. Cierto es que ignoraba el origen y el término de aquella vocación, y es verdad que nadie se lo dijo entonces; pues quería su miseria que lo averiguara ella sola, cayéndose y levantándose mil veces en el más oscuro de los laberintos.

Por ahora, bien que al precio de su llanto, el alma conocía su vocación natural. Y, conociéndola, no es mucho que se preguntase la causa de un sinsabor que, como el suyo, era tan contrario al instinto de la felicidad que la tironeaba incesantemente. Así, contemplando su duelo y mirándose un día en el espejo amargo de sus lágrimas, he ahí que se vio sola e inmóvil; y como su llanto arreciase a la vista de aquella soledad y aquel reposo, el alma entendió claramente que no había nacido para estar sola ni para vivir inmóvil, con lo cual una materia nueva se ofreció al trabajo de su pensamiento. Porque, si no le convenía la soledad, prueba era de que tenía compañero, ya en figura de amado, ya de amigo; y si la pena estaba contradiciendo su vocación de gozo, no era mucho cifrar el término de su dicha en aquel Amigo que su soledad le reclamaba. Y en este punto nuevas cavilaciones la fatigaron al preguntarse a sí misma si le cuadraba salir en busca del Amigo incógnito, o si era el Amigo quien debería llegarse al alma en soledad. Pero advirtió muy luego que, tanto como Su soledad, le dolía su quietud; y al condenar el reposo en que se hallaba, no sólo descubrió su destino de viajera, sino que vio en la figura del Amigo el norte y fin de su posible movimiento.

Mucho había ganado mi alma en aquel despunte de su meditación, y mucho le quedaba por devanar de la madeja. Cierto es que ahora entendía la posibilidad de su movimiento; pero ignoraba, en cambio, su modo natural de traslación, ya que, mirándose y remirándose, no encontraba en sí misma ni ala ni pie ni rueda con que moverse. Por otra parte, aunque hubiese hallado el móvil que necesitaba, no habría sabido a qué norte diñarle, puesto que todo lo ignoraba del Amigo, su nombre, su forma, su virtud, su aposento. Desde entonces anduvo el alma como perdida entre dos incógnitas: la de su propio movimiento y la del Amigo adivinado. Pero ni en sí misma ni fuera de sí vislumbraba solución alguna; por lo cual entró en un largo y estudioso desvelo, siempre sola en el haz de los que se juntaban, siempre inmóvil en el círculo de los que se movían. Y así quiero pintarla, con el dedo en la sien y los ojos húmedos, fiel a sí misma como la rosa entre sus dardos. Porque así estaba en aquel día hermoso y terrible de su primavera, cuando al mirarse vio que le nacía un ala de paloma.

Digo que un ala de paloma le nacía en el hombro, y que ante la novedad de sus plumas el alma comenzó por maravillarse y acabó por ejercitar su entendimiento, reflexionando, ya en el signo del ala, ya en el número de la paloma. Y si el ala naciente le decía su potencia de vuelo, el número de la paloma le anunciaba su destino de amor. Así fue como descubrió al fin la índole de su movimiento en la traslación amorosa que tan claramente se le prometía. Pero no tardó en advertir que la amorosa traslación requiere, no sólo un Amante movible, sino también un Amado inmóvil, ni tardó en observar que, si la virtud del Amante se daba en ella con toda certidumbre, la figura del Amado se le escondía siempre, como si el instante del ala estuviera lejos aún.

IV. A parar de aquel tiempo mi alma vivió en un estado crepuscular que tanto podía ser el anuncio de una noche como el principio de una mañana. Si su entendimiento había dado luz a su voluntad, señalándole, no sólo una manera de traslación, sino también la existencia necesaria de un Amado hacia el cual debería moverse, la voluntad, con todo, no lograba salir de su quietud; porque, si bien tenía ya el *saber,* le faltaba el *sabor* del Amado; y faltándole el sabor, su apetito estaba como desierto; y desierto el apetito, no hay voluntad que se mueva, sobre todo cuando la suya es un ala de paloma. Digo, pues, que su voluntad seguía inmóvil. Al mismo tiempo callaba y se dormía su entendimiento, falto de nueva materia en que ejercitarse; con lo cual el alma se vio en una doble inmovilidad, sin *mis* acción que la de sus ojos desvelados y sin otra vida que la de su impaciencia. Claramente adivinaba, empero, que si el Amado existía (como se lo anunciaba el entendimiento), no dejaría de mostrársele alguna vez ni de llamarla por su nombre. Ahora bien, el alma no conocía su nombre verdadero, ni la voz del Amado que lo pronunciaría; y, con todo, bien segura estaba de reconocer el nombre y la voz en cuanto resonasen. Esperando lo cual giraba ella sobre sí misma, con el oído atento a los rumores de la tierra; y al girar tendía su ala de amor, como quien hace flamear una pluma en el aire para saber de qué rumbo llegará el viento. Pero todo a su alrededor estaba mudo, sin llamados la tierra y el alma sin convites. Recuerdo que por entonces (ya fuese obra de su desvelo, ya de la tensión en que la esperanza lo tenía) mi corazón estaba tan lleno de lágrimas que al menor choque se resolvía en llanto, así como una hojita cargada de rocío, no bien el aire más leve la toca. Una mirada de hombre o de mujer, el timbre de una voz que sonaba pasando, un color o un gesto bastábanle a mi corazón para su dulce tarea de lágrimas. Y era que, saliendo ahora de sí misma y contemplando el mundo con sus ojos de amor, el alma no sólo padecía, sino que daba en *compadecer,* tal como si en el semblante de las demás criaturas hallara de pronto un reflejo, correspondencia o semejanza de su propio enigma. Y recuerdo que por entonces me sobrevino un sueño extraordinario cuya exacta significación no alcancé hasta más adelante:

Me veía en un yermo dilatado y en la mitad de una noche tan profunda, que ningún vestigio de forma o de color se distinguía en la tierra ni en el cielo; y como intentase avanzar entre aquella desolación, me pareció que grandes columnas de sombra se desplomaban sin ruido sobre mi cabeza, y que mis pies no conseguían librarse del suelo arenoso en que se hallaban enterrados; por todo lo cual me debatía en una desesperación sin límites como la noche y el yermo que me aprisionaban. Y estando así, como perdido en ese clima de terror, me parecía que una maravillosa figura de hombre se alzaba de pronto a mi vera, y que se ponía luego a mirarme como ningún ojo terrestre me ha mirado jamás. Tanta luz resplandecía en la cara de aquel señor admirable, tanto poder en su hermosura y tanta gloria en su majestad, que todo mi ser empezó a conmoverse y a olvidarse de sus terrores, convertido enteramente a la gracia de aquella visión. Y sentía, en sueños, que ante la figura de aquel Hombre despertaba en mi memoria la noción de no sabía yo qué sabores perdidos ni de qué músicas extraviadas, y que, al reconocerle, mi entendimiento se conocía por vez primera en aquel Hombre y mi voluntad quería rendírsele como una bandera de amor. Luego me parecía que me hablaba él en un idioma ígneo, y que, como no entendiese yo las palabras de fuego que salían de su boca, empezaba el Hombre a caminar entre la negrura, y lo seguía yo, temeroso de perderlo. Entonces me

parecía que se obraba un prodigio: no bien aquel hombre de mi sueño rompía la marcha, soles ardientes, lunas rosadas y cometas de oro iban cuajándose a sus espaldas, en el cielo desnudo, hasta que la noche se trocaba en un espléndido mediodía; y el yermo, al solo contacto de sus pies, iba convirtiéndose ahora en un jardín amenísimo entre cuyas flores empezaron a discurrir seres brillantes y ligeros que se buscaban y se unían en mil rondas. Y me pareció que a la vista de tanta hermosura como en el jardín se manifestaba, mis ojos empezaron a desviarse del Hombre que me conducía, y a detenerse mis talones junto a los círculos de baile; hasta que me sentía como envuelto en el torbellino de la fiesta y entregado totalmente a su magia y locura. Pero, en lo mejor de aquella embriaguez, me parecía que un viento helado soplaba sobre el jardín, y que formas, colores y sonidos envejecían de pronto, y que la tierra se marchitaba como una hoja de árbol, y que soles, cometas y lunas iban extinguiéndose como lámparas al final de un convite. Sucedía entonces que, hallándome otra vez en la noche y el páramo, buscaba yo al Hombre que anteriormente se había ofrecido a mis ojos. Y como no lo encontrase, lloraba, en sueños, con tanto dolor, que desperté al fin y vi la realidad de mi llanto.

V. Así vivió mi alma no sé cuánto tiempo aún, realizando en el sueño lo que le negaba la vigilia. Y no sabía ya si esperaba o desesperaba, cuando amaneció para ella un día sobradamente hermoso y abierto a todas las revelaciones. Estaba, como dije, con el oído atento a la sonoridad del mundo, cuando le pareció que bronces invisibles tañían a primavera y que todas las criaturas, abandonando su silencio, empezaban a levantar la voz y a manifestarse de pronto en un idioma tan directo como apasionado. Aquel idioma tenía el metal de voz de la hermosura, la cual es «voz que llama»; y como el de la hermosura es un llamado de amor, y el amor tiende a la felicidad, no es raro que se conmoviera mi alma y saludase con júbilo el advenimiento de aquellas voces. ¡Oh, fortuna! Recién, no más, el alma pedía un llamado de amor que la pusiera en movimiento, ¡y he ahí que miles de llamados resonaban ahora en sus oídos, como si la tierra se pusiese a cantar por las mil bocas de sus criaturas! Recién, no más, el alma sola pedía un Amigo que destruyera su soledad, ¡y ahora reconocía en los llamados la voz de cien amigos que la invitaban desde afuera!

Así fue como salió mi alma de su primera inmovilidad, en un día que la memoria no ha olvidado. Y al dirigir su movimiento hacia las criaturas exteriores, no lo hizo en línea recta, sino en la dirección de una espiral que, arrancándola de su centro, la fue llevando siempre alrededor de sí misma, pero la distanciaba de sí misma en cada una de sus revoluciones. E insisto en la naturaleza de su movimiento, a fin de que mi lector (si alguno tuviera estas páginas mías) pueda seguir al alma en su amoroso itinerario y vencer la más aparente que verdadera oscuridad de su historia. Dije que se distanciaba de su centro en cada revolución de la espiral; digo ahora que, de llamado en llamado y de amor en amor, el alma se alejó tanto de sí misma, que llegó a perderse y a olvidarse. Y olvidando su propia esencia, se convirtió a la esencia de lo que amaba; y siendo ella una, se vio dividida en la multiplicidad de sus amores.

VI. Si las cuerdas vehementes que hice resonar en aquellos días guardasen aún fidelidad a mis manos, en este punto de la historia levantaría una canción de amores en laberinto, una canción desordenada, y ebria, y tambaleante como un vendimiador a mediodía. Rodando aquí, levantándose allá, nunca firme sobre sus pies de viento, maravillosamente perdida entre sus amores, así anduvo mi alma durante muchos años. Dije que olvidó su forma para tomar la forma de lo que amaba; y, por asombroso engaño, a lo que muerte de sí misma era dio en adelante nombre de vida, y, creyendo vivir, se fue muriendo en cada uno de sus amores. Pero una ciencia de viaje iba creciendo en ella: una sabiduría que se basaba en el gesto negativo con que las criaturas respondían a su amorosa solicitud. Porque, si en el amor de las criaturas buscaba un término de felicidad en que reposarse, le sucedía que ni su apetito se aquietaba ni se cumplía su gozo; con lo cual iba entendiendo ya el fracaso de sus amores. Ahora bien, mi alma sabía que su movimiento era legítimo; y al medir aquel fracaso dio en sospechar que lo debía, no a la naturaleza, sino al rumbo de su

movimiento; y comenzó a preguntarse ya si entre su vocación amorosa y el amor de las criaturas no existiría una desproporción incalculable.

Poco a poco, ya fuese obra de su fatiga, ya de la madurez que lograba ella en el arte del desengaño, mi alma empezó a refrenar sus movimientos, a ceñirse y a demorarse. Hasta que se detuvo por sí misma en el centro del laberinto. Y semejante al cazador que viéndose perdido en las honduras de un bosque se detiene con miedo y trata de volver sobre sus pasos, así mi alma sintió la urgencia de un retorno que la devolviese a su primera intimidad. Ya he referido cómo se apartó de su esencia en la dirección de una espiral centrífuga que, si en un sentido la distanciaba, en otro la tenía girando siempre alrededor de su centro y sujeta siempre a la ley de su atracción. Y declaro ahora que a la misma fuerza gravitante debió mi alma, no sólo el término de su dispersión, sino también la voluntad de su regreso, el cual fue iniciado según la trayectoria de una espiral centrípeta cuyos efectos no tardaron en mostrarse. Porque si el alma se había dividido en la multiplicidad de sus amores, al evadirse ahora de la prisión que le doraban las criaturas iba recobrando sus despojos y reconstruyendo su graciosa unidad. Y si al distanciarse de su centro perdió la inteligencia de sí misma, regresando ya se le adelantaba su propia imagen, y frente a día reverdeció su entendimiento como anunciándole una segunda primavera de la meditación. Regresaba ella: regresó al fin. Hasta que se quedó inmóvil frente a su centro.

VII. En adelante conocí un estado del alma que no era el de la vida ni tampoco el de la muerte, sino una posición de frontera en la cual vida y muerte se parecían y se diferenciaban. Me veía entre dos noches: la noche de abajo, es decir, la del mundo que yo abandonaba y cuyas formas, colores y sonidos me parecían ya inmensamente lejanos; y la noche de arriba, en la que mis ojos no vislumbraban ni el más leve signo del amanecer. Colocado entre una y otra noche, digo que mis ojos no se apartaban de la segunda, como si aguardasen no sé yo qué día venidero. Porque mi alma, pese a su desasimiento y abandono, sentíase misteriosamente cautiva, tal como si, al azar, hubiese mordido el anzuelo invisible de un invisible pescador que tironease desde las alturas. Y estando yo así una noche, retraído en mi cámara de vigilia e inclinado sobre un libro de oscura ciencia cuyos inútiles caracteres bailaban delante de mis ojos, me tomó un sueño profundo, en el cual se me aparecieron cosas tan admirables, que al recordarlas mi ánimo se suspende todavía:

Me hallaba en un lugar extraño, diferente de todos los que había visto yo en la tierra: cierto paisaje yermo, tenebroso y helado como una región astral. Y en sueños me parecía sufrir el mismo agobio nocturno que me atormentaba durante la vigilia, pero tan infinitamente sutil, que todo mi ser no era sino una mirada estudiosa que se paseaba sobre su misma desolación. De pronto, sin entenderlo claramente, me pareció que dos ojos atentos estaban mirándome detrás de mí. Y vuelto el rostro hacia ese lugar, vi al Hombre que se me había mostrado tantas veces en sueños, el cual me contemplaba largamente, vestido de su propia juventud y hermosura más que de su nobilísimo ropaje. Y tanta piedad leía yo en aquellos ojos, que los míos empezaron a llenarse de lágrimas. Visto lo cual el Hombre despegó sus labios y me dijo: «¿Por qué lloras?» Nada le respondía yo, sino que mi llanto arreciaba por la doble caridad de aquella voz y aquellos ojos. Y entonces vi que tendía él su brazo a las alturas y oí que me ordenaba: «¡Mira!» Levanté la frente, siguiendo el rumbo de su brazo; y me pareció ver, como clavada en la negrura de arriba, una gran esfera de vidrio semejante a un animal del cielo en la forma y en el color, pero de tan viva transparencia, que ningún punto de su masa quedaba invisible. Y lo asombroso era que aquel astro tenía como eje un cuerpo desnudo de mujer, el cual dominaba las cuatro direcciones de la esfera: al norte la cabeza, los pies al sur, el brazo derecho al este y el izquierdo al oeste. Sin embargo, yo entendía en sueños que mis ojos, apenas levantados hasta el prodigio de aquella visión, querían abatirse otra vez, tal como si se negasen a contemplarla. Notado lo cual, el Señor de la noche volvió a ordenarme: «¡Mira!» Rendido a su voz, puse otra vez mis ojos en la esfera. Y algo nuevo sucedía entonces: me pareció que al estudiar aquella enigmática figura de mujer una inquietud antigua despertaba otra vez en mi ánimo; era un flujo de voces que yo creía muer-

tas para siempre, o la resurrección de aquella imagen de la felicidad que recién había sepultado yo en el primer otoño de mi alma. Entusiasmos de ayer, gustos perdidos, hervores de guerra y frescuras de canto volvieron a señorearme a la sola contemplación de la mujer crucificada en la esfera; de modo tal que volví, en sueños, a reconstruirme y a ser lo que antes había sido, hasta olvidarme de la noche y del Señor que a tantas maravillas me convidaba. Después una gran zozobra me sobrecogía: observé de pronto que la esfera no estaba inmóvil, sino que se movía en torno de la mujer como un planeta sobre su eje; y vi que, a semejanza de la luna cuando entra en su menguante, la esfera iba decreciendo poco a poco y arrebatándome la delicia de aquella visión, hasta esconderse toda en la oscuridad primera. Lo que sentí luego no es fácil comunicar por el idioma: era un acabarme y un perderme no sabía yo en qué abismo de aniquilamiento; y si algunas aproximaciones de la muerte había conocido yo en el transcurso de mi vida, la que ahora se me presentaba en sueños era la más cabal y terrible. De pronto, y en la mitad de mi naufragio, me pareció que, asiéndome y levantándome sobre aquel abismo, la voz del Hombre me ordenaba por vez tercera: «¡Mira!» Y alzando los ojos vi un medio anillo de plata, semejante al de la luna cuando inicia su creciente, el cual iba engrosando poco a poco hasta reconstruir la esfera primitiva, como si aquel astro que yo había visto desaparecer avanzase de nuevo hacia otro plenilunio. Y me pareció que la esfera no giraba esta vez en silencio, sino que producía un sonido grave como de arco al rozar una cuerda; y oí que desde la inmensidad de la noche cien músicas bajaban o subían, respondiendo al sonido de la esfera, como si a él se ordenasen todas en la gracia unitiva del acorde. Pero cuando mis ojos alcanzaron la imagen de la mujer crucificada en el eje y el ecuador de la esfera, ya no quedó en mi ser ni voluntad ni entendimiento ni sentido alguno que no se le rindiese: no era, en verdad, la misma señora que yo había visto antes; ni tampoco era diferente, sino algo así como una sublimación de la otra. Pero si la mujer no era distinta en *sí,* lo era en los efectos que ya obraba en mi ánimo; pues al verla fui entendiendo que yo no sabría mirar otra cosa en adelante, porque mi contemplación nacía en ella y en ella se quedaba, sin retorno. Y sentí que mi corazón ardía en su fuego, como una madera olorosa, y que al morir yo en mí resucitaba en aquella mujer admirable con una vida cuyo sabor, aunque gustado en sueños, no ha de borrarse nunca de la lengua de mi alma. Después me parecía que se quebraba el encanto, al sospechar yo que la mujer de la esfera no brillaba con luz propia, sino con la de algún sol invisible para mí todavía, y del cual ella fuese luna o espejo. Y cuando apartaba mi vista de la mujer, para buscar en las tinieblas el sol incógnito que sin duda la iluminaba, desperté bruscamente y me hallé a oscuras en la soledad de mi retiro, bajo el viento que había soplado mi lámpara y revolvía los papeles de mi mesa. Recuerdo que un gallo cantaba en las brumosas lejanías, y que a través de mis cristales vi la estrella de la mañana luciendo a unos treinta grados sobre el horizonte.

Con este sueño doy fin a la historia de mi alma en lo que tiene de abstracto, para referir ahora el advenimiento de Aquella por quien escribo estas líneas y a la cual se ordenarán los párrafos siguientes como el amanecer al día o como la flor al fruto.

VIII. Fue primavera en Buenos Aires el día y la hora en que se me apareció Aquella cuyo nombre real no será escrito en estas páginas, ya que, al nacer, le fue dado por hombres y mujeres que no supieron nombrarla en el amoroso idioma que le convenía. Y si no me atrevo a declarar que la glicina y el duraznero de su casa retoñaron sólo para ella y para mi en la hora del encuentro, alabaré, en cambio, a la Gran Armonía que sabe juntar en un acorde la gracia de la mujer y la hermosura de la tierra, en el día que los hombres llaman su primero según los números del amor.

Recuerdo que yo estaba en el jardín de Saavedra, con el amigo que me había presentado y las mujeres de la casa, jóvenes todas y de gracioso talante. Mi amigo sostenía con las mujeres uno de aquellos diálogos porteños en que la palabra ingeniosa quiere a la vez ocultarlo y revelarlo todo. Y yo callaba, sonriendo a los interlocutores, pero entregado en realidad a la magia del jardín en cuyos ámbitos la tarde y el silencio eran una sola persona. Y estaba yo así, lejos y cerca de las voces amigas, cuando por el sendero de los aromos

apareció la extraordinaria criatura de mi relato: venía ella como quedándose, tan lento fue su andar en aquel instante precioso a la memoria; pero su sonrisa se le adelantaba, como si fuese un emisario suyo; y como su vestido tenía el color del aire y en el aire sutil se disipaba, no es asombroso que yo la tuviera por una visión y me preguntara si la tarde no se habría personificado en aquella suavísima figura de mujer. Tan absorto estaba yo en la tarea de admirarla y tan inusitado era el revuelo que su presencia levantaba en mi ánimo, que no supe contestar a su saludo cuando, tras oír mi nombre de boca de sus hermanas, ella inclinó la frente y abatió los ojos. Pero, si mi lengua enmudecía, una voz no extranjera para mí se levantaba ya sobre aquel nuevo tumulto de mi corazón y parecía exclamar, como respondiendo finalmente a la pregunta viva en torno de la cual giraba mi ser desde hacía tiempo: «¡Ahí está el rumbo del ala y el norte de la paloma!»

Temeroso de que mi turbación se hiciera notable a las personas que me rodeaban, traté de seguir entonces la conversación del amigo y las mujeres. Pero mis *ojos no sabían* irse de Aquella (que con tal nombre será llamada en adelante), la cual, como si no se atreviese aún a levantar su voz entre las ya maduras de sus hermanas, sonreía callando, rendido a tierra su mirar, circunstancia feliz que me permitía entregarme discretamente a su contemplación, en la cual mis ojos parecían descubrir ahora su oficio verdadero: No se hallaba todavía en la flor de sus años; pero toda ella, según vi, no era sino un gesto de amanecer comparable al del alba cuando quiere y no quiere ser el día. Las tres dimensiones de su cuerpo eran un éxtasis del espacio, cada latido suyo una delicia del tiempo y toda ella un lugar de sublimación para la luz. Al verla, no atinaba yo a discernir qué forma substancial o qué adorable número creador se había encarnado en su frágil arcilla, pero sí a entender que se trataba de un número rebosante, o de una forma que trascendía o rebalsaba en cierta hermosura cuyo esplendor ya no estaba en ella, sino delante de ella, como su mensajero, y a sus espaldas, como su sombra, y a su derecha, como su lanza, y a su izquierda, como su escudo. Alta y recta bajo el vestido aéreo que la recataba, su forma parecía iniciar un doloroso despunte, como el de la yema que se hincha *y* rompe y aventura un gajo. Y al observar aquella tensión de su ser hacia la vida y la estatura de su gracia junto a la de las otras mujeres, recordé un poema del amigo cuyos dos renglones iniciales dicen así:

Entre mujeres alta ya, la niña
quiere llamarse Viento...

Y tanto le cuadraba esa imagen del amigo, que sin dejar de mirarla repetía yo *in mente* los dos versos, maravillado de que sólo en aquel instante se me revelara su sentido. Porque, si Viento era el nombre que le convenía, de viento sería su pie y de viento su mano cuando se levantase y cayera sobre la flor del alma. Con lo cual temblaba la mía, como si ante aquella mujer adivinase ya el comienzo de otro dolor y el preludio de otra guerra.

Con el ritmo alegre de la tertulia crecía el tumulto de mi ser. Y sintiéndome como dividido en la atención de las voces que me llegaban de afuera y las que no podían sosegarse dentro de mí, resolví alejarme y lo hice, deseoso de medir en la soledad el tamaño de aquel nuevo conflicto. Así abandoné la casa de Saavedra, y así, como en sueños, recorrí el espacio que la distanciaba de mis cuatro paredes habituales. Y no bien hube llegado a ese retiro, mi alma, recogida en su intimidad, empezó a reconstruir la imagen de Aquella con todas sus líneas, pesos y colores, de modo tan perfecto que, ante la sola imagen, volvió a temblar y a maravillarse, no porque desconociera la índole de su turbación, sino porque, habiéndola conocido hasta el desengaño, se venía creyendo libre de toda nueva inquietud y como abroquelada en su inmovilidad. Por eso fue que, sustrayéndose un instante a la dulzura de aquel nuevo llamado, mi alma comenzó a reprocharse su fragilidad y a decirse: «¿Cómo? Después de tan largo viaje, ¿te lanzarás otra vez al río engañoso de las

criaturas? ¿Descenderás nuevamente a la finitud y peligro de los amores terrenos, después de haber alcanzado la noción de un amor infinito?» Pero las voces de su alarma no conseguían derrotar el encanto de la visión que llevaba consigo. Antes bien, girando en torno de aquella imagen, entendía que, cuanto más la contemplaba, más iba rindiéndose a ella su voluntad. Entretanto la noche había caído sobre la tierra y poblaba de sombras mi habitación. Recuerdo que abrí entonces las dos hojas de mi ventana, y que, dejándome caer en un sillón, me puse a contemplar el cielo estrellado en cuya bóveda un creciente de luna fingía navegar sobre nubecitas de plata. El aire de la noche primaveral, húmedo y fragante como el aliento de una niña, suscitaba en mi ser un escalofrío largamente olvidado y traía no sé yo qué indecibles frescuras a la sequedad de mi alma, como si de pronto la invitase a retoñar otra vez. Desde la calle arrabalera subía un coro de voces infantiles:

Entre San Pedro y San Juan
hicieron un barco nuevo:
las velas eran de plata,
los remos eran de acero...

Dejando vagar mis ojos en el campo de las estrellas, observaba yo que una ternura de otros días reconquistaba mi corazón y lo inducía en amplios caminos de benignidad. Y era tanta la misericordia que parecía llover de lo alto en aquella noche memorable, que de pronto mis ojos empezaron a lagrimear, y no ahora de angustia, según acostumbraban, sino del alivio y la paz que me traía el cielo nocturno. Sucedió entonces que, atribuyendo a la revelación de Aquella tan bondadosos efectos, volví a contemplarla en imaginación y a retomar el hilo de mi soliloquio, preguntándome cuál sería el bien que se me anunciaba en aquella misteriosa figura de niña:

En primer lugar advertí (recordando el episodio de la tarde) que la visión de aquella mujer en Saavedra me había causado un súbito deslumbramiento, como el que produce la hermosura. Y al contemplar ahora su imagen no dudaba que sólo a su belleza debía imputarse aquel efecto de luz. Además me decía yo que no hay deslumbramiento sin algún «esplendor» que lo cause; y recordaba que toda hermosura se definía como cierto «esplendor». En seguida hice dos observaciones paralelas: me dije, por una parte, que todo esplendor supone un «esplendente», por lo cual era dado preguntarse «qué cosa resplandecía en Aquella» o «esplendor de qué cosa era su hermosura»; observaba, por la otra, que su belleza no producía en mí un deslumbramiento de los ojos, como la luz material, sino un deslumbramiento del alma, como la luz inteligible. Ahora bien, siendo su hermosura una luz que yo alcanzaba por vía de mi entendimiento, y siendo el entendimiento una potencia que tiende a la verdad, me dije que su belleza no podía ser otra cosa que el esplendor de algo verdadero. Ciertamente, la última conclusión no me decía gran cosa, pues teniendo yo la certidumbre de que su hermosura me revelaba la presencia de algo verdadero, seguía ignorando la verdad que Aquella me revelaba. Y ahora entendía yo el doble significado de la palabra «revelación», puesto que su belleza levantaba una punta del velo que cubría su verdad, y lo dejaba caer nuevamente, como queriendo y no queriendo manifestarla. Pero la hermosura que yo tenía delante no sólo era materia de mi entendimiento, sino que también solicitaba mi voluntad, atrayéndola según el estilo del amor que yo tanto conocía y del que tanto desconfiaba; y para ello era necesario que lo que mi entendimiento conocía como verdadero apareciese como bueno ante mi voluntad. Seguramente se trataba de una misma cosa, la cual exhibía un rostro distinto según la considerase una u otra potencia del alma. Pero, así como no había dado yo en la naturaleza íntima de su verdad, tampoco daba en la de su bien: sólo sabía yo que ante su imagen obraban, mi entendimiento por la luz, mi voluntad por el amor, y que lo hacían en un acto simultáneo, de

modo tal que, al contemplar su imagen, yo no sabía si la amaba ya porque la conocía o si la conocía ya porque la amaba.

Sin embargo, un clamor de la prudencia se levantaba todavía en mi ser, diciéndome que una hermosura igual y de parecidos efectos me había inclinado muchas veces al engañoso amor. Pero al evocar mis antiguos amores, recordaba yo que se habían resuelto en una moción directa y brutal hacia las criaturas, mientras que ahora mi alma parecía moverse con otro ritmo. Dos movimientos observaba yo en ella: uno de traslación en torno de la mujer suavísima, por el cual mi alma la cercaba en lentos giros, la medía y estudiaba con amoroso cuidado; y otro de rotación sobre su eje, gracias al cual mi alma iba estudiándose a sí misma en el modo y efectos de su contemplación.

IX. El día siguiente y los dos o tres que le sucedieron han dejado en mi memoria un recuerdo vivo, sólo comparable al del gozoso despertar que sigue tras un sueño de espanto. Describí ya, en otra parte de mi Cuaderno, la desolación a que había llegado mi alma y el vuelo estéril de mi inteligencia sobre su propia ruina. Diré ahora que, al solo influjo de la criatura revelada en Saavedra, todo mi ser pareció entregarse al ritmo de una vida naciente y al asombro de sentirse resucitar de entre su ceniza. Recuerdo que las flamantes emociones, los recelos antiguos y las encontradas ideas me hacían parecer estrecho el ámbito de mi habitación, hasta el punto de obligarme buscar el aire libre y la luz abierta, en largas correrías que, lejos de apaciguarlo, acrecentaban el tumulto de mi corazón. Dije que la primavera de Buenos Aires y la mujer de mi desvelo se habían manifestado juntas; y sucedía en mis paseos que a la embriaguez interior de mi alma se unía la exterior de la tierra, cuyo ferviente despertar gravitaba sobre las criaturas induciéndolas en caminos de exaltación. Con preferencia recorría yo los barrios humildes, y sobre todo las asoleadas calles de mi Villa Crespo: allá el cielo primaveral, claro y húmedo, resplandecía como una gran mirada de ternura; en la copa de los árboles callejeros una luz verde anunciaba el reventar de las yemas; había un preludio de flores en los jardines íntimos y en los patios cordiales. Y mis ojos, abiertos como nunca, devoraban los signos de aquella primavera y mordían el azul de aquel cielo redondo y liso como una fruta. Todo era importante: la risa caliente de los chicos, una voz de mujer a lo lejos, la oscilación de un pájaro en una rama, el color de una piedra. No sé yo qué linaje de simpatía desbordaba en mi pecho ante lo más humilde y lo más callado: era una sabrosa inteligencia de amor y un deseo de apretar contra mi alma el haz viviente de las criaturas.

Una noche (la tercera después del encuentro), no sé aún si el azar de mis correrías o el anhelo de acercarme otra vez a la mujer de mi aventura condujo mis pasos hasta Saavedra. Jamás el peso de noche alguna me había parecido tan leve al caer sobre mis hombros, ni tan vecino de Saavedra el cielo. Ambulaba yo por las calles nocturnas, junto a las verjas y los muros empenachados de glicinas cuyos racimos acariciaban mi frente y traían a mi memoria un entrañable sabor de primaveras levantadas y caídas allá, en Maipú, o tal vez más lejos, en una huerta que ahora vigilaban los ángeles. El aire de la noche, dulce como un vino, y el silencio turbado sólo por el roce de las hojas o por el bullir de un ave que piaba entre sueños, me hacían conocer una serenidad nunca gustada por mí hasta entonces. Y en ese clima el trabajo de mi pensamiento ya no era una fatigosa urdimbre de palabras interiores, sino una segura intuición de las cosas, que parecía lograrse con sólo abrir los ojos y el oído del alma. Por vez primera ejercía yo aquel sabroso estilo de conocer. Y como toda esa luz me llegaba por el espejo de Aquella, comencé a sospechar que un misterio la escondía y la manifestaba: la escondía en su esencia y la manifestaba en su operación.

Ignoro si era la vislumbre de su misterio lo que aceleraba el ritmo de mi corazón y demoraba el de mis pasos a medida que me acercaba yo al lugar de su residencia. Sólo sé que, ya próximo a su jardín, comenzaron a Saquearme las rodillas y tuve que buscar el arrimo de un árbol. El jardín de Aquella estaba circundado por una verja de hierro, entre cuyos barrotes añosas madreselvas habían tejido su maraña y edificado un muro fragante que se interponía entre la intimidad de la casa y la indiscreción de los ojos exteriores. Re-

cuerdo que mis manos, abriéndose camino en la espesura, consiguieron romper la muralla de hojas y hacer un agujero por el cual me fue dado abarcar el jardín vestido de tinieblas, en cuyo centro la casa erguía su firme arquitectura. Observé largamente: siluetas ágiles atravesaban el rectángulo luminoso de las ventanas; a mis oídos venía un susurro de conversaciones familiares, entrecortado a veces por el filo de una risa juvenil o por silencios que se abatían de pronto sobre la casa como aves de presa. Si un aire más liviano parecía circular en torno de la mansión, un cielo más benigno la coronaba sin duda. Y no tenía yo en aquel instante otra vitalidad que la de mis ojos y oídos, los cuales trataban de sorprender la más leve pulsación de la casa, en su deseo de alcanzar un vestigio siquiera de la mujer admirable que se me había revelado en aquel mismo jardín. No sé cuánto tiempo estuve así, pegado a la reja como un ladrón nocturno: poco a poco las voces íntimas fueron acallándose, y una tras otra se apagaron las luces de las ventanas. Un acorde profundo resonó todavía en la sombra, como si alguna mano descuidada hubiese caído de pronto sobre las teclas de un piano; y sus vibraciones se alejaron en el silencio, hasta perderse al fin.

Sólo entonces, abandonando aquel sitio de observación, me dejé caer en el umbral de la casa. Sentado allí me puse a considerar los sentimientos que había suscitado en mí aquel espionaje nocturno. Y sobre todo me asombraba el pensar que Aquella se movía en un círculo de familiares cuyos ojos la miraban a toda hora, que la vieron nacer, que le habían dado un nombre y por él la llamaban, que la seguían en cada gesto suyo, pero que la ignoraban en su íntima esencia, tal cual se me había revelado en un breve instante de contemplación. Y me pregunté luego, en aquel soliloquio del umbral: ¿qué cosa era lo que yo veía en Aquella y lo que ignoraban los otros? Me respondí, como en el primer encuentro, que la veía yo en su número armonioso, o mejor dicho, en el conjunto de números cantores que la formaban de pies a cabeza y que la sostenían sobre la nada por la virtud creadora del número, tal como por el número se construye y sostiene un pedazo de música en el silencio. Y aquí experimenté un sobresalto: aquella cifra de mujer, aquel número armonioso no había brotado por sí mismo de la nada. Entonces, ¿cómo pensar en ese número sin pensar en el entendimiento que lo había formado y en la voz que lo había proferido?

Este retorno a la metafísica, en semejante noche y en tal ocasión, produjo en mi ánimo un dolorido movimiento de rebeldía: la deducción de la Causa Primera por sus efectos siempre había sido para mí un helado y estéril fruto de la lógica, incapaz de mover al alma según el amor. Justamente, la irrupción de Aquella en mi noche oscura venía pareciéndome el anuncio de un claro día libertador, ofrecido a mi alma como recompensa final de sus trabajos. Y cuando, al pensar en Aquella, tocaba o creía tocar yo el fondo último de su ser, ¡he ahí que dejaba de pensar en ella para pensar en Otro, como si la mujer de Saavedra no fuese más que un puente de plata ofrecido a no sabía yo qué nuevo peregrinaje de mi entendimiento! Rebelión y cansancio, eso era lo que experimentaba yo al verme otra vez en un recomienzo de viaje, cuando me creía llegado a la quietud por el amor y a la dicha por la quietud. Pero advertí muy luego que la noción del Otro sugerida por la mujer de Saavedra no se daba ya en mí como un penoso trabajo del razonamiento, sino con la facilidad de una imagen que se refleja en el agua, y enamora los ojos de quien la mira, y le hace conocer el deseo de levantarlos para buscar en torno el original de la copia.

Me levanté del umbral, con el alma llena de una indecible turbación; y empecé a caminar lentamente por la calle solitaria, entre un rumor de frondas que se movían bajo el aliento de la noche. Remontados mis ojos a las alturas, contemplaba el inmenso rebaño de las estrellas moviéndose arriba con lentitud sagrada; y por primera vez mi ternura se volvía, no a la majada visible, sino al escondido pastor que la guiaba desde lo alto. Había en la noche una correspondencia de signos, o un concierto de voces que se llamaban y se reconocían, dichosas de ser y de flotar un instante sobre la nada. Pero mi corazón, que tantas veces había saboreado aquella música por el solo deleite de la música, le cerraba sus oídos ahora y parecía levantarse más alto, como si, haciendo abstracción de la música, buscara el rostro del invisible Tañedor. Y al entender que sólo a la virtud de Aquella debía ese rapto desconocido, ardió mi alma como una hoja fragante, y convertida en humo ascendió sobre su propio incendio.

X. La historia de mi vida es una sucesión de finales y recomienzos, de ascensiones y derrumbes que se alternan con exactitud rigurosa. Desde mi niñez he aprendido a temblar, en el ápice de mis júbilos, por la cercanía del dolor cuyo advenimiento sé inminente; y no tuve jamás un domingo a cuya dicha no se mezclara la sombra de un lunes amenazador. Muchas veces he conocido raptos maravillosos en los cuales mi alma, como un afilado gavilán, saboreó el clima de las grandes alturas; pero el gavilán ha tornado siempre a tierra, y en su pico no trajo nunca una presa viva. Es así como el alma, entre ascenso y descenso, ha empezado a soñar en un vuelo sin retorno; y por eso, desde su niñez, hay en ella una voz dolorida que clama por un Domingo inacabable.

Al día siguiente, disipada ya la embriaguez de aquella noche, mi ánimo empezó a decaer y mi entendimiento a dudar sobre el valor de su conquista. Replegándome sobre mí mismo como tantas veces lo había hecho, advertí que la pobreza y la soledad reinaban como nunca en mi ser. Y al sospechar que todo había sido acaso un juego de imaginación, me rebelé contra mí mismo y decidí castigar mi propia locura. Luego, al repasar cuidadosamente los detalles de mi primer encuentro con la mujer de Saavedra, me pareció que algo sólido quedaba. Entonces conocí la necesidad urgente de buscarla y de medir en su presencia el justo valor de mi conflicto. A decir verdad, un segundo encuentro se me hacía difícil: el amigo que me había llevado a la casa de Saavedra estaba en aquellos días ausente de Buenos Aires, y no me atrevía yo a presentarme solo, en el temor de traicionar mi secreto. Madurando planes que no tardaba en desechar, y sintiendo en mí cada vez más honda el ansia de su visión, resolví finalmente provocar un encuentro en las barrancas de Belgrano, donde yo sabía que Aquella se paseaba todas las tardes entre sus compañeras, al regresar de sus estudios.

Muy temprano era todavía cuando llegué al sitio. Y recuerdo que allí, sentándome en un banco de piedra que se hallaba junto a una magnolia gigante, sentí de pronto un vago terror al pensar que la mujer de Saavedra no tardaría en adelantarse por aquel mismo sendero, y que aquellas arenas crujirían bajo sus pies. Demasiado recordaba yo los efectos de su primera revelación, para no temer ahora los de la segunda; y al imaginar que podía reconocerme y aun hablarme, llegó mi azoramiento a un grado tal que abandoné mi sitio y di algunos pasos en son de fuga. Pero volví a mi asiento de piedra; y en adelante, haciendo abstracción de cuanto me rodeaba, clavé mis ojos en el extremo del camino por el cual amanecería ella. Mi corazón había empezado a batir fuertemente, y acrecentaba sus redobles a medida que se acercaba la hora. Y la irrupción magnífica se produjo súbitamente. Aquella horda juvenil ascendió la barranca por sus asoleados escalones de tierra: ojos lucientes de muchachas, cabelleras al aire, cuerpos de azogue bajo los vestidos, metales de risa, voces enarboladas, todo ese alud primaveral cruzó ante mí vertiginosamente. Y en vano busqué la cara de Aquella entre las caras encendidas, su cuerpo entre los cuerpos, su voz entre las voces: Aquella no estaba, no había venido.

Cuando volví en mi ser, anochecía: un frió hálito de jardín estremeció mi cuerpo, y oí en lo alto de la magnolia el alboroto de los gorriones que se despedían aún del sol caído. Estaba solo, y en torno a mí la desolación de la tierra parecía crecer gradualmente, a medida que se poblaba el cielo con la muchedumbre de sus astros. Pero la soledad de mi alma excedía en tanto a la de la tierra, que sentí lástima de mí mismo; y habría llorado sobre los arenales de mi propio desierto, si algo en mí hubiera podido llorar aún. Buscaba yo en mi ser la imagen de Aquella, y el desierto me respondía; trataba de recobrar siquiera mi entendimiento y mi voluntad, pero ni ésta se manifestaba ni aquél me respondía. Ciertamente, Aquella no estaba en mí; pero tampoco yo estaba en mí, sino fuera. ¿Dónde? Y ésta fue la verdad que se me dio allí mismo y que recibí temblando: hasta entonces había creído yo que la mujer de Saavedra estaba en mí con todo el imperio de su verdad; y ahora resultaba que no residía ella en mí, sino yo en ella.

Regresé a mi habitación, desde las barrancas de Belgrano, a través de la ciudad que iniciaba ruidosamente su vida nocturna. Y allá, entre las cuatro paredes de mi cárcel, sin encender las luces, dejándome

caer en mi yacija vestido como estaba, cerré a la vez los ojos inútiles de mi carne y los ojos inútiles de mi alma. Y lo que ya no conseguía mi ser en su estado de vigilia lo consiguió en esa otra existencia suya, la del sueño; pues entró en un mundo de imágenes atormentadoras cuya verdadera fisonomía no recordaré jamás, pero en medio de las cuales mi alma debió sufrir tan vivos terrores, que, transmitiéndolos a mi carne, la obligó a despertar violentamente. Un profundo silencio reinaba en torno cuando me incorporé no libre aún de aquellas fantasmagorías. Entonces, andando a tientas en la oscuridad, me dirigí a la ventana y abrí sus dos hojas: una luz espectral de amanecer bañaba las techumbres de Villa Crespo hasta el horizonte; palidecían ya las estrellas en un cielo de níquel; la masa gris de los edificios, el relieve confuso de los árboles, la lenta resurrección de los colores, todo ese viejo mundo que despertaba una vez más ante mis ojos tenía en aquella hora no sabía yo qué aire de cansancio, ignoraba yo qué gusto de cosa muerta. Recuerdo que un pájaro madrugador, oculto en los paraísos de la calle, gimió dos o tres notas desgarradas, como si también llorase la fatiga del mundo. Entonces volví a cerrar mi ventana, corrí las cortinas; y habiendo restaurado la noche de mi habitación, me acosté nuevamente, ansioso de silencio y de olvido. Sobre mis párpados cayó un largo sueño sin visiones, piadosa imagen de la muerte.

Desde aquella tarde, y en el transcurso de no pocos días, conocí un estado singular de ausencia, muy riguroso en su aridez, pero sin arrebatos ni angustias. Estando ausente de Aquella y ausente de mí mismo, no era yo sino una doble soledad. Y mi sentir era el de alguien que vivía en otro corazón, y ese corazón estaba desterrado, y ese alguien que yo era no sabía cómo levantar su propio destierro con el destierro del corazón ausente. Buscaba yo a la mujer de Saavedra, y no sabía que la buscaba, porque no había en mi ser entendimiento alguno. Y esa búsqueda sólo era en mí una inconsciente voluntad de ser; pues dar con Aquella significaba dar conmigo, y hallarla y hallarme se resolvían en un solo acto. El azar de una marcha sin rumbo premeditado solía llevarme algunas noches, como entre sueños, hasta la casa de Saavedra, en cuyo umbral despertaba yo bruscamente a cierto preludio de la emoción. Allá, junto a la puerta de hierro, insensible a la dulzura de la estación y a los arrobos de la noche, entraba, sin embargo, en un desasosiego que por asemejarse a la vida reanimaba mi ser durante cortos minutos. Era entonces cuando, aferrándome al dulce pensamiento de su vecindad, meditaba en Aquella y me entretenía en asociarla con los objetos de su mundo familiar, con la vereda de su casa, con los senderitos agrestes de su jardín, con el umbral de su puerta, con el gastado llamador de bronce, con todo aquello que aún guardaba, sin duda, la huella de su pie y el calor de su mano. Y al recoger ese vestigio, al menos, de la presencia que tanto se me negaba, revivía mi corazón, siquiera un instante, hasta la hora del regreso en que, alejándome de Aquella, me alejaba de mí mismo a cada paso, irremediablemente.

XI. Pero llegó al fin una tarde que yo señalo ahora entre mil. Ignoro aún si aquel amigo que me había iniciado en las tertulias de Saavedra leyó el secreto de mi alma. Sólo sé que a su lado, en la primera hora de aquella tarde, crucé temblando el umbral de la casa y me detuve luego, como si pisase una tierra deseada y temida. Cierto es que la gracia del jardín ya se había revelado a mis ojos en su primer encuentro con Aquella; pero tan grande había sido luego la obra de mi soledad y tan mentiroso el trabajo de mi fantasía, que ahora, vueltos hacia el jardín, mis ojos se hacían de nuevo y lo contemplaban como si nunca lo hubiesen hecho. Por otra parte, a través de la reja y en el transcurso de no pocas noches, aquel jardín había cobrado ante mis furtivos ojos la dimensión de una provincia inaccesible o el perfil de una costa vedada que mira el navegante desde lejos: no era extraño, pues, que mis rodillas temblaran al trasponer el umbral, ni que se detuvieran mis pasos ante aquel mundo que se les ofrecía. Pero la voz del amigo que a mi lado esperaba consiguió reanimarme; y nos internamos en el jardín, por un sendero que se abría entre flores nuevas. Marchaba yo con un ritmo de sueño, sin temor ni ansiedad algunos, débil y alborozado como alguien que ha vuelto a la vida y, maravillándose aún, reaprende las cosas de la tierra. Y cuando una vuelta del sendero

nos llevó al fondo de la casa, me detuve y detuve con la mano al amigo: allá el jardín se dilataba en toda su amplitud; y, dueña de aquel ámbito luminoso, una Mujer salía a nuestro encuentro.

Se adelantaba lentamente, bajo un sol perpendicular a la tierra: su cuerpo sin sombra tenía la dura fragilidad de una rama, no sé yo qué fuerza combativa en su levedad ni qué terrible audacia en su decoro. Llevaba un traje celeste que la envolvía como un pedazo de bruma; pero el jardín, la luz, el aire, todo el trabajo de la tierra y del cielo se concertaban allí para vestirla, tan pavorosa era, sin embargo, su desnudez. Vuelto su rostro al sol, mostraba las dos violetas de sus ojos y el arco leve de su sonrisa; en torno de sus cabellos trazaba círculos una abeja zumbante. Al andar, sus pies menudos hacían crujir arenas de oro, conchas marinas y corazas azules de escarabajos; y su llegada me parecía interminable, como si Aquella viniese de muy lejos, a través de cien días y cien noches.

¡Ah, bien reconocía yo su poder en el desvanecimiento que sufría mi corazón a cada uno de sus pasos! Y bien conocí luego la virtud admirable con que sabía ella remediar sus efectos, cuando, llegándose al fin hasta nosotros, nos tendió el doble puente de su voz y de su mano. La oía por vez primera, y sus palabras adquirieron en mis oídos una resonancia nueva y, sin embargo, antigua: la suya era una voz matinal, emparentada con otras *voces* matinales que me habían arrancado alguna vez, allá en Maipú, de los terrores infantiles y las nocturnas pesadillas. Y, ciertamente, un despertar gozoso tras la fantasmagoría del sueño era lo que se operaba en mi ser al conjuro de aquella voz y al roce de aquella mano tibia, seca y dorada como una espiga: un renacer de la fuerza y un aletear de la audacia, que me permitían ahora mirar de frente y sin temblor a la Mujer tan contemplada ya en mi entendimiento.

Después, e iniciando la marcha, nos introdujo Aquella en su dominio vegetal que resplandecía. En los tiempos de mi niñez, ante una estampa de colores o durante la lectura de algún episodio novelesco, había deseado yo el prodigio de habitar en aquellas luminosas regiones inventadas por el arte; y recuerdo haberme acercado a ese ideal en algunos días memorables que luego me deparó la juventud. Pero nunca, como en aquella tarde, había sentido yo la beatitud extraña de vivir en la poesía; y nunca lo real se había exaltado así delante de mis ojos, hasta convertirse en un juego de formas puras y de graciosos números que cantaban. Discurríamos los tres en el jardín, bajo el sol de mediodía cuyo ardor nos quemaba la piel como un ungüento fuerte, y abriéndonos paso entre la cerrada milicia de las flores, envueltos en una luz estática de vez en cuando herida por el ala de un pájaro o por el oro volátil de una mariposa. Marchábamos junto a la pared vestida con su traje de madreselva, sobre la cual, y sin temor ninguno, se arrullaban las palomas de buche tornasolado: era la música del jardín, y nos llenaba los oídos, junto con la de los élitros ocultos entre las hierbas y la de los abejorros zumbadores. El reinado de Aquella era un mundo en perdurable armonía: la sola muerte de un insecto hubiera trastornado el equilibrio de su balanza. Y Aquella, deteniéndose a menudo, nos hablaba de su jardín, sin mirarnos y como si lo hiciera en un íntimo soliloquio. Y era como aprenderlo todo nuevamente, pero sin esfuerzo alguno y con la viva certidumbre de la música. Porque la Mujer que nos guiaba en el jardín tenía un modo suyo de nombrar las cosas: decía «pájaro», y la esencia del pájaro se adoraba en el entendimiento de quien la oía con una luz hasta entonces ignorada, como si Aquella, en cierto modo, tuviese la virtud de recrear el pájaro con sólo decir su nombre.

¿Quién habló luego del amor? Fue Amigo. Estábamos los tres en un asiento rústico, a la sombra de un sauce cuyo verdor nos rozaba los cabellos: el fuerte aroma de los heliotropos bajo el sol nos comunicaba un principio de embriaguez más intelectual que corpórea; y desde aquella tarde me digo a veces que si el Intelecto diera un perfume, sería comparable al seco, ardiente y casto de los heliotropos. Pero, ¿quién habló luego del amor? Fue Amigo. Y lo primero que señaló fue aquella virtud amorosa por la cual el Amante, con los ojos vueltos hacia el Amado, se olvida de sí mismo, trueca su forma por la forma de lo que ama, va muriendo a su propia vida y resucitando a la vida del Otro hasta que por fin el Amante se convierte al Amado. Mientras el Amigo hablaba, tenía yo mis ojos puestos en los de Aquella; y me atrevía con sus ojos, no sé yo en virtud de qué fácil audacia. Luego, a mi vez, y a trueque de revelar mi propio sentimiento, describí yo el

drama del Amante convertido a un Amado que se le esconde, le huye o lo ignora. Con una vehemencia que debió parecer extraña en el ámbito del jardín, pinté la congoja del Amante que, muriendo en sí mismo, no halla resurrección en la vida del Otro. Y Aquella permanecía en silencio, bien que sus ojos, posados en los míos, derramaran una luz clarísima que yo no logré definir entonces, pero cuyo valor exacto alcancé más adelante.

No sé cuánto duró aquel diálogo único sostenido entre dos voces y una mirada, ni es mi propósito divulgar enteramente lo que se habló aquel mediodía bajo un sauce de Saavedra. Sólo diré que, de pronto, risas y gritos de muchachas irrumpieron en el jardín, y que se desbandaron las palomas con un miedoso tableteo de alas. Me pareció entonces que algún círculo mágico se rompía, o que se entornaba sigilosamente la puerta de un secreto.

XII. Sucediéronse otros días no menos luminosos, durante los cuales me acerqué tanto a la mujer de Saavedra, que me creí llegado a los extremos de la felicidad. Pero una tarde, cuando más lejos me veía yo de todo cuidado, entendí claramente que otra vez llegaba para mí el término del reposo y el amanecer de la inquietud. Recorríamos el jardín, a la hora en que se alargan las sombras, y el azar nos llevó al invernáculo donde residían las flores que temen el sol: había rosas blancas y estábamos ebrios con el olor de las rosas, y ella también era una rosa blanca, una rosa de terciopelo mojado. Y su voz debía de tener algún parentesco íntimo con el agua, pues era húmeda y de clarísimas resonancias, como la del aljibe, allá en Maipú, cuando la piedra caía y levantaba músicas recónditas. Estando solos en el vivero de las flores, aquel recinto nos aproximaba como nunca; y ésa fue mi gran oportunidad y mi riesgo inevitable, porque junto a ella sentí de pronto el nacimiento de una congoja que ya no me abandonaría, como si en aquel instante de nuestro mayor acercamiento se abriese ya entre nosotros una distancia irremediable, a la manera de dos astros que al tocar el grado último de su cercanía tocan el primero de su separación. En aquella luz de gruta que, lejos de roerlas, conseguía exaltar las formas hasta el prodigio, la de Aquella cobraba para mí un relieve doloroso y una plenitud cuya visión me hacía temblar de angustia, como si tanta gracia, sostenida en tan débil engarce, me revelara de pronto el riesgo de su fragilidad. Y otra vez empezaron a redoblar en mi alma los admonitorios tambores de la noche, y ante mis ojos alucinados vi cómo Aquella se marchitaba y caía, entre las rosas blancas, mortales como ella.

Y tristes voces empezaron a gritar en mi ser: «¡Mira la fragilidad de lo que amas!» Entonces me sobrevino un golpe de llanto que traté de ahogar desesperadamente, no sólo porque desnudaba en presencia de Aquella un costado de mi ser que ni yo mismo sabía mirar sin temblor, sino también porque me asustaba la imposibilidad absoluta de darle a ella una explicación de mi llanto. Pero no se le había escapado el advenimiento de mis lágrimas, y me dijo entonces: «Adán Buenosayres, ¿por qué lloras?» Y aquí, a riesgo de parecer ocioso, necesito expresar el efecto que tan breves palabras obraron en mí: por primera vez oía yo en su boca las letras de mi nombre; y en aquel «Adán Buenosayres» que pronunciaba ella me sentí nombrado como jamás lo había sido, tal como si, por vez primera, lograra yo en aquel nombre la total revelación de mi ser y el color exacto de mi destino. Y al preguntarme luego: «¿Por qué lloras?», lo hizo ella como si lo supiese desde toda la eternidad, pero con tanta dulzura que, al oírlo, creció mi llanto de tal modo que, sin darle respuesta, salí del invernáculo y huí a través de las flores apretadas.

La voz de alarma que se había levantado en mi ser aquella tarde no enmudeció ya nunca: volvió a resonar en las dos o tres ocasiones que todavía me acercaron a la mujer de Saavedra; pero se alzaba tan urgente ya, y tan angustiosa en sus apremios, que por no volver a oírla dejé de frecuentar el jardín y me aferré al tantas veces llorado círculo de mi soledad. Al distanciarme de Aquella sucedió entonces que, si la perdía en el jardín, la recobraba en mi pensamiento, y con mayor frecuencia, con relieves más hondos, con más peligrosa intimidad. No había gracia que admirase, ni perfección que midiese, ni verdad que atisbara yo en aquellos días, que no me llevase al recuerdo de Aquella y a la inevitable meditación de su muerte. Y si el

sueño, al rendir mi carne, abría un paréntesis en el curso de tan luctuosas ideas, bajaba yo entonces a un mundo fantasmagórico en el cual se cumplían, mediante visiones terribles, la misma liturgia fúnebre y el mismo llanto que sólo en presentimiento realizaba yo durante mis horas de vigilia.

Entonces concebí la empresa increíble. Fue, acaso, un movimiento del terror venerable, o tal vez la fecundidad de mi pena, o quizás el grito de la nunca enmudecida esperanza lo que me llevó a realizar con la mujer de Saavedra el difícil trabajo de encantamiento, la extraña obra de alquimia y de transmutación. Eso fue, sin duda: el deseo heroico de poner un dique a lo ineluctable y de salvar por el espíritu lo que por la materia corría ya sin freno hacia la muerte. Y ésta fue la extraordinaria labor de prudencia que inició mi cuidado en aquellos días: viendo yo lo mucho que se arriesgaba su hermosura al resplandecer en un barro mortal, fui extrayendo de aquella mujer todas las líneas perdurables, todos los volúmenes y colores, toda la gracia de su forma; y con los mismos elementos (bien que salvados ya de la materia) volví a reconstruirla en mi alma según peso, número y medida; y la forjé de modo tal que se viera, en adelante, libre de toda contingencia y emancipada de todo llanto. Recuerdo que por aquel entonces describí yo en un poema necesariamente oscuro los detalles de tan asombrosa operación, y que mis amigos, no dando en su verdadero alcance, tejieron las más diversas conjeturas. Espero que si algún día estos renglones caen debajo de sus ojos, recuerden mis amigos el poema, den al fin con su oscura significación, y se digan que no en vano, al describir la última fase del encantamiento, llamaba yo a la mujer así transmutada: «Niña-que-ya-no-puede-suceder».

(Nota: lo que sigue es el final del Cuaderno de Tapas Azules, escrito, sin duda, por Adán Buenosayres después de su tertulia definitiva en Saavedra. Tengo ahora el texto manuscrito bajo mis ojos, y antes de transcribirlo contemplo sus líneas atormentadas, llenas de tachaduras y enmiendas, tan diferentes de aquellos renglones que forman la primera parte del Cuaderno y cuya pulcritud anuncia un lentísimo trabajo de artista. Empieza con una fábula o apólogo extravagante. Dice así:)

XIII. Acontece —no todos los años— que la Primavera, cansada tal vez de dormir en la yema del árbol o en la sangre del animal, sacude los vapores de su sueño y se dice que ya es hora de bailar sobre la tierra. En vano los astrónomos hacen oscilar sus cabezas en un gesto negativo, y en vano se conturban los almanaques advirtiéndole que no es hora de bailar todavía. Sin escuchar la voz de tan saludables consejeros, la Primavera sale al mundo: ya toca en su trompeta la diana de las flores, ya con su baile inicia el prematuro escándalo de las hojas. Esto acontece —no todos los años—; y en la huerta de Maipú había un duraznero joven que lo ignoraba (yo era niño entonces, y espía de los gestos que se ocultan). Sucedió una vez que, mientras los durazneros antiguos, ejercitados en el uso de la prudencia, dormían aún sin dar oídos al engañoso canto primaveral, el joven duraznero abrió sus flores (¡así mi amor desconocía el tiempo!) y las expuso a la crítica benévola del gorrión. Pero no tardó en volver la escarcha (fabulita imbécil); y el duraznero joven, con el menudo llanto de su flor, aprendió aquel año la fecha exacta de su primavera. Así mi amor, llorando, se alecciona.

En la última parte del Cuaderno referí la obra de alquimia que iniciara yo con los valores de aquella mujer laudable, al redimirlos de la devastación en que ya los veía y trasladarlos al íntimo retrete de mi alma, donde pudieran adquirir la estabilidad de las cosas espirituales. Diré ahora que, no bien la hube iniciado, se produjo en Aquella un inevitable desdoblamiento, seguido de cierta necesaria oposición entre la mujer de tierra, que se destruía, y la mujer celeste que iba edificando mi alma en su taller secreto. Y como la construcción de la una se hacía con los despojos de la otra, no tardé yo en advertir que, mientras la criatura espiritual adelantaba en crecimiento y virtud, la criatura terrena disminuía paralelamente, hasta llegar a su límite con la nada. Fue así como «la muerte de Aquella» se impuso a mi entendimiento con el rigor de una necesidad. Y su fecha debió ser, a mis ojos, tan previsible como la de un acontecimiento celeste.

Sin embargo, no bien me fue dada la noticia, una cuerda profunda estalló en mi ser y algo vital quedó allí herido para siempre. No he de olvidar la hora nocturna en que, trasponiendo el umbral de Saavedra y abriéndome paso entre el haz de figuras atónitas que llenaban el vestíbulo, me llegué, como en sueños, a la breve caja donde ya cabían los despojos de Aquella, sí, al cofre de nogal cuyos bordes le señalaban ya un límite inquebrantable. Linos clarísimos la vestían: sus hermanas le habían peinado el cabello de color de avena, y ceñido a su frente un cerco de florecitas blancas, y puesto entre sus manos yertas el rosario de marfil y el libro de su primera comunión, tal como si la hubiesen adornado para su casamiento. Y toda ella, sin embargo, anunciaba ya una lejanía tan pavorosa, que al mirarla se desquició mi ser y empezó a dolerse con todas sus voces íntimas, hasta llegar casi a flor de grito y encauzarse por fin en las dulces avenidas del llanto. Después recuerdo una noche de velorio cuya infinitud parecía negarse a todo nuevo amanecer; y un torbellino de caras desnudas que sollozaban a la luz de los candeleras, feas y a la vez hermosas en el terrible impudor de su llanto; y la casa llena de gritos, o de silencios tirantes que sólo eran otra posibilidad del grito; y después una laxitud de miembros, un agacharse de luces y una sueñera de animal cansado; y al fin un alba requerida de gallos imbéciles, pero indecisa y desganada, como si temiese que ya no quedara en el hombre dolor bastante para llenar otro día de la tierra. Y no diré ahora el estupor de los ojos ante una luz que nadie había llamado, ni el cortejo luciente de charoles y sonoro de herraduras, ni aquel viaje lentísimo a través de una Buenos Aires cuya indiferencia lastimaba como un agravio, ni la cuna de greda roja que recibía sin amor aquel cuerpo derrotado de niña, ni aquel retorno sin ella, desde la soledad, entre la soledad, hasta la soledad.

XIV. Siguiéronse días insonoros que desfilaban como autómatas frente a mi ser, trayendo por la mañana y llevándose por la noche su vieja y manoseada quincallería. Indiferente al juego de las imágenes exteriores, vacío el entendimiento y anonadada la voluntad, recuerdo con qué estúpido rigor aparecía delante de mis ojos aquella helada mecánica del tiempo, aquel despertar obligado y aquel dormir inútil, cada vez que la tierra salía de su cono de sombra o entraba en él. La noche, sin embargo, me traía con el sueño una dulce parodia de la muerte, y la oscura delicia de resucitar en un mundo sutil, hecho de imágenes que se edificaban en otro espacio y devenían en otro tiempo, ante otra conciencia de mi ser. Pero en el recinto de mi sueño la muerte de Aquella también se reconstruía según otras leyes; y lograba una intensidad de afinación tan dolorosa, que me hacía despertar violentamente, lleno aún de imágenes truncas y de voces despedazadas. Abría entonces mis oídos, y, conteniendo la respiración, escuchaba el crujir de los muebles, la salmodia del viento entre los paraísos de la calle Monte Egmont, el gemir de alguien que también soñaba en otro cuarto, rumores y rumores de rumores que me sobrecogían de angustia, como si mis nervios, alargándose más allá de mi piel, se ramificasen por toda la casa y recogieran sus más íntimas vibraciones.

Pero en la última de aquellas noches me sobrevino un sueño extraordinario cuya significación, imponiéndose a la derrota de mi entendimiento, le abrió un camino del que sin duda no se apartará en adelante. Me parecía estar en una barca ruinosa, de pie sobre sus mal unidos tablones, *y* remando eternamente las aguas podridas de una laguna: el cuerpo devastado de Aquella se alargaba en la proa de la embarcación, con las mismas ropas y adornos que lucía en su noche final de Saavedra; y, remando siempre, contemplaba yo aquella forma de mujer, transida mi alma de una piedad sin llanto cuya dulzura no sabré pintar ahora, mientras el remo, cortando las aguas muertas, levantaba olores terribles y hería pulpas fosforescentes que giraban y se hundían en la profundidad. Me parecía luego que la embarcación atracaba en un muelle como de tinta, y que, tomando el cuerpo de la mujer en mis brazos, ascendía yo por ciertos escalones hasta llegar a una puerta que se abría delante de mí sin ruido alguno. Entonces me parecía que Alguien, detrás de la puerta, me alargaba sus brazos, en los cuales deponía yo el cuerpo muerto, que no tardaba en ser llevado a las tinieblas interiores. Y cuando intentaba yo seguirlo, me parecía que una fuerza invencible sujetaba mis talones en el umbral, y que la puerta, cerrándose lentamente, se interponía entre mi corazón y aquellos

despojos que había traído yo sobre las aguas. Herido al punto de una gran congoja, me parecía dar voces terribles y golpear con mis puños la puerta cerrada; y como ningún eco me respondiese, arreciaba yo en mis golpes y llamados, hasta que me parecía sentir detrás de mí la presencia de alguien que me miraba fijamente. Me volvía yo entonces y divisaba junto a mí una vieja y andrajosa figura de hombre cuyo semblante no me parecía desconocido, la cual, mirándome piadosamente, me decía: «Deja que la muerte recoja lo suyo.» Y como le preguntase yo quién era, el viejo aquel me contestaba: «Soy el que ha movido, mueve y moverá tus pasos.» Entonces me parecía reconocer en aquella voz la misma que tantas veces me había hablado, ya en la vigilia, ya en el sueño; y como quiera que a esa voz debiese yo el sentido de todas mis acciones en este mundo, me parecía que al escucharla en boca de aquel hombre mis ojos derramaban un violento llanto. Visto lo cual el hombre me decía; «Abandona ya las imágenes numerosas, y busca el único y verdadero semblante de Aquella.» No entendiendo yo la significación de palabras tan oscuras, me parecía que otras llegaban a mi entendimiento, desde los labios de aquel hombre, y en las cuales me ordenaba proseguir el trabajo de la mujer celeste, sobre cuya excelencia me pareció escucharle tan encendidos elogios, que, arrebatado allí por una rara exaltación, desperté súbitamente, con el gusto de aquella música en el oído del alma.

Desde entonces mi vida tiene un rumbo certero y una certera esperanza en la visión de Aquella que, redimida por obra de mi entendimiento amoroso, alienta en mi ser y se nutre de mi substancia, rosa evadida de la muerte. Y no sólo triunfa en su ya inmutable primavera, sino que se transforma y crece, de acuerdo con las dimensiones que mi alma va encontrando a su propio anhelo: rosa evadida de la muerte, flor sin otoño, espejo mío, cuya forma cabal y único nombre conoceré algún día, si, como espero, hay un día en que la sed del hombre da con el agua justa y el exacto manantial.

LIBRO SÉPTIMO

(VIAJE A LA OSCURA CIUDAD DE CACODELPHIA)

I

El sábado 30 de abril de 192., en el bajo de Saavedra y a medianoche, el astrólogo Schultze y yo iniciamos la excursión memorable que me propongo relatar ahora y que según la nomenclatura del astrólogo, comprendería un descenso a Cacodelphia, la ciudad atormentada, y un ascenso a Calidelphia, la ciudad gloriosa. Inútil es decir que el solo anuncio de aquel viaje me había sumido en no pocas dudas, vacilaciones y reservas, pues no ignoraba yo que, desde hacía tiempo, Schultze meditaba un descenso infernal y una exploración de aquellas comarcas tenebrosas que pocos héroes visitaron en la edad antigua y ninguno, que yo sepa, en la vulgar y pedestre que ahora vivimos. Recuerdo que dos horas antes de partir hacia Saavedra, sentado yo en el taller de Schultze, le rezongaba todavía mis últimas objeciones; y el astrólogo las escuchaba en silencio, moviéndose con absoluta calma entre papeles manuscritos y volúmenes abiertos, esferas celestes y zodíacos, tablas astrológicas y demás chirimbolos que llenaban totalmente su estudio.

—En el supuesto caso de que las dos ciudades mitológicas existieran —bromeaba yo—, y admitiendo que nos dé la loca por seguir el rastro de Ulises, Eneas, Alighieri y otros turistas infernales, ¿qué mérito hay en nosotros que nos haga dignos de semejante aventura?

—Yo tengo el de mi ciencia y usted el de su penitencia —me respondió Schultze con mucha gravedad.

Guardé silencio, entre admirado y confundido, pues aunque no sabía exactamente los puntos que calzaba la ciencia del astrólogo, bien conocía yo el estado nocturno en que mi ser naufragaba desde hacía tiempo y que se manifestaba con cierta indecible aridez cuyo secreto había creído yo guardar muy celosamente. Repuesto ya de mi sorpresa, me volví hacia Schultze con una interrogación en los labios; pero el astrólogo estudiaba en aquel instante un ovillo de piolín rojo que tenía entre sus dedos.

—¿Qué diámetro le calcularía usted al ombú? —me preguntó con aire dubitativo.

—Oiga —le contesté riendo—, ¿qué diablos tienen que ver los ombúes?

—Ya lo sabrá —dijo él—. Me refiero al que descubrimos anteanoche en el campo de Saavedra.

Entonces, como yo recordase la escena del mago y el ombú entre cuyos negros espolones ardía la fogata nocturna, calculé *in mente* el grosor de aquel tronco.

—Un metro y medio —dije al fin—. O algo más.

Asintió Schultze, y tomando un lápiz halló la longitud de la circunferencia correspondiente a ese diámetro; luego desenvolvió parte del ovillo y midió una longitud de piolín igual a la de la circunferencia recién hallada; marcó el sitio con un nudo, agregó a la extensión ya medida tres unidades pertenecientes a quién sabe qué raro sistema métrico, cortó el extremo con su famoso cortaplumas de cachas negras, y guardó por último en su bolsillo el trozo de piolín y el cortaplumas, todo ello con el aire de quien realiza un ceremonial litúrgico. Hecho lo cual, y dejándose caer en un sillón antediluviano:

—Voy a sacarlo de dos errores —me anunció, como si durante su maniobra piolinesca hubiese considerado mis argumentos finales—. En primer lugar, no intentaremos un viaje al Tártaro, así como lo entienden los metafísicos. ¡Bah! Sería demasiado ambicioso, al menos para usted.

—¡Gracias! —le interrumpí yo con una punta de resentimiento.

—Quiere decir —concluyó Schultze— que si usted ha imaginado convertirse a costa mía en un pobre Orfeo de bolsillo, debe renunciar inmediatamente a esas ilusiones.

No pude menos que soltar la risa.

—¡De buena gana! —le respondí—. Y ahora veamos cuál es mi segundo error.

En su sillón antediluviano, con las piernas cruzadas y los brazos colgantes, el astrólogo era la propia figura de la desidia.

—Cacodelphia y Calidelphia —me dijo— no son ciudades mitológicas. Existen realmente.

—Sí —refunfuñé—, como sus dichosos ángeles incubadores.

—Es más —insistió Schultze—, las dos ciudades se unen para formar una sola. O mejor dicho, son dos aspectos de una misma ciudad. Y esa Urbe, sólo visible para los ojos del intelecto, es una contrafigura de la Buenos Aires visible. ¿Está claro?

—Como la misma noche.

Refiero estas menudencias de nuestro coloquio para que los lectores tengan una impresión exacta del ánimo con que Schultze y yo nos metíamos en aquella singular aventura; y sobre todo porque tan frívolo comienzo habría de contrastar seriamente con la naturaleza extraordinaria de los episodios que le siguieron. Y antes de narrarlos, me parece útil dibujar una silueta del astrólogo Schultze, promotor y guía del viaje:

Tenía el astrólogo un cuerpo flaco de casi dos metros de talla, una cabeza de frente anchurosa y cabellos argentados, y un rostro severo que se resentía de cierta palidez terrosa, comparable a la de los bulbos, y se animaba con la luz de unos ojos grises cuyo mirar caía de pronto sobre uno como un puñado de ceniza. El cálculo de su edad era tan irrealizable como el de la cuadratura del círculo; pues, mientras algunos lo creían galopando su tercera infancia, otros no vacilaban en adjudicarle todos los años de Matusalén, sin contar a los muchos que, renunciando al sudor especulativo, le atribuían la simple y llana inmortalidad del cangrejo. Yo sé decir que algunas veces, y sin duda en relación con ciertas oposiciones astrales, mostraba Schultze las huellas de una decrepitud infinita; y que otras, bajo signos más favorables, alardeaba de locos arrebatos que lo inducían a bailar una noche entera en el «Tabarís», o a entonar en los almacenes de barrio canciones libres que hacían enrojecer a los cautelosos malevos de Villa Ortúzar. Y aquí es necesario que yo insista en su naturaleza moral, igualmente contradictoria: verdad era que la orientación general de su conducta le daba cierto color ascético en materia de apetitos vulgares (muchos aseguraban, por ejemplo, que Schultze se nutría del solo néctar de las flores, y que su relación con las mujeres rayaba en lo inefable, por consistir en un intercambio de fluidos más o menos vaporosos); pero no era menos exacto que la parrilla de Gildo (Rivadavia y Azcuénaga) lo había visto lanzarse con deleite sobre un montón de tripas humeantes, riñones de vaca y testículos de toro, ni que solía caer en largos éxtasis ante ciertos muslos femeninos cuya perfección atribuía él a la clásica munificencia de Júpiter. En cuanto a la sabiduría del astrólogo, el sentir popular andaba igualmente dividido: había quienes lo imaginaban en el grado último de la iniciación védica, y quienes lo suponían flotando en las excelsas regiones del macaneo teosófico, amén de algunos que, demasiado suspicaces, lo reverenciaban como al humorista más luctuoso que hubiese respirado las brisas del Plata.

II

Con este raro Virgilio tomé una vez más la ruta de Saavedra, el día y año referidos, poco antes de mediada la noche. Como ciertas alusiones al ombú me hicieran entender el sitio que buscaba el astrólogo, iba temiendo yo una segunda travesía de la región cuyas asperezas habíamos afrontado cuarenta y ocho horas antes. Pero Schultze, que todo lo preveía, me hizo dar un largo rodeo en torno de aquella planicie solitaria, de modo tal que nuestra segunda incursión tuvo principio exactamente donde había terminado la otra.

Era una de aquellas noches bonaerenses en que la humedad y reposo del aire crean una atmósfera estática y densa en cuyo seno parece latir el germen de futuras conmociones: altas y pizarrosas nubes, entre las cuales ahincaba su cuerno un roñoso menguante de luna, cubrían el cielo tan inmóvil como la tierra. Bajo la luz indecisa que manaba de las alturas, Schultze y yo cruzábamos los primeros desniveles del erial, ambos en silencio, atentas las miradas y jadeantes las respiraciones. Y a medida que avanzábamos, un sentimiento de inquietud se imponía en mí a la indiferencia del primer instante, debido acaso a cierta vocación de lo sobrenatural que me acompañaba desde la niñez y que se me había exaltado últimamente, o quizás a la magia del terreno en que nos íbamos adentrando y entre cuyos límites el espacio y el tiempo cobraban, al parecer, otras dimensiones.

Lo cierto fue que, cuando un declive del páramo nos llevó hasta el mismo pie del ombú, tenía yo la noción extraña de haber caminado infinitamente por una tierra incógnita; y recuerdo que, sentándome al punto en una raíz del ombú, me detuve a considerar aquellas impresiones íntimas, como asimismo la quietud y el silencio que a esa hora y en tal sitio algo expresaban de maravilloso. Pero Schultze me arrancó de mi ensueño:

—¡No hemos venido a papar moscas! —farfulló entre dientes.

Luego sacó el piolín de marras: con un extremo enlazó el tronco del ombú, y ató en el otro su venerable cortaplumas; hecho lo cual, y estirando el piolín que hacía las veces de radio, trazó un gran círculo en el suelo y en torno del ombú. Después marcó en el círculo tres puntos que sin duda correspondían a los tres vértices de un triángulo equilátero inscripto, y confieso que todavía lo miraba yo sin entender el objeto de aquellas operaciones.

—Una luz —me ordenó entonces el astrólogo—. A ver su encendedor automático.

Lo saqué de mi bolsillo, encendí la mecha; y todo se aclaró delante de mis ojos al ver que Schultze, con aire ritual, se inclinaba sobre cada uno de los vértices y escribía en tierra, con su cortaplumas, los nombres muy temibles de Tetragrammaton, Eloha y Elohim.

—¡Demonios! —exclamé—. ¡Si esto es un círculo mágico!

—¡Chist! —me silenció el astrólogo—. Acerque la luz.

Le obedecí maquinalmente, y vi que ahora escribía los nombres de Santos Vega, Juan sin Ropa y Martín Fierro entre cada uno de los otros.

—Rara conjunción de nombres —murmuré.

—Sí —admitió Schultze—. Pero lo requiere así la persona que vamos a invocar.

—¿Y quién es?

Sin responder a mi pregunta, el astrólogo me hizo entrar en el círculo y apagar el encendedor. En seguida le oí articular el siguiente conjuro:

Lagoz atha cabyolas

Harrahya
Samahac orifamyolas
Karrehya

—¿Es en idioma vascuence? —le pregunté con inocencia—. Mis abuelos eran vascos, y no me gustaría...

—¡Silencio, idiota! —me susurró él—. ¡Que se vayan al diablo sus abuelos!

Y alzando el tono declamó, vuelto hacia la inmensidad de la noche:

—¡Yo te conjuro, doña Logistila, por el Dios vivo Él, Ehome, Etrha, Ejel Aser, Ejech Adonay Iah Tetragrammaton Saday Agios Odier Agía Ischiros Athanatos, amén! ¡Yo te conjuro a que te me aparezcas en figura grata, sin ruido ni mal olor, y a que respondas y obedezcas!

Terminado el conjuro, Schultze y yo escuchamos, bien que sin oír maldita la cosa. Pero, súbitamente, una ráfaga de viento cayó sobre el ombú, que se puso a chiflar por cada una de sus ramas. Duró un instante, y oímos en seguida un furioso torear de perros que se nos acercaban a la carrera.

—¡Ya va, ya va! —gritó alguien en la noche—. ¡*Juera,* Canelo! ¡*Juera,* Diente! ¡*Juera,* Pastor!

Llegaron los canes hasta el círculo (una jauría revuelta y ensordecedora); pero no tardaron en retroceder, con las pelambreras erizadas, meándose a chorros y aullando como si les diesen una feroz rebenqueadura. Detrás vimos aparecer a una vieja enchalonada, muy cachacienta de andar, bien metida en huesos y demasiado relampagueante de ojos, la cual, acercándose al círculo, nos mostró ser una tal doña Tecla que habíamos conocido en el velorio de Robles y que, según las malas lenguas, no tenía rival como trotadora de salamancas, administradora de gualichos, componedora de roturas y rompedora de integridades.

—*¡Güeñas,* hijitos! —nos saludó con mucha política.

—Vea, doña —le rezongó Schultze—. ¡A ver si me hace callar esa perrada!

Juntando a los canes en torno suyo, doña Tecla se arremangó polleras y enaguas, y soltó el pedo más retumbante que yo he oído en este mundo:

—¡Busca, busca! —le gritó a la jauría—. ¡Busca, Pastor! ¡Busca, Diente!

Los perros olfatearon el aire y se alejaron a todo correr, ladrando en la noche como enloquecidos. Entonces doña Tecla se restregó las manos, como si las calentara en un fogón invisible, y barbotó, dirigiéndose a Schultze:

—«¡Lindo fuego!», decía una vieja, y se le quemaba el rancho.

—Sí —le contestó el astrólogo—. Pero no es mal año cuando las viejas paren.

—¡Tan refranudo y tan desnudo! —gruñó la bruja, sin ocultar su despecho.

Se acarició la descarnada barbilla, levantó un índice de momia y dijo:

—Con el piquito picotea, con el culito tironea.

—¡La aguja! —respondió Schultze sin vacilar ni un instante.

—Está bien. Pero el que diga tres veces borriquín crespín crespa la cola y crespa la crin, ganará tres borriquines crespines crespas las colas y crespas las crines.

—Por mi parte —retrucó el astrólogo—, tengo una capa garlada, gallarda, garlipitajada; y al que la garlase, gallardease, garlipitajase, le pagaría una garlada, gallardura, garlipitajadura.

Muy asombrado escuchaba yo aquel torneo de folklore, y en este punto me pareció que la vieja quería entrar a enojarse. Insinuó algunos pasos de cueca, zapateó fuerte, y plantándose luego delante del astrólogo le chantó la siguiente copla:

De mi pago me he venido,
arrastrando mi reboso,
sólo por venir a verte,
cara de perro baboso.

Pero Schultze, que sin duda tenía todas las cartas del triunfo, zapateó a su vez dentro del círculo, se plantó frente a la vieja y le contestó así:

De mi pago me he venido,
arrastrando mi chalina,
sólo por venir a verte,
cara de yegua madrina.

Y aquí fue digno de verse cómo doña Tecla se retorcía las manos y trasudaba de angustia:

—¿Para curar el *rumatismo?* —inquirió, aferrándose a los últimos jirones de su ciencia.

—Grasa de peludo macho —recetó el astrólogo.

—¿Para dejarlo a un hombre ciego?

—Agarrar una víbora negra y coserle los ojos con hilo colorado.

—¡Venciste, Mandinga! —clamó entonces doña Tecla, rindiéndose con todas las armas—. Aquí estoy para servirte. ¿Qué se te frunce?

El astrólogo Schultze la miró con aire de suprema dignidad:

—Convenimos —le anunció— para inframbular en los cacositios y suprambular en las calirregiones. Y te mando que me digas dónde se abre la sampuerta.

—¡Che, che! —rezongó la bruja—. No es para todos la potribota.

—Pero yo soy el Neogogo —se presentó Schultze.

—Jesús, Jesús! —exclamó doña Tecla santiguándose.

Sin decir más entró en el círculo y se acercó al ombú. Pero antes de señalarnos la hendidura o pasadizo que se abría en el tronco, alzó los brazos al cielo y exclamó todavía:

—¡Pirocagaron los Paliogogos!

Después recuerdo que Schultze y yo, entrando por aquella hendidura del ombú, nos metimos en un túnel descendente cuyo declive nos impulsó a la más vertiginosa de las carreras. De pronto faltó la tierra debajo de nuestros pies: algo así como una tromba de aire fortísimo nos aspiró literalmente hacia las honduras; y entonces perdí el sentido, no como el que se desmaya, sino como quien se duerme. Y aquí el lector que, como yo, se ha metido jugando en esta suerte de aventura, debe recapacitar un instante sobre si le conviene huir del ombú y regresar a la Buenos Aires visible, que no está lejos, o si, confiando en sus riñones, bajará con nosotros a la Buenos Aires inteligible. Porque no bien trasponga la hendidura y se lance al túnel de los vértigos, ya no podrá volver sobre sus pasos y se hallará en los umbrales de Cacodelphia.

III

Al recobrar el sentido nos encontrábamos en una región cuya naturaleza no alcancé a vislumbrar de inmediato, pues algo semejante a una densa bruma nos envolvía y estrechaba, cerrándonos el horizonte casi en las narices: no digo que fuese una bruma, sino «algo semejante a una bruma»; porque su terrible sequedad nos enardecía la garganta, los ojos y las fosas nasales, tal como si estuviese gravitando sobre nosotros una atmósfera de cenizas volcánicas en suspensión. Igual aridez revelaba el suelo que pisábamos a tientas y que crujía debajo de nuestros talones como si lo formaran cristales de sal o detritus calcificados. Un rumor indefinible, parecido al del mar o al de las multitudes, llenaba el ámbito, crecía y bajaba rítmicamente como las mareas.

—Esperemos aquí hasta que la bruma caiga —me dijo Schultze con voz tranquila—. Necesitamos llegar al embarcadero, y no me gustaría que nos extraviáramos como dos idiotas en este arrabal.

—¿Arrabal? —protesté yo—. ¡Esto es una cruza de Laponia y el Sahara, o yo no entiendo un pito de geografía!

—No bien se disipe la niebla —me aseguró el astrólogo—, ya verá usted qué terriblemente poblado se halla este suburbio. Entretanto, y con el objeto de evitarle posibles confusiones, le anticiparé una síntesis de la arquitectura cacodélphica y del orden en que la ciudad fue construida.

Su tono profesoral era decididamente absurdo en tal sitio y en aquella ocasión. Pero yo lo escuchaba con esa naturalidad prodigiosa que asumimos durante el sueño y que nos deja impasibles frente a las mayores extravagancias de la creación onírica.

—Cuando me resolví a dar una imagen visible de la Cacodelphia inteligible —comenzó a decir el astrólogo—, mi principal cuidado era el de no caer en torpes imitaciones. Temeroso, pues, de construir un Infierno vulgar y silvestre, concebí la forma de un cono-hueco-invertido, al que llamé *Divicono,* dentro del cual se ubicarían los cacadelphenses, como en el interior de un vaso gigantesco y según el mayor o menor lastre de sus almas: los más densos ocuparían el fondo, en figuras monstruosas y braceando con dificultad cierto *putrilimo* que tragarían y vomitarían eternamente; los de peso mediano, provistos de vejigas natatorias y escamas, estarían en la zona central del vaso, nadadores agilísimos de un agua que iría de lo turbio a lo transparente; a los más ligeros, a los poseedores de un alma excelsa, les asignaría la parte superior del *Divicono,* en la cual, y a manera de burbujas resplandecientes, gozarían de una condición semi-aérea que los haría tender a desbordarse del vaso y a buscar las regiones del sanfuego.

—Una idea poética —le dije yo entonces.

—Poética, eso es —admitió Schultze—. Nada más que poética. Me vi obligado a desecharla.

—¿Por qué?

—Esa idea tenía la imprecisión de todo lo poético; y yo necesitaba organizar matemáticamente mi espacio infernal, de modo que fuera inteligible y transitable. Entonces imaginé un rascacielo subterráneo (o si usted quiere, un rascatierra) cuyos diferentes pisos constituirían otras tantas moradas infernales, atravesados todos ellos por el tubo del ascensor, que sería el eje vertical o línea de las mociones celestes.

—Una idea prosaica.

—Y muy peligrosa. Porque me hacía caer en la tentación de ubicar a troche y moche diablos ascensoristas y escaleras mecánicas, o mejor dicho, en la de construir un infierno motorizado que no dejaría de parecerse a Gath y Chaves en semana de liquidación.

—Exactamente —le dije yo—. ¿Y en qué vino a parar su trajinada Cacodelphia?

El astrólogo asumió aquí una voz profesional de agente de turismo:

—Cacodelphia —me anunció— es una vía helicoidal en descenso: la constituyen nueve pasos de hélice o espiras, en cada una de las cuales se alza un barrio infernal o *cacobarrio.* Donde acaba una espira comienza la otra, sin más inconvenientes que un acceso difícil cuyos peligros debe afrontar y vencer el curioso turista. El eje vertical del Helicoide es un tubo que atraviesa los nueve *cacobarrios* y cuyas virtudes le haré conocer a su hora. En cuanto a los asombrosos detalles de la construcción, no figuran en el prospecto, y le serán revelados *in situ* por el agente de la compañía.

—¿Y este lugar en que nos encontramos —le pregunté yo— es la primera vuelta del Helicoide?

—Creo haberle dicho que sólo es un arrabal, una especie de suburbio, un *agatasbarrio*: ni chicha ni limonada. Pero la visibilidad es mejor ahora. Sígame y abra los ojos.

La niebla se disipaba, y el territorio era ya visible merced a cierta claridad lechosa que parecía brotar, no de lo alto, sino del suelo mismo, y que aumentaba gradualmente como la luz de una lámpara cuya mecha se sube poco a poco. Schultze y yo, él adelante y yo pisándole los talones, descendíamos ahora por un declive lustroso y crujiente que nos daba la sensación de ir hollando la cáscara reseca de un paisaje lunar. Y a medida que avanzábamos y crecía la luz, también se intensificaba el rumor indefinible que habíamos escuchado en la bruma, pero en el cual distinguíamos ahora el diapasón de mil acentos humanos, de mil voces ni tristes ni alegres que se entretejían y resonaban largamente como en el interior de una caverna. De pronto el declive nos arrojó a una especie de terraza o meseta que parecía dar al vacío.

—Acérquese y mire —me dijo Schultze, llevándome hasta el borde.

Miré y dudé un instante sobre si lo que veían mis ojos entraba en el dominio de la realidad o en el de la ficción. Mezcla de salina y arenal, una triste llanura dilatábase hasta el horizonte, árida y monótona, resquebrajada por la sequía, brillante de salitre. Hombres y mujeres, en número infinito, corrían y se amontonaban en aquella planicie, acá y allá, sin orden alguno, como torbellinos de hojas otoñales al soplo de contrarios vientos: la multitud se detenía súbitamente, y sus millares de cabezas giraban en redondo, semejantes a otras tantas veletas indecisas; luego mujeres y hombres tornaban a correr, a entrechocarse, a detenerse y a levantar sus cabezas giratorias. De pronto se descolgó sobre la llanura un diluvio de papeles mugrientos, hojas de periódicos, revistas ilustradas, carteles llamativos; y la multitud, arrojándose al punto sobre aquel roñoso maná, lo recogió a puñados, lo masticó y devoró con avidez. En seguida, ellos bajándose los pantalones y ellas levantándose las faldas, se pusieron en cuclillas y defecaron solemnemente, mientras, con voces de cotorras, declamaban ampulosos editoriales, gacetillas de cinematógrafo, debates políticos, noticiarios de fútbol y crónicas policiales.

—¡Gran Dios! —murmuré, volviéndome hacia el astrólogo—. ¿Qué pueblo es ese que tanto se agita en la llanura? Todas esas caras me son familiares, como si las hubiera visto mil veces en la calle Florida, en el Luna Park o en el estadio de Boca Juniors.

—Es el pobre Demos —respondió Schultze—: la *mayoría* nuestra que, inclinada igualmente al bien y al mal, sigue la dirección de cualquier viento. Sus actos y voces anuncian a las claras que hoy la solicitan vientos despreciables. Pero con ese mismo barro un *Neogogo* hará maravillas.

—¿Y por qué los ha zampado en ese infierno?

—Esto no es aún la Cacodelphia tenebrosa —volvió a corregirme Schultze—. Es el suburbio de los irresponsables.

—Pero es ya bastante sombrío —insistí yo, considerando una vez más la llanura y el grosero trajín de sus pobladores.

—Si bien lo mira —concluyó Schultze—, resulta una fiel imagen de la existencia que todos ellos cumplen en la Buenos Aires visible. Pero ya es hora de bajar al Helicoide: allá le será dado ver a los responsables, y en posturas nada cómodas.

El astrólogo caminó a lo largo de la terraza; y yo lo seguí, preguntándome ahora cuál sería el embarcadero a que se había referido él anteriormente; pues, aunque miraba y remiraba en tomo a mí, no veía yo ni sombra de río, mar o laguna. No tardamos en llegar ante la boca de un agujero, cisterna o pozo que se abría en el mismo centro de la terraza y dentro del cual descendía un plano inclinado muy liso.

—¿Y esto? —pregunté, no sin desconfianza.

—Un tobogán —me respondió el astrólogo—. El *santobogán.*

—Si tenemos que bajar por ahí —le dije—, ¡muy buenas noches!

—¡Es muy sencillo! —me aseguró Schultze—. Uno se sienta en el plano y se deja resbalar alegremente.

Uniendo la acción a la palabra, el astrólogo saltó al tobogán y desapareció en un instante, mientras yo le gritaba que no lo seguiría por aquella ruta, que regresáramos a Buenos Aires o que se fuera solo al infierno. Escuché largamente, inclinado sobre la cisterna; pero ninguna voz humana me llegó desde lo profundo. Entonces, dándome a todos los diablos, subí al tobogán y me dejé caer al fondo: tuve la sensación de que mi cuerpo, lanzado a toda velocidad, trazaba un loco tirabuzón en las honduras de la tierra.

IV

El *santobogán* de Schultze me arrojó violentamente sobre un terreno arenoso y por fortuna muy blando, en el cual di aún tres vueltas de carnero, no sin maldecir *inpectore* al inventor infernal que había imaginado aquel pueril sistema de comunicaciones. Cuando logré incorporarme y sacudir la arena que se me había metido en la cara, entre los cabellos y en la ropa, vi al astrólogo que, indiferente a mi destino, contemplaba los alrededores con la mirada sin entusiasmo de un turista profesional.

—¡Oiga! —le grité, medio enceguecido aún, buscando a tientas mi sombrero y ansioso de cantarle a Schultze las cuatro verdades que, a mi juicio, merecía su falta de solidaridad toboganesca.

Pero no dije más, asombrado ante la rareza del paisaje que ya veían mis ojos: una laguna de aguas pastosas y color de ajenjo lamía la playa en que nos encontrábamos, dejando en sus arenas caprichosos festones de una resaca brillante como la baba del caracol. Monolitos gigantescos en forma de toscos ídolos africanos y de un color negro de humo emergían severamente de las aguas contráctiles (y las califico así porque se agitaban en una especie de estremecimiento animal, dando a toda la laguna el aspecto de un gran molusco irritado). En cuanto a la luz que nos iluminaba, no podía yo adivinar su origen (y así me aconteció luego en las demás espiras del Helicoide schultziano); pero llegaba de *un piafando* cielo gelatinoso como las aguas, y tenía el color gris-rosa del tejido pulmonar.

Mucho tiempo me habría demorado yo ante aquel diorama, si el astrólogo Schultze, arrancándome de mi abstracción, no me hubiera conducido a un pequeño muelle o embarcadero, muy bien disimulado en la costa, y junto al cual se mecía una vieja lancha de motor. En la popa se hallaba un hombre de mono azul, cruzado de brazos y con los ojos vueltos hacia el agua. Le silbó Schultze, metiéndose los dedos en la boca; pero el hombre no dio señales de haber oído.

—Obsérvelo —me dijo el astrólogo—. ¡Vea qué desesperados esfuerzos hace por imitar la facha de Caronte!

Y dirigiéndose al del mono azul:

—¡Che, gallego! —le gritó—. ¡No te mandes la parte!

El hombre de la lancha dio un respingo, se volvió hacia nosotros y nos amenazó con el puño:

—¡Chanchos burgueses! —tronó—. ¡La Corporación Nacional de Transportes es una muía! ¡Váyanse a freír papas!

Habíamos llegado junto a la embarcación, y al reconocer la jeta gruñona de aquel hombre no pude ocultar mi sorpresa.

—¡El colectivero de la línea 38! —exclamé—. ¡Yo no viajo con este animal!

Pero Schultze había saltado al bote y me obligó a que lo imitara. Luego, dirigiéndose al del mono azul:

—Dale al arranque —le ordenó con ademán imperativo.

Zumbó el motor, y el agua fangosa de la laguna se arremolinó en la hélice. Pero el bote no se movía.

—¿Por qué no salimos? —rezongó el astrólogo.

El hombre de azul cruzó los brazos y lo miró con furia.

—¡Esto es una violencia! —protestó—. ¡Me quejaré al Sindicato! Yo no firmé ningún pliego de condiciones. La ley me ampara.

—¿Estamos o no estamos en un infierno? —le argumentó Schultze—. Aquí no podes hacer de tu culo un pito. Acordáte que sos un condenado.

—¡Apelo! —gritó el de azul, en rebeldía.

El astrólogo le clavó dos ojos taladrantes y humanos a la vez:

—¿Te acordás de tu aldea, en Galicia? —le preguntó.

—¡Me niego al interrogatorio! —bramó el de azul—. Sólo contestaré delante de mi abogado.

—Arabas tu tierra, podabas tu viña, matabas tu chancho, cantabas los villancicos de tu madre y profesabas la sabiduría de tus abuelos. ¡Confesa, gaita, que tenías entonces una dignidad maravillosa! ¿Lo confesas o no?

—Confieso —balbuceó el de azul intimidado.

—¿Y qué hiciste, no bien llegaste a Buenos Aires? —le preguntó Schultze en tono dolorido.

—Pues, yo...

—Te dejaste crecer una melena de compadrito, te anudaste al cogote un pañuelo de seda; y se te vio en las milongas de barrio, echándotelas de matón y haciendo esfuerzos inauditos por imitar a los personajes de Vacarezza.

—Pero...

—Hay un pero, lo sé —continuó Schultze—. No bien abrías la boca, mostrabas la hilacha. Entonces eliminaste las jotas y las úes que te hacían sospechoso; y aprendiste la jerga del bulín, la gayola, el che, la mina. En una palabra, olvidaste aquella dignidad que sin duda tenías, para entregarte a un mimetismo grosero.

—Eso fue al principio —confesó el de azul, con los ojos bajos.

—¡Y ojalá te hubieras quedado ahí! —repuso Schultze—. Porque, no bien asomó tu alma de leguleyo y te pusiste a devorar inmundos pasquines, no quedó problema que no discutieses, ni verdad que no negases, ni asunto en el que no metieras tu cuchara, desde las ternas de obispos hasta los aranceles aduaneros, pasando por la teoría de la relatividad y el idealismo kantiano. ¡Así perdiste la inocencia de los tuyos y el sentido alegre de la vida! Y cuando te viste, ¡oh, alma de cántaro!, en el volante de un colectivo...

—¡Tenía que ganarme las habichuelas! —protestó el de azul.

—Sí —admitió el astrólogo—, pero no haciéndote verdugo. Porque, al verte con un acelerador bajo el pie, ¿qué ley de tránsito no violaste?, ¿*a* cuál peatón no agrediste?, ¿qué anciano se salvó de tu furia y qué mujer de tus insultos? ¡Alma de negrero! Los amontonabas en tu vehículo infernal, y el cargamento humano se bamboleaba y gruñía, mientras que vos, con la Muerte sentada en tus rodillas, ¡oh, charlatán indómito!, perorabas y perorabas sobre la unión fraternal y los derechos del hombre.

En el transcurso de nuestro viaje, aquella fue la sola discusión que Schultze mantuvo con un habitante de Cacodelphia. Tiempo después, al recordársela, el astrólogo me confesó que si había polemizado con el sangallego lo hizo en honor de la justicia; porque al fin y al cabo el sangallego, además de purgar sus faltas, se veía constreñido a cumplir allá un trabajo extra y *adhonorem.* Lo cierto fue que, al oír tan duras palabras, el hombre de azul bajó la cabeza y tomó el volante de la canoa.

Rápidamente nos alejamos de la orilla. Schultze había entrado en un estudioso mutismo, y el de azul no respiraba casi, atento a guiar la embarcación por entre los negros monolitos que a manera de escollos emergían del agua, y junto a los cuales pasábamos en zigzag y a una velocidad inquietante. Vistos de cerca, los contornos humanos de aquellas piedras adquirían proporciones monstruosas: desfilaban cabezas deprimidas, labios gruesos y ávidamente sensuales, ojos entrecerrados, tetas de agudos pezones, vientres esféricos, sobre los cuales, a modo de una costra viva, pululaban miles de animalúnculos reptantes que a nuestro paso se escurrían hasta el agua. Una nueva incomodidad se agregó a la desazón de aquella marcha vertiginosa: desde la profundidad lacustre, grandes burbujas ascendieron a la superficie; y al estallar bajo nuestra hélice dejaban escapar fuertes emanaciones, como de amoníaco, que nos irritaban las narices y los

lagrimales. Por otra parte, a medida que avanzábamos disminuía la luz hasta cierto índigo crepuscular en que laguna y cielo parecían fundirse. Inesperadamente, cuando todo me hacía temer una catástrofe náutica, la canoa se detuvo en un muelle idéntico al de la otra ribera. Desembarcó Schultze, y yo lo seguí dos o tres pasos a tientas, pues la noche caía sobre aquel país desolado. Frente a nosotros corría una muralla, sin otro acceso que una especie de grieta o hendidura.

—Allí —dijo el astrólogo, señalándomela— comienza la primera espira del Helicoide.

Nos dirigíamos a ella, cuando el hombre de azul, que regresaba a su base, nos gritó con voz estentórea:

—¡Muera el oscurantismo!

El pedorreo del motor ahogó sus imprecaciones finales.

V

Aquellos de mis lectores que tengan algún saber en materia de correrías infernales aguardarán aquí una invocación a las Musas o cualquier otro arrebato poético de los que tradicionalmente se estilan en estos lances. Y aguardará en vano, porque hasta en los portones de Cacodelphia me cortó Schultze las alas de todo posible lirismo. Imagínate, lector, que te hallas en el umbral del Tártaro, estremeciéndote de pavor a la sola expectativa de las visiones que no tardarán en ofrecerse a tus ojos, y ocupado tu cerebro (si por ventura lo tienes) en la piadosa meditación que desde ya te inspira el destino de los mortales; e imagínate luego que tu conductor o guía infernal te ofrece de súbito unas botas de caucho semejantes a las que usan los cazadores laguneros, y abre un gran paraguas rojo en tus propias narices. Lector amigo, si en ese momento eres capaz de aventurar una salutación a las Nueve Hermanas, así sea el más lacónico de los «buenos días», es porque mereces vivir con los bienaventurados de Calidelphia, entre los cuales espero verte luego, si los númenes que presiden este relato me son tan favorables como ahora.

Nos habíamos encaminado a la grieta de la muralla, y en ese punto fue donde Schultze, buscando a tientas, encontró los dos pares de botas y el paraguas a que aludí recién y cuya presencia en aquel sitio no dejó de causarme un asomo de hilaridad. Con todo, imaginé que aquellos adminículos tenían allí su razón de ser; por lo cual, e imitando al astrólogo, me puse las botas que me tocaban en suerte.

—Venga lo demás—pedí luego, con las botas hasta la verija.

—¿Qué le falta? —me preguntó Schultze.

—Una escopeta de dos cañones.

El astrólogo abrió su paraguas monumental:

—No estamos de chacota —rezongó, aventurándose por la hendidura.

Lo seguí en todo el espesor de la muralla; y al final del pasadizo me detuve ante la visión de lo que sin duda era el primer barrio de Cacodelphia. Al principio no vi más que un cielo gris brillante, del cual se descolgaba un apretado aguacero. Pero en seguida, y a través de la lluvia, distinguí una barriada en anfiteatro, compuesta de casuchas informes distribuidas al azar y edificadas en el lodo con viejas chapas de cinc, latas de queroseno, barriles desfondados y restos de automóviles en desuso. Una multitud gritona chapaleaba en el fango de las callecitas: hombres y mujeres, vestidos con sus ropas civiles y embarrados hasta los ojos, hundían un pie aquí, arrancaban el otro allá, caían y se levantaban sin dar señales de incomodidad alguna.

—Una sinfonía de barro —comenté, volviéndome al astrólogo.

—Pequeños burgueses —explicó Schultze—. Gentecitas de pequeños vicios y pequeñas maldades: no tienen un solo átomo de virtud, ni aquella grandeza en el mal que los haría dignos de un infierno más honorable aunque más riguroso.

—Me los ha empantanado como a bestias.

—Están en su elemento.

Sin decir más el astrólogo se lanzó al fango; y me vi constreñido a seguirle por aquella ruta. Bajo el gran paraguas rojo nos metimos entre la muchedumbre que chapaleaba y gruñía: vistos de cerca los habitantes de aquel barrio mostraban tendencias a la forma porcina, bien que sin abandonar del todo sus perfiles humanos (ojitos de cerdo, trompas de jabalí, papadas colgantes y obesos corpachones que reventaban los vestidos de casimir o de seda llenos de costras y ajaduras); pero todos ellos exhibían un aire de insolente orgullo que no cuadraba ni a sus figuras grotescas ni al barroso ejercicio en que se veían. Observando que ninguno reparaba en nosotros, le pregunté a Schultze:

—¿No nos ven? ¿O es que los de bota y paraguas somos invisibles en este círculo?

—Ésos —me respondió él— sólo se miran a sí mismos, incapaces de ver a otro, en tanto que «otro», según las leyes de la caridad.

Iba yo a exigirle una explicación de aquella frase que me sonaba demasiado a «célebre», cuando la visión de las casuchas entre las cuales avanzábamos ahora me hizo abandonar ese propósito: gordas mujeres, en increíbles *matinées,* se asomaban a las ventanas, peinando sus greñas, de las que caían chorreaduras de lodo, o bien tendiendo ropas a secar en alambres que goteaban eternamente; en patiecitos llenos de neumáticos rotos y viejas latas de sardinas, hombres de apostura solemne raspaban con cuchillos de mesa los costrones de sus zapatos y sombreros; y lo más asombroso era que todas las casuchas parecían colmadas de gritos, músicas ramplonas y diálogos estridentes. Sólo al descubrir las antenas de los techos di con el origen de aquel tumulto: aparatos de radio. Sí, una radio en cada vivienda: radios de veinte lámparas, a toda voz, que gruñían tangos llorones, chillaban *fox-trots* envejecidos, rugían dramas radiotelefónicos, cacareaban sesiones de Concejo Deliberante, repetían lecciones de cocina, higiene o calistenia.

—¡Esto es un infierno! —exclamé yo, tapándome los oídos.

—Naturalmente —dijo Schultze—. Pero no se me aleje del centro: conserve su izquierda. Cuanto más nos apartemos del eje, más grande será la vuelta de la espira; y no quisiera que nos eternizáramos en este barrial.

Tiré hacia la izquierda, renegando de la lluvia, del fango voraz que me arrancaba las botas y del malandrín que me había metido en aquel chiquero. De pronto, alguien me llamó desde una ventana próxima:

—¡Vecino! ¡Eh, vecino!

—¡Campanelli! —exclamé yo, reconociendo al hombre gordinflón que desde su ventana me hacía señales amistosas.

El astrólogo echó atrás el paraguas y frunció el entrecejo.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Un viejo enemigo. ¡Demonio de Schultze, y qué bien me lo ha ubicado! ¿Puedo hablarle?

—Sólo tres minutos —concedió Schultze.

Nos acercamos a la ventana desde la cual vi un interior sombrío y húmedo, con muebles rengos y empapelados que se caían a jirones: Campanelli se acodaba en el alféizar, mostrándome un aire de timidez y compunción verdaderamente risible; frente a un enorme aparato radiotelefónico, su adiposa mujer, en traje de baño, hacía flexiones y más flexiones a la voz de un *speaker* sin entrañas; en un pianito de juguete que sólo tenía doce teclas, la señorita Campanelli, sentada en el suelo, repetía con imbécil obstinación los tres primeros compases del vals «Sobre las Olas».

—Y bien —dije, mirando sin rencor al hombre de la ventana.

—No sé si me recuerda —balbuceó Campanelli—. Yo habitaba el departamento X, encima del suyo.

—Sí, sí. Todo lo he perdonado.

—¿Qué me ha perdonado usted?

—Aquellas insignificantes molestias —aventuré yo, casi enternecido.

Campanelli esbozó una sonrisa de hiel.

—Usted no me comprende —murmuró—. Usted no lo sabe todo. ¿Se atreve a decir que mi conducta sólo era la expresión de una candorosa brutalidad?

—Yo no diría tanto.

—¡Mucho más, querido señor, mucho más! —dijo Campanelli, exaltándose—. Pero vayamos en orden. ¿Cuál fue su primera revelación acerca de mi persona y de los míos?

Lo miré a fondo, sorprendido ante el cariz que tomaba el diálogo.

—Verá usted —le dije—. Yo era entonces, y lo soy todavía, eso que se ha dado en llamar «un hombre de letras»: ente meditativo, componedor de fábulas y papador de sutiles nociones metafísicas. No sé si me comprende.

—Siga usted, por favor, siga usted.

—El silencio era para mí un artículo de primera necesidad. Mis nervios no son de bronce; ¿tengo yo la culpa? Y ustedes, en el piso de arriba...

—No me oculte ningún detalle —imploró Campanelli, retenido el aliento.

—Al principio —le dije—, tuve la sospecha de que todos ustedes andaban con zapatones herrados. Usted, sobre todo, antes de sus tres comidas, trotaba ruidosamente alrededor de la mesa, con el desasosiego de un animal en ayunas.

—¡Eso es, eso es! —dijo Campanelli, restregándose las manos.

—Luego advertí el despotismo que ustedes ejercían sobre las cosas familiares: aquel incesante aporreo de muebles, aquel martirio de puertas y ventanas, aquel uso brutal del inodoro, que se les rompió al tercer día, ¿se acuerda? No tardé mucho en abandonar mis libros y mi pluma, obsesionado por aquel pandemónium que gravitaba sobre mi cabeza. Señor, con el oído atento, llegué a conocer los menores detalles de su vida íntima.

—¿Por ejemplo?

—Sus gustos artísticos. Sintonizaba usted las estaciones de radio más vulgares, y elegía las músicas que imitaban ruidos, con preferencia gástricos; o bien las cancioncitas de moda, que usted escuchaba cien veces y que sus hembras repetían otras tantas con un solo dedo en el piano de cola. El radioteatro lo dejaba para la noche, y prefería los melodramas que abundasen en gritos desgarradores, en sollozos histéricos, en trabucazos y puñaladas, todo lo cual era sin duda necesario para que se conmoviese alguna fibra de su impermeable sensibilidad.

Campanelli batió palmas, en un sincero arranque de entusiasmo.

—¡Bravo! —exclamó—. ¡Duro ahí! Con todo, hay un pequeño error en sus últimas observaciones: la de los melodramas era mi esposa. Yo, personalmente, los detestaba, como detesté siempre todo lo dramático y heroico, ya fuera en la vida real, ya en el terreno de la ficción. Era yo de los que reían en el cinematógrafo ante las situaciones más conmovedoras; y no por vandalismo, se lo juro, sino porque ante lo dramático experimentaba yo una incomprensión fundamental. Por otra parte, no ignora usted que las escenas trágicas pueden afectar el movimiento peristáltico del intestino. Hombre de lentas digestiones, yo prefería ocupar una butaca *pullman* en los teatros de sainete: reía entonces a carcajadas, reía como un orate, hasta perder el aliento y sentir que se me aflojaba peligrosamente el esfínter. Y estas gordas mujeres reían a mi

lado: hubo noches en que volvieron con la ropa interior bastante mojada. Pero siga usted, señor. ¡No sabe con qué interés lo escucho!

La exaltación de Campanelli me había dejado absorto.

—No tengo mucho que añadir —le dije—. Faltan sus últimas acciones, cuando, rompiéndose usted a fuerza de bostezos leoninos, se arrancaba los botines y los dejaba caer pesadamente al suelo. Y después, algo inconfesable...

—¿Eh? ¿Cómo? —interrumpió Campanelli muy excitado.

Se volvió rápidamente hacia la mujer que hacía gimnasia:

—¡Más bajo esa radio! —le gritó.

—Okey, Rudy —jadeó ella.

—¡A ver ese pianito! —rezongó Campanelli, dirigiéndose a la muchacha.

—Okey, papy —respondió una vocecita de cotorra.

Campanelli me sonrió con indulgente melancolía:

—¡Desdichadas! —observó—. Lo aprendieron en el cinematógrafo. Pero decía usted que algo inconfesable...

—Señor —le pregunté, mirándolo ahora con severidad—, ¿por qué causa elegía usted las noches de tormenta para realizar sus contactos matrimoniales? Cien veces lo he oído, entre relámpagos y truenos, debatirse arriba y gritar: «¡A la carga!», «¡Fuego!», y otras expresiones bélicas del peor gusto.

Un éxtasis amargo se dibujó en el rostro de Campanelli.

—¡Qué bien lo ha dicho! —suspiró con lágrimas en los ojos—. ¿Fue, acaso, esa circunstancia la que colmó su medida?

—¿Cuándo?

—Cuando se quejó usted al portero del inmueble.

—¿Se lo dijo él?

—Me habló con razones que habrían convencido a una piedra —lloriqueó Campanelli—. Era un portero castellano, de palabra dura y tierno corazón. Me dijo que usted no era un hombre común, que padecía demasiado las cosas y que sus nervios estaban a la miseria. Concluyó haciendo un llamado a mi espíritu de caridad.

—¿Y usted?

—No puede imaginarse la rabia tremenda que se apoderó de mí al escuchar los alegatos del portero. Señor, yo tenía mi tabla de valores: la renta mensual era para mí el fundamento de las jerarquías humanas; y supe que usted sólo tenía un sueldo de maestro, reforzado con algunas colaboraciones poéticas muy mal retribuidas. Además, yo tenía un automóvil de ocho cilindros, y me dijeron que usted sólo viajaba en tranvía. No es extraño, pues, que su queja me sonase a bofetón e injuria: era un bofetón que se quería dar a mi libreta de cheques, una injuria que se deseaba inferir a todos y cada uno de mis ocho cilindros. Pero lo que me llevó al colmo de la exasperación fue la reverencia con que hablaba de usted el portero castellano, ¡de usted, que a lo mejor sólo le daba las buenas noches!

—También hablábamos de Castilla, de sus pastores y sus gredas —corregí yo.

—Lo sé —repuso Campanelli—. Todo lo sé ahora. Pero aquel sermón del portero castellano me inspiró contra usted un odio ridículo. Deliberadamente, organicé yo entonces ruidosos fandangos en mi departamento, sólo para vengarme de usted y acrecentar su martirio.

—Sí —dije yo—, a veces temí que se desmoronara el techo sobre mi cabeza.

—Y lo realmente abominable fue que yo, sin participar en aquellas orgías, aguzaba el oído y contenía el aliento para sorprender abajo una lamentación o siquiera un insulto. ¡Señor, lo he oído a usted sollozar a medianoche y golpear con el puño las paredes medianeras!

El hombre de la ventana lloró amargamente, con el rostro escondido entre las manos. Busqué para él alguna frase de consuelo, y sólo atiné a darle varias palmaditas en el hombro. Por otra parte, Schultze, que nos había escuchado con absoluta impasibilidad, consultaba frecuentemente su reloj, como exigiendo el retorno al paraguas ilustre.

Nos alejamos, pues, de la casucha y volvimos al fangal, siempre bajo aquel aguacero que sin duda no tenía principio ni fin, y siempre a los encontrones con los burgueses del *Fanguibarrio,* entre los cuales buscaba yo a otros conocidos. La historia de Campanelli me había dejado absorto:

—Lo que me asombra —dije al fin— es la contrición de un hombre al que conocí tan duro.

El astrólogo me consideró sin bondad alguna.

—¿Y quién es usted —refunfuñó— para meterse a sondear los vericuetos de una conciencia?

—Soy un gusano —contesté—. Pero, a mi juicio, la contrición de Campanelli lo hace merecedor de un ascenso en el Helicoide.

Rió Schultze, aunque sin entusiasmo.

—Quizá no le falte razón —me dijo luego—. Pero, si bien lo mira, estamos en un infierno privado y hasta clandestino, sin patente ni oficialización alguna.

—Y otra maravilla —insistí yo—: ese bruto de Campanelli me habló con una elegancia desconcertante.

Un coro de risas y exclamaciones nos distrajo en este punto, y nos llevó hasta un grupo de burgueses muy excitados que formaban círculo en torno de dos figuras gesticulantes. A fuerza de codos nos abrimos paso hasta la primera fila, y entonces vimos a una mujer y a un hombre que, plantados en el centro del redondel, se dirigían miradas furibundas, como dos gallos en un reñidero.

—La señora de Ruiz —me anunció Schultze con el aire de un empresario circense.

—¡Y yo conozco al hombre! —dije—. ¡Qué me cuelguen si no es el profesor Berreta!

Un espectador que a mi lado alargaba su fuerte cabeza de tapir nos miró con visible descontento:

—¡Chist! —gruñó—. Ahora es el hombre quien tiene la palabra.

Exageradamente arropado en su sobretodo funeral, en sus guantes negros y en sus luctuosas polainas, el profesor Berreta dirigía ya un índice amenazador a la señora de Ruiz.

—¡Atención! —dijo—. Acuso a esa momia de poseer siete camisones distintos, con los siete colores del arco iris, envuelta en los cuales ella recibe, no sin espasmos de gozo, a los siete galenos que le manosean periódicamente las vísceras.

Una salva de aplausos estalló en el círculo, y el profesor Berreta saludó gravemente a los espectadores. Pero la señora de Ruiz, dura y estirada como un palo, miró al profesor a través de sus impertinentes:

—Acuso a este hombre —chilló—. Lo acuso de llevar consigo tres pulverizadores llenos de otros tantos desinfectantes, con los que se desinfecta las manos, la boca y la nariz en la vía pública, en los ómnibus, en los cafés y en los cines, por temor de la fauna microbiana y de los contagios directos o indirectos. Lo acuso de llevar escrupulosamente un Libro Diario de su salud, con el análisis de su orina y el de sus materias fecales, con el número de sus glóbulos rojos, con la hora exacta de sus defecaciones y el estado real de su metabolismo.

Cerrada fue la ovación que los espectadores consagraron a la señora de Ruiz. Con todo, y sin desfallecimiento visible, el profesor Berreta volvió a la carga:

—Esta señora —dijo— tiene la rara virtud de contraer todas las enfermedades a la sola lectura de sus síntomas. Ha honrado con su presencia todos los consultorios médicos, y su esqueleto venerable se ha extendido en todas las mesas de operaciones. Con un orgullo verdaderamente satánico, exhibe a sus relaciones el apéndice, la mitad del páncreas y un riñón que ágiles bisturíes le cortaron un día, y que guarda ella en frascos del cristal más puro, como trofeos de otras tantas victorias. Además, en su pavoroso engreimiento, se vanagloria de haber producido el bolo fecal más considerable que haya ilustrado las páginas de la *Revista Médica.*

Gritos y carcajadas, aplausos y bisbiseos festejaron las gravísimas acusaciones del profesor Berreta. Y la señora de Ruiz, que había soportado muy bien el castigo, levantó una mano en procura de atención.

—Este hombre —declaró— es culpable de haber interpuesto siempre un preservativo entre su ser y los más nobles reclamos de la naturaleza: no acarició jamás a un niño, como no fuese con guantes de caucho, ni se acercó a mujer alguna sin previas, cuidadosas y mutuas esterilizaciones. Junto a los lagos de Palermo consultaba la dirección de la brisa, para evitar que le trajera las insalubres emanaciones del agua en reposo. Este Adán, señores, habría desinfectado el Paraíso, árbol por árbol; y sólo hubiera comido la manzana fatal si se la hubiesen dado hervida y en compota.

Interminables fueron los hurras con que saludó el público a la señora de Ruiz. Pero el astrólogo Schultze me hizo una seña:

—Vayámonos —ordenó—. Supongo que continuarán gritándose infinitamente.

—Adoradores de su cuerpo —dije yo—. Al profesor Berreta no le valieron sus tres desinfectantes: murió bajo las ruedas de un ómnibus.

—Los responsables están más abajo —anunció Schultze ominosamente.

Salimos del redondel, y tirando siempre hacia la izquierda seguimos recorriendo lo que faltaba de la espira: en aquel tramo las construcciones raleaban y se reducían a simplísimos tugurios cavados en la misma tierra o improvisados con dos o tres materiales heterogéneos. No obstante la prisa que sin duda llevaba, el astrólogo se detuvo frente a uno de aquellos cubiles: era una especie de chiquero en el cual, bajo dos chapas de cinc, dormían echados un hombre y una mujer, ésta con un batón de colores chillones y aquél provisto de unos anteojos descomunales.

—El doctor Scarpi Núñez —presentó Schultze—. Y su consorte, la rolliza Betty.

Al oírlo batió ella sus párpados azules:

—¡Chist! —susurró—. El doctor está de consulta.

Pero el doctor Scarpi Núñez abrió el ojo izquierdo y en seguida el derecho:

—Nosotros, los universitarios... —comenzó a barbotar en tono solemne.

—Etcétera, etcétera —lo interrumpió Schultze—. Ya conocemos la historia.

El astrólogo se volvió hacia mí:

—Este doctorado señor —dijo, señalándome al hombre— no es la docta ignorancia que tan buenos frutos dio en mejores días, sino la ignorancia docta y el analfabetismo diplomado. Hijo de un zapatero ligur que había traído al país una honradez infinita, un alma de oro y un oficio útil, este quídam hubiera llegado a ser en otros climas un remendón casi tan bueno como su padre. Mas, ¡ay!, el zapatero ligur se vio de pronto en una urbe que hacía gala de querer doctorar a su millón y medio de habitantes, y en la cual no había oficio útil ni mérito del corazón que no se avergonzase ante la prosopopeya de un título universitario. ¿Qué haría, entonces, el zapatero ligur con un hijo, una trincheta y un tirapié? Noche y día se puso a clavetear los trajinados botines de Saavedra, se quitó el pan de la boca y sacrificó el sueño al ensueño, mientras este pelmazo rendía exámenes a regañadientes, cuidaba sus uñas, perdía sus noches en los *danángs* y agregaba

un Núñez a su Scarpi nativo, no sin lanzar a su futuro una mirada recta y a su pasado una mirada oblicua. Y al fin, cuando esta preciosura consiguió su diploma, el zapatero ligur creyó tocar el cielo con la mano.

Irguiéndose a medias en su chiquero, el doctor Scarpi Núñez se ajustó dignamente los anteojos:

—Señor mío —refunfuñó—, sepa que no me avergüenzo de mi origen.

—¡El doctor ha contestado! —exclamó la rolliza Betty, con aire de triunfo.

—El doctor oculta la verdad —me dijo Schultze—. Porque no bien instaló su bufete, y contrajo un matrimonio por dinero, y se lanzó a una existencia inspirada en el lujo, el malthusianismo y la frivolidad, este quídam sólo tuvo una preocupación grave: la de ocultar al zapatero ligur, la de hundirlo en la sombra, mediante cien estratagemas cuya sola descripción haría llorar a un peñasco. El zapatero ligur lo entendió al fin, y en un principio se decidió a no deshonrar aquella gloria que había cimentado él con un millar de botines rotos; volvió a su tabuco de Saavedra, y sólo por la noche lo abandonaba sigilosamente para llegarse hasta la puerta del quídam y acariciar sus doctorales chapas de bronce. Pero, más tarde, la soledad del alma y el frío del corazón le inspiraron una indiferencia que algunos toman hoy por locura: el zapatero ligur vive ahora con un perrito llamado «Beffa», cuya única pasión es la de ladrar furiosamente a todas las chapas doctorales del barrio.

En este punto la rolliza Betty gritó, arrebolada de cólera y sacudiendo al doctor Scarpi Núñez, que visiblemente dormía:

—¡Cántale una fresca, *Doc*! ¡No te dejes escupir el asado!

—Silencio, Betty —suspiró él—. No le hagas el caldo gordo a ese Virgilio de ferretería.

Pero Schultze, sin darse por aludido, me siguió diciendo:

—Con todo, si este hombre yace hoy en una pocilga del *Fanguibarrio* no sólo es a causa del zapatero ligur. Este hombre adquirió indudablemente la técnica del picapleitos, como lo hace un deshollinador con la suya; pero el núcleo de su ser permaneció inculto, basto, rechoncho de grosería. ¡Peor aún! La soberbia de su nuevo estado le hizo perder hasta el último vestigio de las virtudes natales; de modo tal que, si los comparásemos ahora, el zapatero ligur frente a su hijo nos parecería un dechado de finura y sensibilidad.

—¡Este hombre delira, Betty! —ronroneó el doctor Scarpi, muerto de sueño.

—Imagínese usted —prosiguió Schultze sin dejar de mirarme— que no bien el quídam vio su diploma en un marco dorado (por cierto de un gusto abominable), se creyó con autoridad suficiente para dar su juicio sobre todas las especulaciones humanas. Pregúntele si en conciertos, exposiciones y teatros no escandalizó a los entendidos con su opinión grosera y su ignorancia fundamental. Pregúntele si no agotó la paciencia de unos y la risa de otros, y si, ante la intimación de aquellos que lo enviaban a sus zapatos, no sacó él a relucir el dogma de la igualdad y el derecho a la opinión que le confería nuestra Carta Magna. ¡Pregúntele, ahí lo tiene!

Schultze guardó silencio; y yo me volví hacia el quídam, no para interrogarlo, sino curioso de saber lo que replicaría. Pero el doctor Scarpi Núñez roncaba ya sonoramente, muy arropado en sus cobijas de lodo.

—¡Chist! —me silenció la rolliza Betty—. El doctor no está visible. Nos alejamos del chiquero, rumbo a la salida del *Fanguibarrio* se nos mostraba cerca.

VI

—¡Bienaventurados los de fuerte riñón y de cintura inquebrantable! ¡Bienaventurados los que, sin mancillar el alma con los delirios del cuerpo ni destruir el cuerpo con los delirios del alma, guardaron la medida justa y el orden armonioso por los cuales el hombre se instala con honor entre el plano del Ángel y

el plano de la Bestia! ¡Felices los que no tuvieron imaginación, o le recortaron el ala con las tijeras del amoroso raciocinio! ¡Y felices los que, si escucharon un día el coro de las sirenas, lo hicieron desde aquel mástil en que Ulises fue sujetado, y que le permitió gozar de la música inteligible sin naufragar en el escollo de lo sensible!

Estas palabras dijo Schultze, en tono solemne, cuando el arranque de la segunda espira se manifestó a nuestros ojos. Y al evocar ahora las imágenes de aquel segundo barrio infernal, apruebo *el flatus vocis* con que me las anunció el astrólogo, pero vacila en cambio mi pluma, tales fueron las escenas que vi en aquel círculo y tan numerosas las falanges que allá padecían los rigores de la Venus Terrestre.

Habíamos salido del *Fanguibarrio* por otra hendidura del murallón; y abandonando paraguas y botas nos detuvimos junto a un despeñadero que nos cortaba el paso. Me asomé a la sima, y una ráfaga caliente me azotó el rostro pero ningún sonido humano me llegó desde las honduras. De pronto, algo así como un tambor lejanísimo redobló abajo: el redoble creció hasta el trueno, vibraron las paredes del abismo, y salté atrás. Pero en un reflujo no menos rápido, aquel trueno volvió al redoble y del redoble a un silencio preñado de amenazas.

—Ahí está el puente —me advirtió Schultze, dirigiéndose a una estructura frágil que se lanzaba de un borde al otro de la sima.

Lo seguí sin aventurar comentario alguno, pero receloso de aquel puente que me olía desde lejos a tobogán o a cualquier otro de los artificios en que tan fértil era la imaginación schultziana. Grande fue mi alivio cuando al llegar al puente vi que lo era de verdad, que no le faltaban sus barandales de madera y que se parecía mucho a los que se arquean sobre los arroyos en los grabados chinos. Y, como de costumbre, a mi alivio sucedió un movimiento de audacia que me hizo avanzar sobre el puente con el mayor desenfado, sin advertir el aire de preocupación y el fruncimiento de cejas que gradualmente se acentuaban en el semblante del astrólogo. Habríamos llegado a la mitad del puente, cuando el redoble-trueno volvió a manifestarse, pero seguido ahora de una ráfaga brutal que surgía del abismo y amenazaba con barrernos.

—¡Agárrese a la baranda! —me gritó Schultze.

Obedecí a tiempo, y cerré los ojos hasta que redoble y ráfaga cesaron con la misma rapidez con que habían sobrevenido. Pero Schultze conservaba su aire de inquietud:

—Eso no es todo —me anunció—. Ahora viene lo difícil.

Su mirada buscó alguna cosa en el tramo del puente que deberíamos recorrer aún.

—¿Dónde se habrá metido la sucia bestia? —se preguntó, avanzando con extremadas precauciones.

No había terminado la frase, cuando el monstruo se dejó ver en la cabecera del puente; y reconsiderando ahora las incidencias del viaje, me digo que la presentación de aquel animal fue la jugarreta más abominable que me hizo Schultze en las espiras de su Helicoide. Lo que ya nos cortaba el paso era una gigantesca figura de mujer, totalmente desnuda: rosas de latón y laureles de trapo se entrelazaban en sus revueltas crines; exhibía una combada frente de idiota, unos ojos en desvarío y ciertos labios carnudos que se alargaban ansiosamente a los cuatro puntos cardinales; en el lugar de las mamas tenía dos cabezas de perro que entrecerraban los ojos, como adormecidas; vasto y redondo, su vientre parecía el campo de batalla de todos los delirios; un cangrejo de pinzas inmóviles le disimulaba o le substituía el sexo, y un torpe alón de gallinácea le nacía en cada uno de los glúteos. Y la bestia mostraba en conjunto una expresión de sensualidad tan dolorosa, que sólo con mirarla se me aflojaron los tendones.

—¡Yo no sigo adelante! —protesté, desviando mis ojos de la hetera que vigilaba la cabecera del puente.

—No se le achique a doña Lujuria —me aconsejó el astrólogo—. No haga ver que le tiene miedo.

—¡Yo no le tengo miedo a ese bodrio! —contesté—. Y los alones de sus nalgas me parecen de un gusto muy discutible.

Sin escuchar mi protesta, el astrólogo Schultze me tomó de un brazo y me hizo avanzar hacia la mujer. Pero doña Lujuria se animaba en ese instante; sus dos tetas *perricabezunas* alargaron los hocicos y se pusieron a ladrar furiosamente; nos tendió el *sexicangrejo* sus pinzas amenazadoras; y las dos torpes *nalguiaks* batieron el aire con fuerza, en una infructuosa tentativa de vuelo. Dando saltitos de gallina, la mujer se nos plantó frente a frente:

—¡A ver, muchachos! —susurró con voz monótona—. ¡A ver, muchachos!

—Sí, sí —le contestó Schultze sin detenerse.

—¡A ver, muchachos! ¡A ver, muchachos! —canturreaba doña Lujuria, retrocediendo a saltitos delante de nosotros.

Así llegamos al final del puente y dimos en tierra firme.

—¡Malditos franeleros! —nos gritó entonces la mujer, regresando al sitio de su guardia, mientras las dos cabezas de perro se mordían entre sí rabiosamente.

Antes de pasar a describir los ámbitos de la segunda espira y el orden en que los recorrimos, me es forzoso declarar que aquel infierno nada tenía de barrio: se asemejaba, según recapacité más tarde, a un inmenso estudio de cinematografía, donde raros escenógrafos hubieran montado seis ambientes heterogéneos, uno junto al otro y sin soluciones de continuidad.

El primer escenario en que nos vimos (y no sabría decir cómo) era una enorme sala teatral, decorada por pornográficos atributos de yeso, cortinones roñosos y espejos injuriados de moscas. Una multitud de hombres enardecidos llenaba la platea y las galerías hasta el techo; brumosa con el humo de los cigarrillos, densa de calor animal y oliendo a sudores, a sopas de ajo y a perfumes de insignificante categoría, la atmósfera de aquel salón hubiera podido cortarse con un cuchillo. Mientras el astrólogo buscaba dos localidades vacantes, distinguía yo en la multitud las chaquetas decorativas de los lecheros, los monos azules de los mecánicos, los trajes lustrosos de los oficinistas, los chamberguitos de los estudiantes, las chisteras de los aristócratas y los perramus de los burgueses.

—Aquí está reunida media Villa Crespo —le dije a Schultze cuando me instalé a su lado.

—Las tres cuartas partes de la ciudad —me corrigió el astrólogo—. Pero escuchemos ahora.

Era visible que la multitud se impacientaba. Inicióse de pronto un zapateo infernal que levantó la más acre de las polvaredas: los del paraíso contestaron con una rechifla estridente, y una lluvia de cáscaras de banana cayó sobre el telón de seguridad en el que se leían los anuncios de nuestros más notables especialistas en venéreas. Como si se desease calmar la impaciencia del auditorio, una charanga invisible, de cobres destemplados, rompió a tocar la marcha de San Lorenzo. Pero redobló la silbatina, y mil voces indignadas gritaron en coro:

—¡Murga no, discurso sí! ¡Murga no, discurso sí!

Calló entonces la charanga, levantaron el telón de seguridad, y un silencio expectante reinó en la sala. De pronto, abriéndose paso entre cortinas rojas, un hombrecito apareció en el escenario y se adelantó hasta las candilejas, mientras una ovación clamorosa lo recibía en triunfo.

—¡El petizo Bernini! —exclamé yo al reconocerlo.

—¡Silencio! —me ordenó Schultze—. En esta espira no conviene divulgar nombres.

Era, en efecto, el petizo Bernini quien acababa de aparecer en escena y recibía los aplausos con cierta desganada majestad de *condottiero.* Y como la ovación arreciara, el petizo agradeció con un esquema de sonrisa.

—¡Escuchemos al Jefe! —gritó alguien en la platea.

—Jefe! Jefe! —aulló la muchedumbre delirante.

Entonces el petizo Bernini levantó una mano imperativa:

—¡Estudiantes de ojos perseguidores como lebreles —declamó—, horteras intoxicados de cinematógrafo, obreros de activas muñecas, burgueses en forzosa castidad, y sobre todo vosotros, oh, empleados nacionales! No es un problema vulgar el que nos reúne ahora en este congreso entusiasta, sino un problema que ha torturado al hombre, desde que el mundo es mundo, y cuyas tentativas de solución figuran en las páginas más candentes de la Historia. Me refiero al problema sexual.

—¡Muy bien! —gritó alguien.

—¡Al hablar se agiganta!

—¡Silencio! ¡Silencio!

El tribuno hizo una señal, y cierto proyector oculto le arrojó un haz de luz amarilla.

—Tan alto problema —continuó el petizo— adquiere hoy entre nosotros una gravedad catastrófica. No ignoráis que el desequilibrio entre la oferta y la demanda encarece los artículos de primera necesidad, justamente cuando la demanda es superior a la oferta. Pues bien, señores, esto sucede con la mujer en nuestra ciudad de Buenos Aires.

Hondos suspiros se levantaron de la sala, y el haz de luz que caía sobre Bernini pasó del amarillo al rojo.

—¿Suspiráis, mis bravos oyentes? —exclamó el petizo—. ¡Sí, son vuestros suspiros, y no un viento importuno, los que llegan hasta mí y hacen vibrar las cuerdas de mi lira! No fatigaré vuestra justificable atención con datos estadísticos. Pero, decidme: ¿quién de vosotros, reunido en un café nocturno con cien o más ejemplares de nuestro sexo, no contempló ávida, silenciosa y ferozmente a tres o cuatro divinidades femeninas que, desde un palco inaccesible, trataban de utilizar sus rebeldes instrumentos de música? ¿Quién de vosotros, digo, en un baile familiar de Villa Ortúzar, no malgastó saliva y paciencia tras el empeño inútil de bailar con alguna de las desdeñosas beldades que a ese juego inocente se prestaban y no se prestaban? Y las llamo desdeñosas porque, como si no nos bastase la insuficiencia numérica de tan adorables criaturas, debemos sufrir la altivez y superioridad con que nos tratan, superioridad que, dicho sea en honor de la justicia, sólo su ventajosa situación en plaza les confiere.

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritaron algunas voces, mientras el resto del público rugía sordamente.

—¡Os indignáis, correligionarios! —tronó Bernini—. Una justa cólera llena vuestros pechos y se hace visible en la ferocidad de vuestras miradas. ¿Y qué decir, entonces, de la calle Florida? Ellas pasan en grupos de dos o tres unidades, vestidas y peinadas como diosas, con el aire ausente de los bichos mitológicos y la insultante soberbia de lo caro. Y, al verlas, un sagrado temor anuda vuestras gargantas; y quisierais levantar de la calle los boletos de tranvía, para que las diosas no tropiecen en ellos, o destornillarles cuidadosamente los ombligos y lustrárselos con la seda inútil de vuestras corbatas.

—¡Eso es Castelar puro! —exclamó un gallego en éxtasis.

—Ni Alfredo Palacios, en su penúltima juventud, hablaba como lo hace ahora este hombre —dijo un electricista con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay, señores! —agregó el petizo—. En vano afeitáis cotidianamente vuestras feas mejillas; en vano agotáis la imaginación de vuestros sastres; en vano tratáis de suplir con masajes, depilaciones y cirugía estética el encanto que tan cruelmente os negó la madrastra Natura. Las bellas os ignoran, o fingen ignoraros. Y ahora, ¡que vengan aquí los barbudos filósofos del norte! ¡Que vengan y expongan ante mí, si se atreven, sus barbudas teorías sobre la tristeza de Buenos Aires! ¡Yo les demostraré que nuestra tan sobada melancolía tiene su origen único en la soledad a que nos condena el otro sexo! ¡Ah, señores, confesad que alguna vez, en las vacías medianoches porteñas, habéis experimentado el ansia de llorar amargamente sobre la pundonorosa chaqueta de algún vigilante nocturno!

Sollozos incontenibles estallaron en la sala, ojos húmedos se ocultaron en pañuelos multicolores; y el haz de luz que caía sobre el tribuno abandonó el tono rojizo para teñirse de un violeta lúgubre.

—Pero no he dicho aún lo más grave —anunció Bernini—. Y no estaría yo en esta tribuna si nuestra causa no tuviera un interés nacional mucho más valioso que la suma de todos los intereses individuales. Porque me pregunto ahora: ¿qué será de la patria, si continúa esta onerosa Reparación de sexos? ¡Ah, señores, me parece oír cómo las osamentas de nuestros antepasados crujen en sus tumbas! Sus bocas desdentadas se abren para gritarnos: «¡La Patria está en peligro!»

Universal fue la consternación del auditorio: hubo desmayos en la platea, y cinco retratos de próceres nacionales que adornaban la escena cayeron ruidosamente desde sus alturas. En medio de la batahola y el trajín de los camilleros, el petizo Bernini alzó una voz tremenda que restableció la calma:

—¡Pues bien, correligionarios! —gritó—. ¡Arriba esos corazones! Porque llegó la hora de resolver el problema.

Vítores y aplausos acogieron sus palabras, y el tribuno se inclinó sonriente bajo una lluvia de flores que caía de todas partes, mientras el foco pasaba del violeta oscuro al más optimista de los rosados.

—Y mi auditorio preguntará: ¿cómo resolverlo? A lo que respondo: o bien restringiendo la producción de varones (medida viable sólo cuando el Congreso Nacional resuelva corregir el orden injusto de Natura), o bien emprendiendo las vías pedagógicas y obligando por ley a las mujeres a que sigan cursos en los que se las instruya sobre cuanto atañe a nuestro desvalido sexo, tanto desde el punto de vista topográfico como del histórico, sentimental, financiero y hedonístico. Para ello se utilizarán fotografías, láminas en colores, anécdotas célebres, calcos de yeso, cortes verticales y longitudinales, y hasta ejemplares vivos.

Risas de felicidad y alegres bramidos resonaron en la sala: bastones y sombreros caían a miles en la escena; y un honrado burgués, con gesto liberal, soltó doce palomas que traía en una jaula. Luego el auditorio se abalanzó en masa sobre la tribuna, dispuesto, según entendí, a tomar posesión del petizo y llevarlo en triunfo. Nunca supe si en realidad lo hicieron, porque Schultze, arrancándome de aquel torbellino humano, me llevó por un desierto corredor hasta la salida.

Dije ya que entre un ambiente y otro no había intermedio alguno. Y si en efecto, aquella salida resultó ser la entrada del segundo ambiente infernal, cuya descripción intentaré ahora, en la medida de lo posible, reservándome ciertas precisiones que, por su crudeza, mal pueden convenir al decoro que deseo yo para mi relato y en cuyos límites me verá el lector hacer equilibrio no pocas veces. Ya en el umbral del segundo escenario, el astrólogo Schultze me advirtió solemnemente:

—Ver y callar es la consigna del Estanque. Reconocerá tal vez a muchos en este sitio; pero la caridad nos exige discreción y silencio.

No bien entramos, aquel recinto brumoso, húmedo y cálido me dio la sensación de estar en una sala de baños turcos; y más aún cuando, entre chorros de vapor, columbré algunos detalles de arquitectura morisca. Igualmente pesado era el silencio que allí reinaba; pero, de súbito, se oyó un chapoteo, y voces tristísimas clamaron:

—¡No remuevan el agua!

Entonces, a través del vapor que ya se desleía, vi un estanque inmenso en el cual, hundidos hasta las rodillas, vegetaban millares de hombres y mujeres desnudos. Y digo que «vegetaban», porque tal idea sugerían aquellos torsos inmóviles, pero abrazados entre sí, unidos hasta la tortura según todas las formas imaginables del amor, incrustados los unos en los otros y apretándose como las mil ramas de una floresta. Soles artificiales, estratégicamente distribuidos, hacían llover su fuego sobre aquella multitud, arrancándole densos olores cabrunos y ríos de sudor que corrían por los cuellos, las espaldas lustrosas, los vientres estrujados, las pelambreras y los muslos. El agua del estanque parecía muerta bajo una costra de mohos rojizos y putrefacciones vegetales: aquí y allá, entre la maraña de los cuerpos desnudos, crecían plantas de flores

carnosas cuya hermosura espantaba, hongos de colores malignos y juncos afilados como leznas en los que se agrupaban rosados huevos de caracol. Enloquecidos por el olor humano, cantáridas brillantes y tábanos rabiosos caían sobre la multitud y la acribillaban. A veces, uno de los cuerpos trataba de sacudirse y de romper el abrazo que a los otros le unía: oscilaba entonces todo el árbol humano, del estanque removido brotaban emanaciones terribles, y voces lastimeras balbucían:

—¡No remuevan el agua!

Como sobre ascuas el astrólogo y yo corrimos por la orilla del estanque, sofocados, chorreantes de sudor y resueltos a evadirnos de aquella estufa. Pero al abandonar el Estanque de los Lujuriosos dimos con un tercer ambiente no menos ingrato, al que denominé luego en mis apuntes la Torrentera de los Adúlteros. Parecía ser el antiguo lecho de un torrente; y, sin embargo, en aquel pedregal no regía el agua, sino un calor de metalurgia o fuego invisible que requemaba las arenas del cauce, sus pedruscos multicolores y sus espinosos cactos. Criaturas humanas de ambos sexos y de triste desnudez cumplían en la torrentera una labor de carga (o más bien de arrastre) que, al parecer, les exigía grandes esfuerzos. Acompasando la tarea, una fanfarria de cobres destemplados ejecutaba «Los Barqueros del Volga» pero con disonancias tan humorísticas que hubieran hecho la felicidad de un Stravinsky.

—Observe que los hombres están en abrumadora mayoría—me dijo Schultze.

—No deja de ser honroso para la ciudad —le contesté—. Pero, ¿qué diablos arrastran esas gentes?

—Acérquese y véalo usted mismo.

Me acerqué a la orilla del cauce y vi que lo que arrastraban los trabajadores eran sus propios órganos de la generación, pero desarrollados hasta lo inverosímil; y los arrastraban a tirones, sobre los filosos pedruscos de la torrentera.

—¡Bárbaro! —exclamé yo, no sabiendo si reír o llorar.

La fanfarria dejó de tocar en ese punto: cesó la faena y los trabajadores aguardaron.

—¿No les bastaba una? —preguntó cierta voz como de altoparlante.

—¡Ah —respondieron los trabajadores en coro—, no nos bastaba una!

—¿Necesitaron dos?

—¡Ah, necesitamos dos!

—¿Y por qué no tres?

—¡Ah!, ¿por qué no tres?

—Del cercado ajeno.

—¡Ah, del cercado ajeno!

—Pues bien, ¡suden ahora los de la torrentera!

—Pues bien, ¡sudemos ahora los de la torrentera!

Luego volvió a dejarse oír la fanfarria, y los trabajadores se pusieron a tironear de firme. Yo miraba y remiraba, seguro de que los conocidos abundarían en aquella falange. Pero ningún rostro me resultaba familiar; y los que lo parecían se ocultaban, al verme, con una celeridad harto sospechosa. De pronto, y destacándose del grupo, una figura se adelantó hacia mí con toda la marcialidad que su mucho lastre le permitía:

—¡Conscripto, firme! —ordenó con voz estentórea.

—¡Mi coronel! —dije yo, reconociéndolo y cuadrándome.

—¡Chist!—me silenció él—. ¡Discreción absoluta! Si tiene que dar el parte, diga que vio al Coronel X.

—A la orden, mi coronel —asentí yo—. Pero me gustaría sacarle una instantánea y oírle dos palabritas acerca de su estado presente.

—Ni una sola —me negó él—. ¡Discreción absoluta! Le recordaré, sin embargo, que hay una relación extraconyugal entre Venus y Marte, Como lo prueba la mitología. Sin ir más lejos (y se lo digo en la fraternidad de las armas), ahora mismo, a dos pasos de aquí, me estoy tirando un lance monstruo con cierta ninfa de Palermo. *Sex appeal,* dicen los gringos. Yo retruco: las plumas del caburé.

—Pero, mi coronel...

—¡Silencio, conscripto! Media vuelta, ¡deré! De frente, ¡march!

Obedecí maquinalmente, y me reuní a Schultze, que aguardaba sin asombrarse.

—Bien —me dijo el astrólogo—. Estudiemos ahora ese baboseado Frontón.

El cuarto ambiente infernal, donde me introdujo sin ceremonias, era el llamado Frontón de los Verdiviejos; y entre las invenciones schultzianas, aquélla me pareció la más notable (cierto era que no había visto aún el Prado de las Ultra ni el Cañaveral de los Sodomitas). Como su nombre lo indicaba, el frontón consistía en un muro alto y liso, por donde innumerables ancianos, en figura de babosas, trataban de subir y lo hacían con dificultad extrema, dejando tras de sí un rastro gelatinoso y brillante. Pero al llegar a cierta altura del frontón, los viejos dudaban un instante y caían a plomo: tomaban a subir y a desplomarse, con la obstinación del animalito que representaban.

Ya junto al frontón, me dijo Schultze:

—Entre los flagelos que azotan a Buenos Aires, están estos fósiles mierdosos que, no habiendo llegado a ser «jóvenes maduros», son «viejos verdes» a perpetuidad. No ignoro que (sea por una fatalidad de clima, sea por las virtudes afrodisíacas de nuestro Río, sea por cualquier otro motor ignorado) la venusmanía es un atributo de los porteños. El monje italiano Sergi, que visitó a Buenos Aires en 1640, y el turista inglés Vidal, que lo hizo en 1815, señalan ya en sus memorias la indomable obsesión de nuestros hombres por la Venus demótica o popular (y me extraña que nuestro amigo Bernini, sociólogo de mérito indudable, no haya utilizado este argumento en pro de sus tristemente famosas doctrinas). Pero, en otras edades, asistido por una religión que lo amonestaba desde la cuna, el porteño sometía prudentemente sus ardores al santo yugo matrimonial; o bien, tras haber inmolado el ternero de su juventud en los altares de la Diosa, calzaba las pantuflas de la cordura y se reconstruía en una vejez con honor. ¡Eran los ancianos de ayer, bellos y fuertes como algarrobos, a cuya sombra no se arrimaba uno sin recoger la bien sazonada fruta de la experiencia! ¡Qué distinto cuadro nos ofrecen los fósiles de nuestros días! Con una pata ya en el cementerio de La Recoleta y la otra en un reservado del «Tabarís», los viejos carcamales de ahora se obstinan en un verdor falsificado a base de ortopedia y cosméticos. ¡Ahí los tiene, baboseando mi frontón y dejándomelo a la miseria! Padres de la patria que durante medio siglo empollaron la nada en un sillón ministerial, y que celebran hoy sus jubileos en *cotorros* perfumados hasta la asfixia; directores de Empresas y gerentes de Magazines, que juegan al fauno con las muchachas de la oficina o el mostrador; jubilados y rentistas, cazadores de dactilógrafas; catedráticos y académicos...

—¡Plaf!

Aquel «plaf» vino a interrumpir el metafórico discurso de Schultze; y el astrólogo miró con desagrado a la babosa que acababa de rodar a nuestros pies.

—¡Ah! —dijo—. El Senador.

—Je, je! —rió la babosa—. Un tropezón no es una caída. ¡Los de la guardia vieja somos así!

—¡Bah! —le dijo el astrólogo—. Me parece verte aún en la puerta del Jockey Club: viejito de medias blancas y cuchillas negras, con tu masaje facial recién hecho, tu corbata de adolescente y el corsé que te cinchaba como a burro panzón.

—No tanto —replicó la babosa, queriendo pegarse otra vez al muro.

—¡Y perfumado como un faldero! —insistió Schultze—. Mirabas pasar a las muchachas, y se te caían como al pavo: con tus ojitos lagrimosos las estudiabas minuciosamente, como a potrancas de carrera.

—¿No puede uno tirar una cana al aire?

—Así te quedaste calvo, diga lo que diga tu peluquín. Y no era tu lujo de momia embanderada lo que me pudría la sangre, sino aquella expresión urgente y aquel aire misterioso con que nos querías dar a entender que sabías y querías y podías clavar una pica en Flandes.

—¿Y por qué no? —dijo la babosa con falsa modestia.

—¡No me hagas reír! —exclamó Schultze—. Conozco tus galopitos detrás de las modistas, y tus acercamientos a las muchachas, en el té de Harrods, cuando les ofrecías desde una *voiturette* Renault hasta una cátedra de literatura.

—¡Si uno hablara! —insinuó la babosa.

—¡Y es claro! —añadió Schultze—. Luego te ponías a gambetear con la Parca, llenándote de pildoritas y enemas. Te veo en *garconiere,* clueco y ventoseando a diestro y siniestro, muy arropado en tu escandalosa *robe de chambre,* con tu peluquín en su molde, tu ojo de cristal en un vaso y tu dentadura postiza en el otro. Pero cuando la voz del panteón dejaba de reclamarte, volvías a reunir las piezas de tu desvencijado esqueleto y las entregabas otra vez a las manos restauradoras que vienen prolongando tu enorme ridículo.

—¡Tra la la, tra la la! —cantó la babosa, deslizándose ya por el frontón.

Entonces el astrólogo se volvió hacia mí:

—Dejémoslo que suba y que se rompa el alma —gruñó—. Le mostraré ahora el quinto ambiente.

Un prado de color de azafrán o de otoño, bajo un cielo de opaca ceniza, limitado al norte por árboles cobrizos que se abrazaban tiritando, al sur por un volcán muerto de frío, al este por un trozo de mar sin elocuencia y al oeste por un castillo medieval de color de musgo, en cuyas almenas, graves y atentos, hombres con rojos trajes de montería empuñaban sendas trompas de caza mudas aún. Y recorriendo el prado, mujeres jóvenes y maduras, vestidas como diosas asiáticas o como prostitutas de suntuosos y antiguos regímenes; peinadas como Ceres, Mithra o Astarté, y adornadas con las perlas que arrancó el buzo malayo de la profundidad marítima, con las gemas del triste minero, con el oro y el platino hurtados al riñón de la tierra, con todas las plumas ecuatoriales y las pieles de bestias feroces o tímidas que acechó el cazador en las nieves de Mogolia o en los calores de África. Esto fue lo que vi al entrar en el quinto escenario.

—¿Quiénes son esas mujeres lujosas? —le pregunté a Schultze.

—Las Ultra —me respondió él—. Ultracortesanas, ultrapoetisas, ultraintelectuales: superhembras templadas como laúdes.

—¿Cómo?

—Son las que a fuerza de suspiros arruinaron el barniz de las horas; las que torcieron e hilaron el vellón de la melancolía; las que se mamaron de inefables nostalgias todos los martes, de 18 a 19 horas; las que frente a lujosos espejos parodiaron las treinta y dos posturas del alma racional; las que con sus falopiales bocinas intentaron dar el sonido puro del intelecto; las que...

—¡Basta! —le interrumpí—. ¿Y qué hacen en este infierno?

—¡Ay! —suspiró Schultze—. Usted las ve imitar el aire de Safo y la pose de Lisístrata; y si se les acerca, las oirá debatir arduos problemas de filosofía, de arte o de ciencias económicas. Pero fácil es advertir que sólo hablan con el sexo.

—¿Qué castigo reciben?

—Ya lo verá cuando los monteros toquen sus trompas de caza.

Esperando los acontecimientos, volví a fijar mi atención en las super-hembras: caminaban unas con cierto paso medido que hacía crujir las hojas muertas, y con el adusto semblante de las que llevan detrás de sí el perro elástico de la fatalidad (sin atreverme a jurarlo, me pareció ver entre días a Marta Ruiz, ¡aquel fuego entre cenizas!); otras (y vi muy claramente a Ruth, la de «La Hormiga de Oro») se abrazaban a sus liras de cartón dorado y parecían entonar sublimes odas al agua del este y al volcán del sur; arrastrando sus caudalosos vestidos, corrían las demás en pos de banderas rosadas, amarillas y verdes: se arengaban entre sí (¿no era Ethel Amundsen?), o bien, con ademanes bélicos, esgrimían infantiles escopetas de aire comprimido. Sólo entonces advertí que tanto el escenario como los actores pecaban de una teatralidad excesiva y de una exageración en lo falso que me parecieron intencionales. Meditaba en ello, cuando se nos acercó una de las mujeres. Asombrado y confuso, iba yo a gritar su nombre; pero el astrólogo Schultze, poniéndome una mano en la boca, evitó muy a tiempo aquella indiscreción. Entretanto la Ultra se plantaba delante de nosotros con esa majestad que tantas veces le había yo admirado en la Buenos Aires visible: era tan alta como Schultze, opulenta de formas y enjuta de rostro; en su pelo renegrido se entrelazaban gajos artificiales de cedrón, adormidera y laurel; dos caracoles de plata le mordían los rosados lóbulos de las orejas, y una ropa de noche la vestía o la desnudaba rigurosamente hasta los pies calzados no sé yo si de azafrán o de otoño. Pero lo más notable de aquella mujer era que traía, en figura de Themis, una balanza de oro con un cerebro humano en cada platillo.

—Aquí traigo los dos cerebros —nos dijo la Ultra—. Éste, de hombre, pesa 1.160 gramos; y este otro, de mujer, pesa 1.000. ¿Ustedes creen que una risible diferencia de 160 gramos en la masa encefálica justifica la odiosa condición de inferioridad en que nos ha colocado el hombre?

—No se haga mala sangre, Titania —le respondió Schultze en tono condescendiente.

Los negros ojos de la Ultra relampaguearon de furor:

—¡Eso es lo que me indigna en ustedes! —gritó—. ¡Ese aire de indulgencia con que nos escuchan! ¿Acaso la mujer no es una criatura intelectual?

—¡Hum! —dijo el astrólogo—. La metafísica lo duda.

—¡El infame! —lloriqueó la Ultra, esgrimiendo su puño ante las narices de Schultze—. ¡Un hombre que no vacila en comerse las flores de tos centros de mesa!

Pero el astrólogo, mirándola con la severidad de un juez, le dijo entonces:

—¡Guarde compostura la acusada! Renuncie a sus pujos intelectuales (que sin duda no impresionarán al Jurado), y diga si es verdad que, víctima de cierta exaltación nada intelectual, se entregó a una cosecha bárbara del continente americano.

—¿Y qué? —repuso la Ultra en tono desafiante.

—Diga si es cierto que, no bastándole la producción local, se dedicó a la pesca en otros continentes, atrayendo a sí a numerosos ejemplares masculinos, todos afinados en el uso y abuso de la inteligencia.

—Necesitaba documentarme —objetó la Ultra.

—Y algo más —insistió Schultze—. Diga la acusada si es verdad que, regresando luego al país, se obstinó en la tarea ridícula, peligrosa y afortunadamente inútil de refinar a los peones de su estancia, obligándolos a escuchar conciertos de Honegger, novelas de Lawrence, páginas de Gide y lecciones de Freud.

—¡Paisanos brutos! —refunfuñó la Ultra—. ¡Se dormían al primer acorde o a la primera frase! No hay manera de meterles en el cráneo un solo verso de Mallarmé.

Rezongó Schultze al oírla, y me dijo luego:

—Lo más oneroso que hallo en Titania es su manía, ciertamente aborrecible, de subordinar las cosas del espíritu a las vagas, exquisitas e inefables titulaciones de su «sensibilidad». No hay trozo de música, ni pensamiento metafísico, ni observación psicológica que no refiera ella inmediatamente a tal o cual manifestación de su gran simpático.

—¡Ah, monstruo! —chilló la Ultra en un espléndido arrebato de cólera—. ¡Un hombre que olfatea de noche a los atorrantes dormidos!

No dijo más, porque los monteros de las almenas, inesperadamente, soplaron en sus trompas un animoso toque de atención. Fue un solo acorde; pero, al oírlo, las superhembras quedaron un instante como petrificadas. Luego, abandonando liras y estandartes, corrieron todas hacia el bosque y aguardaron frente a los árboles cobrizos. No menos presurosa, Titania corrió, a su vez, desentendiéndose, ¡ay!, de su balanza ilustre y barriendo el follaje muerto con la cola de su vestido. Un segundo toque de montería resonó entonces, pero grave y como llamando a matar: al punto, de entre los árboles, salió al galope una tropilla de unicornios blancos, negros y rosas, los cuales, relinchando fogosamente, con el asta en ristre y la crin al viento, se lanzaron sobre las superhembras y las cornearon a fondo. Se produjo un entrevero de mujeres y brutos, de exclamaciones y relinchos; y una polvareda roja no tardó en ocultar los detalles del encuentro. Después resonó en las almenas un toque de retirada: los unicornios volvieron a su floresta, con las astas enrojecidas; se incorporaron las Ultra, pusieron orden en sus vestidos y retomaron sus estandartes y liras. En el castillo verdemusgo se adormilaban los monteros.

—Eso es cuanto hay que ver aquí —me dijo entonces el astrólogo, llevándome de la mano.

Como el hombre que sale de una pesadilla y da en otra, lo seguí al sexto ambiente infernal. El nuevo escenario se parecía mucho a un «laberinto» de Parque de Diversiones, con sus vueltas y revueltas, con sus espejos desolados, con aquella promesa de fatal extravío que suelen insinuar tales construcciones, por infantiles que sean. Aunque Schultze me anunciara que nos encontrábamos en el Laberinto de los Solitarios, ninguna presencia humana se advertía en los corredores: dos o tres *veces* me pareció ver, ya una sombra fugitiva que se deslizaba por algún vericueto, ya un talón desalado que daba la vuelta y se perdía en algún codo del laberinto; pero no vi ninguna imagen total, ni siquiera el perfil huyente que se hubiera podido sorprender en la luna de algún espejo. Más tarde, al recapitular toda la aventura, me confesó el astrólogo que aquel sistema de tránsito laberíntico, cuya discreción y orden todavía me admiraban, le había sido inspirado enteramente por cierta casa *non sancta,* rué Provence, París, de la cual fuera en su juventud un concurrente no menos estudioso que apasionado.

Me preguntaba yo *in mente* si aquel sexto infierno me negaría la visión de sus habitantes, cuando, al doblar un recodo, nos enfrentó el Gran Solitario. Era un hombre de edad indefinible, cara verdosa, ojos huyentes y afiebrados, melena lírica y traje oscuro.

—¿No han visto por aquí a Valeria? —nos preguntó sin mirarnos.

Quedé mudo. Pero el astrólogo, sin curiosidad ninguna, le preguntó a su vez:

—¿Quién es Valeria?

El Gran Solitario nos miró entonces con un despunte de agitación:

—¡Es ella! —dijo—. La que, desde su magnanimidad, ha puesto sus ojos en mí, como la rosa desciende hasta el gusano.

—Disparate —refunfuñó Schultze—. Normalmente, es el gusano quien sube hasta la rosa.

—¡Yo no subí a la rosa! —protestó el Gran Solitario—. ¡La rosa descendió a mí! Por otra parte, ¿quién se atreve a sostener que Valeria no existe? Nos miró con ojos desafiantes, pero Schultze hizo frente a su mirada:

—Si se tranquiliza —le dijo— y es capaz de olvidar aquellas metáforas delirantes...

—Vea —le interrumpió el Gran Solitario—, aquellas metáforas duermen ahora el sueño del olvido en la camisería «El Porvenir», sección corbatas, octavo cajón de la derecha. Ya no escribo. ¿Para qué? Valeria es una realidad, y se ha inclinado a mí como la vara de jacinto al...

—¡Basta! —lo silenció el astrólogo—. O se expresa en lenguaje corriente, o no lo escuchamos.

—Pero, ¡es que Valeria existe! —gritó el Solitario—. En mis largas horas de la camisería, yo mismo llegué a poner en duda su realidad. Luego, semejante al alba de graciosos talones que...

—Sí, sí —lo tranquilizó Schultze—. ¿No lo habrá soñado? —Señor —dijo el Solitario—, nuestros besos, aquella noche, hubieran sido capaces de violentar la cerradura del júbilo. ¿Quiere detalles? Valeria es el gajo final y sublime de una familia de estancieros.

«Aristocracia nueva», me dirá usted. ¡Bah! Los alambiques argentinos destilan rápidamente. Verdad es que su abuelo, un antiguo resero del sur, no se acostumbró jamás a dormir en un lecho corriente, habituado como estaba él a pasar la noche sobre su caballo y al aire libre. Duerme aún en un caballo de talabartería instalado en su lujoso dormitorio: a su alrededor se alzan decoraciones de teatro que representan la llanura; y cuando el viejo dormita en su alazán de madera y envuelto en su piyama de raso en forma de chiripá, ventiladores especiales ubicados en el dormitorio le arrojan un pampero de imitación, y fonógrafos ocultos lo arrullan con el balido de las majadas.

Miré a Schultze con inquietud. Pero el astrólogo estaba frío como un témpano:

—¿Y Valeria?—preguntó.

—Su dormitorio —explicó el Gran Solitario— no es el de Cleopatra, ni el de Aspasia, ni el de Friné, sino una quintaesencia de todos ellos.

No entraré ahora en detalles íntimos, porque la discreción revienta como un clavel en el pecho de todo amante. Pero sabrán que su cuarto de baño es de porcelana, con ilustraciones de Ovidio, Boccaccio y otros grandes maestros de la literatura universal.

—¡Vamonos! —le dije a Schultze, al oír aquellas palabras—. Está loco.

En son de fuga reanudamos nuestra marcha por el Laberinto. Pero el Gran Solitario nos seguía:

—¡Valeria existe! —declamó en tono fanático—. El viento que mece las azucenas de su jardín calza chapines de agua y silba los preludios de Debussy.

Nuestro paso se convirtió en un trote violento.

—Los camisones de Valeria—insistió él, trotando a nuestro lado— fueron tejidos en los rumorosos telares de la aurora...

Nos tapamos las orejas, y a todo correr abandonamos el Laberinto.

Sin dejar de correr entramos en el séptimo y último ambiente infernal, del que sólo alcancé una noción muy sumaria, ya que lo cruzamos a escape y como sobre carbones encendidos. Era un espeso cañaveral, formado por haces de cañas altísimas, férreas y agudas como lanzas, en cada una de las cuales había dos o tres hombres ensartados por el esfínter: adolescentes, jóvenes o maduros, aquellos hombres agitaban sus brazos en son de vuelo, y hacían oscilar las cañas que al rozarse producían un chasquido metálico. Cierto idioma indefinible se dejaba oír en aquel ambiente: un lenguaje de rumores, bisbíseos y susurros que no era dado escuchar sin angustia y que subió de punto no bien los ensartados advirtieron nuestra presencia.

—¡Chist! ¡Chist! —nos llamaron entonces, balanceándose con afán en sus alturas.
Pero el astrólogo y yo corrimos desaladamente hasta el final de la espira.

VII

Una puerta cerrada nos detuvo. Y frente a sus dos hojas monumentales descansamos hasta recobrar el aliento. Logrado lo cual me dijo Schultze:

—Ahora déle un vistazo a la puerta que tenemos delante.

Así lo hice, y amén de sus proporciones gigantescas, la solidez broncínea de su construcción y ese aire misterioso que suelen adoptar las puertas cuando están cerradas, admiré un instante la profusión de bajorrelieves que la cubrían de lo alto a lo bajo.

—Aja —dije al fin—. Una puerta con motivos ornamentales.

—¡No son motivos ornamentales! —protestó Schultze visiblemente lastimado—. Esos dibujos ocultan un sentido alegórico que usted está obligado a descifrar si quiere que la puerta se le abra.

Volví a considerar los bajorrelieves. Me pareció que los de la hoja izquierda trataban de representar (y lo conseguían admirablemente) un huerto paradisíaco en el cual mil árboles se inclinaban graciosamente al peso de sus flores y sus frutas, y donde numerosas aves, tigres, venados, monos y serpientes convivían en la más asombrosa de las amistades; arriba y a la derecha, como perteneciente al dominio del cielo, se veía un lagar donde númenes alados pisoteaban grandes racimos de uva cuyo mosto, al chorrear desde lo alto, se repartía en los cien arroyos y acequias que regaban el huerto; a la izquierda, y también en las alturas, otros genios ordeñaban una poderosa vaca celeste, de cuyas ubres descendía un río lácteo que circundaba el paraíso; y el hombre se veía por doquiera, señor y dueño de aquel jardín, acostado a la sombra de los árboles o tendido junto a la corriente de los arroyos, comiendo sin trabajo la fruta que se le rendía o bebiendo sin inquietud el zumo gratuito, inmovilizado en el éxtasis de la contemplación o enardecido en la espiral de una danza. La hoja derecha presentaba muy a lo vivo una humanidad afanosa y triste: aquí labriegos encallecidos araban, sembraban y cosechaban una tierra indócil; allá, traídos y llevados por un mar iracundo, pescadores de rostro amargo recogían sus redes preñadas de mariscos; en vegas y pampas, bajo el sol o la lluvia, duros pastores cuidaban rebaños y tropillas; metidos en la selva, entre animales de garra y vegetales de espina, cazadores furiosos disparaban sus armas contra el jabalí, ponían trampas al ciervo, soltaban sus azores contra el faisán o sus galgos contra la liebre; y lo más extraordinario era que todos aquellos frutos arrancados tan dolorosamente a la tierra, el agua y el aire (mazorcas y espigas, tubérculos y frutas, peces y moluscos, rebaños y piaras, aves y reptiles, batracios e insectos) afluían a una gran boca humana, conducidos en carretas, embarcaciones, arreos, tropas de muías, caravanas de camellos y filas de elefantes.

—¿Qué ha leído usted? —me interrogó Schultze, no bien di por acabado mi examen de la puerta.

—¡Bah! —le contesté—. Hay un sentido alegórico, pero es de una ingenuidad lastimosa.

—¿Cómo? —dijo él, visiblemente desconcertado. —Las dos hojas de la puerta fueron historiadas en contraste y oposición. Cualquier pelafustán entendería que la hoja izquierda nos describe la Edad de Oro, en que la tierra y el cielo rendían espontáneamente sus frutos, los animales eran pacíficos y el hombre vacaba en una perpetua delicia; luego, la hoja derecha simboliza necesariamente la Edad de Hierro en que ahora vivimos, como lo prueban esas figuritas humanas que se rompen todas en el afán de ganarse el pucherete. Y algo más importante aún: la hoja de la izquierda se refiere al hombre perfecto, salido recién de las manos de su Artífice, y al que bastaba sólo una fruta para nutrir el cuerpo destinado a ser el transitorio soporte de un alma que a cada rato se le iba por los caminos del éxtasis; en cambio, la hoja derecha nos pinta la triste humanidad a que pertenecemos, devorando la creación entera para engordar una anatomía en la cual se duda hoy que habite un alma.

—¿Y en conclusión? —me dijo Schultze.

—Advierto que ambas hojas insisten demasiado en lo comestible. Me da muy mala espina.

—¿Porqué?

—Porque no dudo que detrás de esta puerta me mostrará usted algo así como un Infierno de la Gula.

No había dicho yo aún esas últimas palabras, cuando la puerta se nos abrió solemnemente, con lo cual entendí que había dado yo en la clave.

Me adelanté al punto, seguido de Schultze que guardaba un silencio agrio (era evidente que no le había gustado la facilidad con que yo había resuelto el acertijo); y no bien la puerta se hubo cerrado a nuestras espaldas, nos vimos en un *hall* brumoso y al parecer sin salida.

—¡Váyanse a la miércoles todos los tragones de Buenos Aires! —exclamó el malhumorado astrólogo—. ¡Bien sé que no ofrecen interés alguno!

Pero esos abominables chupasalsas, esos omnívoros de lujo, esos pringosos héroes de cocina reclamaban su lugar en mi Helicoide. ¡Palabra de honor que me revuelven el estómago! Vea usted las paredes de la ciudad, sus estaciones del subterráneo, sus periódicos y revistas, llenos de *afiches* y anuncios que exaltan el mérito de los cien laxantes, de las mil píldoras, de los diez mil galenos dedicados en nuestra urbe a restaurar un millón de aparatos digestivos *en patine.*

—Yo que usted no hablaría tan alto sobre la materia —le dije.

—¿Y por qué?

—Se dice por ahí que usted, mediante raras experiencias, ha ensanchado hasta lo infinito el repertorio de lo comestible.

—¿Por ejemplo?

—¿No se comió usted, en «Amigos del Arte», un ramo de arvejillas celestes que adornaba el pupitre de las conferencias? Y en el Teatro Colón, durante el segundo acto de «Lohengrin», ¿no hizo lo propio con la orquídea valiosa que languidecía en el pecho de una señorita germana? ¿No fue sorprendido, acaso, en un almuerzo de la Embajada Española, mientras alteraba con chorros de sifón la estructura tradicional de un bacalao a la vizcaína? ¿Y no lo vieron cien veces, en el bodegón de Gildo, revolucionar con desconcertantes mixturas las leyes ingenuas de la parrillada criolla?

El astrólogo sonrió con modestia:

—Fisiología del gusto —me dijo—. ¡No confundir hinchazón con gordura!

Y añadió, soslayando el tema y recobrando su expresión de náusea:

—Vamos allá. Sólo echaremos un vistazo.

Por entre mugrientas cortinas de sarga me llevó a una plataforma desde la cual el Tercer Infierno, en toda su anchura, se reveló súbitamente a mis ojos, a mis oídos y a mi olfato. En realidad, acabo de invertir el orden en que se dieron mis sensaciones; porque las primeras en ofenderse fueron mis narices, al recibir una tufarada nauseabunda que me hizo pensar si Schultze no habría reunido en aquel antro todos los bodegones de la cortada Carabelas, todas las cantinas de La Boca, todas las churrasquerías de los Mataderos, todas las lecherías de la Paternal y todas las pizzerías del Paseo de Julio. Casi al mismo tiempo se aturdían mis oídos con algo que no era una música ni dejaba de serlo, y cuya naturaleza real se me aclaró más tarde. Y sólo instantes después, ya hechos a la semioscuridad del antro, mis ojos entrevieron algo así como un Banquete monstruoso. La mesa, en forma de una espiral gigante, ocupaba la zona central del infierno; y sentados a su alrededor, millares de al parecer comensales, vestidos al parecer de rigurosa etiqueta, recibían las al parecer atenciones de muchos activos y desmesurados al parecer camareros.

—Las cocinas están a la derecha —me sopló Schultze—. Los vomitorios a la izquierda.

Descendimos por una escalerita de hierro semejante a las que se ven en los cuartos de máquinas; y ya en el plano del Banquete, me arrastró Schultze hasta una zona de terribles calores, junto a grandes hornallas y braseros, en la cual cien figuras gigantes, con bonetes de marmitón, parecían entregarse a una química infernal. A la luz de las llamaradas que sallan con intermitencia de hornos y fogones, reconocí, no sin temblor, el linaje de los cocineros: eran Cíclopes, ¡y bien vi sus caras arrebatadas por el fuego y chorreantes de sudor, y el ojo único que se abría en sus frentes y del que resbalaban lagrimones arrancados por el humo y las cebollas! Gambeteando entre sus piernas, como entre árboles andantes, el astrólogo y yo recorrimos la cocina de los Cíclopes.

Unos hacían girar monstruosos asadores, ensartados en los cuales se doraban enteros los gordos novillos de la invernada, las grasientas vaquillonas con cuero, y las potrancas de jugoso matambre, caras a los ranqueles devoradores de yeguarizos; otros hacían llover un diluvio de salmuera sobre lechones y corderos asados verticalmente, o bien sobre parrillas inmensas en las que se tostaban a millares los chinchulines, las tripas gordas, los riñones, las ubres, los testículos y otros órganos internos y externos de bestias mamíferas, junto a sus hermanos de fuego, los chorizos criollos, las cantábricas morcillas, los codeguines itálicos, las longanizas béticas y los salchichones tudescos; aquí, removiéndolos y adobándolos en fuentones de latón, pinches activos horneaban un universo de pollos, martinetas, pavos, gansos, faisanes, patos, codornices y lechuzas; más allá, otros revolvían en calderas enormes todas las formas lacustres, marítimas y fluviales, desde el gigantesco pejerrey del Paraná, orgullo de su especie, hasta la aristocrática langosta de Chile, pasando por la centolla fueguina, el salmón del piscífero Nahuel, los peces y moluscos de Mar del Plata, los pacúes y surubíes del argentino Delta y los escamosos frutos de Chascomús, sin olvidar los pulpos de la brumosa Galicia, los bacalaos de la resfriada Noruega, los atunes que surcan el Pacífico y los cangrejos del industrioso Japón; en ollas inconmensurables hervían las pastas hechas al itálico modo, los tallarines enmarañados, los capeletis de sabrosa entraña, los preñados ravioles, los espaguetis sutiles y los democráticos macarrones; y luego una difícil alquimia de salsas obtenidas a fuego lento en cazuelas de cobre o de barro, mediante la cocción de liebres maceradas en vino, de perdices hervidas en leche o tratadas al coñac, de berberechos y ostras con whisky, a todo lo cual se juntaba el tomate obsceno, la llantífera cebolla, el orégano proverbial, la fragante albahaca y el glorioso laurel, con el ajo delator y el nunca olvidado perejil, *arcades ambo.*

Nuestro examen de la cocina estaba en *este* punto. Y nos sentíamos ya pringados hasta la coronilla, los ojos enrojecidos de humo y las narices cosquilleantes de especias, cuando vimos llegar a un Cíclope disfrazado de «maitre» (librea galoneada, calzón corto, medias y guantes blancos), el cual, en tono de premura, ordenó a los marmitones:

—*Trincha! Súbito!*

Después, volviéndose a la legión de camareros ciclópeos que lo escoltaban:

—*Presto!*—les gritó—*Avanti!*

—¡Ciro Rossini! —exclamé yo al distinguir aquel pelo teñido, aquel rostro nocturno y aquella voz de comedia lírica.

Sin ocultar su desconcierto, el Cíclope nos buscó un instante con su mirada única. Pero al descubrirnos y reconocernos, echó a correr hacia nosotros, no sin adelantarnos aquella sonrisa festival que siempre habíamos encontrado en la glorieta «Ciro».

—¡Muchachos! —vociferó—. ¡Una fiestita *in* familia! ¡Bravo! *A tavola!*

Y nos empujó amigablemente hacia la mesa en espira que, como dije ya, ocupaba el centro del antro. No tardó en abandonarnos para gruñir y acicatear a los camareros que ya regresaban de la cocina con fuentones humeantes:

—*Súbito! Trincha! Presto!*

El astrólogo Schultze y yo nos pusimos a gambetear ahora entre la chusma de los fuentones, que amenazaba con arrollamos. Al mismo tiempo, la música (o lo que fuese) a que ya me referí no sin reservas, abandonó su ritmo de *largo* para iniciar un *prestisimo* cuyo recuerdo me hace reír ahora, pero que me sobrecogió entonces hasta lo indecible. Y no bien hubo desfilado el último camarero, descubrí al frente un quiosco parecido al que durante sus conciertos ocupan las bandas militares, y dentro del cual, vistiendo uniformes de pesadilla, Cíclopes músicos rascaban o soplaban sus instrumentos: a excepción de un contrabajo descomunal y dos trombones gigantes, los instrumentos eran desconocidos para mí, y consistían en largas calabazas, tubas primitivas, canutos y porongos que lanzaban sonidos graves, eructos e hipos, al ejecutar algo así como un pedorreante Concierto Brandemburgués.

—¡Muy propia de su genio la orquestita! —le grité a Schultze, patentizando mi disgusto.

—No es más que un detalle —aclaró él—. Acerquémonos a la mesa y verá lo que realmente importa en este infierno.

Seguí al astrólogo hasta la mesa del Banquete, y entonces pude considerar a mi sabor la doble fila de los comensales que a ella se sentaban: eran varones y hembras esqueléticos, de caras verdes, profundas ojeras, cogotes nudosos y manos de color de bilis, ellos enfundados en marchitos fraques de alquiler, ellas amortajadas en decadentes ropas de noche. Y lo extraordinario era que todos ellos, a pesar de sus aires enfermizos, mordían y tragaban furiosamente los mil y un productos de la cocina infernal que les presentaban los Cíclopes de guante blanco; pero lo hacían con una voracidad mecánica, sin delectación ni asco alguno. No tardé yo en advertir que una relación estrecha existía entre la música y el ritmo del Banquete, pues, a medida que la orquesta iba en *crescendo, más* insistentes se mostraban los camareros y más rápida era la deglución de los comensales. Y cuando música y Banquete hubieron llegado a un ritmo de pesadilla, vimos reaparecer a Ciro Rossini, exultante bajo su librea y portador de un esqueleto articulado que hizo danzar sobre las cabezas de los banqueteadores.

—¡Traguen hasta reventar! —les gritó Ciro en tono fanático—. ¿Cuántas vidas tenemos? ¡Una! ¿Qué somos, al fin y al cabo? ¡Esto!

Agitó con furia el esqueleto y se alejó al trote, como había llegado. Pero era visible que los comensales no daban más de sí: algunos empezaron a cabecear de sueño y otros a desplomarse sobre la vajilla; y entonces mostraron los Cíclopes su verdadera condición de verdugos, sacudiendo a los dormidos, apretándoles las narices y obligándolos a tragar aún. Cuando los pacientes cayeron al fin debajo de la mesa, otra cuadrilla de Cíclopes los recogió como trapos y se los llevó hacia el fondo, mientras un nuevo equipo de comensales, ordenado en dos filas, ocupaba silenciosamente los lugares vacíos.

—Vamos allá —me dijo Schultze, indicando a los Cíclopes que se alejaban con su cargamento humano.

Pero, en lugar de seguirlos, el astrólogo se dejó caer al suelo y empezó a gatear debajo de la mesa. Lo imité una vez más, ¡bien sabe Dios que a regañadientes!; y apenas estuvimos del otro lado nos dirigimos a cierta zona de negrura que se abría en aquel nuevo sector del espacio infernal. No habíamos avanzado mucho en la tiniebla, cuando innumerables focos eléctricos la horadaron desde arriba, proyectando sus conos de luz en otras tantas mesas de operaciones, junto a las cuales médicos ciclópeos de blanco delantal, barbijo y guantes de caucho removían y preparaban sus alarmantes instrumentos. Poco después llegaron los Cíclopes que traían en brazos a los ahítos del Banquete, los arrojaron sobre las mesas de operaciones y los desvistieron a manotadas; entonces los gigantes de barbijo se lanzaron sobre aquellas anatomías inertes, y con un celo diabólico las sometieron a vomitivos, enemas, sondas y jeringazos implacables. Aquellas desnudeces horribles, el furor de los operadores, la reacción violenta de los operados y el hedor visceral que no tardó en difundirse por el recinto me hicieron doblar el cuerpo en una inmensa náusea.

—¡No doy un paso más en este infierno! —le grité a Schultze.

Y girando sobre mis talones eché a correr hacia la zona de luz en que proseguía el Banquete, acompañado por el astrólogo que, al huir, no demostraba menos urgencia. Pero al llegar a la línea de la penumbra, me detuve de pronto ante uno, dos, tres personajes asombrosos que, sentados en sendos *water closets* aguardaban sin duda su retorno a la mesa: el personaje del centro era un homúnculo de cierta edad, flacón, amarillento y calvo, que al entredormirse oscilaba como un péndulo en su *water closet,* no sin gargarear una suerte de ronquido pueril; a su izquierda, y con aire absorto, se sentaba una figura sacerdotal que debió ser muy gorda en la tierra de los vivientes, pero que ahora recogía su negra sotana sobre dos muslos enflaquecidos; el tercer personaje, acomodado a la derecha del homúnculo, era un vejete paquetón y lleno de ínfulas que, ni dormido ni absorto, miraba en torno suyo con el gesto de quien padece un agravio inferido a su honor.

Tanto contrastaba la seriedad de aquellos hombres con la posición indecorosa en que se veían, que me volví hacia Schultze, ardiendo por soltarle un comentario. Y lo habría hecho si el astrólogo, que al ver a los héroes del *water closet daba,* muestras de gran agitación, no me lo hubiera impedido enérgicamente:

—¡Chist! —me susurró—. ¡Un mal encuentro!

En puntas de pie, con el índice todavía en los labios, imagen viva del sigilo, trató Schultze de alejarse. Pero no había dado tres pasos cuando el homúnculo dejó de roncar súbitamente:

—Buenas tardes, joven Schultze —ronroneó, entreabriendo su ojo derecho.

Al oír aquella voz el astrólogo se detuvo, como petrificado.

—Señor don Celso —tartamudeó—, si en esta hora grave me fuera posible...

—Ja! —rió el homúnculo sin alegría—. El pasado que vuelve, como dicen en las novelas. ¡Qué chico es el mundo, joven! Todavía me parece ver sus tres orquídeas en el aparador trinchante.

—¿Y ella? —le preguntó Schultze, anonadado.

—¡Tres orquídeas nupciales! —ronroneaba el homúnculo—. Y el anillito de oro que usted le ponía en el dedito a ella: «¡Te amo, sí, te amo!» ¡Cucú! «¡Oh, eternamente!» Claro, niños bien que se introducen en las casas honorables para turbar el sueño de las vírgenes.

—¡Mis amadísimos hermanos! —exclamó la figura sacerdotal en tono de súplica.

—¡Perdón! —balbuceaba Schultze—. ¡Yo era tan joven!

Pero el homúnculo había recobrado su oscilación y su ronquido; visto lo cual el astrólogo se volvió hacia mí en actitud patética:

—Lo que ha dicho el ogro es una falsedad incalificable —me reveló—. Porque yo la quería limpiamente, se lo juro.

—¿Quién era? —le pregunté.

—La hija del ogro que tiene delante y que se ha vuelto a dormir, como de costumbre. Se llamaba Nora: imagínese usted unas trenzas broncíneas, unos ojos verdesauces, un pecho de Minerva, dos muslos de Atalanta...

—¡Mis hermanos! —volvió a interrumpir la figura sacerdotal, queriendo y no queriendo taparse las escandalizadas orejas.

—...Y una sensibilidad —concluyó Schultze— que sólo tienen las muchachas del barrio de Flores. Porque no ignorará usted que las muchachas de Flores están construidas con la madera de los violines Stradivarius.

Muy alarmado ante su exaltación madrigalesca, le di unos golpecitos en el hombro:

—¡Calma! —le dije—. Y, por amor de Dios, hable como la gente.

Pero el astrólogo, sin escucharme, apuntó con su índice a don Celso dormido.

—Ahí tiene usted al verdugo de mis primeras ilusiones —rezongó—. ¡Ah, monstruo! Me parece verlo aún en la mesa del festín, aquel mediodía inolvidable.

Nuevamente abrió el homúnculo sus ojitos amodorrados:

—¡Buenas tardes, joven Schultze! —barbotó—. ¿Dónde íbamos? ¡Ah, sí! Hablábamos de tres orquídeas nupciales y de una pobre novia sin consuelo. Con todo, no imagine que ha sido usted el único tránsfuga. Y créame que si no me arrojan a tiempo del comedor ilustre, las muchachas se quedan para vestir santos. ¿Recuerda los detalles?

—Era un mediodía festival —dijo Schultze, en tono evocador— Nos acabábamos de sentar a la mesa, y había en todas las caras un resplandor de júbilo, porque yo había deslizado un anillito de oro en su dedito marfileño. «¡Te amo, sí, te amo!»

—¡Cucú! —canturreó don Celso—. «¡Oh, eternamente!» Y sus tres orquídeas en el aparador trinchante. ¡Cucú!

—A mi derecha —prosiguió el astrólogo— Nora sonreía y callaba: callaba y sonreía, ¡oh, primavera!, ¡oh, juventud!, ¡adiós, adiós! A mi izquierda sus tres hermanas ardían, chisporroteaban, se consumían como tres antorchas nupciales. Al frente, su dulce madre (vetustas joyas, encajes antiguos) me contemplaba ceñuda, como quien plantea una interrogación a lo futuro: su dulce madre, agobiada de años, joyas, encajes y suficiencia (con perdón de don Celso, aquí presente). Y a su lado el mismo don Celso, aquí presente, con su servilleta en el cogote y su aire de suegro bonachón y cazurro (¡ah, el monstruo!). Y rumores festivos en la casa: olores festivales desde la cocina. ¿Quiénes andaban por el jardín? ¡Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa! ¡Adiós, juventud! El romance ha muerto. ¡Una lápida! ¡Que pongan una lápida sobre la tumba del romance! Con un epitafio que diga: «Pasajero, aquí yace un amor.»

Entre rabioso y avergonzado, sacudí a Schultze por el hombro:

—¡Pero, cálmese! —le dije— ¡Y hable con naturalidad! ¿No puede ahorrarnos ese feo lenguaje de melodrama?

—No se aflija —me respondió—. El romance ha muerto: ya tiene su lápida y su epitafio. Ahora viene lo bochornoso.

—¡Dígalo, si es hombre! —lo desafió el homúnculo.

—No es fácil —reconoció Schultze—. Nos acabábamos de sentar a la mesa en circunstancias hondamente sentimentales, cuando trajeron el primer servicio. Recuerden bien mi estado de ánimo: Tristán e Isolda, violines húngaros, etc. De pronto, veo cómo este señor, abandonando su aire inofensivo, se arroja brutalmente sobre los fuentones, los vacía y rebaña. Oigo a mi alrededor voces y tosecitas que procuran distraerme de aquel asombroso espectáculo. Todo es inútil: mi atención, como fascinada, se concentra en don Celso que mastica y devora, chupa huesos y lame salsas, todo ello con un afán que no he visto ni en las peores bestias, y haciendo libaciones cuya generosidad y frecuencia habrían hecho ruborizar a un templario.

—¡Almas buenas! —gimió aquí la figura sacerdotal.

El vejete paquetón, que venía guardando un silencio desdeñoso, clavó en don Celso la más incrédula de las miradas.

—¿Él? —preguntó.

—El mismo —afirmo Schultze—. ¡Y pensar que si dejara su *water closet,* no alzaría tres palmos del suelo! Y cuando ya no quedaban manjares que deglutir ni platos que rebañar, ¡veo cómo este señor cierra los ojos, emite un ronquido entrecortado por gaseosos eructos y se hunde al fin en el letargo de la boa!

Don Celso, que parecía medir y juzgar cada una de aquellas palabras como si no le concernieran, hizo un gesto aprobatorio:

—No está mal —opinó—. Alguna influencia de Hornero en el estilo: una influencia que, sin duda, se hará más visible cuando el narrador intente darme los contornos de un Polifemo a la moderna. Pero siga, joven Schultze: admito que su vis cómica es irresistible.

El astrólogo prosiguió así:

—Aquella primera revelación del monstruo no tardó en evidenciar sus efectos. Parecía que una racha glacial se hubiera metido en el comedor, helando las risas y marchitando las voces: miré a Nora, y la vi arrugarse a mi lado como una hoja seca; ya no chisporroteaban sus hermanas (tres antorchas extintas); la dulce madre había cerrado sus ojos y se disgregaba lentamente bajo un luto de joyas opacas y encajes deslucidos. ¡Y atención ahora, pues en aquel instante el segundo servicio fue colocado sobre la mesa!

Abrió Schultze un bien calculado paréntesis de silencio. Yo aguardaba el final de su historia, como quien ve llegar un castigo. Los enwaterclosados personajes contenían sus respiraciones, y don Celso inclinaba ya su frente, como adelantándose a una ovación.

—No describiré —continuó Schultze— la variedad y naturaleza de los manjares que integraban el nuevo servicio. Sólo diré que, al recibir el vaho de las marmitas, este señor, a quien dejamos hundido, al parecer, en el más hondo Nirvana, detuvo instantáneamente su oscilación pendular *y* cortó en seco su ronquido: las ventanas de su nariz aletearon con delicia, entreabrió cautelosamente sus dos ojos incrédulos; y, convencido al fin de que ni el olfato ni la vista lo engañaban, sonrió a las fuentes, a los comensales, al salón y al mundo. En seguida comenzó el nuevo ataque del monstruo, violento como el anterior, pero animado ahora de gritos entusiastas y fervientes arengas con que nos invitaba, ¡el muy torpe!, a imitarle. Ignoro si aquello duró un instante o un siglo. Sólo recuerdo que al final el monstruo, copa en mano, se puso trabajosamente de pie, tal como si nos amagase con un brindis. Mas, ¡ay!, de sus grasientos labios no brotó discurso alguno, sino los primeros compases de una romanza operística.

Y de pronto, sin decir agua va, el insensato se derrumbó sobre la mesa, volcando copas y haciendo añicos la vajilla: sus dedos crispados tironeaban el mantel, y de su boca surgían, en chorros intermitentes, ya el gruñido, ya el vómito, ya la risa.

—¡Dios de misericordia! —lloró la figura sacerdotal—. ¡Señor, tu imagen y semejanza!

—¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudió el homúnculo.

—Me levanté de la mesa —concluyó Schultze—. Huí del comedor y de la casa. ¡No he vuelto jamás!

Don Celso lo miró ahora con indecible tristeza:

—Sí —dijo—. Y en resumen, tres orquídeas mustias en su florero.

Y una pobre niña que murió de amor...

—¿Muerta? —gritó Schultze—. ¿Muerta?

—Muerta de amor durante ocho días justos —aclaró don Celso—. Hasta que mi amigo Tostó, el fabricante de pastas, le abrió su corazón y su libreta de cheques.

El astrólogo respiró con alivio:

—¡Qué bien la reconozco en *eso!* —dijo—. La vida era una caja de música en sus manos.

—Yo diría una caja de fierro —barbotó el homúnculo adormeciéndose.

Aquel diálogo absurdo con los del *water closet* parecía concluido. Y el astrólogo Schultze ya daba señales de querer volverse, cuando la figura sacerdotal, en tono elegiaco, nos dirigió las palabras siguientes:

—Mis amados hermanos en Cristo, si la premura de vuestra excursión os deja tiempo aún para escuchar otra historia, no cerréis vuestros oídos a la mía, que deseo referiros ahora, no tras un vanidoso afán de literatura, sino con el deseo de que sus enseñanzas os adviertan, edifiquen y hagan fructificar en la virtud que me faltó arriba. *Pecavi tibi, Domine! Mea culpa!*

—Escuchémoslo —me dijo Schultze—. No hay como los viajes para instruirse.

—Yo, mis amados hermanos —continuó el sacerdote—, fui, por la gracia de Dios, cura párroco de San Bernardo, en la industriosa y proletaria Villa Crespo.

—Este señor es de Villa Crespo —le dijo Schultze, presentándome.

La figura sacerdotal me consideró brevemente y luego negó con la cabeza:

—No —repuso—, es demasiado joven. Yo me refiero a la época idílica de Villa Crespo, antes de que recibiera el color de Israel.

—El color y el olor —volvió a interrumpirle Schultze blandamente.

Sonrió el cura entre sus lágrimas, y prosiguió así: —Almas buenas que me escucháis, aquel rebaño villacrispino era el que me confió Nuestro Señor para que lo vigilase, asistiera y encaminase a los prados eternos. De todas y cada una de mis ovejas debería darle cuenta yo en su hora, como lo hizo Él mismo con su Padre Celestial:« *Tui erant, et mihi eos dedisti, etsermonem tuum servaverum»,* vale decir: «Tuyos eran, y me los diste a mí, y guardaron tu palabra.» ¡Y ahora veréis, mis hermanos, cómo perdí las ovejas del Señor! Entre los siete pecados capitales que asedian al hombre y le obligan a presentar batalla, tocóme a mí el de la gula, vicio grosero que, como ningún otro, rebaja el nivel del hombre hasta el oscuro plano de la bestia. Si es verdad que cada vicio tiene su demonio, el de la gula se había entronizado en mis entrañas de modo tal que, cuanto más le otorgaba yo, más exigía él, despierto siempre y enderezando mis potencias a la memoria de comer, al entendimiento de comer y a la voluntad de comer en todo tiempo y en cualquier lugar. Había en mi parroquia innumerables enfermos a quienes asistir, viudas a quienes consolar, huérfanos a quienes socorrer y menesterosos a quienes amparar. Sin embargo, lejos de acercarme a esas moradas del dolor, según me lo imponía el mismo Derecho Canónico, sólo frecuentaba yo las casas de los magnates villacrespenses, y sobre todo en aquellas ocasiones festivas (casamientos y bautizos) que tradicionalmente acaban en comilona: se me vio allí realizar proezas gastronómicas de tal calibre, que no pocos burgueses quedaron perplejos, con el asombro en la mirada y el tenedor en el aire. Ciertamente, no son exagerados los ayunos que la Santa Iglesia impone a sus ministros: no obstante, con el ingenio que yo gastaba en sofismas, argucias y maneras de burlarlos, me hubiera sido fácil escribir otra Suma Teológica. Nunca dije misa que no fuera la del alba, y galopando en el Misal hacia un sabroso desayuno. Muchas veces, al atardecer, el penitente que aguardaba mi absolución en la rejilla del confesionario recibió tan sólo el ronquido y eructo de mis laboriosas digestiones. El resto de mi día, que no era escaso, lo dedicaba, no a frecuentar las Sagradas Escrituras, sino a buscar en libros de cocina tan raros como engañosos la receta única, el manjar bizantino que luego aderezaría yo en mis hornallas y cuyo aroma, divulgándose por el vecindario, haría reír a los ahítos y blasfemar a los hambrientos. Así empezó el escándalo en la Villa *(«Vae mundo a scandalis* », ha dicho el Señor). Y no tardé, a pesar de mi ceguera, en advertir cómo se disgregaba mi rebaño, cómo se perdían mis fieles, cómo evitaban mi sendero los que aun ayer se me hacían encontradizos. Día llegó en que, al toparme, las mujeres volaban a tocar madera, los niños corrían a tocar fierro y los hombres, a guisa de conjuro, se tocaban disimuladamente los testículos, ¡ay, mis hermanos!, como si vieran en mí al propio demonio y no a un sacerdote según el rito de Melchisedec. Lo más grave sucedió cuando, favorecidas y alentadas por mi terrible incuria, todas las huestes del error empezaron a levantar sus tribunas en mi parroquia y a juzgar al Señor por la indignidad de su sirviente. ¡Ay, entonces vi cómo, por segunda vez, el Señor era crucificado en Villa Crespo! Delante de mis ojos fue insultado por segunda vez en la esquina de la curtiembre, azotado y escupido junto al aserradero de Lombardi, coronado de espinas frente al corralón del vasco Ureta, puesto en cruz a las orillas del Maldonado...

Con un sollozo inmenso la figura sacerdotal acabó su discurso: escondió la cara en el hueco de sus manos juntas y lloró sin ruido algunos instantes; extrajo al fin de su sotana un pañuelo verde, con el cual restañó su llanto y se sonó ruidosamente las narices. Y su dolor era tan sincero, que hasta el mismo Schultze

pareció vacilar, como si reconsiderara *in mente* un problema de justicia. Pero el viejito *dandy,* que hasta entonces apenas había intervenido en el diálogo, comenzó a exteriorizar algunos fermentos de cólera:

—Muy bien —dijo—. Acabamos de oír la historia vulgarísima de dos «gourmands» que, como tales, no me parecen mal ubicados en este infierno donde, ¡palabra de honor!, la cocina es de una torpeza incalculable. E ignoro aún qué pito es el que toca en esta morada un hombre que, como yo, ha hecho de la cocina un arte con ribetes de ciencia o una ciencia con ribetes de arte.

—Perdón —le dijo Schultze—. ¿Tengo, acaso, la dicha de hablar con un «gourmet»?

—Usted lo ha dicho —contestó el vejete—. Y presumo que el inventor de esta risible arquitectura infernal debe de ser un chambón, un media cuchara, incapaz de ver los matices que diferencian un caso de otro. Si me fuera dado volver arriba durante un minuto...

—¿Qué haría usted?

—Pues nada —cacareó el viejito—: darle un golpe de teléfono a Macoca Funes, el senador, para que clausurara este odioso clandestino.

Iba Schultze a responderle como se merecía y a revelarnos quizás una tercera historia, cuando se nos vinieron encima dos Cíclopes enormes que avanzaban a trancos, revolviendo a izquierda y derecha sus ojos frontales, como sí buscaran algo en la penumbra. El de la vanguardia no tardó en descubrir a los tres héroes waterclosescos, y con una facilidad asombrosa los arrancó de sus tronos: colocó a la figura sacerdotal bajo una de sus axilas, al viejo *dandy* bajo la otra, y sostuvo a don Celso en el aire, con una sola mano.

—¡Hay que volver al yugo! —les dijo—. ¡No se van a pasar toda la noche *arrepollando* en el inodoro!

Nos vio de pronto a Schultze y a mí, que le observábamos llenos de curiosidad.

—¡Seleuco! —gruñó, dirigiéndose a su camarada—. ¿Qué hacen aquí estos dos tirifilos?

—Mironez, de juro —le respondió ceceando el otro Cíclope—. ¡Dejámeloz a mí, Crizanto!

En otra circunstancia me hubiera reído no poco al oír aquellos nombres de ática sonoridad aplicados a un cíclope arrabalero y a otro en cuya ceceosa lengua me parecía reconocer a cierto mensual de Santo Domingo que vigilaba diez asados de vaquillona el día en que perdimos la elección y entraron a mandar los de levita. Pero el caso era que Schultze, irguiendo una cabeza pletórica de autoridad, acababa de volverse a Seleuco:

—¡Usted se calla! —le dijo—. ¡Yo soy el patrón del barco!

—¿Aja? —rió Seleuco, mirándolo desde sus alturas.

—¡Es un tirifilo! —insistió Crisanto—. ¡Seleuco, ponle un ojo a la vinagreta!

El furor había sustituido a la hilaridad en el duro semblante de Seleuco:

—¡Déjamelo, Crizanto! —gritó ahora—. ¡Yo le voy a dar el primer galope a ezte zotreta!

—¡Usted se calla y cumple! —volvió a ordenarle Schultze.

—¡Zotreta! —vociferaba Seleuco—. ¡Déjamelo a mí, Crizanto! ¡Yo le voy a poner laz caronaz!

En este punto los tres personajes del *water closet* intervinieron a una:

—¡Un golpe de teléfono a Macoco Funes! —amenazó el vejete, cautivo en una axila de Crisanto.

—¡Almas buenas! —imploraba el cura desde la otra.

Don Celso, que se mecía y dormitaba en un puño del monstruo, despertó a la batahola:

—¡Buenos días, joven Schultze! —ronroneó—. ¿Cómo va la preciosa salud? ¡Ojo al Cristo! Se congestionan los bronquios, falla el corazón, ¡y *salute!*

Pero el astrólogo no se intimidaba. Encarándose con los dos cíclopes a la vez, les dijo, no sin amargura:

—¡Ralea despreciable! Los he rescatado graciosamente del *bricabrac* de la Mitología, donde se amontonaban como trastos viejos, y les he dado aquí un destino muy superior al que se merecían. ¿Y ahora se me hacen los gallitos? ¡Así paga el diablo!

—¡Mentiz, trompeta! —le gritó Seleuco, yéndosele al humo.

—¡Dale, Seleuco! —lo azuzó Crisanto—. ¡Empavónale un ojo!

Sin más ni más el desalmado Seleuco nos agarró de las solapas, nos alzó en vilo y nos apretó contra su tórax gigante. Inútilmente nos resistimos a manotazos y a patadas: el monstruo, sin advertir acaso nuestra resistencia, había girado sobre sus talones y nos llevaba rumbo a lo desconocido. Entonces comenzamos a pedir socorro:

—¡Ciro! —gritaba Schultze en italiano—. *A noi!*

—*Aiuto, Ciro!*—grité yo con todas mis fuerzas.

No tardamos en oír una voz iracunda, la de Ciro Rossini, que rogaba, sugería y amenazaba:

—*Santa Madonna!* ¡Déjenlos, que son del barrio! ¡Una fiestita *in* familia!

Desgraciadamente, Seleuco no se daba por enterado: inició un trote muy vivo y nos estrechó aún más en su tórax agitado que subía y bajaba como el mar. El trote de cíclope se asemeja un tanto al de camello, y el jinete que se decide o es constreñido a cabalgar en tan inusitada bestia, no demora en sufrir oscilaciones y cambios de nivel que se le hacen particularmente sensibles en el diafragma. Llenos de susto, casi asfixiados y sujetos al ritmo infernal de aquel trote, Schultze y yo padecíamos aún otras incomodidades: el resuello del monstruo, que nos azotaba como un vendaval y nos metía en las narices un insoportable olor de ajo; y la vecindad de las axilas ciclópeas, que nos arrojaban tufos de sudor envejecido, emanaciones cabrunas y vahos de cueva de león. Mal sabría decir, pues, cuánto duró nuestro viaje a bordo del cíclope: sólo recuerdo que, de pronto, Seleuco nos arrancó de sus tetillas y nos hizo aterrizar junto a lo que me pareció la cabecera del Banquete. Allí, sentada en un sillón de altísimo respaldo, cierta señora presidía el festín:

Aquella mujer era de una obesidad repelente, magnificada por cierto traje de noche, lleno de lentejuelas, que se le reventaba por todas las costuras. Lucía una cara de plenilunio, con dos cachetes redondos en uno de los cuales negreaba cierto lunar muy vegetado; su nariz de perro, húmeda y respingada, erguíase y venteaba incesantemente, puesta entre dos ojitos que, no sin dificultad, se abrían un rumbo a través de la grasa; cóncava y estrecha, su frente remataba en un peinado monumental de sus cabellos, entre los cuales, a manera de ornato, aparecían mejillones y langostinos, pejerreyes y martinetas, chorizos y morcillas, espárragos y bananas. Una doble papada le unía el mentón y el arranque de un cuello inexistente: desde allí la línea no tardaba en remontar el vuelo según la expansión formidable de dos tetas vacunas, para decaer un tanto en la posible región umbilical, elevarse con multiplicado brío en la comba de un vientre casi esférico, y hundirse al fin, bajo la mesa, en desconocidas aunque sospechadas honduras. Macizos e informes, los brazos de aquella señora terminaban en dos manitas regordetas y cortos dedos que lucían un anillo gritón en cada una de sus falanges.

Contemplando estaba yo a la mujer; y al advertir que Schultze quería darme con ella una personificación de la Gula, me pregunté, no sin inquietud, si el astrólogo intentaría en su Infierno la de todos y cada uno de los pecados capitales, aunque lo dudaba (y el tiempo me dio la razón), considerando su genio caprichoso y rebelde a toda simetría. Pero la mujer, tras estudiarnos un instante, se dirigió a Seleuco y le preguntó:

—Agente, ¿qué hacen aquí estos muchachos?

—Intruzoz —contestó el Cíclope—. Ze han reziztido a un representante de la autoridad, y zuz papeles no están en regla.

—¿Qué más?

—Zi ze me permite una zugestión, diría que loz arrestados no zon ajenoz al contraezpionaje de nueztro aztuto enemigo. La bolza negra y el oro de Nueva York...

La mujer dejó escapar una grasienta risotada:

—Agente —lo interrumpió—, creo que lee demasiadas novelas policiales.

En seguida se volvió hacia Schultze, y, sonriéndole con zurda coquetería, le tendió una mano, como para que se la besase.

—¡Nunca, señora! —se le negó el astrólogo—. Yo soy el Demiurgo de este infierno, y dice la sabiduría: «No adorarás la obra de tus manos.» Bien sabe usted que con estos pulgares modelé las tetas, el vientre y la papada que, según veo, le inspiran tan deleznable orgullo.

—¡Una insolencia! —chilló la mujer, clavándole a Schultze dos ojos de basilisco—. ¡Agente!

—¡Ordene! —le contestó el Cíclope.

—¡Agárreme al Demiurgo, y échemelo afuera!

Otra vez nos cargó Seleuco, y nuevamente padecimos la náusea de su trote. Al fin me pareció que se nos franqueaba una salida; y el Cíclope nos arrojó entonces como dos fardos a la soledad externa. Sentados en el suelo, jadeantes y mohínos, el astrólogo y yo miramos hacia la puerta que así nos rechazaba: era circular, e iba cerrándose ahora en movimiento centrípeto, como un esfínter gigantesco.

VIII

Nos levantamos del suelo. La indignación de Schultze por el agravio que acababan de inferirle sus propias criaturas se traducía en palabrotas que, ciertamente, no quedaban muy bien en los labios de un Demiurgo: puteando como un carrero, el astrólogo llegó a maldecir hasta la hora en que se le había ocurrido hacerme visitar aquel inmundo bodegón. Apenas amainó su cólera, y mientras nos ayudábamos fraternalmente a corregir la línea de nuestras corbatas, él y yo nos trenzamos en el siguiente coloquio:

—Amigo Schultze —le dije—, ¿cómo es posible que sus mismas criaturas no hayan reconocido en usted al creador?

—Eso es posible, y hasta corriente —me respondió él—. Y si no, que lo digan los dioses inmortales: ¿qué negación teológica no han recibido Ellos de los hombres?, ¿qué rebelión no les aguantaron?, ¿qué impiedad no les sufrieron? Si bien se mira, todo eso es halagador para un Demiurgo que se respeta.

—¿Halagador? —protesté yo, sintiendo aún en mis riñones la caricia del Cíclope.

—Supongamos que usted le da el ser a una criatura, y que se lo da con tanta plenitud que la criatura, lejos de reconocer en usted a su causa primera, se imagina ser por sí misma, libre de toda relación entre causa y efecto. Supongamos que Don Quijote, por ejemplo, negara la existencia de Cervantes: esa exuberancia de ser, que Cervantes dio a su héroe y por la cual se ve negado, ¿no sería el más agradable incienso que, como creador, pudiera recibir de su criatura?

—¡Hum! —observé—. Teorizadores menos peligrosos que usted acabaron en el fuego, cuando el mundo era más prudente.

—No confunda —me replicó él—. Dos manos utiliza el Demiurgo; una de lana, que es la de la Misericordia, y otra de hierro, que es la del Rigor. Y si puede considerar sin enojo la iniquidad de su criatura, no puede pasar por alto el desequilibrio que dicha iniquidad introdujo en el orden creado; porque la justicia es una necesidad a la que no escapan ni los mismos dioses. El Demiurgo necesita restablecer el equilibrio roto por su criatura; y lo hace, ya sea con la mano de su Rigor, ya con la de su Misericordia.

—Y usted, ¿qué mano utilizaría con los Cíclopes?

—¡Estoy por volver allá y agarrarlos a patadas! —me contestó Schultze, todavía rencoroso—. Afortunadamente —agregó—, Cacodelphia nos mostrará en seguida un barrio menos díscolo.

Sin decir más, el astrólogo se internó en la nueva espira de su Helicoide, y yo lo seguí a través de una oscuridad que se adensaba rápidamente hasta darme la sensación de algo sólido. Perdidos entre aquella negrura, no tardamos en divisar cierta luz como de vela, que abría frente a nosotros un temblequeante y pobre círculo de claridad. Al acercarme, observé que la luz brotaba de un candil puesto sobre algo semejante a un estrado de justicia, hasta el cual se llegaba por dos o tres escalones. Junto al estrado, alguien con aspecto judicial erguía su magra figura de ave negra, ya sujetando a su nariz rampante unos anteojos de carey, ya retorciendo los bucles algodonosos de su peluquín, o acariciando los folios de un librote monumental que tenía delante y alrededor del cual revoloteaban inquietas polillas.

Cuando estuvimos frente al estrado, el juez nos miró sin curiosidad ninguna:

—¿Cómo fueron los pobres diablos? —nos preguntó al fin, con cierta voz monótona, indiferente y dormida que revelaba todo el aburrimiento del oficio.

El astrólogo Schultze avanzó un paso todavía:

—Fueron —respondió— como el zorro y la oveja. «¡Ah, doña —le dijo el zorro—, voy a comerme a su borreguito, porque veo que ya tiene dos dientes y mucha grasita en la cola!» «Muy bien, don Juan —le

contestó la oveja—, pero, dígame, ¿no es usted bautizador?» «Sí, señora —le dijo el zorro—, y facultado por el cura de Huancacha.» «Me alegro —dijo la oveja—, porque así podrá bautizarme al borreguito antes de comérselo.» Lamiéndose de gusto, el zorro se acercó al arroyo para sacar el agua del bautismo; y entonces la oveja, de un topetazo, lo zambulló en la correntada.

Cierto asombro se pintó en el semblante del juez al oír aquella respuesta. Bajando uno de los tres escalones, preguntó nuevamente:

—¿Cómo fueron los pobres diablos?

—Fueron —contestó Schultze— como la garrapata y el suri. Un día el suri, orgulloso de sus veloces piernas, la chichoneó a la garrapata. Entonces la garrapata le dijo: «¿A que te gano una carrera?» «¡Qué vas a ganar!», le contestó el suri, muerto de risa. «¿Van diez nacionales?», lo desafió la garrapata. «¡Pago!», aceptó el suri. Llegó el día de la carrera, y los dos convinieron en que la ganaría el que primero se sentara en un cráneo de vacuno puesto en la raya. Listos ya, el suri convidó: «¿Vamos?» «¡Vamos ya!», le contestó la garrapata. Como el suri no la viera en el suelo, volvió a convidarla: «¿Vamos?» «¡Vamos, no más!», le gritó ella cerquita. Entonces la garrapata, con disimulo, se prendió a la rabadilla del suri que ya trotaba como un diablo. Al llegar a la meta, el suri, creyéndose ganador, fue a sentarse en el cráneo de vacuno. Pero la garrapata le advirtió: «¡Epa, cuñao, no me apriete, que yo llegué primero!»

Más asombrado aún, el juez bajó un segundo escalón:

—¿Cómo fueron los pobres diablos? —volvió a preguntar.

Y Schultze respondió:

—Fueron como el sembrador, el tigre y el zorro. El tigre le dijo al sembrador: «Te voy a comer con bueyes y todo.» Y el hombre le rogó: «¡No me coma, don Tigre, que tengo mucha familia!» «Es al pedo —contestó el tigre—, te voy a comer lo mismo.» Pero el zorro, que los oía, se escondió entre unos pastos y con voz dura le gritó al sembrador: «Amigo, ¿no me lo ha visto por aquí al tigre? Lo ando buscando con mi perrada.» El tigre, pensando que lo buscaba un cazador, se tiró al suelo y le mandó al hombre: «¡Decíle que no me has visto!» «No, señor, no lo he visto al tigre», dijo el sembrador. «¿Cómo que no lo has visto? —volvió a gritar el zorro, bien oculto—, ¿qué es esa cosa que hay en el suelo?» «¡Decíle que son porotos!», ordenó el tigre. El hombre obedeció: «Señor, son porotos que traje para sembrar.» «Si son porotos —dijo el zorro—, métalos en esa bolsa que tiene ahí.» «¡Méteme en la bolsa!», volvió a ordenar el tigre. Entonces el sembrador embolsó al tigre, y dijo: «Ya está, señor.» «Mi amigo —insistió el zorro—, ate bien la bolsa, para que la porotada no se le vuelque.» «¡Ata la bolsa!», le susurró el tigre al hombre. Obedeció el sembrador, atando la bolsa con un tiento. Pero el zorro volvió a gritarle: «Vea, mi amigo, esa bolsa está medio flojona; déle con el ojo del hacha y aplástemela un poquito.» El hombre agarró el hacha, y le pegó al tigre hasta dejarlo muerto.

No bien hubo escuchado la tercera respuesta del astrólogo, descendió el juez un tercero y último escalón, y por señas nos hizo entender que le siguiéramos. Obedecimos al instante, y mientras el juez nos guiaba en torno del estrado le pregunté a Schultze con un hilo de voz:

—Dígame, ¿a qué pobres diablos se refería ese leguleyo?

—Se ha referido —me respondió él— a los que afilaron sus uñas en la piedra mordiente de la avaricia.

—¿Y qué sentido hay en el salpicón de fabulitas que usted acaba de hacerme ingerir?

—Los investigadores de mañana —sentenció el astrólogo con modestia—se pelarán el culo por desentrañar el sentido admirable que se oculta en esas fabulitas.

Nada le contesté, porque nuestro guía nos indicaba ya un escotillón abierto junto a la cara posterior del estrado. Nos metimos en él, Schultze a la vanguardia, yo detrás: bajamos algunos escalones rechinantes, la trampa cayó sobre nuestras cabezas y de pronto una gritería ensordecedora me hirió los tímpanos, mien-

tras acomodaba mis ojos a cierta luz amarilla, glacial y densa que parecía llenar todo el ámbito hasta el horizonte.

—El *Plutobarrio* —me gritó Schultze casi al oído.

Apenas entendí lo que me decía, pues el clamoreo estallaba con mayor violencia, en un acorde raro de gritos triunfales y sollozos, blasfemias y risas idiotas, maldiciones y cantos de júbilo que hacían retemblar la estructura de aquel Infierno hasta el menor de sus tornillos. Pero, en cambio, distinguía ya la multitud gritona que, debatiéndose y encrespándose frente a nosotros, ocupaba el centro del área infernal, una especie de arena o campo de Marte vastísimo, encerrado en un cinturón de fabricas en ruina, chimeneas rotas, rascacielos truncos y palacetes desmoronados. Y todo lo que mis ojos abarcaban, *plafond y* suelo, ciudad y hombres, caras y vestidos, se teñían del mismo color amarillento, hipócrita, mierdoso a que ya me referí antes; era un color que no lograba encubrir su falsedad, un color de baratija o de latón dorado; y sólo más tarde supe que Schultze, al introducirlo en su *Plutobarrio,* intentaba sugerir la noción del oro corrupto, del oro infiel a su destino, del oro en pecado mortal. Sin embargo, no alcanzaba yo a distinguir todavía la clase de actividad a que se dedicaban los plutobarrienses en aquel circo, porque sus movimientos aparecían confusos en la polvareda igualmente amarilla que levantaban al agitarse y que también sugería la presencia del metal innoble, pero en estado sutil de limadura.

—¿Qué hacen allá esas gentes? —le pregunté a Schultze—. Desde aquí parece un rodeo de novillos chucaros, o una batalla de perros cimarrones, o qué sé yo.

El astrólogo me tomó de un brazo y, sin decir palabra, me condujo hasta el borde mismo del redondel. Entonces, y a través de la polvareda que ya sentíamos en las narices, vi un entrevero de hombres en lucha tan encarnizada y brutal, que al instante recordé la que sostuvimos contra los hinchas de San Lorenzo, en la cancha de Racing, el día en que cierto réferi atravesado intentó anular un gol de nuestra victoriosa camiseta.

La muchedumbre que teníamos a la vista era una mezcla de hombres de negocio (perramus abundantes y cigarros de lujo), héroes de la Bolsa (trajes deportivos y rostros congestionados), comerciantes de rígidos *smoking o* de impecable guardapolvo, directores de empresas, alquimistas de la especulación. Y ahora vi claramente que todos ellos corrían, chocaban entre sí, caían en el polvo amarillento, se incorporaban *como* autómatas y volvían a debatirse, tras un torbellino de cédulas, billetes de banco, títulos y acciones que un ventarrón inconstante hacía rodar por el suelo y arremolinaba sin otra ley que la de su capricho. Unos los cazaban en el aire, otros los recogían del suelo, se los disputaban a manotones, reñían a gritos y puñetazos, llenaban sus carteras, bolsillos y sombreros con el papel roñoso que afluían de los cuatro puntos cardinales. Observé de pronto que los más frenéticos devoraban allí mismo sus cosechas de papel, y que al llegar al atoramiento se oprimían algún resorte oculto en la región abdominal: entonces dejaban oír un sonido metálico de caja registradora, y en sus frentes aparecía un indicador luminoso con el total de la cifra devorada. Los otros, menos ávidos, acarreaban su botín y lo defendían con uñas y dientes hasta llegar al centro del circo: allá, zumbando entre bancarias rejas, demonios cagatintas en figura de cajeros les admitían los depósitos, contaban papeles y extendían recibos con dedos ágiles y expresión helada. Recibo en mano, los depositantes consultaban el total, y caían después en un hondo arrobamiento, del cual no tardaban en recobrarse para exclamar, volviendo a la refriega: «¡Seis cifras!, ¡siete cifras!, ¡ocho cifras!»

Mientras consideraba el juego matemático de aquellos infelices, trataba yo de reconocer algún rostro familiar. Pero todas las fisonomías eran allí asombrosamente iguales, identificadas en el mismo rictus y en idéntica locura. Y si entre los cosechadores distinguí a Polifemo, el astuto mendigo de San Bernardo, fue sólo por la guitarra sin cuerdas que no había desamparado él ni en su descenso a las espiras infernales: lo vi andar a ciegas entre la multitud que lo chocaba y hacía girar como un trompo; y en medio del baladro hasta creí reconocer las bendiciones que profería, como de costumbre, mientras atiborraba de papeles la caja insondable de su vihuela.

—¡Es curioso! —le dije a Schultze, mostrándole la zarandeada figura de Polifemo—. Ese mendigo entre ricachones...

El astrólogo no me contestó, solicitado en aquel instante por una voz declamatoria que nos llamaba desde cerca:

—¡Ciudadanos! ¡Eh, ciudadanos!

Me volví hacia el rumbo que traía la voz, y sólo entonces vi a nuestro lado, semioculta entre la polvareda, una silla muy alta, semejante a la que ocupa el juez en los torneos de tenis. Un personaje hinchado de solemnidad se arrellanaba en aquel asiento; y al mirarle la cara reconocí al cobrador Zanetti, pero en su traje de domingo, con su corbata roja y su chambergo a lo Palacios: tenía en la diestra unos gemelos de teatro con los cuales enfocaba insistentemente a los plutócratas del circo; en su otra mano esgrimía un ejemplar de *La Brecha,* muy bien doblado y rojo de tinta libertaria; con los pantalones recogidos hasta las rodillas, el cobrador Zanetti remojaba sus pies mártires en cierta palangana de loza, operación vulgar que no disminuía, sin embargo, la solemne altivez de su gesto.

—Conozco al hombre —le dije a Schultze—. Y, si no me equivoco, vamos a oír un buen pedazo de literatura.

En su elevado sitial, el cobrador Zanetti ya se impacientaba:

—¡Ciudadanos y trabajadores! —nos volvió a gritar—. Si estudiáis con inteligencia el sentido riguroso de la operación a que se dedican estos chanchos burgueses, no tardaréis en advertir su estupidez insondable. Voy a entrar en materia: estos chanchos burgueses, con todo su dinero, ya no podrían añadir un manjar a sus festines, ni un eslabón a la muy larga cadena de sus fornicaciones, ni un lujo más a sus abigarrados palacetes, ni otro matiz al ya barroco tejido de sus concupiscencias. Y, sin embargo, amontonan todavía ese oro que no les puede comprar ya nada, que se reduce a guarismos abstractos y que sólo tiene la descarnada forma de una progresión aritmética en ascenso, consignada en monumentales y tristes libros bancarios. Camaradas, ¿no estamos en presencia de una locura risible? ¿No sentís el deseo de reír como energúmenos?

Nada le respondimos, y el cobrador Zanetti nos amenazó entonces con su ejemplar de *La Brecha:*

—¡Contestad, o bajo! —nos intimó, removiendo sus talones en la palangana.

Schultze frunció el entrecejo en un despunte de su indignación. Pero no había olvidado aún la fea conducta de los Cíclopes, y le contestó, lleno de prudencia:

—Sí, señor, nos dan ganas de reír como energúmenos.

—Entonces, ¡reíd! —nos ordenó Zanetti desde sus alturas.

Lanzó Schultze una estruendosa carcajada de teatro que, pese a su falsedad, no disgustó del todo a Zanetti.

—¡Ahora usted! —me dijo el cobrador, enfocándome con sus gemelos.

Reí, a mi vez, falto de gracia. Pero Zanetti debió quedar satisfecho, porque nos gritó en seguida:

—¿Habéis reído, camaradas?

—Hemos reído —le contestamos a una.

—¡Y habéis reído como perfectos idiotas! —rezongó él, tirándonos a la cara su ejemplar de *La Brecha*— Porque las cifras abstractas que esos chanchos burgueses acumulan sin objeto, no son, en el fondo, sino el pan oculto de los que tienen hambre, y el techo invisible de los que sufren la intemperie, y el abrigo hurtado a los desnudos, y el gozo elemental que se arrebató a los miserables. Y, visto así el caso, ¿no sentís, camaradas, que deberíais llorar como terneros?

—Precisamente —le admitió Schultze—, eso es lo que sentimos ahora.

—Entonces, ¡llorad! —nos exigió de nuevo Zanetti, arrebatado de furia.

Pero ni el astrólogo ni yo estábamos dispuestos a verter el llanto que se nos reclamaba. Escurriéndonos a favor de la polvareda, y sordos al apostrofe sublime con que Zanetti condenaba nuestra fuga, trotamos hasta ganar la edificación en ruinas que, según dije ya, limitaba el circo de los plutócratas. Entonces nuestro andar se volvió difícil, pues acabábamos de meternos en un cobertizo gigante, donde se amontonaba y corroía todo un escorial de hierro viejo: locomotoras en desuso, calderas despanzurradas, rieles y engranajes comidos por la herrumbre detenían nuestro paso y nos obligaban a dar fastidiosos rodeos. Y habríamos errado infinitamente por aquel triste laberinto de materiales en derrota, si el astrólogo Schultze, al dar con la salida, no hubiera empezado a escalar un rimero de troncos horizontales que vio a su derecha. Saltando de tronco en tronco, e indiferente a las ratas que huían chillando casi de entre mis piernas, lo seguí en aquel ascenso, hasta llegar a la cima desde la cual abarqué un escenario cuyas líneas generales me pareció reconocer. Era la playa de un vasto corralón de maderas, con sus apilamientos de troncos, rollizos y tablones en rustica sobre los cuales un guinche negro mantenía extendido su brazo de horca: en el fondo se levantaba el edificio industrial, cuarteado de paredes, roto de claraboyas, ciego de ventanas y hundido de techos; diez pasos al frente, una chimenea resquebrajada parecía trastabillar sobre su pie de ladrillos; el silencio, la frialdad y el abandono manaban de aquellas ruinas como el sudor de un muerto.

Descendimos a la playa; y nos acercábamos al portón del frente, cuando vimos a un hombre que se apoyaba en el basamento de la chimenea: sudoroso y jadeante, como si acabara de hacer alto en una fuga, el hombre se mantenía de pie, revolviendo a izquierda y a derecha sus ojos de animal perseguido. Lo reconocí al instante, porque mil veces me había topado yo en Villa Crespo con aquel industrial exuberante de nalgas, mezquino de hombros, esférico de vientre, corto de piernas, lacio de bigotes y torrencial de papada. Y observando ahora su agitación, lo llamé con dulzura:

—¡Señor Lombardi!

Pero el hombre, al oírme, dio un salto y echó a correr hacia el edificio.

—Es el patrón del aserradero —le dije a Schultze.

—¡Ahí —repuso él—. ¿No es un señor que al pasar frente a la iglesia de San Bernardo se levantaba el sombrero y fingía rascarse la nuca, para no dar a entender que saludaba?

—El mismo.

Sin decir más, el astrólogo y yo nos lanzamos tras el fugitivo, hasta que logramos alcanzarle cuando se metía en la sala de máquinas. Entonces, renunciando a su fuga, Lombardi volvió hacia nosotros una cara de pánico:

—¡Chist! —nos ordenó—. ¡Están allá! Se proponen hacer volar el aserradero.

—¿Quiénes? —le preguntó Schultze.

—¡El manco y el foguista! —respondió Lombardi a gritos—. La caldera no da más, ¡y siguen echándole carbón a paladas! Vean la aguja del manómetro: ¡el motor chilla y crujen las transmisiones! ¡Quieren hacer volar el aserradero! ¡El manco los dirige!

Observé a mi alrededor y advertí en la sala de máquinas el mismo abandono, la misma frialdad y el mismo silencio que reinaban afuera: el motor se disolvía literalmente, mordido de óxidos; viejas telarañas cubrían el regulador, la rueda del volante y el brazo del émbolo; sin cristal ni aguja, el manómetro era una síntesis elocuente de aquella destrucción. Pero Lombardi seguía exteriorizando su alarma: de pronto, y como ante la inminencia de una explosión, el hombre se cubrió las orejas con las manos y volvió a correr. Lo perseguimos a través de talleres desmantelados, hasta que ganó el polvoriento escritorio y se dejó caer sobre una silla.

—¿Qué desean ahora? —refunfuñó, al verse acorralado entre su archivo y su caja.

Me volví hacia Schultze:

—Es don Francisco Lombardi —le dije—, honra y decoro de la industrial Villa Crespo.

—¡Ah! —comentó Schultze—. ¿No es un *señor* que se confesaba codos los sábados, comulgaba todos los domingos, y volvía todos los lunes al aserradero más avaro que nunca?

Lombardi le recordó agriamente:

—No se olvide que todos los domingos, durante la misa, echaba yo tres pesos en la bolsa de la colecta.

Pero no tardó en recobrar su gesto de alarma, y nos preguntó, mirando en torno con inquietud:

—¿No los habrá seguido el manco?

—Vea —le aseguré yo—, no hay un alma en todo el aserradero. ¿Quién es el manco?

—¡Un ser vengativo! —lloriqueó Lombardi—. Se cortó el brazo en mi sierra circular, y me reclamó el seguro que le correspondía. Se lo negué, declarando ante la justicia que, si aquel hombre se había mutilado, era porque se hallaba notoriamente ebrio.

Lombardi calló de pronto, al ver, sin duda, la expresión de nuestras caras.

—¡Oh —exclamó en seguida—, no me miren ustedes con esos ojos! ¡Bien sé que novecientos pesos no era mucho dar por el brazo de un hombre! Ahora le daría todo el aserradero: se lo he ofrecido mil veces. ¡Pero el manco no lo acepta!

Volvió a callar y a traducir sus temores:

—Díganme —nos preguntó con voz temblorosa—, ¿no se les habrá colado el viejo?

—¿Qué viejo? —inquirí yo.

—El foguista. Lo eché del aserradero cuando ya no podía levantar una pala; cuarenta y seis años de fogón le habían consumido los ojos, disecado las carnes y puesto en las narices dos chorreaduras de moco amarillo que se le deslizaban eternamente hasta el bigote. Y ahora, ¡bien que maneja la pala! ¡Es el brazo derecho del manco! ¿Vuelven a mirarme con ojos duros? Oigan: se llevarán un chasco si piensan que soy un burgués enloquecido por el miedo. No es la catástrofe, en sí, lo que me va destruyendo el sistema nervioso: ¡es la expectativa en que me tienen ellos con su tan cacareada explosión! Y escuchen algo más todavía: lo que realmente no me deja dormir es una idea perturbadora... ¡hum!

Calló un instante, y se quedó mirándonos con ojos perplejos. Entonces me aventuré a decirle:

—Será una idea no fácil de expresar.

—¡Es una idea no fácil de comprender! —me respondió Lombardi en tono agresivo—. No importa, escuchen: entre las vigas de madera tengo un refugio que no conocen ni el foguista ni el manco. Allá, sin otro acompañamiento que un ratón gris y dos arañas caseras, he podido reflexionar a mis anchas. Y llegué a la conclusión de que hay una justicia inmanente.

—¡Bien! —le interrumpió Schultze, como alentándolo.

Pero Lombardi lo miró con severidad.

—Su aprobación me tiene sin cuidado —le dijo—. ¿Se asombra de oírme hablar así? Yo también fui al colegio. ¿O me toma por un burro cargado de plata? ¡Hum! Además, no he dicho todavía nada del otro jueves. Ahora llega lo difícil: ya les hablé de una idea perturbadora; y es la que me quita el sueño desde que reflexiono allá en lo que les hice al manco, al foguista y a todas esas gentes que ahora se levantan contra mí. ¡Oh, no crean que aludo a reivindicaciones vulgares, jornadas de ocho horas o salarios mínimos! ¡Pamplinas! En el fondo, ¿saben ustedes lo que les hice a esos pobres diablos? ¡Les robé su tiempo de hombres! ¿Entienden?

Nos clavó una mirada inquisitiva, y meneó luego su testa con escepticismo visible:

—¡No entienden un pito! —rezongó—. Al afirmar que les robé su tiempo de hombres, digo su tiempo de cantar, de reír, de contemplar y de saber. ¡Y aquí viene la gran diablura teológica! Porque, al robarles todo eso, les he robado quizás el instante único, la sola oportunidad a que tiene derecho hasta el hombre más ruin: la oportunidad de mirar sin sobresaltos una flor o un cielo; la de oír sin angustia la risa de sus chicos y el canto de sus mujeres; la de hallar, entonces, que la vida es dura pero hermosa, que por un Dios les fue dada, y que ese Dios es bueno...

Al decir las últimas palabras, el solitario del aserradero abatió su frente sobre la mesa: lloró de bruces un instante; su llanto amainó después hasta el silencio absoluto; y el silencio volvió a quebrarse al fin según los dos tiempos de un fatigoso ronquido. Lombardi ya dormía.

En puntas de pie Schultze y yo abandonamos el escritorio, salimos a la playa del aserradero y contemplamos otra vez la desolación de afuera. Luego reanudamos el viaje, siempre bajo aquella claridad áurea que a la sazón más que una luz parecía la ceniza candente de un oro muerto y cromado. Tuvimos que atravesar en adelante nuevas fábricas, talleres de fundición, hilanderías y lavaderos, entre cuyos despojos erraban hombres agitados que se escondían al descubrirnos, o bien dulces figuras absortas, que no se cuidaban de nosotros. Llegamos por fin a cierta loma sobre la cual una barriada en construcción erguía sus edificios inconclusos: andamiajes y máquinas de albañilería, ladrillos y bolsas de cemento se amontonaban allá; sin embargo, no veíamos ni arquitectos ni constructores ni albañiles, y me pareció que todo ello tenía el aire de las cosas muertas antes de nacer. El primer edificio sólo era un esqueleto de hormigón: una enorme jaula con sus diez pisos en esquema y sus veinte departamentos en esbozo.

—En esta jaula de cemento —me dijo Schultze— vive un pajaren de Saavedra bastante oscuro. Me asombra que no haya cantado todavía.

Levantó sus ojos hacia las alturas del edificio, lo imité yo; y en ese instante oímos estallar arriba las voces de mando, los rezongos y las amenazas de un hombre colérico. De pronto lo vimos descender a saltos por la escalera de hormigón que comunicaba un piso con otro: se detenía en cada uno, y dirigiéndose a obreros invisibles los apostrofaba, con la voz descompuesta y el puño enarbolado. Al llegar a la planta baja corrió hacia nosotros y nos preguntó, sudando a mares:

—¿Son ustedes los nuevos arquitectos?

Era un hombrón que parecía cruza de galgo y morsa, excremento en la tez y ácido en el semblante; mostraba en sus ropas un increíble desarreglo y olía *como* un changador en el equinoccio de las flores.

En actitud ceremoniosa, el astrólogo se volvió hacia mí:

—Tengo el honor de presentarle —me dijo— a don Abel Sánchez de Aja Berija y Baraja, rentista, *pioneer,* autodidacto y otras jactancias por el estilo, que suele recitar él en los bares, cuando lo invitan con una copa (de otro modo, no bebe).

—¡Retíreme usted el Berija y Baraja! —le gritó don Abel, entre sorprendido e indignado.

—Este hombre —continuó Schultze—, haciendo gala de un lirismo raro en nuestros días, viene consagrándose a la difícil misión de aposentar a sus conciudadanos; para lo cual ha erigido en Buenos Aires treinta mansiones colectivas, de veinte departamentos cada una, donde, sólo con pagar un alquiler exorbitante, sus conciudadanos pueden gozar de una existencia verdaderamente paradisíaca. El origen de su vocación es oscuro, aunque no menos honroso, pues viene de los tradicionales conventillos que don Abel Sánchez poseyó a su hora, y donde, según rezan los archivos de la Justicia de Paz, abundó él en obras tan altruistas como la de lanzar a una saludable intemperie al huérfano, a la viuda o al desvalido que «le atrasaba en el pago de sus irrisorias mensualidades.

Don Abel pegó aquí una patada en el suelo:

—¡Déjese de ironías! —rezongó—. Soy un hombre que...

Pero Schultze no le hizo caso:

—Justo es reconocer —añadió— que los vientos renovadores de la centuria no lo tomaron desprevenido. No bien hubo aspirado las auras noviseculares, nuestro autodidacto demolió sus conventillos y se dio a especular con el cemento.

—¡Basta de historias! —volvió a interrumpirle don Abel—. Exijo que me digan si son ustedes o no los nuevos arquitectos.

—¿Y si así fuera? —le respondió Schultze.

—Entonces —gritó él—, ¿qué hacen ahí plantados como babiecas? Es preciso terminar esta casa de una vez. Ya puse a nueve arquitectos de patitas en la calle.

—¿Por qué? —intervine *yo.*

El semblante agrio de don Abel se arrebató de nueva cólera:

—¡Pretendían construirme sólo veinte departamentos en diez pisos! —exclamó—. Yo les dije cuarenta. Gracias a Dios, la cosa tiene remedio: hay que corregir los planos.

—Oiga —le replicó Schultze—, ¿quiere levantar una casa de hombres o una ratonera? ¿Olvida que también el cuerpo humano tiene su dignidad?

—Yo estudié con los curas —le refutó don Abel hipócritamente—. Y ellos me han enseñado a humillar el cuerpo.

—¡El cuerpo humano! —añadía Schultze—. ¡La residencia de un espíritu inmortal! ¡El aposento, bien que transitorio, de la divina Psiquis!

Don Abel ensanchó aquí el tórax, y en sus ojos vi animarse una luz fanática que me dejó vislumbrar la verdadera fisonomía de su demonio.

—¿Dije yo lo contrario? —repuso con ardor—. En todas mis casas, ¿no sacrifiqué los dormitorios, el comedor, la sala y el *office,* para conceder mayor anchura y lujo a ese templo de la dignidad corpórea que se llama Cuarto de Baño? ¿No he visto yo a media ciudad caer en éxtasis ante mis bañaderas empotradas, mis *bidets* aerodinámicos y mis *water closets* último grito? ¿No hice colocar frente a mis bañaderas un espejo de gran tamaño, para que mis inquilinos pudieran admirar hasta el último detalle de sus operaciones íntimas?

—Sí, sí —admitió Schultze—. Y espero que la ciudad agradecida sabrá erigirle una estatua ecuestre, en la que aparezca don Abel Sánchez de Aja Berija y Baraja montando un gigantesco bidet de bronce.

—¡He dicho que me retire usted el Berija y Baraja! —volvió a protestar don Abel.

—No voy a escamotearle su gloria —rezongaba Schultze—. Pero usted, ¡no lo niegue!, le ha robado al hombre su parcela de aire y su brizna de sol.

—En cambio, le di un quemador de basuras y una calefacción central.

—Que funciona por cuentagotas —refunfuñó Schultze—. Por otra parte, ¿y los niños? ¿Pueden vivir los niños en esa jaula de cemento?

El autodidacto abrió la boca y la mantuvo así durante algún tiempo, como si no lograra salir de su estupor.

—¿Niños? —exclamó al fin—. Pero, señor, ¿usted se cree todavía en la Edad Media? ¡Niños!

Me miró y miró a Schultze, como si debatiese una idea que no le cabía en el cráneo. Después volvió sus ojos a la obra inconclusa: la cara del autodidacto reflejó el olvido en que ya nos hundía, luego atención profunda, más tarde cálculo, finalmente indignación.

—¿Qué hacen allá esos brutos? —gritó, amenazando a las alturas—. ¡Más angostos esos cuartos de servicio!

Hecho una furia se lanzó escaleras arriba; volvió a correr de piso en piso y a saltar de andamio en andamio, esgrimiendo su puño en la nariz de fantasmales albañiles y vociferando entre los barrotes de su jaula.

No subimos a la loma ni visitamos otro edificio de los muchos que allá se levantaban. Torciendo a la izquierda nos metimos en un barrio de construcciones antropomórficas, muy desagradable a la vista, en el cual hormigueaba un pueblo de hombres que alguien había retorcido brutalmente hasta darles la forma de números: eran tan violentas las torsiones de aquellos cuerpos humanos, que todavía hoy, al recordar los hombres 3, creo sentir dolores en la columna vertebral. Y digo que los hombres números «hormigueaban», porque realmente salían de los recintos antropomórficos o entraban en ellos como las hormigas, en dos hileras y cargando sobre sus espaldas los más absurdos materiales. Nada me reveló Schultze de aquel barrio, aunque se lo pedí con insistencia. Y empezaban a ralear sus edificaciones, cuando, alzándose frente a nosotros, nos detuvo un cerco vivo de gran altura, trenzado con ramas espinosas, ligustros y enredaderas. Nos abrimos un rumbo a través de la muralla vegetal, y al salir de la misma se ofreció a mis ojos el más triste jardín que hayan contemplado jamás.

Árboles contrahechos erguían allí sus troncos de metal dorado, sus hojas de latón amarillo y sus flores de papel de chocolate; la misma estructura de pacotilla se observaba en los arbustos y hierbas del jardín, como asimismo en las avispas y mariposas que revoloteaban sin ardor entre cálices muertos, y hasta en los hongos gigantes que al ser tocados con el pie remontaban un vuelo de globo infantil, y aun en los Mercurios alados y Fortunas rodátiles erigidos a granel y modelados en cera o en jabón según las normas del más escandaloso *pompierismo.* Sin embargo, mi curiosidad no tardó en verse atraída por la mole de un palacete que se levantaba en medio del jardín y cuyo frontis descascarado y triste hacía juego con las demás construcciones del *Plutobarrio.* El astrólogo me hizo dar una vuelta en torno de la mansión, y entonces vi que cada una de sus cuatro fachadas respondía a un estilo diferente: al egipcio la del norte, al griego la del sur, al medieval la del este y al renacentista la del oeste.

—El arquitecto que planeó este bodrio —le dije a Schultze— tenía en la cabeza un mátete de padre y señor nuestro.

Pero el astrólogo, llevándose un índice a los labios, me ordenó que aguzara el oído. Así lo hice, y entonces advertí que desde el interior del palacio, como filtrándose a través de sus grietas, nos llegaba una música de instrumentos exóticos, cuya monotonía y lentitud me hizo evocar los acordes orientales del «Café Izmir», o algunos lamentos hebraicos que había oído yo por las noches en la calle Gurruchaga. Y como aquella mansión parecía estar sufriendo un dilatado abandono, sentí las comezones del miedo al concebirla sólo habitada por semejante música. En este punto Schultze me tomó de un brazo:

—Entremos —dijo, señalando la fachada griega.

Por uno de los intercolumnios llegamos hasta una puerta monumental que mi guía empujó sin ceremonias y que al abrirse comenzó a chillar ásperamente. Nuevos temores me habrían detenido en ella si Schultze, dándome un golpe con su hombro, no me hubiera lanzado violentamente al interior de la casa. Entré dando tumbos, trastabillé aún. Y cuando hube recobrado el equilibrio, me vi en un *hall* enorme, y dentro de un círculo de parejas que, al son de la referida música, bailaban como autómatas, sin gestos ni voces, bajo inmensas arañas de cristal en cuyos rotos y sucios caireles la luz agonizaba y moría sin alcanzar el suelo. Damas y señores, aquellos bailarines fantasmagóricos vestían de rigurosa etiqueta: el frac de los caballeros alternaba con los uniformes diplomáticos y militares, con el tul de las señoritas y el raso de las matronas; pero vestidos y adornos gritaban su antigüedad y ruina en vergonzantes ajaduras, desgarrones y apolilla-

mientos; y al observarlo me asaltó de pronto la inquietante sospecha de que todos aquellos figurones bailaban allí sin descanso desde hacía medio siglo. Busqué a Schultze, y lo hallé a mis espaldas.

—Mire la orquesta —me dijo sin excitación alguna.

Sólo entonces mis ojos abarcaron toda la sala: era, como ya referí, un inmenso *hall* que, según mis cálculos y pese a la lógica, debía de abarcar el edificio entero. La orquesta, instalada en un palco lateral, se componía de veinte músicos que ostentaban gauchescos chiripas de *satín,* chaquetas locamente bordadas, pañuelos multicolores y botas en acordeón: sin embargo, no era posible identificar al noble hijo de las pampas en aquellos músicos de nariz hebrea, dientes áureos, gruesos anteojos y color mortecino; por otra parte, sus manos oprimían, no el bandoneón o la guitarra, sino el salterio, la trompeta, el címbalo, la cornamusa y el pandero, con los cuales ejecutaban el aire lúgubre que habíamos escuchado ya desde afuera, pero que ahora se ordenaba en un tiempo de vals lentísimo a cuyo son los bailarines parecían girar eternamente.

Admiraba yo la escena, cuando se nos presentó un funcionario que lucía cierta cara verdosa de actor, el cual, a juzgar por un megáfono que traía a su diestra, desempeñaba sin duda el oficio de *speaker*:

—Don Moisés Rosembaum está visible —nos anunció—. Por aquí, señores. El guardarropas a la izquierda. Nuestro espectáculo comenzará en seguida.

Nos guió entre las parejas danzantes hasta ubicarnos frente a un rojo telón, primero de una serie que parecía encubrir distintos escenarios en torno de la sala. Miré a Schultze, vi la intriga en sus ojos; pero no tuve ocasión de hablarle, porque nuestro *speaker* se acomodaba ya el megáfono en la boca.

—¡Atención! —gritó en falsete—. ¡Atención!

Los bailarines quedaron inmóviles en sus puestos, cesó la música, el telón rojo fue descorrido y apareció detrás una escena cuyos personajes comenzaron a representar como fantoches no bien el *speaker* tomó la palabra:

—¡Señoras y señores! —dijo el hombre del megáfono (tenía una voz de truchimán antiguo, y recitaba en salmodia, subiendo y bajando el tono según las exigencias del texto) —. Asistiréis a una tragicomedia que no por ser contemporánea deja de tener una antigüedad casi mítica. El primer cuadro se desarrolla, como veis, en la sala de un inquilinato de la calle Warnes: una excitada concurrencia, moviéndose con discreción entre las máquinas de coser y las pilas de sobretodos, festeja, copa en mano, la circuncisión de los doce hijos que don Moisés Rosembaum debe a la magnificencia de Jehová. ¡Señores, ved a la derecha cómo el rabino, untado con el óleo de la sabiduría, cuenta el producto de su difícil arte! ¡Y ved a la izquierda (metido en su levitón de lustrina y empuñando la caña que, según dice, recibió de sus antepasados) al propio don Moisés Rosembaum, héroe y mártir de nuestra historia, cuyos ojos festivos y a la vez atentos parecen bendecir a los convidados y vigilar sus ademanes, por si se llevan algún cubierto! ¡Ah, señores!, poneos una mano en el corazón y decidme: ¿no os parece contemplar una estampa bíblica? A mí tampoco.

El *speaker* guardó silencio, se corrió el telón y aplaudimos fríamente. Luego, al son de la orquesta que retornaba el mismo aire musical pero en tiempo de *fox,* los bailarines reanudaron su danza, mientras el *speaker nos* conducía frente al segundo escenario.

—¡Atención! —volvió a gritar—. ¡Atención!

Se produjo un nuevo alto de bailarines y orquesta; y el telón, al descorrerse, manifestó el segundo cuadro:

—Señores —recitó el *speaker*—, según recordaréis, dejamos a don Moisés Rosembaum en un humilde conventillo de la calle Warnes. ¡Miradlo ahora en el estudio-biblioteca de la mansión que ha erigido él sobre los jardines de Palermo! ¡Ah, si os fuera dado mirar por los ventanales de su estudio, veríais humear alegremente las chimeneas de sus fabricas! Pero, decidme: ¿quiénes son esos doce mancebos unánimes

que sumergen doce narices idénticas en sendos libros, atlas y guías? ¡Son los doce hijos de don Moisés Rosembaum que, adiestrándose para la guerra, estudian códigos, itinerarios, estadísticas e idiomas! ¡Ved cómo el orgulloso padre los mira, no sin rascarse una barba que ha encanecido el tiempo y de la cual se desprende, no caspa, sino benevolencia en polvo! Y contestadme: ¿no os parece don Moisés un hombre al cabo de su ambición? ¿Sí? Pues, ¡cuidado entonces! Porque don Moisés Rosembaum, pese a su aire satisfecho, ya clava un ojo en los trigales del litoral y el otro en las reses del sur, pone ya una oreja en los quebrachales del norte y la otra en los yacimientos del oeste, con su fosa nasal derecha ya está husmeando los lagares de Cuyo y con la izquierda ya huele los trapiches de Tucumán. Pero, ¡atención! ¿Qué sucede ahora? ¡Los doce mancebos acaban de incorporarse! ¡Ved cómo siguen en un mapa el índice inquieto de don Moisés! ¡Ahora sacan a luz doce valijas asombrosamente iguales, se enfundan en doce perramus idénticos y se dirigen hacia los doce rumbos de la República! Telón.

Nuevos y fríos aplausos oyéronse al descender la cortina. Se movieron los bailarines al son de aquel aire sempiterno que ahora cobraba formas de tango; y otra vez los inmovilizó la salmodia del *speaker:*

—Señores —dijo—, el tercer escenario cuyo telón acaba de levantarse ante vuestras miradas atónitas os muestra el interior de un templo. ¡Mirad cómo, junto a la pila bautismal y ante serios testigos que al parecer conservan aún sus prepucios intactos, los doce hijos de don Moisés Rosembaum reciben el agua redentora como quien acepta un cheque dudoso! Ciertamente, los doce visten sus chaqués con bastante soltura (sacadles dos o tres anillos que sobran en sus manos, y estarían perfectos). Volved ahora vuestros ojos a don Moisés Rosembaum y sorprended esa mirada que, soslayadamente, ha puesto en el Crucificado. ¿La habéis visto? Pues bien, esa mirada es respetable: tiene dos mil años de antigüedad. Y me preguntaréis ahora: ¿qué ángel o demonio estará obrando en esa tribu? A lo que os responderé: ¡hum, a mí me da muy mala espina!

Calló el hombre del megáfono, se repitió el mismo juego de los bailarines y cesó al manifestarse la cuarta escena:

—¡Ah, señores! —recitó el *speaker*—. Si me veis agitar ahora, casi en vuestras narices, la siempre dulce antorcha del Himeneo, no creáis que mi corazón exulta de gozo. ¡He ahí la cuarta escena! Es el altar mayor de una basílica: los doce vástagos de don Moisés Rosembaum están contrayendo enlace con otras tantas niñas de nuestro gran mundo. Aristócratas venidos a menos, familias tronadas, linajes ilustres en bancarrota no han vacilado en sacrificar sus mejores capullos en aras de Mammón, si con tal nombre podemos rebautizar a don Moisés Rosembaum que junto al altar y trasudando angustias (¡oh, miradle!), desorbita sus ojos, tiende sus orejas y dilata sus fosas nasales, para comprobar si arden bien los cirios, si el incienso es de la calidad establecida en el contrato y si el organista no lo estafa en alguna corchea. Pero, ¡demonio! ¿No habéis advertido ahora una disminución en la luz? Es don Moisés Rosembaum que, disimuladamente, acaba de soplar sobre un candelabro: ¡el infeliz no puede con su genio! ¡Ah, señores, no creáis que mi corazón exulte de gozo porque me veáis encender ahora, casi en vuestras narices, la no siempre dulce antorcha del Himeneo!

El *speaker* se dirigió al quinto escenario, mientras bailarines y músicos volvían a su danza. Luego embocó el megáfono, alzóse la cortina y reinó el silencio:

—Bien, señores —dijo el *speaker*—. Henos aquí ante una escena que, sin esforzar la imaginación, nos evoca los escandalosos tiempos de Babilonia. ¡Ved la sala del festín, que no tardará en teñirse ante vuestros ojos con las tintas violentas de la saturnal! ¿Quiénes son esos anfitriones en cuya magnificencia parecen resucitar los asiáticos días? ¡Son los doce hijos y los ciento cuarenta y cuatro nietos de don Moisés Rosembaum, que festejan ahora el esplendor de la casa! ¿He dicho el esplendor? Mirad esas mujeres: ¿no son bellas como diosas paganas, y no hay en sus refinamientos ese «algo» doloroso que presentimos en la flor un segundo antes de su derrumbe? Mirad esos hombres: ¿no son estilizados como Ganimedes, y no se adivina en sus bizantinismos algo de ineluctablemente final? Señores, escuchadme: sin querer echármelas

de profeta, siento que un otoño invisible ya está gravitando sobre esa casa. ¡Qué importa! El vino corre a torrentes, bien que sin alegría: ya empieza la bacanal, y sus gestos se cumplen sin entusiasmo, como en una fría liturgia. ¡Pero, atención ahora! ¿No veis a ese anciano despavorido de ojos, revuelto de barbas y tambaleante de paso, que discurre y se agita entre los convivios y en el cual nadie repara? ¡Es don Moisés Rosembaum! Ha exhumado su antiguo levitón de lustrina y su gorro de astracán: ¡ved cómo su mirada enloquecida recorre la mesa del festín!, ¡y observad cómo, ante aquella dilapidación, se arranca mechones de barba, llora sin ruido y alza los brazos al techo, como si quisiese apuntalarlo! ¡Gran Dios!, ¿qué hace ahora? El desdichado, en su locura, se ha puesto a juntar las migajas de los manteles, a levantar las copas caídas y a recoger el vino que se derrama. ¡Pero nadie lo ve ni le oye, y en torno suyo crece la bacanal! ¡Atención, atención! ¡Ah, me lo temía! Don Moisés Rosembaum se detiene al fin: ha desgarrado la solapa de su levitón, revienta su boca en un grito salvaje y huye... ¡cielos!, ¿por dónde? ¡Por encima de las candilejas!

Aquí el *speaker* se turbó un instante, como si algo imprevisto acabara de suceder. Luego empezó a vociferar, ya sin megáfono:

—¡Eh, don Moisés, el mutis por el foro! ¡Vuélvase a la escena, don Moisés! ¡Qué embromar, esto no es un teatro de vanguardia!

Pero sus clamores ya eran inútiles: el telón acababa de caer sobre la bacanal, *y* los músicos, para disimular el contratiempo, retomaban con brío su tema único, disfrazado ahora de pericón, mientras que los bailarines, heridos de un súbito frenesí, se movían en ronda, zapateaban como energúmenes, reían y gritaban, haciendo flamear pañuelos blancos y celestes. En tanto, don Moisés Rosembaum cruzaba el salón y se dirigía contra el *speaker:*

—¡Derroche! —le gritó, señalándole la orquesta—. ¡Hay dos arpas y tres cornamusas de más!

Atropellando a los bailarines, corrió hacia el fondo; pero antes de abandonar la sala hizo girar un conmutador y apagó la mitad de las luces.

—Sigámoslo —me dijo Schultze con premura.

Ganamos la puerta del fondo y nos metimos en lo que parecía el interior de un escenario, con su telar, sus decoraciones y bambalinas, entre las cuales buscamos inútilmente al fugitivo. Cierta luz que se filtraba por debajo de una puerta nos atrajo al fin, y al empujar la hoja vimos una especie de sexto escenario en medio del cual don Moisés Rosembaum se hallaba de pie y tan inmóvil como una figura de yeso: la *luz* de un reflector, ciando brutalmente sobre su cabeza, destacaba sus ojos áridos, su nariz rampante y la dura caja de su boca, la cual se abría para canturrear el mismo aire lúgubre de la orquesta, pero ya restituido a su verdadero tono de maldición o elegía.

Lo abandonamos a su terrible soledad y salimos de aquella mansión por su fachada egipcia. Eran tantas las imágenes, personas, escenas, músicas y voces contempladas u oídas por mí hasta ese instante, que todas ellas, entretejiéndose ahora en un loco bailoteo, empezaban a confundirme la memoria y a fatigarme la imaginación. A ello se unía el cansancio físico del viaje; porque no dejaba yo de reconocer en mis huesos que, si el Helicoide schultziano era generoso en fantasías, no lo era ni con mucho en transitabilidad. No es extraño, pues, que yo manifestara un interés desmayadizo cuando el astrólogo, fresco aún como una rosa, me señaló algunas construcciones geométricas que se alineaban en lo que me pareció el tramo final de la espira. Eran grandes cilindros, conos, esferas, ovoides y cubos pintados de rojo, amarillo y negro (colores litúrgicos del diablo), cuya pulcritud habría llamado mi atención si no la hubiera tenido yo en menguante.

—Sufre aquí —me dijo Schultze— una subespecie humana reconocidamente nauseabunda: es la de los intermediarios, acaparadores y otras alimañas por el estilo, que, instalándose entre el productor y el consumidor, saquearon al uno y al otro mediante una sutil cadena de especulaciones, trampas, astucias y escamoteos. Los verá en aquel cilindro rojo, metidos en el fango hasta la verija y cubiertos de sanguijuelas.

—Muy equitativo —le respondí yo bostezando. Pero me negué a entrar en el cilindro rojo, y encaminé mis pasos hacia la salida.

—En este cono amarillo —insistió Schultze, aparejándoseme— viven los que, alarmados ante una gran cosecha y con el afán de mantener los precios en su elevación usuraria, quemaron silos desbordantes, arrojaron al Paraná toneladas de fruta, e hicieron correr el vino por las acequias de Mendoza, el año aquel en que todos los burros de la provincia se emborracharon contranatura.

Pese a mi fatiga, las últimas palabras de Schultze me hicieron vacilar un instante junto al cono amarillo:

—Vea —le dije—, mis antepasados fueron entusiastas bebedores (a veces me pregunto si mi árbol genealógico no será una parra). Y creo que todos ellos gozarían al ver, por mis ojos, la tortura que sufren aquí esos profanadores del vino.

—Los he puesto en un lagar —se apresuró a tentarme el astrólogo—, donde pisan eternamente uvas podridas, al son de un violín agrio, rechinante, diabólico, rascado por cierto violinista sanjuanino, Vargas de nombre y tuerto de condición, el cual, de pie sobre un barril y con Mandinga en el cuerpo, ejecuta día y noche su estúpido Malambo de la Cabra Tetona. ¡Entre y vea!

Pero yo estaba rabiando por abandonar aquella espira:

—¡Gracias! —le contesté—. No me gusta el violín solo, y me revientan los tuertos.

Inicié un paso vivo que mucho tenía de fuga; y Schultze, alargando el suyo, volvió a la carga:

—En ese ovoide negro —me dijo— están los comerciantes que usaron la uña larga y el metro corto. Entre, y los verá pesar un infinito de materias fecales, en balanzas tan mentirosas como sus sonrisas.

—¡No ahora! —volví a negarme, tomando al trote la curva final.

Schultze trotó a su vez, e insistente como un tábano me zumbó al oído:

—¡No se pierda lo mejor del arrabal! Entremos en ese cubo, y le mostraré a los avaros de comedia y literatura, los que no fueron músicos por no dar en la tecla, los que se guardaron del frío por no dar diente con diente, los que por no dar el último suspiro estuvieron en trance de inmortalidad, los que ni siquiera se dieron a todos los diablos, los que fueron tan devotos que para ellos todos los días fueron de guardar, los que sólo adoraron al Ángel de la Guarda, los que se volvieron mudos por no hacer el gasto de la conversación, los que no gastaron bromas ni fueron por sendas gastadas ni se llamaron Gastón, los que...

—¡Basta, basta! —le grité yo, pasando del trote a la carrera.

Pero Schultze, corriendo a su vez como un galgo, no tardó en alcanzarme:

—¡Oiga! —jadeó—. Los he metido en sucios gallineros y sentado en asquerosos nidales, donde incuban eternamente sus bolsas de oro, moqueando de calentura, chorreantes de lagaña, comidos de piojos, llenos de flato y víctimas de la más terrible cluequera.

Estábamos en este punto (él describiendo, yo rezongando y los dos corriendo a más y mejor), cuando vi al frente la puerta de salida, que por ser de avarientos y no dar paso comenzó a estrecharse y reducirse a medida que nos acercábamos. Me lancé contra ella, resuelto a franquearla de cualquier modo, así fuese por el ojo de la cerradura; pero en aquel instante me sentí atrapado y cautivo de alguien que me llevó a empujones hasta una mesa de comisaría, frente a la cual se hallaba un duro banco en el que se me sentó a la fuerza. El astrólogo Schultze, igualmente preso, no tardó en ocupar un sitio a mi lado; y sólo entonces vi, *no* sólo a los dos energúmenos que nos habían dado caza, sino también al hombre que, detrás de la mesa, parecía estudiarnos atentamente, mientras aseguraba en su cráneo una llamativa corona de latón.

—¿Por qué me traen a éstos? —preguntó al fin el hombre de la corona.

—Evadidos —contestaron a una los dos energúmenos—. Ya estaban a diez metros de la puerta.

—¡Mienten! —gritó Schultze, levantándose de su asiento.

Un fuerte chorro de luz nos iluminó desde lo alto: el astrólogo volvió a sentarse, me miró y le devolví la mirada. Entonces vimos patente la razón de nuestra captura; porque uno y otro, a la luz del fanal, nos miramos cubiertos de aquel polvo amarillo que tanto abundaba en el *Plutobarrio y* que, ciertamente, nos hacía idénticos a los ricachones que lo habitaban.

A partir de aquel instante se confunden mis recuerdos: el cansancio que ya traía, unido al de mi carrera final y a la tentadora invitación del banco, me sumieron de pronto en cierta modorra que, iniciándose en un irresistible caer de párpados, terminó sin duda en el ronquido. Con todo, me parece recordar que, antes de dormirme yo enteramente, Schultze, dirigiéndose al hombre de la corona, le afirmaba que «por ser él quien era» tenía derecho de tránsito en aquel infierno; que el hombre de la corona le respondía: «sos un mentiroso y un maula»; y que Schultze, más ofendido por el tuteo que por el insulto, le preguntaba «cuándo habían comido mazamorra en el mismo plato». Sólo más tarde, y por boca del astrólogo, conocí el final de la incidencia: el hombre coronado, que resultó ser el rey Midas, famoso plutócrata venido a menos, le exigió a Schultze que respondiese a un interrogatorio si quería demostrar su condición de no evadido y salir de aquella espira con armas y bagajes. Aceptó Schultze, rindiendo un examen que, según me aseguraba él después, resultó un dechado de pedantería por ambas partes.

—¿Cree usted —le había preguntado el señor Midas— que las iniquidades y despojos cometidos por la llamada clase burguesa, o tercer estado, aconsejarían su amputación del cuerpo social?

—No, señor —había respondido Schultze—. Porque, al llamarla «tercer estado», ya decimos que figura entre otros y en tercer lugar. Ahora bien, toda clase o estado es órgano de una función social distinta pero igualmente necesaria; y si eliminásramos una clase nos quedaríamos sin una función.

—Diga usted cuál es la función del tercer estado.

—La de producir la riqueza material —dijo Schultze—. Y reconozcamos ahora que los feos burgueses han nacido con esa vocación: ellos descubren manantiales de abundancia donde la mayoría de los hombres no veríamos ni una hierba.

—Eso es más bien un elogio —repuso el señor Midas—. Entonces, ¿qué debemos reprocharles?

—No quiero insultar su inteligencia —le contestó Schultze— recordándole que un órgano corporal, verbigracia el estómago, al cumplir su función lo hace en beneficio del cuerpo total, de cuya salud y conservación dependen las suyas propias.

—¡Esa comparación ya se cae de vieja! —rezongó Midas con bastante desdén.

—Es vieja, pero no se cae —le retrucó Schultze—. Porque si la burguesía es el órgano nato de la función económica, debiera cumplirla en beneficio de todo el cuerpo social.

—¿Qué ley se lo exige?

—Muchas —dijo Schultze—. ¿Admitiría usted que los burgueses son hombres?

—¡Hum! —gruñó el de la corona, sin comprometerse.

—Si son hombres —argumentó Schultze—, están sujetos a la gran Ley de la Caridad o Inteligencia Amorosa; y deberían cumplirla voluntariamente, haciendo que la riqueza, fruto de su vocación, llegase a todos los hombres que no la tenemos.

—Pero no la cumplen —dijo el señor Midas—. Luego, no son hombres.

—Admitamos que sean brutos —insistió el astrólogo—. Si lo fueran, obedecerían al instinto de la propia conservación, haciendo que los bienes materiales llegaran a todo el cuerpo social y lo fortalecieran. Porque la conservación de un órgano está supeditada, como dije antes, a la conservación del organismo total.

—¡Y dale con el órgano! —volvió a refunfuñar el señor Midas—. Los burgueses tampoco siguen el instinto de la propia conservación. Luego, ni siquiera son brutos. ¿Qué son entonces?

—¡Esa es la madre del borrego! —suspiró Schultze—. Cada estado social o clase tiene una virtud y un vicio en oposición: si su virtud puede más que su vicio, la clase obrará conforme a la justicia; de lo contrario, su vicio no tardará en llevarla por el declive de la iniquidad. En el tercer estado, a la virtud de producir la riqueza se opone una inclinación fatal hacia el egoísmo y la usura. Por eso Brahma (¡loado sea mil veces!), entendiendo que el burgués, librado a sí mismo, no acataría ley alguna, lo ubicó en el tercer lugar de la jerarquía, para que los dos estados superiores lo gobernasen con mano enérgica.

—¡Un cuerno! —dijo aquí el señor Midas—. ¡Arroje una mirada sobre la ciudad presente, y dígame si la clase burguesa ocupa el tercer lugar!

—¿Qué? —le preguntó Schultze—. ¿Encuentra usted que se ha ubicado en otro?

—En el primero, exactamente.

—¡Ahí lo quería! —exclamó entonces el astrólogo—. Si el tercer estado es hoy el primero, quiere decir que, a través de la Historia, se ha cometido una doble usurpación.

Schultze me contaba después que sólo en este punto el hombre de la corona lo había mirado con algún respeto.

—Bien —le dijo el señor Midas—. Refiérame con gracia, concisión y brevedad la historia de ambas usurpaciones.

—Sabido es —expuso el astrólogo— que Brahma (¡loado sea mil veces!) distribuyó a los hombres en cuatro clases, estados o jerarquías: la primera es la del metafísico Bracmán, que por conocer las verdades eternas ejerce la función sutilísima de conducir a todos los hombres ya en la vía terrestre ya en la celeste; la segunda es la del aguerrido Chatriya, cuya vocación es la del gobierno terrestre y la defensa militar; la tercera es la del adiposo Vaisya, el burgués, que tiene la función de crear *y* distribuir los bienes materiales; y la cuarta es la del transpirado Sudra, que nació de los pies de Brahma (¡loado sea mil veces!). Cuando todas las clases guardan fidelidad a su vocación y se mantienen en su jerarquía, el orden humano reina, y la justicia tiene la forma de un toro bien asentado sobre sus cuatro patas.

—¡Epa, señor! —le dijo Midas—. ¡No me salga con ese balazo metafórico!

—Pero, ¡ay! —continuó Schultze—. *Errare humanum est. Et nunc, reges, intelligite: erudimini quijudicatis terram.*

—¡Señor, señor! —volvió a reprenderlo Midas—. ¡Exponga con llaneza! ¿O ha olvidado que se dirige al gran público?

—Decía —sentenció Schultze— que no hay bien que dure mil años. En lo mejor se da vuelta la taba, y, tras de suerte, culo; porque nunca falta un buey corneta, y el mundo es una bola que rodando *y* rodando... Bien, imaginemos a las cuatro clases jerarquizadas y en paz: ¡Oh, armonía fructuosa!, ¡oh, equilibrado júbilo! Pero, ¿qué ocurre de pronto? ¡El aguerrido Chatriya lanza la piedra del escándalo!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—La virtud esencial del Chatriya —contestó el astrólogo— es la del gobierno terrestre y la defensa del estado; su vicio correspondiente es la sensualidad del poder, el orgullo de las armas y la sed de conquista. Por eso está subordinado al metafísico Bracmán, que le aconseja prudentemente: «No te metas a loco», «Ahí se te fue la mano», «Acordate que hay un Dios arriba y que te pedirá cuentas de las burradas que haces aquí abajo». Pero llega una hora en que Chatriya no puede más con el genio: harto de oír los rezongos del viejo, decide tenderle la cama; y se la tiende, no más, insubordinándose contra el viejo y escamoteándole la primera jerarquía. Para eso ha contado con la ayuda de Vaisya, el burgués, que también lo tenía entre ojos al Bracmán, porque el viejo lo cargoseaba no sé con qué aburrido sermón sobre la avaricia.

—Exacto en el fondo —aprobó el señor Midas—, aunque vulgar en Li forma.

—No se olvide que me dirijo al gran público —le recordó Schultze venenosamente.

—Sea. Ya tenemos a Chatriya en el primer plano. ¿Qué sucede luego?

—¡Ay! —respondió Schultze—. Ya sin freno y librado a sus malas inclinaciones, Chatriya no tarda en mostrar la hilacha: empezó en héroe de la noble y amorosa caballería, y acaba en conquistador injusto; era un rey ecuánime, y termina por hacerse déspota; su austeridad antigua cede paso al orgullo del mandón, y su desnudez heroica se viste al fin con el pesado y rico sobretodo de las glorióla terrenales. ¡Claro está que todo ese lujo le cuesta un platal! ¿Y a quién puede acudir Chatriya en busca de dinero, a quién sino al acaudalado Vaisya? Pero Vaisya, el burgués, profesa un tierno amor a sus doblones: con el llanto en los ojos ve la hemorragia creciente de sus bolsas. Y llorando se dice: «¡Para esto lo ayudé a ese generalote!» Andando el tiempo, Vaisya deja de llorar y reflexiona: «Si el Chatriya, con mi ayuda, se lo fumó al Bracmán, ¿no podría yo fumarme al Chatriya, con una manito que me diera el Sudra?» La idea es tentadora, y cuanto más vueltas le da Vaisya más le va gustando. Al fin entra en conversaciones con el transpirado Sudra, le promete el oro y el moro; y al verlo convencido espera una ocasión favorable. Entretanto, aparcero, ¡viera usted en lo que ha venido a parar Chatriya! Harto de batallas y honores, vive ahora en su palacio: se ha vuelto trasnochador, parrandero *y fifi;* el champán y las mujeres le hacen perder los estribos; ya no usa el casco marcial, sino la peluca rizada*;* las guerras ahora no le dicen ni fu ni fa, y en cambio se muere por los bailongos carnavalescos. ¡En fin, amigazo, una porquería de hombre! Y Vaisya, que no le saca el ojo de encima, en cuanto lo ve débil y afeminado lo chacotea primero, se le encocora después, y termina por degollarlo sin más vueltas. Desde entonces Vaisya es dueño de la situación y engorda en la primera jerarquía, *quod erat demostrandum.*

—No está mal —dijo aquí el señor Midas.

Y agregó ponzoñosamente:

—Aunque su exposición acuse lecturas recientes de cierto metafísico galo...

Al oír aquellas palabras, el astrólogo enrojeció visiblemente, y no de vergüenza, según afirmaba luego, sino de justa indignación.

—Vea, señor —le dijo tartamudeando—, si utilicé un esquema de otro, ¡y nada más que un esquema!, lo he revestido en cambio de una carnadura bastante original. Por otra parte, ahora viene lo de mi cosecha.

—¡Hum! —repuso el hombre coronado—. ¿Hay más todavía?

—Falta extraer la médula del asunto —respondió Schultze—. ¿Cree, por ventura, que yo me habría metido con el Vaisya, si ese burguesote se hubiera limitado a quedarse con los cuatro pesos de la comunidad?

—¿Qué otro delito le reprocha?

—El de haber impuesto universalmente su grosera mística.

—Aclare, señor, aclare —le dijo el de la corona refunfuñando.

—Sólo el viejo Bracmán —aclaró Schultze— posee la mística verdadera, la que deben seguir todos los hombres, cada uno según sus límites. Pero Chatriya, Vaisya y Sudra tienen, además, una mística propia, un culto privado que nace de sus íntimas y diversas inclinaciones. Así, por ejemplo, Chatriya rinde culto a lo heroico en sus dos cifras: el honor y el valor. La mística de Vaisya es un pragmatismo agudo que tiende a glorificar la materia y lo material en su cifra única: el oro. Sudra, por su parte, rinde culto al trabajo manual y a las técnicas de sus oficios. Cuando todas las clases están ordenadas y actúan conforme a la equidad, las tres místicas particulares, respondiendo simbólicamente a la mística universal, son tres actitudes humanas diferentes o tres formas de oración dirigidas al mismo Absoluto. Es entonces cuando Brahma, satisfecho, esboza una sonrisa de noventa grados.

—¡Asombroso! —bostezó casi el señor Midas.

—Pero —concluye Schultze— no bien una clase inferior usurpa la primera jerarquía, impone su mística particular al mundo, y al universalizarla traduce a ella todos los valores humanos. —¿Por ejemplo?

—Cuando reina Bracmán, el acento de la vida cae sobre lo religioso, y la tabla de valores humanos se construye sobre lo espiritual; cuando reina Chatriya, el acento recae sobre lo político, y al hombre se lo mide por su nobleza, honor y valor; ahora que reina Vaisya, el acento recae sobre lo económico, y el hombre es medido por su libreta de cheques. El Bracmán decía: «En el principio es el Ser»; Chatriya dijo luego: «En el principio es la Acción»; y Vaisya dice ahora: «En el principio es la Materia». Bracmán hizo guerras de cruzada religiosa y Chatriya guerras de imperio; las de Vaisya son actualmente guerras económicas. En cuanto al arte...

—Suficiente —le interrumpió el de la corona—. Si no recuerdo mal, dejamos a Vaisya dueño de la situación. Descríbamelo ahora en tren de imponer su mística.

—Dije ya —obedeció Schultze— que la mística de Vaisya tiende a glorificar el oro. Pero Vaisya no carece de algunas nociones teológicas, y en trance de imponer su mística se dice: «El oro es mi dios, y siendo un dios es necesario que yo lo haga invisible.» Sin más ni más Vaisya encierra su oro en recintos subterráneos *y* en cámaras blindadas. Pero se dice luego: «Ya que los fieles no verán a mi dios, que al menos vean sus imágenes.» Entonces crea los billetes de banco y los ofrece a la veneración de la feligresía. Con todo, Vaisya no está satisfecho, y dirigiéndose a la respetable Arquitectura le dice: «Tú que has levantado catedrales para el Bracmán y fortalezas para el Chatriya, levántale ahora un templo a mi dios.» La respetable Arquitectura obedece, y construye un Banco monumental sobre la fosa en que Vaisya enterró su oro. Luego Vaisya, el burgués, se declara Sumo Pontífice de su dios, y entre su dios y los fieles interpone un ejército de sacerdotes con mangas de lustrina. Por último, recordando que el Bracmán tenía una liturgia sagrada y el Chatriya una liturgia caballeresca, Vaisya no quiere ser menos, e inventa un minucioso rito bancario que usted conocerá sin duda.

—¡No, desgraciadamente! —dijo el examinador—. Y créame que daría la mitad de mi corona por ver a ese animal de Vaisya oficiando su liturgia.

—No le sería fácil verlo —contestó Schultze—. Porque Vaisya, como pontífice, reina en un Vaticano de cemento, donde, con un puro en la boca, se complace en dictar encíclicas financieras a sacerdotisas estenógrafas no menos bellas que huríes del paraíso. El muy bribón, que tanto envidiaba los esplendores del Bracmán y el Chatriya, no se ha quedado corto en materia de boato; pero, en su grosería fundamental, hace un uso profanatorio de las cosas. Por ejemplo: hizo tapizar los sillones de su comedor con las viejas y doradas casullas del Bracmán; envidiando las coronas y escudos nobiliarios del Chatriya, Vaisya los hace grabar ahora en las marcas de fábrica de sus jabones, inodoros, casimires y otras chucherías; sobre el escritorio de Vaisya se pueden ver dos raros incunables lujosamente encuadernados, pero si usted los abre descubrirá que sus hojas han sido cortadas para dejar sendos huecos donde Vaisya esconde sus cigarros y su botella de whisky. Con el pergamino de un antifonario medieval, Vaisya hizo construir los *abat-jour* de su dormitorio; y...

—¡Basta, basta! —dijo aquí el señor Midas, riendo por vez primera.

Y Schultze contaba luego que sólo a partir de aquel punto el hombre coronado había depuesto su tiesura de examinador. Pero volvió a decir:

—Me parece difícil que Vaisya, el burgués, haya impuesto su mística sólo con deificar su oro, levantarle un templo y dotarlo de una liturgia.

—No se olvide —repuso Schultze— que Vaisya es el productor nato de la riqueza material, y que desde su ascenso al poder es dueño absoluto de hacerla refluir a su antojo. Los cortesanos y aduladores no tardan en multiplicarse a su alrededor; y Vaisya, que ha frenado su lengua durante siglos, la suelta para decirles: «Señores, por mi parte, confieso que nunca digerí la charla metafísica del Bracmán: nos ha venido asustando con ese cuco de su Dios, pero ya somos hombrecitos, y basta de humo. En cuanto al alma inmortal, el facultativo que me cura el estómago dice que la buscó inútilmente, bisturí en mano. ¿Qué nos queda en-

tonces? Nos queda un solo mundo, una sola existencia y un solo cuerpo que usufructuar. Sentémonos, pues, al banquete de la vida; pero recordad que sólo mi dios paga los cubiertos, y que yo soy el Sumo Pontífice de un dios tan amable. Y en cuanto al Chatriya, no le creáis una palabra: su mística del vivir peligroso es insalubre y va contra los principios que acaba de dictarnos la diosa Razón. Pero, si el militarote se obstina, dejémoslo: puede sernos útil el día en que nuestros competidores nos disputen algún mercado.» Así dice Vaisya, el burgués.

—¡Y me parece oírlo! —exclamó el hombre de la corona.

—Después —concluyó tristemente Schultze— vendrán los filósofos, los políticos y los economistas que darán a las ideas de Vaisya un estilo literario. Y así vendrán los realismos ingenuos, los materialismos históricos, los hedonismos a granel, etc., etc.

—¿Y cuál será el fin de Vaisya? —preguntó aún el examinador.

—No soy poeta—le respondió el astrólogo—. Pero tiene dos finales posibles. Recuerde que Vaisya, cuando necesitó al Sudra, le prometió el oro y el moro, ahora bien, lejos de cumplir sus promesas, lo ha sometido a un régimen de servidumbre que Sudra no conoció jamás; y no sería raro que Sudra, levantándose contra Vaisya, le tendiese a su vez la famosa cama. También es posible que Chatriya, regenerado en la penitencia, recuerde su vocación y reconstruya el orden primero. Sea lo que fuere, lo decide y esta bien.

Con esta reflexión el astrólogo Schultze dio fin a su examen; y según refiere aún a todo el que desea escucharlo, el señor Midas lo felicitó calurosamente. Luego, con gran calor, el hombre de la corona ordeno a los dos energúmenos que facilitaran al señor despierto (Schultze) y al ente dormido (yo) una salida honrosa de aquel circulo infernal, orden que los dos energúmenos cumplieron no menos calurosamente.

Y si he añadido este largo examen a mi narración, es porque Schultze, en su infinita modestia, me ha garantizado que se cifra en él lo más grande que se haya ducho en filosofía de la historia.

IX

Lector amigo, si yo necesitara justificar la sueñera que se apoderó de mi en el cuarto infierno de Schultze, te recordaría cien ilustres antecedentes registrados en otras tantas excursiones infernales. Alighieri, con ser quien era, durmió no poco en la suya; y si el carácter metafísico de su viaje nos permite asignar un valor simbólico a las siestas de aquel bardo, podemos decir que Alighieri durmió en el lugar y hora debidos. Menos afortunado, realicé yo un descenso infernal sin proyecciones teológicas; y no dormí cuando hacerlo debía, sino cuando humanamente pude. ¡Bien dichoso eres tú, lector, que, sin obligaciones metafísicas ni otro cuidado alguno, puedes hacer tu siesta en cualquier página de mi verídica historia!

Cuando a los sacudones que me daba el astrólogo desperté al fin, y cuando hube cumplido el ritual de bostezos con que anunciamos nuestra resurrección a este mundo de tres dimensiones, me vi en lo que debía de ser el umbral o antesala del quinto infierno. Entonces recordé la empresa en que Schultze me había metido, y no logré ocultar mi desilusión:

—¡Lástima! —dije, volviéndome al astrólogo—. Soñaba que nos encontrábamos Franky Amundsen y yo en el sótano del «Royal Keller», ante grandes copas de vino Mosela. Tan vivo era mi sueño, que dudo ahora sobre qué tiene más realidad, si este disparatado Helicoide o aquella copa de vino que yo saboreaba en el sótano.

—Son dos planos distintos de una misma realidad —me contestó Schultze—. Y usted, con una de las tantas maneras de manifestarse que tiene su ser, ha tomado realmente una copa en el sótano. Déla por tomada, *y* veamos qué hacemos ahora con ese miércoles de dragón.

Atento a sus palabras finales, me callé la objeción que ya tenía en la punta de una lengua cuya sequedad era el mejor argumento contra la teoría del astrólogo. Y como el sueño que yo acababa de abandonar había restaurado mi fuerza corporal y la frescura de mis sentidos, eché una mirada en torno, resuelto a explorar lo que aún quedaba del Helicoide schultziano hasta en sus menores recovecos. Nos hallábamos frente a una pared grisácea, de altura indefinida, y bajo cierta luz acuosa de gruta o bosque: lo primero que atrajo mi atención fue una puerta giratoria de tres batientes, igual a la que usan en invierno las grandes casas de negocio, la cual, metida en un hueco de la pared, comunicaba, sin duda, el *hallen* que nos encontrábamos con el quinto círculo infernal. Confieso que semejante puerta, ubicada en tan extraordinario sitio, me pareció entonces fuera de lugar y hasta ridícula. Pero no tuve tiempo de manifestar esa observación, porque me sobresalté de pronto al descubrir el inusitado animal que junto a la puerta nos vigilaba estrechamente. Diré que tenía forma de dragón, pero, si lo era, resultaba un dragón enano, agradable a la vista y sin la maquinaria de terror que solemos atribuir a ese linaje de bestias: fríos y lustrosos colores de mayólica brillaban en su cuerpo, el cual, limpio de viscosidades y hedores legendarios, aparecía cubierto de ojos hasta la punta de la cola, y no en trance de parodiar un Argos cualquiera, sino más bien como expresión de cierto afán decorativo. Sin embargo, lo más notable del monstruo era su jeta ilustrada por dos ojitos exentos de toda crueldad, bien que chisporroteantes de malicia, y por una boca enorme que, sin diente ni colmillo alguno, sonreía de oreja a oreja; todo lo cual, a mi juicio, lo declaraba dragón alegre y buena persona. El animal nos vigilaba, pues, y nos sonreía; y, al hacerlo, agitaba suavemente la cola, no sin remover ciertas bolitas fecales de un color verde aceituna que, al entrechocarse, dejaban oír un tintineo cristalino. Ahora bien, yo sabía, por una parte, que todo buen dragón está destinado a la custodia de algún acceso prohibido; y no ignoraba, por la otra, que aquel dragón era el animal totémico de Schultze. Bastante indeciso, me dirigí entonces al astrólogo y le pregunté:

—¿Qué debemos hacer con el bicho éste?

—Si no hubiera descuidado sus lecturas clásicas —me respondió—, sabría que a un dragón, en este caso, hay que adormecerlo profundamente.

Miró en torno suyo con repentina inquietud:

—¡Gran puta! —rezongó—. ¿Dónde habré guardado mi arsenal de hipnóticos?

Se dirigió rápidamente hacia un ángulo del vestíbulo, y no tardó en regresar con una brazada de librotes, folletos y diarios que depositó en tierra. Eligió allí el material que le pareció más adecuado; y, plantándose luego frente al dragón, se puso a leerle algunos fragmentos de lo que identifiqué al punto como literatura nacional. Pero la bestia (justo es reconocerlo) dio señales de soportar muy bien el castigo, ya que no abatió ni una sola de sus pestañas. Observando lo cual el astrólogo me dijo:

—Es un bicharraco de aguante. Ahora recítele usted alguno de sus poemas.

Obedecí, haciendo llover sobre el dragón un pavoroso diluvio de metáforas; y tuve la suerte de observar que los párpados del monstruo se abatían un instante como vencidos de un sopor irresistible. Desgraciadamente, la bestia no tardó en recobrarse: me sonrió con extremada ternura y movió la cola en señal de regocijo. Entonces Schultze, que ya se impacientaba, decidió acudir a los recursos extremos, y encarándose con el dragón sonriente le leyó noventa páginas del Código de Minas, toda la serie de los Fernández incluidos en la Guía Telefónica, un Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, tres editoriales de *La Prensa,* el Digesto de Instrucción Pública, una Memoria de la Junta de Historia y Numismática y el Balance de los Ferrocarriles del Estado. ¡Gran Dios, el efecto de aquellas lecturas pronto se hizo visible! Cariacontecido, rompiéndose a bostezos, claudicante de ojos y laxo de músculos, el dragón sonriente dejó de serlo para entrar en el más hondo letargo. Schultze le dio entonces algunas patadas; y como advirtiera su absoluta inmovilidad:

—¡A la puerta! —me gritó con innecesario apremio—. ¡A la puerta!

Salté por encima del animal dormido; y arrojándome contra los batientes de la puerta les comuniqué un raudo movimiento giratorio que me arrastró con él hasta lanzarme dentro de la nueva espira. Y aún no había logrado estabilizar en ella mis talones, cuando una racha brutal, golpeándome de frente, me arrojó contra la pared, se llevó mi chambergo aludo (¡ay, para siempre!) y me alborotó la melena sobre los ojos. Enceguecido y tambaleante, oí, empero, la voz de Schultze que me aconsejaba:

—¡Agárrese de la soga!

La busqué a tientas, pero no la habría encontrado sin el auxilio del astrólogo que, siguiéndome de cerca, no descuidaba ni un solo instante sus deberes de introductor y guía. Sólo entonces, aferrado a la soga y sacudido por incesantes ráfagas, pude vislumbrar algo del quinto infierno: era una llanura sin verdor que parecía extenderse hasta el horizonte, y en cuyo aire, atmósfera o cielo planeaban, ascendían o bajaban seres humanos en forma de globos, plumas, barriletes y otros objetos volátiles por el estilo, todos los cuales, en alas de vientos encontrados, parecían sufrir continuas agitaciones y desplazamientos.

—¡No está mal instalada la Pereza! —me dijo el astrólogo—. Los cuatro vientos cardinales soplan día y noche sobre la llanura: cada uno de los vientos cumple la obligación de recorrer hacia su derecha un arco de noventa grados, más o menos, de modo tal que los haraganotes aquí presentes no conozcan un solo instante de reposo.

Calió de súbito, y pareció escuchar algo en la lejanía. Luego me tiró violentamente contra la pared, y él mismo se adhirió a ella como una ostra.

—¡Cuidado! —me gritó—. ¡Ahí llega el Viento Sur que se las pela!

El astrólogo no había dado fin a su grito de alarma, cuando vi al Pampero que se nos aproximaba a toda carrera, desnudo el cuerpo de bronce, colgantes y zarandeados los órganos viriles, estremecido el tórax, revuelta la barba *y* tumultuosos los cabellos, entre los cuales ardían flores de cardo azul y ondulaban plu-

mas de flamenco rosado: el gigante, al soplar, hinchaba sus mofletes y desorbitaba sus ojos; y tan bella me pareció la imagen de aquel viento de la patria, que a punto estuve de gritarle, como el poeta:

¡Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro suelo!...

Pasó junto a nosotros, haciendo temblar la tierra bajo sus talones; y apenas lo vio alejarse, Schultze me hizo cruzar la estrecha pista del Viento. Sin abandonar la soga de marras (que sin duda circunscribía todo el ambiente infernal y se ramificaba en su interior para uso de los viajeros), nos internamos en una zona que el astrólogo, con la mayor sangre fría, me declaró ser la de los *Homobarriktes*: en aquel pedazo de atmósfera, sujetos a la tierra por fuertes hilos, innumerables esquemas humanos que asumían las diversas formas del barrilete infantil cabeceaban en el aire violento, subían al cénit o bajaban de pronto, con un alegre restallar de flecos multicolores y un vivo meneo de colas de trapo. Seguía yo sus caprichosas evoluciones, cuando vi que dos de aquellos barriletes humanos, como si se hubieran enredado entre sí, describían una vertiginosa curva descendente hasta clavarse a nuestros pies. Se incorporaron al punto, riendo como locos, abrazándose y entrelazando sus flecos: eran un flaquísimo «papagayo» y una «bomba» octogonal muy rozagante: el «papagayo» reía con grave tono de trombón, la «bomba» reía con agudo timbre de clarinete. No bien disminuyeron los transportes de aquella hilaridad, «papagayo» y «bomba» echaron una mirada en torno; y, al vernos, estallaron en nuevas carcajadas.

—Pero, ¡si es él! —dijo el de la risa-clarinete, con voz de clarinete.

—¡El brujo de Saavedra! —exclamó el de la risa-trombón, con acento de trombón.

No dudé que los *homobarriletes* se referían al astrólogo:

—¿Quiénes son esas dos alegres caricaturas? —le pregunté.

—El dúo Barroso y Calandria—me respondió Schultze—. Dos presupuestívoros de Obras Públicas. Ciento noventa pesos nominales que...

—Che, brujo —le interrumpió Barroso, el «papagayo», sin dejar de reír—. ¡Dame una fija para las carreras del domingo!

El astrólogo miró a uno y otro con dolorida severidad:

—¡Eso sí —les dijo—, carreristas y milongueros! Y debiéndole a cada santo una vela.

—Pero, ñato —arguyo Calandria en tono lastimero—, la vida es corta, y hay que gozarla.

—¡Sin dejarse ver por la oficina! —continuaba gruñendo Schultze—. Metidos tarde y noche en el café «Ramírez» de Saavedra, cuerpeándole al sastre, y engominados hasta el delirio. Agarrándose a trompadas en los partidos de fútbol, o colándose sin pagar en los bailes de la «Unione e Benevolenza».

—¡A veces *formábamos*! —protestó Calandria.

—Sí —admitió Schultze—. Pero antes de hacerlo se plantificaban una hora en el vestíbulo del salón, para estudiar el elemento femenino que iba entrando y resolver si valía la pena de sacar la entrada.

Barroso, el «papagayo», lo interrumpió aquí con un gesto de su cara verde y aguda:

—Nato —le dijo, clavándole dos ojos tristes que mendigaban comprensión—, ¿qué harías vos con ciento noventa pesos mensuales?

—Nuestro envidiado país —le contestó Schultze— está esperando las energías nuevas, los ánimos varoniles, los músculos vigorosos de su juventud, para entregarles el oro mineral de sus cordilleras, el oro vegetal de sus trigales, el oro animal de sus rebaños, el oro...

—¡No te mandes la parte, ñato! —le advirtió Calandria.

—Ñato —le dijo Barroso—, permitíme una sonrisa. Desde pibes en el colegio, nos enseñaron que tener las uñas limpias, los botines lustrados, la cabeza reluciente y el guardapolvo sin manchas era el ideal de todo buen argentino; y que si nos presentábamos de otra manera, se enojaría el retrato de Sarmiento que estaba en la dirección. ¿Te das cuenta? Después nos llenaron el mate de geografía, historia, ciencias naturales, matemáticas, instrucción cívica, gramática, y qué sé yo. Claro está que todo eso nos entraba por un oído y nos salía por el otro. Pero algo quedaba, y nos creímos intelectuales. Ahora, ¡decíle a un intelectual de uñas limpias que se dedique a un oficio cualquiera! No, ñato, no. Cuando salimos de la escuela nos miramos al espejo: guardapolvo intachable, manos cuidadas, caligrafía y unas cuantas virutas de ciencia. ¡Éramos ya el tipo inconfundible del Empleado Nacional!

Aquí Barroso guardó un instante de silencio, que aprovechó Schultze para encararse conmigo y decirme:

—Usted es un pedagogo. ¡Vea su obra!

—*Mea culpa!*—gemí yo entre dientes.

Pero Barroso no había terminado:

—La escuela nos convirtió en tinterillos —rezongó al fin—. Entonces le dije a éste —y señaló a Calandria—: «Ñato, vamos a ser empleados nacionales.» Y éste me contestó: «Está bien, ñato.» En seguida me dije yo para mis adentros: «Mira, ñato, si no te metes en política vas muerto.» Sin más ni más lo agarré a éste, llegamos al Comité, nos dieron engrudo y fuimos a pegar carteles.

—¿Te acordás, ñato? —le interrumpió la «bomba» —. ¿Te acordás cuando nos agarramos a pinas con los *orejudos?*

—Hacíamos méritos —le observó el «papagayo» severamente—. ¿Dónde iba? Sí, ganamos las elecciones. A los pocos días fuimos a ver al Senador, y le dije: «Correligionario, *éste* y yo tenemos que ser empleados nacionales.» Me contestó: «Ni una palabra más, correligionario; usted y el otro correligionario son desde ya ciento noventa pesos mensuales en Obras Públicas». ¡Estábamos bien pegados al Senador: había demasiado engrudo entre nosotros!

No dijo más el «papagayo». Y Schultze, que lo había oído sin gran interés, le respondió entonces:

—Por lo que veo, usted se me quiere fugar por la tangente de cierto fatalismo que no estoy dispuesto a tolerar en este prodigioso inquilinato. Al fin y al cabo, usted pudo agarrar la trincheta y el tirapié de su finado viejo.

—Pero, ñato, ¿sos un caído del catre? —te respondió Barroso—. ¡Agarrar una trincheta, cuando se estudió la electrólisis del agua!

—Y usted —agregó Schultze, volviéndose a Calandria— bien pudo subir al andamio paterno.

—¡Estás en la palmera, ñato! —le contestó la «bomba»—. ¿Quién sube a un andamio, sabiendo el teorema de Pitágoras?

Uno y otro, agarrándose mutuamente de los flecos, empezaron a sacudirse y a cantar, entre borbotones de risa:

En el extremo de una recta
que no se puede prolongar
levantar a dicha recta
una perpendicular.

—¡Mire su obra! —volvió a decirme Schultze, contristado. Luego tomó al «papagayo» y a la «bomba», les arregló los tiros y los remontó de nuevo, aflojándoles todo el piolín.

—¡Adiós, ñato! —le gritó Barroso desde las alturas.

—¡Ñato —rió Calandria en una comba—, no te la *piyés* en serio!

Siempre aferrados a la soga y combatidos por violentas rachas, entramos en el sector de los *Homoglobos.* En aquel pedazo de atmósfera, y casi a dos metros de tierra, flotaba una multitud de hombres de goma inflados casi hasta reventar al soplo del viento se movían en una contradanza grotesca; chocaban entre sí, dándose panzazos y cabezadas, todo ello sin perder la gravedad risible de sus gestos fríos y solemnes. Aquellas hinchadas figuras parecían sostener diálogos monótonos, de los cuales alcanzábamos algunas palabras como éstas: «Sí, doctor». «Pero, ¡doctor!», «Evidentemente, doctor», «*A* la recíproca, doctor». No sin dificultad, el astrólogo y yo avanzábamos por entre aquella nube de cuerpos flotantes que nos rozaban la cabeza con sus pies de goma, cuando, sin saber cómo, perdí el equilibrio y caí sobre una masa blanduzca. Me levanté al punto, y entonces vi que acababa de tropezar con un *homoglobo* desinflado a medias, el cual yacía en el suelo, sin dar señales de vida. Con infinito cuidado, Schultze recogió aquella envoltura fláccida, buscó y encontró su pico de globo, desató el piolín que lo estrangulaba; y llevándose luego el pico a los labios, comenzó a soplar concienzudamente. A medida que el *homoglobo* recuperaba su aire, descubría yo que no se diferenciaba de los otros: la misma cara solemne, el mismo chaqué ceremonioso, la misma galera tubular; como único rasgo distintivo, apretaba en su mano derecha un enorme lápiz azul, y otro colorado en su izquierda.

No bien hubo terminado Schultze su tarea insuflatoria, el *homoglobo,* restituido a su anterior prosopopeya, nos clavó una mirada vacía:

—Esto es un desacato —dijo sin pasión alguna—. ¿Saben ustedes con quién...?

Pareció recordar algo; porque, sin concluir la frase, dejó escapar una risita:

—No —dijo—. ¡Perdón! Olvidaba que ya no soy el Personaje.

Entretanto, su figura y sobre todo sus dos lápices despertaban algún recuerdo en mi memoria:

—Doctor —le dije—, ¿no nos hemos visto antes? Ese lápiz azul me inspira sentimientos melancólicos.

—Es bien posible —me contestó él—. Acaso el suyo figuró entre los mil rostros que desfilaron en aquella fúnebre antesala. Tal vez con este mismo lápiz escribí su nombre y su sentencia, entre otros mil igualmente infelices.

—¿Y cómo ha llegado a este recinto?

—Es una historia larga —me respondió el *homoglobo*—, y la contaré si desean oírla. Pero no está bien que me hayan inflado de nuevo: es una crueldad inútil.

Se recogió un instante, como para ordenar las voces que ya se levantaban en su memoria. Luego dijo:

...Este relato podría llevar como título: «Invención y Muerte del Personaje» No se yo si también la Historia tiene sus cuatro estaciones; lo cierto es que nuestro país, tras haber florecido en la primavera de sus héroes militares y fructificado en el estío de sus próceres civiles, caduca hoy en el otoño imbecil de sus Personajes o Figurones. El Héroe fue un caudillo: el Personaje es un «funcionario». Contra la opinión corriente, sostengo que no basta un apellido ilustre para formar al Personaje: cierto es que la vieja Oligarquía los produce a granel, a fin de dar siquiera una vida «oficial» a sus resecos vástagos que no tienen otra (porque, si bien se lo mira, el Personaje no es un «ente real», sino un «ente de razón» inventado por alguien); pero lo que constituye la esencia del Personaje es, justamente, una falta de esencia, un vacío absoluto, una desolación interna que lo hacen capaz de asumir todas las formas e imitar todas las actitudes. Un Personaje bien cocinado puede ser hoy Ministro de Hacienda y mañana jefe de Aviación, sin llegar a ser ni una cosa ni la otra, ni hombre, ni siquiera bruto; porque hablando en términos rigurosos, el Personaje es «la nada» con

galera de felpa. No negaré que tan asombrosa disposición suele darse congénitamente, y que así obtenemos al Personaje nato, la más funesta de sus variedades; pero lo frecuente y vulgar es el Personaje construido a base de metódicas autodestrucciones. El Místico y el Personaje se parecen en que ambos destruyen en sí todo lo que tienen de humano, y se diferencian en que, si el primero se reconstruye prodigiosamente al «calor divino», el segundo lo hace no menos prodigiosamente al «calor oficial» Bajo la seca envoltura del Personaje no debe quedar, pues, nada vivo nada sensible, nada húmedo: sólo después de haberse negado y traicionado a si mismo, el Personaje logra la virtud exquisita de negarlo y traicionarlo todo. Señores, esta breve Anatomía, Fisiología e Higiene del Personaje quizá les ayude a comprender mi drama.

El Personaje nos dirigió una sonrisa triste que se combó después en cierto aire de orgullo:

—Pertenezco a una familia ilustre —nos dijo—. Mi bisabuelo, el Coronel X, figuro entre los ciento veinte mozos con que San Martín dio en San Lorenzo su famosa carga de caballería. Sableando a los godos que reculaban encabritó él su caballo al borde mismo de la barranca; y en aquel instante de peligroso equilibrio abarcó en una sola mirada ebria las aguas del Paraná, las naves españolas que abrían el fuego, los campos húmedos de rocío, la polvareda del combate, las torres de San Lorenzo y la inmensidad azul en que ya pintaba la aurora. Después cruzó los Andes con el Gran Capitán, desembarcó en Perú con Arenales, regresó como héroe de Ayacucho y murió en un campo de batalla de la guerra civil. Su vida, como la de sus compañeros de gloria, fue una tensión de arco hasta la rotura: la Patria no fue para ellos una madre, ni siquiera una novia, sino una hija que les acababa de nacer y cuya infancia se prolongaría más allá de sus muertes.

»Con la misma vocación o urgencia de aquel siglo, mi abuelo siguió la ruta paterna y se consagró a las armas. Sin embargo, a su temperamento marcial se unía un carácter saturniano que lo inclinaba poderosamente a las cosas del terruño, al amor de la soledad y al culto del silencio. La pampa de los ranqueles debió ejercer en él una extraña fascinación; porque, sin ligarse a color político alguno (cosa rara entonces), mi abuelo sólo figuró como expedicionario en las campañas al desierto: sin hacerle ascos al brutal entrevero con la indiada hostil de los malones, prefería, sin embargo, la exploración militar en que una tierra incógnita se iba desandando ante sus ojos, no ya de conquistador, sino de amante, y en que la cara del desierto le sonreía benevolencias o le gesticulaba cóleras. En aquella inmensidad de tréboles, gramillas, juncales y cañadones mi abuelo plantó al fin su estancia «La Rosada», nombre risueño que contradecían la rigidez castrense de su edificio y la organización militar de sus peones, todos gauchos estos últimos, ex bandidos y ex soldados que la paz naciente quería ganar para la Égloga.

«Cuando murió mi abuelo, sus nueve hijos se repartieron «La Rosada»: ¡ciertamente, había para todos en aquella extensión cuya medida original era «lo que puede recorrer un jinete galopando de sol a sol»! Mi padre, como primogénito, se reservó el casco de la estancia: fue uno de aquellos hombres excepcionales que, con la misma naturalidad, boleaban avestruces en el desierto y asistían a la Ópera de París. Bajo su dirección «La Rosada» conoció sus mejores días: los toros *escoceses,* los caballos árabes, las viñas españoles y los árboles del norte que había traído él en sus estudiosos viajes, no tardaron en enriquecer y humanizar aquella tierra que hasta entonces había conservado su imponente brutalidad telúrica. En sus fervores de creador, mi padre soñaba con un «patriciado» rural que se asentaría en el desierto para darle formas y leyes humanas, y para cubrirlo de multitudes fervorosas que, arraigando en nuestra tierra, consiguiesen añadir un sonido nuevo al acorde universal. Desgraciadamente, aquella empresa feliz abortó en sus comienzos; con amargura infinita mi padre vio de pronto cómo el patriciado naciente desertaba la tierra de los suyos, para rendirse a los intereses dudosos y a las ambiciones funestas que ya bullían en el corazón abstracto de la Ciudad; y vio al mismo tiempo las caras nuevas que, llegando recién de otro mundo, se asomaban a la llanura para mendigarle una forma vital con que substituir la que habían perdido allá lejos, y que la llanura no sabría darles, abandonada y sin forma ella misma. Las desilusiones de mi padre se resumieron al fin en esta sentencia que le oímos repetir a menudo, entre irónico y amargo, en el viejo comedor de «La Rosada», y que tanto influyó después en nuestras vidas: «Ya se acabó la era de los patricios, y ahora

empieza la de los abogados.» Un día, inolvidable para mí, reuniéndonos a sus tres hijos varones en el salón donde pendían aún las viejas armas de la Independencia, nuestro padre nos anunció que iríamos a estudiar a Buenos Aires. Los tres adolescentes enmudecimos primero de asombro y luego de pánico: nunca se nos había ocurrido la idea de abandonar aquel mundo coloreado y fuerte cuyos límites bastaban a nuestro gozo; por otra parte, los maestros que habíamos tenido en «La Rosada» ya nos habían comunicado, a nuestro entender, toda la ciencia posible y útil a muchachones cuya mayor ambición en este mundo era la de criar toros finos y caballos de sangre. Al volver de mi estupor, y siendo *yo* el de más edad, aventuré algunas tímidas protestas que fueron acalladas por aquel hombre bondadoso y obstinado. Fuimos, pues, a Buenos Aires, no sin llorar aquel primer desgarramiento: la era de los abogados empezaba, y mis dos hermanos lo fueron, ¡sabe Dios cómo! En cuanto a mí...

Calló el Personaje, y se recogió en sí mismo un instante, como si acariciara juveniles recuerdos.

—No fui un buen estudiante —prosiguió—. Mi bachillerato y las pocas materias de Derecho que conseguí aprobar (ignoro aún por qué milagro) no hicieron concebir muchas ilusiones al viejo patricio de «La Rosada». En cambio, la fiebre de la ciudad logró que tomasen cuerpo en mí ciertas inclinaciones literarias cuyos balbuceos iniciales había sorprendido yo en la llanura. Leí desordenadamente, frecuenté círculos intelectuales, expuse ideas y adelanté asuntos que llamaron la atención. Pero advertí más tarde que todo aquel talento expresado con tanta fogosidad en las tertulias claudicaba y se desvanecía en el papel, semejante a un fantasma que se negase a toda encarnación. Descontento e irritado, concluí por decirme, como tantos otros, que aquella esterilidad se debía tal vez a la falta de un «ambiente propicio»; y resuelto a buscarlo en Europa, le escribí a mi padre, solicitando su parecer y venia. Aquel hombre magnánimo, abierto siempre a toda posibilidad generosa, me respondió lacónicamente con dos palabras de aliento, una letra de cambio y un adiós. Fue así como una quincena después abandonaba yo el puerto de Buenos Aires con la emoción de aquel segundo y final desgarramiento: ¡en ese instante ignoraba que sólo al cabo de veinticinco años regresaría sin pena ni gloria, para verme sometido a un proceso de abominable alquimia! Pero no hay que adelantarse a los hechos. Tal vez ustedes hayan oído hablar del París de comienzos de siglo: fue una década maravillosa por su color, por el juego libre de sus energías vitales, por sus descabelladas ilusiones, por cierta hermosura de caos que se decía una aurora y sólo fue un anochecer. Lanzado a semejante mundo, sumergido en sus borracheras de cuerpo y de alma, no tardé yo en olvidarlo todo para entregarme totalmente a esa gran comedia humana de la cual llegué a creerme un actor, cuando sólo era un espectador alucinado: mi vecindad con los talentos de la época *y* el ambiente de creación que se respiraba con el aire en aquella ciudad única, espolearon mis aficiones artísticas, que volvieron a fracasar en cien tristes escaramuzas. Pero la vida era tan caudalosa entonces, que me arrebató en su corriente y me consoló de mis fracasos, insinuándome, no el *ars longa* que los antiguos oponían a la brevedad de la existencia, sino un engañoso *vita longa* opuesto a la brevedad del arte. En aquel aturdimiento, las cosas de mi tierra y de mi familia fueron haciéndose para mí cada vez más lejanas: telegráficamente supe un día la muerte de mi padre, a cuya memoria dediqué un tardío llanto. De igual modo conocí los detalles de la sucesión, en la cual me correspondían el *casco* de «La Rosada», con su media legua de campo, y las mil hectáreas del fondo; sin moverme de París, traté con un administrador de Buenos Aires, en cuyas frías cartas aprendí luego que arrendatarios oscuros trabajaban la tierra de mis abuelos. «Pasaron así diez años. Y un día el gran embuste que pesaba sobre mi existencia se me hizo de pronto visible: hasta ese instante había creído yo participar en la vida de los hombres que se agitaban a mi alrededor y que aparentemente se debatían conmigo en la misma ola; pero vi entonces que cada uno llevaba un derrotero y se construía un destino, mientras que yo flotaba como un *pedazo* de corcho a la deriva; en aquel gran «fresco viviente» cada uno tenía su lugar propio, su actitud natural y su paisaje necesario, mientras que yo rondaba fuera del mismo, tolerado como a un espectador que no molesta. Recuerdo mis tentativas frustradas y mis agitaciones inútiles por entrar en el cuadro ajeno, antes de advertir, con una suerte de pavor, que también yo tenía mi lugar y mi paisaje, que los había desertado allá lejos y que no me alentaba ni el valor ni la frescura necesarios a un saludable re-

torno. Me resigné, pues, a mi inutilidad de rueda que ha saltado de su engranaje y ya no tiene destino. De mis dos hermanos supe que habían constituido sendas familias e hipotecado y vendido sus tierras para costear fructíferas campañas electorales; los vi dos o tres veces en París, mientras cumplían breves misiones diplomáticas o se dirigían a Londres como abogados del capital extranjero, y vislumbré ya mucho de la distancia moral que habría de separarnos más adelante. Para dar fin a estos antecedentes indispensables a mi verdadera historia, diré que viví la guerra del 14 y la reconstrucción de la posguerra, siempre como espectador ideal que «compadece» sin padecer el drama. Veinticinco años habían transcurrido, y me acercaba yo a los cincuenta. Emprendí entonces el regreso, no sé aún si por obra de una tardía nostalgia o esperanzado en cierta milagrosa y posible recuperación de mí mismo.

Una risa de hiel estremeció aquí la hinchada envoltura del Personaje; y tuvimos la impresión de que su historia se animaría en adelante. La prosiguió así:

—Apenas desembarcado en Buenos Aires, corrí a la llanura. Tenía la esperanza loca de recobrar en un solo galope mi perdida familiaridad con la tierra, despertando sabores y frescuras que yo imaginaba dormidos. Pero al entrar en «La Rosada» sentí que se me oprimía el corazón: los últimos arrendatarios habían partido, como tantos otros, hacia nuevos horizontes, y en el campo desierto sólo era dado ver osamentas de vacunos que blanqueaban al sol; al apearme frente a la casa, no vi el palenque militar que mi abuelo había erigido con seis cañones clavados de punta, y debí atar mi caballo a una rueda de sulky tirada en el suelo. Lagrimeando de angustia, entré por fin en la casona y recorrí sus desolados recintos: las armas y los muebles familiares ya no estaban allí (los habían reservado para un museo), y la casona entera mostraba el aire desvergonzado y triste de las cosas y los hombres que se alquilan. Salí al parque, busqué indicios, invoqué fantasmas, acaricié tal árbol y mastiqué tal hierba, deseoso de reconstruir mi niñez, ¡ah, siquiera un instante! Pero frescuras y sabores habían muerto, y se negaban a resucitar para mí. Abandoné «La Rosada» como quien huye de un remordimiento.

»Entonces fui a visitar al vasco Uribe, que ya poseía las tierras de mi hermano Rafael y arrendaba mi campo del fondo, vecino al suyo: me recibió en su casa de barro y quincho (limpia como un oro) y entre mozas que rezumaban una frescura de aljibe. Sus hijos, con los bozales ocultos a la espalda, se movían en el corral, entre un torbellino de caballos inquietos y resoplantes: eligieron cabalgadura, se me acercaron al fin, y tímidos en su cordialidad me tendieron una mano rígida, como quien da una puñalada. Luego carnearon para mí su mejor cordero, junto a la perrada festiva que se disputaba las achuras a tirones: plantaron el asado, corrió el vino, se encendieron las caras y desataron las lenguas; después, engarzado yo en aquel círculo patriarcal de hombres y mujeres, oyendo sus lenguajes en que toda palabra era la evocación de algún ser coloreado y vivo, con la llanura en los ojos y en la nariz un olor de grasa chorreante, me dije yo que la tierra, mía o del vasco, siempre guardaba fidelidad a sí misma, por sobre todas las infidelidades. Al atardecer Uribe y yo recorríamos el campo que me tenía en arriendo: sin dejar de acariciar el anca rechoncha de su doradillo, el vasco me anunció de pronto el casamiento de su hijo Tomás, quien se instalaría en mi campo; luego sobó y resobó entre sus duras manos la lonja de su rebenque, y, tras un estudioso mutismo, se ofreció a comprarme aquellas mil hectáreas. ¡Demonio de hombre!

»No les contaré los detalles de mi instalación en la ciudad, ni mis impresiones de recién venido, ni mis flamantes nostalgias: les prometí una Invención y Muerte del Personaje, y ya estarán ustedes mandándome a todos los diablos por estas dilaciones cuya sola finalidad es la de hacerles entender cuánto había en mí de viviente antes de aquella pavorosa transformación. Sólo les diré que, pidiendo a los míos el calor que me faltaba, me acerqué buenamente al hogar de mis hermanos:

»El de Rafael era suntuoso y rígido: no entendí el carácter de su mujer, una señora descolorida y triste que habitaba sin ruido aquella residencia glacial, cumplía gestos mecánicos y se disipaba lentamente como un astro muerto. Los hijos de Rafael, por obra de institutrices inglesas y colegios anglosajones, tenían un aire *standard,* neutro, deportivo y alegre: «Una generación sin paisaje ni lirismo alguno —me dije—, que se

afana ya en la vía paterna del cálculo y la sensualidad, pero ingenuamente y como sin culpa, porque ni aun tiene la conciencia de traicionarse a sí misma.» Una excepción había, empero: mi sobrino Germán. Desde mi primera visita comprendí que aquel muchacho era la sola cuerda que desentonaba en el conjunto: su rostro enérgico, cierta desesperación en la mirada, y su agrio mutismo que se rompía de súbito en frases netas como rebencazos, me hicieron adivinar la tensión de una guerra sorda entablada entre la familia y él desde hacía mucho tiempo, acaso desde su infancia. Al principio, su desdén militante recayó sobre mí como sobre los demás: al fin y al cabo (y un día me lo soltó redondo), yo no era para él sino un desertor de la tierra natal, que había usufructuado en Francia el sudor de sus arrendatarios. Casi me reí al oírlo, porque recordé al vasco Uribe y las mil hectáreas; pero me contuve y aventuré un *mea culpa* sincero que mejoró mis relaciones con Germán. Una noche, sentados a la mesa, Rafael nos contaba, no sin alarde, su intervención decisiva en un negocio público que, al favorecer al capital extranjero, hería los intereses nacionales hasta el escándalo. De pronto vimos cómo Germán dejaba caer violentamente sus cubiertos: «En nuestra familia —dijo temblando como una hoja— hay hombres de acción y hombres de traición.» Mi hermano lo contempló fríamente: «¿Qué significa eso?», le preguntó al fin. Pero Germán se había puesto de pie y abandonaba ya el comedor sin añadir palabra. «¡Un intelectual!», comentó Rafael, volviendo concienzudamente a su *gateau* de frutillas. Acabada la cena, busqué a Germán en su habitación. «Tu padre te ha llamado un *intelectual*—le dije—. ¿Qué hay de cierto?» Me respondió furioso: «¡Es una calumnia! Soy o quiero ser un escritor.» «¡Adiós mi plata!», exclamé yo *in mente,* creyendo ver en aquel pobre muchacho una segunda edición de mí mismo. Ante mis ruegos, y no sin largas vacilaciones, me leyó algunos esbozos notables: eran retratos vivientes, escenas de un poderoso color, frescos paisajes nativos e ideas cuya madurez asombraba, todo expresado a borbotones y como quien se sale de madre. Sin esconderle mi admiración le dije: «Todo eso no parecería escrito, sino cantado.» Aquella observación pareció gustarle más que cualquier alabanza: «Eso es —me dijo—, un canto.» Luego me reveló que sus esbozos pertenecían a una futura novela, *El Canto de la Sangre*: abarcaría cinco generaciones de argentinos, pintadas en función de vida, hombres de *acción,* hombres de *traición* y hombres de *reparación.* Sin que me lo dijera, comprendí que Germán intentaba la historia de nuestra familia, y lo exalté con mi propio entusiasmo: a partir de aquel instante me hice su colaborador, aporté sugestiones y recuerdos, lo inicié en los fieles archivos de «La Rosada»; y yo, escritor fracasado, viví algunas horas de aquel fuego creador que me abrasaba indirectamente y parecía recalentar el ya frío esqueleto de mis ilusiones. Pero no duró mucho. La situación de Germán en la casa paterna se hada insostenible: aquel techo gravitaba ya demasiado sobre sus hombros. Un domingo, a mediodía, se produjo la crisis: estábamos en el comedor, sosteniendo una charla insulsa; pero Rafael, que según había observado yo se complacía últimamente en desafiar la cólera del *intelectual,* consiguió introducir el tema neurálgico y lo desarrolló con un cinismo beligerante. Germán callaba, enajenado de la conversación; peto cuando Rafael satirizó a los neoidealistas, y aventuró alusiones directas, el muchacho le respondió con algunas palabras mordaces; la charla general se trocó al punto en un diálogo de inusitada violencia, que pasó del tecnicismo a la ironía, luego al sarcasmo brutal y por fin a los insultos. De pronto Germán, clavando en su padre una dura mirada, le gritó un calificativo terrible que ya esgrimía el pueblo contra los traficantes de la patria: reinó un silencio de muerte, se demudó Rafael como si hubiera recibido un cachetazo, la ira se perfiló en las mandíbulas apretadas de sus otros hijos, y hasta la mujer fantasmagórica se animó un instante, como un chisporroteo final entre cenizas. Pero mi hermano recobró la calma, y dirigiéndose a Germán: «Esta casa es demasiado chica para los dos», le dijo señalándole la puerta. Salió Germán, lo seguí a su cuarto, hicimos las valijas, y me lo llevé a mi departamento, en el cual, sin más compañía que mis recuerdos, imitaba yo al «Solterón» de Lugones. Pero la crisis había deshecho a mi sobrino: durante una semana temí por él y por *El Canto de la Sangre.* Al fin adopté una resolución heroica: diciéndome yo que sólo podría salvarlo una rápida evasión a otros climas, le telegrafié al vasco Uribe aceptando su oferta por las mil hectáreas. No bien recibí fondos, tomé a nombre de Germán un pasaje y una carta de crédito; y cierta noche, sin escuchar sus protestas, lo puse a bordo del «Oceanic». Partió Germán, y era mi

juventud la que partía con él: ¡adioses y pañuelos! ¡Bah! Cuando las luces de la nave se perdieron en la noche y el río, volví a la ciudad: había salvado yo lo único viviente que alentaba en mi familia. De pronto una idea curiosa me hizo reír a borbotones, en medio de gentes nocturnas que se volvían para mirarme: el vasco Uribe no sabría nunca que sus pesotes y mis hectáreas eran el precio de un Canto...

¡Dulzuras muertas, extraviados sabores! El Personaje dilató el pecho, y tuvimos que sujetarlo entre Schultze y yo para que no se nos volara.

—Es inútil decirles que la casa de Rafael se me cerró en adelante. Pero tenía la de mi hermano José Antonio, cuya descripción les haré ahora en cuatro palabras. Si el acento del mundo económico recaía en lo de Rafael, las ambiciones del mundo político y social habitaban anchurosamente en lo de José Antonio: la matrona de la casa era «una mujer fuerte», de semblante agudo y calculador, fría o caliente según el pito que se le tocaba, laudable y a la vez odiosa. Devorada por la fiebre de la ambición, había edificado *a priori* el destino de sus hijos: cada uno, desde su nacimiento, estaba consagrado a tal función administrativa y a tal alianza matrimonial; aquella señora tenía en sus manos el hilo del suceder, el de las fortunas, el de los apellidos ilustres y el de los testamentarios laberintos, y los combinaba y retorcía sabiamente, como una inexorable Parca doméstica; su hogar era una incubadora de personajes que nada ignoraban de su futuro porque la madre todo lo había previsto, hasta las palabras famosas que dirían antes de morir. Ahora bien, señores, pese a su desconcertante riqueza, también la realidad tiene algo así como una simetría; y lo digo antes de que me lo reprochen ustedes al oírme hablar de mi sobrina Victoria.

»En aquella mansión habitada sólo por destinos algebraicos, Victoria parecía una fuerza libre, un copo de vida escapado a la rueca materna: retoño que brotaba de un árbol al parecer reseco... ¡Maldición! Esto último pertenece a *El Canto de la Sangre.* ¡Perdón, señores: una reminiscencia! Decía, pues, que Victoria era en su casa lo que Germán había sido en la suya; y si no detestara yo a los matrimonios consanguíneos, los hubiera casado seguramente. ¡Triste de mí, así llegué a imaginarlo al menos, sin recordar que nadie se casaba en lo de José Antonio como no fuera con el «nombre» que mi cuñada le tenía consignado en su Libro de la Vida! El que a Victoria le tocaba era el barón Hartz, un personaje de rasgos semíticos, muelas de oro, tez aceitosa y calva incipiente, cuya fortuna era tan grande como enigmática. No sin sentir en mi sangre un movimiento de rebelión instintiva, lo vi sentar sus reales en aquella casa; desgraciadamente, nada podía yo hacer en el drama (lo sería, sin duda), como no fuese tomar unas tijeras y cortar el hilo de mi cuñada Láquesis, acción que yo imaginaba tan imposible como la de escamotearle un destino a la misma Fatalidad. Por otra parte, Victoria no daba señales de inquietud alguna: tenía el mentón fuerte de mi padre, la reserva de mi abuelo y cierta peligrosa seguridad de sí misma que nunca faltó en nuestra sangre, ya fuese para el bien o para el mal. Una noche descubrí su secreto al encontrarla en un bar y en compañía de cierto muchachote que me presentó ella desenfadadamente: era un ingeniero agrónomo de rubia cabeza de cepillo, ojos verdes y fisonomía ingenua, que me recordó a esos tipos del norte de Italia, mitad germanos y mitad latinos. El insensato me habló toda la noche de abonos minerales, de la fecundación artificial de las vacas, del esperma de Shorthorn conservado en termos y distribuido por avión en las zonas de pobre ganadería; y al escuchar su delirio científico, me preguntaba yo qué diablos encontraría Victoria de seductor en aquella cabezota cuadrada. Pero cuando los vi remar en el Tigre, unánimes en el golpe de pala y en la canción, entendí que la cosa iba en serio, y empecé a temblar.

Sin saber cómo ni por qué, me vi enredado al fin en el idilio: ¡una oscura fatalidad parecía vincularme a los únicos ebrios de corazón que aún exultaban en mi linaje! Con todo, si ellos eran el Amor, yo era la Elegía que a su lado lloraba desde ya la muerte del romance: ¡bien podían esos niños tejer al sol su deleznable tela de araña! ¡No lejos, en la ciudad, una mujer de ojos ávidos empuñaba la rueca simbólica!

»Estas figuras y otras del mismo pelo me sugerían los dos amantes; y las manoseaba yo, ¡pobre solterón romántico!, sin sospechar que las circunstancias, expulsándome de mi cómoda posición en el coro griego, no tardarían en arrojarme, como actor, al agitado centro de la escena. El desenlace llegó al fin: era

una tibia y maravillosa noche de octubre... ¡No, perdón! ¡Condenada literatura! Quiero decir que aquella noche se anunciaría en lo de José Antonio el compromiso matrimonial de Victoria con el barón Hartz. Pretextando una imaginaria dolencia, me excusé de asistir a un acto que yo consideraba (¡no podía ser de otro modo!) como el sacrificio de una paloma blanca en los helados altares de Mammón. Esa noche no salí de mi departamento: derrumbado en mi butaca, sintiendo como nunca el peso de mi soledad y acariciando una botella de coñac Napoleón con la cual pensaba combatir al «roedor gusano de la melancolía», me entregaba yo a los más tristes pensamientos; y una primera copa los teñía ya de colores francamente luctuosos, cuando me pareció que alguien tocaba mi puerta. Sentí un estremecimiento de pavor al preguntarme si el cuervo de Poe no estaría llamándome desde afuera, para sostener conmigo un segundo diálogo sobre el Amor y la Muerte. Pero me recobré al instante, diciéndome que si el cuervo suele intervenir en el amor de los poetas, difícilmente lo haría en el de los ingenieros agrónomos; idea tan sutil como afortunada, que nuevos golpes no tardaron en corroborar. Abrí la puerta de un tirón: ¡era Victoria!

»La entrada del cuervo no me habría sorprendido tanto: traía ella un *necessaire* de viaje, dos cajas de sombreros, un abrigo de pieles y cierto aire de fuga que me dio muy mala espina. Me lo refirió todo con indecible naturalidad (¡tenía el mentón fuerte de mi padre, la peligrosa audacia de los míos!): quince minutos antes, con el salón lleno de invitados, había «cumplido el deber» de manifestar a sus progenitores que sólo ella dispondría de su futuro. ¡La Parca se había desmayado! El barón Hartz había sonreído elegantemente, como un jugador que sabe perder. Detrás de Victoria quedaban la consternación y el escándalo. Mi primer movimiento fue el de telefonear a José Antonio, pero Victoria me arrebató el tubo. Lleno de pánico, me bebí una segunda copa de coñac, y ante la mirada benévola de mi sobrina le improvisé un sermón sobre «las conveniencias» que sonó lamentablemente a falso. Viendo que no le hacía mella, solicité su comprensión acerca de «mi caso»: recientemente, por culpa de otro locoide familiar, yo había roto con mi hermano Rafael; pero entonces me guiaban «los insobornables intereses de la literatura», mientras que ahora... Renuncié al tema, porque Victoria, sin oírme, clavaba en mí dos ojos tranquilos y llenos de confianza que parecían aguardar un milagro. En el colmo de la exasperación le dije al fin: «¡Cabeza loca, cerebro de pájaro!, ¿qué tengo yo que ver con el amor? Sólo frialdad y ceniza quedan...» ¡Gran Dios, el milagro se produjo entonces! Como si yo acabase de invocar a un antiguo demonio, sentí que me rondaba ya una presencia invisible: el aliento de la noche, entrando por mis ventanales, resucitó de pronto en mí no sé qué gusto de antiguas y bondadosas primaveras; desde sus retratos que colgaban en mi habitación, mujeres adorables y adoradas un día parecieron gritarme un «¡acuérdate!» lleno de frescuras, de resonancias y calores que yo creía desvanecidos, ¡ay!, para siempre. Cordajes que yo daba por muertos empezaron a zumbar en mi corazón, y cerré los ojos, como si una luz me enceguecierа: creyendo que soñaba, tomé una tercera copa de coñac; pero voces y músicas decían «¡Acuérdate!», lloraban «¡Acuérdate!», reían «¡Acuérdate!». De pronto una idea enorme relampagueó en mi cerebro: sacudí la *cabeza,* como deslumbrado; y entonces reí en mi alma, tras apurar la cuarta copa. «¡Que venga el agrónomo!», le dije a Victoria, con el laconismo de un general. Tranquila y sonriente, como si todo aquello estuviera escrito desde toda la eternidad en el buen libro de Dios, Victoria marcó un número de teléfono. Cuando llegó el «cabeza de cepillo», les dicté mi Orden del Día, y la confirmé con una copa final: entre los dos tuvieron que acostarme.

»A la mañana siguiente les traspasé ante mi escribano los títulos de «La Rosada»: el matrimonio civil fue a mediodía, la bendición nupcial al atardecer. Por la noche, habiéndolos ubicado ya en su vagón de ferrocarril, le dije a mi sobrina: «Muy vieja está "La Rosada", pero se animará si otros niños le devuelven la frescura que perdió con nosotros.» Me volví hacia el ingeniero y le advertí: «¡Atención a los abonos minerales y al esperma de Shorthorn conservado en termos!» Y a los dos juntos: «Les enviaré los muebles y los trofeos militares de "La Rosada"; los tenía destinados al Museo, pero las cosas han cambiado, y es bueno que los niños crezcan a la sombra de las armas.» Partieron, y quedé solo en el andén. Estaba descontento de mí mismo, sólo por aquel discursete final que yo les había endilgado y que ahora me parecía de melodrama.

Nuevamente calló el Personaje en una pausa durante la cual depuso el aire soñador que nos había mostrado al referir el idilio. Luego reanudó su historia:

—Los días que siguieron me resultaron grises y sin alma. Prestado era el viento que me había sacudido últimamente; y, no bien me faltó, recaí en la inercia, en una multiplicada soledad y en esa «muerte lúcida» que consiste, señores, en saberse uno concluido y en repasar mil veces el texto de las horas difuntas. Yo era sobrio: había heredado la campesina sobriedad de los míos; pero me di entonces al alcohol y a la solitaria borrachera. Luego, harto de ver mi propio fantasma en todas y cada una de mis reflexiones, comencé a frecuentar los *dancings* nocturnos de la calle Maipú, donde seres vacantes como yo, hembras de alquiler y tangos roñosos de melancolía intentaban construir una imposible arquitectura de júbilo: allá, evocando antiguas hazañas de *cabaret parisién* (donde había rivalizado yo con los príncipes rusos en esgrima de botellas y rotura de espejos), animé algunas batallas campales que no tardaron en darme cierta escandalosa notoriedad. Una tarde (al día siguiente de un jaleo que terminó en el calabozo) recibí la visita de mis dos hermanos. ¡Y atención, señores, porque ante vuestros ojos asombrados no tardará en producirse la Invención del Personaje! Lejos de traducirme rencor alguno, José Antonio y Rafael me demostraron una cordialidad sospechosa que debió ponerme sobre aviso; pero yo tenía una bolsa de hielo en la cabeza, un sabor amargo en el paladar y recuerdos turbadores en la memoria. El discurso de mis hermanos fue toda una pieza clásica, con principio, nudo y desenlace: destinado a censurar mi bochornosa conducta y a medir el deshonor que arrojaba sobre nuestro linaje, el *principio* era un modelo de *tacto,* al que no faltó ni la sal alegre de la indulgencia; el *nudo,* cuya substancia era un elogio de mis talentos naturales y malogrados hasta entonces, obró la rara virtud de hacerme ruborizar bajo la bolsa de hielo; en cuanto al *desenlace,* fue tan súbito como imprevisto: a fin de dar un objeto a mi pobre existencia, José Antonio y Rafael me ofrecían, en nombre del Ministro X, la Dirección General Z, posición envidiable que muchos habrían pagado con su alma. Los miré aterrorizado: ¿qué sabía yo de las técnicas Z? Pero Rafael y José Antonio me tranquilizaron, diciéndome que la idoneidad, según era costumbre, venía con el nombramiento, como una gracia *gratis data* por el Ministro. ¡Y al afirmarlo me observaban atentamente, seguían mis ademanes y consideraban mis gestos, como el escultor estudia su barro antes de darle forma! ¡En los ojos de ambos ardía un maligno fuego creador! Tanto me dijeron aquellos demonios que acepté al fin (¿curiosidad o desesperación?), sin imaginar las futuras consecuencias de aquel instante único.

»Bien, señores, la primera manifestación del Personaje que ya se cocinaba en mí tuvo lugar unos días más tarde y en la Dirección General Z. El propio Ministro se había dignado ungirme personalmente con el óleo de la liturgia oficial, vale decir con un discurso que yo escuchaba lleno de reverencia, por tratarse de un verdadero camposanto de lugares comunes. Escuchaba, sí, pero sin oír, mientras con ojos alucinados recorría yo el salón donde una muchedumbre de personajes abstractos escuchaban también o parecían hacerlo. No tardé yo en advertir que los personajes del salón obedecían a un régimen astronómico rigurosamente matemático: en torno del Ministro giraban los planetas mayores y menores, cada uno de los cuales traía su cortejo de satélites rendidos, quienes, a su vez, arrastraban en su rotación a un sinfín de modestos asteroides, granos de polvo sideral en aquella notable Astronomía. No sin espanto miré a mi alrededor: ¡Ah, señores, también yo era centro de algunas caras ansiosas que tempranamente se volvían a mí, satélites vacantes, atraídos a mi órbita y expuestos a la luz administrativa que sin duda ya brotaba de mí a raudales! Temblé, señores: tuve la impresión de asistir a un rito sin misterio, a una pantomima de fantasmas, a un *ballet* de títeres insonoros. Y entonces estalló en mí lo que llamaré mi «primera rebelión dionisíaca»: todo lo que yo tenía de humano cuajó de pronto en el deseo urgente de soltar allí mismo una carcajada homérica, estruendosa, formidable. Pero José Antonio y Rafael me dirigían miradas tan estudiosas como inquietas; y me contuve al fin, endureciendo los músculos de mi rostro en un esfuerzo brutal que me produjo hasta dolor físico y que llamaré «primera grabación de la máscara».

«Señores, un consejo útil: no intenten jamás, ni siquiera en broma, la menor imposición de una máscara. ¡Ella termina por adueñarse del rostro! Cuando el Ministro acabó su discurso, todas las miradas convergieron en mí: ¡yo debía responder con otro discurso! Me sentí acorralado, busqué afanosamente las vías de una evasión cualquiera; pero ya estaba en el engranaje de aquel mecanismo. Y todo era inútil. Mi «segunda rebelión dionisíaca» se produjo entonces: «Les transmitiré un mensaje pánico —me dije—, un ¡Evohé! gigantesco, una escalofriante invitación a la Primavera que hará latir sus corazones muertos bajo los chalecos de fantasía,» Mas, ¡ay!, Rafael y José Antonio estaban a mi lado, me urgían a contestar. Y hablé al fin: hablé de la Dirección General Z y de sus problemas fundamentales, abundando en citas clásicas y modernas, en paradojas y metáforas que ni yo entendía ni entendió nadie, por ser ininteligibles de naturaleza. Cuanto más hablaba, más me complacía yo en escucharme a mí mismo, lo cual me asombró no poco. Y se produjo entonces la revelación inquietante, la meridiana luz que puso en descubierto el enigma de mis viejas inclinaciones: ¡yo era un orador nato!

»Aquel descubrimiento tardío y mi triunfo inicial, que fue clamoroso, lograron estabilizar al Personaje sobre sus pies de arcilla recién modelada. Y a la tarde siguiente asumí la Dirección General, bien que con el alma llena de oscuros presentimientos: tras debatirme con dos ordenanzas que se disputaron el increíble honor de recoger mi galera, fui conducido a mi despacho, un salón cuyos muebles, agobiados por diez generaciones de personajes, me recibieron con el aire hostil de los perros viejos que gruñen ante una cara desconocida. ¡Allá me aguardaba el Secretario! Señores, al evocar la siniestra figura de aquel hombrecito, me sobrecoge todavía un malestar indefinible: reseco y duro como un cascote, sin un atisbo de luz en sus ojos ni expresión alguna en su cara, luctuoso de traje y funeral de camisa, el sujeto aquel rezumaba, sin embargo, no sé yo qué ironía sutil, qué fluido socarrón, qué malevolencia demoníaca; era como un sudor invisible que le manaba de los poros, y tan ofensivo en su misterio, que algunas veces, ante mi hombre, llegué a sentir el deseo brutal de romperle la cara a martillazos, como hacen los niños con sus juguetes, sólo por saber qué tenía él adentro, más allá de su envoltura inescrutable. Cuando lo interrogué acerca de mis funciones, el maldito me llevó al escritorio, me señaló un anotador y me puso en la mano dos lápices, uno azul y colorado el otro; luego, por una mirilla secreta, me hizo atisbar la antesala de mi despacho, desbordante ya de hombres y mujeres en expectativa. Con su voz agria y monótona de animal parlante, el Secretario me recitó la lección: cada uno de aquellos hombres y mujeres era un «postulante» y traía una carta; mi función consistía en recibir la carta, en leerla y en pasársela inmediatamente a él, bajo cuya indicación yo escribiría luego el nombre del postulante, ya con lápiz azul en la columna de los *elegidos,* ya con lápiz rojo en la columna de los *réprobos.* Al oír su lección abominable, que me convertía en un fantoche accionado por sus dedos amarillos de fumador, le clavé una mirada tan dura, que mi hombre, aunque parezca increíble, me dirigió una sonrisa o mueca (nunca logré su definición exacta), no sin balbucear algo sobre «las conveniencias políticas» y «el imperativo electoral». Agaché la cabeza: entonces comenzó el desfile trágico.

«Ignoro si alguna vez han frecuentado ustedes una de aquellas antesalas que cierto político genial bautizó con el nombre de «amansadoras»: en ellas el postulante alegre no tarda en degollar sus ilusiones, el iracundo se metamorfosea en cordero y el hablador pierde hasta los rudimentos del idioma. La mía constaba de tres recintos comunicados entre sí, los cuales respondían a tres grados diferentes de «iniciación» que debía realizar el catecúmeno antes de ser admitido a la Presencia: en el primero el postulante, renunciando gradualmente a la naturaleza humana, destruía su voluntad, anonadaba su memoria y deponía su entendimiento, hasta descender al reino animal, cuyas formas elementales cumplía en el segundo recinto, donde se paseaba como un león, mugía como un toro, bostezaba como un perro, se lamía como un gato y se rascaba como un simio; luego el postulante descendía, como en sueños, al estado vegetal que realizaba en el recinto número tres: allí sólo debía sentir las vagas sensaciones del mundo vegetativo, quizás el hambre y la sed, el crecimiento de sus uñas, la circulación de su linfa. Cuando al fin entraba en mi *sancta sanctorum,* el postulante ya tenía la naturaleza mineral: algunos, en un esfuerzo desesperado, aún conseguían agitar su

carta en el aire, como el guerrero de Maratón lo hizo con su laurel; otros, como si despertaran bruscamente, llegaron a preguntarme quiénes eran ellos y a qué habían venido. En fin, señores, durante largos días fui centro de aquella procesión dolorosa: ¡nombres en lápiz rojo, nombres en lápiz azul! Con el último postulante huía yo de la sala, del edificio, del barrio: se me vio entonces, hacia el anochecer, vagabundeando por las calles excéntricas en busca de algo viviente, un niño, un árbol o un perro que acariciar. Al siguiente día reanudaba mi función de títere: ¡nombres en lápiz azul, nombres en lápiz rojo!

»A decir verdad, mi máscara exterior de Personaje se había consolidado mucho: sin mirarme al espejo la sentía en mi cara: rigidez absoluta de los músculos faciales, boca petrificada, mentón de cal y canto. Sólo mis ojos traicionaban aún, frente al público, su misericordia, su angustia o su desconsuelo; y decidí ocultarlos al fin tras unos anteojos azules, bajo pretexto de una dolencia visual. Con todo, si la máscara exterior se endurecía, no lograba yo cristalizar la otra, la que se me quería imponer sobre los músculos del alma. Entre los condenados a mi lápiz rojo abundaban los que pedían reparaciones justicieras, los desvalidos y los infelices: algunos traían causas tan justas, que no pudiendo yo con mi corazón me rebelaba de pronto contra el Secretario, en chisporroteos de ira sorda. Pero aquel hombre, que sin duda era mi demonio, no tardaba en apaciguar el fuego naciente de mis rebeliones; es más, parecía gozarse íntimamente en descubrirme aún otra fibra sensible y en matarla con el venenoso caústico de sus Digestos, Reglamentaciones y Conveniencias.

»¡Una tarde ocurrió lo imprevisto! Desde algunos días atrás yo venía observando en el corredor vecino la presencia de un viejo y de una mujer adolescente, que aguardaban a la puerta de mi oficina, inmóviles y como desorientados. Aquel viejo me llamó la atención: se parecía extraordinariamente a un resero que yo había conocido en mi niñez y que me había enseñado a pialar ovejas en el corral de «La Rosada». No era el mismo, ciertamente, pero me bastó con acariciar esa imagen; y suponiendo que la insignificancia de su «recomendación» no le había franqueado ni mi primer recinto, mandé buscar al viejo y lo recibí contra todos los rigores del protocolo. Me tendió su carta, como asustado: era un antiguo peón de cierto matadero en quiebra; necesitaba trabajo; mucha familia. Releí su carta y lo miré. No me dijo una palabra: se limitó a sonreír bajo sus grises bigotes y a mirarme largamente, con un lagrimón cristalizado en cada ojo, mientras a su lado la mujer adolescente callaba también y sonreía. Sentí de pronto que un calor interno me derretía la máscara. Entonces me volví al Secretario y le ordené: «Un nombramiento de peón, ahora mismo.» Sin traducir emoción alguna, el Secretario tomó un Digesto, lo abrió en tal página y me leyó un artículo: «La Dirección General no admitirá peones de más de cuarenta años.» Cerró el Digesto, y vi en sus ojos algo así como una luz de triunfo. Pero en aquel instante se produjo mi «tercera rebelión dionisíaca», la última: trepé a mi escritorio, me dejé pesadamente al suelo, agité los brazos como si fuesen alas y lancé un ¡iquiquiriquí! estruendoso, divino, matinal. Después, ante los ojos espantados del viejo y el semblante lívido de la muchacha, me dirigí al Secretario y le dije: «Si dentro de un minuto no está listo ese nombramiento, iré a las antesalas y repetiré lo del gallo.» Salió como alma que se lleva el demonio, y regresó al instante, verde aún de pánico, con un nombramiento que hacía flamear en el aire a modo de bandera blanca. Se lo di al viejo, los empujé dulcemente hacia la salida, hicieron mutis; y me dejé caer en un sofá, temblando aún, con la frente sudorosa y el corazón lleno de resonancias brujas, pero no sin clavar en el Secretario una mirada de San Jorge. »La excitación que me produjo aquella victoria fue tan grande, que desaparecí misteriosamente de la Dirección General. Tres días más tarde fui encontrado en un almacén del Paseo Colón, presa de una dulce borrachera y jugando al truco en compañía de tres marineros desconocidos: tripulantes de la *barcaza* «Genoveva», que hacia la ruta del Alto Paraná, a cuya dotación pertenecía yo teóricamente desde hacía veinticuatro horas, durante las cuales mis compañeros de truco me habían hecho entrever un panorama de mujeres color tabaco, a la sombra de naranjales en flor, y una tierra donde los lápices azules y rojos eran ignorados con cierta ingenuidad paradisíaca. ¡Sólo fue un sueño! Disipada la borrachera, me llevaron de nuevo a la Dirección General: ¡adiós, mujeres de color tabaco!, ¡adiós la «Genoveva»! De nuevo me llevaron a la Dirección General: ¡nombres en lápiz rojo! Me llevaron de nuevo: ¡nombres en lápiz azul!...

Aquí el Personaje, cayendo en un triste desvarío, se puso a canturrear su Tema de los Lápices «con la insistencia de una púa de fonógrafo en un disco rayado», según declaró Schultze más tarde, o «con la monotonía de una vieja canción de presidio», según me dije yo al escucharlo entonces. Lo devolvimos a la realidad, mediante algunas amistosas palmadas, y concluyó así su relato:

—Bien, señores, aquel episodio fue lo que *yo* llamaría el *Canto del Cisne de mi Sensibilidad.* En adelante ya no viví un tiempo humano, sino un «tiempo de Personaje» cuya nebulosa cronología me será difícil consignar aquí. Sólo recuerdo que, gradualmente, me fui entregando al mecanismo de la Dirección, cuya fascinadora regularidad logró subyugarme poco a poco hasta la hipnosis definitiva. Si al principio en el rostro de cada postulante yo leía un problema vital, un destino en marcha, un doliente microcosmo, pude luego hacer abstracción de todo lastre sentimental, hasta no ver en aquel hombre sino «una cara». Después, no interesado ya ni siquiera en los rostros, cada postulante fue para mí «un brazo» en el extremo del cual venía una carta. Finalmente, ya no vi ni el brazo conductor, sino «la carta» sola, independiente de su fantasmagórico mensajero. Y como las «altas esferas» de las que yo dependía me otorgaban, paralelamente, su intimidad, prescindí luego del Secretario, ¡me liberté por fin!, al administrar por mí mismo la benevolencia del lápiz azul y la desesperanza del lápiz rojo.

«Entonces, ¡ay!, sólo entonces advertí la metamorfosis increíble que venía operándose en el Secretario: ¡aquel hombre de hierro se humanizaba en la medida en que yo iba deshumanizándome! Al par que se endurecía mi corteza de Personaje, la suya se resquebrajaba y caía en pedazos, dejando ver una pulpa viva que sangraba con el más leve rozamiento. Si mis ropas iban haciéndose cada vez más oscuras, las de aquel hombre adoptaban, ¡ay!, sugestivos matices primaverales. En una monstruosa inversión de los hechos, llegamos a lo absurdo: ¡él a rebelarse contra mí por misericordia, yo a dominarlo con sus antiguas armas! Y para que la inversión fuera total, aquel hombre tuvo su crisis: un día, como si de pronto rebalsara, me tomó de los brazos y, con lágrimas en los ojos, se acusó ante mí de haberme destruido metódicamente en lo que yo tenía de humano; y al decirlo mostraba una contrición tan dolorosa, que habría enternecido a una piedra. Lo escuché como quien oye perorar a un loco; le di luego las espaldas y me alejé; se quedó llorando silenciosamente sobre una máquina de escribir.

»Ahora, señores, creerán ustedes que la Invención del Personaje había concluido. No es así, desgraciadamente, porque aún le faltaba el último toque. Pese a mi transformación, yo conservaba todavía cierto dinamismo animal que me hacía erguir el busto, pisar fuerte y hablar sonoro, motas de imperfección que no escaparon ciertamente al ojo experto de mis inventores. José Antonio y Rafael me lo advirtieron un día: nos encontrábamos en un país que no admitía en su gobierno sino a hombres con un pie ya colocado en la sepultura; por lo cual me aconsejaban que, al andar, imitase yo un ataque de gota, al respirar, un acceso de asma, y al hablar, una carraspera de síntomas inquietantes. Obedecí una vez más, con resultados asombrosos: mi visible decrepitud y mis triunfos de oratoria no tardaron en hacerme subir, uno a uno, todos los escalones del Olimpo oficial. En lo sucesivo, el Personaje fue una obra maestra: intenté sonreír una vez frente al espejo, y, como el héroe de Lautreamont, entendí que no lo conseguiría jamás, ni aun haciéndome una incisión en la boca mediante un cortaplumas. Mi sequedad interior era tan perfecta, que otra vez, al presentarme Victoria su primer vástago nacido en «La Rosada», no levanté siquiera mis ojos del Diario de Sesiones. Un día recibí *El Canto de la Sangre,* que Germán acababa de publicar con un éxito clamoroso: me dormí a la segunda página. Y cuando, en cierta ocasión, intenté un esfuerzo físico, advertí que la gota y el asma se habían apoderado realmente de mí.

»He olvidado lo demás, pues todo se me confunde y enturbia en la nebulosa cronología de mi «tiempo de Personaje», todo, menos las circunstancias de mi muerte. ¡Y atención ahora, señores, porque se acerca ya la Muerte del Personaje! Una noche, mientras esperaba yo a los invitados que me acompañarían a una ceremonia oficial, quedé profundamente dormido en un sillón de mi residencia: yo estaba de frac, e, inadvertidamente, me había encasquetado el tubo antes de caer en el sueño; “de modo tal que, desde la entra-

da, sólo se me veían los hombros y la galera de felpa. Cuando el Secretario entró al frente de mi comitiva y me sospechó dormido, se acercó en puntas de pie y me tocó en el hombro: entonces, ante sus ojos espantados, frac y galera cayeron sobre el sillón, ¡vacíos, totalmente vacíos! En su larga operación de aniquilamiento, el Personaje había cruzado la frontera del ser con el no ser, y se había perdido en «la nada». Recogiendo lentamente mis prendas de vestir, el Secretario se volvió a la comitiva y le anunció con voz helada: «El Personaje ha muerto.» En seguida se dirigió a la puerta, y antes de hacer mutis volvió a decir, secándose rabiosamente dos lágrimas furtivas: «El Personaje ha muerto.»

Al concluir estas últimas palabras, el Personaje entró en un silencio que nos pareció definitivo, como si diera por acabada su historia.

—¿Y luego? —le pregunté yo, sin ocultarle mi simpatía.

—Luego —respondió él— sentí que mi «pneuma» entraba en este círculo infernal y se dirigía irresistiblemente al sector de los Personajes. Aquí estoy, no sé desde cuándo. Últimamente un escape accidental me hizo concebir la esperanza de una segunda muerte. ¡Ah, señores, no les agradezco que me hayan inflado por tercera vez!

Se quedó mirándonos, con el reproche y la melancolía en los ojos. Visiblemente indeciso, el astrólogo Schultze me consultó con la mirada. Y adivinando en la mía cierta piedad indecible, realizó un gesto que le valió más tarde no pocas alabanzas: volvió a desatar el pico del *homoglobo,* silbó el aire al escapar de su envoltura, y el Personaje se desinfló para siempre, no sin esbozar una sonrisa beata.

—¡Que su «pneuma» divino recobre la libertad! —refunfuñó Schultze—. Nos ha encajado una historia quilométrica y abusó, a mi juicio, de las «frescuras» y de los «sabores»; pero defendió su alma, y si cayó no fue sin lucha. ¡Diablo de hombre! ¿Qué necesidad tenía de remontarse hasta su bisabuelo?

El astrólogo dejó caer la vacía cáscara del Personaje. Luego me invitó a seguirlo por entre la nube de *homoglobos* que, según el viento, cabeceaban en el aire, se debatían entre sí o se abalanzaban rabiosamente sobre nosotros. Fue una travesía molesta, y en algunos lugares debimos abrirnos paso a golpes de puño que caían en las panzas fofas, en las cabezas galeradas o en los enlevitados traseros de los Personajes. Y si al fin abandonamos el sector de los *homoglobos,* fue para dar en el no menos hostil de los *homoplumas.*

Esquemático era el dibujo de los nuevos haraganes que planeaban a distintos niveles en aquel otro pedazo de atmósfera: una cabeza humana seguida de una gran pluma ondulante constituía la esencia de aquellos hombres; las plumas eran de avestruz, de gallo, de perdiz, de cisne o de pavorreal; y sus grandes barbas próximas al cuello se alargaban a manera de pseudopodios entre los cuales algunos condenados exhibían el instrumentó de su perdición. Traídos y llevados por las ráfagas, los *homoplumas* comenzaron a girar a nuestro alrededor, escurridizos y sinuosos como los peces de un acuárium: la rapidez de sus movimientos y el roce cosquilleante de sus plumas en nuestras caras nos impedían reconocerlos; hasta que uno, más insistente o menos receloso, cayó sobre mí, pegó sus labios a mi oreja y me gritó en son de burla:

—¡Qué haces, turrito! ¿Quién es el otro cajetilla?

No bien lo dijo, soltó una mezcla de risa y carraspera; y, como intentara recobrar el vuelo, me aferré a su cola ondulante. Secundado por el astrólogo Schultze derribé al *homopluma* que ya nos dirigía los calificativos más estruendosos del vocabulario villacrespense. Y cuando lo tuvimos en tierra, nos mostró la más insobornable cara de malevo que se haya visto en una y otra orilla del Maldonado: frente opaca y angosta, ojos relampagueantes bajo la línea única que formaban sus dos cejas, labios fruncidos como la jareta de una bolsa de insultos, pero nariz irresoluta y mentón sin audacia; un chamberguito de color té con leche ceñía su cerdosa melena, bien que sin dominarla en su torrencialidad incontenible, y un pañuelo blanco se anudaba clásicamente a su pescuezo en el sitio de unión con la pluma, que era de gallo bataraz; entre sus pseudopodios estrechaba un bandoneón lleno de parches, descolorido, sobreviviente de cien milongas terminadas a castañazos.

—¡Si es el cafiolo de Monte Egmont y Olaya! —exclamé yo al reconocerlo.

—¡Turritos! —vociferaba el cafiolo, debatiéndose todavía—. ¡Dos contra uno! ¡Si quieren algo, véngan-se al parque Rancagua, y peleen mano a mano, como bacanes!

—¡No te hagas el taita! —le dijo yo—. ¿Te acordás cuando el sargento de la 21 te serruchó los tacos y te cortó la melena?

—¡Era un guacho! —masculló el cafiolo, como si le ladrase a un recuerdo.

—¿Y cuando el gallego de la lechería te puso un ojo en compota?

—¡Sí, pero a traición!

—Y hay más aún —insistí yo—. ¿Qué has hecho de Carita? La Chacharola, ¡pobre vieja!, te anda bus-cando para estrangularte con sus fríos dedos de bruja: es una ampolla de odio que le ha salido al barrio. ¿Dónde están sus cuatro sábanas de hilo de Italia? ¿Qué hiciste del *paco* metido en la calceta?

La facha del cafiolo se nubló un instante, nunca supe si de cólera o remordimiento.

—¿Catita? —gruñó después—. Sí, una noche, un farol, un tango...

—¡Eso es! —le dije—. Te pasaste la vida queriendo ser un motivo de tango. Mientras tu pobre vieja la-vaba ropa sucia, de sol a sol, para mantenerte, vos, ¡oh, haragán infinito!, no salías de la catrera ilustre, como no fuese para matear en el patio y cargosear las insultadas teclas de tu bandoneón virgen y mártir, de cuyo seno, dicho sea de paso, nunca lograste arrancar más que tres compases del vals «El Aeroplano».

—¡Algo más! —tronó el cafiolo lleno de ira—. ¿Y los dos compases de «Don Esteban»?

—Concedido —le dije yo a regañadientes—. Luego, aquel andar tuyo por la vereda del sol, arrastrando las alpargatas, lento y rígido como si temieras romper algún resorte de tu inefable anatomía, ¡oh, cafiolo!, hasta la esquina de Monte Egmont y Olaya donde, arraigando indefinidamente, parecías un árbol triste, un árbol sin hojas ni frutos que se dignaba florecer a veces en un magro silbido.

—¡Eso es pura viruta! —me interrumpió el cafiolo—. Déjate de firuletes.

—O bien —proseguí yo, implacable— tus noches grises en la cantina de don Nicola (¡su famoso vino de uva, químicamente puro!), donde pasabas tus horas muertas (que lo fueron todas) *escolaseando* con reos de tu misma pluma, o refiriéndoles tus mentidas hazañas de guerra, o encajándoles el cuento falso de tus no menos falsos amores.

—¿Falsos? —protestó el cafiolo con zurda jactancia.

Lo agarré del pañuelo y le di algunos zamarreones:

—Pero, eso sí —le dije—, llegabas a la milonga, y tu inercia inconmensurable desaparecía en los mil cor-tes, ochos y quebradas de un tango. ¿Qué fuerza dionisíaca te dominaba entonces? ¿Qué pánico viento, qué órfica demencia era capaz, ¡oh, cafiolo!, de sacudir y sublimar tu barro innoble, tu indolente arquitec-tura?

—¡Suélteme! —rugió el cafiolo al verse tironeado del pañuelo.

—¿Qué soplo telúrico...?

—¡Suéltenme, cajetillas! ¡Si quieren algo, vénganse al parque Rancagua! ¡Los peleo a los dos juntos con una mano sola!

En aquel instante un golpe de viento nos tiró de espaldas. Libre ya el cafiolo se dejó llevar por la misma ráfaga, y en un raudo movimiento de tirabuzón fue ganando altura, no sin atronar la atmósfera con sus amenazas, protestas y desafíos. El astrólogo y yo nos levantamos del suelo, y retomando la olvidada soga volvimos a marchar. Pero, sin duda, las vociferaciones del cafiolo acababan de alborotar a todo el barrio, porque los *homoplumas,* visiblemente agresivos, comenzaron a picar sobre nosotros, a envolvernos en sus colas prensiles y a gritarnos al oído parrafadas confusas.

—*Place Pigalle* —susurró un guitarrero, encarándose con el astrólogo—. Vos eras un muchacho que se las daba de intelectual, como quien dice, y que...

—¡Silencio! —le intimó Schultze—. ¡Qué historia la tuya, guitarrero! ¡Desde el Mercado de Abasto hasta el «Garrón» de París!

—Ahora toco en la radio —anunció el guitarrero con honda tristeza—. *Place Pigalle!...* Sí, hablabas en difícil con aquellos tres alemanes barbudos. Químicos, o *quimistas,* algo así me pareció que se llamaban. Querían fabricar oro. Algo así me pareció...

—¡Reo insigne! —le gritó demudándose al oír aquellas palabras—. ¿No recorrías la *rué* Fontaine, de *smoking* y pantuflas, gargajeando malignamente sobre los perritos falderos de las putas jubiladas?

—*«Dissolvons, putrefions, sublimons!»* —parodió el guitarrero en un francés detestable.

El astrólogo Schultze se puso de todos los colores.

—¿Y cuál era tu ambición ridícula? —preguntó urgentemente al guitarrero, como si desease hacerle cambiar de tema.

—Depositar un ramo de camelias en la tumba de Margarita Gautier.

—¡Ésa no! —le dijo Schultze—. Me refiero a la otra, la inconfesable.

—Yo...

—Tu ambición suprema —le recordó el astrólogo, sin misericordia:— era la de hacerte fotografiar en un lujoso vestíbulo, sentado en un sillón con funda blanca.

El guitarrero desvió los ojos y se hizo el desentendido:

—Ahora toco en la radio —musitó al fin, espeso de melancolía.

Se alejó prudentemente de nosotros, y la cara de Schultze expresó entonces un gran alivio, como si el astrólogo acabase de conjurar el riesgo de cierta enojosa revelación. Lo miré, no sin curiosidad, y me preguntaba yo qué velo había estado a punto de levantarse y traicionar la vida secreta de Schultze, cuando un *homopluma* vertiginoso cayó sobre mí, recitándome al oído estas palabras:

—«En sus *lujocsos palaccios...»*

Reconocí al Príncipe Azul en aquella voz declamatoria. Pero el hombre había cambiado mucho desde la última vez que lo viéramos en la glorieta «Ciro»: sus crines, antaño sucias y desgreñadas, lucían ahora un corte irreprochable y un peinado que rayaba en lo retórico; bien se veía la obra del masaje facial y de las cremas en su rostro ayer granujiento, sebáceo, intransitable; como siempre llevaba un alto cuello palomita (bien que, ¡oh, asombro!, sin injurias de moscas ni huellas dactilares) y una corbata plastrón de color de miel, en cuyo centro ardía una perla que si no era de Oriente le andaba raspando; entre sus manos enfundadas en guantes de color patito, el sensible malevo estrechaba y tenia un arpa de latón llena de cintajos, cuyo insonoro cordaje de piolín vibraba inútilmente. Me alegré al verlo, ya que su presencia en aquel círculo infernal me traía recuerdos entrañables del mundo que tan imprudentemente habíamos desertado. Atreviéndome a tocar su larga pluma de avestruz, le dije:

—¡Salve, poeta! ¿Cómo van esas ramosas reivindicaciones?

El Príncipe Azul se hurtó a mi caricia, tal como si hubiera sido la de un leproso:

—¡Más *respecto*! —se dignó advertirme—. Ahora *recito* en la radio.

—¡Lo sé! —dije yo con voz lastimera—. Y es por eso que las Musas del Arrabal están de luto riguroso.

El Príncipe Azul me sonrió desdeñosamente, como si yo le hablase de Historia Antigua.

—Hoy por hoy —dijo—, mi *cachetes* de $...

—¿Pesos? —reí yo—. ¡Vean quién habla de pesos ahora! El que azotó las nalgas de los burgueses con las cuerdas tonantes de su lira; el que a estrofazo limpio turbó el sueño injusto de los magnates; el que...

—¡No fui escuchado! —se quejó el Príncipe Azul—. Nadie *es profecía* en su tierra. Por mí, que los tiranos crezcan y se multipliquen. ¡Ahora estoy sentado en el *banquete* de la vida!

Lo miré con ojos húmedos:

—¡En el banquete de la vida! —exclamé luego—. ¿Y para qué? ¡Para que la gente discreta se te ría en la cara, festejando tu mal gusto de nuevo rico y tu elegancia de malevo lujoso! ¡Esas camisas delirantes, esas corbatas declamatorias, esos trajes de imposible arquitectura, esos zapatos agresivos que ahora luces en las *broadeastings,* verdugo de los ojos, escándalo de la luz! ¿Y qué decir de tu automóvil color neuralgia, con tapicería de cuero de nonato, o de tu departamento rebosante de muebles inútiles, ahíto de *bibelots,* congestionado de espejos, donde no consigue uno dar un solo paso de frente?

—¡Si la *enviedia* fuera tiña...! —sentenció aquí el Príncipe Azul.

—¡No, Príncipe, no! —le advertí cariñosamente—. Desde que te fuiste, la glorieta «Ciro» ha quedado sin alma. El barrio gruñe, las viejas murmuran; y las voces unánimes afirman...

—¿Qué pueden afirmar? —cacareó el Príncipe.

—Que algún día te llegará la mala. Y que, si naciste en el Maldonado, al Maldonado has de volver.

Se agitó el Príncipe Azul, aventuró una risita desdeñosa, quiso enunciar alguna objeción. Pero se lo estorbaron tres *homoplumas* zumbadores que picaron en escuadrilla sobre nosotros.

—¡Cinco por ocho, cuarenta! —dijeron las tres voces en coro—. ¡La pampa tiene el ombú!

—¿Cuándo? —les pregunté, reconociendo sin fervor a los componentes del trío «Los Bohemios».

—De 18 a 18,15 horas. LX3, Radio Treno.

Se alejaron tan raudamente como habían venido. Y entonces oí a mis espaldas un triste son de vihuela, giré sobre mis talones y me enfrenté con un *homopluma* de sombrero gaucho y barbijo, en el cual reconocí al payador Tissone. Me contempló un instante, lleno él de cierta melancolía vacuna; y punteando en su guitarra me declaró:

—«Soy la postrer armonía de una raza que se va...»

—¿Dónde? —le pregunté descorazonado.

—L.Y.2, Radio Querencia —me respondió—. Todas las noches, de 20 a 20,15 horas.

Se lo llevó el viento, con guitarra y todo. Y en este punto regresaron el Príncipe Azul, el Cafiolo, el guitarrero de Montmartre, el trío «Los Bohemios» y otros *homoplumas* de la misma laya, todos los cuales parecían traer ahora un propósito agresivo, como lo demostraban sus voces descompuestas y sus actitudes beligerantes. Por fortuna, un toque de xilófono los redujo a silencio. Se oyó después la gangosa voz de un *speaker* radiotelefónico:

—Z.Z.l, Radio Infierno. ¡Muy buenas noches, mis estimados oyentes! Muy buenas lo serán, os lo aseguro, *si* todos vosotros, oyendo el sano dictamen de la prudencia, os habéis afeitado con la insuperable hoja «Styx», la única que sabe dejar en vuestros mentones una caricia de silfide.

Antes de iniciar nuestro programa de la noche, permitidme una breve digresión filosófica que, al poner en actividad vuestras no siempre bien ejercitadas células grises, acaso turbe a esta hora la respetable función de vuestro no menos respetable intestino delgado. Pero nada temáis, queridos oyentes, pues en caso de una revolución interna siempre tendréis a mano el infalible laxante «Marathón», el más rápido e inofensivo del mundo.

Un nuevo toque de xilófono agudizó nuestra expectativa, y la voz del *speaker* se levantó de nuevo:

—Raro es el mortal —dijo— que no reconoce y venera hoy en la Radiotelefonía uno de los milagros de la ciencia que más han contribuido a exaltar la fe de los creyentes en un porvenir lleno de artefactos admirables que, al amoblar sus casas y desamoblar sus almas, ha de ganarles el reino de una beatitud sin rompederos de cabeza. ¿Lo reconocéis así, mis estimados oyentes? ¡Festejadlo entonces con el famoso coñac «Alambique», una obra maestra de la alquimia contemporánea! Pero si grande es el prodigio que la ciencia obró en la Radio, no es menor el que la Radio misma obra en este siglo, al poblar el éter, antaño mudo, con las voces lisiadas, los gruñidos enteros, los eructos musicales, la oratoria confusa y el pedorreo artístico de una multitud cuya vena lírica no había cruzado, ¡ay!, hasta el presente los estrechos límites familiares, y que hoy, gracias a S. M. el Micrófono, logra salir al fin de un anonimato tan secular como injusto. Y es así como no hay actualmente guitarrero de almacén, ni tiple de barrio, ni dramaturgo de lechería, ni vate de glorieta, ni actor de centro filodramático, ni declamadora de uso doméstico que, desertando la pala infamante, el martillo vergonzoso, la servil aguja o el andamio grosero, no corra hoy a las *broadcastings,* ansioso de unir su voz al gran acorde universal. Nuestro programa será un fiel exponente de tan novedosas armonías. Escuchadlo con atención, mis estimados oyentes, y recordad que habrá jabones de tocador, pero ninguno como el exquisito «Mundatótum», capaz de dar a vuestro cutis una segunda y eterna adolescencia.

Calló el *speaker,* tres toques de xilófono agujerearon el silencio. Y en seguida, como al conjuro de aquellas notas, los *homoplumas* iniciaron el concierto más abominable que hayan oído alguna vez las orejas humanas: rezongos de orquestas típicas, estridencias *de jazz,* mugidos de cantores de tango, fiorituras de cupletistas, latiguillos de dramón radial con sus «¡Mátala!» y sus «¡Ah, muero!», noticiarios rabiosos, transmisiones de partidos de fútbol y de asaltos de box, anuncios insistentes como tábanos y sonsos como el estribillo de un idiota: esas voces y otras muchas no identificables estallaron a la vez y se confundieron en un baladro tan horrible, que Schultze y yo echamos a correr desesperadamente, atropellando a los *homoplumas* que tañían o gritaban como energúmenos.

Así, a toda carrera, salimos de aquel sector. Y corriendo siempre atravesamos el de los silenciosos *homofolias,* que durante algunos minutos llovieron sobre nosotros como las hojas muertas de un árbol sacudido por otoñales vientos. El ansia de llegar a un espacio libre y el furioso tren de la carrera me impidieron tantear el carácter de los *homofolias;* pero el desgano de aquellos entes infernales, la indolencia con que planeaban al caer y sobre todo su mutismo sin rotura me hicieron adivinar que integraban la conocida especie criolla de «los que nacieron cansados».

Nos detuvimos frente a un espacio en cuyo centro un tiovivo (o *calesita,* como le llamamos nosotros) giraba ya lenta ya vertiginosamente, según el impulso del viento que le daba en una suerte de velamen. Al girar dejaba oír una música gangosa, como de organito, que se hacía o exageradamente rápida o demasiado lenta, de acuerdo con el ritmo de la rotación, y en la cual reconocí luego con bastante sorpresa el *Dies irae* gregoriano. Un concurso de hombres graves, cuya solemnidad no me pareció a tono con aquel pasatiempo infantil, llenaba la calesita y giraba con ella: en grupos de a dos y de a tres, aparecían jineteando feos animales de madera pintada, entre los cuales identifiqué al Dragón Apocalíptico, a la Bestia de Siete Cabezas, a la Bestia de los Dos Cuernos, a la Gran Prostituta y a los reyes de Gog y de Magog; y justo es decir que los hombres graves, al castigar la verija de los monstruos con sus espuelas de latón, hacían gala de una buena voluntad que me pareció llena de mérito, como también lo era, sin duda, el afín con que tendían sus manos hacia una sortija resplandeciente que, clavada en un tarugo de madera, les ofrecía y les negaba cierto demonio calesitero disfrazado de ángel. Atentamente consideraba yo la calesita, bien que sin adivinar su sentido en aquel infierno de la pereza, cuando uno de los hombres graves, a punto de alcanzar la sortija, perdió el equilibrio y cayó fuera del artefacto giratorio. Schultze y yo corrimos en su ayuda, lo

levantamos del suelo y nos pusimos buenamente a sacudirle las ropas que se le habían llenado de arena. Pero el hombre, con un gesto digno, se desasió de nuestras manos:

—*Noli me tangen*—nos advirtió sin apasionamiento alguno.

Quedé confundido. Pero el astrólogo Schultze rió con benevolencia:

—¡Claro! —dijo—. ¡Es el Gran Oracionista!

Difícil de pintar es la cólera que se apoderó del hombre al oír aquellas palabras. Tartamudeó un instante, escupió los granos de arena que aún tenía en la boca, y gritó luego:

—¡El Vicepapa es un *clown*! ¡A la gehena con él! ¡Ha blasfemado una y mil veces!

—No hay duda —volvió a decir Schultze—. Estamos en presencia del Gran Oracionista.

Y dirigiéndose a mí especialmente:

—Ha de saber —me contó el astrólogo— que hace algunos años una nueva herejía comenzó a divulgar sus miasmas deletéreos en la muy católica Buenos Aires. Un puñado de hombres, víctimas de cierto fanatismo que no carecía de gracia, dieron en la piadosa locura de aferrarse a la oración con uñas y dientes (lo cual es digno de elogio) y de negarse a toda suerte de acción, hasta el punto de caer en cierta inmovilidad terrena que, sin embargo, no les impedía, ni hacer un uso alarmante del té con galletitas, ni ascender prodigiosamente en sus cargos públicos, ni satirizar a los ridículos mortales que dilapidaban su tiempo en inútiles especulaciones filosóficas, en vanidosos afanes artísticos o en prosaicos intentos de reorganizar la ciudad terrestre. Y esto sucedió en el año de la Creciente Grande, cuando las últimas garzas blancas aparecieron en el sur.

—¡Niego lo de las galletas! —le interrumpió aquí el hombre grave—. ¡Cómo asoma la oreja del Vicepapa en ese relato maligno!

Sin prestarle atención alguna, Schultze continuó su discurso:

—Estaban así las cosas —me dijo—, cuando apareció un hombre que, reuniendo en sí la prudencia de la serpiente y el candor de la paloma, vio en aquella locura un retoño final de la vieja y al parecer agotada herejía *quietista.* Entonces la bautizó con el nombre de *Oracionismo;* y oracionistas vinieron a llamarse los que se daban a tan peligrosa inclinación. Aquel extraño apóstol (que sin duda llegaba del desierto y se había nutrido quizá de langostas y miel silvestre) recabó para sí el título de Vicepapa, que se redujo luego al de Vice a secas, por atendibles razones de abreviatura.

Oyendo aquel nombre temido, el Gran Oracionista se conmovió de pies a cabeza:

—¡Duro con él! —bramó—. ¡A las tinieblas exteriores! ¡Langostas y miel silvestre! ¡Que lo digan los mozos del bar «Adam»!

—Denunciada la herejía y adoptado su nombre de combate —prosiguió Schultze—, el Vice, acudiendo en auxilio de la Santa Iglesia, no demoró el instante de la batalla: se puso el yelmo de la paciencia, la coraza del fervor, el espaldar de la cordura, la pancera de la benignidad, las manoplas de la justicia, las rodilleras del ensueño, los escarpes del militar amor; luego requirió el escudo de la *philosophia perennis,* el hacha de Don Silogismo y la pica de Doña Escolástica; y así, armado hasta los dientes, el Vice resplandecía con tan hermosas luces, que sus cardenales atónitos no trepidaron en compararle a la estrella Aldebarán en una noche sin luna. El Gran Oracionista rió aquí en toda la extensión que su gravedad le autorizaba:

—¡Sus cardenales! —dijo—. ¡Runfla de trasnochadores que bebían como templarios! ¡Frivolidad andante que no vaciló en pisar los rosados talones de la puta pagana!

—Los únicos ebrios entre tantos sobrios —le recordó Schultze juiciosamente.

Y retomando el hilo de su historia volvió a dirigirse a mí:

—Antes de seguir adelante —me dijo—, le pediré toda su atención. Por primera vez oye hablar de un misterio que algún día será divulgado: se comprobará *entonces* que Buenos Aires, por haber sido teatro de tan amorosa batalla, es el centro místico del continente. Pero volveré a mi relato. Dejé al Vice armado como un San Jorge frente al dragón; y es preciso describir ahora la naturaleza del dragón, para entender algo de la batalla que dragón y Vice reñirían muy luego. El oracionismo, indiferenciado en sus primeras horas, no tardó en mostrar dos caras distintas, a saber, el *aquilismo* y el *gusanismo.* Disposiciones alarmantes caracterizaban al oracionista de tipo aquilino: dueño de las alturas, peatón de la Vía Iluminativa y desde ya ciudadano de la Jerusalén Celeste, mostraba la hosquedad, el orgullo solitario y la fácil irritación del águila que abandona sus cumbres. Al descender a este planeta, solía manifestar asombros angelicales, como si de pronto se viera en un mundo ajeno; y ocasiones hubo en que sus discípulos, llorando de piedad, tuvieron que recordarle cuál era el uso de un tranvía o cómo se empuñaba un tenedor. Eso sí, ya en la tierra, el oracionista de tipo aquilino clavaba en la humanidad una pupila irritada, buscando trozos de hígado prometeano en que ejercitar la cólera celeste de su pico. Y a este linaje de oracionismo —concluyó Schultze— pertenece o ha pertenecido el hombre que tenemos delante.

Al verse denunciado tan a las claras, el Gran Oracionista, en cuyo rostro habían ido sucediéndose los colores de la indignación, el desprecio y la vergüenza, estalló en dos o *tres flatus vocis* quejumbrosos:

—¡Excomulgados! —lloró—. ¡Se lo contaré todo al Señor San José! Esa pintura es tan falsa como las alfombras persas del Vice.

—Ahí tiene una muestra de oracionismo en su doble aspecto quietista y malévolo —me dijo Schultze—. Este señor no ha vacilado en requerir el auxilio de la Corte Celestial para menesteres tan vulgares como el alquiler de una casa o la expulsión de un vecino molesto. Por otra parte, acaba de manifestar su gusto blasfematorio, al poner en duda la fehaciente, jurada e incontrovertible autenticidad de las alfombras vicepapales.

—¿Y qué decir de sus opalinas? —aventuró el hombre grave, llorando con un ojo y riendo con el otro.

—¡Silencio! —le ordenó Schultze—. Y veamos ahora cuál era la naturaleza del *gusanismo.* El oracionista vermiforme se calzaba, se vestía, se tocaba y se nutría de una humildad tan agobiadora, que nadie, en su presencia, dejaba de sentirse vanidoso, hueco, la basura del mundo en una palabra. Si le solicitaban una opinión sobre cualquier asunto, ya fuese humano o divino, el oracionista bajaba los ojos cándidamente y respondía: «¡Qué puedo saber yo, pobre gusano de la tierra!» Si alguien le reclamaba el menor esfuerzo, el hombre sonreía *de profundis* y contestaba: «¿Quién soy yo, triste gusano que se arrastra, para intervenir en una obra tan admirable?» Y los que le oían experimentaban el deseo irresistible de arrodillarse frente al gusano, o de aplastarlo clásicamente, o de que los gorriones celestiales se lo comieran de una vez. Pero el gusano, detrás de su trinchera, no dejaba de sentir una formidable seguridad entre los soberbios que yerguen sus cráneos llenos de humo. Era un sentimiento pecaminoso, ¡bien lo sabía él!, ya que nadie se debe considerar seguro antes del primer juicio; no obstante, y sin dejar de combatirse, el oracionista vermiforme caía una y mil veces en tan arriesgada complacencia, sobre todo en los anocheceres de esta gran Babilonia que es Buenos Aires, cuando, recorriendo la calle Florida entre tantos impíos y fornicadores, apenas lograba contener la risa, al verlos caminar hacia el infierno, mientras él, pobre gusano de la tierra, sentía ya en sus carnes el roce de la blanca vestidura que han de llevar los justos en el día de la cólera.

Sofocado por su misma elocuencia, el astrólogo Schultze calló un instante. Luego, dirigiéndose al Gran Oracionista:

—¿llene algo que objetar a esa pintura? —le interrogó.

—Mucho —respondió el Gran Oracionista—. El Señor ha dicho: «No juzguéis, por temor de ser juzgados.» ¡Ya vendrá el Día del Juicio, en que serán pesadas todas las intenciones!

—¡Otro *leitmotiv* oracionista! —me dijo Schultze, como si me tomase por testigo—. Este señor ha hecho tanto abuso del Juicio Final, que postergó hasta ese día la solución de problemas tan insignificantes como el hallazgo de un botón de camisa perdido en una cómoda.

—¿Y la batalla? —reclamé yo—. ¡Venga pronto la batalla! Como supondrá usted, no pienso echar raíces en este infierno.

—La batalla —me contestó Schultze— se libró en el parque de los Benedictinos de Belgrano, lugar que ambos contendientes habían señalado como ideal para las maniobras de la caballería. Vestidos de hierro y montados en tormentosos corceles, el Gran Oracionista y el Vice, a un toque de olifante, se arrojaron el uno contra el otro, lanza en ristre y a media rienda; y los espectadores, al verlos partir como tiro de ballesta, no dudaron que ambos paladines meditaban el sañoso designio de enviarse mutuamente *ad Patres.* El choque se produjo frente a los tres ombúes de los benedictinos: habiéndose tocado en las respectivas corazas, los dos adalides, perdiendo los estribos, se vinieron abajo con tal estruendo de metales, que no se habría oído tronar a Dios. Uno y otro quedaron aturdidos en el suelo durante el tiempo que se necesita para recorrer dos leguas pampas a caballo. Y el primero en recobrarse fue nuestro Vicepapa, el cual, desenvainando su tizona en cuyo pomo se guardaban las mejores reliquias (y entre ellas un diente de San Estanislao), voló hacia su rival con el propósito de abrirle la canal maestra. Pero, como le viese desmayado, y no siendo el Vice hombre de atacar a un enemigo indefenso, aguardó a que el Gran Oracionista despertara: lo cual habría ocurrido el Día del Juicio por la noche, si el Vice, llamando a un su escudero, no lo hubiese mandado traer una pinta de vino de Mendoza (cosecha de 1923) que arrojó a la cara del caballero durmiente, no sin antes haber trasegado él mismo entre pecho y espalda la mitad al menos de la pinta. No bien el Gran Oracionista se hubo incorporado, la lucha continuó a pie y con espada: los dos caudillos, en el verdor de sus respectivas edades, cambiaron allí golpes tan violentos, que las desquiciadas armaduras volaban en piezas, sembrando por el terreno los rubíes, las esmeraldas, los zafiros y los lapislázulis de que estaban guarnecidas con un primor que algunos dieron en calificar de barroco. Entretanto las huestes del Gran Oracionista y los cardenales del Vice pugnaban en el más lucido entrevero que fue dado verse por aquellos días. Y es fama que los cardenales realizaron allí tantas proezas, que la Teología y la Historia, presentes en el terreno, cambiaron entre sí una sorprendida mirada, como preguntándose mutuamente si no estarían resucitando los tiempos del arzobispo Turpin.

Ya fuese porque le halagara la tesitura heroica en que lo había puesto el narrador, ya por otro motivo cualquiera, el Gran Oracionista depuso el ceño para condescender a un despliegue de labios que no era difícil tomar por una sonrisa:

—*Si* la locura del Vice no fuera un hecho indubitable —dijo en tono de hombre sin rencor—, ese relato carnavalesco lo denunciaría claramente.

—Mi relato es historia —le respondió Schultze—, aunque vestida con traje de marinero.

—¿Y cómo terminó la batalla? —interrogué yo.

—¿Cómo quiere que terminase? —me respondió Schultze—. Las huestes oracionistas acabaron por fundirse como la escarcha bajo el sol: unos, tocados por la gracia, se convirtieron a la buena doctrina; otros abandonaron sus asperezas y angelismos en los umbrales de Santo Matrimonio.

—¿Y el Vice?

Aquí el astrólogo se revistió de un aire solemne:

—Grandes eran, sin duda, sus merecimientos —dijo—. Porque, arrebatado en vida por un ángel, fue colocado en el cielo austral bajo la forma de una constelación que se llama Del Vice, y cuyas estrellas alfa, beta y gamma reproducen las gloriosas heridas que recibió en el combate.

Incontenible fue la risotada que soltó aquí el Gran Oracionista:

—¿El Vice? —rió—. ¡Un teólogo cuyo genio sólo podía navegar en océanos de cerveza! ¡Si hablaran los compartimientos del bar «Jousten»!

—¿Y qué? —le replicó Schultze—. Después de la batalla, ¿no tenía el derecho de aplacar su sed con los hidromieles de Quilmes o de Río Segundo? Ciertamente, a fuer de metafísico, el Vice no era hombre de negarse a los reclamos de la sed; porque la sed, aunque privación ontológica, es potencia de ser y le es dado pasar de la potencia al acto mediante un ser en acto. Por otra parte, ¿qué derroche de sapiencia no hacía él frente a un espumoso medio litro?

—Sí —admitió el Gran Oracionista—. Por ejemplo, cuando lograba identificar a una persona sólo con que le dijesen qué sería la tal persona si fuera objeto de tocador, elemento, comida o mueble.

—¡Gran Dios! —repuso el astrólogo, sensible a la ironía—. ¿Vivimos entre cuáqueros? ¿No puede retozar el espíritu, siquiera por un instante, después de haberse fatigado en hondas abstracciones?

Pero el Gran Oracionista no lo escuchaba ya: súbitamente despavorido, el hombre consultó su reloj (una venerable máquina suiza del siglo XVIII), dirigió su inquieta mirada a la calesita; y, sin despedirse, corrió hacia el artefacto, al que le vimos trepar con una vehemencia conmovedora.

Cuando volvimos nuestras espaldas a los oracionistas, el semblante de Schultze revelaba una inquietud nueva que no dejó de alarmarme.

—Algo queda por ver aún en este círculo —me declaró al fin—. Pero le ahorraré lo que falta, ya que la salida será bastante peliaguda, sobre todo para usted.

—¿Para mí? —le dije—. ¿Qué tengo yo que ver con este Infierno?

—Malo es olvidar a los Potenciales —me contestó el astrólogo en enigma.

Lo seguí, entre rabioso y preocupado: la tiranía de la soga que ya me acalambraba los dedos, y sobre todo aquel interminable soplar de ventarrones, hacían que comenzara yo a detestar el quinto círculo y a su vanidoso creador. Grande fue, pues, mi alivio cuando, a poco andar, entre la luz o niebla que languidecía en aquel último rincón del infierno, vi perfilarse, no sólo la muralla, sino también el portón de salida, el cual, abierto generosamente, parecía convidar a la más fácil de las evasiones. Y en mi satisfacción me reía interiormente del astrólogo, cuyos temores e inquietudes se me antojaban ahora calculados y entretejidos a propósito en aquella maraña de incidentes, a fin de interesarme o asustarme según el caso. Distraído yo en esas especulaciones y ensimismado Schultze en las suyas, nos acercamos otra vez a la pista del viento, la cual, según dije antes, corría muy cerca de la muralla. La traspusimos de un salto, pues un creciente redoblar de talones en la tierra nos anunciaba la proximidad del viento que tenía jurisdicción en aquellos últimos noventa grados del círculo; y, sin mirar atrás, nos dirigimos al portón abierto, Schultze muy grave ahora, yo más confiado que nunca. Pero frente al portón, y negando su acceso, vi de pronto una muchedumbre de casi figuras humanas.

Digo casi figuras, porque sus contornos apenas estaban esbozados en una materia sin color y traslúcida como el celuloide virgen. Gracias a su liviandad extrema, las casi figuras mantenían bajo el viento un equilibrio fluctuante: se bamboleaban en todo sentido, pero no caían, semejantes a esos pequeños y livianos monigotes con que juegan los niños y cuyo centro de gravedad se halla en una base de plomo redonda y maciza. Entre curioso y risueño, me detuve ante el batallón de juguetería que custodiaba el portal: aquellos eran sin duda los Potenciales a que se había referido el astrólogo; y viéndolos ahora se me hacía el campo orégano, al imaginar cuan fácil debía de ser abrirse un camino entre tantos peleles de celuloide. «Ciertamente —me dije—, Schultze es un farsante.» Pero cuando miré a los casi hombres de cerca, y no bien hube reconocido el apenas esbozo de sus caras o el balbuceante simulacro de sus voces que ya se atrevían a maldecirme, sentí a la vez un escalofrío en las vértebras y una oleada de fuego en el rostro. Lector vidente, raro es el hombre que, escondido en la intimidad segura de su alma, no haya inventado para sí destinos

locos, aventuras imposibles, gestos desmesurados y personificaciones absurdas que, forjadas en el inviolable taller del ensueño, no se atrevería él a confesar ni bajo tortura. Pues bien, en los homúnculos de celuloide que me cerraban el paso veía yo una encarnación patente de las más raras locuras que hubiese tramado alguna vez mi fantasía en sus escondidos telares; concretadas ahora en una materia, parecían fetos extravagantes, abominaciones plásticas, artificios de algún demonio. Y a medida que los identificaba, me sentía bañado en un frío sudor de vergüenza, como si me desnudaran en la calle, frente a mil ojos burlones.

El primero en afrontar la valla fue Schultze, el cual, apretando los dientes, atropello a los homúnculos de celuloide y se abrió paso con bastante facilidad, aunque no sin recibir algún castigo. Ya del otro lado, me dirigió algunas voces alentadoras:

—¡No les tenga miedo! Son los Potenciales.

Cerré los ojos y los embestí, a mi vez, con alma y vida. Se bambolearon los homúnculos; pero al recobrar sus equilibrios me rechazaron con una violencia mecánica, y me vi de pronto ignominiosamente sentado en el suelo y urgido por la voz del astrólogo que me gritaba:

—¡No es así la cosa! ¡Hay que mirarlos de frente!

Me incorporé al oír ese tardío consejo, y volví al ataque, pero ahora sin brutalidad y con el ojo avizor. Trataba yo de abrirme camino entre los monigotes de la primera fila, cuando uno de ellos, oponiéndome la barrera de su tórax gigante, se me quejó en un tono lastimero que, según advertí después, era común a todos los Potenciales:

—¡No empuje! —lloriqueó—. ¡Ahora no estamos en el *ring*! Lo miré de frente, según me lo había indicado Schultze, y al reconocerlo mis dientes empezaron a castañetear: era una especie de gorila, musculoso hasta el delirio, cuyo mentón saliente, nariz aplastada y orejas de coliflor querían insinuar la idea de un púgil martillado en cien combates.

—Yo habría sido aquel Edison Anabaruse, aquel muchacho boxeador, la Pantera Salvaje de Villa Crespo —siguió lloriqueando el púgil—. ¡Quiero la bolsa de cien mil dólares que habría ganado en el Madison Square Garden de Nueva York, cuando vencí o habría vencido a Jack Dempsey en la segunda vuelta de aquel *match* formidable!

—¡Calma, calma! —le dije yo, despavorido.

Pero Edison Anabaruse no se calmaba:

—¡Quinientos mil espectadores en el estadio! —gimió—. La gritería era espantosa cuando Jack, al recibir mi directo en la mandíbula, salió volando entre las cuerdas, hasta el *ring side.* Alaridos yanquis, la luz de los reflectores en mis ojos empavonados, ¡y el *referee* que se olvidaba de contar!... Pero yo no había perdido la calma: me acordaba de Firpo. Y cuando Jack volvió al *ring* completamente groggy...

—Sí, sí —articulé yo, tragando saliva—. Nada más que un desvarío.

—¿Un desvarío? —gimió él—. ¡Quiero mi bolsa de cien mil dólares y el cinturón del campeonato mundial!

Sudando a mares huí del insistente Anabaruse: me deslicé trastabillando entre dos o tres figuras que me sollozaban sus nombres; y di por último contra un hombretón que al sentirse chocado puso el grito en el cielo:

—¡Epa! —me gruñó el hombrote—. ¡No se me deje caer así, como carancho sobre los huevos! ¡A don Brandan Esoseyúa no lo atropella nadie!

Bombachas amplísimas, botas en acordeón, chambergo requintado, rebenque de cabo de plata, tirador y rastra con más onzas que un magnate, sugerían en aquel homúnculo al estanciero del sur. Y, al identificarlo, balbucí, rojo de vergüenza:

—Señor don Brandan...

—¿Conque me reconoce? —dijo él, entre irónico y dolorido—. La pampa sigue desierta. ¿Dónde están los establecimientos ideales, las estancias maravillosas que yo fundé o habría fundado en el sur, distribuyendo mis tierras entre los colonos que trabajaban como ángeles y proliferaban como bestias, no sin que una y otra función les dejara el tiempo necesario para leer a Virgilio y meditar la *Política* de Aristóteles?

—Una locura basada en patrióticas intenciones —me disculpé yo con voz quebradiza.

—El infierno está empedrado de buenas intenciones —repuso don Brandan—. Pero yo vi o habría visto la llanura cuajada de pueblos rumorosos como trigales.

—En aquel punto dejóse oír una voz doliente, aunque llena de autoridad:

—¿Quién habla de pueblos? —dijo—. ¿Se ha olvidado que aún existe Bruno de San Yasea?

Me acerqué al que así pregonaba su nombre, y vi al más curioso de los pergeños, un anciano de barbas fluviales, cuernos de Moisés en la frente y vestidura entre civil, militar y sacerdotal. Al reconocerlo, temblé como una hoja:

—¡No! —le supliqué—. ¡Usted no! ¡Sería demasiado ridículo!

—¿Ridículo? —articuló el apóstol en tono de elegía—. Yo, Bruno de San Yasea, en pleno siglo XX asumí o asumiría el gobierno de la República; y durante ocho lustros regí sus destinos con una mano de hierro y la otra de azucena. Los obreros migratorios de Tucumán y el Chaco, los miserables de la zafra, los malditos del quebrachal se afincaron por mí o se afincarían en una tierra que, hasta entonces, les había sido madrastra: constituyeron o habrían constituido familias impecables; y los hijos de sus hijos me bendicen hoy o me bendecirían en un castellano folklórico. ¿Y eso le parece ridículo? Yo soy quien organizó en corporaciones vistosas a los ganaderos australes, a los agricultores del centro, a los viñadores de Cuyo y a los tabacaleros, yerbateros y algodoneros del trópico: instituí sus trabajos en bien medidas octavas reales, yo mismo les di códigos asombrosos, dibujé sus escudos y emblemas, determiné sus festivales, escribí sus canciones alusivas y legislé sus danzas litúrgicas. ¿Y ello le parece ridículo? En llanos, montes, aldeas y urbes templé y armonicé las clases sociales como si fuesen las cuerdas de un laúd, para que juntas y sin discordia levantaran el acorde unitario de la vida. ¿Y le parece demasiado ridículo?

—¡No, no, pobre fantasma! —le contesté—. Pero las creaciones *ad intra...*

San Yasea me interrumpió con un triste ademán:

—Y aún falta lo sublime —dijo—. Al conseguir que todos los habitantes de la nación recobraran por la felicidad y la holgura el perdido concepto de sus dignidades, no quise engolosinarlos con la mentirosa ilusión de un Paraíso Terrestre, sino darles el *ocius* necesario, la oportunidad de redescubrir en ellos mismos la imagen del Creador. Y fue así como, no bien logré o habría logrado que el solar argentino fuese una «gran provincia de la tierra», conseguí también que se transformara en una «gran provincia del cielo». ¡Se vio entonces cómo sesenta millones de almas emprendían el sabroso camino de la metafísica y alcanzaban todos los grados de la contemplación!...

—¡Basta! —le supliqué yo anonadado.

—Y se vio cómo los desertores de la ciudad construían sus Tebaidas en los eriales de Santiago del Estero, en la puna de Atacama o en la travesía de San Luis. ¡Gran Dios, las catedrales brotaban como hierbas!

—¡Cállese! —insistí—. ¡Ni una palabra más!

—¿Olvido, acaso, el día de mi muerte? —añadió Bruno de San Yasea con voz fanática—. En torno de mi catafalco, millones de rostros sollozantes...

Lo atropellé, lo hice girar como una veleta y huí a la desesperada. Un homúnculo en forma de pisaverde intentó hablarme todavía:

—Yo soy aquel Urbano de Sasaney, doctor en amores...

Pero lo derribé al pasar, ¡triste muñeco de celuloide! A puñetazos y cabezadas me abría camino entre aquellos entes aborrecibles. Y me alentaba ya la convicción de que ninguna fuerza podría detenerme en lo sucesivo, cuando me sentí desfallecer ante una dulce y ascética figura de monje que me clavaba sus ojos llorosos. Traté de no mirar aquel semblante descarnado por las mortificaciones y los ayunos: hubiera querido hundirme bajo la tierra como un gusano. Pero, ¡ay!, bien sabía yo que todo era inútil y que fray Darius Anenae (O.S.B.) no tardaría en hablar.

—¡Padre! —le rogué—. Si en un exceso de su caridad me ahorrara este bochorno...

Sin oírme siquiera, fray Darius comenzó a decir, entre lloroso y exaltado:

—En la provincia de Corrientes, a orillas de la misteriosa Ibera, existe una región insalubre que parece dejada de la mano de Dios. ¿Recuerda el sitio?

—¡Padre, padre! —volví a decirle con voz mendiga.

—En aquella comarca, y llamado por el Señor a las duras vías de la penitencia, edifiqué o habría edificado mi eremita, un chiquero de paja y barro, casi hundido en la ciénaga. El sol implacable, los ponzoñosos vahos de la laguna y las trompas mordientes de los insectos castigaban allá toda carne; de modo tal que *yo,* fray Darius Anenae (O.S.B.), consagré o habría consagrado mis días y mis noches a lavar las llagas de los leprosos, enterrar a los muertos, restañar el llanto de las viudas y alimentar a los huerfanitos, ¡ah!, todo ello bajo un cielo que gravitaba sobre hombres y bestias como una terrible mirada de cólera. Una noche...

—¡Padre! —le interrumpí yo, sudoroso de angustia—. ¿Para qué revelar los extravíos de una imaginación más poética que culpable?

Fray Darius no dio muestras de haberme escuchado:

—Aquella noche —siguió diciendo— estaba yo en un rancho de la vecindad: había barrido el suelo de tierra, y ahora vigilaba un guisote junto al fuego de leña de vaca. En la penumbra del rancho se oía, ya el ronco jadeo del agonizante, ya la voz de una mujer que gritaba en su delirio, ya el sollozo incontenible de las viejas, ya la inocente risa de las criaturas que alborotaban en los rincones. Pero lo más terrible de aquel antro era el hedor que difundían las pústulas abiertas, las costras resquebrajadas, los corrompidos alientos, los trapos húmedos de babas y sudores. Y yo, fray Darius, aspiraba ese duro aroma de la penitencia: revolviendo mi guisote, persistía yo en una oración que ya duraba muchos años y que, a mi juicio, no tardaría en forzar las compuertas del cielo. De pronto vi que todo el rancho se llenaba de una claridad suavísima; y sentí en el aire tufaradas de un perfume sabeo, como si númenes invisibles comenzaran a balancear allí fragantes incensarios. ¡Gran Dios! Al mismo tiempo vi cómo los agonizantes se ponían de pie, cómo exultaban las mujeres y cómo se despavorían los niños. Y todos los ojos estaban clavados en mí, y las voces gritaban: «¡Padre Darius! ¡Padre Darius!» Quedé un instante como desorientado: me pasé una mano por la frente. Y, ¡gran Dios!, al retirarla llena de chispas entendí que luces y aromas brotaban de mi cuerpo, y que yo era el fanal de aquella luz y el incensario de aquel perfume.

Su exaltación creciente multiplicaba mi vergüenza:

—¡Loco, loco! —le grité—. Yo leía entonces el *Fias Sanctorum...*

Pero fray Darius no callaba:

—¡Huí del rancho! —prosiguió—. ¡Corrí a través del erial y bajo la noche que abría sobre mí su gran corimbo de estrellas! Una embriaguez infinita encabritaba mi sangre: ¡Milagro! ¡Yo, fray Darius, acababa de hacer un milagro! Corría, volaba por el erial. ¡Un milagro! Todas las avenidas del cielo se me franqueaban ahora, y oía voces angélicas que me llamaban desde las alturas: «¡Darius! ¡Es nuestro hermano Darius!»

—¡Loco! —volví a gritarle.

—De pronto —dijo él—, estalló en la noche una risotada inmensa, diabólica, terrible. Me detuve, como petrificado: la embriaguez se desprendió de mi alma como un sucio vestido; y sentí que algo se derrumba-

ba en mí con fragores de catástrofe, y que ese algo era la ridícula, soberbia y deleznable catedral de mi orgullo. Entonces volé a la ciénaga: hundí mis ojos, mi nariz, mi boca, mis orejas en el barro infecto, no sin rogarle al barro que me perdonase aquella injuria. Y luego...

No escuché más. Tapándome los oídos con los índices, volví mis espaldas a fray Darius y arremetí contra los últimos Potenciales, que se me abrieron como un trigal. Cuando levanté la cabeza, el astrólogo Schultze atravesaba conmigo el portal abierto.

X

Al evocar después todo mi viaje por el Helicoide schultziano, me dije que ningún incidente había resultado tan enojoso para mí como la batalla de los Potenciales, ni siquiera el que tuve más tarde con Samuel Tesler, en el Infierno de la Soberbia, cuando me tocó resolver el enigma de su endiablado quimono chino. Es muy lógico, pues, que al abandonar la quinta espira del Helicoide me sintiera devorado por cierta rencorosa humillación que se traducía en reflexiones nada benévolas para el astrólogo Schultze y en una ira desbordante contra todos los ingenios que, haciendo gala de una presunción tan absurda como maliciosa, se habían atrevido a estructurar un Infierno literario. Meterse a hurgar en las vidas ajenas, lavar en público la ropa sucia de los otros, hacer la autopsia moral del vecino y obligarlo después a sudar en violentos deportes infernales, me parecían ejercicios que, al contravenir las dulces leyes de la misericordia, revelaban una maldad sin límites. «Ciertamente —reflexionaba yo—, ante las desfiguraciones humanas que nos han derivado de la injusticia primera, el hombre sólo debería compadecer o reír: compadecer, en el sentido literal de padecer con las criaturas que se nos asemejan en la forma y en el destino; o reír, siempre que la risa sea otra imagen de la compasión. Encasquetarse una aureola falsa, esgrimir endebles rayos de latón y parodiar el gesto de Dios en trance de manejar la balanza, es exponerse a dar en el sacrilegio y a ser silbado por la galería.» No dejaba de inquietarme, además, el sesgo amenazador que iba tomando aquel viaje a medida que descendíamos al fondo del Helicoide: cada nuevo círculo infernal se nos presentaba más numeroso de vicisitudes, menos disciplinado, excesivamente levantisco y discutidor; y me preguntaba yo si todos aquellos entes que había convocado el astrólogo no acabarían por sublevarse y darnos un susto de padre y señor nuestro.

Afortunadamente, la sexta espira me tranquilizó bastante, ya que se redujo a una simple visión de panorama. Cierto es que todavía resuena en mis oídos el desagradable golpe de los remos sobre los cráneos de los que allá se atrevían a levantar sus cabezas; pero, en lo demás, el cruce del agua melancólica se realizó sin incidente alguno, como no fuera el de «la voz que se hacía oír entre dos gárgaras de barro». El sexto círculo se nos mostró de pronto, al doblar una curva de la galería que Schultze y yo veníamos recorriendo, silencioso él, hundido yo en mis reflexiones amargas. Ni puerta ni muro ni jeroglífico ni guardián cerraban el paso del Infierno de la Envidia, quizá para dar a entender cuan fácilmente se insinúa esa pasión en el alma, o acaso (y es lo más probable) debido a la natural aversión de Schultze por lo simétrico y reiterado. Toda el área infernal parecía sugerir un contraste de cielo y suelo, de ordenación y caos: arriba, en la negrura de la noche muy bien imitada, esferas celestes giraban sobre sus polos y alrededor de soles verdes, azules y rosas; pero lo hacían aceleradamente, con un ritmo artificial de planetario, y cada una, en su rotación, producía un zumbido musical diferente que al unirse al de las otras esferas integraba cierto acorde furioso como de avispas irritadas. Abajo, cubriendo todo el suelo, extendíase un cañadón semejante a los que yo había visto en las llanuras del sur, entre Segurola y el mar, y en los cuales me había dedicado muchas veces a cazar nutrias y a pescar dientudos: claros de agua ya espejeante ya ferruginosa de mohos, espesuras de junco e islas de camalote se alternaban en el cañadón; la superficie navegable del mismo era recorrida por embarcaciones chatas a cuyo bordo tripulantes activos parecían entregarse a una tarea que no alcancé a distinguir en el primer momento.

Sólo cuando Schultze me hizo descender hasta un embarcadero de tablas pude vislumbrar algo de lo que allá sucedía. La luz de las esferas giratorias, al pasar de su creciente a su plenilunio y de su plenilunio a su menguante, revelaba y escondía en la laguna fragmentos de un mundo bastante agitado. Entonces vi que todo el cañadón era un vivero de hombres y mujeres que bullían en el líquido fangoso: nadaban como nutrias, abriendo estelas triangulares cuyos vértices eran las narices asomadas apenas; gruñían sus descon-

tentos o retozaban en saltos de anfibio que descubrían por un instante nalgas, muslos y pechos lustrosos de barro. Al mismo tiempo se me reveló el oficio de los que tripulaban las embarcaciones: no bien, ya fuese por descuido ya por deliberación, alguna cabeza pretendía mantenerse fuera del agua, el bote más próximo se le acercaba como una flecha, y los remos de sus tripulantes se abatían sobre la cabeza rebelde que sonaba entonces a hueso roto y desaparecía de la superficie. «No levantar cabeza» era, sin duda, la consigna de aquel infierno.

Mientras yo hilvanaba estas observaciones, el astrólogo Schultze venta cambiando una serie de gritos y señas con los dos tripulantes de una embarcación anclada no lejos de la orilla. Era evidente que Schultze les ordenaba o pedía que se acercasen al embarcadero donde nos encontrábamos; pero los hombres de la embarcación no daban señales de obedecer, visto lo cual el astrólogo se puso a insultarlos violentamente, naciendo uso de calificativos esotéricos entre los cuales dejó caer al fin el muy alado y musical de «putifilios». Aquella palabra debía de tener algún sentido mágico, ya que, al oírla, los tripulantes, venciendo su natural resistencia, enfilaron hacia nosotros la proa. Cuando la embarcación hubo atracado, uno de los hombres nos preguntó groseramente:

—¿Qué se les frunce?

—Nada —le contestó Schultze—. Queremos pasar el cañadón.

Los dos tripulantes dejaron oír una risa llena de retintines, como si la pretensión del astrólogo les resultase cómicamente desorbitada: el hombre de popa tenía en la mano una larga caña que le servía para dar impulso a la embarcación; el de proa levantaba un remo goteante cuya sola utilidad era, según ya sabíamos, la de apalear cráneos rebeldes; uno y otro, sin más vestido que sus taparrabos, exhibían una flacura indecible, chupados rostros de color de hígado, frentes amargas y ojos que ardían rencorosamente dentro de hondas ojeras cavadas por el resentimiento.

—¡Atravesar el cañadón! —dijo el hombre del remo, sin abandonar su risita, como si le respondiese a un niño que acabara de pedirle la luna.

—Sí —añadió el hombre de la caña—. Y papá también les traerá un caballito.

—¡Hijos de tal por cual! —tronó Schultze—. ¿Saben con quién están hablando? ¿La soberbia igualitaria los ha enceguecido hasta impedirles reconocer al Neogogo?

Aunque el hombre de la caña insistiera en su risa, el hombre del remo pareció vacilar un instante, y volviéndose al astrólogo le señaló el planetario:

—¿Quiere hacerme creer —le dijo— que oye la música de las esferas?

—Hasta la última nota —le contestó Schultze.

El hombre de la caña empezó a morderse rabiosamente las uñas.

—Es un Escipión de segunda mano —le advirtió a su compañero—. Yo que vos lo plantaba de culo en la laguna.

Sin prestar atención al hombre de la caña, Schultze trató de ganarse al hombre del remo:

—¿Y qué? —le dijo—. Buenos Aires y la patria entera están bajo el signo de Libra. Todas las audacias del intelecto son aquí posibles y deseables, aunque en este sucio chiquero se intente demostrar lo contrario.

—¡Un megalómano! —insistió el de la caña—. Yo que vos lo plantaba de culo en los camalotes.

Pero el hombre del remo, que sin duda tenía sus responsabilidades, volvió a dirigirse a Schultze en tono prudente:

—Vea—le dijo—, aquí no es cuestión de atribuirse un nombre sonoro y querer forzar el paso de la laguna. Son muchos los que, pretendiendo ser Fulanos o Zutanos y haciendo gala de una frescura inaudita, intentaron colarse y asistir gratuitamente a nuestro sensacional espectáculo. Usted comprende: las señoras

que nadan en este cañadón usan un traje cuyo sintetismo no debe caer bajo las miradas indiscretas; al fin y al cabo, esto no es una *boite* de lujo, sino un Infierno con toda la barba. Señor, una credencial, un signo: eso es todo lo que se le pide.

No era Schultze hombre de cerrar sus oídos a la razón, cuando la razón hablaba en términos corteses. La respuesta que dio al hombre del remo fue un dechado de urbanidad y concisión:

—Se me reconocería como vástago del Sol y de la Luna —dijo—, si un exceso de modestia no me vedara llevar en la frente los dos cuernos del iniciado. El Príncipe de la Floración Oriental no me desmentiría, si yo dijese que he comido el hongo violeta, que he domado al tigre-mujer y al dragón-hombre, que monté a la cigüeña de copete rojo y bailé la danza de la cigüeña amarilla, que conozco el vergel de Leang, el estanque de las turquesas, las diez islas y los tres promontorios. Pero mi verdadera credencial es otra: los veintiocho signos del buey Apis, dibujados en este cuerpo que se ha de tragar la tierra.

Sin decir más, el astrólogo comenzó a desabotonarse el chaleco y la camisa; y se hubiera exhibido en paños menores si el hombre del remo, vencida ya su desconfianza, no nos hubiese invitado a entrar en el bote con una solicitud casi adulatoria. Así fue como Schultze y yo saltamos a la embarcación, no sin peligro de hacerla zozobrar al peso de nuestras carnaduras mortales. Y no bien recobramos el equilibrio, el hombre de popa, con un furioso envión de su caña, hizo deslizar el bote por la laguna, mientras el de proa, enarbolando su remo, escudriñaba los alrededores en busca de cabezas levantiscas. La embarcación infernal hendió las aguas velozmente a los enviones enérgicos del hombre de popa que, sin dejar de clavarnos sus ojos llameantes, hacía prodigios con su tacuara en el deseo harto visible de acelerar el cruce y deshacerse de nosotros. Por no mirar su jeta de hacha, sus párpados lagañosos y su actitud beligerante, me puse a curiosear las inmediaciones: a flor de agua y huyendo vivamente de nuestra proa, bullían desnudos humanos de los cuales apenas alcanzaba yo a divisar ariscos fragmentos: por segunda vez el Helicoide me ofrecía la visión de una humanidad en cueros; y, sin embargo, aquellas desnudeces no mostraban el aire turbado y confuso de las que había visto yo en la segunda residencia infernal, sino más bien cierto candor zoológico, cierta brutalidad inocente que se traducía en la pesada euforia de sus evoluciones y juegos: ¡era visible que la laguna les resultaba el mejor de los mundos! Otro aspecto del cañadón ofrecióse a mis ojos cuando la barca se puso a navegar cerca de los islotes: iguales desnudeces yacían allá fuera del agua, entre los juncos verdinegros, o semihundidas en el barro de las costas: chupaban las bombillas de sus mates, vigilaban sus asaditos o se adormecían en largas cópulas de batracio; conversaciones elementales, guitarras de limo, bandoneones de tierra, élitros y gárgaras de bicharracos lacustres urdían un concierto bestial, parecido al que durante los insomnios de mi niñez, allá en Maipú y a medianoche, me hacía sollozar no sé aún de qué miedo telúrico, no sé yo de qué inmensa desolación postdiluviana. Tan aborrecible se me hizo entonces la degradación de aquellas gentes que vegetaban en la laguna, sordas y ciegas al reclamo de arriba, que por no verlas me hubiese arrojado al fondo de la embarcación, si no hubiera sentido en mi nuca los ojos mordientes del hombre de la caña. Por fortuna, no tardamos en abandonar los islotes y en salir otra vez al agua libre: nos cruzábamos ahora con otros botes cuyos tripulantes jadeaban en el brutal oficio de apalear cabezas. Aunque ninguno se nos había puesto aún a tiro de remo, era indudable que los rebeldes abundaban en el cañadón. Y se desvanecían ya mis esperanzas de dar con alguno, cuando una efervescencia de aguas rotas nos hizo volver los ojos a estribor. Una cabeza emergía del líquido negro, una cabeza chorreante nos gritaba:

—¡Enanos-de-por-aquí, desconfiad de la llanura!

Lo había dicho apenas, cuando el remo del hombre de proa cayó silbando sobre la cabeza parlante que volvió a hundirse: burbujas gaseosas afloraron desde el fondo a la superficie, y el hombre de la caña lanzó nunca supe si una risa o un graznido. Pero la cabeza volvió a emerger briosamente, aunque lejos ya de nuestro alcance: escupió una gran bocanada de agua negra, sacudió en el aire sus pelos mojados y se restregó los ojos con dos manoplas chorreantes de légamo:

—¡Desconfiad de la llanura! —insistió—. La llanura es la horizontal igualitaria, la que odia los santos desniveles, la que intenta rebajarlo todo, atraerlo todo, convertirlo todo a su plano terrible. La llanura es un rencor que debe ser superado. ¡Enanos-de-por-aquí, oídme y desechad vuestra malicia! La vertical no es el desprecio de la llanura: es la llanura misma que se pone de pie.

El orador acuático braceaba por mantenerse a flote y esquivar las maniobras del hombre de la caña, el cual, sudando como un fruto venenoso, hacía lo indecible por acercársele.

—¡Ay del que no desoye la soñolienta voz de la llanura! —siguió diciendo el orador—. Mediocridad vergonzante y conformidad vergonzante, he ahí su destino; luego una complacencia idiota en la vergonzante mediocridad, y al fin un orgulloso rencor hacia lo que tiende a las alturas. Porque también la horizontal tiene su soberbia: la soberbia demoníaca de lo bajo. «Esto es un insulto», dijo el ratón al considerar la envergadura del elefante. ¡Así habla un enano-de-por-aquí! Yo prefiero la megalomanía de la rana que, por igualarse al buey, se infló hasta reventar. Y no es que la explosión de la rana me suma en un éxtasis metafísico: el acto de reventar me parece una desmesura de la rana y un agravio inferido a la inocencia del buey; pero hay cierta magnitud heroica en el envidioso gesto de la rana, una tensión a lo grande que, a pesar de su ridiculez, merece un elogio de las Musas. Un enano-de-por-aquí exigiría que el buey se redujese al tamaño de la rana. ¡Es el espíritu de la llanura y el encono de la horizontal!

Arrebatado en su elocuencia, el orador se había puesto nuevamente a tiro.

—¡Toma una vertical! —le gritó el hombre de proa, descargándole su remo.

No dio en el blanco, pues el orador, adelantándose al golpe, se había zambullido y nos hablaba ya desde una prudente lejanía:

—¿Y qué? —nos preguntó—. ¿Admitiremos que un sublimado de rana triunfe ante los ojos del buey? ¿Deberemos admitir que ante la suficiencia del ratón se humille un comprimido de elefante?

En este punto advertí que los dos tripulantes, renunciando a la caza del orador, emprendían una mirada que, por lo súbita y afanosa, mucho tenía de azoramiento: el bote infernal comenzó a deslizarse alocadamente sobre las aguas, rumbo a la ribera de nuestro desembarco; pero el orador echóse a nadar tras de nosotros.

—¡No, mil veces no! —dijo, contestando a sus anteriores preguntas—. Haremos que la rana y el ratón asuman la vertical sin destruirse. Una rana vertical, que se sabe rana y vertical; un ratón vertical, que se sabe ratón y vertical. ¡Eso anuncia el Contorno Vivo! ¡Así hablaban César el grande y su pontífice Máximo!

Sus voces finales eran ya un susurro a lo lejos. El orador había renunciado a seguirnos, pero alcancé a oírle todavía:

—¡Enanos-de-por-aquí!, ¿deseáis convertiros en gigantes-de-por-allá? Después, nada. En su rápido vuelo nuestra embarcación acababa de tocar la otra orilla. El astrólogo y yo desembarcamos.

XI

Desembarqué, ¡ay!, para descubrir muy luego que la navegación lacustre sólo era un interludio poético de la sinfonía schultziana, o mejor dicho una escena dilatoria semejante a las que suele ofrecer el teatro en su proscenio y a telón corrido, mientras los operadores montan detrás la gran escena del drama. El discurso que sobre la Ira empezó a endilgarme Schultze no bien desembarcamos fue ya un indicio poco tranquilizador, y mis experiencias anteriores justificaban todo recelo:

—¡Triste destino el de las criaturas corporales! —se lamentó el astrólogo—. Están condenadas al movimiento local, a desplazarse de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, de atrás hacia el frente o del frente hacia atrás, de lo alto a lo bajo o de lo bajo a lo alto: seis movimientos rectilíneos, en fin, que las condenan a chocarse mutuamente y las exponen a la reacción de la ira. Sólo a las criaturas espirituales les es dado moverse en círculo, de modo tal que, girando en torno de sus centros, se reconocen entre sí y pueden comunicarse sin violencia. Ubicado entre los entes corporales y los espirituales está el hombre, monstruo híbrido de cuya invención hubo de arrepentirse Jehová, no sabemos aún si en un rapto de cólera o en uno de lástima o en uno de remordimiento. Poseedor de un cuerpo y de un alma, el hombre fluctúa entre la moción rectilínea de su cuerpo y la moción circular de su espíritu: si alma y cuerpo están en armonía, no hay guerra entre una moción y la otra, sino un estado de paz en que los dos movimientos se conjugan para dar una tercera moción, la ondulante o sinuosa. Participando a la vez del movimiento local y del circular, la moción ondulante es la que mejor conviene al monstruo humano, ya que responde a su naturaleza mixta y lo preserva de todo choque (porque la curva es la línea del rodeo y de la no-resistencia). Así se movió sin duda el primer Adán en el Paraíso: su movimiento debía de parecerse a una danza; y creo que la *danza, es* una reminiscencia de aquel movimiento paradisíaco.

—¿Y a qué viene ahora esa disertación? —le pregunté con disgusto.

—Viene muy al pelo —me dijo Schultze—. Usted verá cómo se mueven los adanes de hoy.

Tomamos la curva del pasillo que conducía seguramente al séptimo Infierno, y no tardamos en oír explosiones ahogadas que parecían darse abajo y a cuya detonación temblaba el suelo que recorríamos, se abrían grietas en las paredes laterales y se desplomaban del techo pedazos de manipostería. Entonces, asociando mis recuerdos literarios a la reciente disertación del astrólogo, entendí que la curva nos estaba llevando al círculo infernal de la Ira. Pero no tuve tiempo de realizar mis temores, porque desembocábamos ya frente a un *ring* anchuroso, y me encegueció la luz de los proyectores que lo iluminaban desde lo alto. No bien se me aclaró la vista, pude abarcar toda el área del *ring,* sobre la que se distribuía un grupo de personajes quietos: en los rincones foro-derecha y foro-izquierda se levantaban dos pulpitos o tribunas ocupados por dos vigías que empuñaban sendos megáfonos; entre uno y otro pulpito y contra la pared, se veía la puerta circular de una hornalla gigante, que me recordó la del fogón de los acorazados.

No había concluido yo mi examen, cuando el vigía de la izquierda, reparando sin duda en nosotros, se llevó el megáfono a la boca y gritó en son de alarma:

—¡Dos tirifilos a la vista! ¡Ojo los del *ring*!

—¡Atención, muchachos! —exclamó el otro vigía—. ¡Todos los artilleros a sus piezas!

Con gran asombro reconocí la de Franky Amundsen en aquella voz y sobre todo en aquel grito de filibustería literaria. Volviendo entonces mis ojos al primer vigía, también reconocí a Del Solar que se quitaba el megáfono de la boca para fumar en su quilométrica boquilla de vidrio. Los personajes del *ring* abandonaron súbitamente su inercia y se ubicaron en lugares estratégicos del área, como los jugadores de fútbol: en la línea delantera, de pie y amenazadores, vi al Carrero del Altillo, al malevo Di Pasquo, al taita Flores y *A*

pesado Rivera; las Tres Cuñadas Necrófilas nos agredían ya con sus ojos desde el centro derecha del *ring*; a la izquierda, la Chacharola enarbolaba su palo terrible; Juancho y Yuyo, subidos a los casquetes de los pulpitos, recorrían la escena con sus belicosas miradas.

—¡Un Dante de cartón y un Virgilio de opereta! —volvió a gritar Franky Amundsen—. ¡No los dejen pasar, muchachos!

—*La putta de la tua mamma!*—nos gritó la Chacharola, tirando violentamente su palo en nuestra dirección.

Los malevos de la delantera se retorcían ya, fingiendo atajadas y amagando pinas en el aire.

—¡Déjenmelos a mí! —tronó el Carrero—. ¡Yo les voy a enseñar a esos tirifilos!

—¡Dásela en un ojo! —le gritó Juancho desde sus alturas.

—¡Cajetillas! —nos escupió el taita Flores—. ¡Vengan, si las tienen bien puestas!

—¡No son del barrio! —lo azuzó Yuyito—. ¡Dásela en la *cocina*!

Las Tres Cuñadas Necrófilas crisparon los puños.

—¡Andan metiéndose en vidas ajenas! —cacareó Matilde—. ¿O a eso le llaman literatura?

—¡Que se lo cuenten a mi pavito! —gruñó Dolores, palmeándose las nalgas.

El *pesado* Rivera se descalzó una zapatilla:

—Señores —dijo—, no hay que gastar pólvora en chimangos. ¡Déjenmelos a mí!

—¡Eso no! —protestó el malevo Di Pasquo—. ¡A castañazo limpio!

Conociendo ya largamente la técnica de Schultze, no dudé que el acceso al barrio de los iracundos estaba en la puerta circular del fogón, ni que, para llegar a la misma, deberíamos cruzar el *ring* a través de todos aquellos energúmenos que nos amenazaban. ¿Cómo se daría ese milagro? No lo supe hasta que el astrólogo les habló insidiosamente:

—¡Maulas! —les dijo—. ¡No se animan a pelear mano a mano, y se vienen en patota!

El Carrero, al oírlo, se puso de todos los colores:

—¡Miente, si lo dice por mí! —aulló en seguida—. ¡Tres matarifes de Liniers podrán decirle si yo peleo mano a mano!

—¡Bah! —repuso Schultze—. El taita Flores, aquí presente, habló de un solo matarife. Y sostiene que te puso un ojo a la vinagreta.

—¿Vos? —regló el Carrero, dirigiéndose al taita—. ¡Ya sabía yo que andabas por ahí tirándome bosta!

Y sin decir más lo sentó a Flores de un castañazo épico.

—¡Ojo los del *ring!* —les advirtió Franky a gritos de megáfono—. ¡No le lleven el apunte! ¡Quiere meter cizaña!

Pero el taita Flores, ya incorporado, hacía llover sobre el Carrero una granizada de pifias; y como Di Pasquo y Rivera tratasen de mediar entre uno y otro, no tardaron en recibir las castañas que se perdían y en devolverlas concienzudamente. Las Tres Cuñadas Necrófilas se adelantaron entonces.

—¡Véanme ahí a esas tres honradas mujeres! —las escarneció Schultze—. ¡Cualquiera diría que han pagado ya el entierro de sus maridos!

—¿Y quién se atreve a decir lo contrario? —le preguntó Dolores, echando chispas por los ojos.

—El de su marido fue un entierro a pagar en cómodas mensualidades —le recordó el astrólogo—. ¡Demasiado cómodas! Leonor y Matilde lo saben.

—¿Qué han andado chismeando por ahí? —graznó Dolores, lanzándose ya sobre sus dos compañeras.

—¡No le hagan caso! —vociferaban Del Solar y Franky desde sus pulpitos.

Inútil. Las Tres Cuñadas Necrófilas ya se combatían a zapatillazo limpio, entre un revuelo de polleras negras y luctuosos chalones. Visto lo cual Schultze se dirigió a la Chacharola:

—¡Oiga, vieja! —le gritó—. ¡Pregúntele a Flores qué se hicieron las cuatro sábanas de hilo de Italia!

—*Briganti!*—aulló la vieja, y lanzó su palo de escoba sobre los malevos, que se hadan polvo entre sí.

Convertido el *ring en* otro campo de Agramante, el astrólogo y yo, pese a los vigías que se desgañitaban, nos deslizamos entre los grupos de combatientes hasta llegar a la puerta del horno. La abrimos y nos precipitamos en lo que sin duda era la misma patria de la violencia; pues el recinto de aquel infierno, considerado a primera vista, daba la sensación del más espantoso desorden, como si en él se desarrollaran simultáneamente un campeonato de fútbol entre argentinos y uruguayos, una pelea del «Luna Park», un film de pistoleros yanquis y una batalla porteña de barrio contra barrio. Pero lo que advertí sobre todo fue la rara electricidad o el fluido malévolo de que estaba cargada esa atmósfera: era un aire que, al llenar mis pulmones, resucitaba en mí no sé qué fermento de broncas pretéritas y encendía otra vez apagados corajes en mi hígado.

—Vayamos por la derecha —me sugirió entonces el astrólogo.

Lo miré torcidamente, pues era visible que Schultze estaba sacando pecho con una insolencia que a mi juicio iba más allá de lo soportable y que mi condición de villacrespense ni quería ni podía ni sabía tolerar.

—¡Iré si quiero! —le contesté—. ¡Y no me grite! ¡Sólo faltaba que un compadrito de miércoles!...

—¡A ver si lo acuesto de un castañazo! —me amenazó él con voz ronca.

Le dirigí un golpe a la mandíbula. Pero el astrólogo desvió mi brazo *y* me aprisionó entre los suyos:

—¡Cálmese! —me dijo en son de alarma—. ¡Se me ha ido la mano en el éter!

Comprendí que no me hablaba como antagonista sino como inventor de aquel infierno; y, luchando contra los vapores de tanta cólera, seguí a Schultze que ya se abría paso en el Sector de los Ladrones.

—¡Gran Dios! —le dije, al verme hundido en aquella turbamulta de cacos—. No ignoraba yo que la esgrima de uña es uno de los deportes más divulgados en Buenos Aires; pero nunca llegué a imaginar que hiciera tantos adeptos.

El astrólogo se llevó un índice a los labios:

—¡Chist! —me dijo—. Apriétese con una mano el bolsillo del reloj y con la otra el bolsillo de la cartera. ¡Lástima no tener otras dos manos para defender el pañuelo y la dentadura postiza!

—¿Tendremos que dialogar con esta gente? —le pregunté yo.

—No se lo aconsejo —me respondió Schultze—. Hay aquí gente capaz de birlarle a uno hasta el idioma.

La del astrólogo era una consigna semejante al «guarda e passa» de su lejano colega; por lo cual decidí cerrar la boca y abrir los ojos en aquel infiernillo que cruzábamos a toda prisa. Vi entonces a una legión de rateros afanosos que se obstinaban en despojar a otras tantas figuras de burgueses esculpidas en granito: los ladrones intentaban hundir sus manos en los bolsillos pétreos de las estatuas, gemían en su inútil afán, rasguñaban tesoneramente la piedra; y al cabo de sus esfuerzos, interrumpían la labor para dirigirse a una hilera de afiladores italianos que les afilaban las uñas rotas en sus piedras movidas a pedal; afiladas las uñas, los rateros corrían otra vez a las estatuas, mientras los afiladores italianos hacían oír sorprendentes *fiorituras* arrancadas a sus siringas de cobre. A continuación vi a los timadores o «cuenteros del tío»: exuberantes de palabra, elocuentes de mímica y fascinadores de ojos, trataban de embaucar a sendos maniquíes en figura de paisanos criollos, mucamas gallegas o inmigrantes recién venidos, con el cuento de «la herencia», o con el de «el billete premiado», o el de «el rico matrimonio», o el de «la máquina de hacer moneda», o el de «el negocio fulminante», o el de «el invisible desfalco», o el de «la cartera mágica», o el

de «el cheque prodigioso». Los timadores gesticulaban en vano, enronquecían de tanto hablar, terminaban sus cuentos y los volvían a repetir mil veces, ante la sonrisa cazurra de los maniquíes de trapo. Luego a los forzadores de cajas fuertes, a los monederos falsos, a los atracadores de encrucijada, a los cajeros fugitivos, a los asaltantes de bancos, a los lavadores de cheques, todos entregados a suplicios cuya naturaleza no logré discernir, pues el astrólogo Schultze, más que andar, huía por el sector de los ladrones y me arrastraba en su fuga.

Entramos en el Laboratorio de los Dinamiteros; y entonces observé que Schultze, lejos de aquietarse, dirigía en torno suyo miradas ansiosas. A decir verdad, no faltaban allí motivos de inquietud: los dinamiteros aparecían en figura de bombas Orsini, granadas de mano y otros mecanismos destructores, ya con mechas ardientes, ya con aparatos de relojería que dejaban oír un tic-tac siniestro. Aquellas máquinas infernales constituían el tronco de los dinamiteros, y de cada tronco se alargaban: un cogote flaquísimo, rematado en una cabeza melenuda sobre la cual se extendía un enorme chambergo; dos piernas de alambre, que trastabillaban al peso de los troncos explosivos; y dos brazos cuyas maneotas febriles trataban de apagar la mecha o detener el reloj que harían estallar la propia máquina. Los hombres bombas deambulaban en su laboratorio lleno de cristales y olores químicos; en el temor de chocarse y explotar, se movían lentamente, cambiando entre sí gritos de advertencia; y cuando se veían en riesgo de choque, se llevaban las manos a los oídos, para no escuchar la propia e inminente detonación.

Mientras hacía yo estas observaciones, la inquietud del astrólogo aumentaba. Cuando me volví hacia él, advertí que se había echado el sombrero a los ojos e inclinaba la frente, como si no quisiera darse a conocer.

—¿Son gente de avería? —le pregunté, señalando a los hombres bombas.

—Unos infelices —me contestó él—. Unas pobres almas que se creyeron bajo el signo de Anarkos.

—¿Y por qué les tiene miedo? ¿Están realmente cargados los hombres bombas?

Schultze rió un instante debajo de su sombrero:

—Están cargados —afirmó—, pero de mala literatura.

Trataba Schultze de llevarme hacia la salida del laboratorio, cuando un hombre bomba que fumaba en cierta boquilla de hueso de ave se le acercó, se puso a mirarlo atentamente y a dar señales de reconocimiento.

—¡Es él! —exclamó al fin, apuntando al astrólogo con su índice amarillo de nicotina—. ¡Es el traidor, el pelafustán, el tránsfuga que desertó la bandera de Anarkos!

Schultze se detuvo, lo miró fríamente y se volvió hacia mí:

—No conozco a este hombre —me dijo—. Debe de padecer una ilusión óptica.

—¡Genuflexo! —le gritaba el hombre bomba—. ¡Desertó la bandera de Anarkos para lamer los pies elegantemente calzados de la burguesía!

¡Véanlo ahora! ¡Inventa un infierno, a imitación del Gran Burgués que pretende hacernos adorar los curas!

Atraídos por aquella gritería, los hombres bombas se habían acercado a Schultze y lo estudiaban con malevolencia.

—¡Tiene razón el camarada bomba! —gritó uno.

—¡Que lo echen! —insistía otro.

—En su cara se lee la falsedad como en un libro abierto —gruñó una tercera voz.

El astrólogo, sudando a mares, ahuyentó a los hombres bombas que ya se le echaban encima:

—¡Ojo a las mechas! —les recordó.

Y viendo que los hombres, en un movimiento de pánico, recobraban entre sí las distancias prudentes:

—Es verdad —me confesó Schultze—. Durante un tiempo anduve con esta gente, pero de tránsito y como turista.

—¡Un Tartufo de la especie gigante! —clamó el hombre de la boquilla de hueso—. ¡Niega que fue iniciado en los primeros ritos!

Algunas voces estallaron aquí para confirmar el aserto del hombre de la boquilla:

—¡Proyectó la voladura de un gasómetro!

—¡Silbó con desprecio en la cara de un vigilante!

—¡Durmió con nuestras mujeres!

Los ojos de Schultze se volvieron a mí como reclamándome indulgencia:

—¡Yo era joven! —alegó—. Lecturas perversas me habían inducido al culto de la destrucción simbolizada en Kali, la tenebrosa, quien, al bailar sobre los escombros del mundo, sacude bellamente sus tetas de novilla.

—¡Ja! —rió el hombre bomba—. ¡Ya salió con sus putañerías orientales!

El astrólogo lo miró tristemente.

—Creí hallar en estos hombres a los adeptos de Kali —me dijo—. ¿No los oía yo a toda hora conjugar el verbo destruir?

—¿Y qué? —le gritó el hombre de la boquilla.

—¡Puro jarabe de pico! —me confesó Schultze—. ¿Sus iniciaciones? ¡Bah! ¿Quiere que se las describa? Me obligaron a dormir en el suelo, a comer sus potajes vegetarianos y a practicar la respiración Yogui; porque, antes de iniciar la revolución, era necesario hacerse fuertes como Zarathustra y renunciar a todos los prejuicios de la burguesía. Me avergüenzo aún al recordar el incidente de la escupidera...

Schultze vaciló aquí, pero el hombre de la boquilla lo desafió agriamente:

—¡Dígalo, si no es un maula!

—Bien —concedió el astrólogo—. Aquella noche, mientras nos debatíamos en asamblea, sentí una plenitud intestinal que reclamaba su evacuación urgente (por aquellos días yo era neófito y a la vez mártir de la religión vegetariana). Pedí permiso a la asamblea para salir en busca del retrete; y los asambleístas se trenzaron al punto en un debate homérico sobre si las evacuaciones intestinales en privado configuraban o no un prejuicio burgués. Puesto el asunto a votación, la tesis afirmativa obtuvo una victoria resonante; y entonces me fue traída una gran escupidera enlozada, con ribetes azules, sentado en la cual debí satisfacer *coram populi* la urgencia de mis vísceras.

—¡Fue un entrañable gesto de liberación! —dijo el hombre bomba como en éxtasis.

—Ni más ni menos —aseveró Schultze—. ¿Y qué decir de las túnicas blancas?

—¡La túnica de Anarkos! —ponderó el hombre de la boquilla ósea—. Nos atrevimos a salir una tarde con ella, pero los chiquilines del barrio nos corrieron a pedradas.

—No hay duda que los chiquilines son la encarnación más expresiva del senado común —gruñó el astrólogo—. ¡Los cascotes llovían que daba gusto! Y ahora me digo yo: ¿para qué tantas fantasías y tantos ensueños de violencia, si al fin éramos unos pobres diablos, incapaces de hacerle mal a una mosca?

Al oír aquellas palabras los hombres bombas empezaron a dar señales de indignación. Pero Schultze, tras dirigirles una mirada paternal, se volvió a mí, lleno de benevolencia:

—No les haga caso —me dijo—. Son unos infelices, buenos como el pan. Sabían apenas el abecé, y se pasaban las noches queriendo descifrar el Zarathustra o el Apocalipsis johanita, sin advertir que se les for-

maba en la cabeza un lío de padre y señor nuestro. Después volvían a sus cubiles y roncaban hasta mediodía, mientras que sus heroicas mujeres se deslomaban lavando ropas a domicilio.

Voces airadas lo interrumpieron aquí:

—¡Fuera!

—¡Vendido al oro yanqui!

—¡Lengua de víbora!

El astrólogo me sonrió, como rogándome para ellos una brizna de caridad.

—¡Los excelentes hermanos! —dijo—. Son unos panes de Dios, y vertería sobre ellos mis lágrimas de ternura si no temiera humedecerles la pólvora. Cierto es que malgastaban sus horas esbozando en el papel inofensivos descarrilamientos y voladuras, o mezclando substancias químicas del todo inocentes. Pero daba gusto verlos en los *picnics* dominicales, cuando mordisqueaban sus piernas de gallina como pacíficos burgueses.

—¡Traidor a sueldo! —le gritó aquí una voz atragantada de ira.

—¡Bufón! —chillaron otras—. ¡Afuera!

Y al punto, como a una consigna, los hombres bombas se nos vinieron al humo, acercándose a nosotros peligrosamente y empujándonos con sus vientres explosivos.

—¡Ojo a las mechas! —les advertía Schultze. Pero los hombres no cejaron en su carga, y tuvimos que recular ante ellos hasta la salida del laboratorio.

La *suite* de los sectores que integraban el séptimo infierno abría un paréntesis a continuación. Era, según entendí, un lugar de reposo o cámara de silencio: y en ella se detuvo Schultze un instante, para recobrar el decoro virgiliano que había perdido en su debate con los dinamiteros. Apenas hubo secado el sudor de su frente, me condujo hasta un balcón abierto en la misma cámara y desde el cual era posible dominar la espira de los violentos en toda su amplitud. Asomado al balcón, vi el área central atestada de una muchedumbre que se debatía en ejercicios brutales: a decir verdad, lo que a la mirada se ofrecía era un revoltijo de piernas, brazos y cabezas que se buscaban y se agredían con una ferocidad mecánica, y en un silencio tan irreal, que todo el cuadro se resolvía en una sucesión de gestos fantasmales parecidos a los del cinematógrafo mudo.

—Hay violentos y violentos —me dijo Schultze—. Los que se chocan ahí abajo son aquellos energúmenos *in potentia* que buscaban su desahogo en los espectáculos de ira: son los insuficientes de músculos o de alma que, sin embargo, cómodamente hundidos en sus butacas del *ring side,* pedían en el «Luna Park» la sangre de los boxeadores, agitaban sus puños de mosquito y rugían su indignación o su triunfo a los honrados combatientes que peleaban de veras; son los estrechos de pulmones, los raquíticos y lisiados que, no obstante, iban a las canchas de fútbol, para insultar a los jugadores enemigos, o tirarles botellas vacías a los jueces mártires. ¡Ahí los tiene ahora! ¡Un poco de gimnasia les vendrá como anillo al dedo!

Me pareció notar alguna cólera en las palabras del astrólogo, y sentí la tentación de recordarle allí una teoría del petizo Bernini sobre la virtud *cathártica* de los espectáculos brutales. Pero me detuvieron la consideración de lo mucho que nos habíamos demorado ya en el Helicoide famoso, el cálculo de lo que nos faltaría recorrer aún y el deseo vivísimo de ahorrar toda palabra o actitud que contribuyese a dilatar el viaje. Fue así como, hundido Schultze en sus reflexiones y atento yo a las mías, abandonamos la cámara de reposo y nos metimos en el sector adyacente.

Nos encontrábamos en una especie de taller gigante donde zumbaban mecanismos cuya naturaleza no discerní al comienzo, pues el humo lo llenaba todo; y, sin embargo, el olor de las tintas frescas, los aguarrases y las emanaciones de plomo que saturaba el ámbito me parecía extrañamente familiar. Sólo al recono-

cer la oscura masa de una rotativa entendí que nos hallábamos en una imprenta; y entonces consulté a Schultze con la mirada, según lo había hecho ya tantas veces, curioso de saber qué nueva maldad estaría cocinándose en aquel recinto. Pero el astrólogo, sin decir palabra, me señaló la rotativa gigante, hacia uno de cuyos extremos vi ahora que acudía un tropel de hombres en mangas de camisa, verdosos de color, agitados, vociferantes y sucios. Uniéndome al tropel, recorrí toda la longitud de la máquina; y llegado a su extremo vi cómo los hombres montaban atropelladamente los escalerines de la rotativa y se lanzaban de cabeza entre pesados rodillos que los recibían, aplastaban y convertían en una larga cinta de papel; vi luego cómo la cinta se deslizaba entre los tambores de las matrices y salía impresa, gritona de títulos a ocho columnas e hiriente de grabados, para ser doblada y cortada en los infinitos ejemplares de un periódico infernal; por último vi que cada uno de los ejemplares, al salir de la rotativa, recobraba su forma humana y corría de nuevo a los escalerines, al aplastamiento y la impresión.

No dudando ya que me encontraba en un infierno de periodistas, miré atentamente a los hombres-diarios que vomitaba la rotativa, y mi alma se conturbó sobremanera; porque también yo había pertenecido a esa grey vociferante, y andado en mangas de camisa por las redacciones nocturnas, y hundido en tristes papeles una cara verdehiel. De pronto vi que uno de los hombres-diarios, al recobrar la figura humana, se dirigía imperativamente a mí y trataba de gritarme algo. —Jefe! —exclamé yo al reconocerlo.

En un esfuerzo gigante por emitir la voz, el hombre desorbitó sus ojos subrayados de bolsas cárdenas: las venas de su frente resaltaron como alambres tensos bajo su piel. Y su ansia cuajó de súbito en un vómito indecible: sapos, lagartijas, culebras y otras alimañas brotaron torrencialmente de su boca, en un paroxismo que lo dejó lleno de sudores, náuseas y lagrimeos. No bien se repuso, comenzó a decir:

—«Dios me ha puesto en vuestra ciudad como un caballo en un noble tábano de pelea...»

Un segundo vómito le impidió acabar la frase.

—¡Bah! —repuse yo, mientras le sostenía la frente para que vomitase a sus anchas—. ¿A qué insistir ahora en la vieja musiquita?

—¿Musiquita? —gargareó él penosamente.

Sus ojos inquietos volaron hacia la rotativa, consultó su gran cronómetro de bolsillo, y luego me gritó en un arranque de furia:

—¡La sexta edición ya está en máquina! ¿Trajo su proyección de sangre? ¡Tiene que ir a seis columnas! ¿Y las fotografías de la mujer decapitada?

—Sí, Jefe —le contesté. Yo fui su «proyector de sangre». Tenía que buscar la sangre de cada día, para que los lectores de la sexta edición se la bebiesen antes de irse a la cama. Era preciso basurear en el crimen, recoger la salobre inmundicia de los cadáveres mutilados y la de las almas barrosas; luego adobarlo todo con la salsa melopicante de lo sentimental-pornográfico; y arrojarle por último a la bestia el manjar impreso en cuerpo siete, con grabados de anatomía patológica y abundantes lágrimas de cocodrilo.

—¿Y qué hay con eso? —replicó mi Jefe—. El hombre anónimo de la calle, el hombre chato y sin aventura, necesita esa diaria inyección de violencia. «Dios me ha puesto en vuestra ciudad...»

—Sí, sí. ¡Enterremos la vieja musiquita! El hombre de la calle, al terminar su jornada, volvía en otros tiempos al calor familiar, para recoger la última risa de sus niños y asomarse a la gracia de su mujer, o para echar sencillamente un vistazo a su mundo interior. Era su tiempo de mirar y de mirarse: usted se lo ha robado. Era el solo tiempo que al buey le quedaba para levantar su testuz y saborear algo de la dulzura terrestre: usted le ha escamoteado al buey ese tiempo, y le dio como substitutivo diez páginas llenas de ignominia.

Confieso que al hablar me había exaltado yo casi hasta lo ridículo; y no me asombró que mi Jefe soltase aquí una mezcla de carcajada y vómito:

—¡El poeta! —rió—. ¡Ahora me acuerdo! ¿No lo eché a la calle porque lo descubrí haciendo versitos en la sala de redacción?

—¡No eran versitos, Jefe! —le respondí—. Aquel día yo estaba empezando un soneto, entre una estafa gigante y un crimen pasional.

—¡Contando las sílabas con los dedos! Así lo sorprendí. ¡Qué absurdo!

—¡No soy un contador de sílabas! —protesté—. Con los dedos contaba yo los fósforos de aquellas cajas de cinco centavos.

—¿Fósforos? —dijo él—. No recuerdo.

—Las cajas debían traer cuarenta y cinco fósforos. Usted me ordenó contarlos. Descubrí que algunas cajas no traían sino cuarenta y cuatro. Se amenazó a los fabricantes con publicar la denuncia: «¡Un fósforo robado al consumidor!» Los fabricantes pagaron el silencio. Y colorín, colorado...

Mi Jefe rió aquí de buena gana:

—¡Un juguete cómico! —ponderó—. ¡Una travesura del ingenio! Debió de rendir una miseria.

—¿Y la «travesura» del restorán? —le recordé yo.

—La he olvidado.

—Consistía en hacer que alguien cenara en un restorán de lujo y se intoxicase con las ostras o *el paté de fua.* La víctima denunciaba el hecho a la redacción. Un golpe de teléfono al propietario del restorán le anunciaba el triste deber en que se hallaba el cronista de publicar el nombre del establecimiento. Y pasé por un caminito, pasé por otro...

—¡Bagatelas! —comentó él—. ¡Ni me acordaba! Eso era el arte por el arte. Mis obras maestras, en cambio, no serán conocidas jamás.

—Lo sé. Pero he visto, día y noche, su antesala llena de personajes acosados: banqueros, políticos, delincuentes, profesionales, hombres de oblicua mirada que iban, Jefe, a suplicarle una discreción venal o un silencio de cuatro cifras.

—Exacto. Pero la gente no sabe qué difícil es ordeñar las ubres durísimas de algunas conciencias; e ignora la soledad asqueada en que uno se queda luego.

—Yo sí —le dije—. Algunas veces imaginé su soledad como la de un *gángster* de cinematógrafo que, no bien ha enviado sus hombres al crimen, se queda solo en su estudio monumental, aspira el olor de una gardenia y ejecuta luego tiernamente una sonata de Beethoven en su larguísimo piano de cola. ¿Se acuerda, Jefe, de Walker el redactor pelirrojo? Había inventado para usted un nombre altamente poético: «El Ladrón en su Bosque de Ladrillos».

—Walker era un sentimental —gruñó mi Jefe.

—Según entiendo, murió de asco.

—Murió de locura: fue de los que no resisten a la dureza. ¿Y qué? Al fin y al cabo, todo continúa.

—No, Jefe. Todo concluye.

—¿Concluye? —rió él, paseando una mirada triunfante sobre la rotativa—. ¡Mire! ¡La sexta edición está por salir!

Trotó pesadamente hacia el extremo de la máquina:

—¡Sexta! —iba gritando—. ¡Sexta!

Lo miraba todavía, cuando un personaje bien distinto se me puso delante de los ojos. Era un sujeto de clasificación dudosa, ya que igualmente hubiera podido ser hombre de negocios, actor de cine, boxeador *amateur* o las tres cosas juntas: vestía ostentosamente a lo yanqui un anchuroso pantalón de franela gris,

una chaqueta deportiva y una corbata chillona; la jovialidad de su rostro no conseguía disimular el fulgor astuto que se escapaba de sus ojitos entrecerrados. El hombre me semblanteó largamente, como si dudara:

—¡Hermano! —gritó al fin, tendiéndome sus brazos abiertos—. Al principio no te reconocía, pero la voz de la sangre...

—Querrás decir la voz de la tinta —le corregí yo—. Y no me salgas ahora con efusiones: te conozco hasta la médula.

—Pero, ¡hermano! —exclamó él dolorosamente—. No hay que dar por el pito más de lo que el pito vale. Tuve que despedirte a la fuerza: un diario es un diario, y no una institución de primeros auxilios.

—La noche del incendio no hice más que seguir tus condenadas lecciones —dije.

—¿Qué lecciones?

—Aquellas que nos dabas quincenalmente a los muchachos de la redacción. Todavía me parece verte con el puntero en la mano, delante de aquella figura pintada en tela que, según decías, representaba exactamente al Lector *Standard.* Según tu doctrina, los intereses del Lector estaban jerarquizados así: primero venían los intereses del estómago (y señalabas con tu puntero el estómago de la figura); inmediatamente después, los intereses de su bolsillo (y lo señalabas con tu puntero magisteril); en seguida los intereses de su corazón (y señalabas el rojo y llameante corazón de la figura); por último, los intereses de su inteligencia (y señalabas el estilizado cerebro del Lector *Standard).* Un buen periodista, según tus lecciones, estaba obligado a servir todos aquellos intereses en el orden jerárquico establecido por tu puntero.

—¡Una buena lección! —exclamó él entusiasmado.

—Una lección que yo seguí en todas y cada una de sus partes, aunque me costó el empleo.

—¿Que la seguiste? —protestó el hombre-diario.

—Rigurosamente —sostuve yo—. Me había fascinado la sonrisa de inenarrable imbecilidad que mostraba el Lector *Standard* en tu pintura famosa. Aunque resulte increíble, aquella sonrisa llegó a inspirarme una ternura tal, que resolví defender los intereses del Lector hasta derramar la última gota de mi estilográfica. Y la primera ocasión de hacerlo se me dio al descubrir que la Cabaña «San Ignacio» vendía en sus botellas una leche demasiado aguada o un agua demasiado lechosa: entendiendo que aquella maldad hería los intereses del Lector *Standard en* el grado primero de su jerarquía, vale decir en los del estómago, escribí un editorial irritado que no se publicó nunca...

El hombre-diario soltó aquí una estruendosa carcajada:

—¡Pero, grandísimo idiota! —me gritó—. ¿No sabías que la Cabaña «San Ignacio» nos daba por mes unas veinte columnas de avisos?

—Eso no lo señalaste con el puntero —le dije yo amargamente—. La segunda ocasión de aplicar tu doctrina se me ofreció cuando las empresas tranviarias intentaron aumentar el precio de sus boletos. Era un ataque insidioso que se dirigía contra el Lector *Standard en* el segundo grado de sus intereses, los del bolsillo; y en alas de un santo furor escribí aquel editorial que nunca logró el «visto bueno» de tu lápiz rojo.

—¡Animal insigne! —me calificó el hombre-diario—. Las empresas tranviarias eran accionistas de nuestro importante rotativo.

—Tu puntero no lo reveló en la patética figura del Lector *Standard.* Y ahora vayamos a la noche del incendio.

—¡Ahí te quería ver! —me desafió el hombre-diario sin ocultar su regocijo.

—El incendio había estallado —le dije yo—. Fui en busca de materiales para la crónica. Gracias a nuestros poderosos medios de información, llegué al edificio en llamas antes que los bomberos. Oí gritos de

pronto, y lanzándome a la hoguera pude salvar a un hombre: lo saqué al aire libre, limpié su ahumado rostro con mi pañuelo. *¿Y* a quién descubrí en aquel hombre? ¡Al mismísimo Lector *Standard*! Sentí en mi frente algo así como el aletazo de la gloria: con aquel acto de humanidad, ¡qué bien había defendido yo a los lectores *standard en* el grado tercero de sus intereses, en los del corazón! Recuerdo que un boticario del arrabal desinfectó mis quemaduras y, admirativamente, me llenó los bolsillos de caramelos de goma. Volví triunfante a la redacción, pero sucio, roto, chamuscado y sin la crónica. Entonces recibí la comunicación de mi cesantía; y partí, devorando mis lágrimas y mis caramelos de goma. El hombre-diario volvió a reír estrepitosamente:

—¡Burro descomunal! —me dijo—. ¿Te habían mandado para que te lucieras en un acto de salvataje, o para escribir una crónica? Por tu culpa no dimos los mejores detalles del incendio.

—¿Y el Lector *Standard* que salvé?

—Lo verdaderamente periodístico era dejarlo que se achicharrara, y consagrarle después un torrentoso llanto a dos columnas, un gemido eficaz en cuerpo siete.

—¡Monstruo! —le grité yo.

—¿Y qué hiciste por los intereses mentales del Lector *Standard?* —me preguntó el hombre-diario en son de reto.

—No tuve oportunidad ninguna —le contesté—. Ya te habías encargado tú de nutrir su cerebro con historietas imbéciles, cuentos adocenados, editoriales insípidos, máximas ñoñas, chistes melancólicos y fotografías de actrices desnudas.

—¿Y qué hubieras querido? ¿Que publicara la *Metafísica* de Aristóteles en folletín? ¡No, hermano! Fracasaste por tu malhadada inclinación al lirismo. ¡Y te lo advertí a tiempo!

—¡Bien que admiraste mi lirismo —le recordé— cuando me tocó redactar la necrología del Fundador del diario! ¿Me negarás que lloraste al leerla?

—No te lo niego. Fue una elegía de rompe y raja.

—Y mentirosa de pe a pa. El Fundador era un insigne pelagatos. Bien. Aquella noche me coronaste de laureles, pero no me quisiste firmar el vale de la cena.

—¿Cenar? ¡Estábamos de luto!

—Y a fin de mes —añadí yo— nos hiciste descontar del sueldo una suma que destinaste a erigirle un busto al Fundador.

—El Fundador era un escocés muy económico. Aquel descuento debió de proporcionarle una satisfacción de ultratumba.

—Pero las víctimas del descuento no dejaron de tomar sus represalias.

—¿Cuáles? —me preguntó él sobresaltado.

—Has de saber que todas las madrugadas, al abandonar el rotativo, los reporteros se dirigían al busto del Fundador, lo bajaban de su pedestal, se distribuían en círculo y lo meaban ritualmente.

—¿No me digas? —exclamó el hombre-diario—. ¡Con razón el busto ha tomado tan buena pátina!

Se hizo entre nosotros un duro silencio.

—¿Me guardas rencor todavía? —preguntó al fin el hombre-diario, mirándome tímidamente.

—No —le contesté—. Después de todo, la cesantía no fue para mí sino una molestia económica.

Se quedó absorto al oírme, como si vacilara en las alternativas de una lucha interior. Luego, aparentemente derrotado, hurgó en el bolsillo de su chaquetón, extrajo una manoseada billetera y la abrió delante de mis ojos:

—Hermano —suspiró—, sólo me quedan tres pesos. Toma dos y déjame uno para el tranvía.

Rápidamente alargué yo mi mano hasta el bolsillo trasero de su pantalón, y manifesté a la luz otra cartera preñada de billetes.

—Gracias —le respondí—. Conocía el truco.

Entre confundido y rabioso, el hombre-diario me arrebató la segunda billetera y corrió hacia el extremo de la rotativa infernal. Entonces busqué a Schultze con la mirada, ya deseoso de abandonar aquel sector. Pero un tercer hombre-diario me salió al encuentro, y no sin angustia reconocí en él a Walker el pelirrojo, mi triste camarada de redacción.

—«Yo soy Walker el hiperbóreo —canturreó en su locura—. Mi madre fue una reina de cartón, mi padre un soldadito de lata, con el dale, dale, ¡ay!»

—Con el ramo y la rama, con la rima y el remo, ¡ay! —le dije yo, canturreando a mi vez.

—¡Bravo, camarada! —rió Walker—. ¡Así era el estribillo!

Y volvió a canturrear:

—«Si fue un poeta o no, Buenos Aires lo ignora. ¿Qué sabe, qué sabrá, qué podría saber la Ciudad de la Yegua Tobiana? Un herrero de imágenes, un tornero de músicas, un fundidor de humos, eso era Walker el pelirrojo, cuando tenía dos mofletes rosados y acariciaba las frescas rodillas de la primavera, con el dale, dale, ¡ay!»

—Con el ramo y la rama, con la rima y el remo, ¡ay!

Walker me clavó sus ojos llenos de simpatía:

—¡Otra vez el camarada! —rió—. Dios te lo pague, hermano.

Y reanudó su canturreo:

—«Mas he ahí que cierto día un diablo de antimonio se acercó a Walker: era un diablo sonso, palabra de honor, un triste diablo que no valía un cobre, partido por la mitad. Y, no obstante, logró seducir a Walker el pelirrojo: consiguió arrancarlo de su torre marfilina y llevarlo a las nocturnas mesas de redacción, allá donde hombrecitos de color antimonio, a la luz de lámparas pegajosas, redondean y redondean su bolita de estiércol para ensuciar con ella los umbrales clarísimos del alba, con el dale, dale, ¡ay!»

—Con el ramo y la rama, con la rima y el remo, ¡ay!

—«Walker el pelirrojo se resistía, claro está. No deseaba rendir su bandera de música, ¡eso no, por la tetilla de Cristo! Pero el diablo de antimonio es pertinaz (aunque notoriamente idiota); y fue arrancándole, hilo por hilo, su túnica de inocencia; y con su alegre tijerita le fue cortando al pelirrojo los brotes líricos, las reventonas yemas que a menudo le retoñaban. De modo tal que Walker descendió a lo profundo y olvidó la luz que abre arriba su inmensa cola de pavorreal; y, noche a noche, redondeó su bolita de estiércol, su bolita, con el dale, dale, ¡ay!»

—Con el ramo y la rama, con la rima y el remo, ¡ay!

—«Hasta que cierto día un ángel de aluminio se acercó a la mesa de Walker y miró tristemente al pelirrojo que tecleaba en su máquina de escribir. "¿Qué has hecho de tu alma?", le preguntó el Ángel. "Me la robó el diablo de antimonio", contestó él. "¡Miente!", gritó el diablo de antimonio que a la vista del Ángel temblaba ya como un infeliz que era. Entonces Ángel y Demonio entablaron un combate oral, un diálogo sublime que Walker el pelirrojo escuchó maravillado. Y luego el Ángel sacó su espadita y lo corrió al Demonio: lo corría entre las mesas de redacción, ¡y el pobre diablo chillaba como un ratoncito, con el dale, dale, oh!»

—Con el ramo y la rama, con el remo y la rima, ¡oh!

—«El Ángel mató al Diablo: lo mató exactamente junto a la salivadera del Director. Y Walker el pelirrojo, libre ya como los gorriones del cielo, se inclinó sobre su máquina y escribió un reportaje sensacional a la aurora. Pero la cuerda noble de su alma se había enmohecido, y al vibrar de nuevo se rompió, ¡clic! Hizo ¡clic!, y se rompió la cuerda noble de su alma, con el dale, dale, ¡ay!»

—Con el ramo y la rama, con la rima y el remo, ¡ay! Walker el pelirrojo había terminado su canción, y reía escandalosamente.

—¡Bien, bien! —dijo—. ¡El bravo camarada!

Serio de pronto, miró a derecha e izquierda:

—¿No anda por aquí el «Ladrón en su Bosque de Ladrillos»? —me preguntó.

—Por aquí andaba —le dije.

—Voy a buscarlo —decidió él—. Quiero sugerirle que, con Walker el pelirrojo, le haga un chantaje al Dios vivo.

Se unió al tropel de los hombres-diarios. Y luego sentí que Schultze me llevaba de la mano hasta la salida del taller infernal.

Los Calumniadores, los Aduladores y los Hipócritas habían sido instalados en la otra residencia; y tenían como escenario un potrero de vastas dimensiones, semejante a los que se dedican al depósito y quema de basuras en el suburbio de Buenos Aires. La fantasía del astrólogo, al entender que la Calumnia y la Adulación eran dos formas polarizadas de la violencia, se había complacido en reunir al calumniador y al adulador en una sola figura monstruosa que daba, en conjunto, la impresión de los hermanos siameses. Unidos por el tronco, el calumniador y el adulador movían piernas y brazos diferentes que trataban de armonizarse, y erguían dos cabezas enfrentadas entre sí: la del calumniador, venenosa como un hongo, acre de gestos y oblicua de miradas; la del adulador, tierna de ojos y sudorosa de miel como una confitura. Los monstruos que acabo de pintar vestían de negro en su mitad calumniadora y de blanco en su mitad adulante, y avanzaban sobre sus cuatro piernas arrítmicas, ya rodeando montículos de basura en combustión que despedían un agrio humo sin llamas, o hundiéndose hasta las rodillas en tembladerales de latas viejas, tablones podridos y arcos de barril; y aunque la humareda reinante dificultaba la visibilidad, me pareció advertir en cada uno de los monstruos la gesticulación de un diálogo violento sostenido entre sus dos mitades contradictorias. En el mismo sector, pero evitando recelosamente la compañía de los monstruos, deambulaban los Hipócritas: eran hombres y mujeres de expresión beata, ojos agachados y sonrisa clemente, que arrastraban entre la inmundicia del quemadero sus largas túnicas de un amarillo rabioso.

Tras un ojeo rápido el astrólogo y yo nos disponíamos a flanquear aquel potrero en busca de mejores aires, cuando uno de los monstruos, que al parecer venía sosteniendo una polémica entre sus dos mitades, se acercó a nosotros con su doble *cabeza y* sus cuatro pies mal concertados.

—Por ejemplo, este señor —dijo la mitad aduladora, señalando a Schultze—. ¿Quién, al mirarlo, dudaría que se trata de un ser favorecido por los dioses con la señal de un alto linaje? No hay más que ver la dignidad de su apostura, el decoro de su gesto, la brevedad de su pie y el tinte aéreo de su cutis, para entender que muchas generaciones refinadas trabajaron en la elaboración de este ejemplar único.

La mitad calumniadora del monstruo volvió hacia Schultze dos ojos cargados de veneno:

—Lo que yo sé afirmar de este hombre —dijo— es que ha echado sobre su origen un velo impenetrable, cuyo romanticismo encandila seguramente a los bobos, pero no logra evitar en los cuerdos la certidumbre de que un deshonor fundamental ha mecido su cuna. La brevedad de su pie se debe al hecho indudablemente asombroso de que logra calzarlo en el número cuarenta y cinco, gracias a una tortura constante que nos revela en este hombre una infinita vanidad y nos trae a la memoria el recuerdo de ciertas prácti-

cas japonesas. En cuanto al tinte de su cutis, no se debe a un ejercicio ancestral de la aristocracia, sino a ciertos hábitos inconfesables, a su crónica nocturnidad y sobre todo a una alimentación abstracta que, al hacerlo sospechoso de canibalismo vergonzante, da pábulo a las más extrañas leyendas y abre ya el ojo avizor de la policía.

Con visible disgusto la mitad adulante había escuchado a su rival:

—¡Más a mi favor! —dijo entonces, contemplando a Schultze con melosa simpatía—. Nadie discute ya que las degeneraciones congénitas del tipo que usted cree advertir en este señor constituyen la más firme garantía del genio; y hombres de ciencia existen según los cuales toda creación genial supone un creador podrido hasta la médula. Si usted observa detenidamente al señor, hallará las improntas del genio en su ángulo racial, en la imponencia de su cavidad craneana y en cierto lóbulo frontal que, según espero, no habrá escapado a su ojo clínico. Verdad es que no hacen falta huellas exteriores para rastrear las virtudes geniales que ha depositado en este señor una Naturaleza no siempre magnánima, ya que las pregonan los escritos sublimes con que este señor ha deslumbrado al orbe, y su pasmosa erudición en las ciencias humanas y divinas, que lo ha convertido, sin más ni más, en el cuco de las Universidades.

—¡Un cuerno! —gritó aquí la mitad calumniadora—. Es el plagiario menos hábil que se ha visto desde la invención de la escritura; y lo demostré hasta la saciedad en las cartas anónimas que, disfrazando modestamente mi letra, escribí a los directores de diarios y a los gerentes de las casas editoras. Además, la que se atribuye a *este* siniestro personaje es una erudición de segunda mano, adquirida en malas ediciones españolas y en horribles traducciones francesas: una ensalada rusa de conocimientos, que, gracias a su fácil memoria, sirve a este quídam para realizar una simulación del genio que le hace recorrer toda la gama del ridículo.

—¡Eso no! —protestó la mitad adulante, agarrando a la otra por los hombros.

—¡Las manos quietas! —le gruñó la mitad calumniadora.

—De cualquier modo —insistió la mitad adulante—, justo es reconocer en este señor al marido ideal, al padre abnegado de once vigorosos retoños, al hombre que ha hecho de su hogar una verdadera imagen del paraíso, al ciudadano, en fin, cuyas virtudes cívicas resplandecen en dos libretas ejemplares, la de su matrimonio y la de su enrolamiento.

—¡Nada más falso! —tronó la mitad calumniadora—. Unido a una mujer con los torpes lazos de la concupiscencia, este hombre no tardó en abandonarla y en inducirla por tortuosos caminos, acción interesada que lo clasifica entre los cornudos natos, según lo demuestran los panfletos anónimos que distribuí profusamente en la vecindad. Huelga decir que los once hijos sobre los cuales *este* señor asume una paternidad harto dudosa viven hoy solicitando la caridad pública y se deslizan ya por los fáciles toboganes del vicio. En lo referente a sus virtudes cívicas, basta recordar que este señor ha desertado las filas del ejército, se ha vendido al oro inglés y profana las urnas electorales con dibujos obscenos que introduce, no sin maligna delectación, en el sobre destinado a emitir el voto.

—¡Una calumnia! —rugió la mitad adulante, tomando por el cuello a la otra mitad.

—Naturalmente —dijo la mitad calumniante, y se aferró también al pescuezo de su antagonista.

Rodaron por el suelo, revolcándose, gruñendo y mordiéndose como dos perros en batalla. Y mientras contemplábamos la lucha del monstruo, se nos acercó una mujer que vestía la tela de los hipócritas. Era un vejestorio manifiesto: cerraba púdicamente su túnica de color amarillo en la que se prendía o colgaba una infinidad de medallitas, escapularios y cruces; su mano izquierda se apoyaba en un bastoncito de ébano con empuñadura de marfil, su derecha sostenía un enorme rosario de tapones de corcho.

—Hermanos —dijo con expresión humilde—, ¿no hay por aquí alguna iglesia, capilla u oratorio?

—¡Bah, bah! —observé yo, dirigiéndome a Schultze—. Es la vieja cargosa que besuqueaba sonoramente las imágenes de San Bernardo; la que durante la elevación me distraía con sus ruidosos golpes de pecho y sus ademanes espectaculares; la que se lanzaba como un tigre famélico al comulgatorio, abriéndose a codazos y pisotones un camino entre la resignada feligresía.

La vieja humilló sus ojos en los cuales brillaban dos lagrimones de vidrio:

—¡Hermano! —gimió—. ¡Perdone si mis excesos piadosos estorbaron su plegaria! Soy una gran pecadora: la basura del mundo. Sin embargo, el Apóstol aconseja que nos toleremos cristianamente los unos a los otros. ¿No somos todos hermanos en el Señor?

—También lo eran —le dije yo— los pobres mártires que cayeron bajo sus garras de prestamista.

La vieja se persignó devotamente:

—¡Por el cuerpo del Señor que he comulgado esta mañana —lloriqueó—, juro que nunca exigí más del veinte por ciento!

—No es mucho —admití yo—. Pero, ¿a qué venía su exhibicionismo, cuando al salir del templo dejaba caer moneditas en las manos implorantes, acariciaba el rostro de los chicuelos y tendía su diestra como para bendecir al suburbio?

—¡Dios me lo tendrá en cuenta! —predijo la beata.

—No hay duda. Y también las pésimas condiciones higiénicas de sus inquilinatos, por habitar los cuales el mismo suburbio que usted bendecía pagaba una mensualidad onerosa. Pero vayamos a otro asunto: ¿por qué recorría usted la calle Gurruchaga con aquellos melindres, ascos y pudibundeces? ¿A qué persignarse como si oyese al mismo demonio, cuando el Carrero del Altillo rezongaba sus tangos en el umbral de la peluquería? ¿Por qué medir con ojos inclementes la pollera o el escote de las muchachitas que delante de usted taconeaban de pura juventud? ¿A qué rendir a tierra la mirada, sollozar «Jesuses» y darse golpes de pecho, cuando las ninfas del zaguán retozaban sus calenturas?

—¡Era la calle del pecado! —lloró la vieja—. «¡Ay del que escandalice a mis pequeñitos!», así habla el Señor.

—Ciertamente. Pero en sus tertulias íntimas con doña Casta y doña Pura, tras devorar un horror de bizcochos mojados en vino dulce, ¿no se arremangaban ustedes los balones, para lanzarse a un loco bailoteo sobre sus piernas artríticas?

La vieja se turbó aquí hasta dejar caer su rosario de corchos:

—¡Era en privado! —tartamudeó—. ¡Un inocente juego! El Señor dice: «Haceos como niños».

—Pero no dice: «Espiad a la vecindad con gemelos de teatro.»

—No entiendo —repuso ella con voz temblorosa.

—Sucedía invariablemente después del vino y el bailoteo. Doña Casta, doña Pura y usted (¡cuan bellas eran las tres!) enfocaban la vecindad con sus gemelos, para sorprender abajo las escenas íntimas que se desarrollaban en los cuchitriles y retretes. «¡Oh, oh!», balbucía doña Casta. «¡Hum, hum!», sollozaba doña Pura. «¡Increíble!», gemía usted, ajustando el enfoque desesperadamente.

—¡Un falso testimonio! —gritó la vieja, tapándose los oídos con sus pulgares.

Miró en torno suyo como despavorida:

—¿No hay por aquí alguna iglesia, capilla u oratorio? —volvió a preguntar.

Y se alejó por el quemadero, muy envuelta en su túnica de color amarillo.

Al salir de aquel sector y entrar en el que venía luego, me pareció advertir en el astrólogo ese aire de perplejidad que muestran los artistas antes de resolverse a exhibir una obra cuya realización no acaba de satisfacerlos. Sin embargo, y en contraste feliz con la basura que acabábamos de abandonar, el nuevo ambiente se vestía con todos los colores poéticos imaginables. Era, sin duda, o ambicionaba ser una versión de los Campos Elíseos a la manera clásica: lomas verdegueantes, azules arroyuelos, arboledas generosas de frutos y orquestales de pájaros hacían allí amistad con los ojos y adulaban los oídos. Coronados de laureles y envueltos en majestuosas vestiduras griegas, hombres y mujeres discurrían por allí o se juntaban en recatados círculos. Tal era la impresión inicial que de aquellos vergeles recibía el intruso. Pero, tras el primer halago, el intruso no tardaba en advertir que una falsedad absoluta regía toda la escena: los arroyos y las lomas eran de lienzo pintado, los árboles de cartulina, las luces de gas neón, los ruiseñores de juguete; en cuanto a los habitantes de aquel edén, un desengaño igual acababa por reducirlos a una comparsa de actores que vestían trajes de papel y llevaban diademas de cartón dorado.

—¿Adivina ya en qué sector nos hemos introducido? —me preguntó Schultze, que aún vacilaba.

—No sé —le dije—. ¿Quiénes podrían ser estas figuras de relumbrón?

—Si no se ofende, le diré que son los «violentos del arte». Concebí este sector como un falso Parnaso, donde los *pseudogogos* abren metafóricamente sus colas de pavorreal, dirigidos por las falsas musas o *Antimusas,* como yo las llamo.

Debo admitir que la perspectiva de visitar aquel sector me desagradaba profundamente. Ya me venía resultando abusivo el hecho de que, contra todo uso y costumbre, se tergiversara el cómodo papel de mirón que sin duda me correspondía en aquel descenso infernal, para someterme a diálogos, controversias y disputas que no deseaba y que me convertían en otro actor del sainete schultziano. Y si tal me había sucedido entre gentes extrañas, ¿qué incomodidades no debía yo esperar de los hombres de mi oficio que se agitaban en aquel ambiente? La verdad es que yo tenía cola de paja, y conociendo el gusto de Schultze por lo monstruoso, veía ya en las *Antimusas* otra edición de las bacantes que despedazaron a Orfeo. Con todo, no ignorando cuan inútil sería mi resistencia, seguí al astrólogo que ya se adentraba en el Parnaso de cartón.

El primer contingente de *pseudogogos* (como los llamaba Schultze) venía capitaneado por la Falsa Euterpe, una señorita ya entrada en edad cuyas esqueléticas formas no lograban encubrirse del todo bajo el peplo celeste que las vestía: su color insalubre, el gesto agrio de sus facciones y la irritación con que miraban sus ojitos lagañosos referían la historia de un incurable estreñimiento; y para colmo de su desventura, carraspeaba sin descanso y escupió flemas verdosas en un pañuelo de color ya indefinible. La Falsa Euterpe se detuvo al vernos, y los tunicados que formaban su corte se detuvieron asimismo. Entonces, al recorrer el grupo con mirada recelosa, ¿a quién vi yo en la primera fila de los *pseudogogos?*, ¿a quién sino a nuestro seguro, ilustre y nunca suficientemente alabado compinche Luis Pereda? Sentí que la indignación me ahogaba:

—¡Eso no está bien! —le dije a Schultze—. No hay duda que, según las más respetables tradiciones, el inventor de un Infierno tiene la prerrogativa de acomodar en él a todos sus enemigos; así se obró hasta el presente, y si alguna vez el arquitecto infernal introdujo a un amigo en la ronda, fue para darle un papel vistoso en el que pudiera lucirse. Entonces, ¿qué necesidad había de infligir a nuestro camarada Pereda el bochorno de figurar en este burdel?

—¡Las veces que le habré pagado el tranvía! —gruñó Pereda, mirando rencorosamente al astrólogo.

Intervino aquí la Falsa Euterpe, y a través de sus catarros gritó así:

—¡Miente por la mitad de la barba el que sostenga que don Luis ha sido injustamente acondicionado en este infierno!

—¿De qué se lo acusa? —le pregunté yo.

—¡No le hagas caso al bodrio! —me advirtió Pereda, señalando con el pulgar a la falsa diosa—. ¡Es una jugarreta de Schultze, un chiste alemán del peor gusto! ¡Si alguna vez lo encuentro en la esquina de Pampa y Tronador le voy a poner los ojos en vinagre!

La Falsa Euterpe dejó escapar un sonido, mezcla de risa y de gargajo.

—Eso es lo notable que tiene don Luis —me dijo—. Se lo acusa de andar por los barrios de Buenos Aires haciéndose el malevo, echando a diestro y siniestro oblicuas miradas de matón, escupiendo por el colmillo y rezongando entre dientes la mal aprendida letra de algún tango.

—Un gesto individual que a nadie molesta —repuse yo.

—Exactamente. Lo malo está en que don Luis ha querido llevar a la literatura sus fervores misticosuburbanos, hasta el punto de inventar una falsa Mitología en la que los malevos porteños adquieren, no sólo proporciones heroicas, sino hasta vagos contornos metafísicos.

La miré duramente:

—Sólo por esa virtud —le dije—, mi benemérito camarada Luis Pereda merecería los laureles de Apolo.

—¿Sus razones, por favor? —me reclamó la Falsa Euterpe.

—¿No se ha dicho que sobre nuestra literatura viene gravitando un oneroso espíritu de imitación extranjera? ¡Se ha dicho, no lo niegue! Y cuando un hombre como Pereda sale a reivindicar el derecho que lo criollo tiene de ascender al plano universal del arte, se lo ridiculiza y zahiere hasta el punto de hacerle sufrir las incomodidades de un infierno. Pues bien, señora, yo me inclino ante nuestro campeón; y me descubriría reverentemente, si no hubiera perdido mi sombrero en este condenado Helicoide.

—¡Gracias, pueblo! —me gritó Pereda, visiblemente conmovido—. Cuando salga de aquí te pagaré una ginebra en el almacén rosado de la esquina.

Pero la Falsa Euterpe insistió:

—Admitamos —dijo— que nuestro paciente sea un innovador genial. ¿Esa circunstancia le da derecho a capar los vocablos de nuestro idioma y a escribir *soledá* y *virtú, o pesao* y *salao?*

—¡Una travesura idiomática! —repuse yo—. Un caprichoso tijereteo de artista. Ese gusto de capar le viene de sus antepasados ganaderos.

—Bien —admitió la falsa Musa—. Pero le quedan los neologismos. Este señor ha tenido la frescura de introducir en el idioma ciertas *baldosedades, aljibismos* y *balaustradumbres* que claman al cielo.

—¿Ha leído a Horacio? —le pregunté.

—¿Horacio? —dijo ella—. No sabía que escribiese. ¡Un mozo tan serio!

—¡No es el mismo! —rezongué—. El Horacio a que me refiero les da piedra libre a los vates para introducir neologismos a rajacincha.

Estaba por contestarme la Falsa Euterpe, cuando intervino un *pseudogogo* que vestía cierta pomposa túnica violeta:

—Señores —declamó en tono resentido—, no me parece justo distraer a estos nobles excursionistas con los retozos literarios de un escritor (y señaló a Pereda) que, según dicen, no ha trascendido aún los estrechos límites de la gramática. Sin pecar de inmodestia, creo que hay en este concurso algunos ingenios más dignos de ocupar una atención humana.

—¡Eso es! ¡Bravo! —dijeron algunas voces.

—¡Compostura! —les gritó la Falsa Euterpe—. ¡No estamos en el café «Tortoni»!

Me volví a ella y le pregunté:

—¿Quién es el tunicado violeta que acaba de expresarse con tan exquisito gusto?

—Es el de las metáforas pedestres —me contestó la falsa Musa.

Y tendiendo hacia él un índice poderosamente ungulado:

—Este señor —expuso— ha caído en la reprensible manía de ensartar comparación tras comparación, sin freno alguno y contra los dictados elementales de la prudencia.

—¿Y qué? —repuse yo—. ¿No es el lenguaje figurado el que cuadra mejor a la poesía?

—Depende, según creo, de las figuras. Este señor, por ejemplo, ha colgado en la percha de su corazón el sobretodo gris de la melancolía; con alarmante frecuencia, se ha venido poniendo y sacando el camisón de la esperanza; comparó sucesivamente sus amores con un bar automático, una caja de fósforos y un par de botines. Ahora se ha envuelto en la frazada caliente de la duda, y no hay Dios que lo haga subir al tranvía del misterio.

Con ojos fraternales miré yo al tunicado violeta:

—Señor —le dije—, con una metáfora intentamos expresar la relación sutil que descubrimos entre dos cosas diferentes. Pero no es el caso rebajar lo superior a lo inferior, sino conseguir, por vía de cotejo, que lo inferior ascienda en cierto modo a lo superior. Comparar el cielo con un *water closet es* ofender al cielo y ridiculizar al *water closet.*

—¿Y qué debemos hacer? —gruñó el de violeta—. ¿Comparar el *water closet* con el cielo, para que el *water closet* ascienda? Por otra parte, ¡miren quién habla! Un loro de la nueva generación que nos ha mortificado con las metáforas más absurdas. ¿No escribió usted aquello de «el amor más alegre que un entierro de niños»?

Me puse aquí de todos los colores:

—Vea —le dije—, será una comparación arriesgada, pero tiene un oculto sentido folklórico.

—¡Es un disparate! —chilló el tunicado—. Además, ¿no se atrevió usted a decir que «tu cielo es redondo *y azul* como los huevos de perdiz»? ¿Y desde cuándo esas aves ponen huevos azules? ¿No le ha dicho a una mujer que «en las enredaderas de sus voces incuba tres huevecillos un pájaro de gracia»? ¡Entienda, señor, que el hígado de la Musa no podría tolerar tanto huevo!

—¿Cómo? —rezongó aquí la Falsa Euterpe, mirándome con peligrosa curiosidad—. ¿Este señor ha escrito eso?

—Y más aún —respondió el tunicado—. El joven portalira que se mete a censurar estilos ajenos tuvo la desfachatez de alabar a una señora diciéndole que su sonrisa era «tan grata como la muerte de los tíos ilustres».

La Falsa Euterpe dejó de mirarme para clavar en Schultze dos ojos interrogadores:

—¿No deberíamos agregarlo a mi cortejo? —le preguntó.

Al oírla, sentí que un sudor helado me bañaba la frente, y mucho más al ver que el astrólogo, sin contestar, me estudiaba de pies a cabeza, como si estuviese tomándome las medidas para una túnica.

—¡Un sarampión de juventud! —articulé lleno de espanto—. ¿Y quién no lo tiene? Créase o no, al relacionar entre sí las cosas más heterogéneas, yo quería emanciparlas de sus estrechos límites ontológicos para que tuviesen otras formas y otros destinos.

—¡Este señor delira! —exclamó la Falsa Euterpe, señalándome—. ¡Que le traigan un peplo de fuerza!

—¡Es lo fatal! —dijo aquí, no sin amargura, un tunicado petizo que lucía en sus hombros dos alas de cartón—. ¡Ay del que profana el arte con el ocioso juego de las formas!

Lo miraron todos, y agradecí en mi alma la intervención de aquel nuevo personaje que atraía sobre sí la curiosidad pública.

—¡Ay del que ofende las jerarquías del arte! —volvió a clamar el tunicado petizo.

—¡Usted se calla! —le ordenó la Falsa Euterpe.

Y volviéndose a nosotros habló así:

—Este musajeta que decora sus hombros con dos alas postizas ha dado en la triste locura de servir con su arte a cierto misticismo ramplón, consistente en barajar ángeles y arcángeles a troche y moche.

—¿Y por qué no? —adujo el petizo—. Los ángeles están con nosotros: ¡ay del que no adivina sus invisibles presencias!

—¡Chupacirios! —le gritó aquí un tunicado rojo.

—¡Silencio! —gruñó la falsa Musa—. No he terminado aún con el tunicado petizo. Justo es decir que su manoseo de las criaturas angélicas no tendría demasiada gravedad, si al mismo tiempo no se metiera él en divagaciones teológicas y en simbolismos que ni Dios entiende, sobre todo el de los números. ¡Cosa extraña! Este bardo ha contraído una funesta pasión por el número siete: lo ve todo y lo explica todo en función del siete.

—¡Un número sagrado! —exclamó el petizo, cayendo en éxtasis.

El tunicado rojo que había intervenido ya se adelantó aquí rabiosamente; y entonces reconocí en él a cierto poeta libertario de la calle Boedo. Señalando al petizo, gritó:

—¡No le hagan caso! ¡Es un frailón al servicio de la burguesía!

—¿Y usted? —le preguntó la falsa Musa, estudiándolo cuidadosamente.

—Yo pongo mi arte al servicio de la justicia social —respondió el tunicado rojo.

—¡Eso es invertir las jerarquías! —rezongó el petizo angélico—. Entre las actividades humanas existe un orden jerárquico de valores que sería peligroso destruir. En razón de su trascendencia y universalidad, lo metafísico es superior a lo artístico, y lo artístico es superior a lo político. El arte puede servir a lo metafísico sin rebajarse, ya que, al hacerlo, sube a una esfera superior, en cambio, sirviendo a cualquier actividad que le sea inferior en jerarquía, el arte deja de ser libre para caer en la servidumbre de lo inferior.

—¡Pamplinas! —exclamó el tunicado rojo—. Como sostuve recién, es un frailón muy conocido.

En este punto, y olvidando las normas de prudencia que me había impuesto yo mismo, intervine otra vez en el debate.

—Salvo mejor parecer —dije, volviéndome hacia el astrólogo—, el tunicado petizo dio en la tecla del asunto. Y diré más aún: creo que si se le podara la frondosidad angélica y se le amputase uno que otro siete, el tunicado petizo merecería un ascenso en este Helicoide.

El efecto de mis palabras fue desastroso:

—¿Quién lo mete a redentor? —me gargajeó casi la falsa Musa.

—¿Y con qué derecho ese turista quiere podarme los ángeles? —lloriqueó el tunicado petizo.

—¡Lo conozco! —dijo el tunicado rojo—. Es *un fifi de* la nueva generación que iba todas las noches a Boedo para reírse de la musa libertaria.

Como el tumulto creciera y el cortejo de la Falsa Euterpe amenazase con agredirme, inicié una retirada que hoy mismo no considero vergonzosa. El astrólogo Schultze, corriendo a mi lado, me obligó, empero, a detenerme junto a una reunión de señoras y hombres tendidos en la falsa hierba.

Advertí muy luego que la dirección de aquel grupo se había confiado a otro adefesio de *Antimusa* que resultó ser la Falsa Erato. Una cabellera mal oxigenada, dos ojos mortecinos y subrayados por terribles ojeras de color negro de humo, una boca exageradamente agrandada con toques de *rouge,* una tez en la que se iban descascarando antiguos y resecos afeites distinguían a la Falsa Erato: despatarrada en el suelo, algunos tules envolvían sus ya marchitos encantos de puta vieja; fumaba un cigarrillo turco en cierta boquilla de largor descomunal, y, al hacerlo, exhibía sus manos terminadas en cinco dedos relampagueantes de

anillos baratos y falsa pedrería. A su derecha y su izquierda se amontonaban racimos de poetisas igualmente alargadas en el suelo, y el enjambre de los poetas eróticos que habían falsificado amores y mentido aventuras: las poetisas dilataban sus ojos llameantes, se revolvían en la falsa hierba o respiraban ávidamente rosas de trapo; con un frenesí de autómatas, los poetas fingían querer arrancarse las flechas de cartón que aparentemente les atravesaban el costado.

En silencio recorría yo con la mirada los diversos grupos, demorándome aquí en alguna mujer que, al reconocerme, se llevaba el índice a los labios en un gesto de súplica, o desviando más allá mis ojos de algún hombre que me volvía sus espaldas en el temor de verse reconocido. Aquella discreción de los eróticos me pareció de buen agüero; y cuando Schultze, sin decir palabra, me tocó el hombro en señal de partida, entendí que me libraba generosamente de un diálogo cuya materia podía ser más que desagradable, y le juré *in mente* una gratitud eterna.

Alentado por tanta fortuna, decidí entonces evitar que el astrólogo me adjudicara la serie completa de sus *Antimusas*: mi andar cobró un ritmo acelerado que no era el de la fuga todavía, miré a derecha e izquierda, listo para el gambeteo. Desgraciadamente, al querer evitar los grupos que rodeaban a las *Antimusas,* tropecé con una hembra de gran volumen que recorría el prado sin cortejo alguno: la anchurosa túnica negra que llevaba no conseguía disimular el enorme desarrollo de sus glúteos, la redondez adiposa de su vientre, el desborde torrencial de sus ubres ni sus piernas elefantiásicas y azules de várices. Tras el encontronazo, la Falsa Melpómene (que no era otra) clavó en mí sus ojuelos porcinos:

—¡Mire dónde camina! —me gritó con voz áspera—. ¿Qué es eso de llevarse a la gente por delante?

—Excúseme —le dije—. Nunca hubiera creído que *madame* anduviese tan sola.

Una mueca de odio frunció sus labios frondosamente abigotados:

—¡La puta que los parió a esos pajarones de arriba! —exclamó—. Buenos Aires ha perdido la noción del drama. ¿Dónde quedaron los porteños que reventaban de indignación en el circo, ante la figura heroica de Juan Moreira? ¿Dónde están los que seguían con ojos húmedos la última escena de *Barranca abajó!* ¿Qué se hicieron las huestes filodramáticas que hacían en los teatritos de barrio su *Juan José* o su *Cena de las burlas,* ante el sollozo de las muchachas, el moqueo de las viejas y la bronca de los compadritos que se salían de la vaina? Esos guachos de arriba están ahora en pleno sainete. ¡Que se vayan a la puta que los parió!

—No los mande tan lejos —le rogué yo tímidamente—. Según Aristóteles, toda escena trágica debe suscitar la compasión de los espectadores. Ahora bien, no es fácil compadecer el dolor ajeno si no se lo ha padecido alguna vez en carne propia; y nuestra querida ciudad hace mucho que no sufre una tragedia.

—¡Degenerados! —rezongó la Falsa Melpómene—. Se hartan en los restoranes de lujo; y luego ubican sus desbordantes asentaderas en butacas *pullman,* desde las cuales ríen groseramente, chillan, eructan y hacen sus laboriosas digestiones. Eso sí, antes de ir a los espectáculos, estudian prudentemente las carteleras: «Mil carcajadas por hora en el Astral.» ¡Bien! La risa favorece los movimientos peristálticos del intestino grueso. Y si, por equivocación, dan con el drama, ríen igualmente. ¿Una madre llora sobre la tumba de su hijo? Risas ahogadas en la platea. ¿Dos amantes dialogan su infortunio? Convulsiones de hilaridad en las galerías.

La Falsa Melpómene guardó silencio. Después, oscura y sola, se alejó de nosotros mascullando puteadas infinitas.

—Bien mirado —le dije a Schultze—, la pobre gorda tiene bastante razón.

Pero en aquel instante, sin darnos lugar a la defensa, el cortejo de la Falsa Tersípcore se abatió sobre nosotros, nos aprisionó en una ronda hermética y se puso a bailar figuras de tango, *fox-trot,* de vals, de *charleston,* de polca: los bailarines giraban solos o en parejas, se retorcían y descoyuntaban como peleles; y el círculo vertiginoso iba estrechándose cada vez más a nuestro alrededor. Entonces, no sin antes cambiar una mirada con Schultze, bajé la cabeza, cerré los ojos y me lancé violentamente contra los bailarines. El

círculo de la danza quedó roto, caí en tierra, me incorporé al instante y eché a correr seguido por el astrólogo que me había imitado en aquella técnica de la evasión. Nos creíamos ya seguros, cuando intentó detenernos la Falsa Talía con su *troupe* farandulesca:

—¡No disparen, otarios! —nos gritó—. El truco es fácil: mezclen un gallego, un italiano, un turco y un compadrito; agiten bien la coctelera, y obtendrán un sainete criollo.

Sin hacerle caso, nos metimos entre la chusma teatral que se desplegaba en línea de combate; y, merced a un laborioso gambeteo aprendido en las canchas de fútbol, logramos atravesarla.

El pseudo Parnaso quedó atrás. Ahora venía el sector de los Déspotas y de los Traidores. La discreción que me impuse al iniciar esta crónica de mi viaje por el Helicoide schultziano justificará el tacto piadoso con que describiré ahora el nuevo sector, del cual, por fortuna, obtuve sólo una visión panorámica. Clásicamente había introducido Schultze a los traidores y los tiranos en el Infierno de la Violencia; no obstante, su rabiosa personalidad lo había inducido a juntarlos en un ambiente común, tal como si entendiera él que el despotismo es una forma de la traición y la traición una figura del despotismo. Además, y según lo había hecho ya con otras pasiones humanas, el astrólogo no había destacado en el nuevo sector aquellas personalidades históricas que le hubieran servido muy bien de paradigmas, sino amontonado ejemplares anónimos, en vías de una desinteresada generalización.

El ambiente infernal que teníamos a la vista era una extensión de pampa barrosa: ni un árbol, ni un yuyo, ni un color interrumpían la negra superficie del fangal donde, bajo un cielo lluvioso, chapaleaban los déspotas y los traidores afanados en no sabía yo qué maniobras. Apenas hubo aclarado el cielo, vi que del fangal brotaban formas oscuras y se expandían en un raudo crecimiento vegetativo: eran caballos de tierra, potros de barro húmedo. Vi entonces cómo los déspotas, irreconocibles bajo sus capas de lodo, se dirigían a esas cabalgaduras, las montaban frenéticamente, les herían los flancos a golpes de talón, las animaban a gritos; pero los caballos de tierra seguían inmóviles, se resquebrajaban al peso de sus jinetes, se deshacían como terrones y se desmoronaban al fin, arrastrando a sus caballeros en el derrumbe; y, tras un laborioso chapaleo en el barro, los déspotas volvían a incorporarse, a montar otras cabalgaduras, a desplomarse nuevamente. En cuanto a los traidores que hormigueaban en el fangal, sólo diré que tenían la figura de medios hombres, con media cabeza, medio tórax y un solo brazo, y que saltaban sobre su pierna única, buscando afanosamente la otra mitad traicionada.

El último sector de aquel infierno dedicado a la Ira resultó ser el de los asesinos. Estranguladores, descuartizadores, envenenadores, todos los modelos del hombre tigre, víbora y hiena estaban allí, envueltos en burdos camisones de hospital y tendidos en niqueladas mesas operatorias: una luz de focos intensos los enceguecía y destacaba sus rasgos con la nitidez implacable de la fotografía policial. Indinándose sobre los asesinos, girando en torno de las mesas, cacareantes y febriles, cien demonios psiquiatras de blanco delantal les medían el cráneo, les pinchaban las terminaciones nerviosas, les extraían líquidos glandulares, los manoseaban y sometían a engorrosos experimentos. Un asesino de cara de buitre, que había logrado fugarse de su mesa operatoria, llegó corriendo hasta nosotros:

—¡Me gustaría encontrar al que inventó este infierno! —rezongó, encarándose conmigo.

—¿Para qué? —le preguntó Schultze.

—Para cantarle cuatro frescas. Debe de ser o un vanguardista o un chambón. Cualquier estudiante de segundo año hubiera concebido este infierno como una carnicería de lujo, con sus buenos ganchos, cuchillos, serruchos y hachas. ¿Qué se le ha ocurrido al imbécil? ¡Meternos aquí entre una runfla de matasanos que nos escarban la sesera día y noche!

El astrólogo, sin dejar de escucharlo, se inclinó a mi oído y me sopló discretamente:

—Obsérvelo. Es un asesino *pompier.*

Y volviéndose al de la cara de buitre iba ya a contestarle, cuando lo vio debatirse entre un remolino de psiquiatras que lo devolvía a su mesa. Sólo entonces nos enfrentamos con el Hombre de los Ojos Intelectuales.

Alto, huesudo y de perfil aquilino, el Hombre de los Ojos Intelectuales vestía un pantalón azul y una chaqueta de gamuza. Pero lo más llamativo de su persona eran aquellos ojos de un gris de ceniza que al mirar proyectaban cierta luz inquietante.

—La mosca verde no ha vuelto a zumbar delante de mis ojos —nos anunció con voz remansada y confidencial.

—¿No ha vuelto? —le preguntó Schultze.

—Ya no podría volver. Tampoco han regresado las tres hermanas fatídicas.

—Es justo.

—Usted lo ha dicho —aseveró el hombre—. Ahora reina una paz de balanza en equilibrio. Sí, alguna balanza invisible ha quedado inmóvil, con sus dos platillos a nivel.

Observó, sin duda, en mí algo de asombro y mucho de curiosidad, porque, volviéndose a Schultze y señalándome, le preguntó:

—¿El señor no conoce la historia?

—Nada sé —le dije— ni de la mosca verde ni de las tres hermanas fatales.

El hombre pareció recobrar un fervor extinguido, y se le humedecieron los inquietantes ojos de ceniza:

—¡Déjenme que les hable de Belona! —nos rogó—. Cuando yo era un dichoso mortal y trabajaba con el idioma de los hombres, describí afectos extraños e introduje raras intrigas en las pasiones de los otros. Ahora necesito hablar de mí: ¡denme la posibilidad de un monólogo, no el interior y terrible que devana mi ser en esta noche del castigo, sino aquel otro que, pronunciado ante una cara comprensiva, más que monólogo parece el diálogo sostenido entre una voz y una mirada! ¿Puedo hablar de Belona?

Y como leyera en nosotros un tácito consentimiento, el Hombre de los Ojos Intelectuales nos apartó a un sitio libre y nos habló de esta manera:

—No les daré mi nombre, aunque alguna vez lo hayan oído arriba, y asociado a la muerte de una esperanza literaria. Mi primera comedia, *Los Invasores,* estrenada por azar en un teatro de Buenos Aires, me había introducido inesperadamente en el mundo halagüeño de la notoriedad; y me convertí entonces en un demiurgo de fábulas teatrales, orgulloso de manejar cien destinos ajenos. ¡No sabía o no recordaba que (y perdónenme ustedes el lugar común) también yo era un personaje de comedia en este gran escenario del mundo, y que los hilos motores de mi ser estaban entre los dedos invisibles de los ángeles y los demonios! En aquellos días conocí a Belona.

Se detuvo aquí, tratando, al parecer, de juntar en su alma los pedazos de una imagen destruida.

—Cada vez que nombro a Belona —declaró—, lo hago como el poeta que relee una canción suya inacabada e inacabable, o como quien da nombre a una felicidad trunca de la que se recuerda no tanto el «fue» como el «pudo ser». Belona era la hija única de un capitán de artillería: creció en manos ajenas y desarrolló en su propia soledad los rasgos de un alma que nunca logré definir; porque se abría y se cerraba inesperadamente a mi conocimiento, de modo tal que sólo alcancé a vislumbrar en ella una rápida sucesión de claridades y negruras. En cuanto al nombre de «Belona» que llevaba esa mujer increíble, sólo diré que, aparte de su rareza y musicalidad, no descubrí al principio en él nada que pareciese meditado y de intención oculta: ningún indicio vi que relacionase a Belona con el genio de la guerra, como no fuese aquel bronceado pelo suyo, que recogía ella y peinaba en forma de un casco antiguo.

«Nuestra luna de miel fue un deslumbramiento mutuo: transcurrió en Mar del Plata y durante un verano firme de los que no abundan en aquella ciudad marítima. Belona y yo habíamos tomado una casa en los

alrededores: era una residencia de alegre aspecto, cuyos ventanales miraban al Atlántico, sobre todo los del salón, que convertimos en *atelier,* y en el cual Belona reunió los objetos que amábamos, estampas, libros, tapices, mi viejo armónium, su jaula de pájaros y las escenografías en *maquette* que yo utilizaba para urdir mis comedias. Les hablé de un deslumbramiento inicial en que Belona y yo fuimos como dos mundos que se penetraban mutuamente, reían en el asombro feliz de irse descubriendo y no sospechaban aún que el amor es a veces la más terrible forma de la soledad. Pero cuando mis ojos, tras la primera embriaguez, recobraron una justa visión de las cosas, empecé a sentir que algo no andaba del todo bien en aquella máquina de felicidad que Belona y yo creíamos haber montado.

—¡Naturalmente! —lo interrumpí yo—. Esa embriaguez primera o modo ebrio de mirar lo que se ama, es la sola vista que, según dicen, tiene el amor. Decir que la embriaguez ha concluido y que se ha recobrado «una justa visión de las cosas», vale tanto como anunciar la muerte del amor.

El Hombre de los Ojos Intelectuales me miró con afectuosa curiosidad.

—No quería decir tanto —replicó—. La embriaguez inicial a que yo me refería no es el modo ebrio de mirar lo que se ama, sino un modo ebrio por el cual el amante sólo se mira a sí mismo en el acto de su propia embriaguez.

—Otra manera de la soledad —refunfuñó aquí el astrólogo.

—¡Muy bien dicho! —aseveró el Hombre de los Ojos Intelectuales—. Pero, desvanecida esa embriaguez, un verdadero amante querrá saber lo que realmente ama.

En este punto volví a interrumpirle:

—Eso es invertir el orden natural de las cosas —objeté—. ¿No se afirma que el conocimiento precede al amor y que nadie ama lo que no ha conocido previamente?

El narrador se llevó las manos a la cabeza:

—¡Dios nos libre! —exclamó—. ¡Un platónico! Y es verdad: el conocimiento precede al amor. Lo que falta decir es que, si el conocimiento antecede al amor para inspirarlo, no deja nunca de acompañar al amor para sostenerlo. El acto de amar se prolonga en el amante, si el acto de conocer le dice que lo que ama es todavía un objeto de amor; y concluye si el acto de conocer le anuncia que su objeto de amor ha dejado de serlo.

Aquí el astrólogo Schultze empezó a dar señales de fastidio:

—No me parece —rezongó— que un Infierno de la Ira sea el lugar más adecuado para sostener una discusión académica sobre el arte de amar.

—Tiene razón —le dijo el Hombre de los Ojos Intelectuales—. Pero me felicito de que la discusión se haya dado, porque gracias a ella les resultará más fácil entender la naturaleza del abismo que se interpuso entre Belona y yo, no bien el deslumbramiento inicial hubo pasado. Conocer lo que amaba, o mejor dicho, saber lo que poseía, he ahí el imposible contra el cual empezó a estrellarse mi entendimiento amoroso. Belona cambiaba de aspecto a cada hora, como la luna o como el semblante marítimo del agua cuyas mutaciones veía yo desde los ventanales de mi estudio. A veces, en un instante de súbita desnudez, ella se mostraba tan próxima, tan accesible, tan rica de puentes y fácil de caminos, que todo mi ser volaba presurosamente a ella; y cuando se veía ya cercano a su margen, hallaba los puentes rotos, los caminos borrados y frente a sí una extraña lejanía en figura de mujer. Otras veces, cuando mi ser se creía en los extremos de la desesperanza, Belona caía sobre mí como un viento sorpresivo, o bien como una lluvia que no se imploraba ya, pero que igualmente venía en razón de no sé aún qué leyes misericordiosas. Así, entre claridades y tinieblas, conocí primero la inquietud, el desvelo más tarde, y, por último, los rigores de una obsesión que me llevaron a entablar con Belona una querella absurda (¡sólo ahora lo comprendo!); porque reclamarle a ella la razón de sus mutaciones valía tanto como exigirle al mar la de su gesticulación cambiante, la de su

ira y la de su benevolencia. Lo malo fue que aquellas discusiones, lejos de aproximarnos, hicieron más honda la sima que nos distanciaba; entonces recurrí a los vulgares lenitivos del alcohol y del juego, que, si me adormecían una hora, me abandonaban al fin en un despertar amargo de vergüenza. ¡Cuántas veces, en la profunda medianoche, queriendo hallar en el trabajo una evasión o un olvido, lloré sobre las impasibles marionetas que solía manejar yo en mi estudio, o les hice representar escenas abominables que no eran sino la traducción del monólogo íntimo por el cual mi alma se había! enajenado del sueño!

El Hombre de los Ojos Intelectuales hizo aquí un alto y nos estudió con la mirada.

—El señor —dijo en seguida, señalándome— aludió recién a los platónicos. Ellos afirman que, por amor, el amante se va convirtiendo en lo que ama: es un acto de transmutación amorosa que termina en la paz del amante convenido al amado. Por difícil que parezca, mi conflicto con Belona se originaba en la imposibilidad de aquella inefable asimilación; porque, no conociéndola, mal podía yo asimilarme a ella, y sin convertirme a lo que amaba, difícilmente podía lograr esa quietud en el amor que se da como fin y recompensa del movimiento amoroso. Por el contrario, lejos de traerme la paz, Belona ejercía el poder infalible de suscitar en mi alma una íntima guerra; y justo es decir que obraba ella sin deliberación alguna y sólo por acto de presencia, con el más nimio de sus gestos y la más inocente de sus palabras. ¡Era «Belona», en fin, y demasiado tarde alcancé la verdadera significación de su nombre! Lo que nunca supe fue si el artillero que se lo había dado lo hizo como filósofo conocedor de la esencia que nombraba, o como un genio perverso que, al signar a Belona con el poder mágico de un nombre, había comprometido su suerte y la mía, desde nuestra cuna.

El narrador hizo aquí otra pausa, y su arrugado entrecejo nos anunció que la historia entraría en un campo difícil.

—La muerte de Belona —prosiguió al fin— acabó súbitamente con aquel estado de locura. Todavía recuerdo el asombro y la consternación que se apoderaron de la ciudad en aquella inolvidable mañana de febrero, cuando los pescadores que volvían del mar hallaron el cuerpo de Belona flotando sobre las aguas. Yo había pasado en el Casino toda la noche anterior, hasta el amanecer; y no me había sorprendido a mi regreso la ausencia de Belona, pues bien conocía sus hábitos matinales y su costumbre de asistir a la salida del sol en el mar: para esto último le bastaba con descender la pendiente de la loma en cuyo vértice habían edificado nuestra casa, y salir a la punta rocosa que frente a la misma se adentraba en el océano como el espolón de una galera. Todos estos detalles iba dando yo a un oficial de policía en aquella mañana terrible, mientras me conducían a la Prefectura donde se hallaba el cuerpo de Belona que yo debía reconocer. Me resulta difícil expresar ahora la mezcla de anonadamiento y horror que dominaba mi ser, cuando la vi tendida en una mesa vulgar, con sus vestidos goteantes aún, olorosa de mar, ¡y bella como nunca! Porque, sobre la derrota de su cuerpo, más allá de su naufragio y pese a la devastación que amenazaba ya su pobre carne, todavía era Belona, con su pelo broncíneo en forma de casco y aquella expresión suya de beligerancia que ni el océano mismo había logrado borrar. ¡Sí, era Belona! Y los que me acompañaban lo supieron, cuando me acerqué a ella y besé sus tristes ojos amargos de sal. Descartada la hipótesis del suicidio (pues todos los que nos conocían no dudaban que, al segar a Belona, la muerte había truncado un idilio en flor), sólo quedaba la idea de un accidente como explicación de la tragedia: y a ese respecto no dejaron lugar a dudas las investigaciones que se hicieron en el espolón rocoso a que me referí anteriormente y que fue señalado como lugar indiscutible del drama.

»Aunque parezca monstruoso, los días que siguieron han dejado en mi memoria un recuerdo halagador. La muerte de Belona, poetizada en todos los comentarios, no tardó en arrojar sobre mí una luz prestigiosa: no sólo se había estrechado a mi alrededor el círculo ferviente de mis amistades, sino que rostros nuevos trataban de acercárseme y de ser admitidos en una participación de mi congoja. En los lugares públicos me sentía blanco de todas las dulces miradas compasivas; un silencio elogioso reinaba de súbito entre los hombres o las mujeres a quienes me dirigía y que, al contestarme luego, bajaban la voz, como

temerosos de herirme con algún vocablo. Y yo, aún sin conciencia exacta de lo que ocurría, me dejaba ganar por el consuelo adormecedor de aquellas voces, miradas y cuidados reverenciales. En síntesis, la muerte de Belona me trajo lo que su vida me negara siempre: el amanecer de una quietud interior que otra vez me familiarizaba con el sueño y me devolvía gradualmente el perdido sabor de las cosas. Y en eso andaba yo, cuando se produjo ante mí «la primera manifestación de lo abominable».

»Me será necesario describir prolijamente los hechos de aquel mediodía (porque lo abominable ocurrió a plena luz, como si no quisiera favorecerme ni con el alivio de la duda en que suelen dejarnos los acontecimientos anormales, cuando se dan en circunstancias propicias a la alucinación). E insistiré, además, en los detalles vulgarísimos de aquel almuerzo, para que vislumbren ustedes algo del terror que se apoderaría de mí ante una irrupción tan violenta de lo sobrenatural en un medio corriente, ordinario y pacífico. Ese día mis amigos y yo almorzábamos, como de costumbre, en el salón-estudio. La mesa plegable había sido colocada junto al ventanal del océano; yo me había sentado a la cabecera, frente al mar cuyo azul voluntarioso parecía metérsenos en el salón a través de los cristales; tres de mis convidados estaban a mi derecha, y los tres restantes a mi izquierda. Quedaba, pues, en la mesa un costado vado: el que yo tenía enfrente. Debo añadir que durante aquella mañana yo había dado señales de una gran animación: por vez primera, desde la muerte de Belona, se me vio estudiar con interés las escenografías que llenaban el salón, aventurar algunos planes artísticos y hasta jugar con los fantoches de mi teatro en miniatura. Al asombro inicial de mis amigos sucedió su júbilo, cuando advirtieron en mí la reacción de una inteligencia que habían juzgado peligrosamente lastimada; y en ese clima fausto se inició el almuerzo, entre un choque de vasos tímidos y una excitación de voces que todavía se refrenaban. Tal era el ambiente del salón-estudio, cuando lo abominable se manifestó a mis ojos.

«Envuelto en una luz opulenta que hacía brillar la salsa de los platos y el vino de las copas; gratamente inclinado a tantas voces amigables y a la tentación de un mundo que otra vez me reclamaba, sentí de pronto que algo se movía delante de mis ojos, algo parecido a una mosca verde, a una mosca zumbante y de brillo metálico. La espanté con los dedos, huyó la mosca. Y entonces, frente a mí, sentadas en el costado vacío de la mesa, vi a tres mujeres de luto que me clavaban sus tres pares de ojos ardientes y reían como bacantes ebrias en una triple gárgara de risa oscura, monótona, sin eco. Aturdido por aquella visión, rechacé mi cubierto, me restregué los párpados y volví a mirar: las tres mujeres de luto, las tres comensales no invitadas permanecían allí, sentadas en el costado vacío de la mesa, clavándome sus ojos escrutadores y riendo siempre. Más tarde supe que mis amigos habían entrado en un silencio penoso al verme rechazar el plato con violencia y fijar una mirada estúpida en el sector de la mesa para ellos vacío; pero en aquel instante nada veía yo, como no fueran los rostros afilados y el espantable atuendo de las tres mujeres. Porque advertí muy luego que no estaban de luto en realidad, sino que vestían negras ropas de baile, sobrecargadas de cintajos y guarniciones, pero tan desgarradas y sucias, que parecían salir de una bacanal o de un crimen. El mismo desorden se mostraba en sus pelos alborotados, entre cuyos mechones lucían aún fragmentos de diademas, hojas de oro y escarabajos de plata; y la misma suciedad era visible en sus gargantas bullentes de risa y en sus dedos largos cuyas uñas de luto resaltaban en la blancura del mantel. Al evocar aquel instante recuerdo ahora que no se me ocurrió poner en duda la realidad de las mujeres; ¡era difícil con aquella luz brutal que parecía desnudarlas! Lo que yo intuía, en mi zozobra, era que las tres hembras estaban allí con algún propósito definido, y que yo debería enfrentarlas, dar oídos a la prodigiosa maldad que sin duda se traían y oponerles una resistencia invencible, una dura coraza de menosprecio. Afirmado en tal resolución, me atreví a clavarles una mirada en la que se traducía el desafío; y sólo entonces advertí que los ojos de aquellas mujeres no eran inquisidores, sino terriblemente sabios; *y* sólo entonces, ¡loco de mí!, supe que sus risas no expresaban malignidad alguna, sino un conocimiento tan aterrador, que al adivinarlo sentí correr gotas heladas por mi frente. «¡No, no!», grité de súbito. «¡Eso no!» Y tomando una copa la arrojé violentamente contra las hembras fatídicas. Al punto me sentí rodeado, asistido y consolado de voces amigables; pero mi atención estaba puesta en las tres mujeres que me contemplaban y reían, que

cuchicheaban ahora entre sí, que volvían luego a clavarme sus ojos meditativos y a reír con la risa nocturna de los que saben. Entonces me puse de pie y huí del estudio: en el salón quedaban seis comensales atónitos que dirigían sus miradas a un sector vacío de la mesa.

«Toda la tarde aquella estuve empeñado en una difícil batalla con el terror. Abrirse paso entre los velos de locura que lo ceñían y apuraban ya, discernir lo que había en el fondo secreto de aquella visión al estudiarla sin interferencias de pánico: he ahí la labor que debía cumplir mi entendimiento en su nueva zozobra. Pero hacia el anochecer de aquel mismo día una luz deslumbrante se hizo en el caos: era indiscutible que la revelación de las tres mujeres fatales había coincidido exactamente con la hora en que mi ser iniciaba un movimiento de resurrección y otro de olvido; y no era de extrañar que los injuriados manes de Belona se hubieran hecho visibles en la mesa donde se festejaba ya mi traición a su recuerdo; las tres mujeres habían querido enseñarme, pues, que mi destino y el de Belona continuaban atados, y que Belona seguiría promoviendo en mí la extraña guerra de su nombre, a pesar de su muerte y mas allá de su muerte.

«Trabajar en el recuerdo de Belona, ésa fue la desvelada, la férrea, la penitencial agricultura que ocupó enteramente mis horas en los días que siguieron. Era necesario reconstruir su imagen línea por línea, volumen por volumen, gesto por gesto, y mantenerla después bajo la mirada del alma, noche y día, sin desmayos ni distracciones; era preciso evocar todos los instantes de su vida, uno a uno, con la tremenda precisión del cinematógrafo, y luego juntarlos en una simultaneidad viviente, para que así los contemplara mi corazón, aunque se rompiera de angustia. No imaginan ustedes hasta qué grado de minuciosidad llevé yo aquella imposible reconstrucción de Belona: en mi locura, llegué a perseguir los rastros de un color o de un aroma suyo, en sus cajones íntimos, entre sus frías ropas olvidadas, en los objetos familiares que había tocado ella tantas veces. Y más aún: aquellos objetos de su preferencia no tardaron en cobrar ante mí un prestigio mágico que durante algunos días me inclinó al más grosero de los fetichismos, el de adorar un peine, reverenciar una joya o besar una triste pantufla de raso. Transcurrió así una semana justa, desde aquel almuerzo inolvidable: tantas obras de contrición y de reparación habían agotado ya casi todos los recursos de mi ser, pero le habían traído, en cambio, esa dulzura lastimada o ese dolorido gozo en que suele fructificar la penitencia.

»Aquella tarde, rompiendo al fin mi voluntaria reclusión, había salido al paisaje y caminaba yo junto al mar, en esa playa desierta que se alonga más allá del Faro, entre los médanos calientes y la frescura de las olas. Duras aves marinas picoteaban aún la cresta del oleaje; un toro negro, hundido en el mar hasta las rodillas, olfateaba la espuma salada y mugía blandamente; algunos tiburones muertos yacían aquí y allá, semienterrados en la arena, y el olor de sus putrefacciones, unido al salitroso y áspero de la marisma, castigaba mis narices pero fortalecía mi ánimo con no sé qué rigor saludable. A la paz inmensa que bajaba de las alturas respondía ya la de la tierra que buscaba su sueño: y con una y otra paz quería fundirse ahora la quietud de mi alma triunfante que, redimida *y* consolada en la posesión de una Belona eterna, discurría sin miedo junto al mar, suspiraba de alivio y se atrevía nuevamente a posar una mirada tranquila sobre las cosas. Y cuando esas emociones tomaban ya en mi ser el agradecido vuelo de una oración, sentí de pronto que la mosca verde zumbaba otra vez delante de mis ojos; y al espantarla con la mano, vi a las tres mujeres fatales que me salían al encuentro, que se alineaban frente a mí, que volvían a clavarme la dura intelección de sus ojos y a reír, a reír, a reír sabiamente. Quedé un instante como petrificado: todas las construcciones que había erigido mi locura se abatieron en un pavoroso derrumbe interior; y otra vez me sentí desnudo ante las tres mujeres implacables que me observaban y reían de pie, dando al viento sus lujosos andrajos y los viboreantes mechones de sus cabelleras. Quise hacerles frente, aventuré hacia ellas algunos pasos, y no retrocedieron. Les arrojé a la cara puñados de arena que no consiguieron hacerles atragantar sus risas abominables. Entonces me di a la fuga, en pleno anochecer, corriendo sobre los pegajosos arenales que retenían mis talones y entre las algas traicioneras que se anudaban a mis tobillos. Pero esta vez las hembras me perseguían: volaban detrás de mí, lanzando en la excitación de su carrera gritos bestiales, carcajadas

hirientes, resuellos inmundos. No sabré decir ahora cuánto duró aquella fuga entre los médanos anochecidos; al recordarla, empero, lo hago con la noción de una carrera infinita.

»En adelante, y hasta el día feliz de mi liberación, llevé una existencia que, aparentemente desquiciada, tenía sin embargo un sentido y un plan: destruir en mí todos los resortes del entendimiento, ahogar todos los reclamos de la memoria, y exigir que la voluntad, sola y alerta, se afanase noche y día en la operación de aquel endurecimiento íntimo que yo quería para mi ser. Entonces busqué, si no amistades, compañías extrañas que me vieron a menudo beber en sus orgías como un ausente convidado de piedra, o girar en sus bailongos con el automatismo de un astro muerto. A decir verdad, aquel período es un borrón oscuro en mi memoria; la cual se ilumina violentamente al evocar y unir los detalles de la escena que puso término a tanto dolor.

»La causa de Belona era un hecho finiquitado, y debía cerrarse judicialmente. Recuerdo los aburridos preliminares de aquel acto legal: el salón de audiencias, con su estrado para los jueces y su gran Crucifijo de bronce arriba; los duros asientos de madera, los cortinajes de un terciopelo vencido y las alfombras arruinadas por diez generaciones de litigantes. Y luego aquellas manos oficiales que revolvían papeles, aquel desfile de magistrados y testigos, aquella procesión de caras familiares o desconocidas que fijaban en mí sus ojos llenos de compasión o de curiosidad. ¡Bien! ¡Bien! Nada importaría en adelante: el cuerpo de Belona era ya un puñado de materia que se desintegraba, lejos y hondo; su historia lamentable no tardaría en morir también con aquellos papeles que manoseaban ahora, que se volverían amarillos como las hojas muertas, y acabarían luego bajo el diente roedor de las grandes, furtivas y silenciosas ratas... ¡Mejor! Después caería sobre mí el olvido, manto sobre manto, como una interminable lluvia de ceniza. Mientras abundaba yo en estas reflexiones, el juicio había comenzado: vagamente oía una susurrante lectura de actas y una monótona deposición de testigos; después, y como en sueños, me oía a mí mismo relatar la vieja, la trillada historia que había repetido tantas veces. ¡Acabar pronto! ¡Sí, pronto! Y cuando aceleraba el ritmo de mi declaración, sentí por tercera vez el aleteo de la mosca verde; y al apartarla de mis ojos, vi a las tres hembras despatarradas como bacantes en los asientos de la primera fila, vi a las tres mujeres fatales que me contemplaban y reían como nunca, que me señalaban con sus índices roñosos, que me hacían gestos y guiñadas de un sarcasmo terrible. Algún resorte oculto se rompió al fin en mi ser, quizás un hilo interior demasiado tenso: me puse de pie, y ante el asombro del concurso hice volar de un manotón los papeles idiotas que se amontonaban en el estrado. Entonces, libre de las cadenas y los muros en que yo lo tenía prisionero, estalló al fin el grito de mi alma: «¡Yo la maté! ¡Yo la maté!»

»Luego lo dije todo, ante caras entenebrecidas y plumas rasgueantes que anotaban aquel espantoso vómito de mi conciencia: describí la noche trágica, mi furtiva desaparición del Casino, mi búsqueda en el espolón rocoso donde se hallaba Belona, nuestra disputa final, el empujón traicionero con que la precipité rocas abajo, y aquel grito suyo que se perdía en el fragor de las aguas; después mi regreso al Casino, disimulado entre los borbotones de gentes que entraban o salían; y luego el desfile nocturno de las horas, que yo hubiera deseado retener para que no me llevase a la madrugada.

El Hombre de los Ojos Intelectuales bajó la frente y se quedó en silencio.

—¿Y después? —le interrogó Schultze.

—La mosca verde no ha vuelto a zumbar delante de mis ojos —respondió el hombre.

—¿No ha vuelto?

—Ya no podría volver. Tampoco han regresado las tres hembras fatídicas.

—Es justo.

—Usted lo ha dicho —aseveró el hombre—. Ahora reina en mí una paz de balanza en equilibrio. Sí, alguna balanza invisible ha quedado inmóvil, con sus dos platillos a nivel.

Volvió hacia mí sus ojos inquietantes:

—¿El señor no conoce la aventura? —me preguntó, como alucinado—. Entonces, ¡déjenme que les hable de Belona!

Me alejé despavorido, pues entendí que el Hombre de los Ojos Intelectuales estaba condenado a referir eternamente la historia de su amor y su crimen.

XII

El octavo infierno correspondía naturalmente a la Soberbia, pues no ignoraba Schultze que la pasión del orgullo, por ser causa y resumen de las otras, es la que ocupa el grado primero en la jerarquía del mal. Debo admitir que, mientras nos dirigíamos a ese nuevo reducto de la locura humana, sentía yo una laxitud indecible que la noción del fin cercano apenas lograba dominar: se me caían los párpados, arrastraba los pies, y como entre sueños oía un discurso del astrólogo, encaminado, según entendí vagamente, a censurar aquella moción avara de la que no se libraron ni los escuadrones angélicos.

En ese anochecer de mi conciencia navegaba yo, cuando nos detuvimos frente al acceso de la octava espira. Contra lo que hubiera sido lógico esperar de un infierno tan eminente como el que se nos anunciaba, ninguna puerta solemne, ningún ceñudo tribunal, ninguna entrada pomposa veía yo delante de mis ojos, sino un gran cortinado de terciopelo gris cuyos pliegues bajaban a tierra en perpendiculares rígidas. Aquel vestíbulo infernal estaba lleno de cierta luz como de plata fría o de fría luna: era una claridad sin entusiasmo que al principio aumentó mi somnolencia, pero que gradualmente se adueñó de mis ojos y los fue despertando, barrió las neblinas de mi entendimiento y sacudió en mi voluntad hasta el último vestigio de su modorra.

Lúcido como nunca, vigilante mi cuerpo y tensa mi alma, discurría yo sobre los efectos de aquella luz que se me antojaba era la de la misma inteligibilidad, cuando advertí un movimiento en el cortinado del fondo y entre las telas apartadas vi asomar una cabeza primero, dos brazos cautelosos en seguida, y por último la figura total de un personaje que ostentaba un ropón lleno de números y alegorías, a la manera de un vestido mágico. Grande fue mi desconcierto al reconocer en aquella prenda el quimono de Samuel Tesler, y mayor aún al identificar al mismísimo filósofo de la calle Monte Egmont en el semblante adusto del que lo vestía. Samuel Tesler se dirigió hacia nosotros, erguida la cabeza entre cuyo pelo relucían abejas de oro y despuntaban los dos cuernos del iniciado.

—¡Gracias a Dios que te veo por aquí! —le grité jubilosamente y avanzando hacia él con la mano tendida.

El filósofo no me alargó la suya:

—Señor —me dijo con pomposa dignidad—, bien estaba ese tuteo en el mundo físico de arriba. Pero aquí es necesario guardar las distancias.

—¡Ojo de Baal! —repuse yo, en tono dolorido.

Samuel Tesler esbozó una sonrisa de halago:

—Así está mejor, aunque no sea ése mi verdadero nombre —dijo al fin, recobrando su prosopopeya—. He subido al monte Carmelo y he contemplado la verdad *facie a face.* Mi dirección actual es: Vía Unitiva 50, departamento 3. La luz de este vestíbulo no me favorece mucho, pues de lo contrario ya hubieran advertido ustedes la mística irradiación que circunda mi cráneo, sobre todo en sus regiones frontal y occipital. No obstante, espero que no habrá escapado a sus narices el olor mirífico que brota de mi persona.

Observó en torno suyo con aire desconfiado. Luego acercó su cabeza enorme a nuestras narices y nos dijo:

—¡Huelan este perfume y cáiganse de espaldas!

Olfateamos la cabeza de Samuel; y reconocí que olía verdaderamente, pero no a loto sagrado ni a rosa mística, sino a cierta loción que se vendía en la calle Triunvirato con el presuntuoso nombre de «Nuit d'amour».

—¿Qué les parece? —nos interrogó el filósofo, volviendo a erguir su testa cornuda.

Y como no advirtiera en nosotros el arrobamiento que sin duda esperaba, sonrió entre despectivo e indulgente:

—Veo —dijo— que la prueba olfatoria no les resulta. ¡Qué mulatos formidables! Ensayaremos la prueba visual. Han de saber que, tras una práctica intensiva de las más penosas austeridades, he logrado reintegrar en mí al Andrógino Primitivo. Habiendo restaurado la equilibrante armonía entre los principios macho y hembra de la manifestación universal, he abolido en mí todas las contradicciones y me hallo en una situación cómodamente paradisíaca. Mi nombre verdadero es Adameva.

Tornó a mirar desconfiadamente a su alrededor. Luego, con una modestia que rayaba en lo sublime, abrió su quimono por delante y nos mostró su cuerpo desnudo. Lo que vi entonces me parece ahora increíble: Samuel Tesler exhibía en sí la doble natura de un hermafrodito: su mitad derecha o masculina se caracterizaba por un semitórax velloso, medio vientre panzón, un muslo grosero y una pierna estevada con su liga de hombre en la que se prendía un calcetín barato a rayas azules y rojas; su mitad izquierda o femenina ostentaba un seno venusino con su pezón de rosa, un flanco ebúrneo, media pelvis de sedoso vellón y un muslo satinado hasta cuyo arranque llegaba una media transparente sujeta por una liga verdemar con rositas rococó. Si el filósofo se había propuesto asombrarnos, lo consiguió sobradamente. Ante nuestra mirada enloquecida volvió a ceñirse su quimono; luego, paladeando su triunfo, nos miró con severidad:

—Ahora que las jerarquías están salvadas —rezongó entre dientes—, quiero saber qué buscan por aquí.

—Entrar en ese infierno —le respondió Schultze, indicándole la cortina del fondo.

Samuel rió a sus anchas:

—¡Entrar! —jaraneó—. ¡Qué mulatos formidables! Uno se pela el culo estudiando metafísica, ¡y ellos quieren entrar!

—Lo exijo —repuso Schultze con energía.

Refunfuñando, Samuel Tesler empezó a bajar la cresta:

—Usted podría entrar —admitió, dirigiéndose al astrólogo—, aunque su preparación metafísica sea rigurosamente nula. Ja! Sólo un mulato como usted hubiera podido utilizar los cuatro elementos en la forma lamentable con que se distribuyen en este Helicoide. Otro que no fuera usted los habría ordenado jerárquicamente y según la naturaleza de las pasiones que se describen aquí: primero la tierra, en seguida el agua, después el aire, a continuación el fuego; y hubiera reservado el éter, principio y causa de los otros, al siniestro personaje que reina en la Gran Hoya. Pero, ¡qué hacerle! Vivimos en un país de mulatos.

Con una mezcla de severidad e ironía, Samuel Tesler se volvió hacia mí:

—En cuanto a usted —refunfuñó—, ningún mérito lo acredita para visitar el octavo círculo.

—¡Effendi! —le dije yo, lastimado.

—Una poesía con risibles amagos filosóficos es lo único que usted podría barajar en su favor. Cierto es que, últimamente, ha coqueteado con las dos Evas y que hasta llegó a perpetrar el asesinato metafísico de cierta Solveig terrestre; pero no hay señales de que todo eso haya trascendido los pobres límites de la literatura.

—De cualquier modo —le dijo Schultze—, usted lo dejará pasar bajo mi garantía.

—Tendrá que someterse a una prueba —cacareó el filósofo, irreductible.

—¿A qué prueba? —le dije yo, harto de aquel tire y afloje.

—¡Descífreme las figuras de la espalda!

Incontinente, Samuel giró sobre sus talones y me mostró el área dorsal de su quimono en la que se veía un personaje mitad hombre y mitad flor, asomado al agua de una vertiente que parecía brotar entre las raíces de un árbol emblemático.

—¿Qué ve? —me preguntó el filósofo.

—¡Bah! —le respondí—. Una corriente y moliente figura de Narciso.

—¿Qué hace Narciso?

—Está practicando su aburrida costumbre de asomarse a las aguas.

—¿Qué aguas?

—Las que brotan de *la fons vita* o *fons juventutis,* al pie del Árbol de la Vida, en el centro del Paraíso.

Samuel Tesler no logró disimular su despecho:

—Bien —me dijo—. Aunque se trata de nociones vulgarísimas al alcance de todo el mundo. Pero, dígame una cosa: ¿no sostienen los mitólogos que Narciso se ahogó al querer alcanzar su imagen retratada en la fuente?

—Hay dos Narcisos —le contesté yo—: el que se ahoga y el que se salva. Ese que figura en su espinazo es el que se salva.

—¿Cómo se salva?

—El primer Narciso, el que se ahoga, sólo consigue ver en el agua su propia imagen, su yo cerrado, su forma individual. Y al mirarse a sí mismo, se enamora de sí mismo y no sale de sí mismo: es un Narciso que no trasciende. El segundo, al asomarse a la *fons juventutis,* ve al Ser principal, causa y motor de todo lo manifestado. Entonces olvida su yo limitante, deja de verse a sí mismo; y al no verse a sí mismo, ya no se enamora de sí mismo, sino del Ser cuya inmutable unidad, hermosura e infinitud ve ahora en el espejo de las aguas. Este Narciso deja su forma para tomar la forma de lo que ama: es un Narciso que trasciende.

Reconozco ahora que, fuese o no causa de una inspiración directa, mi lenguaje había cobrado un tono que pareció irritar a Samuel Tesler. Volviendo a girar sobre sus talones, el filósofo me clavó una mirada de basilisco:

—¡Usted ha hojeado mis apuntes! —me gritó—. Más de una vez lo he sorprendido metiendo las narices en mis papeles.

—¡Ojo de Baal! —protesté yo—. ¡Eso es una calumnia!

El filósofo gruñó un instante su desconfianza:

—¡Hum! —rezongó, como para sí—. ¡Estos mulatos le plagian a uno hasta la manera de caminar!

Vencidas, al parecer, todas las dificultades, Samuel Tesler, sin dejar de gruñir, nos ordenó que lo siguiéramos. Y así lo hicimos, primero a través de la cortina gris que ya he mencionado, luego por entre una maraña de cortinajes que iban haciéndose cada vez más sutiles. Cuando nos desprendimos al fin del último, nos encontramos en una ciudad cuya fría pulcritud me dejó confundido: graves arquitecturas, jardines aritméticos, severas instalaciones deportivas alternaban allí en un orden cuyo maligno rigor advertí de inmediato. Más tarde, cuando tras haber recorrido el Infierno de la Soberbia y estudiado a sus habitantes recapitulé todo lo que había visto, me dije que aquel orden sin piedad era, entre las invenciones schultzianas, acaso la más perversa, ya que sugería una reglamentación de autómatas cuya rigidez no dejaba espacio alguno a la exaltación de la verdad ni al juego de la vida. Entretanto Samuel, que hasta entonces había sido para nosotros un mero introductor infernal, no daba señales de volver a su cortina: por el contrario, bien ceñido el quimono y enhiesta la cornuda frente, nos invitaba con el ademán a seguirlo. Miré a Schultze, como preguntándole si el filósofo tenía vela en aquel entierro; y como Schultze me respondiese con un gesto afirmativo, entendí que Samuel Tesler sería nuestro mentor en la Ciudad del Orgullo.

Iniciamos, pues, la marcha y recorrimos una calle de pavimento lustroso, sin encontrar gente alguna ni oír siquiera el más leve rumor humano. Me preguntaba yo si la ciudad estaría desierta, cuando Samuel, al tomar una curva, nos mostró el primer contingente de soberbios. Reconocí un estadio semejante a los que se usan en las carreras pedestres, con su ovalada pista de cemento, sus barandales alrededor y su tribuna en anfiteatro: un equipo de hombres que vestían el somero pantalón de los atletas y calzaban zapatillas de goma, trotaban en círculo, mecánicamente, sin adelantarse los unos a los otros. Nos acercamos a la pista, y advertí que ni una gota de sudor mojaba la piel de los corredores: abstractos, maquinales y en un silencio de pesadilla, trotaban sin cesar, dando vueltas y más vueltas frente a la tribuna vacía. Samuel Tesler dirigió hacia ellos un índice implacable.

—¡Y se llaman filósofos! —dijo en un borbotón de risa—. ¡Unas bestias negras! Pero, ¡atención!

Buscó en torno suyo, afanosamente, hasta dar con un palo de cierta longitud, cuya existencia conocía sin duda.

—¡Atención! —volvió a decirnos—. Me propongo sentar de culo a dos o tres de esos mulatos. ¡Palabra de honor que les haré fregar la pista con la jeta!

Sin más ni más, el filósofo alargó su palo hacia los corredores: tropezó uno, salió rodando fuera de la pista y no tardó en levantarse.

—Pese a las maniobras oscurantistas —jadeó el corredor—, ¡la verdad queda intacta!

—¿Cuál es la verdad? —le preguntó Samuel.

El atleta levantó un índice profesoral:

—*In principio* fue la materia (hile) —dijo—, prediquen lo que predicaren los inventores de ultramundos, como diría el camarada Federico. Paseo a mi alrededor estos ojos que no pueden mentirme. ¿Y qué descubro? ¡La materia viviente, nada más que la materia!

Samuel Tesler se volvió hacia nosotros:

—¡Un mulato de primera agua! —exclamó, lleno de regocijo.

Y encarándose otra vez con el atleta, le preguntó:

—¿Así que usted cree todavía en esa condenada nebulosa? ¿Y que la nebulosa empezó a girar de puro pedo? ¿Y que de puro pedo brotaron las excelencias de este mundo, los principios vermiformes, las animalias reptilias, la inmensidad corpórea de las ballenas, los volátiles de fuerte ala, los cuadrúpedos de paso resonante, y el hombre al fin, ese microcosmo?

—Es la verdad científica —dijo el corredor.

Sin disimular su aburrimiento, el astrólogo Schultze intervino amablemente:

—Lárguelo, y búsqueme otro —le dijo a Samuel—. No estamos ahora para oír esas antiguallas.

Tras de imprimir un beso de ternura en la frente del atleta, el filósofo lo hizo girar con infinito cuidado, y, dándole una cordial patadita en el trasero, lo devolvió al círculo de los que trotaban. En seguida volvió a tender su palo, hasta lograr que cayese otro de los corredores, el cual, no bien se hubo levantado, le increpó sin violencia:

—¡No hay derecho a sabotear esta olimpíada de la razón suficiente! —le dijo el corredor—. ¿Quién es usted? No lo conozco.

—Estúdieme con atención, ¡vale la pena! —le contestó Samuel Tesler, exhibiendo las figuras de su quimono.

El corredor lo miró un instante, se acercó a olfatearlo, y luego esbozó una mueca de escepticismo:

—¡Es inútil! —rezongó al fin—. Capto en usted una serie de referencias visuales: dos cuernos, un traje de *clown,* volúmenes, colores y líneas. Lo huelo, y recibo algunos datos olfatorios (entre paréntesis, no muy agradables). Pero no alcanzo «la cosa en sí»: mi razón suficiente no ha de alcanzarla nunca.

Sin aventurar comentario alguno, Samuel Tesler alzó entonces el palo de marras y lo dejó caer sobre la testa del corredor.

—¿Por qué me golpea? —le dijo éste, no muy indignado.

—No lo golpeo —contestó Samuel—. Es un mensaje de mi «cosa en sí» dirigido a su razón suficiente. ¿Lo ha captado?

—Sólo una referencia táctil —repuso el corredor lleno de tristeza—. La «cosa en sí» permanece aislada: yo soy una isla, usted es una isla, él es una isla, nosotros somos...

Y reanudó su trote, conjugando aquel verbo poco alegre. A continuación, y por vez tercera, Samuel alargó su palo infalible. Dos nuevos corredores besaron la pista de cemento: uno, gordo y tranquilo, se incorporó con algunas dificultades; llevaba el otro anteojeras de caballo, y parecía dudar entre levantarse o no. A este último se dirigió Samuel:

—Una buena caída —le dijo en tono afable.

—¿Caída? —replicó el de las anteojeras—. No sé aún si fue o no una caída: por eso dudo entre levantarme o quedarme tendido (en el supuesto caso de que yo esté ahora tendido). ¡Imagínese qué absurdo sería, si yo intentara levantarme de una caída inexistente!

—¡Un agnóstico! —exclamó Schultze maravillado.

—Nada es cognoscible —dijo el de las anteojeras—. Lo prudente, a mi juicio, es no abrir opinión sobre nada y acorazarse en una duda fundamental que, si bien se mira, no deja de tener su *confort.*

—¿Y por qué corría, entonces? —le preguntó Samuel.

El de las anteojeras, tendido aún junto a la pista, lo miró fríamente:

—Queda por demostrar si yo corría o no —repuso—. El hecho de que tal vez no estoy caído podría embarcarnos en la sospecha de que tal vez estoy de pie. ¡Tentación peligrosa! Y aun en el caso de que lo estuviera, sería imposible afirmar si estoy inmóvil o corriendo.

—La flecha de Zenón ha herido a este mulato en la pensadora —rió Samuel Tesler.

—Déjelo que se vaya —le sugirió Schultze—, si es que consigue hacerle admitir que no se ha ido todavía.

Nuestro enquimonado filósofo levantó al de las anteojeras, le mostró la pista y le dijo:

—Ya puede irse. Buenas noches.

Pero el de las anteojeras, antes de reintegrarse al círculo de los corredores, objetó prudentemente:

—¿Es de noche o de día? ¿O ninguna de las dos cosas? Ésa es la cuestión. Y aunque fuese de noche, no veo razón alguna para que se la califique de buena o de mala, o se le dé cualquier otro predicado igualmente dudoso.

Y se alejó trotando. Entonces el corredor gordo, que se había mantenido a distancia, se nos acercó y nos dijo lleno de indulgencia:

—¡Ya ven ustedes a qué conduce un espíritu sectario! ¡Gran Dios! Al repasar la historia del mundo, ¿qué leemos? Guerras del sectarismo: guerra entre religiones que se creyeron diferentes, guerra entre filosofías que se imaginaron encontradas. ¿Absurdo? Zoroastro, Lao-Tse, Buda, Jesucristo, Mahoma: todos eran iniciados y dieron con una punta de la verdad. Entonces, ¿a qué romperse la crisma entre hermanos? Yo reúno a todos esos *pioneers* de la verdad y los meto en la coctelera de lo Absoluto; les agrego el *bitter* de la tolerancia, sacudo bien la mezcla, y la sirvo helada y con frutas a los hermanos que tienen sed. «No

profundizar», he ahí nuestro lema: basta con que el olor de la verdad metafísica nos emborrache gratamente, aunque no hasta el punto de hacernos olvidar los negocios. ¡No arrancarse las barbas entre hermanos, por una contradicción ideológica que se ha resuelto ya en mi coctelera! Y sobre todo abrir las fauces del alma y devorar con fruición todo lo que huela vagamente a misterio. No veo mal alguno, por ejemplo, en que se practique algo de magia negra en los salones, con tal que las señoras no se desmayen de pavor en sus lujosos canapés de raso. Tampoco me disgusta que a esos excelentes espíritus desencarnados se los haga trabajar un poco en la remoción de sillas, mesas de tres patas y otros muebles domésticos; por otra parte, la conversación mediúmnica sostenida con un Alejandro Magno, un Calígula, un Borgia o un Napoleón no deja de ser edificante ni de aportar a la historia materiales inéditos. En una palabra: eclecticismo. ¡Y vengan días y caigan panes? Al fin y al cabo Dios es una excelente persona.

Con mucha gravedad Samuel Tesler escuchaba el discurso del atleta gordo. Y no bien hubo terminado, le preguntó:

—Dígame, señor, con todas las reservas del caso, sin que signifique de mi parte una intromisión en su vida privada, y bajo solemne juramento que le hago de no violar las profundas leyes de la discreción: ¿no será usted eso que se ha dado en llamar (con perdón) un *teósofo?*

—Usted lo ha dicho —le contestó el atleta.

—¡Me lo temía! —gruñó Samuel tristemente.

Y en un súbito arranque de indignación:

—¡Fuera de aquí! —le dijo—. ¡Y llévese su maldita coctelera!

El teósofo se alejó sin réplica ninguna; visto lo cual Samuel Tesler insistió con su caña hasta derribar a otro corredor y sacarlo de la pista. Era un Adonis de rasgos casi femeninos, cuya belleza se menoscababa en pestañeos y tics tan variados como frecuentes. Se puso de pie, dirigió al filósofo una mirada llena de reproche y le dijo:

—Es una crueldad oponer obstáculos a un hombre que sufre el Complejo del Escalón.

—¿Qué complejo es ése? —le preguntó Samuel.

—Consiste —respondió el Adonis— en una fobia que mi subconsciente manifiesta cada vez que da con un obstáculo, sea escalón, valla, puerta o cortina. Al hacer mi psicoanálisis, hallé, tras laboriosos tanteos del subconsciente, que la fobia se había originado en el instante mismo de mi nacimiento, gracias a la estrechez de la salida materna.

—Eso es cavar hondo —comentó Samuel.

—Pero la búsqueda no fue inútil —repuso el Adonis—. Porque, de paso, descubrí en mí la fobia de la Tijera, la del Colchón, la del Perro de Lanas, la del Sobretodo a Cuadros, la del Vigilante y la del Carozo de Aceituna. Sufro, además, los siguientes complejos: el de Edipo, el de la Reina de Saba, el de Nabucodonosor, el de Miguel Ángel y el de Catalina de Medicis. Por otra parte, mi secreción interna funciona de tal modo, que ha determinado en mí algunos problemas sexuales de factura exquisita, sin contar una refrenada inclinación al homicidio y tendencias culpables a la literatura.

—¡Bien por la secreción interna! —dijo Samuel—. ¿Y qué se infiere de todo eso?

—¡Una revolución en la moral! —exclamó el Adonis embelesado—Imagínese que la predestinación de cada uno está escrita en sus glándulas: eso quiere decir que, con la misma inconsciencia e irresponsabilidad, yo puedo cometer un asesinato, pintar la Gioconda o escribir la Crítica de la Razón Pura.

Samuel Tesler alzó los brazos al cielo:

—¡Estamos en las vísperas del Superhombre! —anunció religiosamente—. Los trigos están maduros, y el viejo Zarathustra descuelga ya su hoz.

Pero el Adonis hizo una mueca de contrariedad:

—Mi satisfacción habría sido completa —refunfuñó— si usted no me hubiese tendido ese palo importuno. Justamente, antes de caer, buscaba yo el simbolismo de un sueño que tuve anoche. Me veía extraviado en una selva, y lleno de angustia buscaba la salida entre árboles y enredaderas hostiles. De pronto, se me apareció un canguro australiano, el cual, sentado sobre sus dos patas inferiores, se puso a mirarme largamente y con el aire de la más negra melancolía. Cerré los ojos un instante, y al reabrirlos vi que en el lugar del canguro se alzaba un ropero de tres cuerpos. Me dirigí a él, en busca de una prenda íntima, y al acercarme vi cómo el ropero se disipaba en el aire para dar lugar al canguro australiano. Eché a correr entonces, perseguido de cerca por el canguro; hasta que, al dejar de oír sus grandes zancadas, me detuve, giré sobre mis talones y volví a encontrarme con el ropero.

—Curioso —admitió Samuel—. ¿Ha encontrado en el sueño ése alguna significación oculta?

—No todavía —respondió el Adonis—. Pero ese canguro me tiene preocupado.

Samuel Tesler manifestó aquí una vislumbre de simpatía humana.

—No se alarme —le dijo en tono confidencial—. Yo tuve anoche un sueño peor, y, sin embargo, aquí me tiene.

—¿Qué soñó usted? —le preguntó el Adonis.

—Soñé que mi culo era una rosa, y que usted la olía.

El Adonis quedó pensativo, tal como si aventurase o repasara textos.

—¡Hum! —dijo al fin—. Esa rosa me da mala espina, y ese culo no me huele del todo bien. Yo que usted, me haría psicoanalizar.

Al oír aquellas palabras que, a su juicio, traducían un insulto hecho a su investidura, Samuel Tesler alzó el palo con la visible intención de hacerlo caer sobre la cabeza del Adonis. Pero el Adonis, advertido quizá por alguno de sus numerosos complejos, ganó la pista y se reintegró al círculo de los que trotaban.

El astrólogo y yo abandonamos el terreno: inútilmente nos invitó Samuel a presenciar la caída de otros mulatos que, a su juicio, eran lo mejor del lote; nos mantuvimos inflexibles, sobre todo Schultze, quien, al exteriorizar su aburrimiento, censuró de paso el lenguaje libre con que Samuel Tesler se había dirigido al Adonis, olvidando la majestad del sitio en que se hallaba y el decoro de sus visitantes. Con la cabeza gacha, bien que gruñendo interiormente, Samuel volvió a tomarnos la delantera, y nos condujo hacia el pórtico de un edificio monumental que se levantaba entre jardines. El camino de acceso aparecía flanqueado por numerosas estatuas de sal: eran figurones en traje de etiqueta, panzudos y rígidos, enhiestos y orgullosos en sus pedestales de salitre; y, a nuestro paso, se quitaban ceremoniosamente sus galeras de felpa.

—¿Quiénes son esos personajes tan orondos? —le pregunté a Samuel.

—Los Presidentes Grises —me contestó el filósofo con expresión enigmática.

Llegamos al pórtico del edificio, donde tres porteros negros que vestían uniformes de lujosa botonadura chupaban mates gigantescos y no reparaban siquiera en nosotros. Samuel abrió la puerta, detrás de la cual no vi ni *hall* ni antesala ni corredor alguno, sino un ambiente de grandes proporciones que me dio la idea exacta de un recinto parlamentario, con sus bancas en hemiciclo, su tribuna presidencial, su palco de la prensa y su barra en las alturas. No bien entramos, advertí que todo el mundo estaba en su lugar: los diputados en sus bancas, el presidente en su tribuna, los cronistas en sus pupitres; y advertí más tarde que, pese a las apariencias, aquel Parlamento estaba funcionando, bien que sin ruido alguno y con una deshumanización de gestos que me hizo pensar en los de una máquina bien aceitada. Lo que solicitó en seguida mi atención fue cierto personaje sentado frente al hemiciclo y sobre un pedestal: era un hombre rústico, de facciones tostadas y expresión atónita, que vestía bombachas de campo y un poncho de vicuña muy raído; en la base del pedestal se veían canastos de rosas y placas de mármol cuyas letras decían: «A Juan

Demos, homenaje de sus apasionados admiradores.» Intentaba yo acercarme al hombre del pedestal, cuando Samuel Tesler me detuvo:

—¡Quieto! —me ordenó—. Y abra las orejas. La sesión está en su apogeo.

—¡Si no se oye nada! —le contesté.

No obstante, y poniendo atención en el susurro de la asamblea, conseguí entender algunos fragmentos del debate que transcribo ahora, y cuya versión taquigráfica me dio Samuel al abandonar el recinto:

SR. ÚNGULA.—¿Cuántos diputados hay en el recinto?

SR. PRESIDENTE.—En este momento hay 78 diputados.

SR. OLFADEMOS.—Observo, señor Presidente, que esta manera de computar el quorum es anárquica. Yo pido que se pase lista oralmente y que se haga el cómputo a medida que se vaya indicando el nombre de los diputados.

SR. LUNCH.—Apoyo la indicación del diputado Olfademos.

SR. PLUTÓFILO.—Con los tres diputados que se acaban de retirar había quorum.

SR. OLFADEMOS.—Lo que quiere decir que la Secretaría no cumple con su deber.

SR. ASINUS.—En este momento me parece que hay 79 diputados.

SR. PLUTÓFILO.—Que se invite a los tres diputados que se han retirado a que vuelvan al recinto.

SR. OLFADEMOS.—Como una manifestación en minoría, dejo constancia de que la Secretaría hizo mal el cómputo.

SR. PRESIDENTE.—Se pasará lista otra vez.

SR. PLUTÓFILO.—Voy a proponer que se espere quince minutos mas, por cuanto el diputado que presentó la moción de levantar la sesión se ha retirado y no puede votar.

SR. ÚNGULA.—Hago indicación de que se levante la sesión.

SR. PRESIDENTE.—Se va a pasar lista nuevamente, y a ese efecto los diputados que no tienen llave sírvanse ponerse de pie.

SR. ASINUS.—Hago moción de que se pase lista.

SR. PRESIDENTE.—Se va a cumplir el reglamento.

En este punto el diputado Olfademos alzó la voz para dirigirse al hombre del pedestal que, bien arrebujado en su poncho, seguía el debate sin entender palabra:

—¿Qué le parece, don Juan? —le preguntó—. ¿Ha visto cómo acabo de jugarme a fondo por usted?

—¡Lindo! —contestó el hombre del pedestal—. Aunque, si he de serle franco, no entendí gran cosa de lo que decían los doctores. Eso sí, tengo bastante frío: este poncho viejo parece ya una telita de cebolla.

Al oír aquellas palabras, los legisladores abandonaron su atonía y se pusieron de pie.

—¡Vergonzoso! —tronó el diputado Úngula—. ¿Tiene frío don Juan? Entonces hago moción de que se cierre una ventana del recinto.

—¿Cómo una ventana? —gritó el diputado Aristófilo—. ¿Estamos en la Edad Media? ¡Hago moción de que se cierren dos ventanas!

—¡Que se cierren todas las ventanas del recinto! —vociferó el diputado Lunch—. ¡Bueno está que salgamos ahora con economías, cuando la salud de don Juan se halla en peligro!

Votadas las mociones, obtuvo una aplastante mayoría la del diputado Lunch, el cual, volviéndose al hombre de las bombachas, le gritó:

—¿Qué me dice, don Juan? ¿Somos o no somos?

—¡Eso es demagogia pura! —rezongó el diputado Aristófilo—. ¡Dos ventanas eran suficientes!

En seguida se reanudó el debate, sordo y frío:

SR. PRESIDENTE.—Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

SR. ÚNGULA.—Que se giren directamente a las comisiones.

SR. PRESIDENTE.—Si hay asentimiento, así se hará. (Asentimiento.) Ahora tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe, para un homenaje.

SR. VULPES.—Corresponde votar la moción del diputado Aristófilo.

SR. ARISTÓFILO.—Había formulado moción para que se trataran sobre tablas los proyectos de declaración que están en la mesa.

SR. PSITTACUS.—Señor Presidente, he solicitado en Secretaría la palabra para una cuestión de privilegio.

SR. PLUTÓFILO.—No ha pedido la palabra el señor diputado, porque estaba ausente del recinto en el momento de abrirse la sesión.

SR. ASINUS.—La palabra hay que pedirla oralmente.

SR. PRESIDENTE.—Hay una moción de orden para tratar sobre tablas los proyectos de declaración.

SR. PSITTACUS.—Una cuestión de privilegio tiene preferencia reglamentaria.

SR. PRESIDENTE.—Se va a votar la moción formulada por el diputado de la Capital.

SR. ASINUS.—¿En qué consiste?

VARIOS DIPUTADOS.—¡Se está votando!

SR. ASINUS.—¿Cómo se va a votar una moción de orden con antelación a una cuestión de privilegio? (Varios diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.)

SR. PRESIDENTE.—Se va a votar la moción de orden.

SR. ÁNTRAX.—¿Qué se vota?

SR. PRESIDENTE.—La moción del diputado Aristófilo.

SR. ÁNTRAX.—¿En qué consiste?

SR. VULPES.—¡Si hubiera estado en el recinto se habría enterado!

SR. ÁNTRAX.—No es un motivo para que no se me informe de qué se trata.

SR. VULPES.—¡No se puede obstaculizar la labor de la Cámara!

SR. ÁNTRAX.—¡Es absurdo que tenga que votar una moción que no conozco!

SR. ARISTÓFILO.—La moción consiste en tratar sobre tablas los proyectos de declaración.

SR. ASINUS.—Las cuestiones de privilegio son previas.

SR. PRESIDENTE.—Se va a votar la moción de orden del diputado por la Capital.

SR. EQUIS.—Pediría que se nos informe por Secretaría sobre si esta votación que vamos a producir, tercera votación del mismo asunto, es o no rectificación de la que ya fue aprobada.

SR. CACÓFONO.—No puede ser rectificación de ninguna votación, porque no habiendo proclamación no hubo votación.

SR. ALPHA.—¿Podría informarnos la Secretaría sobre si se ha votado o no se ha votado?

SR. CORNO.—Mejor es que votemos sin más trámites.

SR. CACÓFONO.—Yo pediría información sobre si se ha hecho moción de rectificación de votación.

SR. VULPES.—Se había pedido previamente una información para que la Cámara supiera lo que había votado.

SR. PRESIDENTE.—Hubo votación, pero no llegó a proclamarse el resultado, por el desorden que reina en la Cámara.

SR. CACÓFONO.—Luego, si no hubo proclamación, no hay votación.

SR. PRESIDENTE.—Se va a volver a votar.

Aquí el diputado Cacófono se dirigió a Juan Demos, en son de triunfo:

—¿Ha visto, don Juan, la batalla que mi sector ha ganado para usted?

—Sí, sí —le contestó el hombre del pedestal—. Algo voy entendiendo ahora. Es como jugar a la taba, ¿no es cierto? Sale culo una vez, y otra sale suerte. ¡Lindazo! Pero...

El hombre del pedestal se rascó la nuca, dubitativamente.

—Desembuche, don Juan —lo animó el diputado Cacófono.

—Dicen por ahí —silabeó don Juan— que entretanto, y bajo cuerda, ustedes andan malvendiendo mis cositas a los gringos.

—¡Es una calumnia de la oposición! —exclamó el diputado Lunch.

—No es que lo crea —repuso don Juan—. Pero el caso es que tengo hambre, ¿por qué no decirlo?

Nuevamente, y muy excitados, los legisladores se pusieron de pie.

—¿Hambre? —gimió el diputado Equis—. ¡Y estamos en el país del trigo! Hago moción de que a don Juan se le sirva en el acto un café con leche, pan y manteca.

—¡Indecoroso para don Juan! —observó el diputado Vulpes—. El café con leche debe servírsele con tres medialunas.

—¿Cómo tres medialunas? —ladró el diputado Alpha—. Cinco medialunas, ¡y me quedo corto!

—¡Que se le sirvan todas las medialunas del *buffet!* —lloró el diputado Asinus.

Una votación tediosa de las mociones dio el triunfo a la del diputado Asinus, el cual, volviéndose a Juan Demos, se contentó con mostrarle sus ojos arrasados en lágrimas. Los legisladores recobraron luego sus actitudes mecánicas, y el debate se reintegró a su tono de indecible monotonía:

SR. SECRETARIO.—Sobre un total de 123 señores diputados...

SR. ÁNTRAX.—¿Cómo, si antes votaron 120?

SR. SECRETARIO.—Han votado 81 diputados por la afirmativa y 42 por la negativa.

SR. CACÓFONO.—Antes de que se haga la proclamación, solicito una compulsión, para saber si la votación...

En este punto me volví a Samuel y le dije:

—¡Basta, señor! Esto es un opio.

—¿Sólo ahora se da cuenta? —me respondió él blandamente.

Y haciéndonos ademán de que lo siguiéramos, atravesó el recinto hacia una puerta que, como la otra, daba inesperadamente a la calle.

Detrás de Samuel abandonamos aquella extraña Legislatura, para volver a un correteo de avenidas que nos condujo hasta cierto edificio de grandes proporciones, como lo eran todos, al parecer, en aquella esmerada Ciudad del Orgullo. Las columnas dóricas del pórtico y el frontón decorado con artísticas figuras en relieve, me hicieron cifrar las mejores esperanzas en el edificio y en la índole de sus habitantes. Pero, no bien traspusimos la columnata griega y el portal de bronce que la seguía, me sentí defraudado y el alma se

me cayó a los pies: un solo ambiente constituía la planta baja, un enorme recinto iluminado por ventanas ojivales a través de cuyos historiados vidrios la luz adquiría tonos de catedral. Desgraciadamente, y en contraste bárbaro con la nobleza de la arquitectura y el misticismo de la luz, hombres de guardapolvo ensangrentado y anteojos de carey se afanaban allí en actividades que parecían de morgue, hospital o carnicería: se inclinaban sobre cuerpos tendidos en mesas operatorias, los abrían con relucientes bisturíes, podaban órganos, cosían febrilmente las incisiones y volaban a otro cuerpo, sin escuchar siquiera los aplausos y vítores que les dedicaba una turba en éxtasis, desde cierta gradería o anfiteatro.

Si aquello era o no una Escuela de Medicina, poco me interesaba literariamente: sabido es que, desde tiempo inmemorial, los galenos disfrutan de muy escaso favor en las letras; y no quería yo ser la excepción de canon tan venerable. Ya estaba, pues, viendo la manera de hacerme perdiz, cuando Samuel Tesler y el astrólogo Schultze me señalaron a uno de los operadores, en el que reconocí al flamante, orondo y joven escolapio doctor Lucio Negri. A decir verdad, entretenido como estaba en explorar las vísceras de un ser humano, el doctor Lucio Negri había depuesto la elegancia chillona que le conocíamos en Saavedra. Nos acercamos a él y le vimos hundir sus manos enguantadas de caucho en el cuerpo yacente que acababa de abrir: lleno, al parecer, de una santa curiosidad, extrajo el corazón, los pulmones, el hígado, todas las piezas anatómicas del sujeto que tenía delante; las examinó una por una, las olió afanosamente; y, dando señales de un gran desaliento, concluyó por desecharlas:

—¡Es inútil! —gruñó para sí—. ¡No la encuentro!

—¿Qué busca? —le preguntó Samuel, tocándolo en el hombro.

Lucio Negri se volvió hacia nosotros, y al reconocernos exteriorizó su cólera:

—¡Ustedes tienen la culpa! —nos gritó—. ¡Un «alma inmortal», como decían ustedes en Saavedra! ¡No me hagan reír! He buscado el alma, la busco todavía, no la encuentro, no existe. ¡Búsquenla ustedes! ¡A ver si la descubren!

Y en un acceso de rabia nos fue tirando a la cabeza los órganos humanos que acababa de arrancar.

—¡Busquen ahí! —rugía:—. ¡Si encuentran un alma inmortal, me lo avisan por correo! ¡Charlatanes de feria! ¡Un alma!

Lleno de hipócrita conmiseración, Samuel Tesler se volvió hacia nosotros:

—¡Infeliz! —nos dijo—. Está confundiendo el alma con una úlcera de riñón.

Al oír los gritos de Lucio y advertir nuestra irrupción en la sala, todos los operadores habían interrumpido sus faenas. Un cirujano gordo reclamó entonces la palabra:

—Estimados colegas —dijo—, la intrusión de gente profana en este santuario no será, por ahora, el tema de mi discurso: los tres caballeretes que acaban de irrumpir en este recinto no están, según veo, en condiciones preoperatorias, lo cual me hace desdeñarlos profundamente y considerarlos indignos del bisturí eléctrico. Pero, estimados colegas, día vendrá en que, gracias a nuestro ardor científico, toda la humanidad estará en condiciones preoperatorias, desde la criatura que acaba de nacer hasta el anciano vecino ya del sepulcro. Y lo que acabo de afirmar no es un voto, sino una profecía.

Estalló una salva de aplausos en las tribunas y se dejaron oír algunas *voces* excitadas:

—¡Eso es hablar!

—¡Todo un maestro!

—¡Chist! ¡Chist! ¡Atención!

El cirujano gordo reanudó su discurso:

—Lo que realmente me propongo ahora es denunciar ante este Colegio la extraña conducta de nuestro joven alumno doctor Lucio Negri, el cual, víctima de influencias que lo hacen retroceder a siglos muertos,

ha dado en la reprensible locura de buscar un alma en las anatomías que con tanta largueza este Colegio pone a su disposición.

Risas y gritos resonaron ahora:

—¡Es un retrógrado!

—¡Que lo echen del Colegio!

—¡Anacronismo inexplicable!

Con un ademán de impaciencia el cirujano gordo reclamó silencio.

—¡No, estimados colegas! —dijo—. Lo que me preocupa no es la fantasía de nuestro joven discípulo ni sus buceos anatómicos en busca del alma: lo que temo realmente (y no les oculto la gravedad de mis temores) es que, a fuerza de buscar, el doctor Lucio Negri acabe por descubrirla.

Una ola de asombro agitó a los operadores y a los oyentes del anfiteatro:

—¿Cómo?

—¡Se ha vuelto loco el profesor!

—¿Qué dice?

El cirujano gordo los envolvió en una fría mirada:

—¡Doctores! —expuso tristemente—. Con sacrificios indecibles hemos inventado y difundido una mística del cuerpo. Recordarán ustedes que, durante siglos, la humanidad asistió a un espectáculo bochornoso: el Alma se batía con el Cuerpo y le ubicaba golpes bajos, ante la complacencia de feos teólogos que, hundidos en sus butacas del *ringside,* presidían el *match,* silbaban al Cuerpo y aplaudían al Alma como energúmenos. Por fortuna, llegamos nosotros y nos convertimos en *managers* del Cuerpo: a fuerza de buches, masajes y adulación conseguimos hacerlo reaccionar, y en los últimos *rounds* el Cuerpo tiró al Alma contra las cuerdas, la llevó a un impecable *knock-out*; y el Cuerpo es ahora el ídolo de las muchedumbres. Tan exitosa fue nuestra rehabilitación del cuerpo, que la humanidad entera vive hoy pendiente de nuestros bisturíes. ¿Es así o exagero?

—¡Así es, así es! —exclamaron los de la gradería.

—Pues bien —remató el cirujano gordo—, ¿qué ocurriría si, merced a la traición o locura de algunos colegas, el Alma volviese al *ring* para escupirnos el asado?

Reinó en la sala un silencio como de media hora: los asistentes digerían con dificultad aquella pregunta del cirujano gordo. Pero no bien se hizo en ellos la luz de la comprensión, desencadenóse una tormenta de todos los diablos: el Colegio en masa cayó sobre Lucio Negri, que se debatía ya entre las manos de los operadores; llovieron sobre nosotros las piezas anatómicas utilizadas a guisa de proyectiles; en la sala todo era grito, confusión y pelea.

Nos alejamos de allí, Samuel Tesler a la cabeza, Schultze y yo cubriendo la retirada: lo mejor habría sido, acaso, ganar la puerta de bronce y salir al aire libre; pero Samuel, que sin duda tenía su itinerario, nos condujo hasta otra puerta ubicada en un ángulo del recinto y en cuya hoja se leía lo siguiente: «No abrir». Pese a la orden allí escrita, Samuel abrió la puerta, nos introdujo y volvió a cerrar con sigilo: nos encontrábamos ahora en una habitación de paredes embaldosadas y suelo de linóleo; a la izquierda se veía una ducha bajo cuyo surtidor se bañaba un hombre petizo, calvo y abundoso de pelambreras; a la derecha, un enfermero, sentado a un piano vertical, ejecutaba lánguidamente la «Reverie» de Schumann; cierta *nurse* bien metida en carnes andaba por allí, ya desdoblando ropas, o atendiendo un autoclave, ya observando al pianista, o volviendo a la ducha sus inquietos ojos de lince; al fondo, se veía la enrejada puerta de un ascensor.

Al vernos entrar, la *nurse* pareció congestionarse de ira:

—¡Hay un aviso en la entrada! —nos gritó—. ¿Cómo se atreven a estorbar los preparativos del doctor Aguilera?

Samuel rió abundantemente, y cacareó, entre risa y risa:

—¿Conque tenemos aquí a ese ilustre, a ese fantástico, a ese inconmensurable doctor Aguilera?

—¡Silencio! —bisbiseó la *nurse*—. El doctor Aguilera subirá inmediatamente a la Sala de Operaciones.

En efecto, el hombrecito de la ducha salió resoplando: la *nurse* lo envolvió en una toalla, lo secó de pies a cabeza, pulverizó agua de colonia en su torso velludo y le tendió al fin unos pantalones de blancura inmaculada.

—¿Qué hacen aquí estos hombres? —dijo el doctor Aguilera, mirándonos de reojo—. ¿Qué hacen aquí, si tienen el hígado en buen estado de conservación?

El astrólogo Schultze lo contempló sin benignidad alguna:

—Doctor Aguilera —le dijo—, ¿ha olvidado usted a cierta señora de Ruiz?

—Un sujeto colosal —recordó el hombrecito, a quien la *nurse* calzaba dos escalofriantes botas de cirujano—. Pese a su aire tímido, la señora de Ruiz ha dado a la ciencia el bolo fecal más desconcertante que se ha visto en esta centuria.

—Dejemos los bolos fecales —gruñó Schultze—. Doctor Aguilera, ¿no ha envenenado usted la mente de aquella señora?

—¿Y cómo?

—¿No le declaraba usted, inflándose como un pavo, lo que habría o no habría hecho usted, en lugar de Dios, si hubiera tenido que organizar el cuerpo humano? ¡Poniéndole tachas al Creador, usted, un demiurgo de tres por cinco!

Aquí Samuel Tesler volvió a reír, agitando su testa cornuda:

—Doctor Aguilera —dijo—, descríbanos usted su famoso corazón artificial de siete válvulas, o sus pulmones de gutapercha, con ojal reforzado.

Pero el doctor Aguilera no escuchaba, pues en aquel instante, con toda la majestad que su estatura le consentía, dejaba que la *nurse* lo envolviera en un delantal blanquísimo.

—¿Liturgia? —le preguntó Schultze amargamente—. Ya veo que mis informes eran exactos. ¿No calculó usted los trastornos que producirían en la elemental señora de Ruiz aquellos delirios quirúrgico-religiosos que usted le comunicaba? Pensando en ello, no sabe uno si reír o llorar. Usted se decía e imaginaba el Gran Sacerdote de un rito cruel pero necesario: ¡qué delicioso escalofrío recorría las vértebras de la señora de Ruiz, cuando usted le contaba sus matinales preparativos de Gran Sacerdote, su ducha ritual, su pomposo revestimiento del ropaje sagrado: las botas de cirugía, el delantal virgen aún de chorreaduras sangrientas, los guantes ominosos, el teatral barbijo, todo ello entregado reverentemente por acólitos mudos como piedras! Le faltaba el órgano y el incienso, para que la liturgia fuese cabal.

—A falta de órgano, tengo ese piano —le advirtió el doctor Aguilera, enfundándose los guantes de cirugía—. En cuanto al incienso, usted me ha dado una idea y lo pensaré a su turno. Aunque yo preferiría esas maderas orientales, quemadas en artísticos pebeteros de metal.

El doctor Aguilera ya estaba revestido. A una orden silenciosa de la *nurse,* el pianista comenzó a ejecutar la marcha de «Teseo»: el doctor Aguilera saludó fríamente, y con paso de Gran Sacerdote, juntos los dedos pulgares e índices, caminó hacia el ascensor que ya le abría la *nurse;* tal como si comulgara un instante consigo mismo, el doctor Aguilera hizo un alto, después del cual se metió en la caja del ascensor; pero la *nurse,* como si hubiera omitido algún gesto importante, corrió hasta el florero que yacía sobre el piano, eligió una rosa y volvió al ascensor; el doctor Aguilera, hermético y solemne, aspiró aquella rosa que la *nur-*

se le ponía bajo las narices. Lentamente corrióse la puerta de metal: el doctor Aguilera, en el interior de la caja, subía como un astro a las alturas.

Volvimos al salón general, donde, acabada la gresca, los operadores habían reanudado sus actividades. La puerta broncínea nos invitó a salir de aquel matadero; y lo abandonamos, rumbo a no sospechaba yo qué nuevas revelaciones.

El cuarto edificio al que nos llevó Samuel nada sugería desde afuera, tan gris y neutral resultaba su arquitectura. Pero no bien el filósofo cornudo nos hizo empujar los batientes de una entrada igual a la de los cinematógrafos de barrio, nos vimos en una platea desbordante de público que aguardaba en silencio frente al corrido telón del escenario. Schultze, Tesler y yo nos dirigimos a la primera fila y nos instalamos en sendas butacas *pullman* que al recibir nuestros pesos dejaron oír sus escapes de aire como suspiros. Nos arrellanábamos todavía, cuando un hombrecito de *smoking* salió al proscenio:

—Señoras y señores —dijo tras una reverencia—, les presentaré seguidamente al famoso ventrílocuo profesor Franky Amundsen, con su no menos famoso autómata el Homo Sapiens. Está de más que yo les encarezca la maestría del uno y la genialidad del otro, ya que hombre y muñeco han sabido conquistar en ambos continentes estruendosas ovaciones, taquillas *record y* exaltados elogios de la prensa. Señoras y señores, ¡atención!

Me volví rápidamente a Schultze y le pregunté al oído:

—¿No habíamos dejado a nuestro camarada Franky en la espira de los violentos? ¿Cómo puede figurar en dos lugares a la vez?

Pero hizo mutis el empresario, se agitó el público en sus asientos, levantóse la cortina, y una salva de aplausos verdaderamente atronadora saludó a Franky Amundsen que, vestido de frac, muy empolvado el rostro y más adusto que solemne, se adelantaba trayendo bajo su axila izquierda un gran muñeco articulado.

—Señores —dijo—, el autómata que voy a tener el honor de presentarles en nada se parece a los adefesios que algunos colegas, atentando contra la dignidad del arte, suelen ofrecer a la irrisión pública en teatritos de mala muerte. Señores, al construir mi autómata, he pretendido encarnar un misterio, el del Homo Sapiens, aquel humilde simio que, después de haber gateado mucho, un buen día se puso de pie, alzó la frente al cielo y se remontó a las grandes alturas de la inteligencia. He aquí al Homo Sapiens: escúchenlo y admiren. Nadie tema desmayarse de admiración, pues tenemos en el vestíbulo una enfermera diplomada, con su botiquín y todo, al servicio de los honorables espectadores.

Sin agradecer los aplausos que otra vez le dedicaba la multitud, Franky Amundsen tomó asiento en un taburete, sentó al autómata en su rodilla y le tanteó la espalda en busca de resortes ocultos. La platea en éxtasis aguardaba: se hubiera oído volar una mosca.

—¡Homo Sapiens! —ordenó por fin el ventrílocuo, dirigiéndose a su muñeco—. ¡Salude al público!

El autómata irguió la cabeza, exhibió un rostro en el cual se pintaba no sé yo qué indecible malicia, recorrió la sala con ojos parpadeantes y refunfuñó:

—¿Qué hace aquí esa manga de farabutes? ¿Por qué me miran como si fuese un bicho raro?

—¡Salude, Homo! —insistió Franky.

—¡Una barra de farabutes! —rezongó el muñeco—. ¡Déjame que los agarre a pinas!

Y, sin más ni más, intentó saltar a la platea. Pero Franky Amundsen lo detuvo en el aire y lo restituyó a su rodilla; tras de lo cual el autómata, ya tranquilo, volvió a pasear su mirada entre los espectadores, como si buscase algo. De pronto se volvió a Franky, le guiñó un ojo malsano y le cacareó al oído:

—¿Has visto a esa rubia de la primera fila? ¡Mira qué gambas!

—¡Compostura, Homo! —lo reprendió Franky—. Estamos aquí para trabajar.

—¡Déjame que me tire un lance! —le rogó el muñeco, y por segunda vez trató de saltar a la platea.

Entretanto, el público daba señales de una gran excitación; advertido lo cual Franky Amundsen afirmó al autómata en su rodilla y le habló así:

—Vamos a ver, Homo: cuénteles a estas damas y caballeros algunas de las impresiones que recogió usted en la era neozoica.

Obediente a esa orden, el Homo Sapiens acomodó sus rasgos fisonómicos hasta darles una expresión de inocente y crasa bestialidad:

—Yo Jumbo, pobre mono —articuló, dándose un puñetazo en el tórax—. Ese Orangután mucho salvaje: comer bananas todo el día, y hacer todo el día chuqui-chuqui con hembras mucho bonitos, ¡ooooh! Ese Orangután mucho tirano: él no permitir comer bananas a Jumbo, ni permitir a Jumbo hacer chuqui-chuqui, ¡ooooh! Entonces Jumbo comer ostras y regalar nueces peladas a las hembras: así Jumbo comer, así Jumbo hacer chuqui-chuqui, ¡oooh! Ese Orangután mucho bestia: nunca llegar a ser hombre.

Se interrumpió aquí súbitamente, y recobrando su aire natural le gritó a uno de los espectadores:

—¡Che, ñato, dame una fija para las carreras del domingo!

—Señores —explicó Franky lleno de gravedad—, acaba de producirse una interferencia de la civilización en el relato apasionante que de su vida en la era preglaciar nos hacía mi pupilo. Habrán adivinado ustedes que Jumbo y Orangután son los dos actores del sublime drama prehistórico: Jumbo es el mono progresista y Orangután es el macaco retrógrado. ¡Ciertamente, se le llenan a uno los ojos de lágrimas al imaginar los esfuerzos increíbles que debió hacer Jumbo antes de inventar el alfabeto Morse!

Aquí el ventrílocuo manifestó un gran pañuelo violeta y restañó el llanto de sus ojos. Religiosamente, con recato científico, toda la platea lagrimeaba de ternura. Entonces el Homo Sapiens le guiñó un ojo a la rubia de la primera fila:

—¡No llores, ñata! —le gritó—. Te invito al *Pigall:* copetines, milonga, y *etcétera,* como decía el franchute aquel. Y ustedes, crudos, ¡a ver si se dejan de moquear! ¡Palabra de honor, cualquiera diría que estamos en un velorio!

Dicho lo cual, el muñeco se volvió a Franky:

—Che —le advirtió—, acabemos esta farsa y vayamos a tomar algunas copas.

—Bien, señores —anunció Franky—. Homo está en plena civilización. Pero gracias a mi arte lo haremos retroceder a la edad de las cavernas. ¡Atención, Homo! Queremos un relato científico.

El autómata se irguió en las rodillas de Franky. Miró en torno suyo, entre feroz y tierno. Después exclamó:

—¡Brrr! Yo, Ach, dibujo reno en caverna. Mujer no barre caverna, mujer deja quemar costilla de mamut, ¡brrr! Mujer llena de pieles, buscando pieles todavía: mujer afeitarse piernas cuchillo de sílex. Ach tiene hambre: costilla de mamut quemada, ¡brrr! Ach toma garrote, Ach pega mujer, Ach furioso. Mujer llora, mujer barre caverna, mujer asa costilla de mamut. Ach come, Ach regala pieles a mujer, Ach dibuja reno en caverna limpia.

Calló el muñeco, y Franky sonrió al público extasiado:

—¡Ah, señores —dijo—, qué portentosa escena y qué admirable lección de psicología son las que acaba de ofrecernos Ach, el hombre primitivo! ¡Muy bien, Homo! Y ahora descríbales la etapa final: ¡deslúmbrelos con la ciencia del Homo Sapiens!, ¡que se les reviente de asombro el alma!

El autómata carraspeó un instante, adoptó un aire de soberana inteligencia, y habló así:

—Muchachos, ahí va el *speech.* ¿Quieren un consejo? No se hagan mala sangre y dejen correr la bola. Lo que hace falta es empacar mucha moneda. Un buen departamento, una rubia de turno y un automóvil de ocho cilindros para levantar «programas», eso es la vida. ¿He dicho algo? Si quieren oír mi opinión, la cocina francesa no es ya lo que fue, vitamínicamente hablando: cuiden el estómago, y lo demás es literatura. Manténganse fieles al permanganato, hasta que se descubra la sulfamida. ¡Oigan, muchachos...!

—¡Basta! —le ordenó Franky, tapándole la boca.

—¡Ojo a la espiroqueta pálida! —concluyó el autómata en un grito estrangulado.

En aquel instante, Samuel Tesler se puso de pie; y, blanco de todas las miradas, habló así:

—Señoras y señores, faltaría yo a mi deber si con un silencio culpable autorizara las bajezas que aquí se han proferido. El sujeto que se hace llamar profesor Amundsen es un truhán de la peor calaña, un titiritero blasfemador que, sin respetar lo divino ni lo humano, trafica desembozadamente con su propia desvergüenza y con el candor ajeno. Tan profesor es él como yo arzobispo: a decir verdad, ese actorzuelo ha cursado apenas el abecé de los estudios elementales; y sus lecturas no han ido más allá del género policíaco, en el cual adquirió sin duda ese abominable gusto por la truculencia que ustedes acaban de verificar.

Al oír tan duras palabras, el auditorio quedó helado. Y Franky Amundsen, dejando su autómata en el suelo, pareció caer en una honda melancolía:

—Bien —suspiró al fin—. ¡He ahí, señores, la recompensa del artífice! ¡Devánense ustedes la sesera para realizar una obra de arte! ¡Pélense ustedes el culo estudiando las más oscuras ciencias! ¡No faltará luego un bonzo que arroje su baba inmunda sobre la delicada rosa del ingenio!

Más triste que indignado, Franky se puso de pie, recogió el autómata y lo instaló bajo su axila:

—Señores —concluyó, indicando a Samuel Tesler—, ese hombre y yo no cabemos en esta sala.

E inició un mutis dignísimo. Pero el auditorio reaccionó al fin: voces iracundas estallaron, se tendieron puños amenazadores en la dirección de Samuel, que gritaba sin hacerse oír. Entonces el astrólogo Schultze y yo nos pusimos de pie, y remolcando al filósofo cornudo que pateaba de cólera, huimos del salón entre una rechifla general.

Devueltos a la calle, me negué a visitar otros edificios: en los dos últimos ambientes infernales habíamos reencontrado una violencia que no me gustaba, y se lo dije así a Samuel, en términos corteses pero firmes. Oído lo cual el filósofo nos guió a un jardín o parque lleno de flores cuya magnitud exagerada me asombró no poco, y dentro del cual nos internamos en busca de la salida. Nos creíamos ya en la meta, cuando un insecto gigante cayó a nuestros pies, agitó en el polvo sus alas vencidas, consiguió enderezarse hasta lograr una postura casi humana y se quedó mirándonos un instante:

Sencilla, inesperadamente, la monstruosa criatura nos dijo su nombre: don Ecuménico. Al oírlo, el astrólogo Schultze no pestañeó siquiera, y Samuel Tesler ni desvió la mirada: sólo yo di señales primero de consternación y luego de maravilla, no por el nombre desusado que la criatura llevaba y al cual sólo hubiera podido censurársele un arcaísmo sin maldad alguna, sino por el hecho asombroso de que nos dirigiese la palabra una bestezuela humilde, apenas un gusano con alas. Por eso fue que, lejos de prestar atención a su nombre, me puse a considerar los detalles físicos de aquel insecto cuyas presunciones humanas caían, a mi entender, en lo risible. Su cabeza, comparable a la de una mariposa corriente, manifestaba un par de ojos facetados y saltones, dos pulpos velludos y una espirotrompa que se recogía y estiraba fiel a cierto ritmo; sin embargo, no tardé yo en advertir que una turbadora expresión de humanidad se abría camino entre aquellos rasgos bestiales, y que una luz inteligente relampagueaba en las facetas de aquellos ojos. A continuación venía el tórax, del cual arrancaban patitas enclenques y anchurosas alas cubiertas de un polvo amarillo, rojo y azul que se desprendía y aventaba de las mismas al más leve temblor; y por último el abdomen de gordos anillos, en los cuales perduraba la estructura del gusano que había sido antes de adquirir su maquinaria de vuelo. Un polen granuloso y de color malsano le emporcaba la cabeza y el tórax, como si

el bicharraco se hubiera metido en cien flores prohibidas, entre venenosos estambres, hasta nectarios malditos. Pero lo más desconcertante resultó al fin el hecho de que aquel monstruo tuviera una historia, y el de que se atreviese a referirla sin pudor alguno y hasta con cierta delectación que, a mi juicio, no convenía de ningún modo a un insecto parlante, aunque se llamara don Ecuménico.

—Para entender mi caso —empezó a decir la bestezuela— sería preciso evocar las metamorfosis antiguas que Ovidio, Apuleyo y Luciano describieron en páginas memorables. Contrariamente a lo que ha venido afirmando una erudición sin vuelo, el tema de la «metamorfosis» no sólo pertenece a la mentalidad clásica, sino a todos los hombres que, dotados de metafísicas antenas, intuyen en lo permanente de su ser y en lo efímero de su estructura humana la posibilidad o el riesgo de una transformación. Ahora bien, la metamorfosis puede consistir en un mero trueque de formas realizado por el ser con la misma naturalidad y la misma inocencia de la serpiente que cambia todos los años de pellejo, o en una mutación impuesta extraordinariamente al ser como castigo. La mía, señores, pertenece al último género.

Tras aquel exordio, el bicho alado que se hacía llamar don Ecuménico abrió una pausa. No me atreveré a decir que su tono inicial fuese pedantesco, irritante o engolado de suficiencia, por tratarse de matices expresivos no fáciles de captar en una voz que sale de cierta ridícula espirotrompa; lo que afirmo sin temor de cometer injusticia ninguna es que don Ecuménico, al hablar de «castigo», lo había hecho con una desvergonzada frialdad académica y sin aquel tono de contrición que hubiera sido agradable sorprender en una criatura lanzada por los dioses al octavo círculo de un infierno, aunque tal criatura fuese un mariposón risible y se atribuyera un nombre arcaico hasta la oxidación.

—Nací en el barrio de San José de Flores —prosiguió el insecto—. Era mi padre un silencioso relojero turinés y mi madre una tierna criatura española. Fui el menor de tres hermanos varones, el más débil y el incomprensible único en aquel exacto y tintineante hogar de relojería. Vivíamos en un caserón vetusto, con su taller de relojero a la calle, sus habitaciones inmensas, su patio techado de glicinas y un fondo agreste que mi madre se obstinaba en llamar «jardín» y sólo fue una espesura de árboles, enredaderas y yuyos apretados en la más estrecha de las hermandades. No sin angustia recuerdo aquella infancia vivida en el taller de mi padre (un recinto lleno de tictacs, campanadas monótonas, péndulos en obsesionante vaivén y esferas de relojes que decían la misma hora, que gritaban la misma hora, unánimes y deshumanizados); o bien en las habitaciones del caserón, donde alentaba siempre un bullicio de charlas y de juegos que yo no compartía; o en la maraña del jardín, a cuyo amparo mi soledad se redondeaba como una fruta delectable. Apenas tenía yo nueve años, y, lejos de entregarme, como todos los niños, a la fuerte, a la dulce, a la bien pintada ilusión de las cosas, discurría entre dudas y temores, adivinaba secretas realidades tras el velo para mí engañoso del acontecer; de manera que, a mis ojos, el mundo era una concurrencia de formas y hechos inexplicables, nada seguros y siempre temibles en razón de su gratuidad. Recuerdo que mi desconfianza metafísica llegó hasta poner en duda la regularidad de los fenómenos naturales, y que más de una vez, al despertar, mi corazón redobló de espanto en la sospecha de que, al abrir los ojos, me hallaría en otro mundo, entre objetos distintos y seres abominables. Claro está que mis intuiciones infantiles no alcanzaban expresión alguna; en cambio, me producían tristezas, desolaciones y sobrecogimientos que se condensaban a veces en irresistibles golpes de llanto, sobre todo en la mesa familiar y durante la comida que, sin acertar la causa, me parecía el más absurdo y el más triste de los gestos humanos; entonces, urgido a explicar la razón de mis lágrimas, yo no sabía qué decir y guardaba un emparrado silencio, visto lo cual gruñía mi padre, se burlaban mis hermanos y sonreía mi madre al dirigirme una mirada llena de piadosas adivinaciones; más tarde, queriendo evitar el deshonor de aquellas burlas y aquellos rezongos, inventé para mi llanto una serie de causas tan inverosímiles, que, lejos de convencer a nadie, aumentaron la fama ya cuantiosa de mis «lloraderas». Episodios menos abstractos contribuyeron a mantener esa reputación extraña que se había tejido en torno de mi sensibilidad. Recuerdo que mi padre, aficionado, como buen relojero, a las nuevas invenciones mecánicas, había comprado uno de los primeros fonógrafos que llegaron a Buenos Aires: era

un monstruo chillón, con su corneta niquelada y su cilindro de metal en el que se introducía el huecocilindro grabado que deseaba escucharse. Entre las grabaciones adquiridas por mi padre, hubo una gracias a la cual aquel fonógrafo rudimentario se convirtió para mí en máquina de tortura: era una «carcelera» española, una turbia canción de presidio cuyos versos iniciales decían así:

Por matar a una mujer
tocóme la última pena;
me firma el rey la condena,
y comienza el padecer,
amarrado a una cadena.

Ya fuese el triste asunto de la canción, ya la música desgarradora que le habían puesto, ya la doliente voz del cautivo que la entonaba, ya las tres cosas juntas, vertidas y desfiguradas por aquel mecanismo elemental aún, lo cierto fue que, al oírla por vez primera, se me anudó la garganta y no pude contener los sollozos. A la sorpresa familiar sucedieron, como de costumbre, la risa de mis hermanos y la indignación de mi padre; el buen relojero, que amaba la ciencia experimental, insistió dos o tres veces en la «carcelera» del cilindro; y al observar que todas las audiciones me producían el mismo efecto, abandonó la experiencia, en la seguridad de que se hallaba frente a lo ininteligible. Pero, ¡ay!, mis hermanos habían recogido la observación: durante meses, con esa crueldad minuciosa de los niños, espiaron mi alma, eligieron mis instantes felices, y volaron al fonógrafo, para obligarme a oír la «carcelera» que me hacía llorar con una precisión matemática.

»Ignoro si esas manifestaciones pueriles acusaban en mí un «sentimiento trágico de la vida» curiosamente prematuro. Y al formular esta duda viene a mi memoria otro episodio de mi infancia que también fue considerado risible y que, a mi juicio, no lo era. Todos los años, para la Navidad, mi madre nos hacía escribir tarjetas postales de salutación a nuestra tía Úrsula que habitaba en Rauch: eran cartulinas decoradas con una paloma que llevaba cierto mensaje en el pico, y aquella vez mi madre nos incitó a escribir un «pensamiento» de los que se estilaban entonces. Mis hermanos acudieron a los lugares comunes de «¡Vuela, postalcita, vuela!», o de «Al abrir esta postal», con el aditamento de felices augurios que la circunstancia requería; pero yo, tras mordisquear un largo rato la lapicera, escribí el siguiente aforismo, con mi elogiada letra vertical y redonda:

Dígase lo que se diga,
no es tan fiera la Muerte
como la pintan.

»No se ha de creer, empero, que mi alma infantil desoyera sistemáticamente los reclamos del júbilo: yo también acataba las periódicas estaciones del gozo y me rendía con facilidad a sus locuras; pero, a fuerza de observarme, advertí luego que los míos eran júbilos de vísperas, gozos en antelación que se marchitaban antes de lograr su madurez. Entre los chicos del barrio, por ejemplo, yo era el que, al acercarse la fiesta de San Juan, preparaba los monigotes que habrían de ser quemados en la hoguera famosa. Señores, ¡qué preludios de alegría tarareaba mi corazón al rellenar con papeles y virutas los trajes en desuso, al pintarrajear las caras de los muñecos y al esconder en sus risibles cabezotas la gruesa de cohetes que, al reventar, anunciarían el fin de la quemazón! Pero llegaba la noche ilustre: los chicos disponían el rimero de combus-

tibles, plantaba yo en lo alto mis monigotes, estallaba y crecía la hoguera entre un griterío ensordecedor, la ronda infantil giraba en torno del chisporroteante fuego; y yo, con un pie ya puesto en los umbrales de la alegría, me quedaba inmóvil de pronto, sentía que junto al fuego de San Juan el corazón se me arrugaba como una hoja, y concluía por distanciarme cautelosamente, para considerar desde lejos el extraño, el incomprensible regocijo de los otros. Las vísperas del Carnaval también eran favorables a mi expectación del júbilo: tenía yo un traje de payaso que mi madre retiraba del baúl algunos días antes de la fiesta, para que se ventilara y recibiese luego el consabido planchas»; no imaginan ustedes los escalofríos de anticipada felicidad que me producían el retintín de los cascabeles, el olor de la tela y los dibujos caprichosos que adornaban aquel traje destinado a ser la librea de mis locuras. Llegaba por fin el gran domingo de los domingos: entre mis hermanos, que también se cubrían de ropas y abalorios, me enfundaba yo en mi disfraz cascabeleante y recibía en la cara los toques de bermellón, cobalto y negro de humo, todo ello solemnemente, como quien reviste los atributos de una liturgia; volaba luego a la calle, meditando en las mil piruetas, dichos y gestos que debería yo exteriorizar ante los ojos asombrados de la muchedumbre; pero, al enfrentarme con la ola humana que ya reía y gritaba afuera, sentía de pronto un raro envaramiento de corazón, una frialdad interna que congelaba súbitamente mis entusiasmos en agraz; entonces, dejándome caer en el umbral de la casa, permanecía sentado allí, solo e inmóvil, con el puño en el mentón y la mirada errabunda, observando en los otros aquella embriaguez de alma que parecía negárseme, ¡ay!, sistemáticamente.

»Con todo, no fui lo que se ha dado en llamar «un hombre sin infancia»: también yo viví en imaginación aquellos romances infantiles que nos dejan los ojos enfermos de lejanía, sobre todo en la maraña del jardín, en cuya intimidad practiqué un robinsonismo lleno de sabores paradisíacos. Mis aventuras marítimas se cumplieron en la tapa suelta de un antiguo baúl, embarcado en la cual descubrí océanos fabulosos y entoné barcarolas de mi cosecha o amenazantes canciones de filibustería. En cuanto a mis experiencias de lo heroico, se redujeron a una versión antojadiza del combate de San Lorenzo, en la que yo, actuando como sargento Cabral, me dejaba caer desde la techumbre del gallinero hasta un destripado colchón en desuso, no sin exclamar las históricas palabras: «¡Muero contento, hemos batido al enemigo!» Tanta heroicidad acabó cierta vez en que mis hermanos, al retirar el colchón intencionalmente, me hicieron aterrizar contra mi gusto en las duras baldosas del patio.

El insecto volvió a callar en este punto. Y yo, que había cerrado mis ojos por eludir el contraste de aquella dulce historia humana con la figura bestial que la refería, los abrí de nuevo, para dar otra vez con una espirotrompa movible y dos ojos facetados que me miraban yo diría que tiernamente. Acaso don Ecuménico (si es que tal era el nombre de aquel bicho prodigioso) aguardaba una pregunta, una objeción, cualquier sonido nuestro que lo alentara en la relación de su historia. Esperó inútilmente, ya que ninguno de nosotros había dialogado jamás con una bestia. Y al cabo de su esperanza, dijo lo siguiente:

—Si he insistido más de la cuenta en algunos episodios de mi niñez, lo hice con la intención de que vieran ustedes en ellos el anuncio de una personalidad no común, o el amanecer de un alma cuyas intuiciones y anhelos hubiesen llegado tal vez a la metafísica o al arte, si hubieran sido canalizados en su hora oportuna. Desgraciadamente, nadie captó en mi hogar aquellos indicios reveladores; y mi alma, reprimida en sus naturales movimientos, fue desde ya materia dócil al pecado que mucho después la embarcaría en la más curiosa de las metamorfosis. Pero me adelanto a los acontecimientos, y la siniestra Casa de los Libros está lejos aún de mi relato.

«Concluyeron los días de la infancia: mis dos hermanos, dúctiles a la sugestión paterna, condescendieron a dejarse iniciar en los primores de la relojería; negado yo a todo lo manual y sin otro bagaje que mi atildada letra y muchos conocimientos inútiles, fui destinado al escritorio de un aserradero vecino. Aquellos años de adolescencia nada traen a mi memoria, como no sea la noción de un deber monótono, el recuerdo de un aserrín impalpable que se nos metía por las narices y la boca, un gusto de tanino en la lengua y dos o

tres caras brutales que se han agrisado en la lejanía del tiempo. A decir verdad, esta historia continúa en un instante preciso de mi juventud: aquel en que conocí a Dolores. He olvidado ya las circunstancias de aquel maravilloso encuentro, pero no dudé yo entonces que, desde toda la eternidad, algún ángel estudioso había manejado los hilos del acontecer para que Dolores y yo nos enfrentáramos en tal sitio y a tal hora con la exactitud matemática de una conjunción astral. Dolores era una criatura de pelo rubio, caliente y oloroso como las espigas que, no cortadas aún, se balancean al sol; tenían sus ojos un color verde sauce reflejado en aguas quietas, y mi madre hubiera dicho de su cara que traía el sol en un cachete y la luna en el otro; si el amor fuese tornero, no vacilaría yo en afirmar que los brazos de aquella muchacha salieron del mismo torno del amor; y no describo más, ya que Dolores fue para mí sólo una cara, dos brazos y un vestido azul cuyo secreto no me atreví a develar ni siquiera en imaginación, ¡tan puros fueron entonces mis ojos y tan casta la naturaleza de mis amores! En cambio, ¡qué inéditos escalofríos, qué sabrosos presentimientos de la delicia y también qué angustias indecibles me trajo la revelación de aquella mujer! Señores, al evocar esa pueril historia, me digo que hay en el hombre una capacidad de amor esencialmente metafísica: es un ala de amor que yerra, se lastima y ensucia en este mundo, porque fue creada sólo para la navegación del cielo. Entre Dolores y yo no hubo al principio más que un intercambio de palabras artificiales y de silencios elocuentes: la segunda revelación se produjo en mí cuando me llegaron sus primeros versos, escritos en papel rosa y firmados con un «Dolores» que partía el alma. Jamás había oído yo palabras tan musicales y tan tristes como las de aquellos renglones: al leerlos y releerlos me parecía escuchar la exaltación de un alma que, perdida en este mundo de aserrín y de humo, acababa de hallar su gemela, profería el grito de su júbilo y adelantaba ya una sombra de amarguísimas premoniciones. No dudando que con Dolores había dado yo en una criatura más divina que humana, decidí levantarme hasta su nivel y responderle con versos de mi cosecha: perdí entonces el sueño, contando sílabas y buscando consonantes imposibles. Tan magna obra llegó a ocupar todo mi día, en el sucio escritorio del aserradero, y bajo la observación de mis tres colegas oficinistas, Cara de Ratón, Cara de Buey, Cara de Zorro, que ya concebían serios temores acerca de mi salud mental. Concluido el borrador de mi poema, lo transcribí a máquina en una vieja «Remington» que teníamos en la oficina y que, reumática ya de tanto escribir facturas y memorándums, pareció tomar bajo mis dedos un airoso trote lírico. Dolores recibió mi canto y respondió con un madrigal que me dejó sin habla: de tal manera se inició entre nosotros un poético diálogo cuya sublimidad, al enajenarme del globo terrestre, me hizo olvidar también los más elementales dictados de la prudencia. Un día, mientras dactilografiaba yo algunas estrofas en la vieja «Remington», me sorprendió el gerente del aserradero: arrancó el papel de la máquina, enrojeció a su lectura; y, sin abrir la boca, me señaló la puerta con un índice recto, ante Cara de Ratón, Cara de Zorro y Cara de Buey que palidecían, mudos testigos de aquella catástrofe. Cierto es que perdí mi colocación; mas en cambio, tras un corto vendaval doméstico, me sentí libre y dueño de consagrar enteramente mis horas al cultivo de aquel amor ideal, a la frecuentación de aquella mujer sublime, y sobre todo a nuestro intercambio de poemas que adquirió en seguida un ritmo vertiginoso. Descubrí entonces que en aquella correspondencia lírica se cifraba todo el encanto de nuestro idilio: mis entrevistas con Dolores fueron haciéndose más espaciadas y más cortas; a decir verdad, enfrentados el uno con el otro, nada tenía yo que decirle y nada me decía ella; observaba yo, por el contrario, que nuestras aproximaciones físicas, lejos de prestarle ayuda, estorbaban el comercio sutil a que se habían entregado nuestras almas; y en ese tenor de cosas llegué a eludir mis encuentros con ella, sólo interesado en sus epístolas musicales que me traía el correo dos veces por semana. La desaparición de Dolores fue tan misteriosa como Dolores misma: cesaron de pronto sus mensajes líricos, la busqué inútilmente, hice averiguaciones en su calle; fiel a su naturaleza enigmática, Dolores habíase desvanecido sin dejar rastros. No diré ahora el cúmulo de lloros, exaltaciones y desvelos que arrojó sobre mí el eclipse de aquella mujer, ni la suerte de adoración a que me di luego al releer y venerar sus poemas admirables escritos en papel rosa. Años después, al frecuentar la siniestra Casa de los Libros, supe que los versos de Dolores pertenecían a Gustavo Adolfo Bécquer; y la perdoné sinceramente desde el fondo de mis recuerdos. Lo que todavía no he perdo-

nado a Dolores es que su misteriosa desaparición (aquella que me había hecho soñar con el rapto de los ángeles) respondiera, según me advirtieron después, a su interesado y súbito matrimonio con un obeso importador de vinos.

Aquí don Ecuménico (bestia, hombre o lo que fuese) dejó de hablar un instante y pareció comulgar en silencio con su memoria. Algo de ironía, mucho de exaltación y bastante de resentimiento acababa yo de observar en la segunda parte de sus evocaciones, todo lo cual me hacía entender que se le estaba calentando la espirotrompa. Luego continuó su relato:

—Acabó mi adolescencia, y entré con bastante ímpetu en la edad viril. Circunstancias fortuitas me llevaron a ser un corredor de seguros, oficio azaroso en el que hice carrera, no sé si ayudado por una rica imaginación o por la facundia que había yo adquirido en mis diálogos epistolares con Dolores. Mis tendencias a la abstracción fueron debilitándose poco a poco; y, simultáneamente, raíces ávidas que parecían brotar del fondo de mi ser alargaron sus trompas absorbentes y se hundieron en el humus de la vida, en la gorda materia de los hombres, en el barro concreto del suceder. Entonces conocí a Raimunda y me enamoré cautelosamente de ella. Nuestro matrimonio fue un dechado de circunspección: si Dolores había sido para mí el ensueño con todos sus atributos, Raimunda se me presentaba como una imagen viva de la realidad, con sus leyes inflexibles pero tranquilizadoras, con su horizonte limitado pero seguro. Raimunda fue como un pedazo de buena tierra que uno ara y fertiliza, de la cual arranca uno flores y frutas, y sobre cuyo seno uno descansa largo a largo y profundamente, como los niños y los agricultores. Y yo me aferré a esa tierra y a su prolongación en los hijos: gradualmente fui renunciando a mi propio ser y a sus intransferibles anhelos, para vivir la existencia de los que me rodeaban, para cuidar el sueño de los otros, para sufrir sus dolores y asomarme a sus alegrías. Entonces hice una observación y descubrí una verdad: observé que, por amor, todos mis derechos se habían transformado en deberes; descubrí que, amando y prolongando aquella tierra, no había hecho yo sino extender mi territorio de dolor y mi área de vulnerabilidad.

»Con todo, un mundo firme se había organizado a mi alrededor: empezaba mi día con los ajetreos de Raimunda y el escándalo alegre de los chicos; mi día se cerraba con un vaivén de orinales infantiles y la lectura maquinal de una sexta edición; entre ambos paréntesis colocaba yo seguros, discutía contratos, galopaba calles, ascendía escaleras, frecuentaba rostros y voces iguales entre sí; de modo tal que, a fuerza de reiteraciones, adquirí una ciega confianza en la estabilidad de aquel pequeño universo. Y de pronto, cuando más firme lo creía, la muerte comenzó a trabajar en torno mío: empezó a trabajar sin anuncio, sin lógica, estúpidamente, como una guadañadora ciega que se hubiese metido en un trigal y cortara sin distinguir cuáles espigas estaban verdes y cuáles maduras. Pero cortó y cortó: la mujer y el niño cayeron por igual. Todavía me pregunto a qué leyes terribles o a que oscura necesidad pudo responder aquella destrucción maravillosa.

Un temblor de sollozo humano se hizo perceptible en la voz que narraba. Miré la cara del insecto y vi que cierta humedad se iba condensando en sus ojos poliédricos hasta redondearse y adquirir una forma de lágrima. Después, todo vestigio sentimental fue borrándose de aquel rostro, y entonces don Ecuménico adoptó un aire abstracto, como si a partir de aquel instante su narración debiera entrar en el árido terreno de la geometría:

—Al vertiginoso derrumbe de mi casa —dijo luego— sucedió en mí cierta edad de estupor que tuvo el carácter de una verdadera muerte. Dije ya que, renunciando a mi ser, había cobrado yo la forma de las criaturas que amaba. Y apenas quedé solo, me vi en una situación desconcertante: si, por un lado, no encontraba en mí aquel yo tan amorosamente convertido, por el otro, mal podía buscarlo, más allá de la muerte, en las criaturas que amé y que no eran ya sino fragmentos de carne mía en plena disolución. Aquel estado no duró mucho, naturalmente: al movimiento de dispersión o enajenación en que se había embarcado mi ser al constituir una familia, sucedió un movimiento de concentración gracias al cual, ¡y en mala hora!, fui recobrando solitariamente mis potencias. Me di a reflexionar entonces en la misteriosa causa, en

el motor invisible que tan fácilmente construía y desbarataba las cosas de este mundo: en mi niñez, gracias al celo de mi madre, había yo adquirido la idea de un Dios que rige amorosamente a sus criaturas, y hasta recuerdo que hice una primera comunión bastante fervorosa; luego aquella noción había perdurado en mi alma, pero como la semilla que, no encontrando una tierra favorable, guarda latente su poder germinativo. Y ahora la semilla reventaba en mi ser, abría hojas y alargaba raíces; pero no ya con la soltura inocente de mi primera edad, sino como vigilada y discutida por un jardinero loco. Mi experiencia reciente, al conjugarse con los metafísicos recelos que habían torturado mi niñez y que retoñaban ahora, me hacía ver en la caducidad y mutación de las cosas un pecado oscuro que ya era urgente redimir. Al mismo tiempo, dejé de ver a Dios en la piadosa cara de su benevolencia, para mirarlo en el semblante de su rigor y temerlo como a una energía incógnita o como a un Demiurgo encolerizado a quien era preciso desagraviar y contener a fuerza de mortificaciones. Con tal objeto, inicié una vida penitencial tan minuciosa como absurda: para los otros, yo era siempre don Ecuménico, el corredor de seguros, el de las mismas argumentaciones, chistes e ingeniosidades que se habían hecho en mí una segunda naturaleza y se daban ahora mecánicamente, como un acto reflejo; para mí mismo era yo un alma escarmentada que ya no quería prestarse al ilusorio juego del mundo, que cerraba sus ojos a las imágenes engañadoras y sus oídos a los fantasmales reclamos, que reprimía sistemáticamente en su piel, en su olfato y en su gusto esa tendencia de los sentidos a dejarse llevar por el gran embuste de las cosas.

»De tal modo, y sin saberlo, imité yo a los ascetas antiguos, hasta culminar en un acto que otros hicieron sublime y que resultó en mí una tristísima comedia: la flagelación. Recuerdo, no sin vergüenza, la primera vez que, frente al espejo irónico de mi cuarto, me desnudé fríamente para darme, también en frío, quince o veinte azotes en las nalgas con un viejo cinturón que me había regalado Raimunda y que llevaba una hebilla de acero con mis iniciales: la quietud y el silencio de la medianoche, la frialdad ascética de mi habitación, el indignado asombro de mi cuerpo que gruñía bajo los azotes y la satisfacción de mi alma vencedora produjeron en mí cierta embriaguez que declinó en un sueño tranquilo. Aquella obra de flagelación fue continuada en sucesivas noches; pero no tardé yo en observar que, lejos de conducirme a las grandes revelaciones, aquellos cinturonazos degeneraban en un mecanismo glacial, y que mi embriaguez no trascendía los límites de cierta orgullosa complacencia. Luego, no sin temor, advertí que ya no estaba solo en el cuarto de mis flagelaciones, sino que ojos invisibles me seguían en cada uno de mis gestos, voces malévolas cuchicheaban por ahí, risas abominables estallaban y se reprimían en los rincones: supe al fin cuan temible y absurdo era ese juego que yo practicaba, cuando no se hacía bajo la mirada llorosa de los ángeles. Simultáneamente descubrí que algo de mis penitencias había trascendido a la casa de pensión donde yo vivía entonces y que regenteaba una triste arpía llamada irónicamente doña Consuelo: al parecer mis vecinos de habitación habían captado a través de los tabiques el chis-chas de mis nocturnas azotainas y parte de los monólogos con que yo las iba exaltando sin darme cuenta. Circularon rumores alarmistas, hubo cambios de miradas e inteligencia de ademanes, hasta que se llegó a la dolorosa verdad: «Don Ecuménico está chiflado.» Gracias a un resto de prudencia que todavía me quedaba, renuncié a los cinturonazos; y volví por mis fueros de hombre lúcido. No me costó gran cosa lograrlo: nuevamente me dejé llevar por el río monótono del acontecer. Pero mi lucha con la Divinidad no estaba concluida, sino postergada: la reanudé al entrar en la siniestra Casa de los Libros y conocer al Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías.

Una pausa teatral fue la que abrió aquí ese bicho increíble de don Ecuménico. Había cacareado las últimas palabras en un tono que traducía cierta falsedad lamentable o no sé yo qué gusto de rancias literaturas, y en el cual, sin embargo, la cuerda poética y la humorística resonaban también. Luego prosiguió así:

—No dudo ya que algún demonio me llevó de la mano hasta la Casa de los Libros. Era una venerable mansión porteña, cuyo frente pintado al óleo y cuyas ventanas enrejadas tenían el aire más inocente del mundo. Según me contó después el Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías, el fundador y donante de aquella especie de Instituto había reunido allí volumen tras volumen, llevado por una extraña

pasión que tal vez fuese la del genio, o quizá la del avaro que amasa estúpidamente su tesoro, o acaso la del hombre vacío que llena sus horas con maquinales gestos de coleccionista. El busto del Fundador, por otra parte, decoraba el *hall de* la biblioteca; y puedo asegurar que ni en sus facciones marmóreas, ni en sus ojos huecos, ni en su vestidura que había respetado el escultor hasta el alfiler de corbata, pude yo descubrir si aquel hombre había sido un intelectual o un idiota.

»La primera sala de lectura se había destinado a los niños; y habitualmente acampaba en ella una legión de mocosos azogados que se debatían entre papeles infantiles, bajo la mirada bovina de una celadora cuya testa sin cuello parecía como atornillada en un torso exuberante de ancas y ubres. El segundo salón era un recinto amplio, con estanterías que llegaban al techo, acogedoras mesas de lectura y grabados antiguos en las paredes: allí conocí al Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías; y allí, en un ambiente claro y neutral, hice mis primeras armas de lector, sin sospechar el desastre a que me llevaría en lo futuro aquel ejercicio inocente. Debo aclararles que la sala número dos había sido especializada en obras de literatura: la novela, el teatro, la poesía se alineaban en los estantes; y yo empecé a devorarlo todo, y me hundí en aquellos mundos ficticios hasta las rodillas del alma. Pero, señores, yo había renunciado anteriormente al engañoso desfile de imágenes, pasiones y sentimientos que constituyen una existencia humana, ¿y qué hada la literatura, sino multiplicar aquellas imágenes, estilizar aquellas pasiones, glorificar aquellos sentimientos y prolongar, en ficción, la coloreada mentira de las cosas? ¡Sí, sí! Lo que anhelaba mi ser era vivir en un cubo hermético, entre figuras y sólidos inventados por la geometría, ¡y entregarme a ideas abstractas, en las que no interviniese ni el fantasma de una rosa! Yo tenía una pelea que librar con el Eterno, y sólo podía librarla en el territorio enemigo, vale decir en las anchas, glaciales y silenciosas llanuras de lo Abstracto. Entonces fue cuando, sin quererlo, empecé a mirar la *puertecita acolchada.*

»Era una puertecita esmeradamente acolchada, una insignificante puertecita que se disimulaba en un rincón del segundo recinto: era una puertecita invisible casi, tal como las que se disfrazaron en las catacumbas, en las pirámides y en las recatadas fortalezas alquímicas. No hubiera sido extraño que la puertecita de marras diese a un sucucho vulgar donde se guardasen escobas, plumeros y trastos de la misma índole. Pero, de ser así, ¿a qué venía el riguroso acolchonamiento de la puertecita? Durante una semana hice cálculos en torno de ese misterio que había concluido por obsesionarme; y finalmente resolví tantear al Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías. Era un hombre sin edad calculable y sin filiación discernible, un hombre rigurosamente neutro del que nada se hubiera podido afirmar o negar: lo envolvía el hondo pero tranquilizador silencio de los vegetales; no exteriorizaba jamás emoción alguna; parecía que sus ojos húmedos y fríos rodasen blandamente sobre las cosas, ¡ay!, blandamente y sin penetrarlas, como se desliza un arroyo sobre guijarros. ¿Era la estolidez o el secreto lo que se recataba en aquel hombre oscuro? Recuerdo que, al oír mis insinuaciones acerca de la puertecita, el Bibliotecario se obstinó en su mutismo; pero, ¿no habían asomado a sus ojos dos chispas de luz inédita? Lo cierto es que no dijo una palabra, giró sobre sus talones y volvió a sus ficheros metálicos. Al siguiente día insistí en mi demanda: el hombre volvió a escucharme con su indiferencia vegetal; pero esta vez algo aflojaba en él, algo parecido al rigor de una consigna que no sabe aún si ceder o no. Al fin, lejano como siempre, me dirigió estas dos palabras: «¿Qué busca?»; y las dijo con cierta voz herrumbrosa y cansada, como si desde la misma eternidad no hubiera tenido él otra misión que la de preguntarles aquello a los hombres: «¿Qué busca?» Entonces, un rapto de confianza loca me llevó a decírselo todo; y el Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías escuchó largamente, con la frialdad de una balanza que recibe pesos y los registra. No me alentó en el relato de la historia, no aprobó ni desaprobó sus términos; una vez concluida, no aventuró comentario alguno, me volvió las espaldas y regresó a sus ficheros de color verde aceituna. Pero al día siguiente aquel hombre fatal, aquel hombre ininteligible, aquel hombre absurdo me franqueaba la puertecita acolchada; y lo hacía con el gesto mecánico de un guardián, sin deponer su mutismo, sin que se le moviera una línea de la cara.

»Detrás de la puertecita se ahuecaba un recinto brumoso iluminado por cierta claraboya de vidrios cuya opacidad no sabía uno si atribuir a la incuria de los limpiadores o a esa roña ineluctable que va dejando el tiempo en las cosas destinadas a morir. Pero no bien se hacía uno a la luz fantasmal de la claraboya, observaba que no era el abandono sino un orden casi exagerado lo que se imponía en el recinto número tres: adosadas a los muros tres librerías repletas levantaban sus imponentes arquitecturas; frente a la claraboya se veía un escritorio de madera tallada, con su atril para la lectura, su antiguo sillón frailero y su lámpara verde; una gran alfombra extendida en el suelo devoraba el rumor de los pasos y sugería no sé yo qué amenazante invitación al sigilo. Ni estampas ni pinturas distraían allí el rumbo de los ojos: por el contrario, muebles, libros, alfombra y aun el damasco celeste que tapizaba los muros habían perdido su color original hasta identificarse allí en un tono único, sin definición, ajado, muerto. Tal era el recinto número tres, el que se ocultaba detrás de la puertecita, el que fue laboratorio de la transformación risible, de la maldad sin gloria, de la oscura metamorfosis que ven ustedes en mí. Pero, ¿qué abominación acechaba en aquel recinto?

»En el recinto número tres el Fundador había coleccionado gruesos volúmenes de páginas amarillentas y duros lomos: aquellos libros contenían todas las iluminaciones del alma, todas las locuras de la intelección, todos los razonamientos prudentes y las audacias blasfematorias a que había llegado el hombre mortal en su buceo de lo Absoluto. Pues bien, señores: yo buscaba lo Absoluto, no sabía claramente si en alas del amor o del rencor; y me lancé a la lectura de aquellos libros, con una voracidad que se agudizaba según iba yo encontrando en ellos o una imagen de mi sentir o una contestación a mis viejas preguntas interiores. Y, ciertamente, fue un bien trazado camino de perdición.

«Antes de referir lo que sucedió en el recinto número tres debo explicar algo referente al corredor de seguros que aún existía en mí y que se llamaba don Ecuménico. Mis incursiones a la Mansión de los Libros comenzaron por ser vespertinas y me llevaban las horas de la tarde hasta el anochecer: por la mañana recorría yo los viveros de mi clientela, volaba después a la oficina, registraba el fruto de mi trabajo y me hacía perdiz hasta la mañana siguiente. Aunque mi nuevo estilo de trabajar no fuera muy ortodoxo, resultaba yo demasiado hábil aún en el oficio como para que se alarmara la Compañía: el volumen de mis negocios era normal, y nadie se preguntó qué hacía don Ecuménico fuera de sus horas útiles. Pero distinto fue cuando se me reveló la puertecita y lo que ocultaba detrás de su esmerado acolchonamiento: leía yo hasta que la noche y el Bibliotecario me expulsaban de mis lecturas; comía luego en la pensión a que ya me referí: comía entre caras fantasmales, rumiando paralelamente los guisotes de doña Consuelo y el último problema que había traído yo de la sala número tres; me acostaba en seguida, y el problema se acostaba conmigo, interfería en mi sueño, me desvelaba, roía mis células grises y me abandonaba por fin en los umbrales del nuevo día. Roto de cuerpo y alma, volvía yo a mi corretaje matinal; pero una fuerza indecible me arrastraba, contra mi voluntad, a la Mansión de los Libros, una fuerza contra la cual me debatí largamente y que me venció. Al principio cedí una vez por semana, luego dos, al fin tres: el asombro y la consternación reinaban en la Compañía de Seguros: comenzaron por amonestarme cariñosamente, siguieron las filípicas agrias, y una exoneración vergonzosa me dejó sin oficio ni beneficio. Afortunadamente, yo tenía mis ahorros, y llevaba una existencia muy sobria: resolví entonces desligarme de toda ocupación, como no fuera la que me conducía mañana y tarde al recinto número tres. Porque mi beatitud se cifraba ya en las excelencias que siguen: advertir, no sin un escalofrío de gozo, que, tras darme paso, la puertecita se cerraba discretamente; sentir cómo el alma entreabría sus pétalos a la luz irreal de la claraboya; respirar el olor de las encuadernaciones, los papeles antiguos y los desinfectantes contra insectos de aparato roedor; colocar un libro en el atril y debatirme luego con la Divinidad, en una lucha de armas desiguales pero embriagadora en su misma desproporción.

»¡Fue un maravilloso camino de locura! Fue un salto mortal del orgullo, en tres volteretas que describiré ahora brevemente:

»Primera voltereta: me doy a la lectura de los ortodoxos y vuelvo a la noción infantil de una Divinidad que nos mira con ojos tiernos. Lloro de amor sobre las viejas páginas adorables. Caigo en una piedad untuosa que me hace reír de mis antiguas flagelaciones y me induce ya en sutiles caminos de tentación: ayer, en la sala de los pequeños, acaricié al pasar la cabecita de un niño que recortaba figuras; hoy he mirado las ubres de la celadora con un semi casi atisbo de complacencia. ¡Ojo, Ecuménico! ¡Atención a la gran mentira!

»Segunda voltereta: estoy devorando ahora la gran serie de los infolios. Extrañas concepciones acerca de la Divinidad. ¿Cómo? ¡Dios no es ya el absolutamente impasible, sino el Ser obligado a exteriorizar sus posibilidades de manifestación! ¡Y yo, Ecuménico, soy una de esas posibilidades! ¡Bravo, Ecuménico! ¡Duro con el viejo de Arriba! Me paseo a grandes trancos por la sala número tres. Luego me planto frente a la claraboya y le suelto un discurso metafísico que hace temblar los cristales. Ese Bibliotecario del infierno entra inesperadamente, arroja un vistazo en torno suyo, y se va. ¡No ha captado nada, o finge que no ha captado nada!

» *Tercera voltereta:* un hambre devoradora me ha inducido a explorar los volúmenes acribillados de polillas que se guardan en los anaqueles del fondo. Penosamente reconstruyo las líneas taladradas; y mi entendimiento se deslumbra, tambalea, cae de pronto en abismos insondables. ¡Gran Dios, a qué se ha reducido tu anchurosa divinidad! Se te decía el Ser, más allá del cual no existe nada, ¡y ahora resulta que hay un No-ser anterior a ti, un No-ser fabulosamente rico de metafísica, un No-ser del cual tú sólo eres una afirmación! ¡Qué sesera tienen esos malditos orientales! ¡Ecuménico, ríete! Y, sentado en el sillón frailero, río yo a carcajadas, río largamente, hasta llorar y moquear de risa. ¡Qué victoria, Ecuménico! ¡Un triste corredor de seguros! Y otra vez irrumpe ahora el Bibliotecario, examina el recinto y se vuelve. No ha oído nada, o finge que no ha oído nada.

Aquí el bicharraco infernal se detuvo jadeante: un fuego de locura multiplicaba centellas en sus ojos facetados; la espirotrompa se le tendía y arrollaba sin contralor alguno, latía su tórax desordenadamente y un sudor espeso mojaba los gordos anillos de su abdomen. Luego empezó a decir, con voz chillona, pedantesca, insufrible:

—¡Silencio todo el mundo! Aquí comienza el Libro de las Transformaciones de don Ecuménico. ¡Un burra por el Ser y dos por el No-ser! ¡Hip, hip! Si alguno desea beber una copa de ambrosía embotellada y lacrada celosamente por el Eterno...

Volvió a detenerse, como desorientado: era visible que don Ecuménico descarrilaba y que lo había él advertido. Mediante un esfuerzo de voluntad humana restableció el orden en su agitado físico de bestia. Después nos habló así:

—Llegamos ahora, señores, a la parte más difícil de mi relato: describir la metamorfosis de un alma no es cosa del otro jueves; pero hacer lo mismo con la transformación de un cuerpo es tarea monstruosa y por demás ingrata, ya que, debiendo apartarse de las leyes comunes que rigen al famoso bípedo humano, se arriesga el narrador a zozobrar en los arrecifes de la incredulidad ajena.

»Mentiría yo si afirmara conocer el instante justo en que se inició esta metamorfosis, aunque a veces me pregunto si la transformación de mi cuerpo y la de mi alma no se iniciaron y crecieron paralelamente. El primer indicio de que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo en mí lo tuve por aquel hombre o demonio que hacía de Bibliotecario y sobre cuya identidad verdadera empezaba yo a concebir mis dudas. Acostumbraba él a irrumpir en el recinto número tres, con algún pretexto que no conseguía disimular su intención de espionaje: entraba sigilosamente, nos mirábamos de reojo, y salía él con su eterno aire de indiferencia. Pero advertí más adelante que mi hombre, al entrar, se quedaba de pie, recorría el ámbito con ojos perplejos, buscaba en torno suyo afanosamente, hasta dar conmigo: ¡y sin embargo me tenía delante de sus narices, allí, en el sillón de siempre, bajo la luz de la claraboya! ¿Qué le pasaba? ¿No estaría volviéndose ciego?

Las cosas llegaron a un extremo tal, que cierta mañana, frente al Bibliotecario, tuve que gritarle para que advirtiese mi presencia. Lo interrogué allí mismo sobre el estado de sus ojos, ¡y nunca olvidaré la punta de ironía que asomaba en su voz cuando me aseguró que su vista era excelente! Me quedé preocupado: si la visión de aquel hombre no había sufrido merma, era lógico suponer que la causa de sus aberraciones ópticas no residía en él, sino en mí. Una duda expresa y un temor inefable me asaltaron entonces: guardaba yo un espejito que solía utilizar en la inspección de mi dentadura; y gran parte de aquella mañana estuve fluctuando entre la tentación y el recelo de estudiar mi cara en el espejito. Al fin lo hice, mitad asustado, mitad curioso: en un principio, nada vi de mi semblante; pero forcé la vista, y al cabo distinguí mis ojos, mi nariz, mi boca, mi pelo, aunque desvaídos y como en fantasma. Luego consideré mi traje verde botella, mi sobretodo azul, mis botines castaños; y descubrí que también ellos, abandonando su color de fábrica, se habían convertido al tono único, indefinible, muerto que presentaban las cosas en el recinto número tres. ¡No había duda! Era un caso de mimetismo, comparable al de las alimañas que adoptan el color de los follajes, las piedras o los charcos donde viven.

«Lejos de inquietarme, aquel fenómeno redobló mi seguridad y con ella mi confianza. Había llegado a pasarme todo el día en el recinto número tres, con excepción del cuarto de hora que yo empleaba en salir, tomar un vaso de leche con vainillas y regresar a la Mansión de los Libros. Mi existencia se había organizado ya en dos tiempos isócronos: una metafísica voracidad y el letargo profundo en que declinaba fatalmente. Cierto es que, a favor de mi recién descubierta invisibilidad, me divertí al principio con el Bibliotecario, soltándole al oído fuertes pedos bucales que lo sobresaltaban; mas aquel jueguito me aburrió finalmente, y concluí por entregarme sin reservas a la doble abstracción de la lectura y del sueño. Llegada la noche, volvía yo a la pensión, último lazo que aún me relacionaba con la esfera de los hombres; pero aquel vínculo también se rompió un día y fue así:

«Cierta vez, tras uno de aquellos letargos que sucedían a mis lecturas, desperté normalmente y me vi en el recinto número tres arrellanado en el sillón frailero, a la luz de la lámpara verde. Me puse de pie, y acercándome a la claraboya descubrí, no sin asombro, que afuera reinaban una oscuridad y un silencio como de medianoche. Abrí la puertecita de marras, pasé al segundo recinto y de ahí a la sala de los chicuelos, recorrí la Mansión entera: todo estaba oscuro y vacío, las puertas con llave, los balcones apostillados. No me quedaban dudas: el Bibliotecario, a la hora de cerrar, no me había descubierto en el recinto número tres, me dio por ausente ya y me había encerrado, sin saberlo, en la gran casa desierta. ¡Medianoche! ¡Solo! ¡Toda la Mansión era mía! No pueden imaginarse ustedes la oscura embriaguez que se apoderó de mí al verificarlo, ni la orgía intelectual a que me abandoné luego durante aquella noche señalada entre mil. ¡Qué proporciones de leyenda, qué tintes mitológicos adquiría ese pobre corredor de seguros que se llamaba don Ecuménico!

»En adelante, no volví a la pensión: ignoro si doña Consuelo, alarmada por mi eclipse definitivo, lo denunció a la policía y fui buscado en las morgues o en los hospitales. Y la sala número tres, en lo sucesivo, fue mi única residencia, la de mis días y mis noches, la de mis banquetes y modorras. Aún me ausentaba durante quince minutos diarios, para correrme hasta la lechería; pero más tarde conseguí evitar esas escapatorias, haciendo en los bolsillos de mi sobretodo azul una provisión de chocolate, bizcochos y caramelos que me duraba una quincena. Ya fuese por incuria, ya por sabiduría, el Bibliotecario no asomaba casi en el recinto: por otra parte, había llegado un invierno riguroso, desertaban los lectores, y hundido yo en mi sillón oía el canturreo de la lluvia en los cristales de la claraboya. Mi tiempo de velar duraba menos cada vez, y mis letargos hacíanse cada vez más hondos y durables.

«Aquella noche desperté bruscamente: me sentía lúcido de alma, como nunca lo había estado; pero ahora se me revelaba en el cuerpo no sabía yo qué debilidad tremenda. Ignoraba cuánto había dormido, y no sin una turbación creciente iba observando yo que la ropa me quedaba grande hasta lo risible, que mi traje verde botella se me caía de los hombros, que mis extremidades o ya no estaban o habían encogido

asombrosamente en sus fundas de casimir. ¿Se trataba o no de una pesadilla? ¡Cuidado! Me sentía bien despierto de inteligencia, mis ojos no captaban otra realidad que la muy tranquilizadora del recinto número tres, con su mesa de lectura, su lámpara verde, sus familiares librerías y su claraboya en la que tamborileaba el aguacero; y, no obstante, ¡algo me tenía inmóvil y como atado al sillón, una inercia prudente que señoreaba el pedazo físico de mi ser y le advertía el riesgo de abandonar aquella postura! Con todo, no entraba en mi cálculo permanecer allí como una ostra: sucediera lo que sucediese, yo tenía que despabilarme y tornar a mis estudios. ¡Arriba, pues, Ecuménico! ¡A la obra! Y cuando traté de incorporarme, se produjo la segunda revelación de aquella noche. Intenté apoyar las manos en la mesa y los pies en el suelo, como lo hace toda criatura sentada que desea reasumir su posición vertical; pero mis extremidades no acataron la orden: a decir verdad, ni sentía ya que tuviera extremidades y que se tratara de un desacato. Y como simultáneamente irguiera el torso, perdí el equilibrio y me caí del sillón frailero, en un derrumbe silencioso, blanduzco, intrascendente, cuya benignidad atribuí al poder amortiguador de mis ropas. ¡Y cuánta ropa era! Me sentía envuelto y sofocado en ella, como si se me hubiese caído encima una tienda de campaña. Revolviéndome con una flexibilidad que me desconcertó no poco, me abrí paso entre aquel revoltijo de prendas familiares, hasta salir a la luz y verme desnudo sobre la alfombra. Y lo que vi en mí no dejaba de ser curioso: ¡don Ecuménico, el ex corredor de seguros, se había transformado en una hermosa bestezuela de cuerpo vermiforme, en un gusano de rechonchos anillos que miraba y admiraba su nueva estructura!

«Porque no han de creer ustedes que la revelación de tan inusitada metamorfosis me trajera un asomo de pánico. Cierto es que me inquietó al principio la serie de incomodidades que yo suponía inherentes a mi nueva organización. Pero cuando, y no sin elegancia, me arrastré holgadamente por la alfombra; cuando me atreví a escalar los muros, haciendo gala de la misma soltura; cuando recorrí, dorso abajo, el techo del recinto, menospreciando las viejas y temidas leyes de la gravitación; cuando miré las cosas desde ángulos para mí desconocidos y medí el caudal de mis nuevas posibilidades, una exaltación gozosa me dominó aquella noche, hasta el rayar del alba. Entonces, viendo que la luz del día se filtraba por la claraboya, recordé al Bibliotecario: ¿advertiría ese hombre ciego mi escandalosa transformación? Ahí estaban esas ropas amontonadas en el suelo, esas malditas prendas que, al abandonarme, recobraban ahora su color original: ¡el Bibliotecario repararía en ellas, fatalmente, no bien se asomase al recinto número tres! Por fortuna, me asaltaba de nuevo y aquella voracidad infinita que ya les describí; pero no ahora de substancias intelectuales, sino de materias duras que se pudiesen roer y tragar. Me comí, pues, toda mi ropa; y, volviéndome al sillón frailero, espié la llegada del Bibliotecario. Entró al fin, paseó en torno una mirada vacía, y se fue. *Deo grattias!*

»En adelante me di a la grata empresa de roer y devorar físicamente los volúmenes del recinto, las encuadernaciones lujosas, los ricos dorados, los papeles del Japón, de Flandes y de Italia. Roía y me aletargaba como antes; pero ahora lo hacía con un ritmo bestial, entregado a las leyes rudimentarias del hambre y del sueño. Transcurrió la primavera; y hasta yo mismo consideré, no sin alarma, los estragos que ya se hacían patentes en el recinto número tres. Con todo, el Bibliotecario no daba señales de inquietud alguna; y aunque su indiferencia me tranquilizó al principio, no tardó en inspirarme una rabia sorda. ¡Ese hombre o diablo pretendía ignorarme, o hacía como que me ignoraba! Resolví entonces provocarlo de alguna manera: cierto día me arrastré sigilosamente hasta el recinto número dos, escalé la percha y me comí el sombrero del Bibliotecario, un Stetson gris perla que sin duda le había costado un ojo de la cara. Regresé a mis dominios, y, no sin cierta emoción, aguardé las represalias que mi hombre no dejaría de tomarse. Pero el Bibliotecario no se dio por aludido; y las nuevas comilonas a que me di luego lo apartaron enteramente de mi atención.

»Me atracaba y dormía luego: los anillos de mi abdomen engordaban peligrosamente, y derrumbado en mi sillón frailero sentía yo que mis modorras eran cada vez más largas. Por fin llegó el día en que no pude abandonar el sillón: me aletargaba, conseguía despertar un instante y no tardaba en sucumbir otra vez a los

redamos de mi terrible sueñera. Un frío sudor brotaba de mi cuerpo anillado y se endurecía inmediatamente, hasta formar a mi alrededor una costra segura, un capullo cerrado, una inviolable cámara de sueño. Y dormí en mi capullo largamente, hasta despertar un día, lleno de no sé yo qué fuerzas locas ni de qué impulsos desconocidos. Me revolví en la estrechez de mi prisión, desgarré al fin la dura cáscara que me ceñía; y salí revoloteando, ebrio de luz, ansioso de alturas. ¡Qué ridículamente pequeño era el recinto número tres! Batía yo mis alas en un arranque de vuelo, y daba de cabeza en las paredes, en las librerías, en el cielo raso, en la claraboya cerrada, tal como si aquel recinto fuera otro capullo que debería yo romper igualmente. Apareció entonces el Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías: abstracto como siempre, vestido de silencios, con su indiferencia vegetal y su cachaza terrible, aquel hombre, si es que realmente lo era, me abrió de par en par la claraboya. Y salí volando al aire libre, para descender a este Infierno.

Don Ecuménico había terminado su historia. Nos miró a todos en la cara, fija y ansiosamente, como si aguardase una objeción, acaso una pregunta o siquiera una mirada consoladora. Pero Schultze y Tesler se mantenían en su aire lejano, y no encontré yo palabra que decirle. Visto lo cual don Ecuménico agitó sus alas, consiguió alzar el vuelo y se alejó pesadamente, revoloteando entre las flores monstruosas.

XIII

Un portón de hierro sin aparatosidad ninguna comunicaba el octavo círculo infernal con el noveno y último. Allí nos despedimos de Samuel Tesler, quien, tras un apretón de manos bastante frío, nos volvió sus espaldas y regresó a la Ciudad del Orgullo. Abierto el portón, Schultze me hizo entrar; y descendimos, el uno detrás del otro, cierta escalerita helicoidal que nos condujo al borde mismo de la Gran Hoya en que terminaba el Infierno schultziano. Me asomé a la hoya, y en su fondo vi estremecerse una gran masa como de gelatina, que daba la sensación de un molusco gigante, aunque no lo era.

—Es el Paleogogo —me advirtió Schultze gravemente.

Volví a contemplar el monstruo, y aunque no le noté forma de maldad alguna, me pareció que las reunía todas en la síntesis de su masa ondulante, y que las abominaciones del infierno schultziano tomaban origen y sentido en aquel animal gelatinoso que se retorcía en la Gran Hoya.

—¿Qué le parece? —me interrogó Schultze al fin, señalando al Paleogogo. Le contesté:

—Más feo que un susto a medianoche. Con más agallas que un dorado. Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta, como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chancho. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petizo de lavandera. Solemne como pedo de inglés.

ÍNDICE

Prólogo indispensable 5
Libro primero 7
Libro segundo 36
Libro tercero 89
Libro cuarto 141
Libro quinto 184
Libro sexto (El Cuaderno de Tapas Azules) 213
Libro séptimo (Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia) 232